



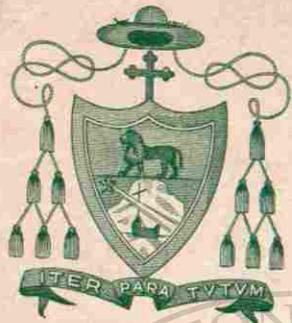
OBRAS
DE
D. JOSE
ZORRILLA

2



PQ6575
.A1
v. 2
1893

010577



1080019055

EX LIBRIS
HEMETHERI VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DRAMATICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

VIVIR LOCO Y MORIR MAS,

CAPRICHIO DRAMATICO EN DOS ACTOS (1).

ACTO PRIMERO.

EL PONCHE.

PERSONAS.

PABLO ROMAN.
ALBERTO.
JULIAN.
PEREIRA, portugués.
ANA.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de Pablo Roman, de aspecto casi miserable; una mesa, sillas, papeles, dibujos, y en un caballete un retrato sin concluir. — Unos fioretes colgados en la pared.

ALBERTO, SENTADO; ROMAN, EN PIÉ POR LA ESCENA.

Rom., señalando en la mesa una moneda de oro. Es el último doblon.

Alb. Suerte por cierto cruel.

(1) El siguiente capricho, al que realmente no se puede llamar drama, está escrito para una persona determinada y en determinadas circunstancias. El autor espera que atendidas estas el público le acoja benignamente.

II.

Rom. Brindemos juntos con él
A nuestra separacion.
Mañana, lo mismo que hoy,
Traerá sus horas el dia;
Nos queda nuestra alegría
En el alma, Alberto.

Alb. Estoy
De ello penado en estremo.
¿No hay mas remedio, Roman?

Rom. Los dias vienen y van,
Y que no ha de llegar temo
El mio.

Alb. La suerte acaso
Te guarda mejor fortuna.

Rom. Es tardia, es importuna,
Y en impaciencia me abraso.

¡Tantas horas de esperar,
Tantos dias de dolor,
Aguardando otro mejor
Que jamás ha de llegar!

¡Y soñando gloria y nombre
Sentado al dintel de un cielo,
Arrastrarse por el suelo
Bajo la planta del hombre!

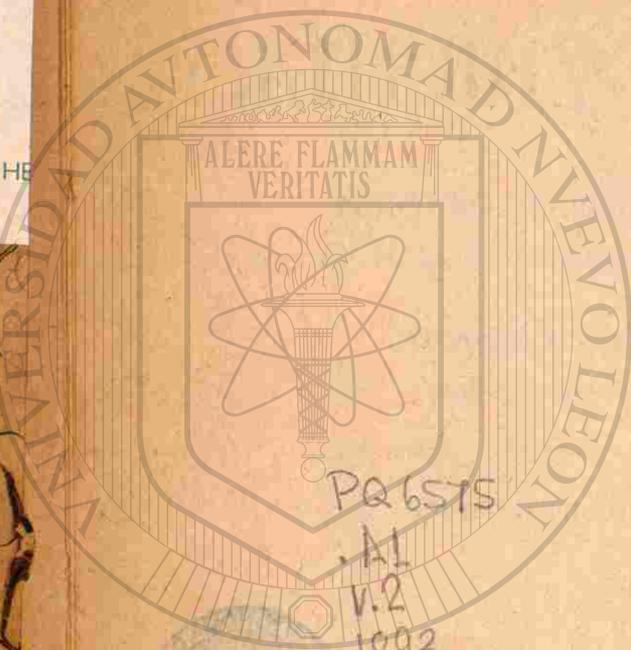
No mas, Alberto, por Dios,
Hoy es nuestra despedida:

Tal vez otra en esta vida
Nos hallaremos los dos.

Alb. Roman, ¿y así se abandona
Tanto afan, tanta esperanza?

1

010577



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

¿Sin amargura se alcanza
Esa soñada corona?
Trabaja, sufre y espera,
Que en el sufrir y esperar
Está acaso el encontrar
Esa fama venidera.

Rom. Decidido, Alberto, estoy;
De nosotros olvidados,
O famosos ó ignorados,
Bebamos alegres hoy.
Nuestro es el día presente,
De los necios el mañana:
La vida es corta y liviana
Para todos igualmente.

Soné desde que nací
Esos fantasmas de gloria,
Y hoy no encuentro en mi memoria
Un recuerdo para mí.
Todo en la tierra es vacío;
La amargura y el placer,
Y mañana, y hoy, y ayer
Presas son del tiempo impío.
Riamos pues y cantemos
El alma de llanto ajena,
Que tal vez la será en pena
El tiempo que no gocemos.

(Un momento de pausa.)

Mira, mil veces pensé
Que solo al cuerpo convida
Con ocio y placer la vida:
Pero al alma ¿para qué?
Este cuerpo es un encierro
Del otro mundo antesala:
Vida el cielo le señala,
Muere y acaba el destierro.

Si el cuerpo no ha de vivir,
Acertado á fé es dejar
Al ánima descansar,
Y al cuerpo inútil morir.

Alb. ¿Y tu entusiasmo, Roman?

¿Tu ambicioso pensamiento?
Rom. Borrándose con el viento,
Las cosas del mundo van.

Ambicion tuve de ser
Grande, y dejar en la historia
Famosa y alta memoria:
Pero eso, Alberto, era ayer.

Hoy hallé mi corazón
Menos osado, mas frío.
Juzgué ese afán desvarío,
Y lugar dí á la razon.

Alb. A tu razon estraviada,
Y á tu ambicion no cumplida.

Rom. Y, francamente, esta vida
No creo merezca nada.

El mundo es jaula de locos,
Los mas locos gozan mas;
Mas son pocos.

Alb. Y ¿no harás
Por ser, Roman, de los pocos?
El mundo será ilusion,
Locura será cual dices,
Mas si hay tristes y hay felices,
Algunos mejores son.

Si el poder y la riqueza,
El orgullo y la hermosura
Son por cierto una locura,
En la locura hay grandeza.
Ese sublime entusiasmo
Que ayer existía en tí,
Hoy ¿no te merece, di,
Nada?

Rom. A lo mas un sarcasmo:
Porque hoy veo mas que ayer,
Y esos fantasmas de oro,
Esos sueños que hoy adoro,
Mañana he de aborrecer.

En fin, yo quiero reír,
Cantar, beber y esperar
El día en que ha de acabar
Nuestra mision de sufrir.
Ese es mi último doblon,
Y hoy es nuestra despedida,
¿No ha de ser en esta vida
De eterna separacion...

Alb. ¡Ah! ¿Estás loco?

Rom. Loco estoy.

Alb. ¿Eterna ha de ser? ¿Porqué?

Rom. No hablemos mas: no lo sé;
Pero un día grande es hoy.

(Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

ALBERTO.

¡Maldita ambicion de ser
Mas de lo que puede un hombre!
¡Maldita ambicion de un nombre
Con que no hemos de poder!

Si, ¡maldita esa locura,
Bastarda pasion impura
De querer ganar la altura
Sin pisar un escalon!

Apagóse su osadía,
Y hoy es un último día...
¡Ay! ¡Para volar tenía
Alas en el corazón!

Y por cierto, él es poeta,
Su alma es como el mundo;
Mas por no ser el segundo
A la nada se sujeta

ESCENA III.

ALBERTO, ROMAN.

Rom. Pues, señor, ponche tenemos.
Con él la memoria ahoguemos,
Cuando borrachos estemos
En nada hemos de pensar.

¿A qué es ese abatimiento?
Yo quiero verte contento;
Si, al fin, placer y tormento
Con el tiempo han de acabar.

(Llaman á la puerta.)

¡Hola! ¡Otro interlocutor!
Sin duda ha errado el camino.

A la puerta del vecino (Alto.)
Si sois un acreedor.

Jul., dentro. Abre, soy yo.

Rom., abriendo. ¡Tarambana,

Aguardaras á mañana!

Con esa voz de campana

¿Porqué no gritas: ¡abrid!?

Van á traer la ponchera.

Jul. Mas á tiempo no viniera
A descomunal quimera
Contra los moros el Cid.

ESCENA IV.

ROMAN, ALBERTO, JULIAN.

Jul. Y ¿á qué santo es la funcion?

Rom. A mi mudanza de vida.

Jul. Con esa resolucion

La difunta inquisicion

Se diera por bien servida.

Una conversion tamaña

Eco hallará en toda España.

(Riéndose.)

¡Pues debajo del sayal

No será mala eucaña

Este in folio de moral!

Rom. Pero, hombre, ven, oyemé...

Jul. ¿Qué mas tienes que añadir?

Rom. Mira, de hoy mas no será...

Jul. ¿Pues no lo acabo de oír?

No digas mas. ¿Para qué?

Rom. ¡Loco! Ya no hay poesia

Ni bellas artes en mí.

Alb. ¡Locura es la tal porfia!

Rom. Este es el último día

Que estemos juntos así.

Jul. ¿Es esa pulla?

Rom. No por cierto.

Jul. ¿Con que me hablas en verdad?

Rom. Si.

Jul., con énfasis. Ya, si la sociedad

Hoy ya no es mas que un desierto,
El mundo es la soledad.

¿Con que versos y pinceles
Y esperanzas ¡piff! volaron?

Rom. Cabal.

Jul. ¡Ah! Son oropeles.

¿Sin renombre y sin laureles
Cuántos hombres se olvidaron!

Decir que lo pienses bien

Es inútil advertencia,

Tú lo quieres, tú lo ten.

¿Hay ponche? Pues en conciencia

No hay mas que decir amen.

Rom. Pues al ponche. Ya está aquí.

(Un mozo entra la ponchera.)

Jul. ¿O qué campo de batalla

Veo delante de mí!

El ponche es el cielo, sí,

Vida en el ponche se halla.

A esa trasparente llama

Que por las orlas del vaso

Color y calor derrama,

¿Qué corazón no se inflama?

Yo en inspiracion me abraso.

Ese azul vago, flotante,

Remedo del firmamento,

Hace que el poeta cante,

Hace atrevido al amante

Y ahoga el remordimiento.

El hace del tiempo impio

Horas de calma y placer,

Al corazón presta brio,

Y va un hombre á un desafio

Bien seguro de volver.

¡Amigos! al agua penas,

Paraiso es la embriaguez;

Gocemos horas serenas,

Que estas tenemos apenas

Por la postrimera vez.

Rom. Inagotable, fecunda

Soltaste la taravilla:

¡Frasesología tremebunda!

Jul. Bebamos y ancha Castilla,

Que el universo se hunda.

(Un momento de pausa.)

Aquí noto tu talento,

El mundo vas á dejar

Con nobleza y ardimiento.

Rom. ¿A qué tristeza mostrar

Cuando le dejo contento?

Jul. ¡Famoso! Es cosa hechicera

Dejar la literatura,

Las artes... Ser un cualquiera,

Y entrar en la vida oscura

Por puertas de borrachera.

Rom. Bebamos. Al ponche, Alberto;

No tengas duelo por mí.

Para todos está abierto

Ese porvenir incierto,
Que no vemos desde aquí.

Vendrá tardía ó temprana
Nuestra buena ó mala hora,
Y en esta vida liviana
Si feliz me encuentre ahora
¿Porqué pensar en mañana?

Alb., levantándose de repente, y disponiéndose á beber. Tienes razon; tú lo quieres,

Y tú quién lo ha de arrostrar
Solamente, Roman, eres,
Y es inútil derramar
Lágrimas en tus placeres.
Bebamos.

*Rom. Hablaste al fin
Algo, menos mentecato.*

*Jul. Hoy es nuestro San Martín.
No queda vaso ni plato
Útil en nuestro confin.*

(Se sientan, fuman y beben.)

¿Con que desde hoy nueva vida?
¿Determinacion estrema!
Cuanto mas desconocida
Mas la novedad convida.

*Alb. Cada loco con su tema.
Jul. Del disgusto y del placer*

Gozamos si es repentino,
Mejor lo nuevo ha de ser;
Por eso, si es del vecino,
Me enamora la muger.

Pues, señor, yo te aconsejo
Que no te vuelvas atrás,
Siempre fastidia lo viejo.

*Rom. Te pagaré tu consejo
Dándote ponche de mas.*

(Desde aqui debe conocerse el efecto de la embriaguez.)

Segun estás de callado
(A Alberto.)

Te sientes, una de dos,
O enfermo ó enamorado.

*Jul. Ayer estuvo en el Prado
Con su muger, vive Dios.*

¿Qué miserable es, Alberto,
El mundo que vemos!!!

*Rom. ¡Oh!
Con que lo hemos descubierto?*

*Alb. Que era una muger es cierto,
ero muger mia, no.*

*Jul. Nunca lo creyera en tí,
tú no eres hoy el de ayer.*

(Mirándole á la cara.)

Alb. Pues te engañaste.

*Jul. O mentí.
Pero hoy como un manequí
Te trae cualquiera muger.*

*Rom., levantándose con énfasis. ¡Con
que te vas á casar!*

Tú vas á prevaricar.
Lo dije, tus disparates
Contigo vendrán á dar
En una casa de orates.

¿Tú te casas!

Alb. Yo me caso.

Rom. y Jul. á carcajadas. ¡Se casa!

*Jul., con el vaso en la mano. ¡Salve, oh
sesudo*

Marido! Levanta el vaso,
Con un brindis nada escaso
Yo, marido, te saludo.

¡Salud! Piadosos los cielo!

Larga sucesion te den;
Continuas fiestas de zelos,
Matrimoniales consuelos
Que se asomen á tu sien.

*Rom. Y escribas, matrimonial,
Misantropía y difusa*

Sobre el amor conyugal
Una obra espiritual

A los niños de la inclusa.

(Alberto bebe sin interrupcion.)

Jul. Si, lo mejor que has de hacer

Es emborracharte.

Rom. ¡Bravo!

¿Lo entiendes! Con no atender

Lo que quieras ha de ser.

Jul. El estoicismo alabo.

Pero en conciencia, casarte

Es tremenda necesidad.

Alb. ¿Porqué?

Jul. Tú has de enamorarte.

Alb. ¿Y si lo estoy?

Jul. Es verdad;

Yo no voy á confesarte.

Rom. ¡Lo que es el mundo, Julian!

Es un abismo profundo.

Jul. Hoy es gran dia, Roman,

Unos entran en el mundo

Y otros del mundo se van.

Alb. se levanta dando señales de embriaguez. ¡Fanáticos! el amor

No es el fantasma de su sueño,
Del viento azotada flor...

(Risa general.)

Rom. Poeta predicador,

¿Adónde vas con tu empeño?

Jul. Déjale; siga el sermón:

Sigue, inspirado profeta,

Tu noble predicacion;

La fuente de inspiracion

Es el ponche del poeta.

Alb. A vosotros prohibido

Es sublime placer

Por el Señor os ha sido,

Vosotros no habeis bebido
Al amor de una muger,
En unos ojos de fuego,
En unos labios rosados,
Cuando os miran estasiados,
Cuando al amoroso ruego
Os besan avergonzados.

Vosotros, hombres de tierra,
Poetas sin corazon,
Cantais del amor la guerra,
Sin saber el bien que encierra
En su inquietud la pasion.

*Jul. ¡Bravo! ¡bien! mas no dijera
Un sacerdote de amor;
Sublime es la borrachera.*

*Rom. Otro ataque á la ponchera,
Amante predicador.*

*Alb. Yo quiero amando vivir
Esclavo en dos ojos bellos,
Sin leer mas porvenir,
Hasta que llegue el morir
Y espire de amor en ellos.*

*Jul., con una estrepitosa carcajada.
¡Borracho completamente!*

Mas borracho que los dos.

*Rom. ¡O ponche! tú solamente
Haces que un hombre se ostente
Digno remedo de un Dios.*

*Jul. Yo la he visto, Alberto, es
Una niña angelical.*

¡Oh! Cuando con ella estás,
Vistela blanco cendal
De la cabeza á los piés.

Alb. Si por cierto, y lo merece;

Es un ángel indeciso,
Que en la tierra de improviso
Por vez primera aparece,
Bajando del paraiso.

Delicada como aroma
De retoñado jardín,
Rosada aurora que asoma....

*Jul. Una huri para Mahoma,
Para Cristo un querubin.*

*Alb. ¡Silencio! no hay mas placer,
Mas realidad que el amor:
No hay en la tierra otro sér
Con el nombre de señor
Mas digno que la muger.*

*Rom. Sí, una chiclea coqueta,
Insípida y elegante,
A tal locura sujeta
Que la echará de poeta,
Y no habrá Dios que la aguante:
O una habladora sin tino
De paseos y de modas,
Que á la mitad del camino
Te mienta un amor divino,
Y te engañe como todas.*

*Jul. ¡Cuidado que le ha cogido
De medio á medio la mona!*

Rom. ¡Y estaba tan comedido!

*Jul. La cabeza del marido
Pronostica su corona.*

¡O siglo matrimonial,
Siglo de paz y de amores,
Centuria patriarcal,
En que los hombres mejores
Lo suelen hacer mas mal!

Siglo que pasas cantando,
Cantas gimiendo y llorando,
Lloras haciendo piruetas,
En tus horas arrastrando
Un enjambre de poetas:

Hoy se despide de tí
Con solemne borrachera

Un poeta que te diera
Mas versos, que gozo á mí
El alma de una ponchera;

Y no pienses que te deja
Para un hábito endosar,
Que es pereza que le aqueja:
Es porque quiere dejar
Morirse al alma de vieja.

*Rom. Por cierto todo es locura
En este mundo vacío;
Sin trabajo y sin ventura,
Pasaré una vida oscura...*

*(Julian se rie.)
¿Te ries? Pues yo me río.*

(A Alberto.)

Enamorado sublime,
Tú te duermes, ¡vive Dios!

*Jul. Otra ponchera le anime.
Rom. ¿No es cierto que tú estás, dime,
Mas borracho que los dos?*

*Jul. Los fantasmas en tu mente
Bullen de tus amorios:
Alza ¡oh poeta demente!*

La matrimonica frente,
Pese á estos tiempos impios.

*Alb. Basta ya, no me aturdaís;
Por mas que ambos me digais
Yo me he de casar al fin.*

*Jul. ¡Felices los que encontréis
Una muger serafin!*

*Rom. Para mí todas iguales
Fuentes de placeres son,
Que nos prestan liberales
Un paraiso de males,
Y un infierno de pasion;
Que sea bonita ó fea,
Que sea noble ó villana,
Las amo de buena gana.
¿Qué importa lo que ella sea
Si la he de dejar mañana?*

Jul. Yo tengo por las mas bellas
Las de amores de querellas,
Atrevidas españolas...

Rom. ¿Cachetinas de manolas?
¡Pues si me alampo por ellas!
(*Volviéndose á Alberto, que está pen-
sativo.*)

No, señor, no hay que dormir
A pretexto del licor;
Al oído hemos de ir
A predicarte el amor
Hasta que le hayas de oír.

Ese amor como un torcente
Que roe el alma y la mente,
Nunca, Alberto, le encontré:
Ese amor, convéncete,
Es el amor de un demente.

Alb. ¡Pluguiera Dios que algun día
Sintierais esa pasión
Con su insufrible agonía,
Bullendo en el alma impia,
Desgarrando el corazón!

Jul. Lo que buile, Alberto, en tí
Es el ponche.

Rom. ¡Vive Dios!
¡Amores!

(*Una ruidosa carcajada.*)

Entran en mí,
Por lo menos dos á dos,
Nunca en un amor creí.
Las bellas son inconstantes,

Ingratas y veleidosas,
Las sabidas y elegantes
Son vanas y estravagantes,
Y las feas envidiosas.

Cuando el ron brilla en los ojos
Y hace dos de una ponchera,
La mas fea es hechicera;
Ninguna nos causa enojos
Y es la pasión verdadera.

Bebamos pues, no hay amor.

Jul. Es un fantasma soñado,
Quimérico, engañoso.

Rom. La muger entre el vapor
Quiero del ponche abrasado.

Jul. Bien dicho; no hay mas amores

Que el fuego de los licores,

Entusiasta visionario. (*A Alberto.*)

*Alberto, vacilándole las rodillas, dice
con el mas marcado desprecio.* ¡Nunca
brotaron las flores

En asqueroso Calvario!

(*Se arroja sobre una silla completamente
borracho. Julian y Roman rien á carca-
jadas.*)

Jul. ¡Pesado el ponche le fué!

Borracho está por mi vida.

Rom. Es que en la mente dormida,

La imágen de su querida
No le deja estar en pié.

(*Llaman misteriosamente á la puerta.
Roman mira por la cerradura.*)

¡Chis! ¡Silencio! una muger...

Ocultaos, me interesa...

Una niña portuguesa

A quien dejé antes de ayer.

Jul. y Alb. Abrela.

Rom., empujándolos. Ocultaos.

Jul. Pues;

Y contigo abandonada...

Rom. No repliqueis: es casada,

Su marido es portugués.

(*Se ocultan en la alcoba de la derecha.*)

ESCENA V.

ANA, ROMAN.

Ana, entrando. Bien me hicistes aguardar,
¿Qué significa esta ausencia?

Fáltome ya la paciencia

Y al fin te vengo á buscar.

Una enfermedad creí

Que te agobiara, mas veo

Que lo pasas á deseo

Sin acordarte de mí.

Y ¿ese ponche...? ¿estaban pues

Otros amigos? Veamos...

Proseguid.

Rom. No, lo dejamos

Para concluir despues.

Ana. ¿Cuándo?

Rom. Cuando vos salgais.

Ana. Pues ¿tanto acaso os impido?

Rom. Si, porque yo me despido,

Y mi marcha retardais.

Ana. ¿Te despidies?

Rom. Si por cierto.

Ana. Y ¿adónde vas?

Rom. No lo sé.

Ana. Y ¿hasta ahora...?

Rom. ¿Para qué?

Aun era mi viaje incierto.

Yo no os lo pude advertir...

Ello es obra del destino.

Ana. No te comprendo.

Rom. ¿Hablo en chino?

Mañana voy á partir.

Ana. ¿Pues cómo? ¿Dónde? ¿Porqué?

Rom. Porque me cansa Madrid;

Voy á Valencia del Cid,

Y el cómo, aun yo no lo sé.

Ana. ¡Ingrato! y con tanto amor...

Rom. Nunca, señora, os he amado.

Ana. ¡Infame! ¿no lo has jurado?

Rom. Soy de oficio jurador.

Ana. ¡Ingrato! ¿Tanta pasión
No ha podido hacerte amar?

¿Ni un recuerdo ha de guardar

De mi amor tu corazón?

Yo te amé porque me amabas,

Me lo juraste y mentías,

Si entonces no me querías,

¿Porqué, traidor, me engañabas?

¿Tal juramento olvidaste

Para abandonarme así?

No, mi honra no te di,

Tú, Roman, me la quitaste.

Vuélvemela, que no es tuya,

O dame otra vez tu amor.

Rom. Y ¿quedaremos mejor

Cada uno con la suya?

Ana, con rabia. Oye, un hombre, que de-
testo,

Para casarme buscaron,

A el á la fuerza me ataron,

Pero no bastó con esto.

Ya estaba casada yo,

Cuando en Córdoba te vi,

Todo lo dejé por tí,

Que por tu fortuna, no.

Tú mentiste tu pasión

Con palabras tan de fuego,

Que en ellas se abrasó luego

El amante corazón.

Y cuando el perjurio sí

Me recordó mi marido,

Le dije: Mío no ha sido,

Que otros le dieron por mí.

Entonces era el amor

La pasión que me cegaba,

Pero ahora es...

Rom., sonriendo. Bien, acaba.

Ana. La venganza de mi honor.

De aquí no me he de mover

Sin honor, ó sin venganza;

Veremos adónde alcanza

La venganza en la muger.

Rom. Y si débil tu virtud...

Ana. Virtud no necesité...

Que á un hombre á quien nunca amé

Vendieron mi juventud.

¿No tenia yo derecho

Acaso á sentir jamás

Lo que sienten los demás

Cuando brotó aquí en mi pecho?

Dios puso en el corazón

De amor la violenta llama;

Dijole al crearle « ama, »

Y encerró en él la pasión.

Yo nunca tuve mas de una,

Y á tí te la dió mi estrella;

No quiero tener mas que ella,

Y despues de ella ninguna.

Y pues mía mi honra es,
Consérvala por tu vida,

Porque tal vez te la pida

Con mas ventaja despues.

Rom. Con harta paciencia ó

Tantos insultos, señora,

Y por mi vida que ahora,

No sé qué quereis de mí.

Yo ya no soy el Roman

Que fui, señora, hasta ayer,

Me canso de querer ser

Lo que otros por mí serán.

Que ó porque malo soy yo

Para el mundo, ó porque él

Sea conmigo cruel,

No quiero mas mundo, no.

Hoy le dejo, y con él todo,

Hasta que al fin carcomida

Caiga en su nada la vida...

(*Mostrando los vasos.*)

Y emprendo el viaje beodo.

En fin, ya no soy poeta,

Ni músico, ni pintor,

Y por el mayor amor

No diera ya una piqueta.

Ni soy el mismo de ayer,

Ni como ayer siento ya,

Con que vuelvo, claro está,

Al marido la muger.

Ana, señalando á los vasos. Si este reme-
dio sabias

Para apagar el amor,

¿Porqué en el alma el dolor

Tanto tiempo mantenias?

¡Imbecil! tú me jurabas

Que iba á matarte tu pena,

Y, de la ficción ajena,

Te creí porque llorabas.

Es una disculpa vana

Ahogar el amor; ¡quimera!

¡Agotas una ponchera

Dejando el mundo mañana.

Loco, ¿esa es la suerte impia

Con que te agobia el destino?

¿Es ese el fuego divino

De la noble poesia?

¿Es esa, di, la espresion

De tu mortal amargura,

De esa eterna desventura

Que roe tu corazón?

¡Y mientras lloraba yo

Tú estabas en una orgia!

Rom. Del mundo salir debía.

Ana. Y el mundo te rechazó.

Vosotros sois el veneno

De una vieja sociedad,

Parodias de adversidad,

Carcoma del bien ajeno,

Jul. Ambos por tí lidiaremos.
Alb. Y acabamos de sufrir.
Rom. ¡Silencio!
(Abriendo la alacena donde está Ana.)
 Salid, señora;
 Vida y honra os defendí,
 Y á lo mas, dentro de un hora
 Parto muy lejos de aquí.
 A veros no volveré;
 Suplicoos pues que digais
 Donde ocultaros querais,
 Que yo os acompañaré.
Ana, llorando. ¡Ay de mí, Roman!
Rom. Dejemos
 Suspiros y llantos, Ana;
 El sol que saldrá mañana
 Juntos los dos no veremos.
 Esta casa abandono hoy,
 Y el mundo dejo con ella,
 Mi dichosa ó mala estrella
 Indolente á esperar voy.
 Sin amigos... sin amores,
 Sin ningun vínculo aquí,
 Habrán de pasar por mí
 Horas acaso mejores.
(Pausa de un momento.)
 ¿Qué decis? ¿Puedo hacer mas?
 El camino equivoqué,
 Inútil me confesé,
 Y humillado vuelvo atrás.
Alb. Roman, ¿no hay remedio alguno?
Rom. Ninguno encuentro.
Ana, de rodillas. ¡Ah! ¡por Dios!
Rom. Alzad, que me es importuno.
Jul. Si ello, Roman, ha de ser
 Y tan á pechos lo quieres,
 Tú te sabrás lo que eres,
 Y lo que puedes poder.
Rom. Salgamos.
Ana. ¿Y mi marido?
Rom. No temais entre los tres.
Jul. Oscura la noche es
 Y lluviosa...
Rom. Se habrá ido.
Ana. De aquí no salimos, no.
Rom. Pues ved lo que habeis de hacer...
Ana. Que no tengo aquí de ser
 La que pierda sola yo.
Rom. Ana, si erré mi camino,
 ¿No es el dolor para mí,
 Que mi corazon creí
 Lleno de un fuego divino?
 Ni esperanza, ni fortuna
 Quedó ya en el pensamiento.
Ana. ¡Ni el alma en el pecho siento!
Rom. Vamos, ha dado la una.
*(Apaga las luces, y vanse todos cerrando
 la puerta por fuera.)*

ACTO II.

UNA MUERTE POR HONOR.

PERSONAS.

PABLO ROMAN.
 ALBERTO.
 LUISA.
 PEREIRA, portugués.

ESCENA PRIMERA.

(Un jardín de una posesion de Alberto en Valencia: en el fondo un cenador; á la derecha una pequeña puerta casi obstruida con brezos y maleza: una hora antes de anoecer.)

ROMAN.

Tremenda cosa es nacer
 Sin poder adivinar
 En este revuelto mar
 Qué playas hemos de ver:
 Tremenda cosa es querer
 Lo que en el alma bullir
 Sentimos, al percibir
 Que es nuestra ánima inmortal,
 Puestos en un arenal
 Sin saber dónde acudir.
 Apenas á luz salimos
 Engaños y error probamos,
 Donde quiera que miramos
 Notamos que nos perdimos.
 Una fantasma seguimos
 Que solo soñando vemos,
 Vacío si la tenemos,
 Si la perdemos fortuna:
 ¡No acertamos cosa alguna,
 Por Dios, desde que nacemos!
 — Fama y gloria codicié
 Porque inmortal me sentí
 Y cuando cerca la ví,
 Que era polvo imaginé.
 Del mismo amor blasfemé
 Juzguéle sueño distante,
 Niño, pobre y vergonzante,
 Y hoy que en el alma lo siento,
 Conozco por mi tormento
 Que es rey, tirano y gigante.
 ¡Ay! ¿Y soy el mismo yo
 Que de esa passion de ayer
 Blasfemé, sin conocer
 Que hoy la sentiria? No.
 Ya mi alma se abrasó,
 Castigo del cielo fué,
 Que cuando el alma salvé
 De mi ambiciosa inquietud,

Una vida sin virtud
 Alucinado abracé.
 ¡Ay! ¿Porqué nacen tan bellas
 Bajo formas de muger
 Estrellas que han de hacer ver
 El rigor de las estrellas?
 Si nuestra vida está en ellas
 Y allí nuestra eternidad,
 Injusticia es en verdad
 Que viéndolas ¡ay! nosotros,
 Nos dejen para ser de otros
 Miseria y oscuridad.

Alberto amigo, perdon,
 Que cuando tu honor ofendo,
 Que es en mi delirio entiendo
 Mi amor una maldicion.
 Errado habrá el corazon,
 Pero estaba escrito aquí;
 Y hoy, ¡perdon! la adoro, sí;
 Que en mi loco desvario
 Eres tú sola, amor mio,
 Gloria y cielo para mí.

¡Angel de paz y armonía!
 Cuando vinistes al suelo
 ¿Porqué no dejaste al cielo
 El cielo que en tí vivia?
 Pero ya en la tierra impía
 Tus ojos despues de ver,
 ¿Cómo amar otra muger?
 Que si hay ángeles de amor
 Junto al trono del Señor,
 Angel, Luisa, debes ser.

ESCENA II.

ROMAN; ALBERTO, SALIENDO DEL CENADOR.

Rom. ¿Me oíste, Alberto?
Alb. A fé mia,
 Que amabas te comprendí.
Rom. Asi dije: no creí
 Que nadie me escucharia.
Alb. ¿Con que amas?
Rom. Sí por cierto
Alb. ¿Sin esperanza, parece?
Rom. Sí, que mi amor no merece
 Amor como el suyo, Alberto.
Alb. ¿No merece? ¿porqué asi?
Rom. Porque un amor como el mio...
Alb. Sigue...
Rom. Es un amor impío
 Hecho solo para mí.
Alb. Menos te comprendo ahora.
 ¿No es acaso una muger?
Rom. Que no se puede querer,
 Y que el corazon adora.
Alb. Pues con ser muger, yo creo

Que hay poder, si ella lo quiere;
 Pues que fuere como fuere
 Nunca la mancha el deseo.

Rom. Si la mancilla: es casada.
Alb. Pues entonces tu razon...

Rom. Vive Dios, el corazon
 A la razon tiene atada.

Quando se ama, ¿cómo ver
 Como ello es lo que se adora?
 Quando un hombre se enamora,
 No sabe de qué muger:

Porque acaso destinado
 Un sér para otro sér nace,
 Y su mala estrella hace
 Que tarde se hayan hallado.

Yo la amo con frenesí,
 Porque nací para ella;
 Pero no quiso mi estrella
 Que naciera para mí.

Alb. ¿Luego es de otro?
Rom. Claro está.

Mas quiso la suerte impía
 Que el amor la hiciera mía.

Alb. ¿Y te ama?
Rom. Lo dije ya.

Alb. ¿Y eso lloras?
Rom. Eso lloro;

Porque el amar y el morir
 No se puede en dos partir,
 Y yo parto lo que adoro.

Alb. ¿Y habré de saber si es
 Muger de tal condicion...?

Rom. Que se arrastra el corazon
 Desesperado á sus piés;

Que es noble, rica y ajena.
 Anciano en mi juventud,
 Nací pobre, y sin virtud

Que oponer á tanta pena.
 Sufrió borrasca espantosa
 De pasiones encontradas,
 Que estuvieron encerradas
 En una alma irreligiosa;

Porque mi existencia inquieta
 Con impaciencia sufrí,
 Y hoy héme gusano aquí,
 Con corazon de poeta;

Que el mundo surcando voy
 En pos de un ángel muger,
 Que es mía, y no la he de ver
 Por no ser yo lo que soy.

Alb. ¡Desgraciado! Al fin comprendes
 El rigor de tu fortuna,
 Y á esa fantasma importuna
 Tu misma mano le tiendes.

Mucho, sí, quisiste ser,
 Mucho hubiste de dejar,
 Que para á mucho llegar,
 Mucho es preciso querer.

Y hoy te ves triste, indeciso
En un vacilar eterno,
Con el alma en un infierno,
La vista en un paraíso.

Rom. ¡Un paraíso! y jamás
Habré yo de entrar en él.
¡Un paraíso de hiel!

Alb. Que al fin de apurar habrás.

Rom. ¡Apurarlo! ya lo sé.
Tal tormento se me alcanza
Sin gloria, sin esperanza...

Alb. Sin esperanza, ¿por qué?

Rom. Porque vinimos al suelo
Con un corazón que encierra
La miseria de la tierra,
La ambición de todo un cielo.

¿Por qué no nos dió una estrella
Dios, que en esta oscuridad
Mirando su claridad
Nos guiáramos por ella?

Pero nacer á sufrir,
Sufrir y el término errar,
Llegar el día de amar
Y al tiempo de amar, morir...

Injusto es, Alberto, á fé.
Alb. ¡Desgraciado! loco está:
No piensa en lo que será,
Y ha olvidado lo que fue.)

¿Y hoy el mismo Roman eres
Que no creías ayer
Que el amor á una muger
Mas es pasión que placeres?

Tarde al fin has conocido
Que amor nuestro pecho encierra.
Rom. Tanto esa idea me aterra,
Que quiero no haber nacido.

Alb. Tal vez es tarde, Roman:
Mas á curar ese amor
Tiempo y lágrimas serán
La medicina mejor.

Rom. Lágrimas, Alberto, no;
Las derramé en la niñez:
Vertilas ¡ay! de una vez,
Y ya no las tengo yo.

Cuando el corazón espera,
Lágrimas tal vez derrama;
Cuando ajeno es lo que ama,
No llora, que desespera.

Alb. ¿Tal es en tu corazón
Esa hoguera en que se abrasa?
Rom. De lo imaginable pasa
El fuego de mi pasión.

Alb. ¿Tan violenta?

Rom. Es un volcán.

Alb. ¿Ninguna razón la aquieta?

Rom. ¿Y quién á la mar sujeta?

Alb. ¡Ah! tú eres grande, Roman:
Mas que el amor es la gloria;

Busca gloria y no el amor,
Esa página de error
Bórrala de la memoria.

Rom. ¡La gloria! efímero nombre
Cuyo seductor aliño
Deslumbra el alma del niño,
Pero no el alma del hombre.
¿Qué me importa ese laurel,
Si, en llegándole á alcanzar,
Tampoco tengo de hallar
Sino amarguras en él?

El nombre: cualquiera es bueno,
Si todos de muerte igual
Son la sentencia fatal,
Y abrigan dentro veneno.

Alb. Roman, es fuerza vivir,
Y vivir sin esperar;
Que no podemos amar
Lo que es de otro.

Rom. Pues morir.

Alb. Morir, Roman, es no ser,
Y en el no ser, no hay amor:
Otro remedio mejor
A la mano hay que tener.

Rom. ¡Vivir sin amar! mentira.
Dile al ave que no cante,
Dila que el vuelo levante
Sin el aire que respira.

Dile que pare al torrente
Al borde de la cascada;
Dila que quede estancada,
Sobre la peña á la fuente.

Alb., con decision. Roman, no amar es
preciso.

Rom. Sin amar ¿cómo vivir?
Es un infierno sufrir
Con aura de paraíso.

Alb. ¿De vivir no hay mas camino?

Rom. No hay otro.

Alb. Piénsalo bien.

Rom. Ley tan tiránica ¿quién
Dar puede?

Alb. Yo y tu destino.

Rom. ¿Quién eres tú? ¡Vive Dios!

Alb. Imbécil, Alberto soy,
Que entre tí y tu amor estoy.

Y el destino entre los dos.

Rom. ¡Cielos! ¿y yo mismo fui
Quien se lo dije? estoy loco;

Toda mi existencia es poco
Para pagarle ¡ay de mí!

(Roman desde este momento parece perder
el juicio. Al penúltimo verso de esta
escena cree ver un fantasma; y fijando
los ojos en Alberto, dice aterrado:)

La muerte avara y cruel
Me hubiera al fin consumido,

Luisa. Por Dios, tranquilo repara.

Alb. ¡Silencio, digo, perjura!

Tú el amor y él la locura

Me habeis de pagar bien cara.

Luisa. ¡Perjura! ¿mi corazón

A quién diera sino á tí?

¿Tanto en llorar te ofendí

Su terrible situación?

¿No era tu amigo mejor?

¿No te debe su existencia?

Y tenerle en tu presencia

¿No era tu gozo mayor?

Si en compadecerle erré,

Y él puso su amor en mí,

El que amaba pecó, si,

Mas yo que escuchaba ¿en qué?

Alb. Si le oíste ¿por qué luego

De tí no le rechazaste?

¿En sus ojos no miraste

De amor el osado fuego?

Luisa. Le vi, pero contemplé

Un hondo abismo detrás,

Y un poco que huiera mas,

Faltará á la tierra el pié.

Oi su amoroso ruego,

Mucho de él compadecida,

Que en ello le iba la vida

Y se la arrancara luego.

¿Tengo yo culpa, por Dios,

De que su alma violenta

No pueda vivir contenta

Sino dividida en dos?

Recatada habré de ser

Con él, pero ingrata no,

Que si casada soy yo,

Nací primero muger.

Y nunca he de rechazar

Un corazón desdichado

Que á buscar viene á mi lado

Un sitio donde llorar.

Mucho ofendiste mi honor

Cuando imaginar pudiste

Que el amor que tú me diste

Vendiera por otro amor.

Que si por cariño no,

Ni por otro miramiento,

Por cumplir mi juramento

Tu honor te guardara yo.

Alb. ¡Y él frenético te ama!

Luisa. ¿Qué daño me hará una hoguera

De que no siento siquiera

El resplandor de la llama?

Alb. ¿Con que no le amas?

Luisa. Por cierto

¿Tú lo pudiste pensar?

¿A quién Luisa habrá de amar

Después de amar á su Alberto?

(Llora.)

Si los días que he vivido
No se los debiera á él.

A él, fantasma furioso
ue entre los dos te levantas
Para abrirnos á tus plantas
Un precipicio espantoso:

Sombra airada que tu huesa
Dejaste por mi tormento,
Si ves en mi pensamiento
El pensamiento que pesa,

Y tu perdón no merezco,
Amigo á quien yo vendí...
¡Alberto! huyamos de aquí...

Alb. ¡Infeliz! te compadezco.

ESCENA III.

ALBERTO.

¡Maldita ambición de ser
Mas de lo que puede un hombre!
¡Maldita ambición de un nombre
Con que no hemos de poder!

Contento, ignorado ayer,
Esperabas otro día,
Y hoy en tu frente sombría

Sentado el abatimiento,
Te saca tu pensamiento
A la odiosa luz del día.

¡Es tarde, esperanza vana!
Tu quimérica pasión
Se apagó en el corazón
En hora ¡por Dios! temprana.

Vino el estéril mañana,
Ya de ilusiones vacío,
Dudó el corazón impio,
Y la esperanza se hundió:

Arroyo que se perdió
Entre las ondas de un río.

(Abre el cenador y sale Luisa.)

ESCENA IV.

LUIA, ALBERTO.

Alb. ¿Le oíste? En su amargura
El á confesarlo vino:
Amarte fué su destino,
Amarle tú fué locura.

Luisa. Alberto, saben los cielos...

Alb. Mucho los cielos sabrán
Cuando á los que aman dan
El tormento de los celos.

Luisa. ¡Perdon! ¡Alberto! está loco,
Al borde del precipicio.

Alb. Un pequeño sacrificio,
Que los costaba tan poco.

Alb. Mi vida, perdonamé,
Que en pensarlo te ofendí;
Los zelos dentro de mí
A sofocar no alcancé.

Tú no sabes, vida mía,
Lo que es amar, para ver
El amor de una muger
Pasar como el sol de un día.

Imaginar que tranquila
Escucha otro nuevo amor
Y en el nuevo adorador
Vierte luz de su pupila.

Porque tus ojos ¡Luisa!
La luz del sol arrancaron,
Dióte el alba su sonrisa
Y tus ojos alumbraron.

Tus ojos ¡ay! me hechizaron,
¡Hija del cielo español!
Si así alumbró tu arrebol,
¿Cómo sufrir que importuno
Gozar pudiera hombre alguno
Toda la luz de tu sol?

Luisa. ¡Mi esposo!

Alb. ¿Tuyo me llamas?

¡Oh! tuyo, alma mía, sí,
Que vida no siento en mí
Sino porque tú me amas.

Luisa. Dulce bálsamo derramas
En mi corazón, Alberto,
Con tus palabras, que cierto
Tú me llamaste perjura,
Y de esa voz la amargura
Acaso me hubiera muerto.

Alb. ¡Hermosa! Porque te adoro,
Porque no vivo sin tí
Todo el veneno sentí
De los zelos.

Luisa. Y ese lloro,
Amor destilado en oro,
Que en tus párpados se mece,
¿Todo mi amor no merece?
¡Oh! tu labio me lo dice...

Alb. Y el corazón te bendice
Cuando mi labio enmudece.

Cuando lloro es porque callo,
Que callo y lágrimas vierto;
Porque á hablarte con acierto
Hartas palabras no hallo.

Inútil es intentallo,
Que si inconstante miro
Apenas hablas te admiro,
Y pueden tal tus razones
Que no hallo reconvenções,

Te admiro, callo y suspiro.
(Durante la décima anterior Roman ha
cruzado el fondo del teatro, y dice al
tiempo de desaparecer:)
¡Gózala en paz! tuya es.

Para tí tiene ella amor,
Que para mí aterrador
Abre un abismo á sus piés.
Si hay otro mundo despues
Allí he de seguirla en pos,
Que acaso disponga Dios
Que cuando un sér ama aquí
Despues de la muerte allí
Hayan de amarse los dos.

(Al alejarse Roman vuelve Luisa la cabeza y queda con los ojos fijos en él.)

Luisa. Héle allí, sobre su frente
Lleva su destino impio,
Su pensamiento sombrío
Bullendo eterno en la mente.
Loco está, pero inocente.

Alb. Y ¿qué mas pude yo hacer!
Le dí mi casa, mi haber,
Le dí oro, independencia,
Y él en su ciega demencia
Codicia hasta mi muger.

Luisa. De nobles es perdonar;
Pues que todo lo perdió,
Alberto, si te ofendió,
Ensénale tú á olvidar.

Alb. ¿Y lo que él ha de penar?
Luisa. Ese será su castigo.

Alb. Aunque ingrato fué conmigo
Respetaré su dolor,
Que vale tanto el honor
Como la paz de un amigo.
Ya está, Luisa, perdonado.
Tú, amor mio, abrazamé
Y perdona.

Luisa. ¿A tí, de qué?
¿Es delito haberme amado?

ESCENA V.

LUISA.

Ya era tiempo, desdichado,
De conocerte á tí mismo;
De tu indolente egoismo,
De tu avara ceguedad
No es madre la sociedad,
Es la puerta de un abismo.

ESCENA VI.

LUISA, ROMAN.

(Roman vuelve á cruzar la escena y se
queda inmóvil, los brazos cruzados,
mirando á Luisa.)

Luisa. ¿Qué haceis?

Rom. ¿Qué he de hacer! Llorar.

Luisa. ¿Llorar? No alcanzo razon.

Rom. ¡Ah! vuestra conversacion
Os acabo de escuchar,
Y me partió el corazón.

Luisa. Puesto que la habeis oido
Nada os tengo que decir,
Veis que amiga vuestra he sido.

Rom. Los que en tal signo han nacido,
Mas les valiera morir.

Amistad le dáis ahora
A un alma que tanto os ama.
Mal con un vaso, señora,
Se apaga devorada

Del vasto incendio la llama.
Nunca los que amor sintieron
En amistad le cambiaron.

Luisa. Pero olvidarle supieron
Cuando inútil le juzgaron.

Rom. Si eso os han dicho, mintieron.
No sabe lo que es amar

Quien reconoce el olvido,
Que amor se puede ocultar,
Mas no se puede olvidar
Cual si nunca hubiera sido.

Luisa. Pues ocultadle en el pecho,
Y nunca mas lo digáis.

Rom. Si á amor no tengo derecho,
Mal, señora, me pagais
El daño que me habeis hecho.

Por última vez lo digo,
Te amo, el infierno me fuera
Un paraíso contigo,
Y el infierno mas quisiera
Que el epíteto de amigo.

Luisa. ¿Y qué mas podéis pedir,
Ni qué dáros puedo yo,
Si casada he de vivir?

Rom. A quien todo se negó,
¿Qué ha de poder exigir?

Mi tormentosa fortuna
Nada me dejó querer;
Soñé una gloria importuna,
Quimeras alcancé á ver,
Pero realidad ninguna.

Para esto en mi edad temprana
Sueños de flores soñé,
Por ver que esa imagen vana
Un sueño nada mas fué
Al despertarme mañana.

Luisa. ¡Ciego! y ese loco amor
¿No es mas sueño que otro alguno?
Buscad camino mejor.

Rom. A otro cariño mayor
Ya, señora, no hay ninguno.

Luisa. Amad la fama, la gloria.
Rom. ¿Qué le importa á un corazón
Desesperado, en la historia
Dejar por nombre un borron
En vez de fama y memoria?

Ya sé que el camino erré,
Y que el tiempo que pasó
No ha de volver, ya lo sé;
Pero ya es tarde, y á fé
Que atrás no me vuelva yo.

Luisa. Luego ¿qué pensais?

Rom. Amaros.

Luisa. ¿Y qué habeis de conseguir?

Rom. El placer de idolatraros.

Luisa. ¿Y de eso qué ha de quedaros?

Rom. La esperanza de morir.

Si en el amor no creí

Por necedad ó altivez,
Ya que una vez lo sentí
La vez primera ¡ay de mí!
Será la postrera vez.

Luisa. ¡Compasión siento por él!
¿No me resuelvo por Dios!)

Hay un medio.

Rom. ¡Suerte cruel!

Luisa. El espacio entre los dos.

Rom., con desesperacion. ¡Para el se-
diento es la hiel!

Luisa. Inútil es vuestro amor
Cuando estoy, Roman, casada.

Rom. ¿Y ese es el medio mejor?

Luisa. Yo no encuentro medio á nada
Cuando en ello va el honor.

Pensad desde este momento

Esa quimera borrar
Del alma y del pensamiento,
Que yo di mi juramento
A mi esposo en el altar.

Rom. (Cerróme toda esperanza
De vivir la avara suerte.)

Luisa. Todo del tiempo se alcanza.

Rom. Si no cede la balanza

Por el lado de la muerte.

Luisa. ¡La muerte!

Rom. ¿Y qué resta ya
A quien todo lo perdió?

Luisa. No, nunca desesperó
El justo.

Rom. ¿Y quién os dirá

Que de esos justos soy yo?

Luisa. (¿Tengo yo, cielos, de ser
Quien de su felicidad

La esperanza he de romper?

Maldita la sociedad

En donde nació muger.)

Rom., echándose á sus piés. ¡Lloras, her-
mosa?

Luisa, con energia. ¡Insensato!

No lloro, que considero

De un marido caballero

Y un galán con él ingrato,

Que el marido es lo primero.

ESCENA VII.

ROMAN.

¡Ya mis sueños se apagaron!
Los fantasmas de la vida
Uno á uno se borraron
Y ya nunca volverán.
¡Seis meses! Madrid, Valencia,
En sueños ó realidades
Como tremenda sentencia
El alma royendo están.
¡Seis meses! en mi memoria
Han encendido una hoguera,
Todo un porvenir de gloria
Está quemándose allí;
Es muy tarde, sin amores,
Sin porvenir ni esperanza,
Esa corona de flores
Es de espinas para mí.
Perdi la luz de mis días
En ilusiones pueriles,
De mis horas juveniles
Tengo solo... una pasión;
Y esa pasión imposible,
Ese pensamiento eterno
Me pesa como un infierno
A plomo en el corazón.
Partiré lejos, muy lejos,
Que el sol de mi amarga vida
Con los últimos reflejos
Aiumbra el cuerpo mortal.
¡A Dios, Luisa encantadora!
¡A Dios, ofendido amigo!
Oí la tremenda hora...
Tocaban á un funeral.

ESCENA VIII.

ROMAN, SENTADO EN ACTITUD DE LA MAS PROFUNDA MEDITACION. — PEREIRA, ENTRANDO POR LA PUERTA FALSA EN TRAJE DE CAMINO. — ES COMPLETAMENTE DE NOCHE.

Per. Salud, amigo.
Rom. ¿Quién va?
Per. Una antigua relacion
Que ya desde otra ocasion
Reconocida os está.
Rom. ¿Qué quereis?
Per. Pensadlo vos.
Rom. ¿Yo? Por todo un firmamento
No cambio de pensamiento
Ni para pensar en Dios.
Per. En mal hora creo á fé
Que he llegado.
Rom. Sí por cierto.
Per. Ese postigo hallé abierto,

Oí vuestra voz y entré.

Rom. Pues bien, os podeis marchar,
Porque yo no os quiero oír.

Per. Pues yo os lo quiero decir,
Y me lo habreis de escuchar.

Rom. Marchaos, digo.

Per. A eso vengo;
Y en cumpliendo mi mensaje

Otra vez el mismo viaje,
Aunque largo, emprender tengo.

Rom. Pues bien, decid ¿qué quereis?

Per. Vengarme.

Rom., marchándose bruscamente. ¿Qué
tengo yo

Con tu venganza?

Per., deteniéndole. ¡Eso no!

Quedaos, me ayudareis.

Rom., amenazándole. Ved que no tengo
en la vida

Vínculo que baste alguno...

Per. Pronto no tendrás ninguno

Que malgastarla te impida.

Mira, traidor.

(Descubriéndose.)

Rom. ¡Vive Dios!

¡Pereira!

Per. Tú mi honor tienes,

Yo quiero tu alma en rehenes

Por fianza de los dos:

Por eso á buscarte vine

Desde Madrid á Valencia,

Por el grito mi conciencia

Que te mate ó te asesine.

Rom. ¡Bueno! en mejor ocasion

Venir por él no has podido;

En las manos me has caido

Y sed tiene el corazón.

Vamos.

Per. Espera, porque antes

Una nueva te he de dar,

Que siempre han de interesar

Las nuevas á los amantes.

Era, seis meses hará,

Una noche oscura, fria,

La lluvia á mares caía...

Rom. Importuno el hombre está.

Per. Tres hombres, ebrios los tres,

Que una dama acompañaban,

Las calles atravesaban...

Otro venia despues.

A la incierta luz escasa

De un farol agonizante

Se detuvieron delante

De una miserable casa.

Salió una vieja al encuentro,

Y á la falsa voz de « amigo »

Abrió un estrecho postigo

Y se cerraron por dentro.

Entonces el embozado,
Apoyado en el porton,
De los que habian entrado
Oyó la conversacion.

¿Sabes lo que se trató?

De engañar una muger;

Yo la acerté á socorrer,

Y á vengarla vengo yo.

Ella te adoraba, sí;

Y pues su honor era mio,

A acabar el desafio

He venido solo aquí.

Rom. ¿Me hablas á mí?

Per. La maté.

Rom. ¿Qué me importa?

Per. ¿Por ventura

No la amabas?

Rom. ¿Qué locura!

Nunca tal imaginé.

Per. ¿Luego tú la sedujiste

Tan solo por liviandad?

¿Y ella te amaba?

Rom. Verdad.

Per. ¿Es verdad?

Rom. Ya lo dijiste.

Per. No en balde para encontrarte

Tanto tiempo me afané;

Que me faltara pensé

El tiempo para matarte.

Rom. Si me matas, y ha de ser

Por mano de caballero,

Que laves despues espero

Un á Los á una muger.

Per. Sí por cierto.

Rom. Júralo.

Per. Sobre aquesta cruz de oro.

¿mas?

Rom. No, que la adoro.

Per. Y ¿te corresponde?

Rom. No.

Per. ¡Estúpido! loco estás.

¿Cuándo vengo por tu vida,

De tu amante despedida

A hacerme correo vas?

¡Imbécil! la he de decir

Que vives libre, contento,

Y que en veinte años, en ciento,

No habrás de poder morir.

Rom. ¿Porqué, traidor?

Per. Porque así

Hago mas fatal tu estrella,

Tu vida la enfiada á ella

Y yo me vengo de ti.

(Pereira alarga dos espadas á Roman,
que toma una. Se batien, Pereira con
serenidad, Roman con impetuosa có-
lera.)

Per., con solemnidad. ¡Seis meses pienso
que hará

Que nos quisimos batir!

(Viendo que la rabia de Roman crece.)

¿Quieres matarme?

Rom. O morir.

Per. ¿O morir?

Rom. Tanto me da.

Per. ¿Te herí?

Rom. No sé.

Per. Pues seguir...

Rom. Combate á muerte.

Per., dándole una estocada. ¡Ahi está!

ESCENA ULTIMA.

ROMAN, EN TIERRA; LUISA, ALBERTO,
PEREIRA.

Luisa. ¡Dios mio!

Alb. ¡Un combate aqui!

Per. Señores, un desafio;

Esto era negocio mio,

Pero ya le conclui.

Alb., mirando el cadáver de Roman,
con rabia. ¡Oh, le habeis muerto!

¿Y por qué?

Per. Por una deuda anterior.

Luisa. ¿Una deuda?

Alb. ¿Era de honor?

Per. Por el honor le maté.

MAS VALE LLEGAR A TIEMPO

QUE RONDAR UN AÑO,

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

JORNADA PRIMERA.

— De aquí no habeis de salir
O quien sois he de saber.
— Pues mirad cómo ha de ser,
Que yo no lo he de decir.

CALDERON.

PERSONAS.

DON CARLOS.
DON CÉSAR.
DOÑA LEONOR.
INÉS.
BRIGIDA.
GINÉS.
DOS DESCONOCIDOS.
ALGUACILES, SOLDADOS, etc.

ESCENA PRIMERA.

El Campo del Moro.

DON CARLOS, GINÉS.

Carl. En muy necio desvarío
Tu pensamiento cayó.

¿Cuándo te sacara yo,
Ginés, para un desafío?

Gin. Mucho, señor, me consuela
Haberme engañado así;
Mas recelé cuando os vi
Descender hacía la Tela.

Carl. Depon, Ginés, tal recelo;
Y ten presente de hoy mas
Que no saco yo jamás
Mis criados para un duelo.

Gin. ¡ Señor!...

Carl. Distinto quehacer
A este campo me trae hoy,

Y sabe por fin que estoy
Preñado de una muger.

Que en ello me has de ayudar
Cuando te traigo lo ves;
Pero has de elegir, Ginés,
Entre morir ó callar.

Gin. Señor, dejadme partir,
Porque me habeis injuriado.

Carl. ¡ Ginés...!

Gin. He sido soldado:
Y soy fiel hasta morir;

Y os digo que no es discreto
Secretos depositar
En quien no habeis de fiar
Que sepa guardar secreto.

Carl. Te sobra, Ginés, razon.
De lo que dije te olvida.

Gin. Perdonad, pero en mi vida
Cupo en mi pecho traicion.

Carl. Pues escucha.
Gin. Decid, pues.

Carl. Y por si el tiempo no es largo
Con mucha atencion te encargo
Que me lo escuches, Ginés.

MI padre en tenaz mania,
No alcanzo con qué razon,
Con Doña Leonor Giron
En que me case porfia.

Y á quererla yo en verdad,
O á no querer á ninguna,
En abrazar tal fortuna
No hallara dificultad;

Porque es ademas de hermosa
Noble, rica y muy discreta:
Mas no mira ni respeta
El amor ninguna cosa.

Otra pasión tengo aquí
Que el alma entera me abrasa,
Y mi linaje y mi casa
Despreció al nacer en mí.

Dos meses há que cobarde
Citado aquí ocultamente
Galanteo inútilmente

A quien has de ver mas tarde.

Gin. Mas si al fin lo he de saber,
A qué á entonces esperar?

Carl. Porque temo no has de hallar
Mas, Ginés, que una muger.

Gin. ¿Pues qué mas quereis que vea?

Carl. La muger por quien suspiro,
Sin mirar, cual yo no miro,

A quien sea, ó quien no sea.

Gin. ¿Pues en tan indigno objeto
Habeis puesto vuestro amor

Que de su nombre, señor,
Tengais que hacer un secreto?

Carl. Quizá. Pero aunque mi estrella
si en mi mal lo arregló,

Tengo en mi conciencia yo
Que habré de valer mas que ella.

Amo á una muger oscura.
Su padre, aunque era un buen hombre,

Dejéla solo su nombre,
Su pobreza y la hermosura.

Gin. Y tres mayorazgos son
Con los que puede alcanzar...

Carl. Lo que yo la pienso dar:
Mi mano y mi corazón.

Gin. Si tal que decis supiera
Vuestro padre Don Enrique...

Carl. Calle el necio y no replique,
Que él callara aunque lo oyera.

Lo que á tí toca, Ginés,
En vez de vanos consejos,

Es acechar desde lejos
Por dónde se parte Inés.

Sus pasos has de seguir
Donde vive hasta saber,

Porque yo la he de ir á ver,
Y ella no lo ha de decir.

Y ahora precaucion será
El separarnos.

Gin. Sí á fé.
Carl. Porque si juntos nos ve
Sin llegar se tornará...

Gin. Y aunque ya tal precaucion
Por si sola no bastará...

Carl. ¿Qué, Ginés?

Gin. La cosa es clara;
Volved allí.

Carl. ¿Damas son?
¡Tan temprano!

Gin. Aun hay estrellas.
Venid, que pasen dejemos.

Carl. Sí, que despues volveremos
En cuanto se vayan ellas.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, BRIGIDA, CON MANTOS.

Leon. ¿Dijisteis bien al cochero
El punto en que ha de aguardar?

Brig. Entre el Soto y la Monclova;
No temais, que no errará.

Leon. Parece, si no me engaño,
Que este es el sitio.

Brig. En verdad
Que no quisiera una línea
Las señas equivocar.

Mas ved, allí está la Tela,
La casa de Campo allá,

A esta parte la Monclova,
Aquí la fuente...

Leon. Mirad;
Pues aun no vino Don César,

No nos estuviera en mas
En la orilla de esta fuente

Un instante descansar.

Brig. Si por cierto, mi Leonor,
¿Mas tal vez os sentis mal?

Leon. ¿Qué bien quereis que me sienta
Estando en este lugar

Con lo que dentro del pecho
Tormento al alma me da?

¡Pluguiera á Dios que naciera,
Brigida, en plebeyo hogar,

Si por ser quien soy me privan
De cuanto me da solaz!

Brig. ¿Y porqué de una vez todo,
Mi Leonor, no confesais?

Que no ha de ser tan tirano
Vuestro padre y cederá.

Leon. ¡Ceder! Brigida, ni un punto
Consiente en volver atrás,

Que una vez que fui á decirlo
Irritóse, y mas tenaz

Juróme que ó me casaba
O me haria profesar.

Y ¡ay Brigida! si á lo menos
Don Carlos me amara...

Brig. ¡Bah!
Leon. Casárame por mi vida

Siquiera por acabar
De quejas; mas en Don Carlos.

En vez de darme un galan,
Como yo sé que le obligan,

Me dan un tormento mas.

Brig. Busquemos pues algun medio
Con que poderlo estorbar.

Leon. Nuestros padres lo trataron
Hace muchos años ya

De enlazar ambas familias

Por el efimero afan.
Ambos están empeñados,
Y entrambos me han de matar.
Porque yo adoro á mi primo
Don César cada vez mas,
Y estoy á todo resuelta
Antes que sacrificar
Todo el amor de mi vida
A quien no lo ha de estimar.

Brig. Los ímpetus, Leonor,
De la pasión moderad,
Y dejad al tiempo tiempo,
Que tras uno otro vendrá.
La pasión es un escollo,
Mi Leonor, en vuestra edad...

Leon. Pues yo seguiré mi ruta,
O tengo en él de encallar.

Brig. Mirad no rompáis el buque
Y á pique venir lo hagais.
Que llevais, Leonor, en él
El honor.

Leon. Dueña, callad,
Que mugeres como yo
Bien su honor saben guardar,
Y no hay mejor centinela
Que la propia voluntad;
Mas si lo decis ahora
Por el lugar en que estais,
Tened, Brigida, hasta el fin
La paciencia de esperar,
Pues para amores livianos
No os buscara yo en verdad:
Que siendo Leonor Girón
Como quien soy he de obrar,
Y en quien soy, dueña, no cabe
Pequeñez, ni liviandad.

Brig. Señora, si mis palabras
Pudieron en esto errar,
Perdonadlas, porque fueron
Hijas del labio y no mas.
Vuestro padre á mi cuidado
Os tuvo á bien encargar,
Y aunque puedo complaciente
Conceder á vuestra edad
Lo que se debe en justicia,
Los limites sin pasar
De la razón y el honor,
Os juro que volverá
Vuestro honor á vuestro padre
Tan puro como el cristal;
Porque siendo yo quien soy
Como quien soy he de obrar,
Y en quien soy, Leonor, no cabe
Pequeñez ni liviandad.
Mas allí viene Don César,
Y porque, Leonor, veais,
Que os quiero como á quien sois
Y rencor no sé guardar,

Donde vuestra voz no alcance
Me retiraré.

Leon. Esperad,
Que donde esté Leonor
Habrá su dueña lugar.
Sentaos aquí, y ahora
Ved, dueña, oid, y callad.

ESCENA III.

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR, BRIGIDA

Cés. ; Tanta fortuna, Leonor!
Recibí vuestro billete,
Y aun me tengo por juguete
De sueño fascinador.
Hoy vengo, mi dulce amor,
Dudando si en este incierto
Desvario estoy despierto
Para tal felicidad,
Y aun dudo de la verdad.

Leon. Sí, Don César, es muy cierto.
Mas no por ello penseis
Que en igual deslíz los dos
A mí me falto por vos
Ni á vos por mi faltareis,
Que es por honra, y lo vereis,
Don César, por lo que os llamo;
De vuestro amor al reclamo
No os diera la cita, no.
Que años há que os dije yo,
Primo Don César, que os amo.

Cés. Confuso ademas estoy
Vuestras voces escuchando,
Y de que aun estoy soñando
Mas convenciéndome voy.

Leon. Don César, despertad
A la voz de la razón
Es precisa obligacion
Si como decis me amais.

Cés. Probarélo si me dais
De probároslo ocasion.

Leon. Pues oid y os la daré.
Sabeis (que no es de ignorar)
Que me quieren desposar,
Con pequeña causa, á fé;
Que á otro que á vos no queréis
Sabeis, Don César, tambien,
Y es justo que penseis bien,
Puesto que á otro no he de amar,
Si me podeis desposar
Antes que esposo me den.
Si elegir entre los dos
Dejaran mi voluntad,
Yo no eligiera en verdad,
Don César, á otro que á vos:
Quiérello distinto Dios.

Mi padre airado y violento
Me propone en el momento
O casarme ó profesar;
Si con vos no he de casar
Elijo lo del convento.

Cés. ; No será, pese á los cielos
Y á la negra estrella mía!
No he de perder en un día
Una vida de desvelos;
Leonor, mi amor y mis zelos
Esos amaños tiranos
Romperán, y de sus manos
Ambos libres quedaremos.

Leon. Tened, Don César, no demos
En obrar como villanos.

Que aunque consiento en quererlos,
Y si no á vos á ninguno,
Es pensamiento importuno
Que galan mío he de hacerlos.

Cés. Leonor, como caballeros
Que somos ambos á dos
Cuerpo á cuerpo...

Leon. No por Dios,
Que aun es mayor disparate
Que consienta yo en que os mate
O á Don Carlos mateis vos.

Cés. A comprenderos, señora,
No atino por vida mía:
Sacadme de esta agonía,
Que por cierto que ya es hora.

A mí os acogeis ahora
Porque casaros pretenden;
De las manos que os ofenden
Yo libraros quiero y mas.

¿Cómo si os volveis atrás
Vuestros deseos se entienden?
Que yo os amo, claro está;
Que os respeto, bien se ve;
Que me amais, pues, yo lo sé,
Dudarlo ofensa será.

Cuando á daros mi amor va
La defensa que pedís,
Que no le mate decis,
Que él me mate no queréis:
Decid pues qué resolveis,
Qué otorgais y resistís.

Leon. Que os ciega vuestra pasión
Bien claro, Don Cesar, veo,
Y en ello tiene el deseo
Sobrada satisfaccion.

Mas cobrad vuestra razón,
Que ha falta de claridad,
Y lo que os digo escuchad
Sin que andéis por conjeturas
Con las razones á oscuras
Y á tientas con la verdad.
Pues Don Carlos no me estima,
Don César, como á quien soy;

Pedireis á mi padre hoy
La mano de vuestra prima.

Cés. Y es patente que se exima.
Leon. Entonces idos al juez,
Confesadle sin doblez

De mi padre la injusticia.

Cés. ¿Y si el juez no hace justicia?

Leon. Acabamos de una vez,
Porque es vano imaginar,
Y miente quien lo dijere,
Que yo con quien no me quiere
Tengo nunca de casar.

Si vos lo habeis de escusar
Por escusar la pendencia,
Miradlo en vuestra conciencia,
Que si con vos, César, no,
Desde ahora apelo yo
Del convento á la sentencia.

Cés. Antes que suceda tal
Pierda la vida, Leonor,
Que con vida y sin tu amor
Acertaré á estar muy mal.

Leon. Ved, dueña, si criminal
O liviano hay algo aquí.

Brig. Si guardais rencor así
Vuestra casa dejaré.

Leon. Me importa que el mundo esté
Bien satisfecho de mí.

Cés. Mas del campo á los extremos
Un hombre hácia aquí se viene.

Leon. Partámonos, que conviene
Que algun encuentro evitemos.

Brig. Ved que llega.

Leon. Pues quedemos
Como estamos sin recelo.

Cés. Bajad sobre el rostro el velo
Y dejémosle pasar.

Leon. ; Por mi vida que es azar!
; Carlos!

Cés. Confúndale el cielo.

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR, DON CARLOS, BRIGIDA.

Carl. ; ¡ Todavía gente aquí!
; No es Don César el que veo?)

Brig. Que nos examina creo.

(*Ap. á Leonor.*)

Leon. Harto me pesa ; ay de mí!
Cés. No hará porfia, que es

Hidalgo, y fuera importuno.

Carl. (Sin duda que sobra alguno,
Pues si hay dueña somos tres.)

Cés. (Ello es fuerza que se vaya
Para podernos librar.)

Carl. Os suplico que escuseis,
Que las horas van corriendo.
Leon. Es cierto, y agradeciendo
Que maneebo tan cortés...

Carl. Bésoos, señora, los piés.
(*Inés, llegando turbada y rápidamente,
se ampara detrás de los que están en la
escena, y al punto reconoce á Don Car-
los. Poco despues entran dos desconoci-
dos, que se supone venir tras ella.*)

Inés. ¡Hidalgos, en caridad!

Leon. ¿Qué es esto?

Brig. ¡Cielos!

Cés. ¡Mirad!

Inés. Socorro... ¡Carlos!

Carl. ¡Inés!

ESCENA VI.

DON CÉSAR Y DOÑA LEONOR, A LA DERE-
CHA, Y A SU LADO BRIGIDA, GINÉS, A LA
IZQUIERDA, Y A SU LADO LOS DOS DESCONO-
CIDOS; EN EL CENTRO INÉS, AMPARADA POR
DON CARLOS.

Gin. ¡Ay Ginés! buena la hicimos:
Ya escampa y lloviañ peñas.)

Brig. Si no nos mienten las señas,
Papel de tercero hicimos.

Leon., á Don César. ¡Inés dijo?

Cés., á Doña Leonor. ¿Qué sé yo?
Todos son secretos hoy.

Carl. (Corrido en verdad estoy.)

Inés. ¡Quién en hombres se fió!

Carl., á Inés. Y en fin, ¿direis qué es
aquesto?

Inés. Esos hombres me seguitan.

Carl., á ellos. Esos hombres ¿qué querian?

Pocas razones, y presto.

Hombre 1º. Esa mozueta bellaca,

Que en mi casa está sirviendo,

Robó unos trastos, y entiendo

Que se huía hácia Aravaca,

Que es su pueblo, y voto á tal...

Carl. Inés, ¿tú criada...?

Inés. No;

Ese villano mintió

Y lo ha fingido muy mal.

Hombres 1º y 2º. ¡Cómo, infame...!

Carl. Callad vos,

Que si no me fuera en mengua

Os arrancara la lengua

De las fáuces á los dos.

Hombre 1º. Dareisime cuenta y sobrada.

Carl. Traigo para los villanos

Satisfaccion en las manos.

Tomad esta bofetada.

(*Dale.*)

Hombre 1º. ¡Tal injuria á mi!

(*Meten mano.*)

Carl., á Inés. Huye, Inés

Que yo la espalda te cubro.

Inés. No me voy si no descubro

Esa dama de quién es.

Leon. ¿Oís, Don César? Le pidió

Satisfaccion.

Cés. Ya lo oí.

Leon. (Que no me amara creí,

Pero que por otra no.)

ESCENA VII.

DON CÉSAR; DON CARLOS Y LOS DESCO-
NOCIDOS RIENDO; ALGUACILES, SOLDA-
DOS, ETC.

Alg. 1º. ¡Dénse al rey!

Otro. Ténganse, digo.

Alg. 1º. Afuera. Ténganse á raya.

Un Escribano. El que reñido no haya

Quédesse para testigo.

*Carl., á uno de los desconocidos á quien
tiene cogido por la garganta.* ¿Con-
migo osábais reñir?

Llevadle, justicia, preso.

Alg. 1º. Ahora trataremos de eso,

Que todos han de venir.

¿Y qué es ello?

Hombre 1º. Esa muger,

Que es, señor, criada mia...

Carl. Esta muger no servia,

Y ya le pueden prender.

Alg. 1º. Todos irán, que sinó

No acaba vuestra malicia.

Carl. Téngase aquí la justicia,

O la haré tenerse yo.

Prended á ese hombre, y vais bien,

Sin ver lo más que aquí pasa.

Esta dama es de mi casa,

Y yo soy...

(*Acercándose al oido del principal de la
justicia.*)

Alg. 1º. ¡Quietos esten!

Vos con nosotros venid. (*Al hombre 1º.*)

Y vuestra merced perdone. (*Á Carlos.*)

Carl. Los derechos que os abone

Al mayordomo decid.

ESCENA VIII.

DON CARLOS, DON CÉSAR,
DOÑA LEONOR, INÉS, BRIGIDA, GINÉS

Inés, á Don Carlos. Pues hoy os debo el
honor,

Ved en qué os puedo servir.

Carl. ¿Tan sola os habeis de ir?

Inés. Sola he venido, señor.

Leon., á Don Carlos con intencion. Que
la guardéis es mejor,

Don Carlos: idos con ella.

Inés, lo mismo. ¡Oh! por mí no hagais
querella:

Con esas damas quedad,

Que ir con vos por la ciudad

No está bien á una doncella.

Porque vos, segun parece,

En lo galan, caballero,

Sois mucho para escudero

De quien tan poco merece.

De tal honra desmerece

Mi edad y mi condicion.

Leon. ¡Y que siendo yo Giron

Por otra no me quisiera!

Don Carlos, dirá cualquiera

Que aquestos despiques son.

Si conocéis á esa dama

Id con ella sin recelos,

Que no ha de servir de zelos

A quien sabeis que no os ama.

Y, si esto no es en disfama

De alguien de los que aquí estamos,

Permitidme que os digamos

Que si estorbaros pudimos...

Suponed lo que decimos,

Don Carlos, cuando callamos,

Carl. Leonor, asuntos de honor

No á las damas son ajenos,

Ni el de esta ha de serlo menos

Por no ser Doña Leonor.

(*Á Inés.*)

Señora, hareisime favor.

Inés. Con vos, señor, no he de ir.

Leon. Tiene razon, que ha de ir

La frase que he de acabaros,

Y que por apresuraros

No me dejásteis decir.

(*Con ironía.*)

Nuestras almas no acertaron

A amarse un solo momento:

Lo de nuestro casamiento

Nuestros padres lo trataron.

Mientras mis ojos erraron

Y os creí libre de amar,

No me atreví á contrariar

La voluntad de mi padre.

Mas ya que á quien mal le cuadre

Hay tal vez, dejadme hablar.

En que no me amárais vos,

Y en que yo á vos no os amara,

Acaso aunque nos pesara

Consintiéramos los dos.

Escondiéramos ¡por Dios!

Uno al otro nuestro afan;

Y pues nobleza nos dan

Nuestros padres al nacer,

Ni amárais á otra muger,

Ni yo buscara galan.

Así hubiéramos, señor,

Por largo tiempo vivido;

Con la muger el marido,

Pero entrambos sin amor.

Esto no cabe en mi honor

Permitirlo ni pensarlo;

En vos estaba el callarlo;

En mí estaba el inquirirlo;

En vos estaba el sufrirlo,

Pero en mí está el estorbarlo.

(*Vase riendo y dando el brazo á Don César*

Brígida los sigue.)

Inés, con resentimiento á Don Carlos.

Dos meses há que me amais,

Y el recuerdo no os asombre.

Cuando os pido vuestro nombre,

«Un hidalgo» contestais:

Há dos meses me engañais:

Dos meses que me mentís.

«Un hidalgo» me decís:

Y es bien elaro que sois mas.

¡Oh! ¡no lo digais jamás

Si decirmelo sentís!

Mas há dos meses se estrella

En mi honor vuestra pasion;

Preguntais mi condicion,

Y yo os digo «una doncella.»

Pues ambos por igual huella

Nos buscamos hasta aquí,

Vos recelando de mí,

Yo recatando de vos,

Desengañados los dos,

Me perdisteis y os perdí.

(*Vase Inés y queda Don Carlos como aver-*

gonzado, y repara al punto en Ginés, que

le contempla.)

Carl. Fuerza que me pierda hoy es.

¡Cielos! No sé lo que me pasa.

(*Á Ginés.*)

Sigue á esa dama, Ginés,

Y no vuelvas á mi casa

Sin que con la suya des.

JORNADA SEGUNDA.

Paréceme que aun la escucho.
Soy, dijo, á mi furor loco,
Para esposa vuestra poco,
Para dama vuestra mucho.

LOPE DE VEGA.

PERSONAS.

EL DUQUE.
DON CARLOS.
DOÑA VIOLANTE.
INES.
GINÉS.
UN LACATO, LA RONDA.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion elegante en casa del duque.

EL DUQUE.

Tambien es tenacidad
De Don Diego y de Leonor.
Negocian puntos de amor
Con una velocidad
Que ya toca en lo importuno.
No creen sino que esta boda,
Porque á ellos les acomoda,
No es incómoda á ninguno.
Carlos jamás tuvo en ella
Inconveniente á mi ver...
Pero le puede tener
Si ve que se le atropella.
Y aunque si ya no le halló
Que le encuentre difícilto,
Tampoco obligarle á hulto
A casarse quiero yo.
Porque ¿qué le contestara,
Si de haberme obedecido
El mal que le haya venido
Con razón me echase en cara?
Mucho me holgara en verdad
En que con Leonor casase;
Yo insistiré en que se case,
Mas no contra voluntad.
¡Hola! A Don Carlos llamadme;
Y entre tanto, pensamientos,
De vuestros locos tormentos,
Un instante relevadme.

(Pausa.)

Y por fin si de su honor
Con una exigencia cruel
Despues de casarle á él
Le contara yo mi amor,
¿No dijera, y con justicia,
A proceder tan injusto
Que por hacer yo mi gusto

Puse en el suyo malicia?
Que yo amo es cierto á fé,
Que él no la ama es evidencia...
Qué he de hacer con mi prudencia
Vive Dios que no lo sé.

ESCENA II.

EL DUQUE, DON CARLOS.

Duque. Ya, hijo mio, te esperaba.

Carl. Yo, padre, os buscaba á vos.

Mas hoy no nos hemos visto:

Dadme las manos, señor,

Duque. Tómalas, hijo, y con ellas

Mi amor y mi bendicion.

Tengo un punto de que hablarte

Que nos importa á los dos.

Carl. Decid, padre, que os escucho.

Duque. Siéntate, y oyeme.

Carl. Estoy.

Duque. Sabes, hijo, que por dicha

(Que así el cielo lo arregló)

Somos nobles de la casa

De los Ponces de Leon,

Y que en bienes de fortuna,

En honra, lustre y valor,

A ninguna otra en Castilla

Nuestra familia cedió.

Carl. Y si hay, padre, quien lo dude,

Nombrádmelo sin temor,

Que ademas de la nobleza

Traigo espada y hombre soy.

Duque. Nadie lo duda, y por esto

El mundo nos orderó

Ciertas leyes que cumplir

Nos es en obligacion.

Por ejemplo, que casemos

Con damas de tanto honor

Que con su lustre den lustre

A nuestro limpio blason.

Há mucho tiempo, hijo mio,

Que tu boda se trato

Por negocios de familia,

No te importa cuáles son,

Y te buscamos esposa

En la virtuosa Leonor,

Que es la prenda de mas precio

De la casa de Giron,

Que á tu padre tal pluguiera

Callártelo fuera error,

Siendo tu padre el primero

Que en esta boda pensó.

El tiempo y las circunstancias

La hicieron punto de honor:

Pues al mio importa. Sea,

Mas si daña al tuyo, no.

Carl. Antes de que yo os responda

A mi respondédme vos.

¿Me amais, señor?

Duque. Mas que el ciego

Amara si viera al sol.

Carl. Si pesarlo fuera dado,

¿Cuál pesara mas, señor,

Vuestra honra, ó vuestro hijo?

Duque. Hijo y honra... ¿que sé yo?

Carl. ¿Luego igual pesan entrambos?

Duque. Por cierto que es confusion.

(Reflexionando.)

La honra, de nuestros bienes

Es sin duda el bien mayor;

Y los hijos... si son buenos,

Nos bendice en ellos Dios.

La honra... tal vez se cobra

Con intriga ó con favor...

Los hijos...

Carl. ¿Qué decís, padre?

Duque. El que una vez se perdió...

Carl. ¿Respondéis, señor, quién pesa

Mas?

Duque. ¡El hijo, vive Dios!

Y á preguntarlo no vuelvas,

Que dos veces tal vez, no.

Carl. Permitted pues que rehusé

La boda con Leonor;

Mas no lo tengais á mengua,

Libertinaje ó baldon,

Que porque tal no pensárais

Desposara al diablo yo:

Mientras que amarme pudiera

Doña Leonor de Giron,

Consentí en sacrificaros

Mi vida sola, señor;

Pero hoy que sé que no alcanza

A amarme su corazon,

Hoy en libertad la dejo;

La mia os atañe á vos.

Duque. La tuya, hijo, como tuya

Toda entera te la doy,

Usala como quien eres,

Como Ponce de Leon.

Carl. Mi libertad tengo en mucho,

Y en mas á quien me la dió,

Porque aun antes de alcanzarla

Era hijo vuestro, señor.

Pero... ¡padre! ¿qué tenéis?

Desfallecida la voz,

Los ojos volveis inquietos,

¡Fáltale al rostro el color...!

Duque. Del atormentado pecho

Secretos afanes son,

Y el rubor de alimentarlo

Sale en el rostro y la voz.

Carl. ¡Vos afanes, padre mio!

¡Vos secretos! ¡afan vos!

¡Oh! ¿creísteis mis palabras?

Padre, mi padre, perdon.

Si os ha de causar enojos,

Mirad bien que fué un error,

Y antes, padre, que enojaros

Muriera mil veces yo.

¿Llorais, señor? ¡vive el cielo!

Me partís el corazon.

¿Tanto ha podido ofenderos

El no querer á Leonor?

¡Ah! ¿porqué no me mandásteis

Que no os respondiera no?

Que es para mí sobre todo

Mi padre, despues de Dios.

Duque. Calla, Carlos, que de el pecho

Secretos afanes son,

Y aparte en ellos no tienes

Ni tú ni nadie.

Carl. Señor...

Duque. Mira, Carlos, son hoy tales

Estas dudas en que estoy,

Que me pesa el si, y me pesa

Que me respondas que no.

Resistirlo mas no puedo,

Que un pensamiento traidor

Me ha asaltado sordamente

Tras el eco de tu voz.

He pensado que si amaras

A otra muger, ó mejor,

O mas bella, ó aun acaso

De mas haja condicion...

Carl. ¡Padre...

Duque. No es que te lo digo,

Es que lo pienso, mas no.

Carlos, hijo mio, dime:

¿Me amas mucho?

Carl. Como Dios

Amar á su Madre puede,

Y como aquella al Señor.

Duque. ¿Defendieras una causa

En que hubiera parte yo

Con justicia?

Carl. ¿Eso dudais?

Contra ley, y sin razon.

Duque. ¿Y si vieras en tu padre

Una falta, la menor,

Mas que el mundo reprochar

Pudiera como un baldon?...

Carl. Harto contrario no fuera

Todo el mundo á mi furor,

Que un crimen en vuestro rostro

Como virtud viera yo.

Y al que lo mismo no viera

Delante á mi, ¡vive Dios!

Que á estocadas en el pecho

Le buscara el corazon

Y no le valiera el sitio,

Ni la fuerza, ni el valor;

Le matara, y si no fuera
Cuerpo á cuerpo, por traicion;
Porque es para mi en el mundo
Mi padre despues de Dios.

Duque. Carlos, me vuelves la vida:
Dame los brazos.

Carl. Señor,
Vuestro hijo soy; mas decidme
De vuestro mal la ocasion.

Duque. Pues que, Carlos, tanto me
amas...

Mis duelos vienen de amor.

Carl. ¿No es mas, padre? pues ¿en eso
Vuestro corazon erró?

¿No sois hombre, y no están todos
Sujetos á una pasion?

Duque. Pero tal vez es indigno
De mi pecho tal amor,

Que amo, Carlos, á una perla
Pura, hermosa como el sol,
Pero en el fango del mundo

El cielo me la encerró:
Mas harto, Carlos, te he dicho,
Y de vergüenza me voy,
Que cosas á veces matan
Si se escuchan, hijo, dos.

Carl. ¡Cielo santo! ¿Estoy despierto?

¿Tantas desventuras hoy?
¿Si tras la muerte me voy,
Aun creo el hallarla incierto!
¿En lo mismo que he pecado
A pecar mi padre va?

¡Oh, por Dios que no será;
Fuera de ambos mal contado!

Padre, señor, un momento:

Un remedio me ha ocurrido
Con que vos seréis servido
En lo de aquel casamiento.

Duque. ¿Un remedio! y ¿qué ocasion...?

Carl. Aguardad y os la dire,
Permitidlo, y partiré
Mañana mismo á Aragon.

Duque. ¿A Aragon quieres partir?

Carl. ¿Allí haciendas no tenemos?

Duque. Mas lo mismo quedaremos.

Carl. Asi se ha de concluir.

Vos á Don Diego dijreis
Que á mi vuelta he de casarme.

Duque. ¿Y una razon no has de darme...?

Carl. Padre, no la preguntéis.

Harto, señor, os pesara
Si yo la razon os diera.

Duque. Por vergonzosa que fuera
Yo sé que la perdonara.

Carl. No es sino noble é hidalga;
Mas que la calle otorgad.

Duque. No sé, Carlos, en verdad
Que tanto tu razon valga.

Carl. ¿Hoy en vos mas no peso
Que la honra el hijo quizás?
Pues ved que en mí pesa mas
El honor vuestro que yo.

Duque. Tú verás lo que ha de ser,
Que mas no he de importunar.
Y no me atrevo á negar
Lo que puedes menester. (Va. e.)

ESCENA III.

DON CARLOS, DESPUES GINÉS.

Carl. ¿Y en un solo momento,
Con sola una palabra, de mi vida
Robóme la esperanza y el contento!
¿Pero cómo no amarla...
A esa tierna beldad desconocida
Tanto mas adorada
Cuanto mas me parece desdichada?

¡Oh! ¿Porqué nos llamamos
Ponces, Tellos, Abarcas y Girones,
Si á amarrar no alcanzamos
A nuestro alto blason nuestras pasiones?

Mas que mi padre viva,
Que ame, y que goce como grande y rico,
En tanto que en silencio
Yo mi amor á su amor le sacrificio.

Y al fin ¿qué vale todo?
Muger será, ligera y veleidosa,
Que cuando yo la alzara,
Tal vez de que era mia se olvidara
Acordándose ¡ay Dios! de que era hermosa.

¡Oh! ¡Tal pensando me estremezco y lloro!
Muger al fin... muger, pero la adoro.

¡Hola! A Ginés buscadme.

Gin. Héme aquí ya, señor.

Carl. ¿Qué sabes de ella?

Gin. Seguí traidor su huella,
Mas tal vez conociendo la seguía
De calle en calle y de plazuela en plaza
Atenta y pertinaz iba y venía.

Carl. ¿La hallastes? Si, ó no.

Gin. ¡Por vida mia!

¿Pusiérame ante vos si no la hallara?

Hasta la calle fui de Mira el Río,
Número cuatro, casa solitaria,
La puerta estrecha y de agujeros llena,
Tras el cubo, señor, de la Almudena.

Carl. (Dale un bolsillo.) Gracias, Ginés,
y toma.

Gin. Señor, soldado soy y buen criado,
El oro es de traidores ó cobardes.

Carl. Pues para mí conviene que lo
guardes...

Gin. Mal, señor, se concilia.

¿No estará en vuestras manos mas seguro?

Carl. Yo puedo malgastarlo;
Dácale al mayordomo conservarlo,
Que soy, Ginés, un hijo de familia. (Vase.)
Gin. ¿Dijome mayordomo?
¿Pues son del oficio; pues lo tomo.

ESCENA IV.

¡Pobre. Es de noche. — Luz.

DOÑA VIOLANTE, INÉS.

Viol. Estás cabizbaja.

¿Qué tienes, Inés?

Inés. Dó quier que los ojos
Volvais, lo vereis.

¿Qué mas, madre mia,
Pudiera tener?

Viol. Voluntad suprema
De los cielos es.

Inés. Mas propicios, madre,
Nos pudieran ser.

Viol. Respeta á los cielos;
Son justos, Inés.

Tu padre hubo siempre
Entera su fé;

Fué siempre á su patria
Y á su Dios muy fiel.

Murió defendiendo

Su patria y su rey,
Y aunque nuestras dichas

Murieron con él,
Los cielos son justos,
Callemos, Inés.

Pero hoy mas que nunca
Parece á mi ver

Que estás fatigada,
Inquieta tal vez.

Inés. ¡Dios mio! ayudadme
Silencio á tener.)

Estais tan enferma,
Y están ya tambien

Nuestras esperanzas
Tan muertas...

Viol. Sí á fé.

Mas hemos llegado
Hasta hoy, ya lo ves,

Y así pasaremos
Un dia, dos, tres,
Un mes y dos meses.

Inés. ¡Ay madre! No sé.

¿Y cuando se pasen
El dia y el mes?

Viol. Entonces...

Inés. Calladlo:

No en ello penseis,
Que acaso tan solo

Por vos vive Inés.

Viol. ¡Hija! ¡mi consuelo!

Mi amparo y mi fé...
¿Me amas?

Inés. Me ofende

Que tal preguntéis.

Por vos diera todo

Cuanto puedo ser,

Mi vida, mi alma,

Mi amor ¡ah! tambien.

Viol. ¡Tu amor! — ¿A quién amas?

Inés. Yo... á nadie... tal vez...

Si algun dia amara...

Como á vos, ¿á quién

Quisiera...? y siento

Aun que lo dudeis.

Viol. Si algun dia amaras,

Si fuerza ha de ser

Que ames...

Inés. Madre mia,

Por vos amaré.

Sin vos, ni los cielos

Le bastan á Inés.

(Ruido como de alguno que llega. Un

embozado se acerca á la puerta.)

Mas ¡qué ruido...! Un hombre!

¡Qué audaz! ¿Qué quereis?

El duque, desembozándose y saludando

respetuosamente. Salvaros, señora,

Si alcanzo á poder.

ESCENA V.

DOÑA VIOLANTE, INÉS; EL DUQUE.
DISFRAZADO.

Viol. Pues decid, señor, ¿qué pasa?

¿Qué repentina ocasion...?

Duque. Trájomé mi corazon

A las puertas de esta casa.

Con vos, señora, un instante

Quisiera, si os place, hablar.

Viol. Señor, no puedo alcanzar...

Duque. De un asunto interesante.

Viol. Decid, pues, que os escuchamos.

Duque. (Indeciso estoy á fé,

Y qué decirlas no sé.)

Inés. Señor, atentas estamos.

Duque. Nace á veces un deseo

En un corazon en calma,

Que abrasa, señora, el alma,

Y que no se apaga creo;

Todo entonces es dudar,

No sosegar ni dormir,

No se sabe adónde ir,

Ni se sabe en dónde estar.

No hay regalo en el placer,

Ni las dichas nos agradan,

Pues hoy tanto nos enfadan,

Cuanto halagaron ayer.

Huimos nuestros amigos,

Que al prestarnos sus consuelos
No son mas en nuestros duelos
Que impertinentes testigos.
Y silenciosos y uraños,
Meditabundos y esquivos,
En el mundo de los vivos
Parecemos como estraños.
Con el pensamiento á solas
Gozamos una ilusion
Cual fano que en un peñon
Alumbra las negras olas;
Mas como él incierta, vaga,
Ya esperanza, ya tormento
Dentro allá del pensamiento,
Ya se muestra, ya se apaga.
Tal vez su sér no ignoramos,
Mas porque no nos asombre
Jamás su sér ni su nombre
A solas nos preguntamos.
Hasta que llega una vez
En que á tanto meditarlo
No querer adivinarlo
Fuera estrema estupidez.
Entonces nuestros enojos
Truécanse en falaz ventura,
Y refleja una hermosura
De nuestra alma á nuestros ojos;
Y de entonces sin temor
Nos perdemos en pos de ella:
Cuanto mas huye es mas bella,
Que es poderoso el amor.

Viol. Tanto tiempo há que no escucho
Acento tan cortesano,
Que pienso que fuera en vano
Querer escucharle mucho.
Me habeis hecho recordar
Tantas pasadas venturas,
Que apenas por conjeturas
Os alcanzo á adivinar.
Una hija tengo, señor;
Mas ved en vuestro deslize
Que es demasiado infeliz
Para inspiraros amor.
No finjais debilidad
Al través del abandono,
Que no cambia por un trono
Su amor y su soledad.

Duque. ¿Qué habeis en mi conocido
Para una respuesta tal?
O me he explicado muy mal,
O me habeis mal comprendido.
Sé la indigencia en que estais,
La virtud en que vivís;
Si os enoja lo que oís,
A desecharlo bastais.
Oro tengo, hidalgo soy:
Si oro noble os bastará,
Nadie en Castilla podrá

Daros tanto como os doy.
Esto es cieno, ya lo sé.
Mas por oro, pompa, honor,
Si un poco me dais de amor
Bien pagado quedaré.
Viol. ¿Quién sois, que me haceis llorar.
No de duelo, de placer?

Duque. No me debeis conocer
Si no lo habeis de aceptar,
Que en la esperanza en que estoy,
Si mi nombre os revelara,
Que me amárais me pensara
Nada mas de por quien soy.
Viol. Hablais, señor, de tal modo
Que no sé qué responderos.

Duque. Pues todo vengo á ofreceros,
Mirad si os conviene todo.
Inés. ¡Pobre anciana! Perdonad,
Que aunque sé que el vulgo es necio,
Y sus habillitas desprecio,
Mi honor me importa, escuchad.
Yo tengo, bien lo sabeis,
Una madre por ventura;
Ella, señor, mucho cura

De las prendas que en mí veis.
Amarla en mí no es virtud
Si obligacion principal,
Que fuera pagarla mal
Su desvelo y su inquietud.
A su ciega voluntad
Ciega me sacrificara,
Su vida á Dios le comprara
Con toda mi eternidad.
Mas tuve un padre, señor,
Buen vasallo y buen soldado,
Que aunque en mi alma ha dejado
Para ella todo su amor,
Dejó á mi virtud constancia
Con que en tan rico tesoro
Del noble me falta el oro,
Mas me sobra la arrogancia.
Si la suerte, la riqueza
Con mi padre me quitó,
Yo sé bien que me dejó
En la sangre la nobleza.
Pues noble supe nacer,
Y he vivido sin mancilla,
Del mismo rey en Castilla
Barragana no he de ser.

Duque. Con hartos respeto oí
Vuestras razones, señora,
Y no sé en verdad ahora
A qué traerlas aquí.
No os he venido á insultar
Como un avaro á un mendigo;
He venido como amigo
Para recibir á dar.
He venido porque os amo,

Inés. Desde que os vi,
Pero antes de entrar aquí
Olvidé cómo me llamo;
Que amor á todos estiende
Su ley, y á nadie respeta.

Inés. Pero el pueblo la interpreta,
Señor, como la comprende.
Sé que hay un amor sublime
Que arrebató el corazón,
Que no es inmunda pasion,
Y de sus leyes se exime.
Que es una vaga centella
Del fuego que anima el cielo,
Y se refleja en el suelo
Como la luz de una estrella.
Sé que esa virtud sin nombre
Solo en el alma nacida,
Por el autor de la vida
Es un regalo hecho á el hombre.
Pero, señor, también sé
Que esa flor sencilla y blanca,
El hombre ingrato la arranca
Y la huella con el pié.

Duque. Pero ved que si la flor
Se coloca en un altar,
El que la supo apreciar
Adoró á su Criador.

Inés. Vos, señor, sois tan galan
Como yo soy desvalida.
(¡Siempre juntos en la vida
Placer y tormento van!)

Duque. Pensadlo, señoras, bien
Si lo podeis admitir,
Que yo del vulgo al decir
Pondré silencio también.
Que antes que él sea testigo
De las dichas de los dos,
Yo basto á hacerlos á vos
Igual en todo conmigo.

Viol. ¿Y dejaréisme ignorar
A quién debo agradecer...?

Duque. No me debeis conocer
Si no lo habeis de aceptar,
Porque os repito que hoy
Si mi nombre os revelara,
Que me amárais me pensara,
Nada mas que por quien soy.

(Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE, INÉS.

Viol. Suspensa me tiene
Tal felicidad.

Inés. Madre, madre mia,
¿Qué lucha, qué afán!
El alma en mil dudas
Tormento me da.

Viol. ¡Si al cielo piadoso
Movié nuestro mal,
Y el sol nos volviera
Tranquilo á brillar!
Inés, ¿qué dice ese
Silencio tenaz?
¿Qué piensas? ¿A ese hombre
Respuesta darás?

Inés. Madre, madre mia,
¿Qué lucha, qué afán!

Viol. Te salva la honra,
Te adora y te da
Cuanto es, cuanto tiene
Noble y liberal.
Un punto en el vulgo
Nos murmurarán,
En mil conjeturas
A perderse irán.
¿Qué importa, si al cabo
Vendrán á parar
En que es la fortuna,
Fortuna y no mas?
Y ser venturoso
No es ser criminal.

Inés. Madre, madre mia,
¿Qué lucha, qué afán!
Mas no. ¿Qué ventural
¿Qué felicidad!
Daros una vida
De calma y de paz...
Haceros dichosa,
Madre, y que jamás
Nuestra ágría desdicha
Tengais que llorar.
Mas yo en ese gozo
Sin tregua y solaz,
Tendré mis afanes
Por fuerza que ahogar.
Fingiré contento...

¿Contento falaz!
Madre, madre mia,
¿Qué lucha, qué afán!

Viol. Mas si sientes, hija,
Secreto pesar,
Y tanta fortuna
Recelos te da,
Tu madre, hija mia,
Aun puede esperar,
Que así como vive,
Por tí vivirá.

Inés. Madre, en lo resuelto
No quiero pensar:
Si hoy en vuestra hija
Vuestra vida está,
¿Que habreis vida, madre,
Pudiérais dudar
Cuando al mismo cielo
No idolatro mas?

O deja de ser querido,
Y á mi vuelta ya en olvido
Su amor ó su stirpe echó,
¿No podré, volviendo yo,
Adquirir lo que perdí?
Porque amar, dice que sí...
Y esperar... ¡dice que no!
¿Y si el padre á lo que infiero
Yerra en ello...? ¡Vive Dios!
Que ha de ser entre los dos
Mi padre siempre el primero;
Mas si mi infortunio fiero
A compasión se movió,

¿Lo que á mi padre dí yo
No podrá darme el á mi...?
Porque amar, dice que sí...
Y esperar... ¡dice que no!

Duque. La respuesta he de esperar.
Por el oro y la grandeza
Su virtud y su nobleza
A fé que no ha de cambiar.
Mas ¿para qué he de guardar
El oro y nobleza yo?
Ella es claro que otorgó,
Pues virtudes la ofrecí...
Mi muger dirá que sí;
Mi dama dirá que no.
Mas si Carlos (lo sospecho
Por su pronta turbacion)
Una igual inclinacion
Abrigara dentro el pecho,
Cederá en mi su derecho,
No hay dudar, que siempre vió
Virtud en cuanto hice yo.
Mas si no por él, por mí,
Mi muger dirá que sí;
Mi dama dirá que no.

Mas ¿qué miro? ¡Santos cielos!
La casa es esta de Inés...

Y aquel hombre allí... ¿quién es?
Pese á mi que tengo celos.

Carl. ¿Quién será aquel importuno?

¡Oh! ¡si el que me estorba fuera...!

Pié en el dintel no pusiera
Desde el mismo rey ninguno.

Mas se acerca: ¿quién va allá?

Duque. Un hidalgo. Calle haced.

Carl. Véngase vuestra merced,

que en mi estoque la hallará.

Duque. ¿Quién sois?

Carl. Un hombre.

Duque. ¿Qué hacéis?

Carl. Esperar que paseis vos.

Duque. A esa puerta estais por Dios...

Carl. De guardia porque no entreis.

Duque. ¡Esto mas! Por vuestro pecho
El camino he de buscar.

(*Riñen.*)

Carl. Reñid bien, ó vais á dar

En camino bien estrecho.

(*Cae el duque; huye Don Carlos; y por su camino sale Ginés, con quien tropieza.*)

Gin. ¿Téngaos!

Carl. ¿Ginés?

Gin. ¿Quién es?

Carl. Yo soy.

Gin. ¿Y eso era lidiar?

Carl. Dos caballos á ensillar

Vamos al punto, Ginés.

(*Llévale por delante.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE; LA RONDA POR OTRO LADO.

Uno. Por aquí sonaba el ruido.

Otro. ¿Era riña?

El Primero. Y bien reñida.

El Segundo. Alguno perdió la vida.

Un Tercero. Pero allí veo un caído.

Duque. A levantarme ayudad.

El Primero. ¿Os hirieron?

(*Ayúdante.*)

Duque. Nada fué;

Un rasguño, y resbalé.

En esa casa llamada.

JORNADA TERCERA.

Perdona pues que el caballo
Tome otra vez y me vuelva.

MORETO.

PERSONAS.

DON CARLOS.

EL DUQUE.

DON DIEGO.

DON CÉSAR.

DOÑA LEONOR.

DOÑA VIOLANTE.

INÉS.

GINÉS.

CONVIDADOS.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Diego.

DON CÉSAR, DOÑA LEONOR.

Cés. ¿Eso á su padre dijo?

Enredo semejante

Solo un padre creyera por un hijo.

Leon. Y corre por la villa

En romances y fábulas contado,
Entre visos de sátira embozado.

Cés. De ese modo en Madrid, Leonor querida,

Héroes ya de pages y porteros

Se han hecho por nocturnos pendencieros

Leon. No hay cosa mas sabida.

En cada casa de distintos modos

Lo cuentan y celebran,

Pero es lo cierto que lo cuentan todos.

Quién le supone oscuros galanteos

De escondite y escalas de balcones

En que ayuda á tan bajos devaneos

Buscó de espadachines y matones.

Quién cuenta no sé qué de unos billetes

Que dió á leer una moza á su vecina,

Y esta á la madre los leyó por celos.

Cés. Por Dios que la aventura es peregrina.

Leon. Y estas consejas, primo,

Concluyen en achaque de novelas

Con la muerte de un hombre

De quien todos ignoran hasta el nombre.

Cés. Mas yo alcanzo, Leonor, en este

cuento

Un viso de verdad y fundamento.

¿Os acordais tal vez de aquella dama

Que hallamos en la Tela?

Leon. Sí por cierto.

Cés. ¿Y que luego conocimos

De Carlos á pesar de la cautela?

Leon. Me acuerdo, sí.

Cés. ¿Quién sabe

Si esos los cuentos son, y de concierto

Se están ahora en Aragon holgando

Con la supuesta fábula del muerto?

Leon. Ello es cierto que Carlos,

Sea que fundamento en esto hubiera,

Temeroso ó prudente,

Acaso por burlar á la justicia

Abandonó su casa de repente;

Y sea por azar de un amorio,

O de otro encuentro alguno,

Todos convienen sin contrario alguno

En que á un hombre mató en un desafío.

Suponiendo mi padre

Que de escusar la hoda son aquestos

Efimeros pretestos,

Arrostrando por todo

De casarnos, Don César, busca modo.

Cés. Por Dios que no lo entiendo.

¿Cómo romper le ocurre

Con el duque el antiguo compromiso?

Leon. Eso es sin duda lo que mas le

aburre.

Cés. Pero ¿y cómo cambió tan repentino?

Leon. Lo que no la razon hizo la ira,

Que así nos acontece de continuo.

Cuando le dije nuestro amor, furioso

Tornóme á amenazar con el convento,
Y al duque iba á pedir que el mismo

Concluyera por fin el casamiento.

Mas cuando de Don Carlos

Entendió la insolencia,

Con el vano rumor de la pendencia

Que sostuvo ante mí por otra dama,

De su ira comprimida

El ahogado volcan reventó en llama.

« De tu palabra, Leonor, te eximo

(Dijo ademas airado) y nada pierdes,

Pues tu esposo desde hoy será tu primo;

De Don Carlos desde hoy mas no te acuerdes.»

Cés. ¿Y vos lo cumplireis?

Leon. ¡Por vida mia!

Que raya la pregunta en osadía,

Primo Don César, y pregunta es esta

Que no merece recibir respuesta.

Cés. Si es que indiscreto anduve

Perdonad, porque á fé, Leonor querida,

Que hay pensamientos que en el alma duran

Cuanto dura nuestra alma y nuestra vida.

Propios son de quien ama los recelos,

Y aunque no hayais á Carlos nunca amado,

Al recordar su nombre decontado

Siento en el alma en rebelion mis celos,

Pues recuerdos de amor por mas que pase

Veloz el tiempo...

Leon. ¿Concluis, Don César?

Cerrad el labio á tan menguada frase,

Que si tal vez por yerro involuntario

Alcanzara á quererle en algun dia,

Carlos hoy fuera mi mayor contrario:

Porque es preciso que entendais, Don César,

Que en tales ocasiones

Dentro cobija el ofendido pecho

De una muger iguales dos pasiones;

Y que si pude al seductor reclamo

De un pasado y atento galanteo

Humillar el deseo,

Ya me acordé de que Giron me llamo.

Y aunque broten sin tasa

Rudas pasiones en el pecho amante,

En mí, conmigo misma vacilante

Puede mas el orgullo de mi casa,

Y de Don Carlos, primo, no me acuerdo.

Cés. Me lo atestigua mal ese recuerdo,

Pues quien recuerda, Leonor, se acuerda.

Leon. Mas no se acuerda amante ó veleidosa

Quien una ofensa de su amor recuerda.

Cés. Mas no podrá decir que echó en olvi

El antiguo querer, aunque de un dia...

Leon. Yo recuerdo no mas que me

ofendido;

Y basta de ello ya por vida mia.

ESCENA II.

DON DIEGO, VIEJO; DON CÉSAR, DOÑA LEONOR.

Cés. ¿Cómo, señor, tan temprano?
Diego. Por vos, sobrino, esto y mas.

(*A Leonor.*)

Muy pronto, Leonor, darás
A mi sobrino la mano.

Cés. Permitted que agradecido...

Diego. ¡Oh! Don César, levantad,
Que á pesar mio en verdad
En la boda he consentido,
Pues no ignorais que tenía
Prometida á mi Leonor.

Cés. Mas yo sé tambien, señor,
Que Leonor lo resistia.

Diego. Sí, mas ahora mismo voy
A Don Enrique á pedir
Disculpa de concluir
Todos nuestros pactos hoy.

Cés. Mas ved bien...

Diego. Ya va mirada.

Si él es Ponce de Leon,
Yo soy Don Diego Giron,
Y no nos debemos nada.
En este mes sin escusa
Os tenemos que casar,
Que no es decente esperar
Por quien tal honra rehusa.

Cés. Don Diego, aunque ciego adoro
A Leonor, no me pluguiera
Que mi amor manchar pudiera
Por quien sois vuestro decoro.

Diego. Eso á mi cargo dejad,
Que ellos un cuento han hallado
Con que á Carlos han sacado

Há tiempo de la ciudad;
Y enseñarles es preciso
Que, de nosotros señores,
No hemos menester tutores
Que nos otorguen permiso.

Cés. Justo es tal resentimiento,
Y no es decente en verdad
Murmuren en la ciudad
Tanto de este casamiento.

Diego. Teneis, sobrino, razon,
Que me han en mucho ofendido,
Y mal conmigo han cumplido
Esos Ponces de Leon.
Si la boda no querian
Por razon ó veleidad,
¿Porqué de su voluntad
La mudanza no advertian?
Y no dar en recurrir
A inútiles fabulillas
Que al fin no son mas que hablillas

Que al vulgo dan que decir.
Por temor de la justicia
Contar que Carlos huyó
Despues que á un hombre mató,
Es conocida malicia.

Pues si el hecho fuese cierto
Alguien por Dios pareciera
Que cuenta diera ó pidiera
Del matador ó del muerto.

Un portero. El duque Enrique, señor,
Quiere veros.

Diego. Que me place:
Con esta visita me hace
A un tiempo doble favor.

ESCENA III.

DICHOS, EL DUQUE.

Diego. Me habeis cortado el camino,
Que á vuestra casa iba yo.

Duque. Viniera yo mas contino;
Mas, Don Diego, mi destino
De otro modo lo arregló.

(*A Leonor.*)

Bésoos, señora, los piés.
(*A Don Diego.*)

Tal vez os vengo á enojar,
Mas preciso á entrambos es,
Que á poderlo yo escusar
Portárame mas cortés.

Diego, á los criados. Dad sillas, y despejad.

Cés., levantándose. Y si importa que salgamos...

Duque. No: si os place, así quedad.

Diego. Señor Don Enrique, hablad,
Que atentos os escuchamos.

Duque. Como no ignorais acaso
Que estuve enfermo en el lecho
Así en silencio lo paso.

Diego. ¿Cómo en el lecho?

Duque. Fue el caso
Una estocada en el pecho.

Diego. Y á no haberlo aquí ignorado
Hogáramos en cuidalle.

Dispensad...

Duque. Por dispensado.

Diego. ¿Y fué...?

Duque. De poco culdade

Diego. ¿En desafío?

Duque. En la calle.

Diego. ¿Del todo restablecido
Os sentis ya?

Duque. De tal modo,
Que á no haberme interrumpido
Hubiérais por mi sabido

MI intencion...

Diego. Decidlo todo.

Duque. No atino si he de enojaros.

Dos cosas vengo á deciros;
Si he con ellas de agraviaros
Disculpa vengo á pedirlos,
O satisfaccion á daros.

Mi hijo, á quien siempre estimé,
En duelo á un hombre mató,
Cómo y dónde, no lo sé;
Cuando mi mal me dejó
Ya en mi casa no le hallé.

Hoy escribe de Aragon.
Ved su carta. (*Saca un papel y lee.*)

« Padre mio,

« Maté á un hombre en ocasion,

« Mas fué en legal desafio,

« Cuerpo á cuerpo, no á traicion.

« Y porque en deshonra mia

« Nada llegueis á temer,

« Lo hice porque me ofendia,

« Y otra vez le mataria

« Si otra volvierá á nacer.

« Matéle por una dama,

« Aunque pobre, noble y bella,

« Y aunque el corazon la ama,

« Por mas curar vuestra fama

« Me alejo de vos y de ella. »

(*A Don Diego.*)

Si esto basta me direis,

O si aun es preciso mas.

Diego. Mas claro os esplicareis.

Duque. Don Diego, una hija teneis;

Y vos sabeis lo demas.

Si por objeto menor

Mi hijo Don Carlos olvida

La hermosura de Leonor,

Ved que puedo darle vida,

Mas no alcanzo á darle amor.

Y como este casamiento

Tampoco á Leonor agrada,

Con mútuo consentimiento

Libre dejaros intento

De la palabra empeñada.

Ved si en algo os ofendí,

Aunque no quise ofenderos,

Que por lo que toca á mí

Ya os dije que vine aquí

Resuelto á satisfaceros.

Diego. Escusada y sin razon,

Don Enrique, en demasia

Fuera tal satisfaccion

Cuando igual declaracion

Haceros me proponia.

Pues la tardanza mirando

Con que andábais en obrar,

Vuestra intencion recelando,

Estaba á Leonor buscando

Marido con quien casar.

En Don César desde ahora

A su esposo podeis ver.

Duque, á Leonor. En hora buena, señora.

Diego. Y haránlo tan sin demora,

Que esta semana ha de ser.

Duque. Pues vinisteis en serviros

De arreglar esto tan bien,

Despues de gracias rendiros,

Tengo el honor de deciros

Que hoy me caso yo tambien.

Mi hijo Don Carlos estoy

En que de Aragon se viene,

Y ámplia licencia le doy

Para que busque desde hoy

La muger que le conviene.

Que no está bien en verdad

Que cuando mi boda ajusto

Con entera libertad,

Oponga á su voluntad

Las cadenas de mi gusto.

Tendré en la doble funcion

Amigos, aunque muy pocos,

Y espero en vuestra atencion...

Leon., aparte á Don César. (Estos Ponces

de Leon

Creo que se vuelven locos.)

Diego. ¿En ocasion poderosa

Os propuso acaso el rey,

Don Enrique, vuestra esposa?

Duque. La elegi yo por virtuosa,

De amor sujeto á la ley.

Una dama que aunque oscura

Es tan noble como yo;

Y un prodigio de hermosura:

Yo la he dado mi ventura

Por el amor que me dió.

Diego. Participo cordialmente

De vuestra satisfaccion.

Tendré el convite presente,

(*Con intencion.*)

Que con vos eternamente

Soy Don Diego de Giron.

Duque, con indiferencia. Perdonad, y el

cielo os guarde.

Diego. Con el cielo vayais vos,

Y vuestra dicha no tarde.

Duque. Ni á vos la vuestra os guarde.

A Dios quedad.

Diego. Id con Dios.

(*Vase el duque.*)

¡Vive Dios, que eso acertaran

Esos mezquinos á hacer!

Si pudieran por muger

Alguna esclava tomaran:

¿Y qué á mi blason osaran

Sus blasones enlazar?

(*A Don César y Doña Leonor.*)

¿No es vergüenza contemplar

Una gente tan menguada?

GANAR PERDIENDO,

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

JORNADA PRIMERA.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON PEDRO.
DOÑA ANA.
DOÑA CLARA.
ONATE.
LUIZA.
LA JUSTICIA.

La escena es en Toledo (1695).

ESCENA PRIMERA.

Calle, y es de noche.

DOÑA ANA, LUIZA.

Ana. Luisa, aquí te he de esperar;
Entra tú mientras en casa,
Y el aderezo de perlas
Dentro de su estuche, saca.

Luisa. ¿Qué, no quiso?

Ana. Todo entero

Lo quiere: ¡ suerte tirana!

Luisa. ¡ Judío!

Ana. Haz lo que te digo.

Luisa. Mas ved, señora...

Ana. Vé, y calla.

(Entra Luisa.)

¿Hasta cuándo, suerte injusta,
Habrás de tener esclava
Del deshonor de un hermano
Toda la honra de su hermana?
Ya ni haciendas, ni riquezas,
Ni joyas quedan en casa;
Todo en avarientas manos
Se pierde sin esperanza.

Luisa, saliendo. Aquí está.

(Llora.)

Ana. Pues vamos presto.

Luisa. Mas al fuego de esas lágrimas,

Las mías sobre los ojos

Me los anublan y abrasan.

¿Esto mas, señora mía?

Ana. ¡ Ay Luisa! déjame y calla,

Que ya que no me consuelan,

Mi mal aduermen mis lágrimas.

¿Dónde encontraste muger

Tan como yo desdichada?

Un hermano libertino

Tengo por mi mal en casa,

Que juega nuestras haciendas

En vez de beneficiarlas,

Y entre usureros tahures

Deja salud, oro y fama,

Y yo por honor de entrambos

Lloro y abono sus faltas.

Déjame, Luisa, que lloro.

Luisa. ¿ Mas no hemos ya meditado

Ocasión en que Don Pedro

De un error tan ciego salga?

Ana. ¡ Ay Luisa, qué mal entiendes

Lo que son nuestras desgracias!

Con cuanto acertar debemos,

Mas los errores se agravan,

Y á cada paso que huimos

Mas nuestra desdicha avanza.

Luisa. ¿ Y qué, señora...?

Ana. ¿ Conoces,

Luisa, tal vez á esa dama

Que frente á nuestro aposento

Tiene del suyo ventanas?

Luisa. ¿ Doña Clara de Mendoza?

Ana. La misma; esa Doña Clara,

Que cada vez que la miro

Toda se estremece el alma.

Déjame, Luisa, que lloro.

Luisa. No os entiendo: Doña Clara

Dentro su casa, ¿ qué tiene

Con lo que en la nuestra pasa?

Ana. Sábelo ya de una vez,
Que así á lo menos, entrambas
Llorando la misma pena
La haremos menos amarga.
Tiene un gentil caballero
Por hermano Doña Clara,
Cuanto hidalgo generoso,
Que si no miente, me ama.
Esta tarde llegó oculto
A Toledo, y una carta
Que del recibí esta tarde,
Con sus razones me mata.

Luisa. Decidlo todo, señora,

Que en un hilo tengo el alma.

Ana. Dice que á casarse viene.

Luisa. ¿ Y dice con quién se casa?

Ana. ¿ Pues si no fuera conmigo

Así decírmelo osara?

Luisa. ¿ Y eso es, señora, por Dios,

De vuestro llanto la causa?

Ana. Pues siendo noble, ¿ cuál otra

Mas lágrimas me arrancara?

Luisa. Linda respuesta por cierto.

Rico, valiente, que os ama,

Que os libra de vuestro hermano,

Y que al fin con vos se casa.

¡ Pues digo, nó sino sueño,

Que el forastero no es nada!

Ana. Sígueme, Luisa, y la lengua

Para mis ofensas ata;

Que siendo quien soy, no puedo

Escucharte tus palabras;

Que si él es tan firme amante

Que de desposarme trata,

Por su mismo amor no quiero

Que al fin me juzgue tan falsa

Que pensé con esta boda

En desempeñar mi casa.

Luisa. Perdonad... mas gente llega.

Ana. Baja el manto, que tapadas...

Mas ¡ cielo! él es.

Luisa. ¿ Quién?

Ana. Vamos,

Que en hablarle no me holgara.

Antes de que nos conozca

Entremos.

Luisa. Mientras que pasa.

Ana. Si; que si mi hermano vuelve...

Luisa. Pedirá para las ánimas.

ESCENA II.

DON JUAN, DESPUES LUIZA, DESPUES
DOÑA ANA.

Juan. Doña Ana tiene un hermano;
Y puesto que yo no sé
Si Doña Ana guarda fé,

O si ha llegado á su mano

La carta que la escribi,

Mi prudencia me aconseja

Que consulte con su reja

Si se ha olvidado de mí.

Si es que ingrata me olvidó,

Disimular es aviso,

Porque á la fin es preciso

Que en ello quede bien yo.

Si me es constante Doña Ana,

Mañana me he de casar;

Mas si me pudo olvidar,

A Milan vuelvo mañana.

(Llama á la reja.)

Luisa. ¿ Quién es?

Juan. Un hombre.

Luisa. En mal hora

Habeis llegado; id con Dios.

Juan. Escusad palabras vos;

Llamad á vuestra señora.

Luisa. Desenfado trae el hombre;

No está en casa.

Juan. Vedlo bien.

Luisa. Lo vi: mas decidme quién

Sois.

Juan. Yo no tengo nombre.

Luisa. Buenas noches.

(Hace que cierra.)

Juan. Abreviad,

Y dad aviso á Doña Ana

Que la aguardo en la ventana.

Luisa. ¿ Mas quién diré?

Juan. Despachad.

Ana, en la ventana. ¿ Quién es?

Juan. ¡ Doña Ana!

Ana. ¿ Don Juan!

Juan. Sí, amor mio, Don Juan es,

Que vuelve á cabo á tus piés

Mas rendido y mas galan.

¿ Y tú eres aun...?

Ana. Tu Doña Ana,

Que te idolatra y espera,

Con tu amor mas altanera,

Con tu vuelta mas ufana.

Juan. ¿ Diéronte mi carta?

Ana. Sí.

Juan. Tal vez te di en ella enojos.

Ana. Con lágrimas en los ojos

Veinte veces la lei.

Juan. Mi bien, ¿ lágrimas por eso?

Mas las últimas serán.

Ana. De mi fortuna, Don Juan,

Afirmarlo fuera esceso.

Juan. ¡ La fortuna!

Ana. Bien lo sé

Que nunca se ha de cansar

Contra mí.

Juan. ¿ Y porqué dudar?

Ana. No me preguntéis porqué.
 Juan. Mas ved que es inadvertencia
 Que en vos me arguye malicia
 Hacer tamaña injusticia
 A mi amor en mi presencia.
 Dudar de vuestra fortuna
 Cuando os vengo á desposar,
 Es de mi propio dudar
 En ocasion importuna :
 Que si vos me amais á mí
 Como yo os adoro á vos,
 Uno del otro los dos
 Somos la fortuna aquí.
 Ana. Nunca, Don Juan, pensé yo
 En ello de otra manera;
 Dudé de mi suerte fiera,
 De vuestra firmeza no.
 Porque, Don Juan, yo os amé
 Desde el momento en que os ví,
 Y de entonces para mí
 Todo el mundo sueño fue.
 Imaginar que os faltara
 Error y vergüenza fuera,
 Porque aunque yo lo quisiera,
 A olvidaros no acertara.
 Pero es cierto que...
 Juan. Acabad.
 Ana. Que nací en infausta estrella,
 Pues tan mal se apareja ella
 Con nuestra felleidad.
 Juan. Volvéisme el juicio, Doña Ana,
 Y... explicaos, porque aquí
 Yo tan solo sé de mí
 Que os quiero esposa mañana.
 ¿Llorais, vive Dios?
 Ana. Sí, lloro.
 Juan. ¿Pues no os tomo por muger?
 Ana. Callad, que no puede ser,
 Por lo mismo que os adoro.
 Juan. ¿Que no puede ser decís?
 ¿Voto á Dios y á san Millan!
 ¿Pues no vengo de Milan
 Porque vos me lo pedís?
 ¿No dejo por vos allá
 Honor y engrandecimiento,
 Mostrando que el pensamiento
 En nada sin vos está?
 ¿No soy soldado y me alejo
 Solo por vos de la guerra?
 ¿Cuanta fama y gloria encierra
 La guerra por vos no dejo?
 ¿Qué mas por vos pude hacer,
 Ni vos de mí qué esperar,
 Ni qué mas tengo que dar,
 O habeis vos que apetecer?
 Llego á Toledo esta tarde
 Y aunque por quien soy pudiera
 Entrar en faz altanera.

De mí mismo haciendo alarde,
 Prudente os busco, Doña Ana,
 Azares por evitaros,
 Y vengo de noche á hablaros
 A través de una ventana.
 Y al recibirme contenta
 Decís que no puede ser :
 Lo que es mandarme volver,
 Doña Ana, según mi cuenta.
 Ana. No, Don Juan, que os engañais ;
 ¿Pues no os mandé yo venir?
 Juan. Mas volvéisme á despedir
 Si al recibirme llorais.
 Ana. ¿Yo despediros, Don Juan,
 Cuando en mal tan inaudito
 Mas que nunca os necesito
 Por remedio de mi afán?
 ¿Yo, Don Juan, que instante á instante
 Las tardas horas conté,
 Y vuestra vuelta esperé
 Enamorada y constante?
 Dejadme al menos llorar,
 Ya que dudásteis de mí.
 Juan. Pues si ya me veis aquí,
 ¿Hay razon para tardar?
 Ya que me dais amorosa
 Con vuestra fé el corazon,
 Mañana mismo es razon
 Que paséis á ser mi esposa.
 Ana. Tan pronto no podrá ser.
 Juan. ¿No basto yo...?
 Ana. No, Don Juan.
 Juan. Todas, Doña Ana, serán
 Inconstancias de muger.
 Decid que no me amais ya,
 Y acabamos de una vez.
 Ana. Al fuego de mi altivez
 No toqueis, porque arderá.
 Don Juan, os amo, os adoro
 Mas que nunca.
 Juan. ¿Pese á mí!
 Pues entonces, ¿quién aquí
 Va por medio?
 Ana. Mi decoro.
 Juan. ¡Vuestro decoro! ¿Tal vez
 En cuanto soy, tengo y valgo,
 Qué veis que no sea hidalgo,
 De valor escaso ó prez?
 O en vos sino ¿qué sentís
 Que os desdore ó sea en mengua?
 Ana. Don Juan, reportad la lengua,
 Que hasta en pensarlo mentís.
 En mi honor no hay mengua tal,
 Ni en mi amor flaqueza alguna;
 Pero fuéme la fortuna
 Desque nací bien fatal.
 Juan. Siempre os conocí tan bella,
 Noble, rica, en conclusion.

Ana. Y os dije que no es razon
 La injusticia de mi estrella.
 Mas, Don Juan, tengo un hermano...
 Juan. ¿Porqué callais?
 Ana. No lo sé.
 De ello me avergüenzo á fé.
 Juan. ¿Os prometió?
 Ana. Fuera en vano.
 Juan. ¿Acaso resiste audaz
 Nuestro amor?
 Ana. Inútil fuera.
 Juan. ¿Qué es pues?
 Ana. En vano quisiera
 Decirlo el labio tenaz.
 Juan. ¿Doña Ana, os burlais de mí?
 Sois bella, libre, me amais,
 Y todo al fin lo estorbais,
 Y á todo decís que sí.
 Ana. Declararlo mas no puedo,
 Que en mí sola no depende.
 Juan. Si hay alguno que me ofende...
 Ana. No le hallárais en Toledo.
 Todo mi amor teneis vos.
 Juan. ¿En qué pues tardanza cabe?
 Vuestro hermano...
 Ana. Nada sabe.
 Juan. No os entiendo, vive Dios.
 Nada sabe vuestro hermano,
 Yo os amo y me amais á mí,
 Decíme á todo que sí,
 Y que os oponéis es llano.
 Acabad.
 Ana. Es mi secreto.
 Juan. ¿Lo guardais?
 Ana. Como quien soy.
 Juan. Pronto á ayudaros estoy.
 Ana. No fuera en verdad discreto.
 Juan. ¿En quién mas podreis fiar?
 Ana. En nadie, Don Juan, á fé.
 Juan. Fiádmelo pues.
 Ana. No haré.
 Que á otro en mí fuera faltar.
 Juan. ¿A otro en vos? ¿Y sin mí quién?
 Ana. Otro lo sabe, y los cielos.
 Juan. (Por Cristo que tengo zelos
 Y no los devoro bien.)
 ¿Luego en otro fiáis mas?
 Ana. ¡No por Dios!
 Juan. Mal se concilia.
 Ana. Negocios son de familia.
 Juan. ¿Mentís, Doña Ana, quizás?
 Ana. ¡Don Juan!
 Juan. Dejadme que acabe,
 Pues que no teneis es llano
 Mas familia que un hermano,
 Y este hermano nada sabe.
 Negocios en conclusion
 De familia no teneis,

Con que es claro que queréis
 Sostener la dilacion.
 Ana. Pensadlo, Don Juan, mejor,
 Que mi hermano puede ser
 Quien alcance á entorpecer,
 Pese á entrambos, nuestro amor.
 Juan. ¿Loco estoy? Falsa sirena,
 Ya sé que con tal pretesto
 Quereis poner tiempo en esto ;
 ¡Mas si es así, norabuena!
 Toledo no me ha de ver,
 Que de él me parto mañana.
 Ana. Don Juan, ved, mirad...
 Juan. Doña Ana,
 Ved vos de esto qué ha de ser.
 A haceros mi esposa vengo,
 Y en el punto en que os lo digo
 Secretos teneis conmigo ;
 Y ó yo de saberlos tengo,
 O para siempre me voy,
 Porque mi propia muger
 Conmigo no ha de tener
 Secretos, por quien yo soy.
 Ana. Ved que no lo soy aún.
 Juan. Pero lo fuérais mañana
 Si fuera, ingrata Doña Ana,
 Nuestra constancia comun.
 ¡Oh! bien haceis en llorar,
 Que eso bien sabeis hacer.
 Armas son de la muger
 Que huyendo se han de humillar.
 (Hace que se va, y vuelve.)
 Ana. Pues bien, sabedlo, y tened
 De mí duelo á tal oír,
 Porque si os lo he de decir,
 Me hablais por última vez.
 Que os hago tal confesion
 Solo por satisfaceros,
 Mas en ello agradeceros
 No quieré mi corazon.
 Mi hermano, Don Juan...
 Luisa, dentro. Señora,
 Abreviad.
 Ana. ¿Qué?
 Luisa. Vuestro hermano
 Vuelve la calle.
 Ana. Es en vano
 Tener, Don Juan, mas demora.
 Juan. Aguardad.
 Ana. No, por mí vida.
 Juan. Ved que llega.
 Ana. A Dios, Don Juan.
 Juan. ¿Sacaréisme de este afán?
 Ana. En ocasion mas cumplida.
 (Cierran y vanse.)

ESCENA III.

DON JUAN.

¡Hay por Dios tal confusion
Ni tan estraña muger!
Hablando la he de perder,
Pues me da satisfaccion.
Y si por su confesion
Bien su inocencia declara...
¡Valiera mas que callara
Si habla por la vez postrera!
Con que en la misma manera
Que la pierda es cosa clara.
No se opone á nuestro amor
Su hermano, pues nada sabe;
En ella ni en mí no cabe
Mengua en lustre ni en honor.
Otro rival mi valor
En su amor no ha de admitir;
Mas cuando vengo á pedir
De su amor la última prueba,
Alza, mantiene y renueva
Cuanto la puede impedir.
Que me ama, verdad será
Cuando tan tenaz lo jura;
Que cuan rica en hermosura
Es tan libre, claro está;
Pruebas de amor no me da
Cuando me huye, bien se ve;
Dóila mi mano y mi fé,
Dice que muere por mí...
Pero me aparta de sí
Ocultándome el porqué.
Y por Dios que ó yo deliro,
O todo es una invencion,
Que en tan oscura razon
Escusas tan solo miro.
Y cuando á sondarla aspiro
Me confundo en ella mas;
Satisfarame quizás,
Mas obvia el inconveniente,
Y en nuestro amor no consiente
Su intencion volviendo atrás.

ESCENA IV.

DON JUAN, OÑATE.

Oñ. ¿Qué os haceis ya tan de noche
Así en la calle, señor?
Juan. ¿Qué te importa, necio?
Oñ. ¿Acaso
Fiel ademas no soy yo?
Aun no hace sino unas horas
Que me confiásteis vos
De esta venida á Toledo
Vuestra secreta razon.

Venis contento á casaros,
Vuestra dama á eso os llamó,
Y á vuelta de solo un día
En ese guardacanton
Os encuentro cabizbajo
Centinela de un farol.
Permitidme que os repita
Que eso me estraña por Dios.
Mas ya que os soy importuno,
En vuestra meditacion
Seguid, que pues sois mi amo
Yo os obedezco y me voy.
Juan. No, Oñate, que mas que tu amo

He sido tu amigo yo,
Y juntos hemos lidiado
Siendo soldados los dos.
Y pues no ignoras el hecho,
Debes saber la razon,
Aunque no tienen razones
Las sinrazones de amor.
Oñ. Decid pues: ¿tal vez Doña Ana
Con la ausencia se mudó?

Juan. Dice que ciega me adora.
Oñ. ¿Mas excusa la ocasion?
Juan. Si por cierto; y á fé, Oñate,
Que aquí sin mi acuerdo estoy
Dudando de sus palabras,
Y temiendo su razon.
Oñ. Mas su hermano...
Juan. Nada sabe

Don Pedro.
Oñ. Si otro amador
Os contrasta...
Juan. Su alma entera
Me jura que tengo yo.
Oñ. Mas si una vez el descuido,
La sorpresa, la ocasion...
Juan. Oñate, detén la lengua
Si no has de dar á la voz
Palabras menos villanas.
Oñ. Es suponerlo, señor.
Juan. Tal suponer es osado,
Y calumniar no es razon.

Oñ. Y por fin si dais permiso
Que os lo diga...
Juan. ¡Voto al sol!
¿Y estabas con esa calma
Gozando en mi confusion?
Oñ. Como os via...
Juan. ¡Acaba!
Oñ. Acabo.
Juan. Di presto.
Oñ. Pues á eso voy.
Luisa es una moza fresca,
Cariredonda, encarnada,
Que puede bien ser tomada
Por de familia tedesca.
Dió en el vicio de servir

Bajo auspicios de doncella,
Y si no lo dijera ella,
¿Quién lo habia de decir?
Juan. Oñate, y en ese cuento
¿Qué tengo que entender yo?
Oñ. Que ella es quien me lo contó

De su boca: estadme atento.
Luisa, que sirve á Doña Ana,
Toda su con fianza goza,
Y así es que sabe la moza
La historia de la sultana.
Don Pedro, su lindo hermano,
Jugador de profesion,
Que tiene noble el blason
Pero el corazon villano,
Juega siempre hasta perder,
Bebe siempre hasta ganar,
Y el daño para olvidar
Juega y bebe hasta caer.
Con mañas tan disolutas
Y tan torpes compañías,
Las noches pasa y los días
En apuestas y en disputas;
Y queriendo tal vez mal
A sus deudos y herederos,
Regala á los usureros
Los frutos de su caudal.
Lo suyo no le bastó,
Pues que pierde cuanto gana;
Pidió prestado á su hermana,
Y lo de entrambos perdió.
Despues que ya no halló qué,
En vez de sumiso hermano,
Para su hermana un tirano
Don Pedro en su casa fué.
Algo pudo escatimar
Doña Ana á la suerte cruel;
Mas ella llora, y juega él;
Y á pedir él, ella á dar.
En este estado, señor,
Claro es que Doña Ana atiende
A que, pues no tiene hacienda,
Os sea inútil su amor.

Juan. ¡Inútil! por Dios que no;
Que si has dicho la verdad,
Con mas brio y ceguedad
La quiero porello yo.
Oñ. Ved si es cierto cuanto digo,
Y si hay mas segura seña,
Que quien sus prendas empeña
Es mi paisano y mi amigo.
Juan. (Efimera es la razon,
Mas concibo cómo humilla
A quien tiene sin mancella
Nobleza en el corazon.
Muger noble y singular,
Mal por Dios te conocí;
Mas tal he de ser por tí

Que me baste á disculpar.)
¿Oñate?

Oñ. Señor.
Juan. Dos cosas
Secretamente has de hacer.
Oñ. Señalad las que han de ser
Por osadas ó penosas.
Juan. A Doña Ana llegarás
Con cualquier pretesto ó modo,
Y en faz de usurero, todo
Cuanto pida la darás.

Oñ. ¿Mas si á conocerme llega,
No veis que en vos mal arguya?
Juan. El secreto es cosa tuya;
Nada á la industria se niega.
Al mayordomo he de ver
Ahora mismo, y que te apronte
La cantidad á que monte
Cuanto pueda recoger.
Tú como un desconocido,
Y en tu comercio mejor,
Dala cantidad mayor
De la que te haya pedido.
Y á ese tu amigo, discreto
Las usuras pagarás,
Las haciendas librarás,
Y que nos guarde secreto.
¿Comprendiste?

Oñ. Comprendí.
Juan. Para tamañas finezas
Echa mano á mis riquezas,
Aunque me arruines á mí.

ESCENA V.

OÑATE.

Héme aquí ya en un punto
De camarero y mayordomo junto.
¡A cuántos desatinos nos obliga
La locura de amor! Viven los cielos
Que en favores Don Juan bien estremados
Hoy cambia sus recelos.
Y á partirse dispuesto
El amor de Doña Ana por pretesto
Satisface el orgullo de su casa
Y el fuego del amor en que se abrasa.
Mas pues soy su criado,
Fuerza es obedecerle de contado.
A Doña Ana he de hablar; valga el ingenio;
Mas ella sale... haré el encontradizo,
Y vistase el amor trage postizo.

ESCENA VI.

DOÑA ANA Y LUISA, SALIENDO DE SU CASA
COMO EN LA ESCENA PRIMERA; OÑATE.

Ana. Mira bien si se fué ya,
Y del empeño salgamos.

Luisa. Seguras, señora, vamos,
Que por la esquina se va.

Ana. ¿Muger mas infortunada
Viste, Luisa?

Luisa. A fé que no.

Ana. La suerte conmigo dió
Mas que con otra enconada;
¡Tras un año de esperar
La posesion de su amor,
Por vergüenza del honor
Tenerla que desechar!

Luisa. Dejad para otra ocasion,
Señora, por Dios el llanto.

Ana. Cúbrete bien con el manto,
Y echa la llave al porton.

Oñ. Ellas son; ¡llego. Señoras,
Perdonad, y guardaos Dios.

Ana. Así con él vayais vos,
Que nos importan las horas.

Oñ. A abreviáoslas venia,
Que me acaban de informar

Que quisiérais empeñar
Prendas de alguna valia.

Luisa. Vaya con Dios el menguado,
Que quien tal dijo mintió.

Oñ. Amigo vuestro soy yo,
Y vengo bien informado.

Y por causas que yo sé,
Para acudiros, señora,

Por eso (señalando al aderezo que traerá
Luisa oculto) dentro de un hora

Triple cantidad daré.

Y contad siempre conmigo,
Que es vuestro cuanto poseo,

Y os juro que ser deseo

Mas que traficante amigo. —

Silencio, Luisa. (Aparte á Luisa.)

Luisa, aparte á Doña Ana. Dejadle

Hacer, señora.

Ana, á Oñate. Confío

Que no hareis en daño mio.

Oñ. ¿Temor de mí? desechedle....

Ana. En mi casa pues entrad,

Y el contrato cerraremos.

Oñ. No es menester, que tenemos

Buena fama en la ciudad.

Si os agrada aqui inmediato

El dinero os contare.

Luisa, aparte á Oñate. Mas....

Oñ., aparte á Luisa. Despues te lo diré.

Ana. Mas firmareis el contrato.

Oñ. Haré cuanto vos mandéis,

Que á vuestro servicio estoy.

Luisa, aparte á Doña Ana. Señora,

fiada voy

En que cuanto quiera hareis.

ESCENA VII.

DON PEDRO, CASI A PUNTO DE EMBRIAGUEZ.

Como hay Dios que he de arrojar
La casa por un balcon.

Los mismos demonios son

Los que allí van á jugar :

Para alcanzar yo á ganar

Tres cornados en conciencia

Tengo que echar la paciencia,

El ánimo á entretener

Con el calor del beber

O el ruido de una pendencia.

¡Ilusiones me parecen!

Luz de los dados será.

Naipes, dados... ¡voto vá

Que los dados me entorpecen!

¡Cómo las sombras me crecen!

Todo el cuerpo me flaquea;

Y no atino lo que sea,

Que es mi cabeza un castillo.

(Riéndose.)

¡Ah! aire tengo en el bolsillo,

Y el aire me bambolea.

(Vase hácia la ventana de Doña Clara.

Demos al amor un poco....

Tiempo, que no hay mas que dar;

Naipes y dados al par

Continuo me hacen el coco.

Jugador, amante y loco

Son hilos de igual madeja.

Si no miento, esta es la reja

Del aposento de Clara. (Llama.)

Saca á la noche esa cara,

Y alumbrame esta calleja.

ESCENA VIII.

DON PEDRO; DOÑA CLARA, EN LA VENTANA.

Clara. A Dios gracias, bien venido.

Ped. Hermosísimo lucero...

Clara. A Dios gracias, caballero,

¿Habeis estado perdido?

Ped. Adorando estuve, Clara,

Tus hechizos.

Clara. Mal se ve,

Cuando vende su mercé

Esa adoracion tan cara.

Ped. Cuatro dias sin hablarte

Te estuve deseando hablar.

Clara. ¿De burla estais?

Ped. Por gozar

Doble gusto al encontrarte.

Clara. Caballero, es demasia,

Que importar puede á mi fama

ESCENA IX.

DON PEDRO, Y POR OTRO LADO DOÑA ANA
Y LUISA.

Ana. Noblemente se portó.

Luisa. Amigo de mi padre es.

Ana. ¡Que á tal punto por mi hermano
Me reduzca!

Luisa. Fiaos de él.

Ya visteis le conocia,

Y del modo que le hablé.

(Rabiando estoy de este préstamo

El secreto por saber.)

Ana. Cortés prometió que cuanto

Precisara busque en él.

Luisa. Y yo que vos admitiera

La propuesta.

Ana. Así lo haré.

¡Mas válganos Dios!

Luisa. ¡Señora!

Ana. ¿No es, Luisa, mi hermano aquel?

Luisa. Sí por Dios.

Ana. De Doña Clara

Las ventanas ronda á fé.

Luisa. ¡Si hubiera llamado en casa!

Ana. Volvamos.

Luisa. Volvamos pues.

(Al volver atrás se hallan con Don Juan,
que llega por el mismo lado.)

ESCENA X.

DON PEDRO, EN LA REJA; DOÑA ANA, Y
LUISA, EN EL CENTRO; DON JUAN, AL OTRO
LADO.

Juan. Ello es hecho; pronto todo
Remedio á tiempo tendrá.

Ped. Clara, ¿te enojaste ya?

Vuelve á abrir, ó de otro modo...

Ana. Don Juan es este.

Luisa. Si á vernos

Alcanza por buen remedio

Pienso que no hallamos medio

Por donde huir ó valernos.

Juan. ¿Mas qué es esto? ¡Un hombre allí

A mis rejas! Vive Dios

Que le mate; ¡y estas dos

Damas paradas aquí!

Antes que á mí, por quien soy,

Es fuerza que á ellas acuda. (Llega.)

Señoras, si os falta ayuda

Y la admitís, hombre soy.

Ana, volviéndose atrás. Tanto favor

agradezco.

A Dios quedad.

Juan. Con Dios id.

Pero no es cuerdo advertid...
Ana. De tal honra desmerezco.
Luisa. Por azar libramos bien.
Ana. ¡Acorrednos, santos cielos!

ESCENA XI.

DON JUAN, DON PEDRO.

Juan. A mi honor da un hombre zelos,
 Y es preciso saber quién.
 Fuera, hidalgo, de esa calle
 Y el rostro á la luz sacad.
Ped. La calle pues me ganad,
 Y el rostro importa tapalle.
Juan. Fuera, digo.
Ped. Fuera, vos,
 Que aquí calle y dama guardo.
Juan. Calle y dama, ¡pues qué tardo!
 He de veros, vive Dios. *(Riñen.)*

ESCENA XII.

VUELVEN A SALIR DOÑA ANA Y LUISA RECATÁNDOSE.

Ana. ¡Mi hermano y Don Juan riñendo!
 ¡Y en frente á la puerta están!
Luisa. Y por esta calle van
 Gente y justicia acudiendo:
 ¡Santo Dios!

ESCENA XIII.

DICHOS, LA JUSTICIA

Uno. Ténganse al rey.
 Fuera, digo: ¡eh, caballeros!
Juan. Hasta mataros ó veros *(Riñendo.)*
 Atropello por la ley.
Uno. Estas tapadas miraban
 La pendencia.
Otro de Justicia. Dénse pues
 A prision, que ellas despues
 Nombrarán los que lidiaban.
(Sepáranlos, y Oñate, que llega á Don Juan, le dice al oído:)
Oñ. Señor, Doña Ana está aquí.
Juan. ¡Cielos!
El Jefe de la ronda. Digan quiénes son.
Ped., cubriendo el rostro. Quien somos
 es la ocasion
 Tan solo porque reñi;
 Con que si digo quién soy,
 Lo mas pierdo en la batalla.
Otro. Prendedlos.
Ped. ¡Hola! canalla.
(Emprende con ellos.)

Juan. Ved que á vuestro lado estoy;
 Mas despues nuestra pendencia
 Seguiremos.

Ped. Dad en ellos.
 Dad, que van como camellos.
(Métenlos á cuchilladas.)
Los que huyen. ¡Favor al rey! ¡resistencia!

ESCENA XIV.

DOÑA ANA, LUISA, OÑATE.

Oñ. Señora, alejaos vos
 Mientras vuelven.
Ana. ¡Ay de mí!
Oñ. ¿Esta es vuestra casa?
Ana. Sí.
Oñ. Entrad presto, y guardaos Dios.
(Entran, se vuelve Oñate, y cae el telon.)

JORNADA SEGUNDA.

PERSONAS.

DON JUAN.
 DON PEDRO.
 DOÑA ANA.
 DOÑA CLARA.
 INÉS, criada.
 OÑATE.
 EL GOBERNADOR, viejo.
 LA JUSTICIA.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Juan.
 DOÑA CLARA, INÉS.

Clara. ¡Viste confusion tamaña,
Inés, ni tal desvergüenza!
 Por Dios que mas no he de verle
 Si de rodillas viniere.
Inés. Señora, tales los mozos
 Son hoy en aquesta tierra,
 Que son capaces de dar
 A la mas firme vergüenza.
Clara. No parece que favores
 Buscaba, sino pendencias,
 Como si yo algun soldado
 Venido de Flandes fuera.
 ¡Tal desacato! A fé mia
 Que si tarda mi paciencia

En acabarse, los muros
 Y las rejas atropella.
Inés. Mas, señora, eso tal vez
 Confianzas de amor eran.
Clara. ¡Las confianzas me placen!
 Cuando sin freno la lengua,
 Sin trabas en el deseo,
 Sin medida en la licencia,
 Quisieron hacer las manos
 Lo que los ojos hicieran.
 A fé que airada y corrida
 De conocerle me deja.

Inés. Acaso disculpa tiene.
Clara. ¿Disculpa? ¿de dónde haberla?
Inés. ¿Qué sé yo? Mas quien bien quiere
 Te hará llorar, dice...
Clara. Cesa,
 Y si has de justificarle
 Quitate de mi presencia.
Inés. Por vida mia, señora,
 Que enojarte no quisiera;
 Mas ve...

Clara. ¿Qué?
Inés. En esto de amores...
Clara. Acaba.
Inés. En fin, si supiérais
 Lo que yo sé...

Clara. Dilo.
Inés. Siento
 Enojarte, y no quisiera
 Que apagar sin tiempo el fuego
 Fuera en la llama echar leña.
Clara. Despacha pues, ó á mentarlo
 Nunca en mi presencia vuelvas.
Inés. Ya te empiezas á enojar.
Clara. Me harás perder la paciencia.

Dilo, ó vete.
Inés. De secreto,
 Que es confianza secreta.
 Si me empeñas tu palabra
 De callarlo...
Clara. Bachillera,
 Di, que puesto que me importa
 La noticia...

Inés. Estadme atenta.
 Don Pedro es bizarro mozo,
 Galan, valiente y discreto,
 Mas como mozo sujeto
 A gozar de cuanto es gozo.
 Amigo de sus amigos,
 Franco, noble y liberal,
 Que hará un milagro, con tal
 De que en él tenga testigos.
 Ya veis, mozo, libre, rico,
 Noble, osado y militar,
 ¿En qué habla de parar?
 ¿Comprendéisme, ó no me esplico?

Clara. A fé, Inés, que no te entiendo
 Tan oscura esplicacion.

Inés. Pues prestad vuestra atencion,
 Que todo os lo iré diciendo.
 Tan galan como altanero,
 Tan feliz como galan,
 Puso y con razon su afan
 En su estirpe y en su acero.
 Cególe su vanidad,
 Y embriagóle su grandeza,
 Fió mucho en su riqueza,
 Y creció su ceguedad.

Clara. Acaba, Inés, que tu cuento
 Cansándome mucho va.

Inés. Diréle en fin claro ya
 Mas que vuestro entendimiento.
 De galan pasó á amador,
 De amador á calavera,
 Y es fuerza que al fin cayera
 El galan en reñidor.
 De un empeño en otro empeño,
 Y de un lance en otro lance,
 Acabó por dar alcance
 De cuanto era único dueño.
 Perdió su razon mejor,
 Que era el oro, y por volver
 Al oro ya podeis ver
 Que acabó por jugador.

Clara. ¿Y con eso, Inés, pretendes
 Su osadia disculpar?
 Mas con ello has de agravar
 Mis enojos.

Inés. Mal lo entiendes.
Clara. ¿Lo entiendo mal?
Inés. Muy mal, sí;
 Pues bien claro se demuestra
 Que cuanto es y cuanto muestra
 Lo es y lo muestra por tí.

Clara. ¿Por mí? mengua es en verdad
 Que siéndome, Inés, infiel,
 Ande yo envuelta con él
 En lenguas por la ciudad.

Inés. Esa es pues otra razon
 Que prueba lo bien que quiere.

Clara. ¿De qué la razon se infiere?
Inés. Infírese su pasion.

Clara. Me ama y me olvida.
Inés. No á fé;

De apariencias no te asombres,
 Que las culpas de los hombres
 Siempre tienen un porqué.
 Yo sé que desesperado
 Vive tan solo por tí.

Clara. ¿Desesperado por mí?
 ¿Cómo, Inés?

Inés. Mas reservado
 Lo has, señora, de tener,

Clara. Sí por cierto.
Inés. Pues mirad,
 Sin dineros no en verdad
 Se enamora á una muger.
Clara. Ten, Inés, la torpe lengua,
 Que por Dios que Doña Clara
 La lengua audaz arrancara
 Al que pensare tal mengua.
Inés. Que yerras también entiendo,
 Que si está desesperado
 No es sino porque ha jugado
 Cinco semanas perdiendo.
 ¿Y cómo pues te ha de ver
 Sin vergüenza ó sin enojos
 Cuando la luz de sus ojos
 Puesta en ti debe tener?
 ¿Cómo pues ha de venir
 Alegre y fino á su dama
 Quien oro perdiendo y fama
 Debe callar y sufrir?
 (¡Válgame Dios qué torpeza
 O qué necia ceguedad!)
Clara. (Cerca va á la lealtad
 Quien por ser cobarde empieza.)
 Y esa vil disolución
 De Don Pedro, ¿aun es por mí?
Inés. ¿Y quién duda que es así
 Con tal desesperacion?
 Puesto que te quiere bien
 Y es tan noble caballero,
 Fuerza es que si lo primero
 Quiere, lo demas también.
 Su muger te ha de llamar
 Según pienso, mas se aviene
 Mal con quien caudal no tiene
 El bien del matrimoniar.
 Y hé aquí porque despedido
 Las noches pasa y los dias
 En sus torpes compañías
 Y en su vicio encenagado.
 Y el tumulto y confusion
 De tan larga barahunda
 Aviva, encona y redonda
 En su desesperacion.
 Continuo tras recobrar
 Para ti cuanto ha tenido,
 Juega de ti con olvido
 Y tu amor por conquistar.
 Por impericia ó por suerte
 Juega con tan mala estrella,
 Que tal vez va á dar por ella...
Clara. ¿Adónde? acaba.
Inés. A su muerte.
Clara. ¡Su muerte, Inés!
Inés. Ved si os ama
 Quien sin duda en su pasion
 Juega su reputacion
 Por quedar bien con su dama.

Clara. ¡Si cierto fuera...!
Inés. A mi fé
 Que él mismo me lo contó.
Clara. ¿Cuándo?
Inés. Hoy.
Clara. ¿Hoy?
Inés. Sí.
Clara. ¿Cómo fué?
Inés. Esperando á hablarle yo.
 Que incierta de la imprudencia
 Del lance de la ventana,
 Fui á saber esta mañana
 La razon de la pendencia.
Clara. Bien está.
Inés. ¿Le perdonais?
Clara. No lo sé.
Inés. Sed menos cruel.
Clara. Busca á Oñate.
Inés. No sé de él. (Sale.)
 Vedle aquí.

ESCENA II.

DOÑA CLARA, OÑATE.

Oñ. ¿Qué me mandais?
Clara. Tú eres de Don Juan, mi hermano,
 Un antiguo servidor.
Oñ. Hame unido á mi señor
 Larga vida.
Clara. Y de tu mano
 Lo fia todo.
Oñ. Es así.
 La vida le debo y mas.
Clara. ¿Y como á él dispuesto estás,
 Oñate, á servirme á mí?
Oñ. Me lo ha dicho muchas veces,
 Señora, y así lo haré.
Clara. Y yo te lo pagaré
 Por cierto como mereces.
 Lo que te voy á encargar
 Quiero que en secreto quede.
Oñ. Vuésa merced decir puede.
Clara. Silencio en primer lugar.
Oñ. Hombre soy de tal teson
 En serviros, Doña Clara,
 Que antes del pecho sacara
 Que el secreto, el corazón.
Clara. Pues que todo el favor tienes
 De mi hermano, conocer
 Debes á los que han de ser
 Mayordomos de mis bienes.
Oñ. Si por cierto.
Clara. También sabes
 Que yo tengo mi porcion
 Con cabal separacion
 De Don Juan.
Oñ. Sí.
Clara. Y que por graves

Razones los administra
 Con los suyos á la par.
Oñ. Y con afan singular
 Los beneficia y registra.
Clara. Pues bien, tamaño favor
 Me has de hacer en acudirme...
Oñ. Ya os dije que es repetirme
 La órden de mi señor.
Clara. Pues escuchame. ¿Conoces
 A Don Pedro de Aguilar?
Oñ. Tal vez de oírle nombrar,
 Por señas solo y por voces.
Clara. La razon yo me la sé,
 Mas tú de tal modo harás
 Que en secreto le darás
 Cuanto pida.
Oñ. Así lo haré.
Clara. Pero que nunca sospeche
 Ni mi hermano ni él de mi.
Oñ. Mas fácil será que así
 Del secreto se aproveche.
Clara. Hazlo tú del mejor modo
 Sin demora ni disculpa,
 Que si alguien de ello te culpa,
 Yo te respondo de todo:
 Pues completa libertad
 Te otorgo en ello.
Oñ. Está bien.
 Haré que todos esten
 Cual yo á vuestra voluntad.
Clara. (Así mi amor favorezco
 Bajo pretextos de honor.)
Oñ. (Eso también es amor,
 Y mas con ambas merezco.)
Clara. Mas mi hermano. Sal de aquí,
 Y silencio sobre todo.
Oñ. (A fé que es extraño el modo
 Con que ambos fian en mí.) (Vase.)

ESCENA III.

DOÑA CLARA, DON JUAN

Juan. El cielo, hermana, te guarde.
Clara. Con él vengas. (¡Qué severo
 Trae el rostro!)
Juan. (Probar quiero
 Si lo oculta de cobarde.)
 Téngote, Clara, que hablar
 En asunto que interesa
 Que aclaremos. (La sorpresa
 Se hizo en su rostro lugar.)
Clara. (¡Cielo santo!) Empezar puedes,
 Que atenta, hermano, te escucho.
Juan. Responde, y ve importa mucho
 Que bien respondiendo quedés.
 ¿Sabes lo que es el honor,
 Mi Clara, en una muger?

Clara. De cuantas puede tener
 Esa es la prenda mejor.
Juan. ¿Si la pierde?
Clara. Se deshonra.
Juan. Y el mas leve viso en ella
 Confunde, apaga, atropella
 La clara luz de la honra.
 ¿Lo sabes, hermana, bien?
Clara. Así resuelta lo creo.
Juan. Y así resuelto deseo
 Que no lo olvides también.
Clara. Mas á qué vienen no sé
 Preámbulos tan extraños.
Juan. Para el mayor de los daños
 La mayor cautela á fé.
 Que á los pies de una ventana
 Suene en la noche serena
 Amorosa cantilena,
 Es fineza cortesana.
 Que en la dulce soledad
 Del lecho oiga una muger
 La música, puede ser
 Tan solo curiosidad.
 Que á la música gentil
 Asume acaso al cristal,
 Si no es amor criminal
 Es vanidad mugeril.
 Que un osado mozalbeta
 Pida á un billete razon,
 No dando contestacion
 No trae deshonra el billete.
 Mas que al són del instrumento
 Abra audaz una ventana,
 No es fineza cortesana,
 Que es liviano atrevimiento.
 Ahora bien, contesta, hermana:
 Un hombre á tus rejas vi;
 ¿Fué acaso ó intento en tí,
 Fuiste curiosa ó liviana?
Clara. Que á un rumor vago y pueril
 Se abra acaso una ventana
 Y asome á escuchar tu hermana,
 Vanidad es mugeril.
 Que á un osado mozalbeta
 Niegue una contestacion,
 Es hacer su obligacion
 Devolviéndole el billete.
 Que á un hidalgo llamamiento
 Asomase á una ventana,
 Mas que osadía liviana
 Es cortés procedimiento:
 Que si esposo ha de tener
 Que la dé amor, paz y honor,
 Fuerza es que le cobre amor
 Antes de ser su muger.
 Si á favor la oscuridad
 En su casa le admitiera,
 Deshonra y mancilla fuera,

Fuera mengua y liviandad.
Mas si al escuchar la queja
De su amor pone advertida
Cuanto espone de atrevida,
Prudente tras una reja,
Dime pues, ¿aquí tu hermana
En qué pecara en verdad?
¿Fuera en ella liviandad,
O atencion mas cortesana?

Juan. Donde peligra el honor
Sobra la cortesana.

Clara. No el honor peligraría
Donde hay honra con amor.

Juan. ¿Luego es cierto que ha salido
A la ventana mi hermana?

Clara. Nada he dicho de ventana,
Ni tú me lo has requerido.

Me pusiste una cuestion
Y te he respondido á todo;

Hela yo vuelto á mi modo
Variando la solucion.

Juan. Al fin, contestame, Clara:
¿Saliste á la reja ó no?

Clara. Si eso te entendiera yo,
A eso, Don Juan, contestara.

Mas todo va en preguntar,
Don Juan, por una ventana,

Y á fé que de buena gana
Te quisiera contestar.

Propóneme una cuestion,
Te respondo otra despues,

Vuelvótela del revés
Y vuelves tú á tu opinion;

Pero como no me explicas
A lo que he de responder,

Yo al contestar, tú al saber,
Sufres y me mortificas.

Juan. ¿Mas claro lo he de decir?
Anoche en la calle entré

Y á lo lejos escuché
Tus ventanas entreabrir.

Clara. Brava presuncion por cierto.
¿No pudo haber mas ventana

Que se abriera si tu hermana
No hubiera la suya abierto?

Juan. ¿Y qué pretendes que arguya
Cuando á mi casa al llegar

Con un hombre vino á dar
Que me guardaba la tuya?

Clara. Tal vez tu aprension seria.
Juan. ¿Y era tambien mi aprension

Cuando aparte la razon
Contra mi mismo reñia?

Clara. Mas un hombre pudo ser
Que puesto en la calle á acaso

A alguno guardaba el paso,
O tal vez á una muger.

Juan. Por esa pregunto yo.
¿Sabes la muger quién era?

Clara. Muy mal yo de ella supiera
Cuando él dél respondió.

Juan. Mas sin que él cuenta de sí
Diera, ¡voto á Belcebú!

¿No sabrás, hermana, tú,
Si á quien guardaba era á tí?

Clara. Yo nada sé.

Juan. Yo sí sé,
Y tú tambien lo sabrás,

Porque ó tú me lo dirás,
O yo decirlo te haré.

Que él solo por tí venia
Lo sé yo bien, vive Dios,

Y así solo entre los dos
No ha de quedar tal porfia.

Honor tengo y hombre soy,
Y contra fuerza y valor

Quien mancha ósado mi honor
Tú me lo has de decir hoy.

Clara. Mas aunque por mí viniera,
¿En qué tu honor te manchara?

Juan. ¡Vive Dios que le matara
Si hoy mismo lo conociera!

Clara. Don Juan, demasiado estás
Considera que has nacido

Mi hermano, no mi marido,
Y que eso te está de mas.

Juan. ¿De mas dijiste! ya sé,
Villana, tu torpe mengua,

Que me convence tu lengua
Que el que vino por tí fué.

Clara. Muy mal arguyes, Don Juan.
Juan. Arguya pues mal ó bien,

Hoy mismo me dirás quién
Me causa por tí este afan.

Clara. Piénsalo, hermano, mejor.
Juan. Lo pensé, y me he convencido,

Que hermano, sino marido,
Tengo hermana, y tengo honor.

ESCENA IV.

DON JUAN, OÑATE.

Oñ. El señor gobernador
Quiere veros.

Juan. En mal hora
Llega por Dios. Dile que entre.

ESCENA V.

DON JUAN, EL GOBERNADOR.

Gob. Señor Don Juan de Mendoza,
Dadme mil veces los brazos.

Juan. Y con ellos me dais honra.
¡ Vos en mi casa!

Gob. Sabiendo
Que llegásteis, y en mi propia

Casa rehusais compañía,
Vengo á veros en estotra.

Juan. Es la casa en que habitó
Mi hermana mientras que sola

Túvola mi obligacion
Y las armas españolas.

Gob. De esa manera os escuso.
Dadme otra vez y otra y otra

Esa mano.
Juan. Con la vuestra

Mas fuerza y mas brio cobra.
Gob. Decídmelo, ¿ con que Don Mendo,

Vuestro padre, de Dios goza?
Juan. Murió, Don Luis, como noble,

Ganando tumba gloriosa.
Gob. Y á saber que vuestra hermana

Doña Clara aquí tan próxima
Vivia estando en Toledo,

Por obligacion forzosa
Sirviérala yo de hermano;

Mas tan oculta guardóla
Su recato, que hoy á un tiempo

Supe de entrambas personas.
Ved en qué puedo serviros,

Y tened en la memoria
Que es mi casa vuestra casa.

Juan. Cuánto ese aviso me importa
Os mostraré.

Gob. No por cierto.
Descansad, Don Juan, ahora

De vuestra marcha unos dias,
Que ha sido larga y penosa.

Yo volveré á visitaros,
Y en tanto contad con toda

Mi autoridad en Toledo,
Que será vuestra, aunque corta.

Juan. Acaso la necesite.
Gob. Y obtendréisla sin demora.

¿ Llevais acaso algún pleito
Que desenredar?

Juan. Muy otra
Es mi intencion, mas ya de ella

Os daré parte.
Gob. Y yo ahora

Molestaros no pretendo.
Juan. Mas que molestia me es honra.

Yo he de daros unas cartas.
Gob. Descansad, que es lo que im

porta,
Que las cartas yo enviaré

Por ellas á mejor hora.
Y pues he de hablar con vos,

Porque aun tengo algunas cosas
Que atañen á vuestro padre

Que deciros de mas monta,
No tardaré en dar la vuelta. (Vase.)

Juan. Tal vez este hombre me importa.

ESCENA VI.

DON JUAN, OÑATE.

Juan. ¿ Oñate?

Oñ. ¿ Qué mandais?

Juan. Dime, ¿ qué hicisteis

Anoche de la dama?

Oñ. Aseguréla

En su casa.

Juan. ¿ Y la dísteis...?

Oñ. Todo cuanto pidió: mas la criada

Sagaz me conoció, y aunque es callada,

Y yo de ella respondo, ademas de eso

La he llenado de fábulas el seso,

Y la he desorientado en tal manera

Que nada creo sospechar pudiera.

Juan. Está bien; mas tú acaso

¿ Conociste al galan con quien reñia?

Oñ. Imposible seria,

Que á distancia de un paso

Nada se via en noche tan oscura.

Juan. Perdile en el tumulto,

Y con tal desventura,

Que un hora por la calle anduve á bulto

Por ver si me era dado

Concluir de una vez lo comenzado.

Oñ. Tal vez yo, señor, sepa

Averiguarlo todo.

Juan. De qué modo me di.

Oñ. Yo me sé el modo,

Si me dejais hacer; porque ó soy ciego

O á mucho alcanzo y con la vista llevo.

Juan. Esplicateme mas claro.

Oñ. Ya os acordais, señor, del refran-

cillo:

« Por el hilo se da tras el ovillo. »

Y tengo para mí que en paz sigamos

La pista por el hilo,

Porque temo mas mal del que pensamos.

Juan. ¿ Mas quién así se llega sin aviso?

Oñ. Muger es.

Juan. Y en el velo misteriosa

La faz esconde.

Oñ. O es menesterosa,

O equivocada viene de preciso.

ESCENA VII.

DON JUAN; DOÑA ANA, CON MANTO.

Juan. Guárdeos Dios. ¿ Qué se os ofrece,
La silenciosa embozada?

Ana. Si una muger desolada
Vuestra atencion os merece,
Que una palabra me oigais.

Juan. Hablad.

Ana. Aun no puede ser,
Que no me han de conocer
Donde vos solo no estais.

(Sale Oñate y quedan solos.)

Juan. Servida, señora, os veis:
Decid qué quereis de mí.

Ana. Sepamos antes aquí,
Don Juan, si me conoceis.

(Se descubre.)

Juan. ¡Doña Ana! Cielos, ¿qué es esto?

Ana. Es mi desdicha, Don Juan.

Juan. Hablad pues, que en vuestro afán
Temo algun lance funesto.

Ana. La luz el llanto me arrasa;
Y atino á la voz muy mal.

En este punto fatal
La justicia está en mi casa.

Juan. ¡La justicia! ¿Y cómo así?

Ana. Ya es fuerza que os lo declare,
Porque tenga quien me ampare

En mis cuitas. ¡Ay de mí!

Tengo, Don Juan, un hermano
Para quien nunca bastó

Cuanta riqueza heredó
Ni cuanta adquirió tirano:

Malgastólo en pocos dias,
Sin bastar amago ó ruego

A retraerle del juego
Y de torpes compañías.

Jugó lo suyo y lo ajeno,
Pues yo á mi pesar le di

Cuanto dejáronme á mí,
De insana avaricia lleno.

Y tras tantos sinsabores
Como por su mal pasé,

Mi casa hoy, Don Juan, hallé
Presa de sus acreedores.

De vos me vengo á amparar,
De angustia y lágrimas llena,

Porque á otro que á vos mi pena
No acertara á confiar.

Juan. Doña Ana, con vuestro amor
Hoy me honrais y me ofendeis,

Que acudiendo á mí me haceis
Un favor y un disfavor;

Mas vuestro intento decid,
Que en todo os he de ayudar.

¿Quereis, señora, tornar
Sin vuestro hermano á Madrid?

Ana. Pues quisisteis vuestra mano
Ofrecerme en mi riqueza,

Valedme hoy en mi pobreza,
De mi suerte y de mi hermano.

Pues que por sus culpas hoy
Tan sola y triste me veo,

Acabar es mi deseo
De las penas en que estoy.

Y en último pensamiento,
La vida por concluir,

Yo de aquí no he de salir
Sino para ir á un convento.

Juan. ¿A un convento? Loca estais.

Ana. Pues que vos lo presumis...

Juan. Mirad bien lo que decis,
Que hablando conmigo estais.

Ana. Por ser quien sois os lo digo,
Porque quiero en este afán

Teneros sino, Don Juan,
Por amante, por amigo.

Juan. Mas se aviene esa amistad,
Doña Ana, en mi con mi amor.

Ana. Pasion es tal vez menor,
Pero de mayor verdad.

Juan. Por cierto que á comprenderos
Aun bien no alcanzo, Doña Ana,

Mas es diligencia vana,
Que en ello he de complaceros.

Vuestra suerte y vuestra fé
Penetra mi corazon,

Y vuestra honra y condicion
Hoy, Doña Ana, bien se ve.

De aquí no habeis de salir,
Pues aquí os habeis venido

Sin hermano ó sin marido:
De ambos podeis elegir.

Vuestro hermano, pues perdidó
Vuestra hacienda, no quereis:

Vuestro marido ya veis
Que me ofrezco á serlo yo.

Ana. Abreviemos de razones,
Don Juan: pues noble nací

No ha de decirse de mí
Que sucumbo á mis pasiones.

En lo que tengo de hacer
Tomé ya resolucion:

Ayudadme mi opinion
Hoy, Don Juan, á defender.

La justicia está en mi casa,
Y yo á la vuestra al subir

Defensa os vine á pedir,
Y no de vergüenza escasa.

Ved en tamaña ocasion
Si lo podeis remediar.

Juan. No, si no habeis de aceptar
Mi mano y mi corazon.

Ana. Harto os dije.

Juan. Nunca á fé
Sin vos he de consentir...

Ana. Dejadme, Don Juan, salir,
Que yo lo remediaré.

Juan. Tened, que al gobernador
Voy en este punto á hablar.

Su respuesta en esperar,

Doña Ana, me hareis favor.
Que si he de daros enojos
No merezco yo en verdad
Sino en vuestra voluntad
Respetar vuestros antojos.
En este mismo aposento
Sola y segura estareis,
Y usar de ese otro podéis,
Si conviene á vuestro intento.
Dios os guarde.

Ana. Os vele á vos.

Juan. (¡Oh! Su paz rescataré.)
(Vase.)

Ana. (A olvidar cuánto le amé
Ayudadme, santo Dios.)

ESCENA VIII.

DOÑA ANA.

No, imposible, no será;
No viva ya en él mi amor,
Que aquí en el alma mi honor
Antes que mi amor está.
¿Y cómo no amarle ya
Cuando mas amante así
Todo lo espondrá por mí?
¡Oh! ¡tan noble he de ser yo!
Que él mi amor espere, no;
Yo muera amándole, sí.
Mas gente llega... ¿Qué escucho?
¡De mi hermano es esa voz!

Inés, dentro. ¿Adónde vais tan veloz?

Pedro, dentro. El asunto importa mucho.

Ana. Con la ira y el temor lucho;

Sin duda viéndome entrar

Viéneme airado á buscar.

ESCENA IX.

ESCONDESE DOÑA ANA, Y SALEN DON PEDRO
É INÉS.

Ped. A Doña Clara advertid

Que la espero.

Inés. Mas decid...

Ped. ¡Idos! ¡Qué estupendo hablar!

ESCENA X.

DON PEDRO, SENTANDOSE EN UN SILLON.

¡Por fin gracias que llegué,
Y por Dios no sin trabajo!
La calle de arriba á abajo
Cuarenta veces crucé.
¿Quién va? — ¡Oiga su mercé! —
Dénse al rey. — Abran aquí...
Guardia en el zaquizami...

Tanta prisa y confusion
Por tener jurisdiccion
En la hacienda que perdí.

(Riéndose.)

¿Qué diablos van á encontrar
En mi casa, ¡voto á Dios!

Si somos á cobrar dos
Y veinte y cinco á gastar?

(Levantándose.)

Aquí, amor, me has de ayudar.

Clara llega. Mentiré;

Mi amor la ponderaré;

Cuanto mas resistirá

Mas el tiempo pasará,

Y mejor me salvaré.

ESCENA XI.

DOÑA ANA, OCULTA; DON PEDRO,
DOÑA CLARA.

Ped. Mi Clara, mi bien, mi amor,
Bien sé que es temeridad,
Mas no es posible en verdad
Resistir á tanto ardor.
Yo te adoro.

Clara. Bien se ve
Que alevemente mentis:
Si hoy á mi casa venís,
Decid, Don Pedro, porqué.

Ped. (¡Aquí de Dios!) Angel mio,
Porque, ¿qué vida habrá en mi

Cuando están presos en tí

Mi razon y mi albedrio?

Querrás decirme tal vez

Que porque perdido estoy...

¡Oh! nada á negarte voy,

Fuera necia estupidez.

Mas yo te amo: un mundo entero

Concebí para tí poco,

Quise conquistarte loco

En él el lugar primero;

Mas me avergüenzo al decillo.

¿Quién era yo? un hidalguillo

A quien sus padres dejaron

Unas viñas y un castillo

Que los tiempos asolaron.

Yo era noble, era valiente,

Mas dentro del corazon

Hervian eternamente,

Dándome guerra insolente,

Tu amor, Clara, y mi ambicion.

Mi ambicion, Clara, que en mí

Era tu amor y no mas,

Que vivo y espero en tí,

Y por tí solo senti

No ser principe quizás.

Fueme adversa la fortuna.
Perdi tiempo, honra y caudal,
Y hoy sin esperanza alguna,
Mas mi ambicion me importuna
Contra mi suerte fatal.
Mas. Clara, yo triunfaré :
¡Vive Dios! me haré soldado,
Iré al campo y lidiaré,
Y orgulloso tornaré
Mas que nunca enamorado.
Porque pese á la razon,
No es amor una quimera,
Y yo aquí en el corazon
De una infinita pasion
Siento la insaciable hoguera.
A darte mi despedida
Vengo, y espero perder
En la demanda la vida,
O con mi ambicion cumplida
Tengo, Clara, de volver.
Clara. ¡Oh! ¡partes!
Ped. Lejos de aquí.
Clara. ¿Cómo? ¿Dónde?
Ped. A conquistar
Tu amor ó mi muerte.
Clara. ¿Así
Piensas, Don Pedro, llegar...?
Ped. Hasta tus piés. (De rodillas.)
Clara. ¡Ay de mí!
Ped. Vénia otorgadme, señora,
Para partir con valor;
No haya en ello mas demora,
Que el corazon me devora
La hoguera de vuestro amor.
Clara. No, ya es inútil partir,
Don Pedro; quedaos pues,
Que no os he de permitir....
Ped. Ni yo osar mas que morir
De ventura á vuestros piés.
¡Oh! ¿me amais?
Clara. Pensadlo vos.
Ped. ¿Siempre igual?
Clara. Siempre igual fui.
Ped. Mas dejadme por los dos
Partir.
Clara. Eso no.
Ped. (Venci
Por asalto, vive Dios.) (Levantándose)
(Pausa.)
Clara. Lo habeis fingido muy bien.
¿Os sentis contento ya?
Ped. (Mi gozo en el pozo está :
¿A que juega esta también?)
No os alcanzo á comprender.
Clara. Bien está : olvidemos esto :
Que yo os amo es manifesto.
Ped. ¡Válgate Dios por muger!

Clara. Pese á vuestra sinrazon,
Yo os amo, Don Pedro, así,
Porque no puedo ¡ay de mí!
Sujetar mi corazon.
Que un iman incomprendible
Hay, Don Pedro, en el amor
A la razon y al valor
Contrapuesto é invencible,
Y en verdad que sin valer
A menos, os amo ciega,
Que á tanto, Don Pedro, llega
Lo débil en la muger.
¡Mas cielos!
Ped. ¿Qué pasa?
Clara. Él es.
Ped. ¿Quién?
Clara. Mi hermano. Mas ganad
Esa puerta.
Ped. No en verdad,
Que en la calle....
Clara. ¿Qué hareis pues?
Ped. La justicia está en mi casa,
Y con ella he de topar.
Clara. Aquí os podeis retirar.
(Al gabinete donde está Doña Ana.)
Ped. Cerrado está.
Clara. El tiempo pasa,
Y Don Juan por la escalera
Sube ya.
Ped. Alejaos vos,
Que yo con él...
Clara. No por Dios.
Ped. Id.
Clara. ¡Don Pedro!
Ped. Salid fuera.

ESCENA XII.

DON JUAN, DON PEDRO; DOÑA ANA,
OCULTA.
Juan, cerrando la puerta. Ya libre la
casa está,
Que el viejo gobernador
Para salir fiador
Consentimiento me da.
Sin duda ocultóse ahí.
Mas ¿qué miro?
Ped. Guárdeos Dios,
Señor Don Juan.
Juan. ¿Quién sois vos?
¿Qué haceis? ¿Quién os trajo aquí?
Ped. Un hidalgo soy, y espero
De una dama á quién llamis
Hermana....
Juan. No prosigais,
Y seguidme, caballero.

ESCENA XIV.

DON JUAN, EN TIERRA; DOÑA ANA, DOÑA
CLARA, LA JUSTICIA.

La Just. Dénse al rey.
Clara. ¡Una muger!
Ana. (Dadme ¡oh Dios! resolucion.)
Clara. ¿Cómo habeis entrado aquí?
Ana. Por mi desgracia impelida.
La Just. Ese hombre yace sin vida :
Que la prendan.
Ana. ¡Ay de mí!

JORNADA TERCERA.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON PEDRO.
DOÑA ANA.
DOÑA CLARA.
LUIZA.
INÉS.
EL GOBERNADOR.
OÑATE.
LA JUSTICIA.
MAESE JUAN,
HIDALGOS,
SOLDADOS,
PAISANOS, } jugadores.

ESCENA PRIMERA.

Calle, y es de noche.

OÑATE.

Ped. ¿Adónde?
Juan. Al campo.
Ped. ¿Y á qué?
Juan. A batirnos.
Ped. ¿La razon?
Juan. ¿No os lo dice el corazon?
Ped. Callado lo siento á fé.
Juan. Ya es demas. Salid conmigo.
Ped. Ya os dije, Don Juan, que no.
Juan. Ved que he de sacaros yo.
Ped. Que de aquí no salgo, digo.
Sé que tenéis la justicia
En la calle, y al bajar
Con la justicia he de dar,
Don Juan, por vuestra malicia.
Juan. Mentis, y viven los cielos
Que quien sois he de saber.
Ped. Yo me daré á conocer
Sin que os cause mas desvelos.
Don Pedro de Aguilar soy.
Juan, mirándole. ¡Vos! y anoche con mi
hermana...
Ped. ¿Qué os asombra? En la ventana...
Juan. Ciego de cólera estoy.
(Cierra la puerta y deja la llave en tierra.)
De aquí no hemos de salir
Ambos á dos, Aguilar,
Y aquí no habeis de encontrar
La justicia.
Ped. Por reñir
Nada se pierdè. Riñamos. (Riñen.)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DON PEDRO, DON JUAN.

Ana. ¡Teneos!
Juan. ¡Cielos!
Ped. ¡Mi hermana!
(A Don Juan.)
Preciso es que esta mañana
Uno de los dos muramos.
Ana. ¡Favor! ¡Favor!
Juan. Decis bien :
Hasta morir ó matar.
Dentro. ¡Favor al rey!
Juan. ¿Es temblar?
Ped. Eso os pregunto tambien.
(Cae Don Juan, y Don Pedro, abriendo
un balcon, se descuelga.)
Ped. Tal vez por este balcon.
A la puerta he de caer.

Magnífico enredo :
¡Y en qué ha de parar,
Ni el diablo en Toledo
Tal vez lo sabrá!
Mi amo acuchillado,
Doña Ana en prision;
Su hermano empeñado,
Mayordomo yo.
Mi amo discurrendo
Remedios aquí,
Y todos perdiendo
Quedamos al fin.
Y tanto barajan,
Que todos á igual,
Ni suben ni bajan
Ni se hallan jamás.
Don Juan ha salido
Por primera vez,

Dicen que han venido
A Don Juan á ver,
Y si su impericia
En la conclusion
Mete la justicia
¡La logra por Dios!

ESCENA II.

OÑATE, LUISA.

Luisa. ¿Y ahora, Oñate, qué hay que hacer?

Oñ. ¿Pues soy yo doctor acaso?

Luisa. No anduviste tan de paso
Para echarnos á perder.

Oñ. ¡Yo á perder! mejor dijeras
Que fui quien te echó á ganar.

¿O tú piensas que aquel dar,
Luisa mia, no fué en veras?

Luisa. Que entonces diste ya sé,
Mas pese á mi condenada
Que ahora no tenemos nada,
Ni encontramos quien nos dé.

Oñ. ¿Y á mí á quejarte venias?

¿Pues he podido hacer mas?

Luisa. No por cierto; ¿mas podrás
Decirme por quién lo hacias?

Oñ. Por las joyas que Doña Ana
Dábame en prendas

Luisa. Oñate,
No acierto cómo se trate
Con maña tan cortesana.

Oñ. Bien está: mas dime tú
Qué piensas hacer de tí.

Luisa. Sentar plaza por ahí
De vireina del Perú.

Oñ. Vaya una pregunta chusca.

Luisa. En la tormenta mas recia
El peor puerto se busca.

Oñ. En tormentas judiciales
¿Qué puerto hay donde acudir
Si todos han de salir

Por puertas de criminales?

Luisa. La justicia en casa entró,
Mas por yo no sé qué encanto
Llegó otra órden entre tanto,
Y otra vez la abandonó.

Doña Ana... no sé mas de ella.

Don Pedro con mas furor,
Mas que nunca jugador,
Toda la casa atropella.

Oñ. ¿Don Pedro en su casa está?

Luisa. Sí, y encontrándola llena,
La vácía como si ajena
Fuese, y á saco la da.

Oñ. ¿Mas tú...?

Luisa. De su casa me echa,

Pues de su hermana enemigo,
Dice que soy su testigo
Que su conducta le acecha.
Que soy una enredadora,
De su hermana mensajera,
En sus amores tercera,
Vigia y encubridora.
Pero mas que otra razon
A despedirme le obliga
La de no ser yo su amiga
Y tercera en su pasion.

Oñ. ¿Está acaso enamorado?

Luisa. Tal vez, pero eso era poco
Está con sus trampas loco,
Perdido y desesperado.

Oñ. Ten, Luisa, esa lengua de hacha,
Que has comido de su pan.

Luisa. Y él engordó con mi afan,
Y hoy á secas me despacha.

Oñ. ¿Mas Doña Ana...?

Luisa. Tan crúel
Lloro su enemiga estrella,
Y lloro en verdad por ella,
Aunque me alegro por él.
Al partirme esta mañana
Eché mis últimas redes;
Ni clavos en las paredes
Deja su pasion villana.

Oñ. Allí viene.

Luisa. Ya le ves;
Los pasos vino contando
Como si fuera arrastrando
Toda su hacienda en los piés.

No quiero que á verme llegue.

A Dios, Oñate.

Oñ. A Dios, Luisa.

Luisa. Y dile que con mas prisa
El alma de una vez juegue.

ESCENA III.

DON PEDRO; OÑATE, OCLTRO.

Ped. Otra vez vuelvo á tentar
El rigor de mi fortuna,
Porque quien mucho importuna
Si no logra ha de cansar.

La aurora no me ha de hallar
Aquí ya de ningun modo,
Pues de quedar en el lodo
De la miseria sumido,
Vale mas haber corrido
La suerte y la audacia en todo.

Suerte, madre revoltosa
De los naipes y los dados,
Idolo de los soldados
Y la gente valerosa,
Emperatriz poderosa

Ped. Otra vez vuelvo á tentar
El rigor de mi fortuna,
Porque quien mucho importuna
Si no logra ha de cansar.

La aurora no me ha de hallar
Aquí ya de ningun modo,
Pues de quedar en el lodo
De la miseria sumido,
Vale mas haber corrido
La suerte y la audacia en todo.

Suerte, madre revoltosa
De los naipes y los dados,
Idolo de los soldados
Y la gente valerosa,
Emperatriz poderosa

Ped. Otra vez vuelvo á tentar
El rigor de mi fortuna,
Porque quien mucho importuna
Si no logra ha de cansar.

La aurora no me ha de hallar
Aquí ya de ningun modo,
Pues de quedar en el lodo
De la miseria sumido,
Vale mas haber corrido
La suerte y la audacia en todo.

Suerte, madre revoltosa
De los naipes y los dados,
Idolo de los soldados
Y la gente valerosa,
Emperatriz poderosa

Que en opuestos hemisferios
Minando estados é imperios
El bajo mundo nivelas
Y á ningun mortal revelas
Tus desiguales misterios;
A tí, luz de los audaces,
Compañía en la grandeza,
Esperanza en la pobreza
Que continuo esperar haces
A nuestros dias fugaces
La fortuna que no llega,
Reina alada, muda y ciega,
Que á ciegas en todas partes
Males y bienes repartes,
Vieja que con todo juega;
Duélete, madre, de mí,
Que como á norte y escudo
En mis congajas acudo
Por última vez á tí.
Héme ya á tus piés aquí
Como orillas de la mar,
Dispuesto en ella á arrojar
Cuanto tengo y cuanto soy;
Porque pienso salvar hoy
Cuanto valgo, ó naufragar.

ESCENA IV.

DON PEDRO, OÑATE.

Oñ. ¿Señor Don Pedro?

Ped. ¿Quién es?

Oñ. Un amigo.

Ped. Guárdeos Dios;

Mas nada que hacer con vos
Tengo, con que hasta despues.

Oñ. No tan apriesa os vayais,
Que algo tendremos que hablar.

Ped. ¿Traes espada?

Oñ. ¿Es á lidiar,

Don Pedro, adonde ahora vais?

Ped. Voy donde á vos no os importa.

Oñ. Mas donde os importa á vos

Vayamos juntos los dos.

Ped. No, que es jornada bien corta,
Y es demas la compañía.

Oñ. Pero podeis tropezar,

É hiciérais bien en llevar
Quien acudiros podria.

Ped. Es demasiado ofrecer
Para pensar en cumplir;

Ved si me habeis de acudir,
Porque me voy á caer.

Oñ. Vamos, pues que vuestro amigo
Soy há mucho tiempo ya.

Ped. Pues si sois mucho tiempo há,
Venid, si os place, conmigo.

Oñ., quitando embozo. Vamos.
Ped. ¿Ginés?

Oñ. Ved, señor,

Si seré buen compañero.

Ped. Soy, Ginés, un majadero.....

Vienes al tiempo mejor;

¿Traes dineros?

Oñ. Escusada

Pregunta. Si; ¿qué quereis?

Ped. Ved en lo que estimareis.....

Oñ. Yo, señor, no estimo nada.

Dádmela estimada vos

Cualquier prenda, y despachemos.

Ped. Tienes razon; hablaremos
Despues del valor los dos.

Oñ. Ha de ser grande la puesta.

Ped. Como que voy á amarrar
La fortuna, ó á quedar
Por puertas.

Oñ. ¿Audacia es esta!

Ped. Es mi postrera esperanza,
Y en ella la arriesgo toda.

Oñ. ¿Bien! con la fortuna, boda,
Que ó nada ó todo se alcanza.

Ped. Esta noche la hago mia,
O la dejo de servir.

Oñ. Por ella hemos de reñir
Hasta que despunte el dia.

Ped. ¿Tal ánimo traes, Ginés?

Oñ. Por vuestra amistad no mas.

Ped. No te vuelvas pues atrás.

Oñ. A no ver que chanza es
De otro modo respondiera.

Ped. Mas ve que si pierdo todo.....

Oñ. ¿Qué diablo! Hablais de modo
Como si ya se perdiera.

Delante, señor, marchad,
Y en mí fiad.

Ped. Si es así
Delante voy.

Oñ. Y por mí

Cual si fuérais ya jugad.

ESCENA V.

DON JUAN, TRAYENDO A DOÑA ANA CON
MANTO; OÑATE.

Juan. ¿Con quién hablabas?

Oñ. Con él.

Juan. ¿Pedia oro?

Oñ. Sí, señor,

Y cada dia mejor
Sabemos nuestro papel.

Mañana al salir la aurora
Ya en Toledo no estará.

Juan. ¿Y esta noche?

Oñ. Queda allá,

ESCENA XI.

DICHOS; DON JUAN, CON ANTIFAZ.

(Mesa primera.)

Uno. ¡Gentil talle!
Maese Juan. Audaz á fé.
El Primero. ¿Conocéisle?
Maese Juan. No por cierto;
 El semblante trae cubierto.
El Segundo. ¿Quién es ese?
El Tercero. No lo sé.
Juan. (Allí está Don Pedro: llego;
 Y Oñate vino con él.
 Bien estudió su papel.)
(Mesa tercera.)
 Uno. Por vos va Don Pedro. Juego.
Ped. La mayor.
El Primero. Once.
Ped. Ya es mía.
Juan, llegando. Yo apuntaré contra vos:
 La mayor.
El Primero. Doce.
Ped. ¡Por Dios!
 ¿Su merced nos desafia?
Juan. No, juego como cualquiera:
 Fortuna fué si gané.
Ped. Fortuna sin duda fué,
 Porque á ser de otra manera...
Juan. ¿Qué fuera?
Ped. ¿Sabeis quién soy?
Juan. Un... Don Pedro de Aguilar;
 Mas ved si queréis jugar,
 Que esperando juego estoy.
Ped. ¿Sois muy valiente?
Juan. Tal vez;
 Mas me ayuda la fortuna,
 Y jamás cedí á ninguna
 Mi fortuna y mi altivez.
 En fin, ¿jugais?
Ped. Descubrios.
Juan. ¿Qué os importa mi disfraz?
 Tras este lienzo falaz
 Encubro secretos míos.
Ped. Pero quien el rostro encubre,
 Traiciones guarda ó temor.
Juan. La traicion del jugador
 Con el juego se descubre.
Oñ., á Don Pedro. (Yo á vos, Don Pedro,
 os abono;
 Jugad.)
Ped. Bien; juguemos pues.
Juan. Que os mantengais fuerza es
 Con tan poderoso abono.
Oñ. ¡Bien! Señores, juego nuevo
 Yo os sacaré.
Juan. Sea.
Ped. Tirad.

(Mesa segunda.)

Uno. Esas bazas os tomad.
 Otro. Y con esta siete llevo.
El Primero. ¿Ganásteis?
El Segundo. Qué, ¿no jugais?
El Primero. No tengo qué.
El Segundo. Norabuena;
 Tomad la mitad.
El Primero. Es ajena,
 Que otra mitad me ganais. *(Levántanse.)*
(Mesa primera.)
 Uno. No juego mas.
Maese Juan. ¿Porqué no?
El Primero. Porque pierdo todo un año.
Maese Juan. ¿Eso mirais? ¿Sois tacaño?
El Primero. ¿Pues nació príncipe yo?
 Otro. Jugad.
El Primero. No juego.
Maese Juan. Sea así.
(Levántanse todos, y se acercan á la mesa 3.ª, donde están Don Juan, Don Pedro y Oñate.)
El Primero. ¿Es apuesta?
El Segundo. Así parece.
El Tercero. Atendamos.
El Segundo. Lo merece.
El Primero. ¿Va contra Don Pedro?
El Segundo. Si.
Oñ., tirando con sus dados. Don Pedro,
 á vos. Juego, seis.
 A vos, el del antifaz.
 Juego, diez.
Juan. Gano.
Ped. En verdad,
 Brava fortuna teneis.
Oñ., á Don Juan. Juego á vos, once.
 Sacais
 Bien alto. Don Pedro, á vos.
 Juego, siete.
Ped. Voto á Dios
 Que sin alma me dejais
 Muchacho, vino. *(Bebe.)*
El Primero. Eso es;
 Valor, Don Pedro.
Ped. Sigamos.
Oñ. Caballero, á vos.
El Segundo. Veamos.
Oñ. Juego, cinco.
Ped. Es mía.
Oñ., tirando. Tres.
Ped. Por mi vida que es azar.
Juan. ¡Qué suerte mas importuna!
Ped. Ahí va toda mi fortuna.
 De una vez, por acabar.
Oñ. A vos, caballero: diez.
Ped. ¡Por san Millan!
Oñ. Juego á vos.
 Tres.

Ped. ¿Qué suerte, vive Dios!
 No se me ha dado una vez. *(Retirándose.)*
Juan. ¿Qué es eso, no jugais mas?
Ped. Como las barbas no juegué
 No sé ya qué á jugar llegue.
Juan. Vuestra palabra...
Ped. Quizás,
 Si aun mi palabra tuviera,
 ¿Pensais que no la jugara?
Juan. Con ella me contentara,
 Que sé bien que se cumpliera.
Ped. Haced cuenta que la dí
 Y la perdí.
Juan. ¿Mas no habeis
 Prendas?
Ped. Ved las que queréis.
Juan. ¿Las haciendas?
Ped. Las perdí.
Juan. ¿Soldado sois?
Ped. Capitan.
Juan. ¿Las armas?
Ped. Perdilas ya.
Juan. ¿Caballo?
Ped. Jugado va.
Juan. ¿Sueldo del rey?
Ped. No le dan.
El Primero. Probad, Don Pedro, fortuna.
 Veinte escudos presto yo.
El Segundo. Yo diez.
El Tercero. Yo quince.
Ped. Eso no:
 Todo en uno se reuna,
 Y apuntadlo.
El Segundo. Eso es, valor.
Oñ. Juego, diez.
Ped. Ahora sí
 Que vuelve la suerte á mí.
Oñ. Juego, once.
Juan. ¡Es encantador!
El Primero. Don Pedro, imposible á fé
 Me parece.
El Segundo. ¿Qué jugar!
Oñ. Vaya, ¿volvéis á apuntar?
El Tercero. Jugad.
Ped. Ya no tengo qué.
Juan. Esa espada.
Ped. Bien, tirad.
Oñ. Vos, hidalgo. Once.
El Segundo. ¿Qué suerte!
Oñ. A vos, Don Pedro. Seis.
Ped. Muerte
 Me dais; á Dios os quedad.
El Primero. Yo juego con vos: juguemos.
 Seguro en mi suerte estoy.
El Segundo. Yo con vos á apuntar voy.
Ped. Pero no sé qué juguemos.
Juan. ¿Contra todo lo perdido
 No teneis ya qué poner?

¿No teneis casa, muger,
 No sois dueño ni marido?
Ped. Muchacho, vino. No tengo
 Casa, ni muger, ni hogar.
 Una hermana... y...
Un Soldado. ¿A jugar!
Juan. Con vuestra hermana me avengo.
Ped. Reportaos. Voto á Dios
 Que lo que decís mireis.
Juan. Hago porque recobreis
 Lo que habeis perdido vos,
 Y esa puesta os doy de mas.
Ped., marchándose. ¡Una suerte tan se-
 guida!
 ¡Imposible es por mi vida
 Que se sostenga...! ¡Quizás!
El Primero. Vamos, dejad de pensar
 Y decidíos valiente.
Ped. No ha de ser.
El Segundo. ¿Cobardemente
 Os habeis de retirar?
Ped. ¿Mas quién sabe? contra todo
 Arriesgo una prenda yo.)
El Tercero. ¿Habeis de huir?
Ped. *(Eso no.*
 Y el pagar... Es de otro modo.)
 Todos. ¡Bien, Don Pedro!
El Primero. Y yo con vos
 Esta espada jugaré.
El Segundo. Yo estos diamantes.
El Tercero. A fé
 Yo cien escudos.
El Cuarto. Yo dos
El Quinto. Y yo aquesta cruz de plat.
Ped. ¡Venga vino!
Oñ. Vaya en paz
 A vos, el del antifaz.
 Juego, nueve.
 Muchos. Bajo data.
Oñ. Vuesas mercedes atiendan.
 Va por ellos. Juego, tres.
Ped. Trampa por los cielos es.
Uno. Los demonios que lo entiendan.
Juan. ¿Cómo trampa, vive Dios!
(Pone mano á la espada.)
Ped. Ténganse aquí.
(Echando tambien mano al estoque.)
Juan. Vuestra hermana
 Perdisteis.
Ped. Es prenda vana.
Juan. Y á estocadas...
Ped. Eso á vos.
 Algunos. Paz.
 Otros. ¡Fuera!

ESCENA XII.

CUCHILLADAS. OÑATE SE PONE AL LADO DE DON JUAN. ALGUNOS TOMAN PARTIDO POR DON PEDRO. DERRIBAN LAS LUCES Y QUEDA TODO EN CONFUSION. DOÑA ANA Y DOÑA CLARA ASOMAN A LA PUERTA COMO HUYENDO DE ALGUIEN QUE LAS PERSIGUE.

Ana. ¡Cielo! ¿Es aquí?
Clara. La voz de Don Pedro es esa.
Juan, encontrándose en la oscuridad con Doña Clara. ¿Quién aquí se me atraviesa?
Ana. ¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí!
Don Pedro.
Ped., hallándose con Doña Ana. ¿Qué es esto? ¿No
 Es muger esta que toco?
Ana. ¡Cielo santo!
Ped. ¿Estoy yo loco?
Juan. ¡Ténganse!
Ped. ¡Luz!
Uno. ¿Quién cayó?
Ped. ¡Voto á Dios! Luces aquí.

ESCENA ULTIMA.

EL GOBERNADOR, RONDA Y DICROS.

Gob. Dénse al rey.
Ped. Atrás el rey,
 Que primero que su ley
 Me importa mi honor á mí.
(A Doña Clara, á quien tiene asida.)
 ¿Quién sois vos?
Gob. Que nadie osado
 Mueva el pié. Vos, caballero,
 Decid quién sois.
Uno. Un soldado.
Gob. Cada uno el nombre que goza
 Diga, que esperando estoy.
Ped. Don Pedro de Aguilar soy.

Juan, descubriendo el rostro. Y yo Don Juan de Mendoza.

Ped. ¡Vos! ¡cómo...! y yo, vive Dios...

Juan. Reportaos, pese á mí,

Que no sé quién está aquí

Ofendido de los dos.

Vuestra hacienda habeis perdido,

Y pues toda en mi poder

Está, yo os la he de volver:

Para esto la he obtenido.

Mas con una condicion.

Ped. Decid.

Juan. Yo tengo una hermana;

Su esposo sereis mañana,

Que peligra su opinion.

(Don Pedro rie á carcajadas.)

¿Os reis?

Ped., lo mismo. Ved si me rio.

Gob. ¿La razon?

Ped. Os la diré.

¿Visteis horóscopo á fé

Mas fortunado que el mio?

Jugué y perdi hasta la espada;

Gocé jugando y perdiendo;

Gran vida hice á lo que entiendo,

Y al cabo no pierdo nada.

Mirad si que ria es bien.

(A Don Juan.)

Pero yo tengo otra hermana:

Hacedme el favor mañana

De desposarla tambien.

Ana. Asi será, y pues estoy

Tan á tiempo, esta es mi mano.

Clara. Ya que consiente mi hermano,

Yo, Don Pedro, vuestra soy.

Juan. ¿Mas cómo...?

Ped. La esplicacion

Para luego... pese á mí

Que es bizarro. *(Riéndose.)*

Gob. Y ya de aqui

Que salgamos es razon.

Oñ. Y con esto, á lo que entiendo,

El autor tambien saldrá

Del empeño en que hoy está

Con este Ganar perdiendo.

CADA CUAL CON SU RAZON,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL REY DON FELIPE.
 EL MARQUÉS DE VELEZ.
 DON PEDRO.
 DOÑA ELVIRA.

INÉS.
 EL CONDE DON GUILLEN.
 UN ALCALDE DE CORTE.
 RONDA Y SOLDADOS.

a escena en Madrid. El acto 1º en el jardin de Doña Elvira: el 2º y 3º en la antesala de su nabitacion. La accion empieza el 21 de setiembre de 16.. á las once de la noche, y concluye al dia siguiente á la misma hora.

ACTO PRIMERO.

Noche y jardin de Doña Elvira. — A un lado un asiento de piedra. — En el fondo la casa de Doña Elvira con rejias y halcones, y mas á la derecha una puertecilla que da del jardin á la calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. Decidme al menos su nombre.
Elv. No le debeis conocer.
Ped. ¿Y eso no os darne á entender
 Que amais, Elvira, á ese hombre?
Elv. Ya dije que es un secreto.
Ped. Mas si el secreto no sé,
 ¿Cómo de él me fiaré?
Elv. Por mi palabra sujeto.
 Yo os amo, Don Pedro, á vos,
 Mas creedme, y no os asombre,
 Os juro á Dios que de ese hombre
 Necesitamos los dos.
Ped. No lo comprendo, señora;
 Quién soy yo, dónde he nacido,
 Quiénes mis padres han sido
 Estoy ignorando ahora.
 Vivo desde que nací
 Acaso á merced ajena,
 Sin que pudiera mi pena
 Llegar á costumbre en mí.
 Siempre (¡inocente quizás!)

Tan negro destino lloro,
 Mas cuando sé que os adoro
 No necesito yo mas.

Elv. Don Pedro, sin freno vais
 Buscando mi perdicion.

Ped. ¿Me hareis perder la razon!

Elv. Nada de ese hombre temais.

Ped. ¿Que nada tema decís

De un hombre que os enamora,

Cuando estoy viendo, señora,

Que favores le admitís?

Elv. ¿Hay, Don Pedro, tal afán!

¿Pues yo misma no os lo digo?

Puede ese hombre ser mi amigo,

Pero nunca mi galan.

Ped. ¿Y cómo creeros puedo

Si sé que os habla de amor?

No dudo de vuestro honor,

Mas tengo á su audacia miedo.

Cuando os contemplo con él,

Elvira, en conversacion,

Me rebosa el corazon

En lugar de sangre hiel.

Vos me lo habeis suplicado

Ante mi puesta de hinojos,

Y aunque es para darne enojos

Con causa os habeis hallado.

Pues tan liviana no os creo

Que, para mentir mejor,

Hiciérais mi propio amor

Segundo en tal devaneo.

Obedezco, lloro, y callo

ESCENA XII.

CUCHILLADAS. OÑATE SE PONE AL LADO DE DON JUAN. ALGUNOS TOMAN PARTIDO POR DON PEDRO. DERRIBAN LAS LUCES Y QUEDA TODO EN CONFUSION. DOÑA ANA Y DOÑA CLARA ASOMAN A LA PUERTA COMO HUYENDO DE ALGUIEN QUE LAS PERSIGUE.

Ana. ¡Cielo! ¿Es aquí?
Clara. La voz de Don Pedro es esa.
Juan, encontrándose en la oscuridad con Doña Clara. ¿Quién aquí se me atraviesa?
Ana. ¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí!
Don Pedro.
Ped., hallándose con Doña Ana. ¿Qué es esto? ¿No
 Es muger esta que toco?
Ana. ¡Cielo santo!
Ped. ¿Estoy yo loco?
Juan. ¡Ténganse!
Ped. ¡Luz!
Uno. ¿Quién cayó?
Ped. ¡Voto á Dios! Luces aquí.

ESCENA ULTIMA.

EL GOBERNADOR, RONDA Y DICROS.

Gob. Dénse al rey.
Ped. Atrás el rey,
 Que primero que su ley
 Me importa mi honor á mí.
 (A Doña Clara, á quien tiene asida.)
 ¿Quién sois vos?
Gob. Que nadie osado
 Mueva el pié. Vos, caballero,
 Decid quién sois.
Uno. Un soldado.
Gob. Cada uno el nombre que goza
 Diga, que esperando estoy.
Ped. Don Pedro de Aguilar soy.

Juan, descubriendo el rostro. Y yo Don Juan de Mendoza.

Ped. ¡Vos! ¡cómo...! y yo, vive Dios...

Juan. Reportaos, pese á mí,

Que no sé quién está aquí

Ofendido de los dos.

Vuestra hacienda habeis perdido,

Y pues toda en mi poder

Está, yo os la he de volver:

Para esto la he obtenido.

Mas con una condicion.

Ped. Decid.

Juan. Yo tengo una hermana;

Su esposo sereis mañana,

Que peligra su opinion.

(Don Pedro rie á carcajadas.)

¿Os reis?

Ped., lo mismo. Ved si me rio.

Gob. ¿La razon?

Ped. Os la diré.

¿Visteis horóscopo á fé

Mas fortunado que el mio?

Jugué y perdi hasta la espada;

Gocé jugando y perdiendo;

Gran vida hice á lo que entiendo,

Y al cabo no pierdo nada.

Mirad si que ria es bien.

(A Don Juan.)

Pero yo tengo otra hermana:

Hacedme el favor mañana

De desposarla tambien.

Ana. Asi será, y pues estoy

Tan á tiempo, esta es mi mano.

Clara. Ya que consiente mi hermano,

Yo, Don Pedro, vuestra soy.

Juan. ¿Mas cómo...?

Ped. La esplicacion

Para luego... pese á mí

Que es bizarro. (Riéndose.)

Gob. Y ya de aqui

Que salgamos es razon.

Oñ. Y con esto, á lo que entiendo,

El autor tambien saldrá

Del empeño en que hoy está

Con este Ganar perdiendo.

CADA CUAL CON SU RAZON,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL REY DON FELIPE.
 EL MARQUÉS DE VELEZ.
 DON PEDRO.
 DOÑA ELVIRA.

INÉS.
 EL CONDE DON GUILLEN.
 UN ALCALDE DE CORTE.
 RONDA Y SOLDADOS.

a escena en Madrid. El acto 1º en el jardin de Doña Elvira: el 2º y 3º en la antesala de su nabitacion. La accion empieza el 21 de setiembre de 16.. á las once de la noche, y concluye al dia siguiente á la misma hora.

ACTO PRIMERO.

Noche y jardin de Doña Elvira. — A un lado un asiento de piedra. — En el fondo la casa de Doña Elvira con rejias y halcones, y mas á la derecha una puertecilla que da del jardin á la calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. Decidme al menos su nombre.
Elv. No le debeis conocer.
Ped. ¿Y eso no os darne á entender
 Que amais, Elvira, á ese hombre?
Elv. Ya dije que es un secreto.
Ped. Mas si el secreto no sé,
 ¿Cómo de él me fiaré?
Elv. Por mi palabra sujeto.
 Yo os amo, Don Pedro, á vos,
 Mas creedme, y no os asombre,
 Os juro á Dios que de ese hombre
 Necesitamos los dos.
Ped. No lo comprendo, señora;
 Quién soy yo, dónde he nacido,
 Quiénes mis padres han sido
 Estoy ignorando ahora.
 Vivo desde que nací
 Acaso á merced ajena,
 Sin que pudiera mi pena
 Llegar á costumbre en mí.
 Siempre (¡inocente quizás!)

Tan negro destino lloro,
 Mas cuando sé que os adoro
 No necesito yo mas.
Elv. Don Pedro, sin freno vais
 Buscando mi perdicion.
Ped. ¿Me hareis perder la razon!
Elv. Nada de ese hombre temais.
Ped. ¿Que nada tema decís
 De un hombre que os enamora,
 Cuando estoy viendo, señora,
 Que favores le admitís?
Elv. ¿Hay, Don Pedro, tal afán!
 ¿Pues yo misma no os lo digo?
 Puede ese hombre ser mi amigo,
 Pero nunca mi galan.
Ped. ¿Y cómo creeros puedo
 Si sé que os habla de amor?
 No dudo de vuestro honor,
 Mas tengo á su audacia miedo.
 Cuando os contemplo con él,
 Elvira, en conversacion,
 Me rebosa el corazon
 En lugar de sangre hiel.
 Vos me lo habeis suplicado
 Ante mi puesta de hinojos,
 Y aunque es para darne enojos
 Con causa os habeis hallado.
 Pues tan liviana no os creo
 Que, para mentir mejor,
 Hiciérais mi propio amor
 Segundo en tal devaneo.
 Obedezco, lloro, y callo

Sentencias de vuestra boca,
Porque al fin solo le toca
Obedecer al vasallo.

Mas en causa tan sagrada,
Aun siendo mi propio hermano
Echara menos la mano
El gavilan de mi espada.

Elv. Por medio, Don Pedro, estoy
En tan espinoso asunto,
Y os ruego que en él ni un punto
Os olvidéis de quien soy

Ped. Eso solo me contiene,
Y si es fuerza que os lo diga,
Eso tan solo me obliga
A respetar al que viene.

Que os juro que de otro modo,
Si en mi razon me fiara,
En la calle le esperara
Atropellando por todo.

Elv. Bien, pues os vuelvo á advertir
Que en paz á ese hombre dejéis,
Y no mas me preguntéis,
Que no os puedo mas decir.

Ped. Yo mas os preguntaré
Pues tal es vuestra sentencia,
Mas si podré mi paciencia
Tener á raya, no sé.

Elv. Cómo la tenéis mirad,
Que, porque me importa mucho,
Al preveniroslo lucho
Con mi propia voluntad.

Mandároslo no quisiera,
Mas á faltarme él ó vos,
Don Pedro, de entre los dos
Yo no sé á cuál eligiera.

Ped. ¡Loco me habeis de volver!
¡No es, decís, vuestro galan,
Y evitais con tanto afan
Cuanto le puede ofender!

Que me adorais me decís,
Y á vuestro amor siendo fiel,
Comparándome con él,
Que dudais me prevenís.

Decidme si podéis, pues,
¿Es vuestro padre, señora?

Elv. No por cierto.

Ped. ¿Es en mal hora
Hermano?

Elv. No.
Ped. ¿Pues quién es?

¿Debéisle tantos favores,
Vida, hacienda, honor quizás...?

Elv. No le debo á ese hombre mas
Que penas y sinsabores.

Ped. ¿Y le amais?

Elv. No, le respeto.

Ped. ¿Y el respeto solamente
Puede en vos...?

Elv. Andad prudente,
Que tocais en mi secreto.

Ped. ¡Oh! por cuanto sois y amais
Fiad el secreto en mí,
Que al depositarlo aquí
En un pozo lo enterrais.

Elv. Dijeos, Don Pedro, que no.
Ped. ¡Morir de zelos me hareis!

Elv. De zelos no os acordeis
Mientras os los guarde yo.

Ped. Mas ved que es duro castigo
Para un amante, señora,

Ser por secretos que ignora
De ajenas dichas testigo.

Pensad lo cruel del tormento
De esperar puesto en un potro

Sabiendo que tiene otro
Entrada en vuestro aposento.

Elv. ¿En mi aposento? Eso no;
Reparad que jardin es.

Ped. Para estar á vuestros piés
Por igual lo tengo yo.

Y aun es peor, en verdad,
Que un techo de roble ó piedra,

Un banco de verde hiedra
Y un techo de oscuridad.

Elv. Callad ya, que me ofendeis:
Pues con sospecha tan ruin

¿A solas en mi jardin
Que estais conmigo no veis?

Y si soy quien soy con vos
Con quien á casarme voy,

¿Dejaré de ser quien soy
Con quien odiamos los dos?

Don Pedro, pensadlo bien,
Y no asi de zelos loco

Tengais á una dama en poco
Sin razon y sin por quién.

Ped. ¿Sin por quién? ¿Pues y ese hombre
A quien vais á recibir?

Elv. Necio andais en insistir,
Que nunca os diré su nombre.

Y escuchadme en conclusion,
Don Pedro, porque á fé mia

Que es ya larga esta porfia,
Tenga ó no tenga razon.

Yo os amo. ¿Qué mas quereis?
No hubo jamás hombre alguno

Que no me fuera importuno
Desque vos me conocéis.

Si cansado de mi amor
Me dejarais inconstante,

No fuera un claustro bastante
Para enterrar mi dolor.

Por ello en el alma herida,
Olvidando al mismo cielo,

Osara en mi desconsuelo
Atentar contra mi vida.

*en sus manos con profunda agitacion,
mientras en el lado opuesto pasa aparte
la segunda escena.)*

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO, DESPUES
INÉS.

Ped. ¡Tan rara contradiccion
No es posible comprender!

Razon deberá tener,
Y muy grande en mi opinion.

Mas yo sabré la razon
Antes de salir de aquí,

Y ambos cumplimos asi,
Pues tengo que en tal aprieto

No vende Elvira un secreto
Que solo yo sorprendí.)

Inés, con luz. Cuando gustéis.
Ped. Bien está.

(El osado siempre acierta.)
(*A Inés, aparte, tomándola por la mano.*)

Oye, en llegando á la puerta
Con brio un portazo da.

Despideme en voz tan alta
Que se oiga aquí.

Inés. ¿Para qué?
Ped. De esta casa no saldré.

Inés. ¿Eso mas?
Ped. Aun hago falta.

Inés. Es imposible por Dios.
*Ped., mostrando la daga, llevándola
aparte.* Dos recompensas, Inés,

De oro y hierro: elige pues
La que quieras de las dos.

Inés. Mas...
Ped. ¡Silencio!

Inés. Luego...
Ped. Elige.

Si salgo, volveré á entrar.
Inés. Pues mirad que á mi pesar

La necesidad lo exige.
Ped. No temas; desde esa reja

Quiero escuchar solamente.
Inés. ¿No mas?

Ped. No.
Inés. ¿Sereis prudente?

Ped. Mi razon me lo aconseja.
Inés. Pues vamos.

Ped. Salgamos pues,
Que es á mi impaciencia tarde. (*Vanse.*)

Inés, dentro y alto. Buenas noches. Dios
os guarde.

Ped., dentro y alto. Buenas las tengas,
Inés. (*Oyese un portazo.*)

Mas es, Don Pedro, preciso
Que á ese hombre reciba aquí,

Y ha de ser, Don Pedro, asi
Aunque importe el paraíso.

Mirad si causa tendré
Cuando así ante vos me humillo.

Ped. Asombrado estoy de oílo,
Y aun no lo comprendo á fé.

Que murierais me decís
Si yo os dejara de amar:

¿Eso debéis esperar,
Y sin embargo insistís?

Elv. Eso esperar no debía;
Mas ya que desde hoy lo espero,

Espero en Dios, caballero,
Que os arrepintais un día.

Ped. ¿Mas llorais...! decidme al fin
El secreto y concluyamos.

Elv. Mirad, Don Pedro, que estamos
A solas en el jardin.

Ped. ¡Oh, tanto dudar me ofende!
¿No puedo ayudaros yo

En ese secreto?
Elv. No,

Que si se aclara se vende.
Ped. ¡Señora!

Elv. Que desconfío
De vos nunca imaginéis;

Quien le venda no seréis,
Seré yo, porque no es mio.

Ped. Una palabra no mas,
Y perdonádmela, Elvira;

¿Desconfianza os inspira
Mi nacimiento quizás?

Elv. Don Pedro, yo en vos no amé
La cuna en que habeis nacido;

Hidalgo os he conocido,
Siempre hidalgo os amaré.

Cuando en mi antigua afliccion
Me hallásteis de amor ajena,

Vos consolábais mi pena
Sin preguntar la razon.

Nada vos sabeis de mí,
Ni de vos nada sé yo;

Puesto que no nos pesó,
Sigamos, Don Pedro, asi

Y retiraos.
Ped. A Dios,

Señora, y ved lo que haceis.
Elv. Lo que he resuelto sabeis.

Ped. Dios os guarde.
Elv. Va con vos.

Inés, á Don Pedro guia
Y cierra luego el portal.

(Secreto triste y fatal
Que me pone en la agonía.)

(*Siéntase en el banco ocultando el rostro*

Elv. Vedlo bien.
Rey. Sois muy hermosa.
 Y negaros cualquier cosa
 Me fuera en mengua, por Dios.
Elv. ¿Lo prometéis?
Rey. Lo prometo.
Elv. Ved que es muy noble el sugeto.
Rey. ¿Pues qué habrá que hacer con él?
Elv. Nada, firmar un papel
 Y guardar ambos secreto.
Rey. ¿Mas á qué mi firma aquí?
 Si es que os estorba un galan,
 ¿No basta, Rita, que así
 Me lo encomendéis á mí?
Elv. No me basta.
Rey. ¿Hay tal afan!
 Si es que os importa que muera,
 Nombradle, que morirá.
Elv. Morir; ¡oh! Dios no lo quiera.
 ¿Por la suya el alma diera!
Rey. ¿Solo un destierro será?
Elv. Mientras sepa que esta aquí
 Ni respiro ni sosiego.
Rey. ¿Le teméis?
Elv. No.
Rey. ¿Le amais?
Elv. Si.
Rey. Y queréis que á vuestro ruego...
Elv. Su amor no os estorba en mí.
Rey. ¿A dos amais? Es traicion.
Elv. No os dé pena esa pasion,
 Que al nacer ya la tenia.
Ped., en la reja. ¿Que tan negra ale-
 vosia
 Cupiera en su corazon!
Rey. ¿Mas mi firma de qué os vale?
Elv. Si la poneis toda entera,
 Sé que á mi deseo iguale:
 Con ella de Madrid sale,
 Y esa nuestra dicha fuera.
Ped. ¡Oh! sí, de Madrid saldré,
 Mas de tu amor satisfecho
 Vengado á la par iré.
 ¿Tanta cólera no sé
 Cómo me cabe en el pecho!
Rey. Mas tal porfia en firmar
 Es inútil
Elv. Pues el guante
 Volvedme, ó voy á llamar,
 Y podeis, Don Juan, temblar
 Que mi gente se levante.
 Prenda por prenda en buen hora;
 Por ese guante un papel.
Rey. (Sin duda que la traidora
 Me conoce...) Mas, señora,
 ¿Qué queréis hacer con él?
Elv. ¿Y qué queréis hacer vos
 Del guante?

Rey. Llevar conmigo
 Una prenda por testigo
 De nuestro amor.
Elv. ¿De los dos?
 Ved que yo á nada me obligo.
Rey. ¿Mas pagareis igualmente
 Con el vuestro mi favor?
Elv. Vivireis eternamente
 De mi memoria señor.
Rey. Sois como bella indulgente.
 Conmigo le llevaré
 Recuerdo de mi fortuna,
 Estará donde yo esté.
Elv. Yo el papel reclamaré
 En hora mas oportuna.
Rey. Dó quier que le reclameis
 Os juro que le obtendreis,
 Mas ved que á cambio de amor.
Elv. ¿No habeis cumplido, señor,
 Y ya que cumpla quereis?
 Sois injusto.
Rey. Amante soy,
 Y los favores que os pido
 En devolveros estoy:
 Que lo que os exijo mido
 Tan solo por lo que os doy.
 Noble naci, y os adoro;
 Cuanto soy, Rita, os ofrezco,
 Cuanto tengo, espada y oro;
 Que aunque tanto no merezco,
 Desde mi nada os imploro.
Elv. ¿Galan estais por demas!
Rey. No es á fé galanteria,
 Sino amor, Rita.
Elv. ¿Eso mas?
Rey. ¿Esto os ofende quizás?
 Por Dios que lo sentiria.
 Mas ya que tanto me honrais,
 Un favor ademas, Rita,
 Es fuerza me concedais.
Elv. Decid lo que deseais.
Rey. Repetiros la visita.
Elv. Para firmar el papel
 Cuando gustáreis venid;
 Mas no cual galan infiel
 Que teme que den tras él
 Las habilllas de Madrid.
 Venid con la luz del sol
 Sin reserva, en claro dia,
 Y no á la luz de un farol,
 Que eso no arguye hidalguia
 En un galan español.
Rey. Así lo haré, descuidad.
Guill. (Tan poca dificultad...
 Pronto rindió su albedrio.)
Ped., en la reja. (Nunca creyera, Dios
 mio,
 Tan torpe infidelidad.)

Rey. Del guante...
Elv. Dejadlo así,
 Que prenda al cabo será
 Del papel... mas ¡ay de mí!
 (Ruido en la puerta del jardín.)
Rey. ¿Qué tenéis?
Elv. Si mal no of...
Rey. Pesárame asaz...
*El marqués entra embozado por la puerta
 falsa. El conde al sentirle dice:)*
Guill. ¿Quién va?

ESCENA VI.

DICHOS; EL MARQUÉS, QUE AL ENTRAR DA
 CON DON GUILLEN, Y SE DETIENE A SU
 VOZ.

Marq. (¡Dios me valga! Traicion es.
 ¿Habránme visto salir?)
Ped., quitándose de la ventana. (Por
 Cristo que ya son tres,
 Y tanto no he de sufrir.)
Guill., al marqués. ¿Quién va?
Marq., volviéndose. Volveréme pues.
 (Don Pedro al salir á la escena gana la
 puerta del jardín, interponiéndose al
 marqués.)
Elv., al rey. Sin duda os han descu-
 bierto.
Rey, á Elvira. Retiraos vos.
 (Vase Elvira.)
Ped., al marqués. ¿Quién va?
Marq. (Por Dios que el jardín abierto
 A nuestra deshonra está.)
Ped., al marqués. Responda quién va,
 ó es muerto.
Marq., á Don Pedro. Tened, que solo sois
 vos
 Quien aquí ha de responder.
Ped. Os tengo de conocer
 Mas que os pese, voto á Dios.
Rey, llegando. Ved de qué manera
 pues,
 Que sino yo estoy demas.
Ped., poniendo mano á la espada. Echaos
 todos atrás,
 U os acuchillo á los tres.
Rey, adelantándose. Pues que estoy de
 sobra dije
 A mi vez, ¡atrás, amigo!
Ped., con ironía. Que sois peor enemigo
 Que galan bien se colige.
 No hay otro medio, señores,
 (Sacando la espada.)
 En las manos los aceros,

Reñid como caballeros
 O moris como traidores.
 (Viénese Don Pedro á ellos, y el rey se pone
 en guardia.)

Rey. ¡Adelante!
Ped. Hais de decir
 Quién sois y á qué habeis entrado,
 O por Dios crucificado
 Que no volveis á salir.
Rey. Caballeros como yo
 No ceden á ningun hombre.
Ped. Quien no dió á mi voz su nombre,
 El alma á mi estoque dió. (Riñen.)
Marq. (Terrible apuro por cierto:
 Si les descubro quién soy,
 Mi vida al verdugo doy;
 Si callo, acaso soy muerto...
 Riñamos, que es lo mejor.)
 (Se mete á estocadas.)

ESCENA VII.

EL REY, EL MARQUÉS, DON PEDRO Y
 DON GUILLEN, RIÑENDO; DOÑA ELVIRA
 Y CRIADOS, CON LUCES. — TODOS RECATAN
 EL ROSTRO.

Ped., furioso. ¡Aqui luces!
Rey, á Don Pedro. ¡Mentecato!
 ¿Vais con tan necio arrebato
 A atropellar por su honor?
Elv., llegando. ¿Tanto tumulto en mi
 casa?
Ped. Aquí...
Rey, á Don Pedro. ¡Callaos ahora!
 Vos perdonadnos, señora, (A Doña Elvira.)
 Si esto sin disculpa pasa.
 Por caso afuera reñimos
 Mal pensando unos de otros,
 La ronda dió con nosotros
 Y en el jardín nos metimos.
 La puerta estaba entornada,
 Y aqui cada cual resuelto
 A recatarse, hemos vuelto
 A la pendencia empezada.
Guill. (Bien las urde el Benavente.)
Elv. (¡Esa mentira me salva!)
Ped. (Razon tiene; ya es el alba
 Y aun en la calle no hay gente.)
Rey, á Don Pedro. Luego podremos re-
 ñir.
Elv. Si no era mas, id con Dios.
Rey, á Elvira. Perdonad la ofensa vos
 Y que la faz descubrir
 Ninguno hayamos osado,
 Puesto que el rostro enseñar
 Satisfaccion era dar
 A quien le hemos recatado.

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA; DESPUES INÉS.

Elv. ¡Qué noche tan triste! cual lúgubre
sueño
Que rueda en tinieblas medrosa pasó.
En vano á la reja por verles me empeño,
La sombra callada mis ojos cegó.
Ni un paso, ni un bulto, ni un ¡ay! ni un
gemido.
Llegué en las tinieblas á ver ni á escuchar.
Si al duelo volvieron alguno ha caído...
Cualquiera que caiga tendré que llorar.
¿Porqué ese Don Pedro se afana imprudente
Mi triste secreto tenaz en saber? ¿Ciente
Sin duda hará un crimen de un hecho ino-
Que herir en la honra podrá á una muger.
Mas ¡ay! Se lo dije, tal es mi secreto.
¿Porqué, si me ama, de mí no har?
¿No puede haber nunca sagrado un objeto
Que obligue á una dama á mentir ó á callar?
¿No ve cuánto sufro? ¿no ve cuánto duelo
Me cuestan de ese hombre las citas de amor?
¿No ve que si á medios indignos apelo
Serán mis razones de mucho valor?
Mas ¡ah! que si al cabo descubre su nombre
Por mas que inconstante tal vez me tendrá!
¿Consejele el cielo, que á mi solo ese hombre
La paz y la vida volverme podrá!
¿Mas cómo tan tarde ninguno parece?
(Llamando.)
¡Inés! tal vez teme mi enojo escitar;
Mas yo la perdono, que no lo merecè;
Mandando Don Pedro no hay mas que callar.
(Llamando.)
Inés... ¡dueña!
Inés. ¿Qué mandais?
Elv. ¿Cómo despiertas tan tarde?
¿No ves que es ya dia claro?
Inés. Dispensad...
Elv. Las rejas abre,
Que entre el aire.
(Inés abre el balcon, y va hácia la puerta
con intento de volver á salir.)
¿Dónde vas?
¿Tan presto quieres marcharte?
Acábame de vestir,
Aquestos corchetes dame,
Prende bien estos cabellos...
Torpe estás; no sé qué cause
Tanto cesamaño en ti;
Cerca de dos horas hace
Que andando estoy por la casa;
¿No me sentistes enantes?
Inés. Señora...
Elv. El jardín anduve
Registrando

Inés. ¡Cristo, valme!
Elv. ¿Qué hablas?
Inés. Nada.
Elv. Me parece
Que una exclamacion soltaste.
Inés. Yo, señora...
Elv. Inés, despacha,
Y tanto afan no te pases
Por culpa que en tí no estuvo.
Inés. ¡Cómo, señora! del lance
De ayer noche...
Elv. No hay que hablar.
Supongo, Inés, á qué artes
Acudiria Don Pedro.
Inés. ¡Es tan violento!
Elv. Adelante.
Ya sé bien que cuando manda
No es el resistirle fácil.
Inés. Con que al fin perdonareis...
Elv. Ya dije que mas no se hable
De ello; aunque tu indiscrecion
Me puso en extremo trance,
Sé que eres fiel servidora
Y que de necia pecaste.
A otra cosa. Esta mañana
Vendrá.
Inés. ¿Quién?
Elv. ¿Pues no lo sabes?
El rey.
Inés. ¿Con que vos sabiais
Quién era?
Elv. Sí.
Inés. ¿Y liviandades
De tal peso no os espantan?
Quien al rey sus puertas abre
Cuando se muestra embozado
Por una calle adelante,
No por el rey, por el hombre...
Elv., interrumpiéndola. Esa torpe lengua
calle,
Y acuérdesse que á mi casa
Para obedecer la traje.
Inés. Señora...
Elv. ¿Con él de amores
Piensa la necia que trate?
Inés. ¿Pues de qué sino de amor
Pueden tratar los galanes?
¿No le llamais al jardín?
¿Requiebros no le escuchásteis?
¿No os dijo que érais hermosa?
¿No se llevó vuestro guante?
Elv. ¿Cómo!
Inés. Perdonad, mas ya
No pretendo disculparme;
Desde ese balcon velaba
Vuestra honra.
Elv., con indiferencia. Muy bien hace
Servidor que tanto cura

De sus amos... á esta parte
Siento ruido, ve quién entra.
Inés. Es Don Pedro.
Elv. Bien, que pase.
Inés. ¿Pues el rey?
Elv. ¿Qué se la importa?
Obedezca á quien la mande.
Inés. ¡De tanta cita y visita
Con bien el Señor nos saque!
Buena se arma si otra vez
Vuelven todos á encontrarse.)

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. Perdonad si aun una vez
Os soy molesto, señora;
Con mi amor no vengo ahora,
Que vengo con mi altivez.
No hay ya medio entre los dos;
Con las razones que tengo
No me toea ni á mas vengo
Que á despedirme de vos.
Permitidme concluir,
Que no he de ser muy prolijo;
Me dais á elegir, y elijo
Entre huiros y sufrir.
Fuera inconstancia en verdad
Posponerme á cualquier hombre,
Pero al rey... dadla otro nombre
Que no sea liviandad.
Vos me habeis puesto esa ley;
Yo, consultando á mi honor,
No quiero partir mi amor
Ni con hombre, ni con rey.
Elv., con dignidad. ¿Con vuestro amor
no venis
Y si con vuestra altivez!
Bien: os recibo á mi vez
Con la altivez que exigis.
Yo no sé si contestar
A vuestro amor bien pudiera;
Mas mengua, Don Pedro, fuera
Cuenta á vuestro orgullo dar.
Inconstante me llamais
Si amara tan solo á otro hombre;
Es el rey, y con el nombre
De liviana me injuriais.
Que le amo osado decís,
Que no hay medio entre los dos,
Que os engaño decís vos,
Y yo os digo que mentís.
Vos resistis á mi ley,
Y yo no parto mi amor
Con quien duda de mi honor
Ni por hombre, ni por rey.

Ped. E fugios son de muger,
Pues razon tiene en dudar
Quien pudo ver y escuchar
En vuestro jardín ayer.
Elv. Don Pedro, es empeño vano
Que disculpas demandeis;
Si obré liviana creéis,
Creo que obrásteis villano.
Tiempo bastante os pedi
A poder satisfaceros,
No debisteis esconderos
Para indagar mas de mí.
Y en fin, si culpada estoy,
Disculpadas diera tal vez
Al amor, no á la altivez,
Que altiva por demas soy.
Ped. Pues dadme, señora, alguna,
Cualesquiera que tengais;
Que si al fin os disculpais
Será disculpa oportuna.
Elv. ¿Y quién me la pide ahora,
El orgullo ó el amor?
Ped. El despecho y el dolor,
Si habeis disculpa, señora.
Elv. Pues bien, Don Pedro, os adoro;
Todo fué farsa, mentira.
Ped. ¿Esa es la disculpa, Elvira?
Elv. ¿No veis, Don Pedro, que lloro?
¿Y por quién sino por vos?
Ped., con indiferencia. Toda mi existen-
cia diera
Por una gota siquiera
De ese llanto, vive Dios;
Mas si no me acuerdo mal,
Tambien anoche llorábais,
Y en falso, Elvira, jurábais
Por una disculpa igual.
Elv. ¡Y os juro que no menti!
Ped. ¿Eso mas?
Elv. Es mi secreto.
Ped. ¿De burla me haceis objeto?
Elv. ¡Don Pedro, os mofais de mí!
Ped. ¡Yo mofaros!
Elv. ¿No me amais?
Ped. Hoy no sé qué responder.
Elv. ¿Pero me amábais ayer?
Ped. ¡Oh! sí.
Elv. ¿Y de mí os fiais?
¿Un secreto haber no puede
Que, siendo, Don Pedro, ajeno,
Baste á hacer que un hombre bueno
Como sospechoso quede?
Enojaros fuera ley
Si amara á un hombre cualquiera;
¿Mas tan tenaz con vos fuera
Por ser querida del rey?
Ped. ¿Mas no fingisteis el nombre
Hablando anoche con él?

¿No pedisteis un papel
Con el destierro de un hombre?
Elv. ¿Y eso no es prueba evidente
De que á vergüenza tenia
Tal galan?

Ped. Es que él fingia
Que era Don Juan Benavente.

Elv. Y es que no ignoraba yo
Que era el rey, antes de entrar.

Ped. ¿Y él no se pudo informar
De vuestra persona?

Elv. No;
Darle noticias no pudo
Ni pariente ni vecino,
Que es, Don Pedro, mi destino
Un misterio ciego y mudo.

En esta casa escondida
Há seis años me veis vos,
Y un solo hombre, Inés y Dios
Sabén á medias mi vida.

Ped. No lo alcanzo á comprender.

Elv. Esperad un día mas.

Y no os pesara quizás
Lo que os dice una muger.

Ped. Mas el rey...

Elv. Nada temais;
Hoy tan solo ha de venir.

Ped. ¿Y le pensais recibir?

Elv. ¿Eso, Don Pedro, dudais?

Ped. ¿Esto es por demas, señora!

Elv. En que otra vez le reciba
Todo nuestro amor estriba;
Creed á quien os adora.

Ped. (O estoy loco, vive Dios,
O loca se ha vuelto ella...
A no ser que esta querella
Locos nos vuelva á los dos.)

Elv. Don Pedro, en ello me va
Mas que existencia y honor,
Y os juro que no es amor,
Que aquí mi secreto está.

Ped. A lo mismo hemos tornado
Que ayer deciais, señora,
Y sin embargo hasta ahora
Aun no os habeis disculpado.

Elv. ¿Mas satisfacción quereis?

Pues bien, al rey esperad,
Y que os ponga tolerad
Donde veais y escuchéis.

Ped. Anoche le escuché y vi;
¿Y eso qué hace á nuestro amor?

Elv. Hace, Don Pedro, á mi honor,
Y mi honor me importa á mí.

Anoche por vez primera
Al rey osé recibir;
Hoy que le vuelvo á admitir
Será por la vez postrera.

Testigo fuisteis en una,

Sedlo, Don Pedro, en las dos
Y... haced paciencia por Dios,
Que es un golpe de fortuna.

Dejad que firme el papel,
Que despues que le obtengamos
Todos sin trabas quedamos,
Nos conmigo y yo con él.

Ped., con enfado. ¿Y el papel qué im-
porta aquí?

Elv. Mas que á mí os importa á vos,
A otro hombre mas que á los dos,
Y mas que la vida á mi

Con que si habeis de esconderos
Seguidme, y si no ha de ser,
No puedo, Don Pedro, hacer
Ya mas por satisfaceros.

Ped. ¿No os entiendo, por vida mia!
Mas ya que así os empeñais,
Fuerza es que darne podais
Satisfacción bien cumplida.

Vamos.

Elv. Tened un momento,
Y ved que os vuelvo á advertir
Que cuanto aquí vais á oír
Es mentira y fingimiento.

Palabras serán de amor,
Escesivas si quereis,
Pero nunca os olvidéis
Que os amo, y que tengo honor.

ESPECIAMENTE V. 13

ESPECIAMENTE V. 13

INÉS.

¡Válgame el Cristo de Burgos!
¿Yo puesta en tan duro trance!

Escondido mi señor
En mi propio cuarto, pase;
Pero escondido Don Pedro

Por mi señora... Dios hace
Milagros, y tal vez uno
De este peligro nos salve.

Voy por Don Juan, y Dios quiera
Ayudarnos y ayudarle.

ESPECIAMENTE VI. 13

DON PEDRO Y DOÑA ELVIRA, ABRIENDO
POR DENTRO LAS CELOSÍAS, ASOMAN A LA
ESPECIAMENTE VI. 13

Elv. Este escondite, Don Pedro,
Solo por dentro se abre.

Desde aquí ved y escuchad,
Y mirad si os satisface
Quien os llama por testigo
En la causa que acusásteis.

Ped. Basta que vos lo digais,
Que puesto que yo no baste

Tal misterio á comprender,
Vuestra palabra es bastante.

Elv. Con Dios quedad, que el rey viene.

Ped. Permitid que os acompañe
Por la escalera.

Elv. Bajad
Hasta el corredor si os place.

Ped. Cierro aquí, y dadme la mano.

Elv. Tomadla, y bajad delante.
(*Cierran las celosías.*)

ESPECIAMENTE VII. 13

AL MOMENTO QUE DON PEDRO CIERRA LAS
CELOSÍAS, SALEN EL MARQUÉS É INÉS
POR EL MISMO LADO POR DONDE ENTRARON
AL RETIRARSE EN LA ESCENA IIª, Y QUE SE
SUPONE DAR AL INTERIOR DE LA CASA.

Inés. Pronto, entrad, que Doña Elvira
Puede volver al instante,
Y desde un balcon he visto
Cruzar al rey por la calle.

Marq. Bien está, Inés; tú, silencio.

Inés. ¡Por Dios, señor!

Marq. Calla y salte,
Y como adviertas á Elvira
Que estoy aquí, encomendarte
Puedes al cielo.

Inés. ¡Que vuelve!
(*El marqués entra en el gabinete de Doña
Elvira. Inés se queda de espaldas á la
puerta en el momento en que vuelve
Doña Elvira.*)

Cerrad bien. (¡San Pedro, valme!)

ESPECIAMENTE VIII. 13

DOÑA ELVIRA É INÉS, EN LA ESCENA; DON
PEDRO, EN LAS CELOSÍAS; EL MARQUÉS,
EN EL GABINETE.

Elv. Inés.

Inés. Señora.

Elv. Que llaman.

Inés, mirando por el balcon. El mismo.

Elv. ¿El rey?

Inés. Si.

Elv. Pues abre.

Inés. Señora, ved lo que haceis.

Elv. Obedezca, dueña, y calle.

(*Vase Inés.*)

¡Dios mio! veis mi inocencia.

Santa es mi causa, ayudadme.

(*Ruido en las celosías. Doña Elvira se
acerca.*)

¿Don Pedro?

Ped., dentro de las celosías. Aquí estoy,
señora.

Inés, anunciando. Don Juan Benavente.

Elv. Pase.

ESPECIAMENTE IX. 13

EL MARQUÉS Y DON PEDRO, OCULTOS; EL
REY Y DOÑA ELVIRA, EN LA ESCENA.

Rey. Guárdeos Dios, la de Aguilera.

Elv. Señor Don Juan, bien venido.

Rey. ¿Me esperábais?

Elv. Siempre espera

Quien bien quiere.

Rey. Antes viniera,

Mas...

Elv. Tarde, Don Juan, no ha sido.
Sentaos.

Rey. Cansado estoy.

Elv. Reposad.

Rey, sentándose. ¡Oh nunca así
Tan bien hallado me vi!

Elv. ¿Cuántas damas habeis hoy

Visitado antes que á mi?

Rey. ¿No teneis espejo, Rita?

Elv. ¿Porqué me lo preguntais?

Rey. Porque así me lo acredita

El que con otra creais

Que parto vuestra visita.

Dentro del pecho al amaros

Mueren afectos añejos,

Y dáisme indicios bien claros

De que ó no sabeis miraros,

O no usais vuestros espejos.

Elv. ¡Galantería estremada,
Don Juan!

Rey. No, por Dios que no.

Elv. ¿Qué sois en la corte?

Rey. Nada.

Elv. Por lisonja tan sobrada

Cortesano os juzgué yo.

Rey. Y al ver tanta discrecion

Yo os juzgara una condesa.

¿Os reís?

Elv., riendo. ¡Linda invencion!

¿Una humilde montañesa

De los montes de Leon?

Mucho, Don Juan, me quereis,

O ignorais mucho de España,

Pues tan discreta me haceis

Cuando Aguileras sabeis

Que es familia de montaña.

Rey. No os estrañe eso, señora,

Pues que ignore estraño no es

Vuestro sér y estado agora

Quien ve en vos, y en vos adora,
Un prodigio montañés.

Elv. ¿Por tan bella me juzgais?

Rey. Mas no alcanzara el pincel
De Murillo.
Elv. ¡Ponderais!
Mas si amáisme...
Rey. ¿Eso dudais?
Elv. Pues firmadme este papel.
Rey. ¡Linda fiema por mi vida
Tras de tanto desbarrar!)
Pronto quereis ser servida.
Elv. Fué condicion prometida
No volver sino á firmar.
Rey. ¡Oh, pues me apura por Dios!
¡Qué responderla no sé!)
Mas sin ver qué quereis vos
Que firme, no firmaré.
Elv. Es un pacto entre los dos.
Rey. ¿Mas qué nos obliga en él?
Elv. A vos perdonar á un hombre,
Y á mi seros siempre fiel
Por respeto á vuestro nombre
Escrito en este papel.
Rey. (Situacion mas apurada...
Mas... ¡ocurrencia excelente!)
Elv. ¿Firmais?
Rey. Estais empeñada...
(Firmaré Juan Benavente,
Con lo cual no firmo nada.)
Dadme una pluma.
Elv. con coquetería. ¡Ay de mí!
Rey. ¿Qué?
Elv. Que no hay plumas aqui.
Rey. Que las busquen.
Elv. Es el caso...
Mas ya está.
Rey. ¿Disteis acaso
Con ellas?
Elv. Mucho que sí.
Con ese anillo es igual.
(El que el rey lleva en el dedo.)
Rey. ¡Qué diabólica invencion!)
Reparad...
Elv. ¿Vuestro blason
No es ese?
Rey. ¡Lance fatal!)
Elv. Tanto vale en conclusion.
Tomad, no le negareis,
Sobre esta oblea...
(Toma el papel, le pone una oblea, y se le
da al rey, de manera que no le quede otro
remedio.)
Rey. Advertid...
Elv. Vamos, ¿en qué os deteneis?
Rey. Mas...
Elv. Fuerza es que eso selleis,
O de mi casa salud.
Pues habeis, Don Juan, venido
Con condicion de firmar,

Cumplidme lo prometido,
Que el precio habeis admitido
De amor por papel trocar.
Rey. Pues prometí, cumpliré,
Que al fin caballero soy.
¿Mas me jurais...?
Elv. ¡Sí, á mi fé!
Nada ignoble os propondré.
Rey. Pues, tomad. (Sella, y dale el
papel.)
Elv. Gracias os doy.
Rey, con satisfaccion. Y ahora pues que
yo cumpli,
Rita, que cumplas es ley.
¿Me amas?
Elv. Sin duda que sí.
Rey. ¿Mucho?
Elv. Mucho.
Rey. Cuánto di.
Elv. Cuanto amar pudiera al rey.
Rey. ¿Os burlais?
Elv. Porqué no acierto...
Rey. Mas esperaba de vos.
Elv. ¿Dijese algun desacierto?
El rey, Don Juan, es de cierto
Primero despues de Dios:
Y si os amo como al rey
No alcanzo de qué os quejais.
Rey. ¡Ya respiro!) ¿Eso extrañais?
No admite igualdad en ley
Con nadie el que vos amais.
Elv. ¡Venis, Don Juan, lisonjero!
Rey, con osadía. Eres bella como el sol,
Tu mirar es hechicero;
Te amo, Rita.
Elv. Caballero,
Sois audaz.
Rey. Soy español.
Dame que esa linda mano
Acaricie, hermosa Rita.
Elv. No será. ¡Dios soberano!
Ped., entreabriendo las celostias. ¡Qué
sea un rey tan villano!
Por los cielos que me irrita.)
Rey, á Elvira. ¿Qué, tu palabra me
niegas?
¿Ser mia no prometiste?
Elv. Noble soy. (Con orgullo.)
Rey. Mal voto alegas. (Con au-
dacia.)
Ped., sacando el medio cuerpo por las
celostias. ¡Oh, leon régio, te perdiste
Si así con el tigre juegas!
Marq., asomando por el gabinete de
Doña Elvira. ¡Oh, por Cristo que
me infama!

Ped., viendo al marqués. ¿Mas qué veo?
Marq., viendo á Don Pedro. ¡Voto á
Dios!
Tantos hoy contra mi fama!
Ped., saliendo. ¿Con que tres para una
dama?
Salid, viejo. (Al marqués.)
Marq., con ira. Soy con vos.

ESCENA X.

EL REY, DOÑA ELVIRA, DON PEDRO,
EL MARQUÉS.

(El rey recobra la majestad de su per-
sona, apartando su afectada galantería.
Doña Elvira muestra temor, Don Pedro
zelos, y el marqués sigue recatando el
rostro como en el acto primero.)
Rey, con arrogancia. ¿Quién sois vos-
otros que dó quier tenades
Seguís á vuestro rey? ¿Dais al olvido
Que ahuyenta las salvages alimañas
Del soberbio leon ronco el rugido?
¿Me entendeis? Despejad.
Ped., adelantándose con orgullo. Mucho
te engañas
Si piensas aterrarme con tus voces.
Si imbéciles reptiles de repente
A la voz del leon huyen veloces,
Atrevida le aguarda la serpiente.
Bajo tu ley nací, nací vasallo,
Mas tambien á su dueño se somete
El orgulloso y lidiador caballo,
Y tira sin embargo á su ginete.
Oyeme ¡oh rey! y mi cuestion decide.
(El rey se cala su sombrero, que habrá
dejado sobre el relador en la anterior
escena, y sentándose en el sillón, dice
con la altivez y majestad que requiere
la situacion:)
Rey. Valiente me pareces; ya te es-
cucho;
Habla, y con tiento tus palabras mide;
Que hablando con tu rey te importa mucho.
Ped. No sé quién soy, el nombre con que
firmo
No sé, Felipe cuarto, á quién le debo:
Mas ó villano ó real me le confirmo,
Y con audacia y altivez le llevo.
Ignoro todavia por qué mano
De oro y consejos mi porcion recibo;
Mas buenos son, de noble y castellano,
Y humilde yo los obedezco y vivo.
No conocí ni padres ni parientes,
Que me esquivó el placer desde la cuna;
Solo, he vagado entre diversas gentes

Esto es mi porvenir y mi fortuna.
(Mostrando la espada.)
Llegué un día de Flandes á esta casa
Que en anónima carta me mostraron
Como un asilo en mi orfandad, y pasa
De años seis que sus puertas me franquearon.
Aquí á Elvira encontré, y aquí amé á Elvira.
La adoro ¡oh rey! y voto al firmamento
Que, si no ha sido su pasion mentira,
Su amor con nadie en dividir consiento.
Yo no tengo mas padres, mas hermanos,
Mas ilusion que Elvira, y mas fortuna:
Robármela, es ahogar con necias manos
Al tigre sus cachorros en la cuna.
Ahora bien, pues no tengo otra esperanza,
Ni otra ventura en mi existencia quiero,
Tigre seré que por la selva avanza
Vengador de sus hijos carnívero.
No transijo con rey ni con villano,
Y meditado bien, que yo altanero,
Si noble no nací ni caballero,
Me siento con aliento soberano.
Marq. Basta, mancebo, basta; tu no-
bleza
Bien la audacia atestigua de tu boca;
Tu causa acaba dó la mia empieza;
Cédeme tu lugar, que á mí me toca.
(Pónese delante del rey, recatando el
rostro como hasta aqui.)
(Al rey.) Yo amaba á una muger mas que
á mi vida,
Era el único bien que me quedaba,
Luz de mis ojos, para mí perdida,
Presa de la vejez; ¿qué me restaba?
Un mancebo, señor, fué sin consejo
El bien á hurtarme que perdido lloro,
La sedujo, le amó, y el pobre viejo
Quedó en su soledad sin su tesoro.
Rey. ¿Sin espada os dejé? ¿qué hicisteis
de ella?
Marq. No me atreví con él.
Rey. Cobarde fuisteis.
Marq. No era esquivar por eso la que-
rella.
Rey. ¿Entonces porqué pues lo consen-
tisteis?
Marq. Porque noble nací.
Rey. ¿Y eso es nobleza?
Marq. Yo ni ultrajado con mi rey me
atrevo.
Rey. ¿Mentis, anciano?
Marq., desembozándose. Por mejor cer-
teza,
Doña Ana era mi amor, vos el mancebo.
(El rey se levanta y le mira. Don Pedro
pone mano á la daga y Doña Elvira es-
clama:)
Elv. ¡Padre mio!

Ped. ¡Su padre!
Marq., d. Elvira. Aparta. (*A Don Pedro.*) ¡Tente!
(Al rey.) Perdonar pude al príncipe, debía; Mas al futuro rey mengua sería Igualar con Don Juan de Benavente.
Rey. ¿Me amenazais?
Marq. No sé, mas escuchadme. El rey gozó mi amor, y por cubrillo... ¿Que lo diga teméis? mas perdonadme, Me encerrásteis, señor, en un castillo.
Rey. Basta, marqués; si en el castillo os tuve
 Fué por traidor no, mas, que vuestra gente Alzásteis contra mí; mas presto anduve Y sofoqué la hoguera de repente.
 ¿Callais? vos el rebelde fuisteis, solo Lo sabemos los dos bien á conciencia; Pagarnos fué no mas dolo por dolo, Por eso fué prision vuestra sentencia.
Marq. Mal lo entendéis; no os pido de Doña Ana
 Cuentas aquí, que de mi honor las pido.
Rey, con desprecio. Si hija hubiérais á fé menos liviana
 Jamás hubiera por su amor venido.
Marq., avergonzado. ¡Oh, que tenéis razon!
Ped. Yo no soy padre.
 Yo tambien de su amor os pido cuenta; Mirad si me la dais.
Rey. ¡Tal vez te cuadre Que olvide que soy rey! ¿No te contenta?
Ped. Pláceme, ¡vive Dios! y defendeos.
Rey, sin hacer caso de Don Pedro. Marqués, por el balcon llamad mi gente
 Y que os prenda otra vez.
Elv., dando el papel d. su padre. Señor, teneos,
 Que perdonado estais, sino inocente.
Rey. ¿Qué es eso?
Elv. Su perdon; lo habeis sellado.
Marq. ¡Hija mía!
Elv. Mirad si obré liviana; Tanto á vos por mi padre me he humillado.
Rey, despues de un momento de silencio. Dos partes tiene esa promesa insana;
 Os perdono, marqués, cumplo la mia. (*Don Pedro se adelanta hácia el rey. El rey sin hacerle caso se dirige primero á Doña Elvira.*)
Ped. Que falta ved la de quien no perdona.
Rey, d. Doña Elvira. Para cumplir la vuestra os doy un día;

(*A Don Pedro con desprecio.*)
 Y á vos... ved quién os presta una corona
 (*El rey sale apartando d. Don Pedro, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. ¿Yo, Elvira, quedarme aquí? No, imposible, iré con vos.
Elv. ¿Y eso podemos los dos?
Ped. ¿Con que al cabo huis de mí? Nada os importa mi amor, O al rey temeis segun veo.
Elv. ¿Y qué hacer cuando el desco Es contrario del honor? De ese amor no hago querella, Que sin vos no sé vivir; ¿Mas cómo podeis seguir Sin difama á una doncella? No soy vuestra esposa yo, Y á mi padre conmigo... ¿Por galan ó por amigo Creéis que os consienta? No: Igual ha de ser la ley De mi honor para los dos, Y nunca ha de huir con vos, Quien huyendo va del rey.
Ped. Bien, Elvira; ya os comprendo Que con el rey compararme Es con decoro anunciarme Que vais de Don Pedro huyendo. Y si es así, hablad, Elvira, Decídmelo de una vez; Que hiera mas mi altivez Que un desaire, una mentira.
Elv. Demente estais, y os perdono Vuestro insulto.
Ped. ¿Lo es quizás?
Elv. ¿No os dije que tengo en mas Vuestro cariño que un trono? Mas ya oísteis que tachó Mi conducta de liviana, Y fuera mengua mañana Que lo acreditara yo.
Ped. ¿Y porque él no crea tal 'o sin vos me quedare? Nunca, Elvira; os seguiré, Que la ley es desigual. El dudó de vuestra fama, Robaros quiso el honor, Y tratais con mas rigor

Que al que os ofende, al que os ama. Si no me quiere admitir Vuestro padre como amigo, Como importuno testigo Dó quiera os he de seguir. Y nada por vos me abate; Iré como vuestro esclavo, Y si á vuestro padre al cabo Ofendo así, que me mate.

Elv. Don Pedro, ¿estais delirando? ¿Qué desafueros son estos? ¿Para tan torpes denuestos Os he dado causa? ¿Cuándo? ¿No os amé como á mi vida? ¿No os dije que al esponerla De perdersos ó perderla La daba por bien perdida? ¿Mi padre en qué os injurió? Del rey temiendo el ultraje, Prepara esta noche el viaje; ¿Puedo impedirselo yo? ¿Contra el rey ha de ponerse? A quién tan de alto pelea No es ceder accion tan fea, Que el huir es defenderse. Si vuestra suerte importuna De por medio se metió, No tengo la culpa yo, Sino la mala fortuna.

Ped. Pues bien, de hinojos tenaz Por esposa os pediré.

Elv. Y os lo negarán.

Ped. ¿Porqué?

Elv. La conversacion mudad.

Ped. ¿Escucharla no queréis?

Elv. Dejádla, yo os lo aconsejo

Ped. Pues que os ofende, la dejo;

Mas la razon me direis.

Dadme al fin un desengaño,

¿No me amais ya? hablad, Elvira.

Sois muger... ¡Si al aire gira

La veleta, no es extraño!

¡Pero lloráis! vive Dios,

De misterios concludid,

Y quién estorba decid

La ventura de los dos.

Elv. ¡No lo preguntéis, Don Pedro,

Que habrá de pesaros mucho!

Ped. No temais, sereno escucho;

De mi suerte no me arredro;

Decidlo.

Elv. Fuera un baldon.

Ped. Acabad.

Elv. Vais á ofenderos.

Ped. ¡Pronto!

Elv., con dignidad, pero sin altanería.

Elvira de Cisneros

Me llamo.

Ped. Teneis razon. Por mucho amaros quizás Que os llamábais olvidé Cisneros y Santa Fé, Y yo Don Pedro no mas. ¡Teneis razon! ¿cómo osara Alzarse hasta vos, señora, Un vagabundo que ignora El padre que le engendrara? Nacida en hidalga cuna, ¿Cómo pudierais tomar Marido que os ha de dar Amor en vez de fortuna? ¡Oh, no faltaria alguno De vuestra raza altanera Que os casábais que os dijera Con el hijo de ninguno! ¡Por Dios que tenéis razon! ¿Qué importa, al tomar marido, Si os le dan con apellido, Que os le den sin corazon?

Elv. ¿Y pensais que yo le tome?

¿Pensásteis que hablé por mí?

No; vuestro amor está aquí,

Y las entrañas me come.

¿Me juzgais tan altanera

Que os negara mi pasion

Por un inútil blason

Que le dan hoy á cualquiera?

¡Mal lo entendisteis, por Dios!

Si corre ya el mundo así,

¿Porqué me culpais á mí?

¿Podeis remediarlo vos?

Ped. Perdon, señora, perdon:

Lo que os he dicho no sé.

Pero es muy amargo á fé

Que tengais tanta razon.

Perdonad, tanto tiempo há

Que no pienso en otra cosa

Que una idea tan odiosa

No cabe en mi mente ya.

Cuando de Flandes volví, (*Con ternura.*)

Mal curado de mi herida,

Solo por vos esta vida

En conservar consentí.

Cuando acudir á mi Dios

Los médicos me mandaban,

Mis potencias se elevaban

No á los cielos, sino á vos.

Al porvenir me decian

Mirase, y en aquel punto

A vuestro bello trasunte

Mis sentidos atendian.

Si clavados en el cielo

Mis ojos, por un instante

Se inundaba mi semblante

De esperanza y de consuelo,

No era que blanca vision

Ped. ¡Vos...! quién soy, decidme pues.
 Marq. Imposible.
 Ped. Pues mirad
 Que secreto por mitad
 Callado, secreto es.
 Marq. Imposible.

ESCENA III.

DICHOS; INÉS, QUE ENTRA APRESURADA.

Marq., á Inés. ¿Qué quereis?
 (Con aspereza.)
 Inés. Señor, un hombre embocado
 Esta carta me ha entregado. (Date la carta.)
 Marq. ¿Para mí?
 Inés. Vos lo vereis.
 Marq., mirando el sobre. (A Doña Elvira Cisneros...)
 El sello y firma real... (La abre.)
 (Lee y dice volviendo á doblar la carta.)
 ¿Que un hombre tan principal
 Cometa estos desafueros?
 Elv. ¿Qué dice aquese papel
 Que os ha faltado el color?
 Decid lo que trae, señor.
 Marq. La muerte viene con él.
 Ped., con inteligencia. ¿Dice el rey...?
 Marq., con sequedad. Que volverá.
 Ped. ¿Esta noche?
 Marq. Sí, por cierto.
 Ped. Antes que entre será muerto.
 Marq. ¡No, por Dios!
 Ped. ¿Cómo!
 Marq., con brio. Entrará.
 Ped. ¿Entrará?
 Marq. Sí; ¿porqué no?
 ¿No es el rey?
 Ped., con aire sombrío, saludando y volviendo la espalda. El cielo os guarde.
 Marq. ¿Dónde...?
 Ped. Lo sabreis mas tarde.
 Marq. Tened, que os lo mando yo.
 (El marqués va á detenerle. Don Pedro se adelanta á la puerta.)
 Ped. Hacedos, buen viejo, atrás:
 ¿Qué tengo que agradeceros?
 Vos sois Don Juan de Cisneros,
 Y yo Don Pedro no mas. (Vase, y cierra.)
 Elv. ¡Dadle prudencia, Señor!
 Inés. Ved que va desesperado.
 Marq. Dejadle, va enamorado
 Y harále volver su amor. —
 Vos, dueña, despejad.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, DOÑA ELVIRA.

Marq. Y tú, hija mia,
 A salir de esta casa te apercibe;
 Yo lidiaré con mi desdicha impía.
 Elv. Padre, jamás.
 Marq. Mi bendicton recibe:
 Si oyes que presa de fatal fortuna
 Por tí perdí la vida...
 Elv. Padre mio,
 Vos me arrullásteis en hidalgua cuna;
 No temo el porvenir, le desalio.
 Si al rey le pesa que el perdon astuta
 Yo le arrancara, y por vengarse infame
 Me iguala con la torpe prostituta,
 Que llame sus verdugos, que los llame.
 Por vos espuse mi virtud al vicio,
 Por vos tal vez me llamarán liviana,
 Iré, padre, con vos al sacrificio,
 Y por entrambos doblarán mañana.
 Abrid, señor, las puertas y balcones,
 A afrontar su insolencia basto sola,
 Que manche no temais vuestros blasones,
 Hija vuestra nací, nací española.
 Marq. Sí, ¡vive Dios! nacistes hija mia,
 Bien lo muestran tu intento y tus palabras,
 Pero ¡joven aún, tu fantasia
 Mengua el peligro, y tu peligro labras.
 ¡Ah! tú eres una misera ovejuela
 Sin mas armas que intentos inocentes,
 ¿Qué ha de valerte tu infantil cautela
 Contra leon que trae garras y dientes?
 Elv. Pues huyamos los dos.
 Marq. Es imposible.
 Tigre sin presa cuanto ve devora.
 Se creyera el audaz irresistible...
 ¡Oh! y contara con lengua mofadora
 Que en sus lazos caistes, que una noche
 Ciega de amor te recibió en sus brazos,
 Que el suyo ansiando le prestó su coche,
 Donde tu limpio honor llevó en pedazos,
 Que eres suya, y le aguardas amorosa
 En escondida quinta... ¡no, hija mia!
 Que encuentre presa, y que su sed impía
 Sacie si quiere en sangre generosa.
 Elv. Pues bien, padre, los dos nos que daremos;
 Duda no ha de dejar mi torpe fuga,
 Porque el cendal en que el honor tenemos
 No admite mancha, ni vapor, ni arruga.
 Marq. A entrambos alcanzara su venganza.
 Elv. Entonces, padre, en tan estrema hora
 Matadme, sí, y acabe su esperanza,
 Que sangre que liberta no desdora.

Marq. ¡Tú, hija mia, morir! ¡oh! no, partamos.
 Elv. Al punto.
 Marq. Sí, dispon nuestra partida.
 Elv. Pronto, padre, estará.
 Marq. Ve que arriesgamos
 En cada instante nuestra pobre vida.

ESCENA V.

EL MARQUÉS:

Si, partiremos en la noche oscura,
 Y escondiendo al huir nuestras facciones
 Iremos como va por la espesura
 Cuadrilla de rebeldes ó ladrones.
 Acaso al verse en su ilusion burlado,
 Empañando la fé de los que huyeron,
 ¡Seguidles por dó quier, dirá irritado,
 Que á su patria y su rey traidores fueron!
 (Pausa.)
 ¡Tal mancha sobre mí! ¡oh! y los que que-
 Oyéndole, ignorantes cortesanos, [den
 Crédito dar á despecho pueden,
 Y dirán sin razon: fueron villanos.
 No partiremos, ¡vive Dios...! ¡Elvira...!
 (Llamando.)
 Tente, viejo infeliz, ¿cómo dejaría
 Por el necio temor de una mentira
 En poder del que así podrá ultrajarla?
 ¡Oh! partiremos. — ¿Para tanta mengua
 En injusta prision por tantos años
 Su honor velando encadené mi lengua?
 ¡Me excusara á matarle tantos daños!
 ¿No pude hacerlo con razon bastante?
 ¿No le encontré en los brazos de Doña Ana?
 ¿Y no era á fé la ofensa del amante
 Igual con la vileza soberana?
 (Reportándose.)
 ¡Miento, jamás! Si en honra había nacido,
 Necia razon en mis blasones hallo.
 Robó mi amor, dejóme envilecido,
 Mas obré cual debí, que era el vasallo. —
 Partiremos, sí, por Dios.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, INÉS.

Inés. ¡Señor! ¡señor!
 Marq. ¿Qué traéis,
 Que ni hablar, dueña, podéis?
 Inés. Ahí están.
 Marq. ¿Quiénes?
 Inés. Los dos.
 Marq. ¿Quién son los dos?
 Inés. Por la puerta

Del jardín entrando están:
 Ved que son ellos, Don Juan.
 Marq. Mas ¿quién son?
 Inés. Estoy muy cierta
 Que es el rey.
 Marq. ¡El rey!
 Inés, señalando al balcon. Miradle.
 Marq., azorado. Guardad las puertas,
 Inés;
 Detenedle.
 Inés. Inútil es,
 Que entra ya.
 Marq., poniendo mano á la daga, y mi-
 rando al cielo. ¡Señor, salvadle!
 Bien, á Elvira me llamad. (Vase Inés.)
 Pronto, dueña. Santo Dios,
 Libres saldremos los dos
 O muertos de la ciudad.
 (Con profunda agitacion.)
 Mataré al rey; es su estrella...
 ¡No, por Cristo! Noble soy;
 Matarla prefiero á ella.
 ¿Mas cómo, siendo tan bella,
 Tan sin culpa? — Loco estoy.
 Venceré tal enemigo
 muriendo yo... Seré cruel
 Tan solamente conmigo.
 Mas dejándola con él
 ¿En mi muerte qué consigo?
 ¿A ella...? nunca, que es mi amor.
 ¿A él...? no puedo, que es mi rey.
 ¿A mí...? en peligro mayor
 La dejo... ¡Maldita ley
 Del orgullo y del honor!
 ¿Con que valerme no puedo
 Contra un hombre que me ultraja?
 ¿Con que habré de estarme quedo
 Cual si me infundiera miedo
 Quien mis puertas descerraja?
 ¿Mas no viene contra mí?
 ¿Y no es defenderme ley
 De quien va á ofenderme? — Sí.
 ¿Mas cómo puedo ¡ay de mí!
 Defenderme contra el rey?
 Pasos allá abajo siento;
 Miraré por el balcon.
 Mas... ¡cielos, qué pensamiento!
 Dios me da en este momento
 Tan osada inspiracion.
 (Se sienta en el velador, escribe una carta,
 la cierra, la pone junto á la lámpara,
 pone el velador junto al sofá y llama.)
 ¡Oh, sí...! escribo... bien está:
 Dejo á la luz el papel...
 Cerca de ella... á hablarla irá,
 Verá el papel, le leerá,
 Y en sí volverá con él.
 ¡Elvira! ¡Inés!
 (Llamando.)

Ped. ¡Quitad, señora, ó vos mato...
Sin mas respetos!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS; EL MARQUÉS, CON UNA LUZ.

Marq. ¡Teneos!

Ped., al marqués. ¡Echaos fuera!

Rey. Apartad.

Marq., á Don Pedro. ¡Es tu padre!

Ped. ¡Acabas hoy,
Suerte cruel?

Rey. ¡Soñando estoy!

¿Qué habeis dicho?

Marq. La verdad.

*Ped., cayendo de rodillas á los piés del
rey.* ¡Padre...! Perdon si villano

Tanto con vos me atrevi,

Que hervia, señor, en mi

Vuestro valor soberano.

*Marq., inclinándose con el mayor res-
peto.* Vos me quitásteis mi amor,

Y yo con afan prolijo

Me he vengado en vuestro hijo

Como quien era, señor.

Rey, con nobleza. Todos sois nobles
aqui;

Dadme los brazos, Don Juan;
Vuestras virtudes están
Avergonzándome á mi.

(*A Don Pedro.*)

Alzaos, duque de Olmedo,
(*Le echa el toison de oro.*)

Llegad, vuestra esposa es esa;

Ese es mi hijo, duquesa,

Mirad qué mas daros puedo.

En palacio vivireis,

Será real vuestro apellido...

Marq. Señor, que mireis os pido

El que ser quien sois teneis.

Atad al vulgo la lengua;

Pues que hijo mio á ser va,

Dejadlo estar como está,

Que os es pregonarlo mengua.

(*A Don Pedro.*)

Mi hijo sois, llevad mi nombre,

Que no os ha de avergonzar,

Pues bien le puede llevar,

Incluso el rey, cualquier hombre.

Ped. Si, le admito.

Rey. En conclusion,

Marqués, la razon os sobra.

Marq. En palacio, señor, obra

Cada cual con su razon.

LEALTAD DE UNA MUGER,

Y

AVENTURAS DE UNA NOCHE,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON CARLOS.
DON PEDRO PEREZ DE PERALTA.
DON ANTONIO NOGUERAS.
GARCERAN.
DOÑA MARGARITA.
BEATRIZ.
BRIGIDA.

RANGEL.
UN JEFE DE LOS REBELDES DE BARCE-
LONA.
JUSTICIA.
SOLDADOS.
REBELDES.
MONTAÑESES.
PUEBLO.

La escena es en Vallirana, pueblecillo distante cuatro leguas de Barcelona, la noche del día
12 de marzo de 1461.

ACTO PRIMERO.

Calle y noche.—Casa en el fondo con puertas y
balcones practicables; una imagen de Cristo en
un nicho con un farolillo que alumbrá la escena.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, GARCERAN.

Ped. ¿Y entrastes en la ciudad?

Garc. Fuéme imposible, señor.

Ped. Tal vez te faltó el valor.

Garc. No fué por miedo en verdad.

Mas es tanto el alboroto,

La alarma y el són de guerra,

Que no hay un palmo de tierra

Seguro en peña ni soto.

Mas de cinco mil jayanes

Armados con picas y hoces

Mostrando está lo feroces

Que son hoy los catalanes.

No temen ni Dios ni ley

Y sin otros requisitos

Les dejo pidiendo á gritos

La cabeza de su rey.

Ped. ¿Tanto la asonada apremia?

Garc. Señor, es en tal tumulto

Cada razon un insulto,

Cada grito una blasfemia.

Por el príncipe de Viana

Rebeldes clamando están,

Y si al fin no se lo dan

Contra el rey salen mañana.

Ped. ¿A tanto se han de atrever?

Garc. ¿Qué si se atreven? Señor,

Ya iban al gobernador,

Cuando me vine, á prender.

Diputados la ciudad

Al rey atrevida ha enviado,

A pedirle de contado

Su fuero y su libertad.

No quieren otro señor

Que el príncipe, y si les pican

Han de osar, segun se espican,

A desacato mayor.

Ya han puesto en las armas reales

Unidos ambos blasones,

Ped. ¡Quitad, señora, ó vos mato...
Sin mas respetos!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS; EL MARQUÉS, CON UNA LUZ.

Marq. ¡Teneos!

Ped., al marqués. ¡Echaos fuera!

Rey. Apartad.

Marq., á Don Pedro. ¡Es tu padre!

Ped. ¡Acabas hoy,
Suerte cruel?

Rey. ¡Soñando estoy!

¿Qué habeis dicho?

Marq. La verdad.

*Ped., cayendo de rodillas á los piés del
rey.* ¡Padre...! Perdon si villano

Tanto con vos me atrevi,

Que hervia, señor, en mi

Vuestro valor soberano.

*Marq., inclinándose con el mayor res-
peto.* Vos me quitásteis mi amor,

Y yo con afan prolijo

Me he vengado en vuestro hijo

Como quien era, señor.

Rey, con nobleza. Todos sois nobles
aqui;

Dadme los brazos, Don Juan;
Vuestras virtudes están
Avergonzándome á mi.

(*A Don Pedro.*)

Alzaos, duque de Olmedo,
(*Le echa el toison de oro.*)

Llegad, vuestra esposa es esa;

Ese es mi hijo, duquesa,

Mirad qué mas daros puedo.

En palacio vivireis,

Será real vuestro apellido...

Marq. Señor, que mireis os pido

El que ser quien sois teneis.

Atad al vulgo la lengua;

Pues que hijo mio á ser va,

Dejadlo estar como está,

Que os es pregonarlo mengua.

(*A Don Pedro.*)

Mi hijo sois, llevad mi nombre,

Que no os ha de avergonzar,

Pues bien le puede llevar,

Incluso el rey, cualquier hombre.

Ped. Si, le admito.

Rey. En conclusion,

Marqués, la razon os sobra.

Marq. En palacio, señor, obra

Cada cual con su razon.

LEALTAD DE UNA MUGER,

Y

AVENTURAS DE UNA NOCHE,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON CARLOS.
DON PEDRO PEREZ DE PERALTA.
DON ANTONIO NOGUERAS.
GARCERAN.
DOÑA MARGARITA.
BEATRIZ.
BRIGIDA.

RANGEL.
UN JEFE DE LOS REBELDES DE BARCE-
LONA.
JUSTICIA.
SOLDADOS.
REBELDES.
MONTAÑESES.
PUEBLO.

La escena es en Vallirana, pueblecillo distante cuatro leguas de Barcelona, la noche del día
12 de marzo de 1461.

ACTO PRIMERO.

Calle y noche.—Casa en el fondo con puertas y
balcones practicables; una imagen de Cristo en
un nicho con un farolillo que alumbrá la escena.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, GARCERAN.

Ped. ¿Y entrastes en la ciudad?

Garc. Fuéme imposible, señor.

Ped. Tal vez te faltó el valor.

Garc. No fué por miedo en verdad.

Mas es tanto el alboroto,

La alarma y el són de guerra,

Que no hay un palmo de tierra

Seguro en peña ni soto.

Mas de cinco mil jayanes

Armados con picas y hoces

Mostrando está lo feroces

Que son hoy los catalanes.

No temen ni Dios ni ley

Y sin otros requisitos

Les dejo pidiendo á gritos

La cabeza de su rey.

Ped. ¿Tanto la asonada apremia?

Garc. Señor, es en tal tumulto

Cada razon un insulto,

Cada grito una blasfemia.

Por el príncipe de Viana

Rebeldes clamando están,

Y si al fin no se lo dan

Contra el rey salen mañana.

Ped. ¿A tanto se han de atrever?

Garc. ¿Qué si se atreven? Señor,

Ya iban al gobernador,

Cuando me vine, á prender.

Diputados la ciudad

Al rey atrevida ha enviado,

A pedirle de contado

Su fuero y su libertad.

No quieren otro señor

Que el príncipe, y si les pican

Han de osar, segun se espican,

A desacato mayor.

Ya han puesto en las armas reales

Unidos ambos blasones,

¡Oh...! mas si Dios fué servido
Disponerlo de otro modo,
Dios es el Señor de todo
Y razon le habrá movido.

(Viendo el crucifijo.)

Señor, sabeis que mis quejas
En el afán de mis duelos
Dirigi siempre á los cielos
De mi prision por las rejas.
Las estrellas solitarias
De cien noches son testigos
Que oré por mis enemigos
En mis humildes plegarias.
Erré y enmendé mi error;
Agravié, mas satisfice;
Cuanto pude, Señor, hice
Hasta en mengua de mi honor.
Otorgué cuanto pidieron;
Cedí, me entregué en sus manos,
Y ellos entonces villanos
Con mas audacia me hirieron.
Cuanto esperaba perdi...

(De rodillas.)

Señor, vuestra hechura soy;
Si hay mas desventuras hoy
Caigan, si os contenta, en mi.

ESCENA IV.

DON CARLOS, BEATRIZ.

Beat. (Nuestro viaje está dispuesto;
Dentro de un hora partimos;
Si viajamos ó si huimos
Dios lo sabe... ¿Mas qué es esto?
¿Allí de hinojos un hombre
Casi á la puerta de casa?)
Carl., viendo á Beatriz. (Por favor diré
á quien pasa
De este lugar me dé el nombre.)
Buena muger, perdonad;
¿Mas diréisme dónde estoy?
Beat. ¡Brava cuestion por quien soy!
¿Forastero es?
Carl. Contestad.
¿Qué pueblo es este?
Beat. Me gusta
El modo de preguntar.
Carl. Ved si habeis de contestar,
O id adelante.
Beat. (¿Qué adusta
Condicion!) Es Vallirana.
Carl. ¿Dista Barcelona mucho?
Beat. ¿Vais allá?
Carl. Puede.
Beat. ¿Qué escucho?
No hagais tal; por el de Viana

Se han alzado en rebellion,
Y si sois de los del rey...

Carl. ¡Si por cierto!
Beat. Pues no hay ley

Que os liberte.

Carl. En conclusion,
¿Cuánto dista Barcelona?

Beat. Tres horas.

Carl. Podeis decir

¿Quién dé un caballo en que ir
Hasta allá, si se le abona?

Beat. Yo conozco poca gente

De este pueblo.

Carl. Si queréis,

Hoy enriquecer podeis

Amigo, deudo ó pariente,

Beat. ¿Cómo?

Carl. Al que quiera un caballo

Venderme en este lugar,

Tanto oro le podré dar

Que no sienta el ser vasallo.

Beat. ¡Oh! á mi señor no hace falta

El oro.

Carl. ¿Luego servís?

Beat. Y á un buen amo.

Carl., con prontitud. ¿A quién, decís?

Beat. A Don Pedro de Peralta.

Carl. ¿Peralta! (Con interés.)

Beat. (¿Pero qué digo?)

Carl. ¿Agramontés?

Beat. Si por Dios.

Carl. ¿Conde?

Beat. ¿Conocéisle vos?

Carl. Mucho que sí; soy su amigo.

Mas callad.

Beat. ¡Ay! y á no ser

Porque con su amigo dí

Ya me iba á perder aquí

Por mi lengua de muger.

Carl. Mas bajo.

Beat. Teneis razon.

Que ahora bien se necesita

Prudencia.

Carl. ¿Está Margarita

Con él en esta ocasion?

Beat. Sí, mas antes de la aurora

A Pamplona nos volvemos.

Carl. ¿Cómo?

Beat. Caballos tenemos

Para dentro de una hora.

Carl. ¡Gracias, fortuna!

(La coge por distraccion la mano.)

Beat. ¿Qué haceis?

Carl. Escuchad; si á Margarita

Dais aviso...

Beat. ¿Yo una cita?

Carl. Llamadla asi si queréis,

Mas decidla...

DAS A ÉL Y CASI DEBAJO DEL CRISTO QUE
HABRA EN UNA ESQUINA A LA IZQUIERDA.

Ped., mirando hácia la derecha. Nada.
— Rumor no se siente

A través del aire manso:
Ni sosiego ni descanso
Por el rey con esa gente.
Dejan al amanecer
Los rebeldes la ciudad,
Pero les lleva en verdad
Gran ventaja mi muger.
Los caballos son briosos,
Estraviados los caminos,
Y fieles los campesinos
De esos pueblos montañosos.
¡Oh! sin azar llegarán;
Y si al rey salvo igualmente,
Por Dios que tranquilamente
Los rebeldes me hallarán.
Mas veo en aquella esquina
Un embozado en acecho...
Y reza segun sospecho
Ante la imagen divina.
La luz quitaré de aquí
Porque la sombra me encubra;
No sea que me descubra
Por espiarle, él á mi.

(Queda el balcon á oscuras.)

ESCENA V.

DON CARLOS.

¡Oh! ¡gracias, Dios de bondad!
Que en vuestra mente infinita
Me habeis dado en Margarita
Acaso la eternidad. —
No, no ha de ser tan villana
Ni tan infame conmigo
Quien fué consuelo y testigo
De las cuitas de mi hermana.

(Pausa.)

Porque, ¿qué vale en verdad
Mi humildad y mi silencio
Si yo propio me sentencio
Con mi llanto y mi humildad?
Huiré lejos, muy lejos;
Déme quien pueda un caballo,
Y acaben, rey ó vasallo,
Pesares ya tan añejos.

ESCENA VI.

DON PEDRO ASOMA AL BALCON QUE DEJA VER
LA LUZ CON QUE SUPONE ALUMBRADA LA
HABITACION. DON CARLOS ESTÁ DE ESPAL-

ESCENA VII.

ABRESE LA PUERTA Y SALE MARGARITA CON
VELO, QUEDANDO ESTA Y BEATRIZ UN MO-
MENTO EN EL UMBRAL. DON PEDRO VUELVE
A PONERSE EN EL BALCON EN CUANTO QUITA
LA LUZ, Y DON CARLOS VUELVE LA CA-
BEZA AL RUIDO DE LA PUERTA Y VOZ DE
MARGARITA.

Marg., á Beatriz. ¿Dices que me espera
ahora?

Beat., á Margarita. Al pié de aquel
Cristo.

Marg. Al punto

Vuelvo.

Beat. Allí está.

Marg. Y de este asunto

A tu amo...

Beat. Estoy, señora.

Le diré que el equipage

Estais en vuestro aposento

Arreglando, y un momento

Retardaremos el viaje.

Ped., en el balcon. Por Dios que abrieren

la puerta

Y vi con la luz escasa

Salir alguien de mi casa.

Beat. La puerta queda entreabierta;
Cuando volvais empujad,
Y entrareis sin hacer ruido.
(*Beatriz cierra; Margarita se adelanta
hácia Don Carlos, y Don Pedro hace
un movimiento de atencion muy mar-
cado.*)

ESCENA VIII.

DON PEDRO, EN EL BALCON; DON CARLOS
Y MARGARITA, EN LA CALLE.

Ped. (Por Cristo que estoy corrido:
¿No es mi muger? Si en verdad.)

Marg. ¡Mi señor...!

Carl. No me nombreis.

Marg. Las lágrimas á los ojos
Siento al veros. ¡Siempre abrojos
Bajo las plantas teneis!
¿Qué es de vos?

Carl. Tan desdichado
Como siempre.

Marg. ¿Y vuestra hermana?

Carl. Prision con ira inhumana
En un convento la han dado.

Marg. ¿Y en cuál?

Carl. Es la voz comun
Que en Tolosa gime ahora.

Marg. ¡Infeliz!

Carl. Y vos, señora,

¿Qué os haceis? ¿me amais aun?

Marg. Mas que nunca cada dia.

Carl. Sabreis pues mis desventuras.

Marg. Por noticias muy seguras,
Y las lamento á fé mia.

Carl. Acaso vos solamente
Mi corazon conoceis.

Marg. Y acaso de mi podeis
Fiaros ya únicamente.

Carl. ¡Cuál me han tratado!

Marg. Lo sé.

¿Mas posareis mucho aqui?

Ped. (Los oigo hablar, pese á mí,
Mas no les entiendo qué.)

Carl. Espero tan solo en vos
Que esta noche me salveis.

Marg. ¿Oro, caballos quereis?

¡Nadie os seguirá por Dios!
Mas, Don Carlos, vuestra tez
Estráño en lo macilenta.

Carl. Mi juventud me atormenta
Cual pudiera la vejez.

Con el alma destrozada,
Con el cuerpo dolorido,
Me pesa el haber nacido
A vida tan desgraciada.
¿Veis á la luz moribunda
De esa santa lamparilla

La palidez amarilla
Que la mustia faz me inunda?
Pues lo que hacer no pudieron
Las garras de las pasiones,
Los hierros de las prisiones
Y los pesares lo hicieron.
Llorais; ¡pobre Margarita!
Me amais y os doleis de mí;
Pero Dios lo quiso así
En su justicia infinita.

Marg. Huid, señor.
Carl. Déjame hablar

Un corto instante contigo,
Que jamás tuve un amigo
Con quien partir mi pesar.

Marg. ¡Ah! bien conmigo podeis
Dividirle si eso os place,
Que mas de veinte años hace
Que aquí posesion teneis.

Carl. ¡Oh! y por escuchar tu acento,
Por mirar un solo instante

La expresion de tu semblante
No hay difícil sufrimiento.

¡Al verte, al oírte hablar
Que aun soy feliz me parece,
Mi sér se rejuvenece,

Vuelvo la existencia á amar!
Que es tan dulce á un desdichado
Recordar lo que pasó,
Que vivo un instante yo
Soñando con lo pasado.

Marg., con entusiasmo. ¡Ay! pues vivid
y soñad

Si os inspiro un blando sueño,
Y ojalá pueda mi empeño
Velaros la realidad.

Carl. ¡Cuán al vivo me recuerdas
Las venturas que me huyeron,
Margarita! ¿Qué se hicieron
Aquellas noches... te acuerdas?

Marg. ¡Si me acuerdo! ¡cuán hermosa
Estaba la infeliz Blanca!

Carl. Llanto de dolor me arranca
Esa memoria preciosa.

La noche entera pasábamos
En dulcísimos cariños.

Marg. Como que éramos tres niños
Y con afán nos amábamos.

Carl. Niños, sí, ¡cuán inocentes
Entonces, cuán descuidados!
Y despues ¡cuán desdichados!

Marg. Pero nunca diferentes
De aquellos tiempos dichosos
En que en brazos de la infancia
No salian de una estancia
Nuestros planes ambiciosos.
Siempre nos hemos querido
Como amorosos hermanos,

Por mas que amaños tiranos
Separarnos han podido.
¿Os acordais, no lo dudo,
De aquella sangrienta tarde
En que de un hombre cobarde
Vos me servisteis de escudo?

Carl. Eso es de mas, Margarita.

Marg. ¿Y habeis acaso olvidado
Que os anunció un embozado
En Lérida mi visita?

Carl. ¡Oh!

Marg. A vos no haberme acudido
Y puesto á los piés del rey,
Bajo el peso de la ley
Sucumbiera mi marido.

Carl. No hay mas de aquello que hablar.

Ped. (De amores es la querella,
Y por Dios Santo que de ella
Jamás lo llegué á pensar.)

Marg. La vida ambos os debemos,
Perez de Peralta y yo.

Carl. ¿Habéiselo dicho?

Marg. No,

Mas al fin se lo diremos
Si á vuestra fortuna importa.

Carl. No, fuera menguado vicio
Valerse de un sacrificio
Que costó pena tan corta.
Y es tan tenazmente adicto
Al partido agramontés
Que echarse en sus manos es
Muy peligroso á un proscrito.

Marg. Si es agramontés, es noble.

Carl. Por eso será leal,
Y en salvar la causa real
Será su conato doble.

Marg. Por mas que sea, señor,
Apegado á su partido,

Perez con honra ha nacido
Y nunca será traidor.

La vida le habeis salvado;
Y aunque es para él un secreto,

Él os valdrá en este aprieto
Si no leal, obligado.

Carl. ¡Cuán buena sois, Margarita,
De gracia y virtud cuán llena!

Marg. No sé, por Dios, si soy buena,
Mas la injusticia me irrita.

Os veo desde la cuna
Acechado y perseguido

Mas que por mal merecido
Por vuestra mala fortuna.

Yo la amiga fiel y sola
Fuí de Blanca vuestra hermana,

Y de olvidarla villana
No hubiera sangre española.

Carl. ¡Oh! y para quien la ha proscrito
No tiene ella sobre sí

Mas que el parecerse á mí,
Que ese es su único delito.

Marg. Vos fuisteis el protector
De mi honor en la horfandad;
Conmigo en la soledad
Ella partió su dolor,

Y yo seré agradecida,
Señor, á tantos favores,
Si no cual sois acreedores,
Con honra, haciendas y vida.
Enemigo es mi marido
De vuestra gente, mas voy
A arriesgar para vos hoy
Cuanto valgo. — Os he pedido
Me digais qué es lo que os falta.

Carl. Mas mirad bien...

Marg. ¿Qué quereis?

Pedidme, que os salvareis
Aun contra el mismo Peralta.

Carl. ¡Angel de mi triste vida!

Marg. Dejad plegarias agora,
Y hablad de vos, que ya es hora.

Carl. Pues oid. Si á toda brida,

Corriendo la noche entera
Y arriesgando mi persona,
Con el alba en Barcelona
Acogerme al fin pudiera,
Salvárame de una vez
De enemigos y traidores.

Marg. De los caballos mejores
De mi marido, escoged.

Carl. Mas Peralta...

Marg. Antes sois vos,

Y si vos de esta tormenta
Os salvais, quedo contenta
Aun pagando por los dos.

Carl. ¡Margarita!

Marg. Venid pues;

Oro os daré y un caballo
Con un guía que vasallo
De mis baronías es.

Carl. Del bien que ahora me haceis
Será mi memoria inmensa.

Marg. Una sola recompensa
Quiero por él que me deis.

Carl. Por mucho que sea, estoy
En que es mayor mi deseo.

Marg. Por si á Blanca mas no veo
Decidla lo que hice hoy.

(*Vanse Don Carlos y Margarita por la
derecha; Don Pedro al verlos marcha
dice:*)

Ped. Zeloso estoy, vive Dios,
Y avergonzado ademias.

(*Cierra el balcon y sale por la puerta
diciendo:*)

Brig. Tirará la puerta.
Marg. Aun no.
 Aguardaos un instante.
(Da con la alacena, se mete dentro, aparta la mesa, y hacen entre las dos lo que dicen los versos.)
 Cerradme en esta alacena.
 Traed la mesa. *(La pone delante.)*

Estad serena.
Brig. ¡Habrás enredo semejante!
 Y si viniera mi Blas
 Entre tanta confusión...
(Va á la puerta, y en el momento que la abre se entra Don Carlos embozado.)
 ¿Quién...? pues se entra de rondón.
(Mirándole.)
 ¿Será el de alante ó de atrás?

ESCENA XIII.

MARGARITA, OCULTA; BRIGIDA, DON CARLOS.

Carl. Decidme, buena muger,
 ¿No habeis abierto la puerta
 A una dama?
Brig. *(Mirándole todavía.)* ¿Y quién
 acierta
 Cuál de los dos puede ser?
Carl. Acabad por vuestra vida.
 ¿Dónde está?
Brig. ¿Quién?
Carl. Esa dama.
Brig. ¿Qué dama? ¿cómo se llama?
Carl. No hagais la desentendida,
 Porque yo la he visto entrar.
Brig. Serian vuestros recelos.
Carl. Apartad, viven los cielos,
 Que yo la entraré á buscar.
*(Don Carlos entra por la izquierda, cde-
 sele el embozo, y Brigida, que no ha
 cesado de mirarle, dice:)*
Brig. ¡Ah! es el mozo.

ESCENA XIV.

CUANDO TODAVÍA LE ESTA MIRANDO, Y APENAS
 SE HA OCULTADO DON CARLOS DE LA VISTA
 DEL PUBLICO, ENTRA POR LA PUERTA, QUE
 AUN TENDRA ABIERTA BRIGIDA, DON
 PEDRO, QUE LA DICE DE REPENTE:

Ped. Vive Dios
 Que aquí una muger ha entrado,
 Y despues un embozado:
 Decid dónde están los dos.
Brig. ¡Dios mio! Señor...

Ped. Por Cristo
 Que si niega...
Brig. Si en mi casa...
Ped. Yo sé lo que en ella pasa.
Brig. Nadie entró.
Ped. Yo les he visto.
Brig. Señor...
Ped. Despache.
Brig. Si aquí...
Ped. Yo por Dios los buscaré,
 Y si los hallo, yo haré
 Que no os olvideis de mí.
*(Vase á entrar Don Pedro por otro bas-
 tidor de la izquierda, y vuelve á en-
 trar Don Carlos, con quien se encuentra
 cara á cara.)*

Carl. ¡Maldita mi estrella impía!
 Mi suerte está en manos de ella,
 Y pierdo necio su huella
 Cuando mas falta me hacia.)

Ped. ¡El es.)
Carl. ¡Mas qué veo, cielos!
Ped. ¡Caballero!
Carl. ¿Qué quereis?
Ped. De esta casa no saldreis.
Carl. ¿Quién lo estorbará?
Ped. Mis zelos.
 ¿Qué hicisteis de mi muger?
Carl. ¿Y es á mí á quien la pedís?
Ped. Con vos vino.
Carl. No.
Ped. Mentís;
 Y me la habeis de volver,
 O por Dios que os acuchilla.
Carl. ¡Habrás desdicha mayor!
Ped. Decid, ó á vuestro valor

Apelad.
Carl. Es mas sencillo. *(Riñen.)*
*(Si no hay medio mas seguro
 De huir que matar á este hombre,
 Nada al fin hay que me asombré,
 Mi mala fortuna apuro.)*
Brig. ¿Y qué va á ser hoy de mí?
 ¡Cielos, socorro, socorro!
 Todo á alborotarlo corro.
Carl. *(Mi suerte se cumple aquí.)*

ESCENA XV.

DICHOS, RANGEL.

Rang. *(No me engañé; él es; él mismo:
 Aquí mi astucia me valga.)*
(Se pone de parte de Don Carlos.)
 ¿Qué es aquesto, gente hidalga?
Carl. Quitad.
Rang. Eso es heroismo.

ESCENA XVII.

DICHOS, MARGARITA.

Marg. ¡Teneos!
Alc. ¡Y con la cara tapada!
 Descúbrase la taimada.
Marg. De mi desdicha doleos.
Alc. Fuera el velo.
Marg. Por piedad,
 Que os compadezca mi llanto.
Alc. Mostrad, ú os arranco el manto
 Sin...
Marg. Villano, no, en verdad.
 Si llega á poner en mi
 La mano algun atrevido,
 Cuéntese de muerte herido.
Alc. ¿Amagais?
Marg. De muerte, sí.
Alc. Yo sé que manda la ley...
Marg. Tenga quien la ley auxilia
 Cuenta con una familia
 Que es tan noble como el rey.
Alc. ¿Qué hacemos?

*(El alcalde se vuelve á los demas, que se
 encogen de hombros, y miran estúpidos
 á Margarita. Entre tanto llega Don Pe-
 dro hasta donde están.)*

ESCENA XVIII.

DICHOS, DON PEDRO.

Ped. *(Pues que él halló
 Camino en la oscuridad,
 Ella pagará en verdad
 Lo que el galan no pagó.)*
(Se muestra al alcalde.)
 ¿Me conoce? ¡Calle pues!
 Mirando á su buena fama
 Y al secreto, de esta dama
 Mi casa la cárcel es.
 Yo daré al juez mis razones,
 Y porque bien todos queden,
 Llegarse á mi casa pueden
 A tomar declaraciones.
*(Ofrece el brazo á Margarita con severidad,
 y ella le toma.)*
Marg. ¡Valedme, santos del cielo!
Ped. Hidalgos, que os guarde Dios.
(Vanse Don Pedro y Margarita.)

ESCENA XIX.

EL ALCALDE, EL ESCRIBANO Y LOS DEMAS, AL
 REDEDOR DE RANGEL; LE LEVANTAN, LE
 DESABROCHAN, ETC.

Alc. Uno queda de los dos,
 Acudamos al del suelo.

Soy con vos. *(A Don Pedro, poniéndose de
 su parte.)*

Ped. Quitad tambien.
Rang. Pues que reñis uno á uno
 Yo he de reñir por alguno,
 Y he de dar adonde den.
Brig., dentro. Entren aquí.
Rang., cayendo. Muerto soy.
Carl. ¿La justicia y ya hay un muerto...?
 ¿Ese balcon no da á un huerto?
 Sí.
*(Don Carlos gana el balconcillo, salta
 por él con la mayor rapidez posible,
 y Don Pedro colérico dice:)*
Ped. ¡Cobarde...! Tras él voy.
(Va tras él.)

ESCENA XVI.

MARGARITA EN LA ALACENA; RANGEL, TENDIDO; BRIGIDA; EL ALCALDE, JUSTICIA Y GENTE.

Brig. Esta es, señores, mi casa,
 Y no sé por qué pecado
 Tanta gente en ella ha entrado,
 Duende ó diablo...
Alc. ¿Mas qué pasa?
Brig., viendo á Rangel. ¡Ay! ¡Dios de
 mi corazon!

¡Mirad!
Uno. Un hombre caído.
Otro. Muerto está.
Uno. No mas que herido.
Alc. A ver, daos á prision. *(A Brigida.)*
Brig. Pero, señor...
Alc. O decid
 Quién aquí mató á ese hombre.
Brig. Si jamás supe su nombre.
Alc. Pues á la cárcel venid.
Brig. Esperad, que yo os diré
 Lo que sepa. Há poco rato
 Que entró con mucho recato
 Aquí una muger.
Alc. Dad fé.
Brig. Al verla de miedo llena,
 Que apenas hablar podia
 Porque un hombre la seguia,
 La metí en esa alacena.
Alc. Veámosla pues.
*(Bájanse todos hácia la parte del teatro
 en que está la alacena, dejando espedito
 el paso de la puerta.)*

Uno. Está sin herida alguna.
Otro. Mirarle bien la cabeza.
Otro. Callad, que á volver empieza.
El 1.º. ¡ Tambien ha sido fortuna!

ESCENA XX.

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS,
Y GENTE DE ARMAS.

Juan, á Nogueras. ¿ Con que le hallaron?
Nog. Rangel
Le ha seguido hasta esta casa.
Juan. Veamos pues lo que pasa,
Y si no ha dado con él
Le empalo.
Nog. Mas héle ahí.
Juan. (Se acerca á Rangel, y asiéndole
de un brazo le dice como de superior á inferior :) ¿ Qué es ello?
Rang., levantándose y dejando de dis-
mular. ¡ Señor, sois vos!
Juan. ¿ Diste con él?
Rang. Con él di.
¿ Cercasteis el pueblo?
Juan. Si.
Rang. Pues ya es nuestro, vive Dios.
(Van á salir, y el alcalde se pone por
delante.)
Alc. En nombre, hidalgos, del rey
Se tengan.
Nog. Atrás.
Juan. Salgamos.
(Rangel encasquetó al alcalde el sombrero
hasta los ojos de una palmada, dicién-
dole con mofa :)
Rang. Donde nosotros estamos
Nosotros somos la ley.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de Don Pedro de Peralta. Puerta en el
fondo que da al interior y exterior de la casa. A la
izquierda el gabinete de Margarita; á la derecha
la habitacion de Don Pedro: una ventana con
reja; mesa, sillones, etc., etc. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA.

EN EL MOMENTO DE ALZARSE EL TELON ESTA
BEATRIZ CERRANDO LA PUERTA DEL FONDO
POR DONDE SE SUPONE QUE ACABA DE EN-
TRAR, Y SE DIRIGE HACIA EL GABINETE DE
MARGARITA.

Beat. Mucho mi señora tarda;
Dios me la saque con bien,

Que si en el pueblo la ven
Y soplan, buena la aguarda.
Voy por ahorrar detencion
A completar su equipage;
Porque á fé que nuestro viaje
Quiere priesa y precaucion.
(Entra en el gabinete quedando sola la
escena por un corto instante, despues
del cual aparecen Don Pedro y Margari-
ta del brazo; ella con velo y él em-
bozado como salieron de la escena en el
acto primero.)

ESCENA II.

DON PEDRO, MARGARITA.

Ped. Bien, señora, muy bien por vidamia:
¿ Son estos los cuidados de una dama
Por un hidalgo á quien la luz del dia
Es menos cara que su limpia fama?
¿ Esto es honra, es amor, es hidalguía?
Decidme, si acertais, ¿ cómo se llama
La que vendé su fé y amor primero
Por el amor de un torpe aventurero?
¿ Dó vais en medio de la noche oscura
Despues de oculta y amorosa cita,
Mientras el esposo de la amante impura
Vuestra fortuna y salvacion medita?
¿ Los rebeldes temiendo por ventura
Me ibais á hacer la guardia, Margarita,
En avanzado puesto centinela
Que vende á su señor mientras le vela?
¿ Ira de Dios! Si noble no mirara
Que sois una muger, un ruin gusano,
Un reptil á quien necio acariciara
Mientras cobarde me mordió la mano:
Si de quien soy un punto me olvidara
Y ser pudiera cuanto vos villano,
¿ Vuestra traidora liviandad no alcanza
La violenta esplosion de mi venganza?
Mas concluyamos de una vez, señora;
Esta noche saldreis de Vallirana
Bien guardada por gente que aun ignora
Cuanto teneis de ingrata y de liviana.
Vuestro equipage disponded ahora,
Que en un convento dormireis mañana;
De mí no os acordéis en adelante,
Y estad pronta á partir .. vuelo al instante.
(Vase por la puerta del fondo, cerrando
por fuera.)

ESCENA III.

MARGARITA.

¡ Habrá apuro mayor...! y si entre tanto,
Sin mas amparo que mi pobre empeño,

Le apresan por rebelde... Cielo santo,
Lo estoy palpando y me parece sueño.
¿ Cómo tan presto nuestra cita supo
Peralta...? ¿ Desde cuándo así me espía?
Tanta desdicha en él tan solo cupo
Si es que no lo hizo la torpeza mia.
(Mirando por todas partes.)
¿ Si encontrara una puerta, una ventana!
¿ Si hubiese quien le diera algun aviso!
Si no parte, que al fin caiga mañana
En manos de unos ú otros, es preciso.
¿ Imposible! ¡ esta reja, este aposento
Cerrados...! ¡ oh! y creará que le abandono;
Y si el secreto revelar intento
A mi marido, ¿ cuál será su encono!
¡ Enemigo y rebelde...! No, Dios mio,
A salvarle, Señor, prestadme ayuda,
Mas siento pasos... en la suerte flo
Y espero mi ocasion atenta y muda.
(Se sienta recatando el rostro, y al ver
asomar á Beatriz por la puerta de su
gabinete, da un grito de alegría yendo
para ella.)

ESCENA IV.

MARGARITA, BEATRIZ.

Marg. ¡ Gracias, Dios mio!
Beat. Señora,
¿ Qué tenéis? ¿ qué ha sucedido?
Marg. Nada, Beatriz; te ha traído
Sin duda un ángel ahora.
Beat. ¿ Pero qué pasa? ¿ qué es esto?
Marg. Perez...
Beat., interrumpiéndola, y ambas con
mucho afan en lo restante. Con
el otro dió.
Marg. Y en la sombra nos siguió.
Beat. ¿ Y os encontró?
Marg. Por supuesto.
Yo al lejos le conocí;
Trabóse en la calle un duelo,
Llegó gente, me eché el velo,
Sali del tropel, y hui.
Siguióme astuto el doncel;
Una muger me escondió,
Mas mi marido llegó
A poco tiempo tras él.
Beat. ¿ Y riñeron?
Marg. Si por Dios;
Mas el ruido dió noticia
Del caso: fué la justicia...
Beat. ¿ Y se salvaron?
Marg. Los dos.
Con el temor, con el ruido
Yo no vi por dónde huyeron,

Pero á mí me descubrieron
Y al fin di con mi marido.
Beat. ¡ Santa Polónia nos valga!
Marg. Ahora, Beatriz, es preciso
Que yo dé á ese hombre un aviso,
Y de este aposento salga.
Beat. Pero, señora...
Marg. ¿ Qué hay pues?
Beat. ¿ Y otra vez queréis salir?
Marg. A salvarle ó á morir.
Beat. ¡ A morir! ¿ tanto interés
Os tomáis en su afliccion?
Marg. Porque él su vida salvara
Que me robasen dejara
Cuanto hay en mi corazon.
Beat. Señora, estoy aturrida. —
Seis años há que en la casa
Estoy, y lo que hoy nos pasa
No se me ocurrió en mi vida.
¿ Una pasion tan violenta
Guardábais tan en secreto
Que yo jamás vi el objeto!
Marg. Tenga con lo que habla cuenta;
¿ Quién la dice que un galan
Sea y no un desventurado?
Beat. ¿ Cuándo un infeliz ha dado
A una muger tanto afan?
Marg. Pues que se salve es forzoso,
Sea quien quiera.
Beat. Vedlo vos.
Marg., viendo las llaves que tiene Beatriz
á la cintura. ¿ Tienes llaves?
Beat. Tengo dos.
Marg. ¿ Son?
Beat. De ahí una.
(De la puerta del fondo.)
Marg. ¡ Dios piadoso!
Pronto, Beatriz, este manto
Ponte.
(Margarita la pone de grado ó por fuerza
el guardapiés negro y la ata por la cin-
tura su manto, cuya operacion dura
hasta el fin de la escena, que irá con
toda la posible celeridad.)
Beat. ¡ Yo!
Marg. Y esta basquiña.
Beat. ¿ Y el amo?
Marg. Antes de la riña
Volveré yo.
Beat. ¡ Cielo santo!
Va al punto...
Marg. Déjale, y calla
Por mucho que te amenace.
Beat. ¿ Con que yo soy quien fuego hace
Y vos ganais la batalla?
Marg. Por mas que venga furioso...
Beat. ¡ Santo Cristo de la Vega...!

Marg. Tú calla siempre, y si llega
El caso á mas, con brioso
Acento, y nada te asombre,
Dile que te vengarás,
Acusándole ademas
De la muerte de aquel hombre.

Beat. Mas...

Marg. Silencio; trae la llave.

Beat. ¿Con que yo sin culpa alguna...?

Marg. Es un golpe de fortuna.

Beat. ¿Mas hay razon...?

Marg. ¡Dios lo sabe!
*(En estos cuatro últimos versos, Beatriz
suplicando, Margarita huyéndose de
ella, llegan á la puerta, ábrela Mar-
garita, y dejando dentro á Beatriz sale
por fuera. — Beatriz vuelve despues al
centro del teatro, y se sienta resignada
en el sillón, quedando sobre poco mas
ó menos como quedaba Margarita cuando
salió Don Pedro de la segunda escena.)*

ESCENA V.

BEATRIZ.

¡Se dará suerte mas perra!
¿Con que por salvarse mi ama
Sin atender á mi fama
A mí en su lugar me encierra!
¿Y qué se dirá de mí
Cuando sepan que me salgo
De noche con un hidalgo?
¡Y al cabo si fuera así!
Pase... ¡pero que al estar
Arreglando el aposento
Sin maldito del intento
De ver ni de gulusmear,
Culpada he de parecer
Tan solo por la torpeza
De ir á asomar la cabeza
Cuando no era menester!
¡Y ella! ¡mi ama! ¡habrá valor!
Tras tanta gazmoñería
A su marido vendía.
¡Dios ayude al buen señor!
¡Mas suben...! él es quizás...
¡Me cubro! ¡enemiga estrella!
Es muger, y haré por ella
Lo que pueda... nada mas.

ESCENA VI.

BEATRIZ, DON PEDRO

Ped. Ya los caballos están
Preparándose en la oscura

Noche, y con planta segura
Al convento os llevarán.
¿Qué decís? ¿no hallais, señora,
Una disculpa que darne?
¿O aun mas quereis ultrajarme
Con vuestro silencio ahora?
¡Está bien! ¡muy bien por Dios!
Si os empeñais en callar,
Al fin tendré yo que hablar
La última vez por los dos.
Yo os amaba, Margarita,
Mas que á la luz de mis ojos;
Di siempre á vuestros antojos
Una importancia infinita.
No hubo juglar ni torneo
En que por veros contenta
Galan no tuviera en cuenta
Vuestro mugeril deseo.
No hubo una lengua atrevida
Que á vuestra conducta osara,
Que al punto no me pagara
La insolencia con la vida.
No hubo juglar ni cantor
Con cuyos cuentos holgárais,
Cuyos cuentos no gozárais
Del invierno en el rigor.
Constante en vuestro cariño,
A vuestro amor bien leal,
Siempre os traté por mi mal
Como á un caprichoso niño.
Vuestro antojo era mi ley,
Vuestra inclinacion mi guia,
En mayor cuenta os tenia
Que á mi patria y á mi rey.
Por vos, tenaz cortesano,
Aglomeré en mis blasones
Honores y distinciones
Que hoy estima el mundo vano
Por vos á la lid bajé;
Y vencido ó respetado,
Por daros marido honrado
De continuo me afané.
Con vuestra escasa nobleza
Enamoróme, señora,
Vuestra beldad seductora
Casi hundida en la pobreza:
Que bien sabeis que en su co
Una princesa os tenia,
Mas que por vuestra hidalguia
Por vuestra virtud y porte.
¡Y al cabo, esposa liviana,
Mintiendo virtud y amor
Habeis hecho de mi honor
Mercaderia villana!
¿Qué hicisteis del corazón
De que yo presente os hice?
Beat. (Pues si es verdad lo que dice,
A fé que tiene razon.)

Ped. ¿En callar os ostinais?
decir que vuestra culpa
puede tener disculpa,
arrepentida no estais?
¿Es decir que pues carezco
De buena ó mala respuesta,
O no la teneis dispuesta,
O de vos no la merezco?
¿Es decir que á mi orgullosa
Con vuestro crimen estais,
Y que á vuestro encierro vais,
Muger vil, é ingrata esposa?
Muerte aquí mismo no os doy
En un arrebato insano,
Porque me tiene la mano
Ver quién sois, y ver quién soy.
(Beatriz hace un movimiento de temor.)
¡Temeis! ¡recatais la cara
De ese velo en la doblez!
Teneis razon; si otra vez
Le mostrárais, ¡os matara!
Veladla, sí; que tan bella
Como es por mi desventura,
No viera mas que impostura,
Infamia y vergüenza en ella.
Venid, señora, conmigo:
(Beatriz permanece inmóvil.)
¿Qué hacéis? ¿me insultais de intento?
Beat. (Ahora me lleva al convento.
Yo canto.)
Ped. ¿Ois lo que os digo?
Beat. Señor...
Ped. Seguidme y callad,
Que en el dolor con que lucho...
*(Don Pedro la coge de la mano, y al lle-
gar los dos á la puerta se oye por den-
tro la voz de Margarita. Don Pedro
suelta á Beatriz al oirla y abre.)*
Marg., dentro. ¡Peralta!
Ped. ¡Cielos, qué escucho!
Marg., dentro. ¡Peralta!
Ped., abriendo. ¡Es ella en verdad!

ESCENA VII.

DON PEDRO, MARGARITA, BEATRIZ.

Beat. (Gracias á Dios que respiro.)
Marg., á Don Pedro. Bajárasme á des-
pedir,
Que ya es hora de partir
A Pamplona... ¡Mas qué miro!
¡Una muger! por mi vida,
Perez, que á haberme pensado
Que estábais tan ocupado
Me ahorrara la despedida.
¡Para partirme á Pamplona

Es aquesta la razon!
¡Es esta la rebelion
Que ha estallado en Barcelona!
Ped., confuso. Si estoy soñando no
acierto.
Respondedme, Margarita,
¿No habeis salido á una cita?
¿No...?
Marg. ¿Me insultais?
Ped. No por cierto.
Es un misterio espantoso,
Una fatal realidad.
(Con afan.)
¿No habeis hablado en verdad
Con un galan misterioso?
¿No entrásteis en una casa
Donde ocurrió una pendencia,
Donde entró...?
Marg. Tanta insolencia
De raya, Peralta, pasa.
¿Eso á mí me preguntais
Con tan torpe atrevimiento,
Y solo en este aposento
Con esa muger estais?
¿Mal hidalgo y mal marido,
Me ibais, villano, á engañar,
Y aun me quereis achacar
Lo que habeis vos cometido?
¿A mí cuentas me pedis
De vuestros locos amores?
¿Y han sido vuestros mayores
De noble raza? — Mentis.
Aborto de ajenas faltas,
Por un error ó un descuido
Habeis, Don Pedro, nacido
En casa de los Peraltas.
Ped. ¡Margarita! Vive Dios
Que si otro tal me dijera
Aquí pedazos le hiciera,
Y... agradecédmelo vos.
Marg. ¡Cómo!
Ped., á Beatriz. De dudas salgamos.
¿Quién sois? descubrios... presto;
Pues vos sois la causa de esto,
Qué es aquesto os preguntamos.
Esta muger es mi esposa,
Dadla de esto una razon,
Sacadnos en conclusion
De esta duda escandalosa.
*Marg., á Beatriz, que, aunque dudosa,
va á alzarse el velo.* Teneos, no
os descubrais;
Ya entiendo vuestras marañas;
Unas facciones estrañas
Sin duda á mostrarme vais;
No las podré conocer,
Y vos vais á concluir,
¡Buen Peralta, con decir

Marg. Oye...
Ped. ¡Calla!
Mas hablando no me afrentes,
Y lee si te queda aliento,
Margarita, estos papeles.

Marg. ¡Santo Dios! (Ganemos tiempo,
Y en su misma red se prende.)

(De rodillas.)
¡Perdon, Perez! ¡á tus plantas
Me arrastraré eternamente!

Ped. ¿Y el polvo en que tú te arrastres
Podrá mi honra volverme?

Marg. Lloraré al pié de tu lecho
Velando mientras tú duermes.

Ped. ¿Y qué sueño ha de acudir
A quien sin honra se acueste?

Marg. ¡Seré menos que tu esclava,
Besaré el polvo que huelles!

Ped. ¿Y qué harás con esas manos
Que toman esos billetes?

Marg. ¡Perdon!
Ped. La vida que llevas
Que te perdona agradece,
Y prepárate á enterrarla
En un claustro para siempre.

ESCENA XVIII.

MARGARITA.

¡Terrible apuro por Dios!
Si me confío y me vende,
Ambos á dos nos perdemos,
Porque Peralta no cede.
No se lo digo, imposible;
Es un proscrito, un rebelde,
Y Perez con un contrario
Ni transige ni conviene.
No, sola le he de salvar,
Y si al cabo me sorprende,
A todo estoy ya resuelta,
Le diré cuanto le debe:
Y si aun se niega obstinado,
Entonces, ¡cielos, valedle!
Que vuestros altos designios
Mas que mis intentos pueden. —
¡Beatriz! (Llamando.)

ESCENA XIX.

MARGARITA, BEATRIZ.

Beat. Señora...
Marg. ¿Y Peralta?
Beat. En la calle.
Marg. Atentamente
Acecha por dónde va.
Beat. Segun dijo pronto vuelve.

Marg. Pues ponte al balcon al punto,
Porque de mi no sospeche.

Beat. Mas, señora...
Marg. Y si entre tanto
Que está fuera, el otro viene,
Avisame en el momento.

Beat. Pero...
Marg. Y dile que me espere.

(Éntrase Margarita, dejando á Beatriz de repente. Esta la mira hasta que la pierde de vista, y despues de silencio dice y se va.)

Beat. Pues, señor, si entiendo jota
Que los demonios me lleven. (Vase.)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, QUE ENTRA POR LA PUERTA DEL FONDO.

¡Eh! ya estamos en campaña.
A la puerta está el mancebo,
Aquí la enredan de nuevo,
Y Santiago cierra España.
No, pues de esta ya es en vano
Que yo tercié pretender;
Si me llega á sorprender
Don Pedro, canto de plano.
(Llama á la puerta del gabinete de Margarita.)

¿Señora?

ESCENA II.

BEATRIZ, MARGARITA.

Beat. A la puerta está.
Marg. ¿Peralta?
Beat. El otro.
Marg. ¿Y le has dicho...?
Beat. Todo, mas tiene capricho
Por veos y...

Marg. No será.
¿Está Juan con el caballo
Prevenido?

Beat. Junto al puente.
Marg. Pues si no corre prudente
Remedio á su mal no hallo.
Dile que se salve, que huya,
Que le juro por mi vida.

Beat. Señora, segun la olvida,
Poco espera de la suya.

Marg. ¡Cómo!
Beat. El són de los caballos
Se oye en el pueblo.

Marg. ¿Y aun tarda?
Beat. Del rey de Navarra aguarda,
Si no le hablais, los vasallos.

Marg. ¡Oh qué afán! por el balcon
A despedirle saldré.

Beat. Es ya muy tarde.
Marg. ¿Porqué?

Beat. Se vienen de peloton
Los ginetes por la calle.

Marg. ¿Darán con él?
Beat. ¿Quién lo duda?

Marg. Pues abre; y que Dios le acuda.
Beat. Le hallará Perez.

Marg. Que le halle.

ESCENA III.

MARGARITA.

¡Santo Dios! Si han decretado
Su muerte vuestros enojos,
Que no le vean mis ojos
Morir tan desventurado.
Matadle lejos de mí
Si es tan culpable, Señor,
O va á hacer vuestro furor
Hoy dos victimas aquí.

ESCENA IV.

DON CARLOS, MARGARITA.

Marg. ¡Huid los del rey, por Dios!
Carl. Tan de cerca me seguian,
Que en las manos me tenían

Si no me amparárais vos.
Marg. ¿Porqué no habeis del lugar
Salido?

Carl. Imposible fué;
Por cuantas calles eché
Fuí con soldados á dar.

Marg. ¿Con que estais cercado aquí?
Carl. Si, de noche, abandonado,
Como tienen acosado

En un monte á un jabalí.
Marg. ¿Y no hay medio?
Carl. No, ninguno.

Marg. ¿Ni es posible concluir...?
Carl. Nada, y á poder morir

Hallara remedio alguno.
Margarita, si quisieran

Mi suerte y mi vida sola,
Alma me alienta española,
Dos veces no la pidieran.

Mas todos esos valientes
Que rebeldes son al rey,
Fuera de la misma ley

Las victimas inocentes.

No, imposible transigr;
He jurado á esa ciudad
De volver su libertad,
Y lo tengo de cumplir.

Marg. ¿Y teneis pensado...?
Carl. Nada;

¿Ni cómo pude pensar
¡Ay de mí! sino en salvar
Esta vida desdichada?

ESCENA V.

VUELVE BEATRIZ CON EL MANTO Y BASQUINA
QUE EN EL ACTO SEGUNDO LA PUSO MARGARITA,
Y CON EL QUE SALIÓ DE LA ESCENA.

Beat. Esto vuelvo al gabinete,
Que todo lo anda Peralta;
Y si nota que aquí falta
Y á mi aposento arremete,
Lo encuentra y cae en la trama,
¡Dios nos asista!

Marg. ¿Qué es?
Beat. Vuestro manto...

Marg. Pronto, pues:
Tíralo sobre la cama,
Y corre, vuelve al balcon
Y avisa al venir Peralta.

Beat. (O mucha precaucion falta,
O sobra mucha razon.)

ESCENA VI.

MARGARITA, DON CARLOS.

Marg. Don Carlos, para salvaros
De tan inminente apuro
No hay mas que un medio.

Carl. ¿Seguro?
Marg. Unico.

Carl. ¿Cuál?
Marg. Ocultaros.

Partimos dentro de un hora
Peralta y yo; en esta casa
Podeis quedar mientras pasa

La turba perseguidora.
Los del rey se partirán
Con el alba, y en tal caso

Pensad, Don Carlos, que á un paso
Los de Barcelona están.

Carl. Margarita, cosa alguna
No es ya posible emprender
Que no venga á entorpecer

Mi desdichada fortuna.
Marg. Pues fiar en mi marido

Tampoco es posible ya,
Segun por ambos está

Irritado y ofendido.

Como si hubiera nacido
Berberisco ó salteador.
Porque de asunto tan grave
No caiga sobre él la mengua,
No hay mas que arrancar la lengua
A quien el secreto sabe.
Ahora bien; pues lo sabemos,
El argumento es bien llano.
Peralta, tarde ó temprano
Por saberle moriremos.
(Abre la puerta donde están Don Juan y Noguerras.)

ESCENA ULTIMA.

MARGARITA, DON PEDRO, DON JUAN,
NOGUERAS.

Marg. Podeis salir, rey Don Juan.
Ped. ¡El rey...! ¿con que no mentan?
Marg., á Don Juan. Por el principe ve-
nian;
Le encontraron y se van.
De vos á él le protegimos
Y de los suyos á vos;
No podeis, señor, por Dios
Decir que traidores fuimos.
Juan. Peralta, yo bien sabia
Que hice en vos un buen amigo.

Ped. No habéis, rey Don Juan, conmigo.
Porque yo no os conocía.
El que oculto estuvo allí
Era el principe de Viana;
Si vos lo contais mañana,
A él lo debéis, y no á mí.
Y no temáis que en la historia
Por nuestra audaz villanía
Quede, señor, algun día
De esta noche una memoria.
Que vos mismo habeis venido
Tras del hijo que engendrásteis,
Es un secreto que echásteis
Con nosotros al olvido.

Juan. Ingrato no me hallareis.
Ped. Dejadlo estar como está
Y partid cuando gustéis,
Que nada temer podeis
De los catalanes ya.
Mas me habeis hecho el ultraje
De creéme desleal,
Y ya me sentara mal
El rendiros homenaje.
Rey Don Juan, esa es mi espada.
*(Se la descíñe y la pone en el suelo
sus piés.)*
Para no haceros traicion,
No la llevo á precaucion
Ni desnuda ni envainada.

EL ZAPATERO Y EL REY

(PRIMERA PARTE),

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

Por odio y contrario afán
Calumniado torpemente,
Fué soldado mas valiente
Que prudente capitán.
Osado y antojadizo
Mató, atropelló cruel;
Mas por Dios que no fué él,
Fué su tiempo quien lo hizo.

A MI BUEN AMIGO DON JOSÉ GARCIA LUNA.

Me aconsejaste que presentara en escena al rey Don Pedro, y escribí este drama para tí. Reconocido quedo á todos los actores que han tomado parte en su representacion; pero sería necia vanidad negarte las dos partes de gloria que te corresponden.

El rey Don Pedro te daría las gracias; y el público que te ha colmado de aplausos, te ha dicho mejor que pueden hacerlo mis palabras, que *has aconsejado bien y has ejecutado mejor.*

Tu buen amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 14 de marzo de 1840.

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN.
DIEGO PEREZ, zapatero.
BLAS, } sus hijos.
TERESA, }
UN HOMBRE DEL PUEBLO.
La escena es en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Interior de la casa de Diego Perez : ajuar del oficio
Es de noche.

BLAS, TERESA.

Ter. Sí, sí, cierra la ventana,
Que hace una noche...
Blas. Muy buena
Para empezar una ronda.

Ter. ¡Vaya, y diluvia!
Blas. Por fuerza

Bebe los vientos por tí
Si hoy es constante.

Ter. ¡Qué pelma!

Blas. Vive Dios que es un mancebo
Que vale un mundo, Teresa;
Ni valientes le intimidan,
Ni temporales le arredran;
Con su espadon en el cinto
Y su malla sempiterna,
No hay quien le tosa en Sevilla
Si como ronda pelea.

Ter. Siempre te me estás burlando.

Blas. ¿Yo burlarme? no lo creas,
Si la verdad no te digo
En la vida hablé de veras.

¿Crees tú que entrar le dejara
En casa, si no creyera
Que es un soldado y valiente?

Ter., sobresaltada. ¡Dios mio!

Blas. ¿Qué fué, Teresa?

Ter. Seria aprension.

Blas. Seria.

Ter. Creí que abrian la puerta.

Como si hubiera nacido
Berberisco ó salteador.
Porque de asunto tan grave
No caiga sobre él la mengua,
No hay mas que arrancar la lengua
A quien el secreto sabe.
Ahora bien; pues lo sabemos,
El argumento es bien llano.
Peralta, tarde ó temprano
Por saberle moriremos.
(Abre la puerta donde están Don Juan y Noguerras.)

ESCENA ULTIMA.

MARGARITA, DON PEDRO, DON JUAN,
NOGUERAS.

Marg. Podeis salir, rey Don Juan.
Ped. ¡El rey...! ¿con que no mentan?
Marg., á Don Juan. Por el principe ve-
nian;
Le encontraron y se van.
De vos á él le protegimos
Y de los suyos á vos;
No podeis, señor, por Dios
Decir que traidores fuimos.
Juan. Peralta, yo bien sabia
Que hice en vos un buen amigo.

Ped. No habéis, rey Don Juan, conmigo.
Porque yo no os conocía.
El que oculto estuvo allí
Era el principe de Viana;
Si vos lo contais mañana,
A él lo debéis, y no á mí.
Y no temáis que en la historia
Por nuestra audaz villanía
Quede, señor, algun día
De esta noche una memoria.
Que vos mismo habeis venido
Tras del hijo que engendrásteis,
Es un secreto que echásteis
Con nosotros al olvido.

Juan. Ingrato no me hallareis.
Ped. Dejadlo estar como está
Y partid cuando gustéis,
Que nada temer podeis
De los catalanes ya.
Mas me habeis hecho el ultraje
De creérme desleal,
Y ya me sentara mal
El rendiros homenaje.
Rey Don Juan, esa es mi espada.
*(Se la descíñe y la pone en el suelo
sus piés.)*
Para no haceros traicion,
No la llevo á precaucion
Ni desnuda ni envainada.

EL ZAPATERO Y EL REY

(PRIMERA PARTE),

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

Por odio y contrario afán
Calumniado torpemente,
Fué soldado mas valiente
Que prudente capitán.
Osado y antojadizo
Mató, atropelló cruel;
Mas por Dios que no fué él,
Fué su tiempo quien lo hizo.

A MI BUEN AMIGO DON JOSÉ GARCIA LUNA.

Me aconsejaste que presentara en escena al rey Don Pedro, y escribí este drama para tí. Reconocido quedo á todos los actores que han tomado parte en su representacion; pero sería necia vanidad negarte las dos partes de gloria que te corresponden.

El rey Don Pedro te daría las gracias; y el público que te ha colmado de aplausos, te ha dicho mejor que pueden hacerlo mis palabras, que *has aconsejado bien y has ejecutado mejor.*

Tu buen amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 14 de marzo de 1840.

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN.
DIEGO PEREZ, zapatero.
BLAS, } sus hijos.
TERESA, }
UN HOMBRE DEL PUEBLO.
La escena es en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Interior de la casa de Diego Perez : ajuar del oficio
Es de noche.

BLAS, TERESA.

Ter. Sí, sí, cierra la ventana,
Que hace una noche...
Blas. Muy buena
Para empezar una ronda.

Ter. ¡Vaya, y diluvia!
Blas. Por fuerza

Bebe los vientos por tí
Si hoy es constante.

Ter. ¡Qué pelma!

Blas. Vive Dios que es un mancebo
Que vale un mundo, Teresa;
Ni valientes le intimidan,
Ni temporales le arredran;
Con su espadon en el cinto
Y su malla sempiterna,
No hay quien le tosa en Sevilla
Si como ronda pelea.

Ter. Siempre te me estás burlando.

Blas. ¿Yo burlarme? no lo creas,
Si la verdad no te digo
En la vida hablé de veras.

¿Crees tú que entrar le dejara
En casa, si no creyera
Que es un soldado y valiente?

Ter., sobresaltada. ¡Dios mio!

Blas. ¿Qué fué, Teresa?

Ter. Seria aprension.

Blas. Seria.

Ter. Creí que abrian la puerta.

Blas. Lo que tú tienes es miedo.
Ter. Ojalá no le tuviera;
 Aunque en tal caso, mi Blas,
 Gran ventaja no me llevas.
Blas. ¿Cómo?
Ter. Anteanoche temblabas.
Blas. ¿Cuándo?
Ter. ¿Cuándo? ¿no te acuerdas?
Blas. No á fé.
Ter. Cuando aquella mano
 Que asiéndola por las rejas
 Cerró á golpe la ventana.
Blas. Algun hidalgo tronera
 Que á su casa volvería
 Con tres ó cuatro botellas.
Ter. ¿Y aquellas voces que oímos?
 Di, ¿y el són de las cadenas?
Blas. ¡No lo mientes!
Ter. ¿Virgen santa,
 Qué noche tan cruel fué aquella!
 Rodaba todo el infierno
 Por el átrio de la iglesia.
Blas. ¿Lo viste tú?
Ter. ¿Yo? En la cama
 Me di mil veces por muerta,
 Y no me atreví de miedo
 Ni á rebullirme siquiera;
 Pero Juanito me dijo
 Que él asomó la cabeza
 Por la rejilla, mucho antes
 Que á cerrárnosla vinieran,
 Y vió...
Blas. ¿Qué vió?
Ter. Seis fantasmas,
 Cuatro blancas y dos negras.
Blas. Hablemos si te parece
 Con formalidad, Teresa.
Ter. Pero no dejes la obra
 Por hablar.
Blas. Ehorabuena:
 Sigo con ella, y escucha.
 Aunque yo en verdad no tenga
 Miedo á los muertos, sea dicho
 Con la debida cautela,
 Por no tenerlos vecinos
 He echado á solas mis cuentas.
Ter. Y á fé que la vecindad
 No es muy grata.
Blas. Estáme atenta.
 Puesto que van ya tres noches
 Que esos muertos se rebelan,
 Y con sus danzas nocturnas
 Dormir en paz no nos dejan,
 Pienso ir, si padre consiente,
 A otro barrio con la tienda.
 ¿No te parece? Y mañana...
Ter. ¿Mañana? ¡Soberbia idea!
Blas. Quanto mas pronto mejor.

Ter. Si, si, porque el miedo arrecia.
 Yo, la verdad, ni una noche
 Duermo un minuto serena.
Blas. Pues yo sueño con los diablos
 Y los duendes todas ellas.
Ter. ¡Hola! ¿con que al cabo, Blas,
 Que tienes miedo confiesas?
Blas. Negar que los muertos me hacen
 Mucha pavura, Teresa,
 Fuera, á hablar como hombre honrado,
 En mi la aprension mas necia.
 Sabes que en toda mi vida
 Temi paliza, pendencia,
 Ni motin, que en todo lance
 Presto anduve á la defensa
 De mi padre ó mis hermanos,
 De un vecino... de cualquiera.
 Sabes que estuve empeñado
 No há mucho en ir á la guerra,
 Y que á dejarme mi padre,
 Ya estaria en la frontera.
 Mas los muertos me intimidan,
 ¿A qué andarse por las yerbas?
 Si veo venir de frente
 Una pica, una ballesta,
 Derecho me voy al bulto
 Por ir aunque mas no sea;
 Pero en hablando de muertos
 Estoy con la pataleta.
 Me columpio que parece
 Que es de plomo la cabeza,
 Los piés y manos de corcho,
 Y el corazon de manteca.
Ter. Pues manos á la mudanza.
Blas. No, como á padre convenga,
 A otra parte con la música.
Ter. Blas, que llaman á la puerta.
Blas. Abre tú.
Ter. Miren qué gracia.
 Abre tú que estás mas cerca.
Blas. ¡Vaya! ¡Pues aun tendrá miedo!
 ¿Quién?
Diego, dentro. Yo.
Blas y Ter. Buenas noches.
Diego. Buenas
 Os las dé Dios, hijos míos.
 (A Blas, que se asoma á la puerta con curiosidad.)
 Vaya, Blas, que llueve, cierra.

ESCENA II.

DIEGO, BLAS, TERESA.

Ter. ¿Queréis lumbre?
Diego. Sí por cierto;
 Que hace una noche tremenda.

Blas. Sentaos.
Diego. Toma el sombrero.
 Lévatela capa y tiéndela.
Blas. Chorreando está.
 (Vase Blas y vuelve.)
Ter. ¿Qué teneis,
 Padre? Traeis descompuesta,
 Desencajada la cara.
Diego. Es el frío.
Ter. No, por fuerza
 Os ha sucedido...
Blas. ¿Cómo?
 ¿Qué es eso?
Diego. Vaya, que apenas
 Llego, siempre os empeñais
 En que azares me sucedan.
 No tengo nada.
Blas. Es que importa
 Que jamás os acontezca
 Mal, mientras que tengais hijos
 Que os venguen.
Diego. ¿Eh?
Blas. Que os desflendan.
Diego. La venganza es, hijo mio,
 De maldición una piedra,
 Que tardé ó temprano vuelve
 Contra el mismo que la suelta.
Blas. Ya lo sé, padre, que he oido
 Mil veces eso en la iglesia.
Diego. Pues es preciso que siempre
 En la memoria lo tengas.
 Pero vamos á otra cosa:
 ¿Vino?
Blas. Nadie.
Diego. En hora buena;
 ¿Con que habeis estado solos?
Blas. Si, señor.
Ter. Si no se cuenta
 El miedo de cada cual.
Diego. ¿Y de qué ese miedo era?
 ¿Ambos callais?
Ter. Dilo, Blas.
Blas. Padre, hablando con franqueza,
 Los muertos...
Diego. Bueno, dejado.
Blas. Es que estamos siempre...
Diego. ¡Vuelta!
Blas. Y hemos tratado los dos
 De que mudemos la tienda.
Diego. No hay que pensar mas en ello,
 Los muertos son gente buena,
 Y no se meten con nadie.
Ter. Pero...
Diego. Silencio, Teresa;
 No son los muertos á fé
 Los que ahora á mí me amedrentan;
 Y de una vez para siempre
 Que comprendais me interesa,
 Que los muertos no hacen daño,
 Y que hablar de ellos molesta.
Blas. Pero, padre, ¿y esas voces
 Que de noche nos atruenan?
Diego. Cerrad las ventanas bien,
 Y dormid á pierna suelta;
 Las voces solo son ruido,
 Y el ruido no rompe piernas.
Blas. ¿Y no era mas fácil...?
Diego. No.
Blas. Vuestro mal humor os ciega:
 Padre, ¿qué tiene de extraño
 Que por ser la calle estrecha,
 Porque se pierde ó se gana,
 O sea por lo que sea,
 Mude un vecino algun día
 A otro barrio casa ó tienda?
Diego. Blas, yo tengo mis razones,
 Y permanecer es fuerza
 En esta casa, aunque mucho
 De ello en el alma me pesa.
Blas. ¡Qué diablos! ¡quiere y no quiere!
 ¿A que tambien da en la tema
 De callar que tiene miedo?)
 Pero...
Diego. Basta de querrela:
 No hay que alzar ya mas pelillos
 A conversacion tan necia;
 Y el que de noche curioso
 Me abra á deshora una reja,
 Que se eche á él solo la culpa
 Del mal que á todos nos venga.
Ter. ¿Llamaron?
Blas. ¿Abro?
Diego. ¿Pues no?
 Que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III.

DICHOS, DON JUAN DE COLMENARES.

Juan. Dios sea loado.
Diego. ¿Don Juan!
 ¿Con una noche tan cruda
 Vos en mi casa?
Juan. Sin duda,
 Siempre os quise con afán.
Diego. Cuatro años hace, señor,
 Que en ella no os hemos visto.
Juan. De venir es, ¡vive Cristo!
 Esa la razon mejor.
 Quanto mas corren los años
 Mas los amigos se prueban,
 Y amistades se renuevan
 En males y desengaños.
Diego. Hablais, Don Juan, de amistades
 Con tono tan singular,

Ped., con brio. ¿Olvidar y haberla visto?
Y vale mas ¡voto á Cristo!
Que la Aldonza y la Padilla.
Ter. ¿Qué decís? que... ¿á quién nom-
Ped. Padilla y la Coronel, [brais?
Damas del rey.
Ter. ¿Y con él
Y aquellas nos comparais?
Ped. Sí, pues siendo ante la ley
El el primero y mejor,
La mas hermosa el amor
Debe cautivar del rey.
Blas. Ved que estais aqui conmigo,
Y ved que su hermano soy.
Ped. ¡Qué lenguaraz estás hoy!
Blas. Es que soy...
Ped. Calle, le digo.
Blas. (Los ojos me hace bajar
se me traba la lengua.)
Ter. No le riñais, que es gran mengua
Hacerle esto tolerar;
Y partid, que es ya muy tarde
Y no está mi padre aqui.
Ped. ¿Con vos no me dejó á mí?
¿Qué importa que yo le aguarde?
(*Tocan á las ánimas, y al són de las cam-
panas Blas y Teresa hacen un movi-
miento de temor.*)
Ped. ¿Qué es eso?
Ter. ¿No oís tocar?
Blas. Las nueve deben de ser.
Ped. ¿Y qué tiene eso que ver
Para ponerse á temblar?
Blas. ¿Qué, no sabeis lo que pasa?
Mas no me mirais así,
Que poneis un ceño...
Ped. Di
Qué es lo que hay.
Blas. En esta casa
Es imposible vivir:
La mejor noche nos comen.
Ped. ¿Quién?
Blas. Temiendo estoy que asomen,
Que á esta hora suelen venir.
Ped. ¡Qué tropel de desaciertos!
¿Locos á esta hora os volveis?
Blas. ¿Los oís?
(*Don Pedro da un paso hácia la ventana;
Blas le detiene.*)
No os asomeis.
Ped. ¿Pero quién son?
Blas. Unos muertos.
Ped. ¡Muertos!... ¡Bah! ¡bah! pues ya
estoy;
¿Con que todo eso era miedo?
¿Y se ven?
(*Segundo paso de Don Pedro y detencion
de Blas.*)

Blas. Estaos quedo
Si morir no quereis hoy.
Ped. Y en efecto, se oye ruido
Y se ve luz por la calle.
Ter. Siento que padre no se halle
Ya esta noche recogido.
Blas. ¡Cielos, yo tiemblo por él!
Todos los dias parecen
Hombres que á fuerza perecen
De esa iglesia en el cancel.
Ped. ¿Y la justicia lo sabe?
Blas. Sin duda saberlo debe.
Ped. ¿Y entonces?
Blas y Ter. Nadie se atreve.
Ped. (Gran misterio en ello cabe;
Prosigamos, y si encuentro
El hilo á este laberinto,
Fuego pondré á su recinto
Hasta dar con lo que hay dentro.)
Decid, ¿y habeis visto alguno
De esos cuerpos que perecen
Por la noche, y aparecen
Por la mañana?
Blas. Ayer uno.
Ped. ¿Tenia herida?
Blas. En el pecho.
Ped. ¿Y mostraba la señal
Ser de espada ó de puñal?
Blas. Que con ambas lo habian hecho
Dijeron los cirujanos.
Ped. ¿Luego eran contra uno dos?
¡Ánimas eran por Dios
De vivientes bien villanos!
(*Ruido dentro.*)
Blas. ¿Oís?
Ped. Mándrias, no tembleis,
Que quien lo remedie habrá.
Blas. ¿Quién con los muertos podrá?
Ped. Los vivos.
Ter. ¡Cómo!
Ped. ¿No veis
Que en un nicho los encierran?
Blas y Ter. Claro está.
Ped. Pues de contado
Pueden mas que el enterrado
Los vivos que allí le entierran.
Blas y Ter. Tiene razon.
Diego, dentro. Muerto soy.
Blas. ¡Santo Dios! ¿habeis oído?
(*Un momento de atencion.*)
Diego, dentro. ¡Blas! ¡Teresa!
Ter. ¡Padre ha sido!
(*Blas corre á la puerta, y al tiempo de
abrir se ve á Diego tendido en tierra.*)
Diego. ¡Ay de mí!
Ped. ¿Soñando estoy?

ESCENA IX.

DON PEDRO, DIEGO, BLAS, TERESA.

Blas. ¡Sangre! ¿quién fué, padre mio?
Diego. Tente, Blas, no salgas, no,
Que murieras como yo,
Y en tí mi esperanza fio.
Blas. Voy á buscar...
Diego. Escusado;
¡Fué mi destino fatal!
Arrimadme ese sitial,
Y acercaos, buen soldado.
Ped. Decid si sabeis quién fué,
Que ha de acordarse de vos.
Diego. Dejadme acabar por Dios:
Id á ver al rey...
Ped. ¿Y qué?
Diego. Y decidle que esos muertos...
Ped. Acabad.
Diego. No puedo mas.
(*Inclina la cabeza y muere. — Pausa.*)
Ped. ¡Voto á Dios y á Barrabás!
Entre sus labios abiertos
El mismo el secreto ahogó.
Blas. ¡Padre!
Ter. ¡Señor!
Ped. Esto es hecho;
Vamos á echarle en su lecho,
Que ayudaros puedo yo.
(*Llévante y vuelva Don Pedro.*)

ESCENA X.

DON PEDRO.

¿En ver al rey tanto afan
Y á puñaladas morir?
De lo que le iba á decir
Claros barruntos me dan.
Con él los muertos mantienen
Misteriosa relacion...
Con el rey por precision
Tambien relaciones tienen.
¡Incomprensible cadena,
Yo seguiré uno por uno
Tus eslabones, y alguno
Se deshará como arena!
(*Se pasea á pasos precipitados, y esclama
mirando á la ventanilla.*)
Muertos que del nicho salen
Y á los vivos asesinan,
Son, si á espacio se examinan,
Fantasmas que verse valen.

ESCENA XI.

DON PEDRO; BLAS SALE A LA PUERTA Y SE TIENE EN EL DINTEL, LA CABEZA INCLINADA SOBRE EL PECHO CON MUESTRAS DEL MAS PROFUNDO DOLOR.

Blas. ¡Amigo!
Ped. (¡Desventurado!)
¿Diego?
Blas. No le nombres ya:
¡Silencio! mi hermana está
Rezando aún á su lado.
Ped. Que lllore es mucha razon.
Blas. Sí, que rece una muger,
Pero algo mas ha de hacer
Un hombre en esta ocasion.
Ped. ¿Luego dijo...?
Blas. Nada ya,
Pero yo lo sé muy bien.
Que hay cosas que no las ven
Sino los ojos de un hijo.
(*Muy marcado.*)
Un hombre esta noche estuvo
Con mi padre hablando aqui,
Y yo con mi padre vi
Que muy descortés anduvo.
Ya de la puerta al dintel
Dijo: Encomiéndate al cielo...
A su tribunal apelo
Si quien le mata no es él.
(*Quedan ambos en silencio por un ins-
tante.*)
Ped. Esta noche irás conmigo
Y el rey te remediará.
Blas. ¿El rey? no voy; me ahorcará,
Que es del otro muy amigo.
Ped. ¿Y no hay justicia en Sevilla?
Blas. Dicen que con este rey
No hay mas razon ni mas ley
Que su capricho en Castilla.
Ped. Rapaz, la audacia perdono
Porque lastimado estás;
Pero no hables así mas
De quien se sienta en un trono;
Y escuchame un buen consejo,
Que lléveme Belcebú
Si no sé yo mas que tú
En la muerte de ese viejo.
¿Quieres con el hombre dar
Que á tu padre asesinó?
Blas. El alma daría yo
A quien me le haga encontrar.
Ped. Pues los secretos que encierran
Las tumbas, los saben bien
A estas horas...
Blas. Pronto, ¿quién?
Ped. Esos muertos que te aterran.

Blas. ¡Santo Dios!

Ped. Que no te atreves
A esperarlos, bien se ve;
Mas yo en tu lugar lo haré,
Y piensa cuanto me debes.
Yo hallaré el rastro á tu presa,
Te daré á ese hombre, y si él es,
Me has de ayudar tú despues
A poner cabo á la empresa.
¿Dices que de esa ventana
Se alcanza la iglesia á ver?

Blas. ¡Cielos! ¿qué intentais hacer?

Ped. Una caridad cristiana:

Vete, mancebo, á rezar
Por el que duerme allí echado,
Vete; yo soy un soldado
Y voy también á velar.

Blas. Mirad bien, que aunque parecen
Ilusiones del temor
Esos fantasmas, señor,
Mayor crédito merecen.
Mi padre me amenazó
Que quien osara mirar
Ni entender...

Ped. Vete á rezar,
Blas, que te lo mando yo.

Blas. Valiente sois, buen soldado;
Quédoos muy agradecido,
Mas de hinojos os lo pido,
Quede el postigo cerrado.
¡Oh, aunque me digais tenaz
Que son visiones del miedo,
Lo he visto y juraros puedo
Que hay un muerto pertinaz
Que en cerrármole sé empeña!

Ped. Vete, que ha de estar abierto,
Y como asome ese muerto
Yo le daré santo y seña.

(Don Pedro obliga á Blas á entrar en el
cuarto donde entró su padre.)

ESCENA XII.

DON PEDRO.

Que lloren sus desventuras
Los hijos de un zapatero
Mientras busca un caballero
Con valor sus aventuras.

(Entorna la ventana.)

Dejo entornado el postigo
Y mato la luz; así
Veo y no me ven á mí
De las sombras al abrigo.

(Toma un taburete y se sienta enfrente de
la ventana.)

Quien son los muertos veré,

Y si á toparlos acierto,
No me ha de quedar un muerto
Que sepa tenerse en pié.

ACTO SEGUNDO.

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal
de una iglesia abandonada: en el fondo el átrio
cercado de verjas de hierro; á la derecha el es-
terior de la casa de Diego, con la ventanilla que
abrió Don Pedro en el acto anterior.

PERSONAS.

DON PEDRO.
BLAS PEREZ.
DON JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
DON JUAN ROBLEDO.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.
UN CONJURADO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN DE COLMENARES, SAMUEL
LEVI.

Juan. Preciso matarle fué.

Sam. ¿Con que al cabo?

Juan. Sí, murió,

Que un día mas de su vida
Fuera nuestra perdicion.
Duéleme mucho su muerte;
Pero á jugar, vive Dios,
Las nuestras contra la suya,
Lo hecho tengo por mejor.

Sam. Sí, por el santo Abraham;

¿Pero estais seguro vos
De que nadie mas que el viejo
Cayó en la cuenta?

Juan. Eso no;
Hermanos fuimos de leche,
Y era ese Diego un varon
Justo, inflexible y severo,
Que siempre pensó y obró
Segun su recta conciencia;
Y aunque tuviera ocasion
Fuera del rey, á ninguno
Parte de su intento dió.

Sam. Mas hijos tiene.

Juan. Samuel,
Desechad todo temor,
Los hijos como del vulgo
Canalla cobarde son;
Ni abrirán una ventana
Hasta muy entrado el sol,
Ni cerrarán una puerta

Sino antes de la oracion;
Y á gente tal en contándola
Cualquier patraña ó error,
La tenéis siete semanas
Soñando con la vision.

Sam. En verdad, buen Colmenares,
Que os acude harto valor
Para arriesgaros á tanto.

Juan. Nunca, Samuel, me faltó
Ni la audacia ni el consejo
Cuando puestos en union
Me tentaron el antojo
Las grandezas y el amor.

Sam. Así corre vuestra fama
Por Sevilla, y así sois
El escándalo en el templo
Y en las calles el terror.

Juan. Vaya que estais esta noche
Filósofo; un hombre soy,
Y como tal mis pecados
Flaquezas humanas son.
Solo hallo una diferencia
Con los demas, y es que yo
Aborrezco á los hipócritas
Y obro con satisfacion
Sin embozar mis flaquezas
Con disimulo traidor.

Sam. Bien meditado. Don Juan,
Tal vez no os falta razon:
Pero es el vulgo envidioso,
Injusto y murmurador.

Juan. ¿Qué diablos vals á decirme
Con tan prollo sermón?
Que me place la hermosura,
Que á los regalos me doy,
Que mis inmensos caudales
Derramo con profusion,
Que tengo amigos, que tengo
Mucho en la corte favor.

¿Y eso qué tiene de extraño?
¿No haceis otro tanto vos?

Sam. ¿Y os olvidais ya, Don Juan,
Del bonete y del ropon?

Juan. ¿Y os olvidais que me dieron
La prebenda como á vos
Del rey la tesorería?

Sam. ¿Cómo?
Juan. Vedlo en conclusion:

Yo era soldado, la guerra
Siendo rico me cansó,
El rey me quería entonces,
El cabildo enredador
De Sevilla, harto indiscreto,
No sé en qué le desairó.
Don Pedro, para humillar
Tan osada presuncion,
Sin mirar á mas razones
En el coro me sentó;

Con que soy un ave ambigua
Que estoy en disposicion
De volar y de correr
Como me venga mejor.
No recibí orden alguna;
Y á mi antojo, ved que voy
Llevando con igual brio
Las espuelas y el ropon.
Mas vamos á lo que importa:
¿El mensajero llegó?

Sam. Mañana llega.

Juan. ¿En secreto?

Sam. No, con mucha ostentacion,
Que trae comitiva y viene
Con nombre de embajador.

Juan. ¿Y es hombre de quien se fie?

Sam. A toda prueba.

Juan. ¿Por Dios

Que el atrevimiento es mucho!
Sam. No es, Don Juan, mucho mayor
Que señalar una iglesia
Por punto de reunion.

Juan. De audaces es la fortuna.

Ya veis lo bien que salió
Para apartar los curiosos
De los muertos la ficcion.

Sam. Aunque á bulto en poco estu
Si con nosotros no dió
El justicia Benavides
Allá en el otro rincón.

Juan. ¡Oh, aquí seguros estamos
Gracias á lo que costó!
Dos veces hemos venido
Y mirad en derredor,
No hay una casa habitada,
Y el zapatero murió.
Pero el enviado, decidme,
¿Sabrá hacer...?

Sam. ¡Santa Sion!
Médico, adivino, astrólogo,
Y mi huésped, ved, señor,
Si tendrá bien su lugar;

De sus consejos en pos
Enfermos, pobres y tontos
Le irán á implorar favor.
Entrarán cuantos quisiéremos,
Y tomarán de su voz
Nuestras órdenes, á guisa
De remedio ó prediccion.

Juan. ¡Soberbia idea, Samuel!
¿Y Aldonza?

Sam. En venir quedó,
Y aguardará del alcázar
Para salir la ocasion.
Pero, Don Juan, vamos claros,
¿La amais de veras?

Juan. ¿Pues no!
Es noble, astuta y hermosa.

¿Quién necio al primer embate,
Mal jugador de ajedrez,
Jugando la primer vez
Tira al rey un jaque mate?
¿Con trampas y alteraciones
Piensan el juego embrollar?
Empecemos á jugar
Moviendo algunos peones.
¡Blas!

ESCENA IV.

DON PEDRO, BLAS.

Blas. ¿Qué quiere?
Ped. Ven acá:
¡Páreceme que decías
Que á tu padre vengarias!
Blas. ¡Si por Dios!
Ped. Empleza ya.
Blas. No juegue con mi dolor,
Que por Cristo que le juro
Que aunque plebeyo y oscuro
Razon me sobra y valor.
Ped. La paciencia sin embargo
Te hace falta: tenla pues:
Yo sé el matador quién es.
Blas. ¿Quién?
Ped. La prudencia te encargo.
Blas. ¡Prudencia! ¿y visteis morir
A quien me mandais vengar?
Ped. Vé la justicia á buscar
Y hazla contigo venir.
Blas. ¿De mi burlaros quereis?
Ped. ¿De Colmenares te olvidas?
Blas. ¿Ese fué?
Ped. El mismo.
Blas. Cien vidas
Que tuviera... ¡oh! — lo vereis.
Ped. Pues yo le pondré en tus manos
Si traes la justicia tú.
Blas. ¡Justicia! ¡por Belcebú
Que es auxilio de villanos!
¿Dónde está ese tigre cruel?
Dadme esa daga por Dios,
Y cierro delante á vos
A puñaladas con él.
Ped. Y si tal haces, menguado,
¡Llegarás á tu enemigo
Sin que tropiece contigo
La justicia de contado?
Si el golpe yerras por suerte...
Blas. No temais, no le erraré.
Ped. Mejor es que se le dé
La justicia, que es mas fuerte.
Blas. ¿Ese consejo me dais
Y sois soldado del rey?
¿Os remitís á la ley
Y espada al cinto lleváis?

Guardaos enhorabuena
Vuestros consejos, y ahora
Dejadme aguardar mi hora
Mal devorando mi pena;
Porque os juro que un zapato
No he de volver á coser,
Si es que yo le alcanzo á ver
Y allí mismo no le mato.
Ped. Bien está, le matarás.
Blas. ¿Cara á cara?
Ped. La manera
Ponla tú con tal que muera.
Blas. Vamos allá.
Ped. Tente, Blas:
Que tú lo harás te repito,
Mas con una condicion.
Blas. ¿Cuál es?
Ped. En esta ocasion
La justicia necesito.
Blas. ¿Para él?
Ped. Sí; cuando le prueben
Que el delito cometió,
Haré que á tus manos yo
Sentenciado te lo lleven.
¿Lo oyes?
Blas. No lo entiendo bien;
Mas no os puedo resistir:
Voy... y si vais á mentir
El cielo os maldiga.
Ped. Amen.

ESCENA V.

DON PEDRO.

Que le mates, eso quiero;
Que quien con su rey se atreve
Justo es que la muerte lleve
Por mano de un zapatero.
Que le mates: es la ley,
Y así aprenderá de cierto
Que no hay un vivo ni un muerto
De quien tenga miedo el rey.
Alguien llega; si es amigo
De esa gente, antes de entrar
Se tendrá que confesar
A solas aquí conmigo.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON ALBAR PEREZ DE
GUZMAN.

Alb. (Esta la iglesia será
Si cuando señas me dieron
A traición no me mintieron:
Pecho al agua.)
Ped. ¿Quién va allá?

ACTO SEGUNDO.

Alb. ¡Las ánimas!
Ped. Adelante.
Alb. ¿Estais vos?
Ped. Por Don Enrique.
¿Y vos?
Alb. No hay porque me explique
Sin que el misterio levante.
Ped. ¿No os dieron aqui una cita?
Alb. ¿Y aqui os citaron á vos?
Ped. Sí.
Alb. Y á mí.
Ped. Con que á los dos
Aqui se nos necesita.
¿Sois Lacerda, Mahomad
O Roma...? esperamos hoy
Sus avisos.
Alb. Guzman soy.
Ped. ¿Albar Perez? perdonad
Que á conoceros al punto
No os hubiera detenido.
¿Venís, Guzman, decidido?
Alb. A vencer ó ser difunto.
Ped. Eso sí: bien elegimos;
Ni un cobarde hay con nosotros,
Aunque en mucho mas que á otros
Por ofendido os tuvimos.
Alb. ¡Mucho sabeis!
Ped. Soy el ojo
Derecho de Don Samuel,
Y no me recata él
Ni su mas minimo antojo.
¿Y os llegó su carta?
Alb. Sí.
Ped. Ya visteis lo que decia.
Alb. Y vos, pues todo os lo fia
Ped. Como que yo la escribí.
(Fortuna fué que escribiera,
Que á ciegas le pregunté.)
Pues si mal no me enteré
Ya solo por vos se espera.
Alb. Voy pues á entrar.
Ped. Aguardad,
Que pues la suerte es propicia
Daros quero una noticia.
Alb. Dádmela pues, y abreviad.
Ped., con intencion. Vuestra muger os es
fiel.
Alb. ¡Vive Dios...!
Ped. Sé que irritado
Con ella os habeis mostrado.
Alb., amostazado. ¿Y qué se le importa
á él?
Si contra el rey conspirais...
Ped. Del rey hablaros pensé.
Alb. Pues id derecho, que á fé
Que os juro que lo acertais.
Ped. Preso en sus lazos le tiene
Doña Aldonza.

Alb. ¡Ya volveis!
Ped. Si de él vengaros quereis
Hablar de ella vos conviene.
Alb. Seguid.
Ped. Por si torpe lengua
Su limpieza calumnió,
Sabed que hay quien defendió
Vuestra causa... aunque sin mengua.
Ella tiene al rey cogido;
Mas solo es para ayudar
Con su amor á conspirar
A su amigo y su marido.
Alb. ¿Su amigo?
Ped. Y vuestro mayor;
Pues á vuestra órden atento,
No se separa un momento
De ella, por cumplir mejor.
Alb. ¿Por quién me tomáis á mí?
Ped. Por Don Albar de Guzman,
Y á fé que sin mucho afan,
Que vos lo habeis dicho así.
Alb. Pues estais mal informado,
Que yo no encargué á ninguno
Mi muger.
Ped. Pues hay alguno
Que á su cargo la ha tomado.
Alb. ¿Quién?
Ped. Don Juan de Colmenares.
Alb. Os digo que os engaiais.
Ped. Nada, Don Albar, temais
De quien sirve en los altares.
Pero entrad que os entretengo.
Alb. (¡Aviso mas singular!)
Decidme...
Ped. ¿Quereis entrar,
Que os esperan?
Alb. A eso vengo;
Mas quiero una explicacion
De eso que ahora me habeis dicho.
Ped. ¿Traeis en fingir capricho?
Mas en fin teneis razon,
Que delicados asuntos
Son los asuntos de honor.
Alb. Quien no habla de ellos mejor
Cerca está de los difuntos.
Ped. ¿Me provocais? no hay por qué,
Mas si os ofendeis por esto,
Don Albar, estoy dispuesto
Y el caso os explicaré.
Alb. ¿Cuándo?
Ped. Mañana, que fuera
Dar antes que sospechar.
Alb. ¿A qué hora y en qué lugar?
Ped. En mi casa y á cualquiera.
Alb. ¿Dónde morais?
Ped. De mi casa
Haré que os avisen, y...
Pero entrad, que pese á mí

Que el tiempo hablando se pasa.
(*Sube Don Albar las gradas del ático diciendo:*)

Alb. (Por Cristo que me ha metido
Ese hidalgo en confusion.)
Ped., viéndole entrar. Para una conspiración
No hay cosa como un marido.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

El dardo en el pecho lleva
Y á fé que le ha de estorbar,
Mas si le quiere tocar
La herida el mismo renueva.
(*Se echa á reír.*)
Poco hay en el otro mundo
Segun se ve de provecho,
Cuando un soldado ha deshecho
Su plan mas sabio y profundo.
(*Después de un momento de meditacion,
con ira, marcando el carácter inconstante del rey Don Pedro, dice:*)
Torres de orgullo y grandezas
Necios levantando están,
Mas otro levantarán
Su torre con sus cabezas.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, BLAS.

Ped. ¿Cumplisteis?
Blas. Sí.
Ped. No los veo.
Blas. Pronto los tendreis aquí,
Que mas me interesa á mí
Mi venganza y la deseo.
Ped. Escucha, Blas.
Blas. Ya os escucho.
Ped. ¿Serás capaz de esperar
A los muertos?
Blas. con temor. ¿Yo?
Ped. A juzgar
Por el yo los temes mucho.
Blas. Mas la pregunta ¿á qué asunto?
Ped. Es que te encargo en conciencia
Que tengas mucha prudencia
Si aparece algun difunto.
Blas. (Cómo no puedo entender
Hablar de muertos le gusta;
Nada á este hombre le asusta;
Mas nada le veo hacer.)
(*Uno de los conjurados aparece en el ático, envuelto en el lienzo que le sirve de disfraz.*)

Blas. ¡Cielos!

Ped. ¿Qué es eso?

Blas., señalando al conjurado. ¡Mirad!
(*Blas cae de rodillas con la expresion del pavor mas concentrado. Don Pedro vuelve el rostro con serenidad.*)

ESCENA IX.

BLAS, DON PEDRO, UN CONJURADO.

Conj. (Rumor oí segun creo,
No vendrá mal un paseo
Contra una curiosidad.)
Ped. Quieto, Blas, ó eres perdido.
Blas. (Tamaño valor me pasma.)
Ped. (Dejemos que la fantasma
Nos diga á lo que ha venido.)
Conj. Desventurado mortal
Que, pecador descarriado,
Á este lugar has llegado,
¿Quién eres?
Ped. Si no voy mal
Poco para muerto sabes,
Pues no conoces en mí
Un vivo que viene aquí
Por negocios hartos graves.
Conj. Eres pues...
Ped. Del otro mundo
Donde ya aguardando están
A Samuel y al de Guzman.
Conj. (Es nuestro, si bien me fundo.)
(*Vase acercando á Don Pedro, y mirándole de arriba abajo, estraña la capa echando menos el disfraz.*)
Que vengas de allá me alegro,
Aunque es tu disfraz muy franco.
Ped. Es que tú eres muerto blanco
Y yo soy un muerto negro.
Conj. Negro ó blanco ¿á qué no entrar
Con nosotros?
Ped. Es que yo
Soy muerto que nunca entro
Donde le pueden cerrar.
Conj. (¡Traidores hay pesia mí!)
Responda quien va ó es muerto.
(*Al acercarse á Don Pedro, asiendo este su daga con disimulo, le da de puñaladas y va á caer fuera de la escena.*)
Ped. Quien los infernos ha abierto
Esta noche para tí.
Conj. ¡Cielos!
Blas. Por san Blas ¿qué es esto?
Con los muertos arrogante
Se los lleva por delante...
¿Qué hombre es este á Dios opuesto?
(*Vuelve Don Pedro limpiando la daga.*)
Ped. Bien muerto está el temerario.

Por Cristo que lo acertó
Cuando al conspirar tomé
Para envolverse un sudario.

ESCENA X.

BLAS, DON PEDRO.

Ped. ¡Blas!
Blas. (Miedo este hombre me da.)
Ped. ¿Qué tiemblas? ¿esto te asombra?
Ven, que un muerto es una sombra
Y al ver esta cruz se va.
(*Muestra la de la daga.*)
Blas. (Temblando estoy de pavor.)
Ped. Vamos, ¿qué temes, muchacho?
¿No ves cómo los despacho?
Cálmate y cobra valor;
Que aunque entre el vulgo mantienen
Gran crédito los difuntos,
En viendo dos vivos juntos
Nunca á amedrentarlos vienen.
Blas. Asi será, pues que veo
Que con ellos os cerrais
Y á estocadas los echais.
Ped. Que vengan muchos deseo:
Y aprende á hacerlo de mí,
Que muertos como el que has visto
No merecen, voto á Cristo,
Sino lo que á ese le dí;
Mas vienen.
Blas. Es la justicia.
Ped. Blas, silencio y confianza,
No malogres tu venganza
Por ceguedad ó impericia.
Aquí tu venganza empieza,
Y si sagaz me ayudas,
Lograras de Colmenares
Por lo menos la cabeza.
Blas. Mas...
Ped. Silencio, ya lo ves;
Tú de mi poder testigo,
Eres, con que sé mi amigo,
Que te alegrarás despues.
Blas. (Todo es misterios este hombre;
Mas pues me halaga y me ayuda,
Tendré la lengua tan muda
Como su brazo y su nombre.)

ESCENA XI.

DON PEDRO, BLAS, LA JUSTICIA.

Ped. Mas vale nunca que tarde:
(*Con autoridad.*)
Que la justicia y la uncion
Matan con la detencion.

Justicia. ¿Quién se atreve?

Ped. Dios le guarde.

Justicia. ¿Para esto llamais la ronda?

Ped. Callad.

Justicia. ¿Quién manda callar?

Ped. (Le dice al oído.) Quien puede ha
ceros ahorcar

Aunque la faz vos esconda.

(*Bajo á los de la ronda; le oyen todo,
menos Blas.*)

Esta noche han muerto aquí

A Perez el zapatero:

Aquí al agresor espero,

Y el cadáver está allí.

En su casa os esconded,

Y cuando mi voz oigais,

Al que en la calle veais

Sin mas respetos prended.

Y... para todos lo digo,

Ni el reo ni el tribunal

Han de saber, voto á tal,

Que habeis topado conmigo.

Imparcial que sea quiero

Del agresor la sentencia,

Que tan hombre es en conciencia

Como el rey el zapatero.

Con que adentro.

(*Al entrar los detiene.*)

¡Eh! y escuchad:

Con el muerto está su hija,

Nadie importuno la aflija

Por gracia ó curiosidad;

Y cuenta que por torpeza

O por malicia, espíjar

Ose alguno este lugar,

Porque pierde la cabeza.

(*Entran y Don Pedro les cierra puerta y postigo.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO Y BLAS, QUE NO DEBE HABER
COMPRENDIDO LA ESCENA ANTERIOR QUE
PASA ENTRE DON PEDRO Y LA RONDA.

Blas. ¿Qué van á hacer en mi casa?

¿No veis que mi padre está...?

Ped. Todo lo he previsto ya;

Tú atiende á lo que aquí pasa.

Tal vez volverán los muertos,

Entre ellos viene sin duda

Colmenares.

Blas. ¡Dios me acuda!

Ped. Y tenga tus desaciertos;

Aunque le veas venir

Estate quieto á mi lado.

Blas. Eso no, señor soldado,

Si le veo, ha de morir.

Ped. Pues deja que pasen todos,
Que con tantos atreverte
Fuera correr á la muerte.

Blas. Lo haré así.
Ped. De todos modos
Llegó tu venganza, Blas:
Mas que en ninguna ocasion
Divulgue tu irreflexion
Lo que esta noche á ver vas.

ESCENA XIII.

DON PEDRO Y BLAS SE APARTAN A UN LADO;
SAMUEL, DON JUAN, DON ALBAR,
ROBLEDO, CONJURADOS, ETC.

Juan. Con que no olvidar, señores,
Que nuestros dias son tres,
El santo y la seña es
Ánimas y embajadores;
Entretanto con el moro
Que se aviste cada cual,
Y no le irá á nadie mal
Ni por armas, ni por oro. *(Vanse muchos.)*

ESCENA XIV.

DON PEDRO, BLAS, SAMUEL, DON
JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDONZA,
ROBLEDO, ETC.

Juan. Ahora bien, hecho lo hecho,
Este lugar se abandona;
Enrique tendrá corona
Y nosotros gran provecho.
Ald. Adios, Don Juan.
Sam. Dios os guarde.
Alb., á Samuel. El os ayude, Samuel.
Rob. ¿Os quedais?
Sam. Tengo con él
Que hablar.
Juan. Pues decid, que es tarde.

ESCENA XV.

SAMUEL, DON JUAN; BLAS Y DON
PEDRO, OCULTOS.

Sam. ¿Don Juan, la quereis aun?
Juan. ¿Pues en qué mudanza ha habido?
Sam. ¿No es Don Albar su marido?
Juan. ¿Y el peligro no es comun?
Sam. Pero...
Juan. ¿No hay en este lance
Averias de fortuna?
Pues no ha de faltar alguna
Que si me estorba le alcance.
Mas lo que hablarme teniais...

Sam. A eso voy : pues sois tan rico
Como yo...

Juan. ¿Qué?
Sam. ¿No me esplico?
En repartir bien hariais
Los gastos entre los dos.
Juan. Vuestra avaricia redobla,
Samuel, y por cada dobla
Llorais un cántaro vos.
Sam. Ya veis... tantos adelantos
Y tan exhausta la caja.

Juan. Ya se os hará una rebaja,
Que por ahora no son tantos;
Mas cuenta con que el dinero
Mucho os duela; tirad de él,
Que en este caso, Samuel
La cabeza es lo primero.

Sam. Fio en vos.
Juan. Y sabeis bien
Que por tal parcialidad
Os ofrece Mahomad
Medio reino de Jaen.

Sam. En el moro al fin tendré
Quien me ayude en un azar.
*(Y un escondido lugar
Donde el tesoro pondré.)*
Buenas noches.

Juan. Id con Dios.

ESCENA XVI.

DON PEDRO, BLAS, DON JUAN; DESPUES
LA JUSTICIA.

Juan. Ambiciosos miserables,
Cuyas manos insaciables
Van siempre del oro en pos.
Vete en paz hoy y atesora,
Que yo te haré levantar
Con tres palos un altar
Donde te llegue tu hora.

*(Mira á la casa del zapatero y dice mar-
chándose :)*

Su infortunio me hace duelo;
Mas él se empeñó en morir,
Y entre los dos á elegir
Quiso lo mejor el cielo.

Ped., á Blas. Ahora tú.
*(Blas se arroja sobre Don Juan, y mien-
tras ese se defiende y la justicia los
separa, sin que Don Juan vea de donde
salen, dice Don Pedro :)*

Ped. ¡Favor al rey!
Juan. ¡Viven los cielos, villano!
Blas. ¿Y mi padre?
Justicia. Echadle mano.
Juan. ¿Qué es esto?
Justicia. Ayuda á la ley.

Blas. Ese á mi padre mató.
Juan. ¿Cómo? ¡Infame!
Just. Basta ya,
Que ese hombre acusado está.
Juan. ¡Viles, asesino yo!
Blas. Y aun niega... dejadme á mí :
Ese hombre muerte merece;
Dádmele, me pertenece,
Yo soy el verdugo aquí.
*(Blas separado de Don Juan forcejea por
llegar á él. Llevan á Don Juan por el
lado opuesto á la casa de Diego Perez,
y Don Pedro coge á Blas por el brazo,
cuando todos vuelven la espalda.)*
Justicia, á Blas. Ea, atrás tú... y venid
vos. *(A Don Juan.)*
Juan. Inocente...
Just. Si sereis;
Pero allá se lo direis
A los jueces.
Juan. Sí por Dios.
Ped., á Blas. Ven aquí, y en mí te fla.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, BLAS.

Blas. Ved que me habeis prometido...
Ped. Que del crimen convencido
En tus manos le pondria.
Pues bien, pasado mañana
Te avisarán de un lugar
Donde has de ir á consultar
Sobre la justicia humana.
Blas. ¿Qué me importa?
Ped. *(Dale un bolsillo.)* Calla y ten.
Con esto el entierro harás
De tu padre y de ese, Blas;
*(Señalando al sitio donde cayó el conju-
rado á quien mató Don Pedro.)*
Y callando te irá bien.
Blas. *(De sus ojos tengo miedo;
Por mas que al orgullo acudo
Me apura, me opongo, dudo;
Mas resistirle no puedo.)*
*(Entra en su casa empujado ligeramente
por Don Pedro.)*

ESCENA XVIII.

DON PEDRO.

Bien; nada Don Juan sabrá,
Nada los jueces tampoco,
Y ese pensamiento loco
Adelante seguirá.
(Se echa á reir, y dice yéndose y frotán-

*dose las manos con nuestra de satis-
faccion :)*

Y es justo que en horca acaben
Y al vulgo den que reir
Muertos que aun han de morir
Y que la hora no saben.

ACTO TERCERO.

Gabinete oriental en casa de Samuel Levi, destinado
al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo
y secretas á los lados; mesa con tapete de grana,
cogines, etc. Luz artificial.

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
BLAS PEREZ.
DON JUAN ROBLEDO.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
TERESA PEREZ.
UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
DON DIEGO GARCIA DE PADILLA.
JUAN CORTACABEZAS.
DOS BALLESTEROS DE LA GUARDIA DEL REY.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ALDONZA CORONEL, DON JUAN
DE COLMENARES.

Ald. Imposible, Don Juan; dirán si
quieren

Que por capricho mugeril os quise,
Mas no penseis que mi decoro hollando
Así el blason de los Guzmanes pise.
Mucho os amé y os amo todavía,
Que negároslo aun fuera locura,
Mas seguïros liviana, Colmenares,
Tinta en su sangre...

Juan. Basta; estad segura
Que os comprendo muy bien: enhorabuena,
Trocar por un mal rey un buen marido,
Que merecia os pareció la pena;
Mas quien señora en un palacio ha sido,
Vivir no debe en opulenta casa,
Que de hidalgo solar al fin no pasa.

Ald. Me tentais demasiado la paciencia,
Señor Don Juan : tened esos dieterios,
Porque pican pardiez en insolencia;
Quien al rey escuchó fué mi venganza;
Mató á mi padre y vive en mi memoria.

Juan. ¿Qué diablos! ¿por tan pcco una
pendencia
Queréis armar? no somos hoy tan niños

Que no alcancemos ya la tecnología
Y el sistema de amores y cariños.
Ald. Teneis, Don Juan, un alma depravada,
Incapaz de sentir, é indiferente
Dispuesto estais con sátira insolente
A reir de la cosa mas sagrada.
Juan. ¿Pues qué quereis? ¿que á fuer
de caballero
Que errante corre á caza de aventuras,
Abra un pelenque á voz de pregonero
Y haga hastillas por vos un par de lanzas
Ganoso de cosecha de esperanzas?
No es mi propuesta tan difícil cosa;
En cualquier asonada repentina,
Muere á manos de turba codiciosa
El patriota mejor tras de una esquina.
Ald. Basta ya, por mi vida, Colmenares.
Si la lengua arrostré del populacho,
Del rey Don Pedro por vengarme ansiosa
Vengo á mi padre y moriré gozosa;
Todo el mundo verá, por mas que os pese,
Que el corazon del rey no pretendia
Quien aguardando la ocasion, sedienta
Bebió la sangre que en su pecho habia.
Juan, con sarcasmo. Y embozando su
amor con su venganza
Supo astuta volver á su marido
Celebrando su triunfo esclarecido;
Y este de su conducta satisfecho,
Cuando vos le digais *vengué á mi padre,*
Responderá tranquilo *bien has hecho.*
Ald. Mucho os mofais, Don Juan, de su
desgracia,
Y á su enojo mostrais muy poco miedo
Cuando sabeis que recordaros puedo
Que no hablasteis con él con tanta audacia.
Juan. ¿Y por tan bueno me teneis, señora,
Que me lanzara á provocarle necio,
Cuando al fin de la fiesta no seria
Sino del vulgo fábula y desprecio?
Convengamos al fin en que por suerte
Bien entrambos á dos nos conocemos,
Y pues ambos á dos nos descubrimos,
Nada por fin entrambos nos debemos.
Mas es tiempo de obrar: quede aqui todo,
Y pues ambos un fin nos proponemos,
Justo es que cada cual llegue á su modo.

ESCENA II.

**DICHO; SAMUEL Y EL EMBAJADOR, POR
EL FONDO.**

Sam. ¡Gracias á Dios!
Juan. El nos ayude, amigos.
Emb. Grave susto nos disteis, Colme-
nares,

Juan, frivolamente. Los cielos ¡vive
Dios! me son testigos
De que mas de una vez me di por muerto,
Y de todos el fin tuve por cierto.
El oro derramé con manos llenas
Por penetrar el laberinto oscuro
De las dudas que entonces me acosaban,
Todos los cargos vi que se me hacian,
Y todos de asesino me culpaban,
Mas nada á fé de conspirar decian.
Sam. Mas los jueces...
Juan. Asaz interesados
Fallaron mi sentencia
Conforme á su interés, no á su conciencia.
Sam., con satisfaccion. La noticia inde-
cisos esperamos,
Mas cuando esta mañana la supimos
Nos reimos, Don Juan, y respiramos.
Juan. El caso es muy donoso ciertamente,
No se ha visto sentencia mas graciosa;
Mas pasemos, señores, á otra cosa;
No hay mas que hablar, con nuestro plan
seguimos.
Sam. ¿Y el rey?
Juan. ¡Oh! mas que nunca confiado
Hoy mismo con su mesa me ha brindado:
Mas yo sé bien, ó me alucino mucho,
Que espléndido banquete le preparo
Que ha de costarle por quien soy bien caro.
Emb. Abreviemos, si os place, de razones.
Sam. Sí, ohremos de una vez, que no
tenemos
A cientos ya á escoger las ocasiones.
Juan. Teneis razon, amigos, empecemos.
¿Los de Aragon?... *(A Doña Aldonza.)*
Ald. En la ciudad entraron;
Guzman con ellos la señal espera,
Y aqui vendrá, si la ocasion le ayuda,
Favorecido por la sombra muda.
Emb. Mañana nos dará pública audiencia
El rey en el alcazar.
Juan, al embajador. Ese tiempo le da
nuestra sentencia:
Ea pues, ya sabeis cuanto hace al caso:
Emprended del oráculo la farsa,
Que entre la turba de cristianos locos
Que por mentiras os darán dineros,
Entrarán de los nuestros unos pocos;
No me los confundais con la comparsa.
(A Doña Aldonza con galanteria.)
Dadme el brazo, señora,
Si aun alcanzo á serviros de escudero.
Ald. Pues no podeis ya ser mi caballero,
La última vez tomadle por ahora.

ESCENA III.

SAMUEL, EL EMBAJADOR.

Sam. Dejemos á esos necios embriagados
En sus ciegas y torpes vanidades.
Emb. Hablad de Don Enrique.
Sam. Ya consiente
En dar á Mahomad esas ciudades
Que le pide, tal vez muy exigente;
Pero es justo sin duda
Que pague cara su eficaz ayuda.
Emb. ¿Dará, pues, los poderes necesarios?
Sam. No, pero pues tan varios
Sucesos prestarán mil ocasiones,
De ellas se quitarán las guarniciones,
Y con faz de sorpresa
Tomareis lo que os toque de la presa.
Emb. Quedará, pues, Castilla
Reducida á un pedazo de terreno...
Sam. Sí, donde ondule el pabellon ajeno.
Emb. Permitid que os replique,
Samuel, puesto que tanto os interesa,
Segun se ve, su causa,
¿Porqué aqui no os quedáis con Don Enrique?
Sam. No mas reyes, que pobres y altaneros
Nos adulan menguando su grandeza
Y nos pagan despues crueles y fieros
Dando á su pueblo ruin nuestra cabeza.
Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro
Desde hoy ofrezco si los quiere al moro.
Emb. Ya veis lo que os escribe
Mi rey, y claro está que os los recibe.
Sam. Llevad á cabo, pues, lo comenzado.
Emb. ¿Habeis ya á nuestras gentes avi-
sado?
Sam. Hoy avisados fueron;
Mis amigos y fieles servidores
Por el vulgo las nuevas esparcieron
De que el muy sabio embajador, que cura
Del ánimo y del cuerpo los dolores,
A admitir se dispone sus visitas,
Y ya el crédulo vulgo se apresura
A consultar al mago
En el silencio de la noche oscura.
Emb. Está bien: á los jefes instruidos
Del ridiculo oráculo;
Lo que importe decidlos,
Yo al vulgo engañaré.
Sam. Y poned cuidado.
Vendrá larga caterva de importunos
Y de necias muchachas engañadas,
Tras de esperanzas mentirosas unos,
Tras de ventura y predicciones otros,
Pero vendrán entre ellos
Las ánimas, que esperan de nosotros,
No plegarias mentidas ni oraciones,
Sino armas afiladas,

El oro y las secretas instrucciones
Que le serán por vuestro labio dadas.
Emb. Presto, pues, el oráculo empecemos:
A los nuestros daremos lo que importa,
Y al vulgo sin razon le mentiremos.

ESCENA IV

**SAMUEL Y EL EMBAJADOR SALEN POR LA
DERECHA: APARECEN EN SEGUIDA POR UNA
PUERTA FALSA DE LA IZQUIERDA DON PEDRO
CON DON DIEGO GARCIA DE PADILLA
Y DOS BALLESTEROS DE SU GUARDIA.**

Ped. ¡ Aquí, lebreles, y alerta!
A la primera señal
Le echais al cuello un nogal
Y le ahorcáis en esa puerta.
Pad. Ved que es ese hombre, señor,
Embajador de Granada.
Ped. ¿No acuso, pues, la embajada
Si cuelgo al embajador?
*(Padilla y los ballesteros se retiran; Don
Pedro va á ocultarse tras de la puerta
que abrió Samuel al salir, y cuya hoja
cae sobre la pared.)*
Ped. Yo cazo por aficion
Ya un insecto, ya una fiera;
Pues hallo esta ratonera,
Cazemos este raton.

ESCENA V.

**VUELVE EL MORO, Y AL CERRAR LA PUERTA
SE HALLA CARA A CARA CON DON PEDRO,
QUE ECHA MANO A LA LLAVE Y QUEDAN UN MO-
MENTO EN SILENCIO MIRANDOSE UNO A OTRO.**

Ped. Buenas noches nos dé Dios.
Emb. (¿Por dónde ha entrado este hom-
bre?)
Ped. Nada hay aqui que os asombre.
Emb. ¿Sois?
Ped. Un hombre como vos.
Emb. ¿De la casa?
Ped. Justamente.
Emb. ¿Amigo de Don Samuel?
Ped. Mucho.
Emb. ¿Y por mandato de él
Venis á mí?
Ped. Cabalmente.
Emb. Pero en mi mente no cabe...
Sin tropezaros en mí,
¿Cómo habeis entrado aqui?
Ped. Por el ojo de la llave.
Emb. ¿Qué es esto, venis de mofa?
Ped. ¿Unos muertos no esperais?

Ald. ¡Cuento!
Ped. El aire se lo lleva.
 ¡Oh! pero ved la perfidia
 Con que lo cuentan; añaden
 Que Lacerda ya no lidia
 Por el rey.
Ald. Dichos de envidia.
Ped. Al menos me lo persuaden;
 Mas no es eso todo aun,
 Os hacen de mancomun
 Con vuestro pobre marido,
 Que anda de zelos perdido
 Fraguando el daño comun.
Ald. ¡Pero vos no lo creereis!
Ped. ¿Yo? ¡ni por pienso! Escuchad:
 Aun hay quien dice que habeis
 Vos bajado á la ciudad
 A verle.
Ald. ¿Y vos...?
Ped. Ya lo veis:
 Siempre en vuestros ojos preso,
 Perdido siempre de amor,
 Desprecio al vulgo sin seso,
 Y aun casi me agrado de eso
 Por confundirlos mejor.
Ald. Mas dejadme preguntaros:
 ¿Qué se hace vuestra Padilla?
Ped. Indicios me dáis bien claros
 De que ha podido enojaros;
 Mas ved que no está en Sevilla.
Ald. ¿No la volveréis á ver?
Ped. Tuviéjala por muy fea
 Tras de veros.
Ald. Váisme á hacer
 La mas dichosa muger.
Ped. Eso mi amor os desea.
Ald. ¡Oh! será mientras aliente
 Mi anhelo amaros, mi gusto
 Serviros, eternamente
 Ser vuestra... y murmure injusto
 El populacho in-olente.
 Sois el sol con cuya lumbre,
 Con cuyos vivos reflejos
 Se goza la muchedumbre,
 Y envidia que el sol me alumbre
 De cerca y á ella de lejos.
Ped. Decís, Aldonza, muy bien:
 Os envían porque os ven
 Junto al sol radiante estrella,
 Mas será fuerza que á ella
 Den culto á la par tambien.
 ¡Oh! soy quien soy en Castilla,
 Y acatarán mis anteojos;
 Qué de no, fuera mancilla
 Para mi, luz de mis ojos,
 Amor mio.
Ald. ¿Y la Padilla?

Ped. ¿Zelos tenéis?
Ald. ¡Qué sé yo!
 Mas al cabo...
Ped. Eso acabó.
Ald. ¡La Padilla es tan hermosa!
Ped. Sed con ella generosa,
 Yo la enamoré y me amó.
 Perdonad, no os habia visto
 Todavía, un error fué,
 Mas lo corregí bien listo;
 La amaba, os vi y la dejé.
 (Bien lo hacemos, ¡voto á Cristo!)
Ald. Mas entre el vulgo, señor,
 Correis por algo inconstante.
Ped. ¿Y no deciais, mi amor,
 Há poco, que es ignorante
 El vulgo y murmurador?
Ald. Quién bien quiere, bien sospecha.
Ped. ¡Eh! ¿quién hace caso alguno
 De cuentos de su cosecha?
 Sin ir mas lejos ved uno
 Con que os quedareis satisfecha.
 ¿Sabeis lo que ha sucedido
 Con Colmenares?
Ald. Sí á fé.
Ped. Dió la muerte á un atrevido
 Que le amagó.
Ald. ¿Descreído!
Ped. ¿Y sabeis qué dicen?
Ald. ¿Qué?
Ped. Que le mató porque osado
 El bribon se habia negado
 A no sé qué devaneos
 Con su hija... dichos tan feos
 Inventó el vulgo menguado.
Ald. (¡Cielos, qué luz!)
Ped. ¿Qué decís?
Ald. Me horrorizo del supuesto.
Ped. Lo mismo que yo sentís.
Ald. El tan noble, tan modesto...
Ped. (Un buen par os reunís.)
 Mas ahora que hablamos de él,
 ¿Sabeis que me hizo reir
 La sentencia? ¡está al nivel
 De la ley de un rey tan cruel!
Ald. (¿Qué querrá este hombre decir?)
Ped. El vulgo canalla es:
 Sobre él pesa la justicia;
 El rico, el noble á sus pies
 La tiene.
Ald. El vulgo codicia
 No mas que sus doblas.
Ped. ¿Pues!
 Mas ya le harán, vive Dios,
 Ir de la nobleza en pos.
 (Con la cuchilla en la mano
 Degollando dos á dos
 Tanto insolente villano.)

Ald. Sois justo, señor, en eso,
 Que os acata la nobleza
 Y os defiende.
Ped. ¡Oh! lo confieso;
 Por ella asaz me intereso.
 (Como ella por mi cabeza.)
 Mas veo allí á Colmenares,
 Voy á celebrarle un rato
 Sus aventuras y azares.
 Y á fé que son singulares.
 (Como para sí.) ¿Amagarle?... ¡mentecato!
 Bien muerto está el que mató.
 (Se echa á reir, observando la impresion
 que sus palabras hacen en Doña Aldonza.)
 Y luego... ¡brava quimera!
 ¿Quién amores le colgó
 Con aquella zapatera?
 (Rie.) ¡Oh! voy á darle ahora yo
 Gran zumba con su Teresa.
Ald. ¿Se llama así?
Ped. Dícenlo.
 Mas á vos ¿qué os interesa?
Ald. ¿A mí? nada.
Ped. Creí.
Ald. No,
 Tan solo lo pregunté
 Por la zumba.
Ped. Bien está.
 A Dios, mi amor.
Ald. Él os dé
 Compañía.
Ped. (Me holgaré
 Si á ambos el diablo os la da.)
 (Vase Don Pedro, y al llegar al fin del
 teatro se vuelve á mirar á Doña Aldonza.)
Ald. ¡Necio! ¡asi vive tranquilo
 Y hoy agoniza tal vez!
Ped. (Se traga el anzuelo el pez
 Sin ver que va atado al hilo.)

ESCENA II.

DOÑA ALDONZA.

Vete, que á la muerte vas.
 ¡Necios! de torpes placeres
 Con una ilusion no mas
 Llevan á un hombre detrás,
 Como á un perro, las mugeres.
 ¡Qué vale, sol de Castilla,
 Tu atrevimiento y valor,
 Si á pesar de tu Padilla
 Aquí á mis plantas te humilla
 Una sonrisa de amor!
 Mas caí en curiosidad;
 ¿Si acaso será verdad

Y por otro amor me deja?
 ¡Oh, abriera la eternidad
 A tan maldita parraja!
 ¡Y por quién! ¡Santa Maria!
 ¡Por una villana tal!
 Grave el insulto seria,
 Y por Dios que merecia
 Castigo al delito igual.
 ¡Ay!... miseria, nada son
 Las cosas de nuestro sér:
 ¡Qué inconstante el corazon
 Donde hierve una pasion,
 Donde alienta una muger!
 Me dejó y le aborrecí;
 Que le olvidaba creí;
 Y hoy que de otro amor recelos
 Tengo por él, ¡pesami!
 Que de Don Juan tengo zelos.
 (Guzman asoma por un lado recatándose.)
 ¿Mas qué es esto? un encubierto
 Me acecha mal escondido
 Tras del postigo entreabierto:
 Se acerca... quién es no acierto.
Alb. Ella es. (Saliendo.)
Ald. ¡Cielos, mi marido!

ESCENA III.

DOÑA ALDONZA, DON ALBAR PEREZ.

Alb. Os hallo al fin, señora: ¿porqué
 huraña
 Os recatais de mí? ¿tenéisme miedo?
Ald. ¿Miedo, porqué?
Alb. Que preguntéis me estraña
 Lo que yo mismo preguntaros puedo.
 Dime, Aldonza, ¿dó estás hace tres dias
 Que ni día ni noche doy contigo?
Ald. ¿Qué era, Guzman, lo que de mí
 querias
 Que así te afanas para dar conmigo?
Alb. ¿Qué quiero? ¿qué el esposo con la
 esposa
 Tras larga ausencia y pesadumbres quiere?
 ¿Y qué quiere la alegre mariposa
 En torno de la luz en donde muere?
 Aquella noche misteriosa y triste
 Que te hallé con los nuestros en la cita,
 ¿Dónde al salir con las tinieblas fuiste?
 Si me niegas tu amor, ¿quién me le quita?
 ¿Qué haces en este alcázar?
Ald. ¿No lo sabes?
 Soy la dama del rey.
Alb. ¡Voto á los cielos!
 ¿Y lo dices así?
Ald. ¿No era...?
Alb. No acabes,
 O por Dios...

Ald. Voto vá, teniais zelos.

Alb. ¡Sí, zelos, vive Dios! negros, horribles,

Que me roen, Aldonza, las entrañas;
Zelos que están pidiendo irresistibles
Sangre!

Ald. La habrá, Albar Perez, no te engañas.

Habrá sangre ¡pardiez! y no muy lejos;
Ten al fíjar los piés mucho cuidado,
Guzman, porque del sol á los reflejos
Has de andar con la sangre deslumbrado.
Las losas estarán resbaladizas
Esta tarde en palacio.

Alb. Hablaba de mi honor.

Ald. De sus cenizas
Hoy ha de alzarse por su propio peso.

Alb. ¡Hoy se alzaré y le vendes!

Ald. Té engañaron,
Guzman; tiempo há que á réditos le puse.
Y hoy que á crecida cantidad llegaron,
Justo será que los emplee y use.

Alb. Acabemos, Aldonza; me interesa
Mi honor mas que mi pátria y que mi vida:
Reine quien quiera, sobre tu honra pesa
Mancha indeleble é incurable herida.

Ald. No lo entiendes.

Alb. El vulgo lo murmura.

Ald. Y el vulgo es necio.

Alb. Mas su lengua infama.

Ald. Lo que hoy tacha, mañana por ventura
Lo aplandirá, Guzman.

Alb. Deja la llama
Donde deprendió su indeleznable huella,
Y no vuelva la fama por la honra
Que una vez marchitó.

Ald. No se atropella
Tan fácil la virtud por la deshonra.

Alb. ¡Mientes, Aldonza, mientes! aquí mismo

¿No te he visto con él en amorosa
Conversacion?

Ald. Te ciega tu egoísmo,
Guzman, y aun no conoces á tu esposa.

Alb. ¿Y en palacio no vives torpemente
Con la infame Padilla comparada?

Ald. Y en palacio viviera eternamente
Hasta salir cadáver ó vengada.

Alb. Aun me querrás, por Dios, dorar tu afrenta.

Ald. Mala memoria tienes; ¿no has oído
Una historia contar triste y sangrienta
De un Coronel que pereció vendido
Por mandato del rey, y en una torre
A una muger le dieron su cabeza?

Su sangre, Perez, por mis venas corre;
Llámome Coronel, ve mi torpeza.

Alb. ¡Cómo! fraguaste tú...
Ald. ¡Sí, por mi vida!

No hubo estorbos que el paso me tuvieran.
Familia y honra atropellé ofendida,
Y nada me importó lo que dijeran.
Le esperé, le acosé con mi hermosura;
Le sitié con mis ojos, é insensato
Cayó á mis piés, poniendo á su locura
Precio que ha de pagar, y no barato.
Jáctase de mi amor, público lo hizo
Por orgullo no mas... ¡oh! dura poco,
Porque antes que le mude antojadizo,
Pierde la vida por su orgullo loco.

Alb. ¡Y yo, Aldonza, contigo conspiraba
Por instinto también!

Ald. Basta; dejemos
Que el tiempo llegue, que de andar no acaba:
Fuerza es, Guzman, que sospechar no demos.

ESCENA IV.

DON ALBAR.

Juzgué mal, vive Dios: bien ha pensado;
Ella á su padre vengará altanera,
Y del amor del rey irá vengado
Cuándo á las manos de su dama muera.

ESCENA V.

DON ALBAR, DON PEDRO Y DON JUAN
DE COLMENARES, CRUZANDO POR EL FONDO.

Ped. ¿Qué hombre es aquel, Colmenares?
Colm. No le distingo á fé mia.

Ped. ¡Voto á san Gil, juraría...!

Colm. ¡Guzman! ¡Todos son azares!

Ped. El rostro recata, ve
Quien es; que sea quien sea,
No quiero que aquí me vea.

Colm. (Con eso le advertiré.)
Ped. (Así les podrá acechar
Sin que ellos de ver lo echen.)
Colm. Porque astutos no sospechen,
Le procuraré apartar.

ESCENA VI.

DON JUAN, DON ALBAR.

Alb. ¡Oh, vive Dios! ¡qué recuerdo!
Colmenares ¿no es aquel?
De cierto á saberlo... ¡ay de él!
Juan. (Halagarle será cuerdo.)
Guzman, ¿en palacio así
Tan descuidado os estais?

Alb. ¿Dónde vos, Don Juan, entráis
No me es dado entrar á mi?
Juan. De la corte estais proserito.

Alb. ¿Y encausado no estais vos?
Juan. Es muy distinto, por Dios,
El vuestro de mi delito.
Si maté á quien me ofendia,
Fué mi causa la mejor.

Alb. Si á mi me llaman traidor,
Mañana será otro día.
Juan. ¡Tanto fiais de la suerte!

Alb. De mí á lo menos espero
Que moriré caballero,
Sea cuando quiera mi muerte.
Juan. Eso he oído decir
De continuo á vuestra esposa.

Alb. Muger es muy generosa.
Juan. ¡Oh! con vos hasta morir.

Alb. ¡Bien conocéis su intencion!
Juan. A su virtud me remito.
Alb. ¿Sabeis si por tal la admito?
Juan. (¡Diablos de conversacion!
¡Qué giro tomando va!)
¿Pudierais vos dudar de ella?
Noble, generosa, bella,
Y bien casada.

Alb. Quizá.
Juan. (¿Habla este hombre, ó adivina?)
Si no es mas que una sospecha...
Alb. ¡El mentecato! Imagina
Que el disimulo aprovecha.)
Mas decidme, pues sabeis
Tanto vos de su hermosura,
De su vida y virtud pura
Mas enterarme podreis.

Juan. ¿Yo?
Alb. Vos, sí.
Juan. ¡Qué extravagancia!
¿Su guarda, Don Albar, soy?
Alb. Que la guardo á probar voy,
Don Juan, á vuestra arrogancia.
Juan. Sospechais tal vez...
Alb. De vos.
Juan. ¿Por?
Alb. Un no sé qué me han dicho.
Juan. Pase, si hablais de capricho.

Alb. ¡De veras hablo, por Dios!
Pero estamos en palacio,
Y tal vez no muy seguros;
Venid abajo á los muros,
Y hablaremos mas despacio.

Juan. No comprendo vuestro afan;
Mas os veo algo irritado
Contra mi, y tened cuidado
Que nació noble, Guzman.
Alb. Vos lo decis, mas no basta.
Juan. ¿De mi sangre dudareis?
Alb. Sé, Don Juan, que descendeis

De ilustre y antigua casta;
Pero palabras cortemos,
Téngoos á solas que hablar.
Juan. Creo poder contestar.
Alb. Venid pues y lo veremos.
Juan. Mas fácil...
Alb. Os engañais,
Uno ú otro ha de caer,
Y en soledad ha de ser:
O moris ó me matais.
Juan. Será así, pero no ahora.
Alb. ¿Porqué no?
Juan. Fuera locura
No dar cima á otra ventura,
Y va llegando la hora.

Alb. Pues...
Juan. Esta noche.
Alb. Corriente.
Juan. Yo os buscaré.
Alb. Yo os espero.
Juan. Adios.
Alb. Adios.
Juan. (Majadero,
¡De lo dicho se consiente!
¡Por una muger ajena,
Y de quien cansado estoy!) (Vase riendo.)
Alb. Curaré su ambicion hoy
Con una estocada buena.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON ALBAR, TERESA.

(Al salir Don Juan da con Teresa, que
va á entrar.)

Ter. ¡Cielos!
Juan. ¿Teresa!
Ter. ¡Ay de mí!
Alb. ¿Qué es eso?
Ter., á Don Albar. Si sois hidalgo
Y el honor teneis en algo,
Sacadme, señor, de aquí.
Juan. (¡Qué diablos, cuánta aventura!)
Ter. Una hora há que ando perdida
Por esta casa, traida
A ella por mi desventura.
Juan. á Don Albar. Está loca.
Ter., á Don Juan. ¡Loca dijo!
¡Sí, loca por ti, cruel!
(A Don Albar.) Guiadme vos lejos de él,
Señor.
Alb. (Zelos son de fijo.)
¿Quién es? (A Don Juan.)
Juan. No sé.
Ter. ¡No lo sabe!
Mónstruo, ¿y mi padre?
Alb. (¿Qué es esto?)

Ter. Hidalgo, sacadme presto,
Antes que el furor me acabe.
Alb. ¿Pero qué buscas, quién eres?
Ter. Yo soy...
Juan, interrumpiéndole. Lleváosla pues.
Aparece Doña Aldonza, y Teresa se ampara de ella.
Ter. ¡Oh, señora, á vuestros piés
Favor!
Juan. ¡Ea, dos mugeres;
Se acabó!

ESCENA VIII.

DON JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDONZA,
TERESA.

Ter. Por compasión
Llevadme lejos de ese hombre.
Tiene de cordero el nombre,
Con entrañas de león.
Ald. ¿Quién, muchacha?
Ter. Ese asesino.
Ald. ¿Eso mas?... Don Juan, muy bien.
Juan. (Nos pierde.)
Ald. Conmigo ven,
Niña. (¡Rostro peregrino!)
Juan, á Aldonza. Ved que su lengua
imprudente
Os lleva al cadalso hoy.
Ald. Contenta al cadalso voy,
Que llevaré mucha gente:
¿Era por esto el afán
De huir amante conmigo?
El mundo será testigo
De mi venganza, Don Juan.
Juan. Ved...
Ald. Quitad, vil impostor.
Alb., que les ha estado observando
toda esta escena. (Oh, sí, de cierto
eso es.)
Señor Don Juan, salid pues.
Juan. Yo sé una interpretación;
Vamos.
Alb., á Doña Aldonza. Y vos... tened
cuenta
Que he de lavar de mi afrenta
Hasta el último borron.
¿Me entendéis?
Juan, á Don Albar. Y os diré...
Alb. Nada.
Colmenares, lo sé todo.
Juan. Don Albar, pues de ese modo...
Alb. No hay mas lengua que la espada.
(Salen.)

ESCENA IX.

DOÑA ALDONZA, TERESA.

Ald. Id con Dios; viven los cielos,
¿Qué me importa de esa afrenta
Cuando no tengo mas cuenta
Que con mi rabia y mis zelos?
¿Te llamas Teresa?
Ter. Sí.
Ald. ¿Quieres á ese hombre?
Ter. Ya no.
Ald. ¿Le quisiste?
Ter. Lo mandó
Mi padre y obedecí.
Ald. ¡Tu padre!
Ter. Fueron hermanos
De leche y era un deber,
Mas nunca le pude ver.
Ald. (¡Es ella y cayó en mis manos!)
*(Robledo pasa pensativo por el fondo y
se para viéndolas.)*
¿Quién te ha dirigido aqui?
Ter. Señora...
Ald. Contesta, ¿quién?
Ter. Un adivino.
Ald. Está bien;
Adivinó para mí.
Robledo, venid acá;
A esta muger detenidme
Mientras...
Ter. ¡Dios mio, acorredme!
Rob. ¡Y en palacio...!
*(Vase á volver Aldonza y se halla con
Don Pedro.)*
Ped. ¿Quién va allá?
Ald. ¡Cielos!

ESCENA X.

DICHOS, DON PEDRO.

Ter. Él es, Pedro Bravo.
(Se echa á su cuello.)
Ped. ¡Teresa!
Ter. ¡Oh! tenme contigo.
Ped. ¿Qué dices?
Ter. Sálvame, digo.
Ald. (De comprenderlo no acabo.)
Ped. Aldonza, ¿la conocéis?
Ald. ¿No me habiais dicho vos
Que de Don Juan...?
Ped. No por Dios,
Alucinado os habeis.
Dejadnos.
Ald. ¡Cómo! ¿Con ella?

ESCENA XII.

DON PEDRO TOMA DE LA MANO A TERESA,
QUE LE SIGUE EN SILENCIO; AL SALIR POR
EL FONDO SE HALLAN CARA A CARA CON
DON ALBAR, QUE VA A ENTRAR; EL Y
DON PEDRO SE RECATAN UNO DE OTRO.

Alb. Razon tiene, esperaré
A la noche; mas ¿quién va?
Ped. ¿Quién es este?
Alb. (¿Quién será?)
No ha de verme.)
Ped. (Le veré.)
¿Qué significa en palacio
Un encubierto?
Alb. O voy mal,
O á un embozado es igual.
Ped. ¡Terco sois!
Alb. Y vos reacio.
Ped. ¿Vais á entrar?
Alb. ¿Vais á salir?
Ped. Por sobre vos segun veo.
Alb. Que entraré lo mismo creo.
Ped. (Conocile, vive Dios.)
Alb. Pues á uno y otro interesa
Salir y entrar sin ser visto,
Ved lo que hacen; vive Cristo!
Dos cuervos con una presa.
Ped. ¿Con retóricas andais?
Chistoso estais, por mi vida.
Entrad pues; mas la salida
Mirad por donde la hallais.
Y pues sabeis comparar
Con las fieras á la gente,
Andareis, Guzman, prudente
Un consejo en escuchar.
*(Le lleva aparte. Robledo está al fin de la
galería mirando la escena.)*
Ped., á Don Albar. El cuervo cuanto mas
negro
Fortuna mas negra augura.
*(Se desemboza y se muestra vestido de
amalla.)*

Que hay cuervo es cosa segura.
Alb. ¡Cielos! (Conociéndole.)
Ped. ¿Le visteis? Me alegro.
*(Vuelve á embozarse con la mayor indife-
rencia, y vase con Teresa. Robledo baja
á la escena poco á poco.)*

ESCENA XIII.

DON ALBAR, ROBLEDO.

Alb. ¡La voz del de la otra noche,
San Dionis! y en los secretos

Ped. ¿No lo veis?
Ald. ¡Pérfido! Ahora...
Ped. Idos á rezar, señora,
Y dejad á esta doncella.
Ald. No, Don Pedro, aqui no os dejo
Sin que me espliqueis al cabo
Qué es eso de Pedro Bravo.
Ped. Que os vayais os aconsejo.
Ald. Pues satisfecha no estoy,
No me he de mover de aqui,
Que he de saber ¡pesiamí!
Si al fin ofendida voy.
Ped. Idos, y callad el pico,
Que yo á vuestro gabinete,
Os enviaré un ramillete
De flores, y un abanico.
Ter. ¿Os molais?
Ped. Si no os contenta,
Os enviaré mi rosario
Y en él pondrá el emisario
Vuestra cabeza por cuenta.

ESCENA XI.

DON PEDRO, TERESA.

Ter. ¡Pedro!... (Tiernamente.)
Ped. No olvidéis de hoy mas
De aquel sabio los consejos:
«Ama á Pedro desde lejos,
No se lo digas jamás.»
Ter. ¡Aun me privareis!...
Ped. Silencio,
Teresa; viniste aqui
Venganza á pedir de mí,
Ven á ver como sentencio.
Si te ultrajó Pedro Bravo,
Don Pedro te satisface;
Por lo que á lo de antes hace
Aqui empiezo y aqui acabo.
Ter. Señor, quien quier que seais,
Que aun comprenderos no puedo,
Para quien en nada quedo,
Pues dó empezaís acabais.
Vuestra palabra os levanto,
Pues que vais de mala gana,
Que me creó asaz villana
Para obligaros á tanto.
Ped. Ve recta por tu camino,
Muchacha, y confia en Dios;
Vas de la venganza en pos
Y es vengarte tu destino.

Vosotros, canalla vil,
Turba cobarde é ingrata,
Que conspirais de reata
En muchedumbre servil,
Id; por necios os perdono:
Id de mi reino, insensatos,
Que no quiero mentecatos
En derredor de mi trono.
¡Fuera!

ESCENA XXII.

DON PEDRO, PADILLA.

Ped. Traedme, Padilla,
De paso esos dos menguados,
Que han de caminar atados
Como perros en trahilla.

ESCENA ULTIMA.

DON PEDRO, PADILLA, DON ALBAR,
DOÑA ALDONZA.

Ped. Ahí tenéis vuestra muger:
Si no os da mengua tenella,
Podeis aun vivir con ella;
Sino un convento escoger;
Mas tened cuenta, Guzman;
Si en mis reinos os encuentro,
Dos horcas frontera adentro
Desde hoy os aguardarán;
Que mientras pueda mi ley
Sonar por ambas Castillas,
La han de escuchar de rodillas
Desde el zapatero al rey.

EL ZAPATERO Y EL REY

(SEGUNDA PARTE),

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

ACTO PRIMERO.

Anta de un solo piso de Juan Pascual, colocada
de manera que el espectador vea uno de los apo-
sentos de frente. En este aposento y á la derecha
una alcoba cerrada con cortinas: en el fondo
una puerta que da al exterior, y á la izquierda
una ventana que da al campo. Este figura un
valle frondoso á la falda de un montecillo: ter-
reno montañoso. Es de noche.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
JUAN PASCUAL.
INÉS.
JUANA.
ENMASCARADOS, CAZADORES Y MONTEROS.

ESCENA PRIMERA.

JUAN PASCUAL, INÉS.

Inés. ¿Vais á salir, padre?

Pasc. Sí.

Inés. ¿Y amenazando tormenta?

Pasc. Tomada la tengo en cuenta,
Mas no voy lejos de aquí.

Tardará mucho á mi ver

Todavía en estallar,

Y aun ha de darme lugar

Para salir y volver.

Inés. Si tenéis tal precision

No me opongo á que salgais,

Mas con mi gusto no vais.

Pasc. No alcanzo por qué razon.

Un hombre al campo avezado

Y en sus fatigas curtido

No ha de verse detenido

Por un pequeño nublado.

Inés. No es mi recelo mayor

Ese nublado.

Pasc. ¿Qué es pues?

Inés. Hace dos noches ó

Que corre cierto rumor...

Pasc. ¡Por mi vida! ¿Y tú tambien

Das crédito á esas consejas

De muchachos y de viejas

Inés. Yo, padre...

Pasc. Basta; manten,

Inés, la puerta cerrada:

Llama al punto á tu doncella,

Y en tu aposento con ella

Dormid, y no temais nada.

¿Lo oyes?

Inés. Sí, señor.

Pasc. Pues vé,

Y advierte que esto resuelto,

Inés, porque pronto vuelvo

Y no quiero hallarte en pie.

Inés. Sereis, padre, obedecido.

Pasc. Así es fuerza que lo hagáis;

Y aunque en el bosque sintais

O dentro de casa ruido,

Ni os levanteis á escuchar,

Ni á mirar os asomeis,

Porque es fácil que llegueis

A ensordecer y á cegar.

(Vase.)

ESCENA II.

INÉS; LUEGO JUANA.

Inés. ¿Conmigo tanto desvío

Mi padre, y tanto misterio?

Vosotros, canalla vil,
Turba cobarde é ingrata,
Que conspirais de reata
En muchedumbre servil,
Id; por necios os perdono:
Id de mi reino, insensatos,
Que no quiero mentecatos
En derredor de mi trono.
¡Fuera!

ESCENA XXII.

DON PEDRO, PADILLA.

Ped. Traedme, Padilla,
De paso esos dos menguados,
Que han de caminar atados
Como perros en trahilla.

ESCENA ULTIMA.

DON PEDRO, PADILLA, DON ALBAR,
DOÑA ALDONZA.

Ped. Ahí tenéis vuestra muger:
Si no os da mengua tenella,
Podeis aun vivir con ella;
Sino un convento escoger;
Mas tened cuenta, Guzman;
Si en mis reinos os encuentro,
Dos horcas frontera adentro
Desde hoy os aguardarán;
Que mientras pueda mi ley
Sonar por ambas Castillas,
La han de escuchar de rodillas
Desde el zapatero al rey.

EL ZAPATERO Y EL REY

(SEGUNDA PARTE),

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

ACTO PRIMERO.

Anta de un solo piso de Juan Pascual, colocada
de manera que el espectador vea uno de los apo-
sentos de frente. En este aposento y á la derecha
una alcoba cerrada con cortinas: en el fondo
una puerta que da al exterior, y á la izquierda
una ventana que da al campo. Este figura un
valle frondoso á la falda de un montecillo: ter-
reno montañoso. Es de noche.

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
JUAN PASCUAL.
INÉS.
JUANA.
ENMASCARADOS, CAZADORES Y MONTEROS.

ESCENA PRIMERA.

JUAN PASCUAL, INÉS.

Inés. ¿Vais á salir, padre?

Pasc. Sí.

Inés. ¿Y amenazando tormenta?

Pasc. Tomada la tengo en cuenta,
Mas no voy lejos de aquí.

Tardará mucho á mi ver

Todavía en estallar,

Y aun ha de darme lugar

Para salir y volver.

Inés. Si tenéis tal precision

No me opongo á que salgais,

Mas con mi gusto no vais.

Pasc. No alcanzo por qué razon.

Un hombre al campo avezado

Y en sus fatigas curtido

No ha de verse detenido

Por un pequeño nublado.

Inés. No es mi recelo mayor

Ese nublado.

Pasc. ¿Qué es pues?

Inés. Hace dos noches ó

Que corre cierto rumor...

Pasc. ¡Por mi vida! ¿Y tú tambien

Das crédito á esas consejas

De muchachos y de viejas

Inés. Yo, padre...

Pasc. Basta; manten,

Inés, la puerta cerrada:

Llama al punto á tu doncella,

Y en tu aposento con ella

Dormid, y no temais nada.

¿Lo oyes?

Inés. Sí, señor.

Pasc. Pues vé,

Y advierte que esto resuelto,

Inés, porque pronto vuelvo

Y no quiero hallarte en pie.

Inés. Sereis, padre, obedecido.

Pasc. Así es fuerza que lo hagáis;

Y aunque en el bosque sintais

O dentro de casa ruido,

Ni os levanteis á escuchar,

Ni á mirar os asomeis,

Porque es fácil que llegueis

A ensordecer y á cegar.

(Vase.)

ESCENA II.

INÉS; LUEGO JUANA.

Inés. ¿Conmigo tanto desvío

Mi padre, y tanto misterio?

En agua, y no topé senda
 Por donde salir del monte.
Pasc. ¿Hidalgo sois?
Ped. Caballero.
Pasc. ¿De qué lugar?
Ped. De la corte.
Pasc. ¿De la corte? ¿Que me place!
 ¿Sabremos qué nuevas corren!
Ped. Pues no traigo yo el gaznate
 Para muchas relaciones.
Pasc. ¿Tendreis hambre?
Ped. Como un lobo.
Pasc. Aunque en la casa de un pobre
 Os encontráis, no faltaron
 Nunca en ella provisiones.
Ped. Sacadlas, pues.
Pasc. Voy al punto.
Ped. Dios se lo pague, buen hombre.
Pasc., llamando. ¡Juana! ¡Inés!
Inés y Juana. ¡Señor!
Pasc. Traed luces.
 Levantaos.
Ped. No incomode
 Tanta gente para mi.
Pasc. Mis criados labradores
 Son, y no duermen en casa;
 Mas dejadme dar mis órdenes,
 Que aun hay quien os sirva en ella.

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, JUANA, DICHS.

Pasc. Juana, aquel par de pichones
 Que hay en el armario saca:
 Tú, Inés, en los interiores
 Aposentos otra cama
 Para esta noche disponme,
 Que aquí dormirá en la mía
 Este hidalgo.
Juana. (¡San Onofre!
 ¿Y el capitán?)
Inés. (¡Cielos santos!
 ¿Cuánto azar en una noche!)
*(Vanse Doña Inés y Juana. Esta vuelve
 con unos platos, botella, mantel, etc.,
 que Juan Pascual toma; la despide, y
 sirve á Don Pedro.)*

ESCENA IX.

JUAN PASCUAL, DON PEDRO.

Pasc. (De la corte dice que es.
 Veamos si puedo astuto
 Sacar del hidalgo fruto.)
 Trae, y vete con Inés.
 Ea! comed, caballero:

(A Don Pedro escanciándole.)

Bebed y aliento tomad.
Ped. Falta me hace á la verdad.
 A vuestra salud. (Bebe.)
Pasc. Espero
 Que á la vuestra contribuya.
Ped. Bueno es á fé este licor.
Pasc. Cosecha mía, señor.
Ped. ¿Buena cosecha es la suya!
 ¿Tiene muchas viñas?
Pasc. Tengo
 Lo que llaman mucho aquí,
 Que me alcanza para mi
 Y la gente que mantengo;
 Y no lo pasamos mal.
Ped. ¿Qué pueblo es este?
Pasc. Una aldea
 Mezquina, escondida y fea.
Ped. ¿Tiene nombre?
Pasc. Juan Pascual.
 Cuatro casucas de tierra
 Que yo mismo labré aquí,
 Y á las que mi nombre di
 Cuando volví de la guerra.
Ped. ¿Servido habeis?
Pasc. Con honor,
 Aunque no con gran provecho.
Ped. ¿Cáspita! ¿Y os habeis hecho
 De todo un pueblo señor?
Pasc. Dineros de que un buen tío
 Me hizo heredero á su muerte
 Labraron mi buena suerte,
 Y así he logrado algo mio.
Ped. ¿Mas de lo servido al rey
 No obtuvisteis recompensa?
Pasc. El rey cree que en su defensa
 Verter la sangre es de ley.
Ped. Mas ¿fuiesteis á verle?
Pasc. No;
 Nunca le vi cara á cara.
 Temí que me desairara,
 Y soy muy altivo yo.
Ped. Mal le juzgáis á mi ver,
 Pues favor en él no cupo
 Si vuestro valor no supo.
Pasc. Pues lo debiera saber.
Ped. ¿Saber la historia debiera
 El de todos sus vasallos?
Pasc. Como él para gobernallos
 Buenos jueces eligiera,
 Alcanzara bien á todos;
 Mas gobierna con tal mengua...
Ped. Tenga el villano la lengua,
 Y hable de él con buenos modos.
Pasc. Aunque con ruda franqueza
 La verdad hablé no mas;
 Y no cejo un paso atrás
 Si me cortan la cabeza.

ACTO PRIMERO.

Todo el reino está revuelto
 Desde que Don Pedro manda,
 Y el diablo parece que anda
 Con él por Castilla suelto.
 Que esta es la verdad, señor,
 Negármelo no podeis,
 Y cada vez, ya lo veis,
 Vamos de mal en peor.
Ped. Eso dicen sus contrarios,
 Y le han llamado Cruel;
 Porque le achacan á él
 La culpa que tienen varios.
 Murmuran que á sangre y fuego
 Tala sus propios lugares:
 Mas ¿quién es en sus hogares
 El que le turba el sosiego?
 ¿No han invadido sus tierras
 Llamándose sus señores,
 Esos hermanos traidores
 Que le han movido las guerras?
 ¿No empezaron sus desmanes
 Despreciando les resguardos
 Que les daba, esos bastardos,
 Los hijos de los Guzmanes?
 Y si ellos mismos atizan
 El fuego de la venganza
 ¿A qué invocar su templanza?
 ¿De qué, pues, se escandalizan?
Pasc. Argüis en mi favor.
 Pues hombre es el rey tambien,
 Oír le estuviera bien
 Consejos en su furor.
 Y ved lo que llevo dicho:
 Por oír consejos malos
 Emprenda Don Pedro á palos
 Con quien le viene á capricho.
 El pone su confianza
 En ministros que le venden,
 Y á su conveniencia encienden,
 O contienen su venganza.
 Que por muy distintos fueros
 Y muy diversos registros,
 Hay justicieros ministros,
 Y ministros justicieros.
 Y el justiciar bien ó mal
 Cosa es que pide gran seso.
Ped. Mucho se os alcanza de eso
 A lo que veo, Pascual.
Pasc. No, señor, sino muy poco;
 Mas creo que lo que digo
 Se alcanza á cualquier mendigo,
 Y á todo el que no esté loco.
 Porque el mandar ¿quién ignora
 Que es como un potro llevar,
 A quien hay que refrenar
 Y dar rienda á buena hora?
 Porque si se le exaspera
 Conduciéndole sin tiento,

Concluirá violento
 Por hacer el cuanto quiera.
 Si el rey tuviera á su lado
 Un hombre como yo, creo
 Que quedaria á deseo
 En poco tiempo su estado.
Ped. Pues bien, la palabra os cojo.
 A Sevilla os llevaré,
 Y que os deje el rey haré
 Gobernar á vuestro antojo.
Pasc. ¿Yo ante el rey?
Ped. Nada temais.
 Llévame siempre consigo,
 Y soy su mejor amigo.
Pasc. Ruegooo, señor, que advirtais
 Que, campesino insensato,
 Hablé sin saber con quién.
Ped., con autoridad. Elige, y escucha
 bien
 Las condiciones del trato.
 El su poder y grandeza
 Te ha de prestar en Castilla:
 Mas si en un flaco te pillá,
 Pascual, pierdes la cabeza.
Pasc. Eso, señor, no es justicia.
 La palabra me cogéis,
 Y para ello no atendeis
 Mi rudeza y mi impericia.
Ped. Que atrás no te volverias
 Dijiste.
Pasc. Teneis razon;
 Y hablé con el corazon,
 Aunque dije tonterias.
Ped. Esto ha de ser; retiraos,
 Y si no vais, ¡vive Dios
 Que el rey enviara por vos!
 Con que á venir preparaos.
Pasc. Está bien (¿Qué es esto, cielos?
 Mejor fortuna logré
 De la que nunca esperé.
 Venganza, tiende tus velos;
 La ocasion es oportuna;
 Mucha audacia necesito;
 Mas, por el cielo bendito,
 De audaces es la fortuna.)

ESCENA X.

DON PEDRO, SOLO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
 ¿Dudándolo estoy, pardiez!
 ¿Quién creará que mi altivez
 Llegó á sujetar así
 Un labrador, un villano,
 Culpando mi condicion
 Con tan osado teson?
 Tívome Dios de su mano.

Belt. Señor vizconde, está hecho;
La noticia está ya dada
A Don Enrique, y ofrece
Doble de lo que él nos daba,
Y son cuatrocientas mil
Doblas de oro castellanas.

Oliv. Eso bien vale, señores,
Una traición diplomática;
Que al cabo, si bien se mira,
Está siendo necesaria.

Belt. Si, por cierto, ese Don Pedro
¿Qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
Sin viveres y sin agua,
Sus gentes á nuestro campo
Pasándosele á bandadas,
Olvidado de Inglaterra,
Aborrecido de Francia
Y odiado en su reino mismo,
No le queda otra esperanza
Que entregarse: á esto vendría
A parar hoy ó mañana.
Su hermano mientras él viva
El objeto de sus ansias
No ha de lograr, con que es claro
Que un día ú otro le mata.
Y en tal caso...

Oliv. Ciertamente
Lo mismo es hoy que mañana.

Vizc. Sí; pero el rey de Castilla
Es solo Don Pedro.

Oliv. ¡Vaya!

Belt. ¿Mas qué le vale ¡pardiez!
Ser legítimo en su raza,
Ser heredero de nombre,
Si el de la sangre bastarda
Mas poderoso y mas terco
Se le lleva la jornada?

Y en fin, no es malo un bastardo
Para lo que hoy es España,
Que en tierra en que reinan mores
Con un mal cristiano basta. (Se vien.)

Vizc. Paréceme, caballeros,
Que es esa risa insensata,
Al menos intempestiva:

Y por la cruz de mi espada
Os juro que mas que á risa
Me mueve Don Pedro á lástima.

Oliv. Paréceme, buen vizconde,
Que han sido vuestras palabras
Sin tiempo en pro de Don Pedro
Muchísimo interesadas.

Vizc. Mis palabras son leales,
Y aunque de opinion contraria
Que las vuestras, no por eso
Son menos libres ni francas.

Belt. Abreviemos de razones:
La cosa está adelantada

De tal modo, que ya fuera
Imposible remediarla.
¿Qué nos importa á nosotros?
En esta guerra menguada
Venimos por el partido
Que nos compró nuestras lanzas.
Como podemos servirnosle,
Y á traición ó cara á cara
Siempre quien vence es el bueno;
Y con razon buena ó mala,
Si lo acabamos nosotros,
Después de darnos las gracias.
Con el dinero de entrambos
Nos volveremos á Francia.

Oliv. Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
Y ese buen hombre no llega.

Belt. Ya empieza á rayar el alba

Oliv. ¡Hola! Allá abajo distingo
Dos sombras encapotadas.

Belt. El es.

Oliv. Sin duda; ¿á qué otro
Dejaran paso los guardias?

Vizc. Pues yo me lavo las manos:
Que os guarde Dios.

Belt. Con vos vaya. (Vase.)

Oliv. ¿Habeis visto?

Belt. Ya lo he visto:

Pero eso á mí no me estraña;
Pues aunque en Francia criado,
No hay un francés en su casta.

Oliv. Me lo figuré al oírle
Que por Castilla abogaba.

ESCENA II.

EL REY DON PEDRO, ENBOZADO; MEN
RODRIGUEZ DE SANABRIA, BELTRAN
DE CLAQUIN, OLIVIER DE MANNI.

Rod. ¿Es Don Beltran?

Belt. Sí, yo soy.

¿Es Don Pedro?

Ped. Caballero
Francés, en vos solo espero,
Y pronto á partir estoy.

Belt. Señor Don Pedro, me pesa
Por primera vez hablaros,
Y haber de descontentaros.

Ped. Qué, ¿negais vuestra promesa?

Belt. No, señor; mas yo querria
A estas horas disponer

De mas suerte y mas poder

De lo que tengo en el dia

Para servirlos mejor.

Ped. Hablemos, señor francés,

Claros: ¿vuestro intento es

Ponerme á precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
Que obtendreis cuanto pidais
Como á salvo me pongais.

Belt. No es ese, señor, mi objeto,
Que me estuviera muy mal
Exigir un precio doble,
Cuando anduvisteis tan noble,
Tan franco y tan liberal.

Ped. Entonces no hay para qué
Pararse mas en decir
Si no vamos á partir,
Que estoy impaciente á fé.

Belt. Señor, ¿es desconfianza
Que teneis de mí?

Ped. Convengo,
Caballero, en que no tengo
Sino en Dios solo esperanza.

Mas de ello no os ofendais,
Porque es tan fatal mi estrella
Que todo lo temo de ella.

Belt. Suplicoos que contengais
Vuestra impaciencia un momento.

Ped. ¡Vive Dios, señor francés,
Que mi situacion no es
Para mucho sufrimiento!

Yo vine fiado en vos:
Con que ó dadme un guia fiel,
O yo me vuelvo á Montiel
A la voluntad de Dios.

Belt. Vuestra impaciencia imagino;
Mas aguardad un instante,
Y el guia os pondré delante
Que os enseñará el camino.

Ped. Pues id, y que sea presto;
Porque si mucho tardais,
A encontrar os arriesgais
Desocupado mi puesto.

ESCENA III.

DON PEDRO, MEN RODRIGUEZ,
GUARDIAS.

Rod. Señor, vuestros intereses
Mirad, y ved que en conciencia...

Ped. Rodriguez, fué una imprudencia
Fiar en estos franceses.

Rod. Su mala opinion, señor,
No alcanza á Beltran Claquin,
Que en todas partes al fin
Ganó fama del mejor.

Le llaman el sin mancella,
Y goza grande importancia.

Ped. Todos son buenos en Francia,
Mas no los quiero en Castilla.

A tener otro remedio
No me fiara en ninguno;

II.

Mas place al hado importuno
Mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano
El cielo me castigó.

¡Destino el cielo me dió,
Men Rodriguez, bien tirano!
Sufrí todos sus reveses,
Pero no puedo sufrir

Que me obligue hoy á venir
A ampararme de franceses.
¡Oh! nunca me imaginara
Llegar otra vez á vellos,

Sino lidiando con ellos
Sol á sol y cara á cara.
Mas nunca mi desventura
Tan estremada creia

Que á sus tiendas me traeria
Solo y en la noche oscura.
¡Ay! Cuando cuentas le pido
Al tiempo que me ha tocado,

En tiempo tan desdichado
Quisiera no haber nacido.
Mas ya la aurora esclarece:
Mucho se detiene ese hombre;

Y á pesar de su buen nombre
Que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare...

Rod. No os dé cuidado por eso,
Que de la selva en lo espeso
Metidos...

Ped. ¡Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?

Rod. Lllaman selva vulgarmente
A esa espesura que enfrente
Viendo estais.

Ped. ¡Ay, infelices
De nosotros!

Rod. ¿Pues qué objeto
Hallais, señor, que os asombre
En esa selva?

Ped. Su nombre
A mi horóscopo sujeto.

No esperemos á que vuelva,
Rodriguez: cerca de Castro
Que he de morir, dice un astro,
Y otro dice que en la selva.

Rod. Mas, señor, ved que arriesgamos...

Ped. Todo ahora lo entiendo bien:
El Castro era Don Guillen,
Y esta la selva... ¡Ah! ¡partamos!

(Van á salir y los guardias se lo impiden.)
Soldado. Atrás.

Ped. ¿Qué es esto, traidor?
Soldado. De aquí no podeis salir.

Rod. ¡Ah! como buenos morir
En Montiel era mejor.

Ped. ¡Destino, no estás contento,
Que aun el ultraje me espera

Enr. Pide, pues, lo que quisieres :
Mi reino es tuyo ; pedazos
Hazle, mas tráela á mis brazos,
Tráela, y no me desesperes.
Dichoso día, por Dios,
Es este que me da el cielo ;
Yo le pedía un consuelo,
Y el cielo me otorga dos.

Dos, señores : esa Inés
A quien busco es hija mía,
Hija por quien yo daría
Cuanto hoy en mis manos es.
Fruto de un amor profundo,
Ciego, idólatra, escésivo,
Con cuyo recuerdo vivo,
Por quien diera todo un mundo.

¡ Oh ! figuraos, señores,
Que entero le he recorrido
Tras ese tallo escogido
Del vergel de mis amores.
Figuraos que sin gloria,
Proscrito, humillado, errante,
Su idea ni un solo instante
Se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
Que agitó el mar de mi vida,
No osó con mano atrevida
A este fanal solitario.
Y en medio de mis azares
Solo su luz casta y pura
Alumbró mi desventura,
Y adormeció mis pesares.

Cap. También á mi me alumbró
Con su antorcha ese fanal,
Mas ¡ cuán siniestro y fatal
Ante mis ojos brilló !
Desatentado y ciego
Con necio ardor le seguía,
Seguro que á ser vendría
Mariposa de su fuego.

Enr. ¡ Oh, tú también la has amado !

Cap. Sí, con ciega idolatría,
Y ella me correspondía
Con amor bien desdichado.
A vos al menos, señor,
Os sirvió siempre de estrella ;
Mas yo he corrido tras ella
Con inaudito furor.

Enr. ¿ Qué dices, vil ?

Cap. ¡ Abre, infierno,
A mis piés un precipicio,
O admite mi sacrificio
En tu piedad, Dios eterno !
(Volviéndose á Don Enrique de repente.)

¿ Qué me darás por tu hija ?

Enr. De todo cuanto poseo
Lo que cumpla á tu deseo,
Lo que tu capricho elija.

Cap. Dame á Don Pedro.

Enr., alzando las cortinas de la tienda.
Ahi está.

Tómale.

Cap. ¡ Muerto !

Enr. A mis piés.

Cap. Como á Don Pedro me des
Mi furor te la dará.

Enr. ¿ Qué estás ahí, miserable,
Diciendo, que me estremeces ?

Cap. Te pago como mereces :

El fallo es irrevocable.

Don Enrique, ella por él ;

El puso en mi su esperanza,

Y yo le juré venganza

Cuando salió de Montiel.

Enr. ¿ Quién eres, hombre infernal,

Que en mi ventura mayor

Te opones con tal furor

A mi carrera triunfal ?

Cap. Una serpiente escondida

En mitad de tu camino ;

Soy la voz de tu destino

Que te arrastró á fratricida.

Soy, Don Enrique, un villano,

Un infeliz jornalero,

Que fui noble y caballero

Con su favor soberano ;

Y que vasallo leal

Pago á mi rey con usura,

Cavando mi sepultura

De la suya por igual.

Enr. ¿ Quién puso en tu corazón

Ese pensamiento impío,

Que aterra mi poderio

Y amedrenta mi razón ?

Esto es un sueño tenaz,

Una horrible pesadilla.

Cap. No es sueño, rey de Castilla,

Es la horrible realidad.

Un pensamiento ocurrido

A mi intención vengadora,

Represalia tan traidora

Como su muerte lo ha sido.

Yo á Castro ese pergamino

Arranqué con el objeto

De tener con tu secreto

En mis manos tu destino.

Don Enrique, ella por él ;

No teneis otra esperanza ;

Que así cumplo la venganza

Que le he jurado en Montiel.

Enr. Quitadle de aquí al momento ;

Llevad á ese hombre, y que elija :

O que os entregue á mi hija,

O que espere en un tormento.

Cap., con ironía á los caballeros fran-
ceses que cercan á Don Enrique.

¿ Veis de aquel cerro en la loma
Diez soldados ?

Enr. Sí.

Cap. Pues son
Diez hombres de mi facción.
¿ Veis una muger que asoma
Entre ellos mal escondida
Y en sus brazos desmayada ?

Enr. Sí.

Cap. Pues esa desdichada
Es esa Inés tan querida.

Enr. Id, caballeros, volad :

Allí está... mi hija, señores,

Libradla de esos traidores,

¡ Librádmela por piedad !

Cap. Sí, sí, volad, caballeros ;
De allí no se moverán.

(A Don Enrique.)

Mas ¿ qué creéis que hallarán

Al llegar los mas ligeros ?

Enr. Tu calma feroz me aterra.

¿ Qué hallarán, hombre cruel ?

Cap. Un crimen mas en Montiel,

Y otro cadáver en tierra.

(Se aplica á los tabios la corneta de caza y
hace una señal, á cuyo sonido se vuelve
á él Don Enrique espantado : los solda-
dos que tienen á Doña Inés la matan.)

Enr. ¿ Qué haces ?

Cap. ¿ Os ha estremecido

Este sonido fatal ?

Temblad, sí, que á esta señal

Su cabeza habrá caído.

(Un momento de pausa. Don Enrique se
cubre el rostro con las manos. El capi-
tan con desesperacion.)

Reinad, Don Enrique, sí ;

Pero sabed con horror

Que yo asesiné á mi amor

Cuando con mi rey cumplí.

Cuando á su sepulcro helado

Baje á pedirle un asilo,

« Dormid, le diré, tranquilo »

Don Pedro, ya estais vengado.

Vos por tan fiera traición

Su corona os ceñireis ;

Mas de espinas llevareis

Coronado el corazón.

EL ECO DEL TORRENTE,

DRAMA EN TRES ACTOS.

A DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI,

DE FRANCA Y LEAL AMISTAD.

OSÉ ZORRILLA.

Madrid 22 de enero de 1842.

PERSONAS.

GARCÍ-FERNÁNDEZ, conde de Castilla.
LA CONDESA ARGENTINA.
ZELINA, esclava mora.
LOTARIO, señor de Roquefort.
GENARO, escudero de Lotario.

GINÉS.
HASSAN, esclavo moro.
EGIDIO, caballero castellano.
UN PAGE.
DAMAS, ESCLAVAS Y CABALLEROS.

Siglo 10. Año

ACTO PRIMERO.

Aposento de la condesa Argentina. Decoracion cerrada con balcon en el fondo, dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina sentada en un almohadon despierta al ruido de la puerta de la derecha por donde llama Argentina.

ESCENA PRIMERA.

ZELINA, ARGENTINA.

Zel. ¡Maldito quien á deshora Viene mi sueño á turbar! Ni aun el placer de soñar Logrará la pobre mora.
Arg., entrando. ¡Esclava!
Zel. ¡Cuánta altivez!
Arg. Tarde has andado en abrir.
¿No me sentiste venir?
¿Tal vez dormías?
Zel. Tal vez.
Tres noches pasé velando Del conde á la cabecera,
¿Qué extraño es que me rindiera El sueño?

Arg. Siempre aguardando A tu señora te rinde.
Zel. Descansa el ánima inerte De la esclava cuando duerme, Que no hay placer que la brinde Tranquilamente á velar, Sabiendo que mientras viva Solo gozará cautiva El bien que logre soñar.
Arg. Importunas, mora, son Tus quejas á lo que creo.
Zel. Que no las sienta ya veo Vuestro feliz corazon.
Arg. ¿Feliz le llamas?
Zel. ¡Pues no!
¿Qué deseo le acosara Que al punto no le lograra?
Arg. Mas feliz eres que yo, Zelina; que aunque es verdad Que vives cautiva aquí,
¿Seria en tu patria, di, Mas franca tu libertad? Encerrada tu hermosura En el haren de un señor, El alcázar de tu amor Fuera á par tu sepultura.

ACTO PRIMERO.

199

Zel. De mandar á obedecer Va grande trecho, señora.

Arg. Esclava es siempre una mora Desde que acierta á nacer. Infiel y altivo su esposo Su amor con varias divide, Y amor en su esposa pide Como absoluto, zeloso.

Zel. Mas con placer se obedece De quien se ama el capricho.

Arg. Está, mora, muy bien dicho, Pero es cuando él lo merece; Porque es muy duro tormento Mentir fortuna y amor

Dentro del alma el dolor Y en el semblante el contento. Es muy terrible guardar Un pensamiento escondido En el corazon nacido,

Sin poderle de él echar. Vivir de noche y de dia Velando la oculta idea Para que nadie la vea Ni la entienda quien la espía.

Zel. ¡Pluguiera á Alá fuera así! Pero yo arrastro ¡ay de mí!

Tras de mi vida ese peso. Cuanto con afan mayor Ocultarle me interesa, Mas el secreto me pesa, Es mas intimo el dolor.

Vos en el vuestro á lo menos Teneis quien os le consuele;

El mio á nadie le duele, Que á todos les son ajenos De un esclavo los pesares.

Arg. ¿Qué vale mi libertad Si es ella sola en verdad

La causa de mis azares? Vosotros que en vuestro dueño

Podeis mirar un verdugo, De sacudir vuestro yugo

Hora buscais con empeño. Yo soy tu ama, te digo,

Y tú al caer á mis pies Con ira secreta ves

En tu señor tu enemigo. A mí, condesa me llaman,

Y danme el mas alto puesto; ¿Mas quién sabe si detesto

A los mismos que me aclaman Su bien, su amor, su señora?

Ya ves que fué gran deslize Tenerme á mí por feliz

A par de una esclava mora.
Zel. Mas podeis tener amigos O buscarlos, pero yo..

Arg. ¿Amigos has dicho?... No, Fueran de mi mal testigos.

Zel. Teneis un esposo noble, Galan, amante y discreto, Con quien partir un secreto Que os agobia.

Arg. Y fuera doble Mi pesar, fuera el postrero

Sin duda, Zelina, y fuera Hacer de una ruin quimera

Un verdugo verdadero. No, no, jamás: si algun día

De mi corazon le echara A él solo se le ocultara.

Zel. ¿Acaso le ofenderia?

Arg. Necia de tí, ¿no conoces La razon de mis enojos

Cuando pregonan mis ojos Lo que no dicen mis voces?

¿No ves que al llorar la calma De mi corazon perdida

Guardo en secreto escondida Mi desventura en el alma?

Zel. ¡Callad! sus secretos son Mientra en suspiros los lanza

Faros de dulce esperanza Que alumbran al corazon.

Mas si en la lengua atrevida A palabras se reducen,

Son áspides que introducen Su ponzoña en nuestra vida.

Arg. Si, por Dios.
Zel. Señora, quedo,

El secreto que guardais, Callad, no me le digais,

Pues pagárosle no puedo.
Arg. ¡Pagarle!

Zel. Pagarle, si, Con el mio; mas es tal

Que el vuestro es menos fatal Que el que me acongoja á mí.

Arg. Esclava, ¿qué desvario Te asalta? ¿con cual objeto

Uno por otro secreto Mides? ¿Te dije yo el mio?

Zel. ¿Y mis sentidos cegados Por ventura están? Mis ojos

¿No ven de vuestros enojos Los arcanos tan guardados?

Quien al pié de vuestro lecho Os vela vuestro dormir,

¿No se podrá introducir Con astucia en vuestro pecho?

Arg. ¡Traidora!
Zel. No es la traicion

Obra mia; es vuestro el dolo, Vuestro labio fué el que solo Vendió á vuestro corazon.

El fué quien en vuestro sueño
Pronunció el oculto nombre,
Y no era el que lleva el hombre
De cuyo honor sois el dueño.
No : en la alcoba solitaria
Con amorosa porfía,
Le invocábais, y yo oía
La recóndita plegaria.
Llorábais ¡ah! y yo también
Sí, con llanto abrasador
Vos, vuestro perdido amor
Y yo, mi imposible bien.

Arg. ¡Oh! te dolías de mí;

De mis pesares testigo
Los lamentabas conmigo.

Zel. Recordé los míos, sí,
Que es uno mismo el objeto

De nuestros males, señora,
Y el corazón de la mora

Guarda también un secreto.

Arg. ¿Tú amas?

Zel. Con cuánto ardor!

Mas si el aire sorprendiera
Mi secreto, aun de él temiera

Que me vendiese traidor.
Sí, yo amo á un hombre también,

Mas el nombre del que adoro
Escondo como un tesoro;

Mi corazón es mi haren.
Aquí sin cesar le llevo

Indeleble, solitario,
Fanal de oculto santuario

A cuya luz no me atrevo.

Arg. Dichosa tú que conoces
A quien amas, y le ves.

Zel. ¿Vuestro amor...!

Arg. Solamente es
El són de mis tristes voces.

Le amé y me adoró algun día,
Mas ya á mi ver me olvidó,

Niebla que se disipó
Con la luz del nuevo día.

Mas me olvido de quien soy,
Y de quien eres me olvido;

Esclava, lo que has oído
Olvidalo tú desde hoy.

¿Qué me importan tus secretos
Ni tus necios desvaríos?

Te he confiado los míos?
Si los sabes...

Zel. Bien sujetos
Los tengo en mi corazón,
Y no se me escaparán.

Arg. Silencio, pues : de tu afán
No pregunto la razón.

Tus cantares me agradaron,
Y entre ciento te elegí

Para entretenerme á mi,

Aunque mil te desearon.
Tu oficio es solo cantar
De inclinaciones desnuda;
¿Lo oyes? sorda, ciega y muda
Has de ser si has de medrar.
Y en tu memoria altanera
Con cifra indeleble, graba
Que te tengo por esclava,
Pero no por consejera.

Zel. Dadme paciencia, Señor,
Para sufrir su altivez.

Arg. Silencio, pues, otra vez,
O tiembra de mi furor.

(*Vase Zelina á una seña de Argentina.*)

ESCENA II.

ARGENTINA.

Sorprendió mi amor antiguo,
Mas lo callará prudente!

Ademas que, aunque lo cuente,
En dédalo tan ambiguo,

Meterá á quien se lo escuche,
Que sin hilo conductor

Jamás saldrá del error
Con que alucinado luche.

Mas ¡ay de mí! ¿qué recelo,
Si yo misma al cabo ignoro

La existencia del que adoro
Y el sino que le dió el cielo?

Al conde podrá decir
Lo que ella me oyó soñar,

¿Mas á otro no pude amar
Antes de á Burgos venir?

¿Qué hay que reprocharme en esto?
Há un año que estoy casada

Y de él no he sabido nada
Ni medios para ello he puesto.

Le amo, es cierto, pero ¿y qué?
Si olvidarle no he podido

¿La culpa de quien ha sido?
¿Por voluntad me casé?

Y si jamás le ofendi,
¿De qué se podrá quejar?

¿De que no le puedo amar
Quéjese de él, no de mí.

(*Abre la ventana y dice asomándose.*)
La noche lóbrega cierra,

No brilla estrella ninguna,
Y encapotada la luna

Alumbra á trozos la tierra.
¿Quién! ¡ay! de mi dulce Francia

Sobre sus rayos pudiera
Al soplo de una hechicera

Cruzar la inmensa distancia!
Mas mis ojos alucina

Torpe ilusión, ó el espacio

ESCENA IV.

ARGENTINA, ZELINA.

Arg. ¿Quién va?
Zel. ¡Ah!

Arg. ¿Quién te mandó
Llegar sin que yo llamara?

Zel. La luz temí que os faltara
Y entraba á doblarla yo.

Arg. Toma, manguada, y aprende
(*La da un bofetón y se le cae la luz.*)

Que yo soy quien manda aquí.
Ea, despeja.

Zel. ¡Ay de mí!

Arg. ¡Fuera!

Zel. Y ¡ay de quien me ofendel
(*Sale la mora. Argentina cierra la puerta y abre la otra.*)

ESCENA V.

ARGENTINA, GENARO.

Arg. Nada por fortuna vió,
Y á no venir con tal tiento

Sorprende todo el intento,
Pero diestra anduve yo.

Pisad quedo, y evitad
Que oigan por algún resquicio.

Gen. Hábeisla dado sin juicio,
Señora, y sin caridad.

Arg. Cien veces se lo advertí,
Y como entró de rondón

En tan precisa ocasión
Arrebatada la dí.

Gen. Mirad...

Arg. ¿Defendéisla ahora?
¿Qué importa esa bofetada?

¿No está á sierva destinada?
Pues que aguante á su señora.

Mas vos quien sois concluyamos;
Genaro tú, ¿con qué traza?

Gen. ¿Nada aquí nos amenaza?

Arg. Nada, seguros estamos.
Gen. Lotario en Burgos está.

Arg. ¡Dios mio! ¿en Burgos?
Gen. Llegó hoy.

Arg. ¿Y tú?
Gen. Su escudero soy
Como siempre.

Arg. ¿Y dónde va?
Gen. ¿A dónde ha de ir, señora,

Sino adonde vos esteis?
A no que vos le mandeis

Que se vuelva con la aurora.
Arg. No, no.

Gen. ¿Le amais todavía?

Del jardín de este palacio
Cruza un hombre y se avecina.
¿Quién pudo á tal hora entrar
En los jardines? Se pára...
Conmigo acaso se encara...
¿Qué busca en este lugar?
Me hace seña.. mas no entiendo
Lo que pretende... se aparta,
(*Se oye caer en la escena un objeto entrando por el balcon.*)

¿Pero qué es esto? Una carta.
¿Cielo santo! ¿qué estoy viendo?

(*Lee.*) « Aunque parezca arrogancia
« Pedir de vos una audiencia,

« La aguarda con impaciencia
« Un peregrino de Francia. »

¡Sueño, Dios mio! es su letra,
Es él, es él; me lo augura

Mi corazón, que en la oscura
Sombra hasta el suyo penetra.

¿Mas cómo traerle aquí
Sin que nadie le aperciba?

¿Fiaré de esa cautiva...?
No, son armas contra mí.

Yo misma le iré á buscar.
Mas fuera mucha osadía.

¡Ah! ¿pero esta galería
No va al jardín á parar?

Es verdad que nadie la usa,
Mas es causa en mi favor.

Sírveme de escusa amor,
Sí es que la razón me acusa.

(*Busca una llave con la que abre una puertecilla secreta que habrá en el fondo, toma la llave y sale por ella volviendo á cerrar. La escena queda á oscuras.*)

ESCENA III.

ZELINA.

¡Señora! ¿pero qué es esto?
¿Por dónde salió? ¡Señora!

¿Si dormiré?... alerta, mora,
Procura ganar tu puesto.

Alimenta tu esperanza,
Que si á ella el amor la culpa,

A tí el amor te disculpa,
Que opuesto á su amor avanza.

(*Vase dejando la puerta abierta y al mismo tiempo meten la llave en la galería. Al tiempo que por esta aparece Argentina con Genaro, aparece por la otra la mora con luz. Al verla, Argentina cierra la puerta con precipitación, dejando á Genaro fuera. Quédanse mirando una á otra, Argentina con sorpresa, la mora con inteligencia.*)

Arg. ¡Mas bajo por compasion!
Si, le amo en mi corazon,
¡Mas él?

Gen. Con idolatria.
Con intriga cautelosa
De vuestro padre ha logrado
Venir á Castilla enviado
De embajador de Tolosa:
Y él, que ignora vuestro amor,
En nuestro lazo ha caido
Sin darse por entendido.
Con sigilo previsor
En Burgos hemos entrado
Sin que el pueblo se aperceba
De nuestra oculta misiva,
Y de veros me ha encargado.

Arg. Pero ¿y Lotario?
Gen. No osó
Venir, que era necio paso,
Sin saber si el tiempo acaso
Vuestros intentos mudó.

Arg. ¿Mudarlos? ¡Por vida mia!
Sin maldecir la distancia
Que me apartaba de Francia,
No me dormi ningun dia.
Esta tierra me es odiosa,
Y poco es Burgos, la España
Diera por una cabaña
En Roquefort ó en Tolosa.
Allí mis memorias viven
Y allí mis dichas están,
Allí mis suspiros van,
Y allí alimento reciben.

Gen. ¿Mas el conde cómo os trata?

Arg. ¡Pobre! mis desvíos llora,
Delira por mí, me adora
Y esto es lo que mas me mata.
Tal vez por mis sinsabores
Grave enfermedad le aqueja
Que sosegar no le deja,
Presa de agudos dolores.
Yo, cuando á solas me quedo
Con él, al verle llorar
Lloro ¡ay de mí! á mi pesar,
Pero quererle no puedo.
Y no he soltado jamás
Un gemido en su presencia,
Mas él lee mi indiferencia
En mi semblante quizás.
Él conoce, puede ser,
Y así su dolor agrava,
Que fuera alegre su esclava,
Pero nunca su muger.
Lo entiende, le pesa y llora;
Yo le martirizo y lloro.
¡Ay! yo porque no le adoro,
Y él porque lo ve y me adora.
Tú que me has visto nacer,

Tú en cuyos brazos me cida
Pasé mi ninez florida,
¿Qué me aconsejas hacer?
Ver á Lotario es mi anhelo,
Hablarle, llorar con él...

¿Será mi estrella tan cruel
Que me culpe este consuelo?

Gen. ¿Y quién os podrá culpar
Tan justo y sincero empeño
Si nadie se puede dueño
De su corazon llamar?
Cumplida nuestra embajada
Volveremos á Tolosa.
¡Un hora, pues, venturosa,
Porqué os ha de ser negada?
El muere por veros.

Arg. ¿Si?
Gen. Su fanatismo, su gloria
No es mas que vuestra memoria.
Arg. ¿Con que se acuerda de mí?
Gen. No se pasa un solo instante

Sin que os escuche y os vea
Allá en su escondida idea
En su desvario amante.
Y á tanto por vos se empeña
Que es, rayando en la locura,
Por vuestro nombre si jura,
Con vuestro nombre si sueña.
Tal vez guardó vuestra toca
De vuestro amor por despojos,
Y aun la humedecen sus ojos
Mientras la besa su boca.

Arg. ¡Calla! que con tal pintura
Mi corazon desfallece
Y mi razon enloquece
Con tan celestial ventura.

Él me amó, ¿y amedrentarle
Imposibles no pudieron?

¿Y á mi vacilar me hicieron
Hasta dudar de es: erarle?
Sal ya, secreto escondido,
Del corazon que atosigas,
Sal del alma en que te abrigas
Temeroso y desvalido.

Ya no eres vago deseo
Sin ventura ni esperanza,
Eres voz cuyo eco alcanza
Mas allá del Pirineo.

Ven, ven, Lotario, á mis brazos,
Y aunque se ofenda Castilla
Y alce el conde su cuchilla
Para hacerme allí pedazos.

Gen. Pues bien pronto le verás.

Arg. ¿Cuándo?

Gen. ¡Mañana!

Arg. ¡Mañana!

Gen. De buena gana

Fuera ahora, pero quizás...

Arg. ¿Qué temes? ¡Tú no has llegado
Tranquilamente hasta mí
Por esos jardines?

Gen. Sí:
Mas yo soy solo un criado,
Un siervo de vuestra casa
Que os vió, Argentina, nacer
Y que no supo poner
Al leal deseo tasa

De abrazaros y de veros:
Todo esto puede probarse,
Y es cosa que perdonarse
Puede á viejos escuderos,
Mas á caballeros no:
Que otras sospechas nacieran;
Y si verdades salieran,
No salvara él como yo.

Arg. Pues bien, Genaro, es preciso
Que yo le vea; no hay fuerza
Que esta voluntad me tuerza;
Iré yo, llévale aviso.

Gen. ¿Vos con noche tan oscura
De este palacio salir?

Arg. O viene él ó yo he de ir.

Gen. Que venga es menos locura.

Arg. Que venga pues.

Gen. Pero sea
Cuando todo esté sumido
En el sueño, y advertido
Ningun curioso lo vea.

Arg. Sea.

Gen. Yo os esperaré
Con él en la empalizada
En hora mas avanzada.

Arg. Yo de aquí os avisaré;
Y hasta que todo repose

Y retire del balcon
La luz, mucha precaucion,
Y nadie mostrarse ose.

Gen. ¿Y si hay algo que lo impida?

Arg. Te haré la hora avisar. (Llaman.)

¡Cielos, he oido llamar!

Huye de aquí por tu vida.

Gen. Si me habrán visto venir.
(Vase por la puerta secreta.)

Arg. Imposible. mas sal presto.

¿Cuál será el nuevo pretesto

De venirme á interrumpir?

ESCENA VI.

ARGENTINA, UN PAGE.

Page. El conde os pide permiso
Para saludaros antes
De recogerse.

Arg. Si es esa
Su voluntad, di que pase,
Que será bien recibido.

Page. Pues vendrá al punto, esperadle.
(Vase.)

ESCENA VII.

ARGENTINA, ZELINA Y DAMAS.

Arg. Elvira, Diana, Constanza,
Arreglad mi vestidura,
Que pende de mi hermosura
Esta noche mi esperanza.

(Zelina, Elvira y Constanza arreglan
los cabellos y el traje de Argentina, la
prenden flores, la traen anillos que se
pone, etc., etc., Zelina mirando por
todas partes hasta que ve la llave puesta
en la puerta secreta.)

Zel. Aquí no está y no ha salido;
Mas no erré... llave hay allí.

Arg. ¿Qué murmuras tras de mí?

(Al volverse ve á Zelina que lleva mano
al carrillo.)

¡Hola! ¿con que lo has sentido?

Pues tanto la faz te duele
Ve si te place ese anillo,
Y el escozor del carrillo
Ese rubi te consuele.

Y advierte que mil criadas
A piés juntillas quisieran
Que sus señoras las dieran
Anillos y bofetadas. (Le da uno y lo rehusa.)
¿Qué es eso?

Zel. Os pido perdon.
(¿Qué valdrá el rubi en mi dedo
Si borrar con él no puedo
Mi afrenta del corazon?)

Arg. Por Dios, criatura necia,
Que estoy con razon tentada
De dar otra bofetada
A quien el rubi desprecia.

Zel. Pues no tengo libertad,
Lo podeis á salvo hacer;
Mas que no pude escoger
Mi suerte considerad.

Arg. Silencio, esclava. Naciste
De moros hija, y cautiva,
Piensa que solo estás viva
Porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
Cantar es tu obligacion;
Canta y di á tu corazon
Que encarcele sus pesares.
Canta, esclava.

Zel. Cantaré:

Mas quiera el cielo, señora,
Que la cancion de la mora
Mas sentimiento no os dé.
Arg. Arrepentida te quiero :
? Mas quién llega?
Page. El conde.
Arg. Abrid.
Zel. (¡Qué abatido está!)
Arg. Salid.
Zel. (Pero sanará : lo espero.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, ARGENTINA.

Conde. Guárdate Dios, Argentina.
Arg. Conde, vengais en buen hora.
? Cómo os sentís?
Conde. Bueno ahora,
Pues estoy cerca de tí.
Arg. Sentaos, tomad aliento ;
Os cansa mucho el caballo.
Conde. Dicen los doctores que hallo
Alivio á mi mal así,
Y obedezco sus consejos ;
Aunque en verdad no imagino
Que avanzo mucho camino
Con ellos en mi salud.
Y tú, ¿cómo estás ? ya há mucho
Que en mi cuarto no te veo.
Arg. Mis visitas escaseo,
Y hago con exactitud
Lo que mandan los doctores.
Mi presençia os empeora.
Conde. Argentina encantadora,
¡ Ah ! ¡ no los creas por Dios !
Tu presençia me es un bálsamo
Que mis cuitas adormece ;
Tu presençia me parece
Que mi salud trae en pos.
¡ Oh bellisima Argentina,
Luz de mis ojos radiante !
Desde el fortunado instante
En que por dicha te vi,
Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza
Que á la segura esperanza
De tenerte junto á mi.
De noche allá en mis delirios
Tu imágen se me aparece,
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusion.
La luz que radia tu rostro
Mi corazon ilumina,
Que hasta en tu sombra, Argentina,
Te adora mi corazon.
De dia ansioso te busco,

Y si en el jardin paseo,
Dichoso ademas me creo
Si de la reja á través
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ; vida mia !
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas, ni ves.
Mas tú entretanto me esquivas
Y sola, y triste, encerrada
Una tras otra jornada
En tu aposento te estás.
Algunas veces me han dicho
Que baña el llanto tus ojos...
¿ Porqué, di, son tus enojos ?
¿ Lloras tu pátria quizás ?
Arg. Tal vez, señor : de Castilla
Nacida en verdad muy lejos,
La razon ni los consejos
Bastar no podrán tal vez,
Y os lo confesó con lágrimas,
A borrar de mi memoria
La melancólica historia
De mi dichosa niñez.
Conde. Pues bien, no quiero que nunca
Ni aun caprichos te se nieguen.
Dentro de un mes, cuando lleguen
Las puras auras de abril,
Partiremos á Tolosa,
Verás otra vez al conde
Tu padre ; si, iremos donde
Quiera tu anhelo infantil.
Yo uniré á tí mi destino,
¡ Oh bellisima francesa !
Sé en Castilla la condesa,
Y donde te plazca va.
Yo iré contigo, y al lado
De quien tan fino te adora
Tú serás reina y señora,
Y yo tu esclavo seré.
Arg. ¡ Generoso castellano !
(De rodillas.)
? Cómo pagar tus finezas ?
Conde. ¡ De nuevo á llorar empiezas !
Arg. De gratitud, conde, si.
Conde. ¿ No te amo ? ¡ paloma mia !
En contemplarte, en quererte
¿ Qué hago de mas si la muerte
Me fuera dulce por tí ?
Pero basta, alza, Argentina ;
Veo que un pesar secreto
Te acusa ; calla su objeto,
No quiero saberle, no.
Si tengo en su causa parte,
Quiero ¡ Argentina ! purgarla,
Necio fuera en preguntarla,
Debo corregirla yo.
Mas oigo en esa antesala
Rumor...

ESCENA IX.

DICHS, UN PAGE.

Page. Vuestros caballeros,
Señor, y vuestros monteros
Vienen órden á pedir
Para mañana.

Conde. Argentina,
Recibeles tú ; me siento
Cansado, y no tengo aliento
Sus cumplidos para oir.

¡ Ay !

Arg. ¿ Suspirais ?
Conde. De fatiga.

Era tan terco el caballo
En que corri...

Arg. Si os obliga
El sueño...

Conde. No, dulce amiga ;
Mas perezoso me hallo.

Arg. ¿ Quereis reposar ?
Conde. No á fé.

Que mandarás me pluguiera
A los pages que ahí dejé
Que apronten una litera,
Que volver no quiero á pié.
Húmeda la noche está,
Y es tarde, Argentina, ya
Para cruzar el espacio
De los jardines, que va
A mi aposento en palacio.
Si en tanto no te desplace,
Oyera de buena gana
Esa que prodigios hace
Esclava mahometana.
Arg. Yo os la enviaré.
Conde. Que me place.

ESCENA X.

EL CONDE.

¡ Ay de mí ! ¡ tan cariñoso
Con ella y tan complaciente,
Tan rendido y cuidadoso,
Y ella siempre con su esposo
Tan fria é indiferente !
¡ Siempre en su Francia pensando !
¡ Siempre encerrada y llorando !
¡ Maravilla es en verdad !
Mas si otro amor lamentando...
¡ Callad, sospechas, callad !
Dejadme, zelos, gozar
En esta ilusoria calma ;
Sí, dejádmelo ignorar,
No hagais mas ágría brotar
Vuestra ponzoña en el alma.

Los zelos son ¡ ay de mí !
Mis dolores : zelos son
De mi mal la causa, sí,
El mal que sufro está aquí
En mi pobre corazon.
Si es que rendirse no puede
A mi amor su ánima esquivo,
Con sus ilusiones viva,
Con sus memorias se quede,
Mas si otro amor la cautiva
Si no bastándola el mio
En otro amorosa piensa
Con criminal desvario,
¡ Oh ! el hilo de su desvio
Me llevará hasta mi ofensa.

ESCENA XI.

EL CONDE, ZELINA.

Conde. ¡ Hola ! bien venida, mora.
Zel. Hame dicho mi señora
Que era vuestra voluntad...
Conde. Oírte, si, sea en buen hora ;
Veamos tu habilidad.
Zel. La música es un consuelo
Que calma nuestra inquietud.
Conde. Siempre como don del cielo
La miré.
Zel. Aleja el desvelo
Y avecina la salud.
Yo en mis pesares, señor,
Con ella me le procuro
Y adormece mi dolor ;
Canto mis cuitas, mi amor,
Y dichosa me figuro.
Conde. ¿ Con que amas ?
Zel. Sí, con fatal
Eleccion.
Conde. ¿ Luego el objeto
De tu amor te paga mal ?
Zel. Sí, mas con razon.
Conde. ¿ Con cuál ?
Zel. Este es, señor, mi secreto.
Conde. Quiero respetarlo, pues ;
Mas yo no soy un tirano,
Y si con mi empeño ves
Que mas fácil...
Zel. Así es ;
Pero intentarlo es en vano.
Conde. En curiosidad me ponen
Tus palabras, pobre mora.
Zel. Tales ruegos se interponen
Que hará mi lengua traidora
Si á mi silencio se oponen.
Conde. No insisto mas si te enoja.
Zel. Os agradezco el favor

Arg. Silencio. ¿Cómo has osado
Sin que yo te haya avisado?...
Lot. Esperar mas no podia.
Del conde vi la litera
El jardin atravesar,
Y no pude refrenar
Mi impaciencia. Tal vez era
Mucho arriesgada mi accion;
Mas perdona, hermosa mia,
Desde el jardín te veia
Por ese abierto balcon.
Sabiedo que me esperabas,
Dije: « Prevenida está,
Pues que me llama. »
Arg. ¿Y quizá
Con una ilusion gozabas?
Lot. ¿Con una ilusion?
Arg. Sí, sí:
Todo es mentira, Lotario;
Con el alba es necesario
Que partas lejos de mí.
Vuelve, vuelve á Roquefort,
Huye de Burgos, y mira
Que ha sido mi fe mentira,
Mentira todo mi amor.
Lot. ¿Mentira dices que fué!
Las lágrimas de tus ojos
Desmienten esos enojos
Que fingés... no sé porqué.
Arg. ¿No lo sabes; insensato!
Y en Burgos soy la condesa?
Lot. ¿Y tanta anterior promesa
De tu amor?
Arg. ¿Y mi recato?
Lot. Por fuerza tu padre vino
Tu mano al conde á ofrecer.
Arg. La fuerza no puede hacer
Menos cierto mi destino.
Con. *Lot.* ¿Ah! ¿le amas?
Sin duda. Guardo su honor.
Siendo de él. El corazon es primero.
El esclavo y la mi pasion le prefiero.
¡Hola! al buen entendido, eso es amor.
Media palabra le basta.) corrido
¿Zelina? ¿ocura!
Zel. ¿Qué me mandais?
Conde. ¿Quién te enseñó la zendido.
Que he escuchado?
Zel. Un bofetón.
Conde. ¿Tales maestros usais
Los moros para cantar?
Zel. Nos los prestan los cristianos,
Que tienen largas las manos
Y nos hacen estudiar.
Conde. Vosotros en recompensa
Les mostrareis...
Zel. Que un secreto
Vale mucho bien sujeto

Te pondrá por condicion.
Y tú tan pérfida ya
Como ese vil castellano,
Vas á ponerla en su mano
Con complacencia quizá.
No, si tu intencion es esa
No eres tú la que yo amé,
Ni por quien aquí llegué,
Ni Argentina, ni francesa.
Arg. ¿Qué delirio te trastorna!
¿Venderte yo que te adoro,
Que atropello mi decoro?
Lot. Gracias al cielo que torna
A tu mente la razon;
Pues mi falso desvario
Te hizo confesar por mío
Tu rebelde corazon.
Ya me lo has dicho; me adoras;
Ya te arranqué á tu pesar
El secreto que ocultar
Me querias... mira... lloras,
Y las lágrimas no salen
Sino de un alma apenada,
Y yo, Argentina adorada,
Sé lo que las tuyas valen.
Te has dejado seducir
Por mi fingido furor;
Confiesa por fin tu amor
Porque no sabes fingir.
Arg. ¡Oh! sí, te adoro, es verdad;
Tu imagen de mi memoria
No se apartó, fué mi gloria,
Mas cállalo por piedad.
Siento que tu amor me venza,
Que mi obligacion mancilla,
Y esta confesion me humilla,
La ingratitud me avergüenza.
Lot. La ingratitud, ¿y con quién?
¿Tú has dicho á ese castellano:
Tuya soy? Lleve mi mano,
Dijiste, á quien se la den.
Tu padre por su interés,
Por miedo acaso á una guerra,
Compró un puñado de tierra
Ofreciéndote á sus piés.
Te echó de tu dulce Francia
Y te arrancó de mis brazos,
Sin ver que hacia pedazos
Los sueños de nuestra infancia.
Pues bien, tu cumpliste ya,
Te casaste con su gusto:
Con. Que el tuyo se cumpla es justo
Dirás, y quieres se cumplirá.
¿la heredera sola
Y si eso te cura, su condao
La señal del l está reservado,
Zel. Prenda nacido española.
Valor pierde en le España, pues;

Tu herencia y persona en vano
Reclamará el castellano
Cuando en Roquefort estás.
Que el moro con cruda guerra
Su venganza atajará,
Y el pobre conde harto hará
Con defenderse en su tierra.
Todo ello será un secreto.
¿Y tu padre qué ha de hacer?
Nada le da que temer
Del conde el inútil reto.

Arg. Mentia si te dijera
Que tan bella perspectiva,
Lotario, no me cautiva,
Que es á fé muy lisonjera;
Mas...

Lot. ¿Qué dudas! Argentina,
Traigo gente, intrepidez
Nunca me faltó.

Arg. Tal vez
Tu confianza te alucina.

Lot. No me amas.

Arg. No digas tal,
Lotario, cuando aun te escucho;
Pero me rinde, aunque lueho,
Presentimiento fatal.

Lot. Necios agüeros, ¿quién cree?
Con valor, ¿qué hay que arriesgar?

Arg. Déjame reflexionar,
Y yo me resolveré.

Lot. La tregua será muy corta.

Arg. Solo un día.

Lot. Uno no mas.

Arg. Al jardin vendrás
Como hoy.

Lot. Mucho es, mas no importa.

Arg. Irrevocable ha de ser
Mi decision.

Lot. Sí á fé mia.

Arg. Ea pues, sal, que está el día
Muy próximo á amanecer.

Lot. Adios, amor mio.

Arg. Adios,

Mi Lotario, y por tu vida
Que te guardes bien.

Lot. Descuida,
Que voy de la dicha en pos.

(Mientras Argentina despide á Lotario,
que se va por la puerta secreta, el conde
asoma por el camarín de la mora, y al
volverse Argentina, despues de haber
vuelto á cerrar la puerta, se encuentra
cara á cara con él, que se llega á ella
y la toma por el brazo con frialdad.)

Arg. aterrada. ¡Cielos!

Conde. Le dejo salir,

Con mi coraje aunque lueho,
Porque á tí te quiero mucho
Y él mañana ha de venir.
Mas si de ese seductor
Te arrastraran los conjuros,
Cenizas haré los muros
De Tolosa y Roquefort.
(Argentina cae de rodillas y cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, SENTADO EN ACTITUD DE ATEN-
CION AGRADABLE; ZELINA, CERCA DE ÉL
PERO ALGO HACIA SU ESPALDA, SENTADA EN
UNOS COJINES, CANTANDO AL ARPA.

(Preludio largo.)

Zel. (Canta.) « Auras de abril, si algun día
Cruzaís murmurando el mar,
Decid á la pátria mia
Que por él no he de pasar.
Si he de vivir como ahora,
Id al Africa y contad
Que aquí dichosa una mora
Despreció su libertad.
Decid del tostado moro
En el campesino adoar,
Que el bien que en secreto adoro
No me la deja llorar.
Si he de vivir como ahora,
Id al Africa y contad
Que aquí dichosa una mora
Despreció la libertad. »

Conde. Dichosa tú sí en tu labio
No miente tu corazon,
Que olvidas tu condicion,
Tu esclavitud y tu agravio
Al compás de una cancion.
Zel. La música es un consuelo
Que sosiega la inquietud,
Y amor, que es hijo del cielo,
Puede hacer flores del hielo,
Placer de la esclavitud.

Conde. ¡El amor! solo ha brotado
Rudas zarzas para mí
Que el corazon me han llagado.

Zel. El objeto habreis errado
De vuestro amor.

Conde. Lo erré, sí.

Zel. Amor es dios, y jamás
En sus fallos se equivoca,
Y las almas á quien toca
Con su harpon lleva detrás
En rueda enredada y loca.
Creencias, tierra, esquivéz
Estrechan dos corazones
A aborrecerse, y tal vez
Por esta misma estrechez
Empiezan grandes pasiones.
Mas aunque razon, fe y tierra
Acérquen mucho á otros dos,
Si en ellos amor no encierra
Su afición, siempre ¡por Dios!
Le harán invencible guerra.

Conde. Eso á mi me sucedió,
Zelina; amoroso, ufano,
Mi corazón se rindió;
Mas el suyo no tocó
Amor, y mi afán fué vano.

Zel. También me sucede así,
Señor; alcancé un objeto
Digno de mi amor, le di
Mi corazón, y ¡ay de mí!
Mi amor no es mas que un secreto.
Yo no le puedo ocultar
Ni manifestar mi fé,
Continuamente pasar
Le veo acaso, me ve,
Y pasa y... rompo á llorar.

Conde. ¡Pobre esclava! tus servicios
Merecen mi gratitud;
Yo sé que á tus sacrificios,
A tus desvelos y oficios
Debo tal vez mi salud.
Yo sé que en tapiz estrecho
Tendido al pié de mi lecho,
Noches de vela afanosa
Has pasado cuidadosa
Desvelada en mi provecho.
Ya sé que sola tu mano
Con tierno afán me ofrecía
El bálsamo soberano
Que la salud me volvía:
Mas no lo habrás hecho en vano.
Habla, si con esquivéz
Te mira el hombre á quien amas
Por tu condición tal vez,
Habla, *Zelina;* á las damas
Te igualaré de mas prez.
Te daré la libertad
Y mis tesoros con ella,
Te haré tan noble en verdad
Que envidie tu vanidad
La cortesana mas bella.
Si entonces á pesar mio
Aun no le rindes, *Zelina,*
Y tuerces tanto desvío,

Zel. Yo no sé nunca rogar
Ni por otros ni por mí:
Yo cual sé en silencio amar,
Cuando una ofensa sentí.
Me sé en silencio vengar.
Buscad otro consejero,
Señor, que os hable en su abono;
Mi corazón es tan fiero,
Que cuando odio y cuando quiero
Ni me olvido ni perdono.

Serás con ese hombre frío
Lo que yo con Argentina.
Un sér inútil menguado,
A quien sobra un corazón
Ardiente y enamorado,
Que su amor ha equivocado
Y que pide compasión.

Zel. Nosotras las africanas
Somos, señor, muy altivas,
Y en esas almas tiranas
Queremos, aunque cautivas,
Entrar como soberanas.
Esos afeites postizos
Son reclamos echadizos
Que desdeña mi ambición:
Para vencer con hechizos
Me basta mi corazón.
Si el fuego que en él se encierra
No me conquista mi amor
En franca amorosa guerra,
Nunca ha de faltarme tierra
Sobre que llorar, señor.
Pero yo os canso sin duda
Con mis necias relaciones:
¿Qué sabe una esclava ruda
De lo que rompe ni anuda
Tan sublimes aficiones?

(*Hace que se va.*)

Conde. No, por mi vida, *Zelina,*
No te apartes de mi lado;
Tu voz es tan peregrina
Que da á mi fé mortecina
Un impulso inesperado.
Ven tú, el único testigo
Del triste error de mi esposa,
A ser mi guía, mi amigo,
Que esta ofensa vergonzosa
Quiero consultar contigo.
Crece oyéndote mi fé,
Crece oyéndote mi amor
A la ingrata que adoré,
Y al fin la perdonaré
Si me hablas en su favor.
Y tú que como ella hermosa
Y como yo enamorada
Ves mi situación penosa,
Sé entre el esposo y la esposa
Medianera y abogada.

Zel. Yo no sé nunca rogar
Ni por otros ni por mí:
Yo cual sé en silencio amar,
Cuando una ofensa sentí.
Me sé en silencio vengar.
Buscad otro consejero,
Señor, que os hable en su abono;
Mi corazón es tan fiero,
Que cuando odio y cuando quiero
Ni me olvido ni perdono.

Conde. Eso te dice, *Zelina,*
Tu corazón africano,
Que á la venganza se inclina.

Zel. Y eso el honor determina
Que haga un noble castellano.
Ese atrevido francés
Que entró una noche en su cuarto
Contándolo irá despues,
Y con una afrenta es harto
Para quien honrado es.

Conde. Pues la muerte le haré dar
Y callaré su arrogancia.

Zel. ¿A el solo habeis de matar?
¿Creeis que, nacida en Francia,
Ella os lo ha de perdonar?

Conde. ¡Esclava!

Zel. El vulgo insensato
Será fuerza que se asombre;
No faltará un mentecato
Que pregunte sin recato:
¿Porqué asesinan á ese hombre?
Y esta pregunta mordaz
Estendida en breve espacio
Por toda vuestra ciudad,
Vendrá á retumbar tenaz
Dentro de vuestro palacio.
¿Qué la podreis responder?

Nada, y con eco infinito
Lo que era murmullo ayer
Crecerá hasta ser un grito
Que diga... *Por su muger.*

Conde. Tienes razon, ¡ay de mí!
¡Mas la amo tanto!

Zel. Eso sí;
Todo el amor le perdona,
Todo lo olvida y lo abona...
No en Africa... eso es aquí.

Conde. ¡Esclava! tú la aborreces,
Y por eso me aconsejas
Lo que tú sola mereces;
No insistas, pues, muchas veces.

Zel., con ironía. ¡Oh! si yo así vuestras
quejas

Oyera tan sin piedad
Como me acabais de oír
Mi parecer, en verdad
Que vos vuestra enfermedad
Concluyérais con morir.
Consultad, pues, vuestro amor

Y no vuestros intereses,
Y de ese modo, señor,
El castellano valor
Despreciarán los franceses.
Porque sabrán que Castilla
Esclava de los placeres
Ante sus damas se humilla,
Y contra vos con mancilla
Harán levás de mugeres.

Conde. Ten la lengua, ¡vive Dios!
Que recordó tal injuria.
Zelina, mueran los dos.

Zel. Mas tened cuenta que á vos
No os perjudique esa furia.
Vengaos, mas con cordura
Una venganza buscad.
Pronta, si, pero segura,
Donde el vulgo que murmura
Adivine la verdad.

Conde. Pues bien, busca tú el camino;
En ese crimen mezquino
Yo tener parte no quiero;
Sentenciaré justiciero,
Mas no mataré asesino.
Esta noche ha de venir;
Da el encargo á algun villano
Y hazle tú misma cumplir,
Si es que le quiere admitir
Algun pobre castellano.

(*Ruido dentro.*)

¿Qué ruido es este?

ESCENA II.

EL CONDE, ZELINA, UN CABALLERO.

Cab. Señor,
Por esos montes vecinos
Se ve cada vez mayor
De hogueras el resplandor
Que encienden los campesinos.

Conde. ¡Vive Dios! esas hogueras
Nos avisan que los moros
Pasaron nuestras fronteras.
Mandad salir mis banderas
Y derramar mis tesoros.

Mi ejército tengo junto
Para salir á afrontarlos:
¡Liza fatal les barrunto!
Que venga Egidio: y al punto
¡Que se ensillen mis caballos!
(*Vase el caballero.*)

ESCENA III.

EL CONDE, ZELINA.

Zel. ¿Vais al combate, señor?
Conde. Sí, que es cumplir con mi oficio.
Zel. Ved que aun os falta vigor.
Conde. Me aprovecha el ejercicio,
Y la guerra es el mejor.

ESCENA IV.

EL CONDE, ZELINA, EGIDIO.

Conde. ¡Hola! os estaba aguardando.
Vos sois mi amigo mas fiel;
Mientras que yo esté lidiando
De Burgos tendreis el mando:
Si muero, alzaos con él.

Egid. Don García, ¿y la condesa?

Conde. Egidio, es mi voluntad;
No quiero que en mi ciudad
Mande nunca una francesa.
Obedeced y callad.

ESCENA V.

EL CONDE, ZELINA.

Conde. Tú es fuerza que mi honra cuides,
Zelina; escúchame bien
Y mis palabras no olvides;
Esa venganza deten.
Si ese hombre viene á palacio
Esta noche, haz que le prendan,
Mas cuenta que no le ofendan
De mi ausencia en el espacio.
Toma ese anillo con sello
De mi casa; en ella ahora
Mandarás como señora;
Pero pelagra tu cuello,
Si me vendes... oye pues.
Si muero en esta jornada,
Enviarás á esa menguada
A Francia con su francés.
Guárdalos presos sinó;
Que es tanto lo que la quiero
Que la perdono, si muero;
Si: logre otro lo que yo
De ella jamás alcancé,
Y que me lo deba á mí:
¿Entendistes?

Zel. Sí, á mi fé.

Conde. Todo cederá ante tí
Con ese anillo ducal:
Ese tu cabeza escuda,
Y á tenerla de hoy te ayuda
En los hombros bien ó mal.

ESCENA VI.

ZELINA.

Está bien; si acaso muero
¿Váyanse á Francia los dos...!
Y quien pierda, vive Dios!
Seré yo sola... no quiero.
Si vense y vuelve, la gloria

Su venganza acallará,
Y de su amor volverá
A encenderse la memoria.
No han de salir de Castilla
Mientras no pueda él tornar,
Yo mi amor sabré vengar
Pretestando su mancilla.
No; entonces ¿qué adelantaba?
Tarde ó pronto esa muger
Volvierá orgullosa á ser
La señora y yo la esclava.
Volvierá sobre mi faz
Con ira á poner su mano,
Y con sarcasmo inhumano
Volvierá á decirme audaz:
«Silencio, esclava. Naciste
De moros hija, y cautiva,
Piensa que solo estás viva
Porque en gracia me caíste.
Pues me placen tus cantares,
Cantar es tu obligacion;
Canta y di á tu corazon
Que encarcele sus pesares.»
¿Y sujeta á sus antojos
Volveria yo á cantar
Y en mi rabia á devorar
Las lágrimas de mis ojos!
No: lidiemos desde ahora
Cara á cara y por igual,
Y alcance el triunfo cabal
O la francesa ó la mora.
¡Hassan!

ESCENA VII.

ZELINA, HASSAN.

Zel. ¿Conoces el sello
Que el conde acostumbra á usar?
Hass. Si, como el perro el collar
Con que le amarran el cuello.
Zel. ¿Harás pues cuanto disponga
Quien con él ciña su dedo?
Hass. ¿Y qué otra cosa hacer puedo?
Haré cuanto me proponga.
Zel. Mira.
Hass. ¿El anillo! Sultana,
A vuestro esclavo mandad. (De rodillas.)
Zel. Sirveme bien y mañana
Cobrarás la libertad.
Hass. Bella houri que el paraíso
En mis yerros me haces ver,
¿Quién te dió tanto poder?
Zel. Hassan, quien pudo y quien quiso.
Y aprende ó cuéntate muerto,
Si has de vivir junto á mí,
Que tan siervo eres aquí,
Hassan, como en el desierto.

Hass. ¡Perdon, sultana, perdon!
Zel. Levanta y escucha bien.

Este desde hoy es mi haren,
Guardarle tu obligacion.
La que hasta aquí fué señora
Desde este punto es la esclava,
Y el puesto que ella ocupaba
Le ocupa desde hoy la mora.
Ningun cristiano querria
Tomar tal cargo sin mengua,
Y á mas ninguno sabria
Poner un freno á su lengua.
¿Entiendes?

Hass. Sí.

Zel. La francesa
De su misma habitacion
En el último salon
Bajo esta llave está presa.
Tómala; y hazla salir.
(Hassan entra en la habitacion de la
condesa.)

ESCENA VIII.

ZELINA, DESPUES ARGENTINA, HASSAN.

Zel. Ahora saber es preciso
Si al cabo sin otro aviso
El francés ha de venir.
Arg. ¿Aquí Zelina? (Saliendo.)
Zel. Aquí estoy.
Arg. Creia...
Zel. Que el conde fuera
Quien os llamase.
Arg. Eso era.
Zel. Pues no, condesa, yo soy.
Sentaos. Esclavo, sal.
Arg. ¿Qué hace en mi cuarto ese moro?
Zel. Llaves pone á su tesoro
A su gusto cada cual.
Arg. Nunca al conde poner vi
Su confianza en tal gente.
Zel. Condesa, no es al presente
El conde quien manda aquí.
Arg. No entiendo...
Zel. ¿No habeis oido
Los atambores tocar?
Pues tras ellos á lidiar
El conde al campo ha salido,
Y me deja en su lugar.
Arg. ¿A ti? (Con desprecio.)
Zel. A mí; mirad su anillo
Ante el cual todo se humilla;
Ya veis que soy en Castilla
Cautiva de horca y cuchillo.
Arg. ¿A ti el conde ese favor?
Zel. A mí, y en vuestra presencia.
¿No es verdad que la insolencia

No puede ya ser mayor?
¿No es cierto que necesita
Mucha destreza, señora,
Para subir una mora
Desde esclava á favorita?
¿No lo entendeis? La jugada
Es cosa á fé de sorpresa:
Pero muy pronto, condesa,
Olvidais mi bofetada.

Arg. Esclava, ¿olvidas quién soy?
¿Olvidas que ese descaro
Puede costarte muy caro?

Zel. Ayer pudiera, no hoy.
Arg. De mi boca una palabra
Puede costarte la vida.

Zel. Decidla, si sois servida;
Mas no haya miedo que se abra
Esa puerta á vuestra voz,
No; yo os tengo en mi poder,
Y del bofetón de ayer
El desquite será atroz.

Arg. ¡Cómo! ¿Osas tú, sierva vil,
Amenazarme?

Zel. ¿Quién sabe?

¿Conoceis bien esta llave?

Arg. ¡Cielos!

Zel. Si un mozo gentil, (Con ironía.)

Oculto en ese vergel,
Una noche os esperara,
Decid, ¿no os acomodara
Para abrir ese cancel?

Arg. ¡Ah! ¡tú tambien me haces cargos!
¿Quién te contó, desdichada,
Mi afrenta?

Zel. Una bofetada
Puede hacer de un topo un Argos.

Arg. ¿Con que tú misma...?

Zel. Yo, si:

Cuando con la luz entré
Ver al que entró no logré,
Mas sus palabras oi.
Ademas, no se os esconde
Que siendo yo su cautiva,
Debo por mí, mientras viva,
Velar el honor del conde.

Arg. ¡Mucho miras por su honor!
Zel. Ann mas de lo que os parece.

Arg. Y mucho tu audacia crece.
Zel. Va á la par con mi favor,

Y á tan encumbrada altura
Intento con él llegar,
Que nadie me ha de alcanzar,
Si lo que pienso me dura.

Arg. Pues asegura tu puesto,
Porque te quiero advertir
Que tras de tanto subir
Será caer muy funesto.

Zel. Estoy ya bien prevenida,

Al áspero compás de nuestros hierros.
Vos, torpe, mi cariño codiciando,
La libertad con vos me propusisteis;
Yo desprecié vuestro cariño infando,
Y vos para vengaros me vendisteis.
Pero ved la justicia vengadora
Del cielo que se cansa de sufriros:
Señor de Roquefort, llegó mi hora:
Podeis de vuestra Francia despediros
Porque á los piés de vuestra esclava mora
(Cierra el balcón.)

Vais á exhalar los últimos suspiros.
Lot. Tú eres, sí; te conozco en la fiera
De tu indomable espíritu africano:
Tú eres aquella indómita belleza
Que el tormentoso mar puso en mi mano.
Te amé, te desprecié, te vendí luego,
Mas te desprecio, esclava, todavía,
Y con tu vida y tu fortuna juego
Porque burlo tu astucia con la mía.
Zel. ¿Aun me desafiáis?
Lot. Sí, el medio elige
De tu venganza que mejor te cuadre;
Mas piensa bien que tu furor dirige
Una sentencia igual contra tu padre.
Zel. ¡Vive mi padre!
Lot. Sí.
Zel. ¿Cómo?
Lot. Cautivo

Como tú en Roquefort, y allí te espera
De mi fin de las nuevas al recibo
La misma suerte con que su amo muera.
¿Tiemblas? ¡por Dios! ¿Creíste que olvidaba
Que vivías aun y que tus iras
Me acosarían siempre? ¡Necia esclava,
A medirme conmigo en vano aspiras!
¿Lo oyes, esclava vil? ¡Esta es mi hora!
Tú eres quien postrada has de pedirme.
Y ve aquí la justicia vengadora
Del cielo que se cansa de sufrirme.
Zel. Pero estais en mi mano en este
punto,
Y si á mi fé mi cólera atropella,
A una voz de mi boca sois difunto:
Zanjemos pues en paz nuestra querella.
Va mi destino con el vuestro junto:
Dadme á mi padre y partireis con ella;
Y ved, señor francés, que de otra suerte
Asida á vuestro cuello está la muerte.
Y en el cambio no andeis con tal pereza;
Escusadme ese gesto de ironía,
Que jugamos cabeza por cabeza
Y asegurada aquí tengo la mía.
Lot. Bien; consiento.
Zel. Firmadme un pergamino
Que haga libre á mi padre; á vuestro antojo
Término señalad á su destino;
Y huid á Roquefort con vuestro arrojo.

Pero mirad que al concluir el plazo
Que á su vuelta fijéis, si no parece,
A Roquefort alcanzará mi brazo
Y el muro colosal que le guarnece
Dejaré ¡vive Dios! hecho un cedazo;
Y el gigante peñon donde envejece
Será, tras la explosion de mis furros,
Cementerio no mas de sus señores.
Lot. No tiemblo de tus iras mugeriles,
Mas pláceme por Dios que así acabemos.
Zel. Trastornaron venganzas femeniles
El mundo alguna vez y... nos veremos.
Lot. Basta, cautiva: volverá en seis meses
Tu padre junto á ti. ¿Plácete?
Zel. Admito.
Mas crecidos poneis los intereses.
Lot. Si tengo de cumplir, los necesito.
Zel. Sea y partid. Pero si el tiempo avanza
Y concluyen los seis y no ha venido,
No os adurmais en necia confianza
Allá en vuestros peñascos guarecido:
Que si el leon desprecia la pujanza
Del águila tal vez, entra al descuido
En su cueva la vibora traidora
Y abate su arrogancia triunfadora.
Y mirad que si olvidan sus promesas,
Su amor ó venganza las francesas
Por su cobarde condicion liviana,
Yo francesa no soy, sino africana.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, ARGENTINA.

(Abre Zelina á la condesa, que sale.)
Zel. Salid, condesa, y escapad sin miedo.
En el jardín esperan dos caballos,
Y yo detrás para ampararos quedo.
Arg. ¿Tú? ¡Traicion infernal!
Zel. No, no hay ninguna,
No me esteis de vivir agradecida,
Que, aunque sin honra, si salvais la vida,
Quien os salva no soy, es la fortuna.
Silencio, vive Dios, y huid.
Lot. Partamos:
Ven sin temor, que su interés la inspira,
Y ay de tu padre, si vendidos vamos!
Zel. ¡Ay de ti, Roquefort, si el plazo espira!
Vanse Loturio y Argentina por la puerta
secreta. Zelina abre el balcón, y poniendo
en él la luz para que sirva de señal
Hassan, aguarda.)

ESCENA XIII.

ZELINA, DESPUES HASSAN.

Zel. Cuidemos de que Hassan no se equivoque,

Y errando su lección, en un momento
De mi esperanza el pedestal derroque.
(Escuchando.)
(Mirando.) Salen... se ocultan ya... ya
no los siento.
(Pausa.)
¡Qué incertidumbre, Dios mio!
Mas ya del cancel resuena
El cerrojo y la cadena
Por el corredor sombrío.
(Abre.)
Ya suben. ¿Quién va?
Hass. Yo.
Zel. Hassan,
¿Qué has hecho?
Hass. Libres los dos
A escape, señora, van.
¿Hice bien?
Zel. ¡Sí, vive Dios!

ACTO TERCERO.

Interior de una torre del castillo de Roquefort, con
vista del campo. En este interior hay dos puer-
tas: una en el fondo y otra á la izquierda, y una
ventana alta á la derecha.—Una lámpara colgada
de la bóveda alumbraba la escena. El exterior re-
presenta parte de la muralla que cerca el castillo,
en la cual habrá una puerta con su puente leva-
dizo practicable. El foso sobre que cae este puente
toma el agua de un torrente ó cascada que se
despeña en lontananza por las montañas.

ESCENA PRIMERA.

ARGENTINA Y GENARO, DENTRO DE LA TORRE.

Arg. No, el infeliz no se calma:
Esa vision espantosa
No se aparta de sus ojos,
Y oyendo está á todas horas
Esa carejada horrible.
Gen. ¡Ah! reportaos, señora:
Solo el tiempo es el que puede
Calmar su afán.
Arg. Te equivocas,
Genaro; cuenta los días
Con constancia escrupulosa,
Y ese vano emplazamiento
No sale de su memoria.
¡Ay de mi!
Gen. Ese hombre á la puerta
Está aguardando, señora.
Arg. Mas, ¿quién le envía? ¿qué quiere?
Gen. De vuestro padre se nombra
Mensajero.
Arg. ¡De mi padre! (Con dolor.)
No quiero verle, me ahoga

El empacho y la vergüenza,
Y hallar no sabré en mi boca
Palabras con que ocultarle
El pesar que me devora.
¡Mi padre! vendrá á culparme
Mi condicion... y le sobran
Las razones: ¡ay! á ellas
¿Qué he de replicarle ahora?
No, no: que nunca penetre
Esta amargura recóndita
Con que la tenaz conciencia
El corazon me destroza.
Dile que parta, que nunca
Vuelva á Roquefort.
Gen. ¡Señora!
Arg. No quiero verle, Genaro.
Gen. ¿Mas pensarán en Tolosa...?
Arg. Cuanto quieran imaginen,
Que en dulce y encantadora
Soledad paso la vida
Enamorada y dichosa.
Que ciega y desatentada
Con esta pasión diabólica
Que el corazon me esclaviza,
Ni ver ni oír otra cosa
Que mi amor quiero... Sí, júzguenme
Como les plazca, en buen hora.
Mas que no entiendan, Genaro,
Que con este amor á solas
De Roquefort encerrada
En la vivienda mas lóbrega
Maldigo la desventura
De existencia tan odiosa.
Que parta pues, y que parta
Sin verme.

Gen. Ved que os importan
Las nuevas que á daros viene,
Pues de tan de cerca os tocan.
Arg. No quiero oírlas, que parta.
Gen. Es que, si veros no logra,
Amenaza día y noche
Con esperaros.
Arg. En cólera
Cambiará ese hombre mi duelo
Y hará que por todo rompa.
Gen. Al menos de vuestro padre
Por la sagrada memoria
Recibible, porque nunca
Imagine que injuriosa
A rentá hacerle quisisteis
De ese enviado en la persona.
Arg. Condúcele, pues, aquí,
Y esa idea vergonzosa
No pase nunca por él,
Que al fin soy su sangre propia.

ESCENA II.

ARGENTINA.

Permite, indignado cielo,
Que sufra el dolor yo sola;
Pues mía es solo la culpa
Como es mía la deshonra.
Permite que á sus oídos
Llegue mi voz mentirosa,
Y crea el triste mi falsa
Felicidad ilusoria.
Permite, si, que me juzgue
Ese buen padre, que llora
La afrenta que hago á su estirpe,
Cuanto culpable dichosa,
Y goce con ese engaño...

ESCENA III.

ARGENTINA, GINÉS, GENARO.

Gin. Dejados á ambos á solas.
Gen. Es imposible, buen hombre.
Arg. ¿Quién va?
Gin. Perdonad, señora:
¿Sois Argentina?
Arg. ¿Sois vos
Quien á mi padre me nombra
Para pedirme una audiencia?
Gen. Si. Y no os estrañe la hora,
Ni os asombren para veros
Palabras tan perentorias.
Arg. Pues os recibó, ya veis
Que nada de vos me asombra.
Las gentes de mi castillo
A una seña mía prontas,
No os dieran tiempo á lograr
Cualquier intencion traidora.
Gin. Es que lo que he de deciros
Es fuerza que solo lo oigan
Nuestros oídos.
Arg. Buen hombre,
Revelos me dais ahora
De que vuestras intenciones
No son de lo que blasonan.
Gin. Serenaos, Argentina;
Ya sé que con recelosa
Prevision de este castillo
Se guardan las puertas todas,
Ya sé que nadie penetra
Bajo sus antiguas bóvedas
Sin un examen prolijo,
Y sin que satisfactorias
Razones de sus intentos
Con ingenuidad esponga,
Ya sé que en este castillo
El miedo y el pesar moraa.

Arg. ¡Miserable!

Gin. Reportros,

Que hablais con una persona
Que os ha mecido en la cuna
En la corte de Tolosa,
De vuestra agitada vida
En la malhadada aurora.

Arg. ¿Quién sois pues? Vuestras palabras
En el corazon me tocan,
Y vuestra voz reconozco.
¿Quién sois?

Gin. Miradme, señora.

Arg. ¡Ginés!

Gin. Ginés, que há dos meses

Que vuestro castillo ronda
Para lograr este instante,
Con que los espías sobran.

(A una seña de Argentina sale Genaro.)

ESCENA IV.

ARGENTINA, GINÉS.

Gin. Inútil será que os diga
Lo que mi viaje ocasiona...
¡Ah! no me torneis el rostro;
Ya sé que tristes memorias
En vos mi presencia escita,
Mas perdonadme. En Tolosa
Queda un anciano que há un año
Que vuestra pérdida llora.
¡Pobre conde, vuestro padre!
¡El aliento le abandona,
Las pesadumbres le acaban!
Arg. ¡Ah, callad!
Gin. De Burgos loca
Huisteis... mas no toquemos
Tan lastimeras memorias:
Huisteis enamorada
Ansiando mas venturosa
Vida... y ciega por el hombre
Que pérfido os abandona.
Arg. ¡Qué es lo que dices, Ginés!
Gin. Fingis en vano, señora;
Yo os acecho hace dos meses
Bajo apariencia engañosa.
Ya como pobre mendigo,
Ya de campesino en forma,
Os seguí por todas partes
Con vista encudriñadora,
Y os encontré en la alameda,
Y en la caza... sí, y en todas
Partes pálida, sombría,
Solitaria y melancólica
Os vi, cual juguete inútil
Que fastidia y se abandona.
Arg. ¿Qué estás diciendo, menguado?

Gin. Yo, que pasé tormentosa
Una existencia tambien,
Fuerza es que el mundo conozca.
La edad ha dado á mis ojos
Perspicacia portentosa,
Y á mi corazon prudencia
Y esperancia previsora.
Roquefort ama, Argentina,
Pero tal vez no á vos sola,
Y os asesinan los zelos...
¡Ay! de una manera ó de otra
Concluirá por odiaros.

Arg. ¡Serpiente fascinadora,
Deten esa torpe lengua!
¡Por cierto que es prodigiosa
Tu perspicacia, y los años
Te han dado esperiencia loca!

Gin. En vano disimulais
Vuestra situacion, señora,
Y escuchad. — Yo soy un viejo,
Pero decision me sobra,
Y Dios ayuda á los buenos.
Esta mansion donde mora
Vuestra deshonra y su crimen
Dejad, y resuelta y pronta
Venid donde vuestro padre
Vuestras desventuras llora.
Sí, huyamos de esta caverna,
Partámonos á Tolosa,
Donde á lo menos con lágrimas
Lavareis vuestra deshonra.

Arg. ¡No, buen viejo! que hay injurias
Que con llanto no se borran.

Gin. Y esas injurias, ¿porqué
Te avergüenzan ó te enojan,
Cuando aquí con tu presencia
Tú te injurias á ti propia?
Vuelve á tu padre; á tu nido
Vuelve, extraviada paloma;
Cruza, golondrina errante,
La mar, y á tu patria torna.

Arg. Nunca, Ginés; ¡yo á los brazos
Del buen conde de Tolosa,
Que en honra me había criado,
Podría volver sin honra!
Jamás, el viento impetuoso
De mi suerte borrascosa
Seguiré, y sea, buen viejo,
La que quiera mi derrota.

Gin. ¡Ah! cede, pobre Argentina,
Por compasion á ti propia.
Serás de ese libertino
Victima al fin.

Arg. Te trastorna,
Ginés, tu crédulo engaño.
Roquefort me ama, me adora,
Pero me castiga el cielo
Con esa pasion diabólica.

Por mi atropelló peligros,
Cometió acaso espantosas
Culpas que al cielo indignaron,
Faltó á su palabra propia,
Y provocó una venganza
Que amaga tal vez muy próxima.

Sí, Ginés, por mí tan solo,
Por mí vive entre estas rocas
Con mi presencia encantado,
É idolatrando mi sombra;
Mas este amor es un crimen,
Y el cielo, que siempre abona
Al justo, con este amor
La vida nos emponzoña.
Locura fatal le asalta,
Pánico terror le acosa,
Y mi mismo amor maldice,
Que es el bien solo que logra.

Gin. Huye de él, pobre Argentina,
Húyete.

Arg. ¡Huirle, y ahora
Que espera solo en mi amparo
Una salvacion dudosa!

Gin. Acuérdate de tu padre,
Que desconsolado llora.

Arg. Puede mi amor mas en mí.
Gin. Pues bien, oye lo que ignoras:
Te reclama el castellano
Con voz amenazadora;
Ha enviado á tu pobre padre
Una embajada afrentosa
Fijando un plazo á seis meses,
Y con saña vengadora
Si en ellos á tí no alcanza,
Guerra fatal le provoca.

Arg. ¿Seis meses!

Gin. Seis, y al fin de ellos
Nadará en sangre Tolosa.

Vuelve á tu padre y...

Arg. No, nunca.

Gin. Vas á la muerte.

Arg. No importa.

Gin. Bien, pues tu negra fortuna

Y tu porvenir arrostra.

Castilla y Tolosa á un tiempo

Su ira sobre tí desploman.

(Va á salir.)

Arg. Aguarda, Ginés; aguarda,
Miseró anciano, y perdona
A mi pobre corazon,
Presa de horribles congojas.

Gin. No, no hay perdon, Argentina:
O este castillo abandonas
Para siempre... ó tu destino
Fatal se cumple.

Arg. En buen hora.

Yo le amo, Ginés; no puedo
Con esta pasion furiosa

Que mis sentidos cautiva
Y ante Roquefort me postra.

Gen. Maldiga Dios, hija infame,
Esa pasión que te torna
Para quien busca tu dicha
En víbora venenosa.
Maldigala Dios mil veces,
Y traiga pronto la hora
En que su plazo se cumpla,
Y en que la guerra se rompa.

(Vase.)

ESCENA V.

ARGENTINA.

Cumplase de una vez, cumplase el plazo
Que amaga por dó quier nuestra cabeza,
De este agüero fatal rómpase el lazo,
Yo arrostraré mi suerte con fiereza.
Volvería tal vez sí solo amante
Mi pobre corazón se lastimara,
Si fugitiva, satisfecha, errante,
Mi pátrio suelo sin razón dejara.
No quedando al volver tras de mi huella
Ese infeliz Lotario. ¡oh! volvería;
Mas tal resolución le mataría:
No, jamás volveré, pese á mi estrella.

(Asoma Lotario y escucha.)

¡Seis meses! reconozco de tu mano
La negra marca, miserable mora:
Tú das al corazón del castellano
El temple de tu saña vengadora.

ESCENA VI.

ARGENTINA, LOTARIO.

Lot. ¿Quién habla de venganza? ¿quién
augura

De ese plazo fatal el cumplimiento?
¿A quién esas palabras de amargura
Torpe revela tu traidor acento?
¡Reconozco, dijiste, de tu mano
La negra marca, miserable mora!
¿A quién contabas, corazón villano,
Ese secreto aterrador ahora?
¿De quién era esa voz que yo escuchaba
Contigo aquí? Respóndeme, Argentina:
¿Quién en este salón contigo estaba?
¡Callas! ¡Ay! tu silencio me asesina.
¿Con que es verdad al fin? ¡Pobre alma mía,
¿Con que también á ti te se aparece
Esa horrible visión? ¿no es fantasía
Que en mi abrasada mente se guarece?

Arg. Calma. Lotario, calma la tormenta
De tu agitado corazón: ni ahora,
Ni nunca esa visión que te amedrenta
Se mostró ante mis ojos vengadora.

Lot. Mas hablabas de un plazo... ¿Quién
te oía?

(*La toca.*) ¡Fria tu mano está, tu rostro pá-
lido!

¡Ay! bien mi corazón me lo decía,
Contigo estaba mi fantasma escualido.
¿Qué quería de ti? Dimelo.

Arg. Nada.
Serénate, mi bien.

Lot. Luz de mis ojos,
Perdona á mi cabeza trastornada
Mis ayes, mis quimeras, mis antojos.
¿Tú me dices que no? Bien, yo te creo.
No quiero, no, que nunca te atormente
Ni cuidado ni afán; y sobre todo
Te prohibo, Argentina, es mi deseo
Que no mires jamás á ese torrente.

Arg. Bien, nunca miraré si lo deseas.

Lot. No te asomes jamás á esa ventana;
Y esto no es un capricho, no lo creas.

Arg. Lo haré así, Roquefort, de buena
gana.

Lot. ¡Oh! tú eres, alma mía,
El ángel puro que mis pasos guía,
La blanca luz que alumbrá mi camino
Por el largo erial de mi destino.

Solo á tu lado cesa

Ese vago temor que me persigue,
Esa sentencia que en mi frente pesa,
Esa visión que por dó quier me sigue.

Arg. Ya te asalta otra vez tu desvarío:
Aleja de tu mente esas visiones;
Háblame de tu amor, habla del mío.

Lot. ¡Desvarío, Argentina, le supones!

¡Ah! tú no sabes la sangrienta historia
De esa visión que sale por dó quiera
Mis ojos á espantar y mi memoria
Con torva faz y carcajada fiera.

¡Oh! sí; si tus oídos la alcanzaran,
Si la vieran tus ojos cual los míos,
Tu corazón también amedrentarían
Esos que llamas tú mis desvaríos.

Si la vieras en torno eternamente,
Ya atravesar la atmósfera vacía,
Ya estenderse ante el sol de ocaso á oriente,
Ya plegarse en la bóveda sombría:

Si al abrir una puerta, una ventana,
Al cruzar un salón, un pasadizo,
Vieras cual yo de la visión liviana
El medroso contorno movedizo;

Si al ¡ay! que te se escapa convulsivo
Con el pavor, por la techumbre hueca
Oyeras del espectro fugitivo
La carcajada mofadora y seca...

¡Ay! Argentina, como yo temblaras,
Noche tras noche como yo velando,
Muda y transida de terror pasaras
La aparición fatídica espiando.

Arg. Siempre, Lotario, siempre esa qui-
mera

En tus ojos está, vive en tu mente.

Lot. Siempre, sí, me persigue, eternamente
Ve delante de mí por donde quiera.
Los ojos llevo al sol, y allí la encuentro;
La mano al corazón, y allí la toco;
De ella giro en redor, ese es mi centro,
De mi eterno pesar ese es el foco.
¡Es una historia cruel!

Arg. Calla, Lotario.

Lot. Horrible, ¿no es verdad?

Arg. Mas fabulosa.

Lot. ¡Fabulosa! ¡óyela!

Arg. No es necesario:
Cállala por piedad, calla y reposa.

Lot. ¡Reposar! ¡y á mis ojos incesante

Ese maldito esclavo se presenta,
Y con calma infernal me está delante
Y del plazo fatal las horas cuenta!

¡Mirale! ¿no le ves? con una mano

La cerviz de sus hombros dividida
Se sujeta tenaz... y al castellano
Con la otra ofrece mi aplazada vida.

Sí, la tengo aplazada ¿no lo sabes?

En seis meses no mas.

Arg. ¡Calla, amor mío!

Lot. Y se van á cumplir.

Arg. Calla, no acabes.

Lot. ¡Oh! no creas que es esto un desvarío

Demiimaginación, no; escucha: ese hombre
Tenía una hija; mas como él infame,
Sierva como él... Zelina era su nombre.

Arg. ¡Por piedad, santo Dios, amparo
dame!

Lot. ¡A Dios invocas! Bueno; mas escucha.
Yo que siempre te amé, llegué á Castilla

Tras larga, interna y congojosa lucha
Conmigo mismo; atravesé la orilla
Del Arriana una noche: á tu palacé

Llegué: subí por caracol oscuro
Y crucé un corredor que en el espacio

Abierto estaba del macizo muro.
¿A quién buscaba yo? A ti, Argentina;

Mas tú no fuistes quien á hablarme vino,
No, fué esa esclava vil, esa Zelina,

Esa fatal muger que es mi destino. (Pausa.)

« Dame á mi padre y partirás con ella,
Me dijo. — Sea pues. » Señaló un plazo:

Seis meses. « Huye. » Hui... ¡contraria
estrella

A Francia nos guió! Tendí mi brazo,
Quebranté las cadenas de ese moro,

« ¡A Burgos! le grité, libre te dejo. »
Le di caballo, lanza, guía y oro;

Mas ¿qué hizo de él?... ¡miserable viejo!

En vez de bendecirme y de besarme
La mano liberal, mi mismo acero

Levantó contra mí para matarme.
¡Ira de Dios! lancéme yo primero
Sobre él, le arranqué el hierro, á mis soldados
« ¡Matadle, dije, sin piedad! que muera. »
Pero al asirle á ello preparados,
Con salvaje valor, con calma fiera,
Clavando en mi fatídica mirada,
« ¡Cuenta, dijo, seis meses, y es tu vida! »
Y me tiró su ronca carcajada
Con desprecio á la faz descolorida.

¿No la ves? aquí está: su marca impresa
Quedó en mi corazón, quedó en mi frente

Y su cabeza vil no entró en la huesa,
No, que á mis ojos la sorbió el torrente.

Allí está, ¿pero sabes lo que aguarda?
Que espere el plazo, sí, por eso mora

Del agua turbia entre la niebla parda,
Contándome la vida hora tras hora.

Por eso de esa reja acogajada
En nocturna visión se desenvuelve,

Y al oír mi rabiosa carcajada,
Con eco funeral me la devuelve.

Mas es un sueño, si... mentira todo;
De su impotente predicción me río...

(Rie, y el eco devuelve la carcajada.)

Mas me la vuelve, sí, del mismo modo
Me la vuelve, ¿lo ves? no es desvarío!

(Cae en la silla.)

Arg. Yace un momento, desdichado, en
calma;

Descansa en tu desmayo uno siquiera,
Mientras yo lloro desgarrada el alma

El negro porvenir que nos espera.

¡Genaro, pronto aquí!

ESCENA VII.

LOTARIO, ARGENTINA, GENARO.

Gen. ¿Qué es, Argentina?

Arg. ¡Mira!

Gen. ¿Otra vez?

Arg. Y mil y eternamente.

Gen. Ese tenaz delirio le asesina.

Arg. Le mata ese recuerdo lentamente.

Sí, como siempre á ese peñasco hueco
Que está debajo en su terror se asoma,

Siempre la risa le devuelve el eco,
¡Y él por la voz de su visión la toma!

¡Triste de mí! ¡la celestial venganza
Sigue mi culpa por dó quier! lo veo.

¡Cuán desdichada soy! ¡no hay esperanza!
Morir con él, Genaro, es mi deseo.

Mas no, yo lidiaré con mi destino,
Genaro: sí, de Roquefort salgamos;

Será menos siniestro nuestro signo
En cualquiera región donde vayamos.

La Italia, la Borgoña, la Inglaterra

Llorar tu amor no está bien.
¿Has entendido?

Zel. ¡Quizá!

Conde. Pues echa á un lado tu amor
Y vamos á Roquefort,
Que allí la venganza está.
Y pues la noche se anda
A largo paso, al rastrillo
Llega, Hassan, de ese castillo,
Y al castellano demanda
Para esta noche hospedage,
Que fuera muy triste paso
Hacernos dormir al raso
Después de tan largo viaje.
Hass. Harélo así.

(Hassan va á subir y se detiene al oír á la
mora, que le dice:)

Zel. Hassan, detente,
Que siento el puente crugir
Y va tal vez á salir
Sin apercebirnos gente.

ESCENA IX.

LOTARIO, EN LA TORRE; EL CONDE,
ZELINA Y HASSAN, OCULTOS.

(Bájase el puente y salen por el Genaro y
Ginés.)

Gin. ¿Con que me echa del castillo
De la noche á la mitad?

Gen. Por ese sendero echad
Y hallareis un bosquecillo
Donde podeis recogeros.

Gin. A fé que esta fortaleza
Mas que casa de nobleza
Es mansion de bandoleros.
Pero no tardará mucho
Ese torrente en seguir,
Que el plazo se va á cumplir.

Lot. ¡Santos del cielo, qué escucho!

Gin. Y dígame á su señor
Que rayan días mejores
Y traerán nuevos señores
Al solar de Roquefort.

Gen. ¡Bueno!

Lot. ¿Otros dueños aquí!
¿Quién dice tal impostura?

(Va á acercarse á la ventana para mirar
y retrocede con temor.)

No, no; que me da pavora
Esa ventana ¡ay de mí!
No, como siempre mi huella
Saldrá ese espectro á tener...
Mis ojos no pueden ver
Mas que su sombra tras ella.

(Durante estos versos Ginés desaparece.)

Genaro se adelanta hasta la peña en
que se apoya el puente. Hassan trepa
por ella hasta colocarse entre Genaro
y el puente. El conde y Zelina apare-
cen un momento despues, y al huir de
ellos Genaro, da con Hassan, le sor-
prenden y mientras le atan, etc., etc. —
Dice arriba Lotario.)

Gen. ¡Ay!

Lot. ¡Qué lamento! ¡Ahí está!

Bien decía yo; ¡ella es!...

Esa cabeza... ven pues,
Espectro, á mis manos ya.
Ven, aparición liviana,
De quien siempre me dividen
Y á quien destrozarse me impiden
Los hierros de esa ventana.
Ven, trae un cuerpo real,
Cruza ese oscuro dintel
Y ven á lidiar con él
Cuerpo á cuerpo y por igual.
Ven, no te temo así, no:
Y en lucha desesperada
Con tu postrer carcajada
Cantaré mi triunfo yo.

Zel., abajo. Ahora por ese postigo
Meted, conde, vuestra gente.

ESCENA X.

LOTARIO, ZELINA.

(El conde queda guardando á Genaro:
Hassan parte hácia el bosque: Zelina
pasa el puente y entra en el castillo.)

Lot., arriba. ¡Oh, callas traladoramente!
No; no te atreves conmigo.

¡Cobarde! ¡yo te provooco
Y tú con pavor te escondes!
¡Te llamo y no me respondes!
¡Por Dios que vales bien poco!

¡Me temes, espectro, sí,
Ahora que me ves con brío!
Pues bien, yo te desafío.

(Zelina entra en la torre por la puerta del
fondo.)

Zel. Pues bien, Lotario, héme aquí.

ESCENA XI.

LOTARIO Y ZELINA, EN LA TORRE; EL
CONDE, EN EL PUENTE.

Lot. Tú, tú, ¿quién eres tú?

Zel. ¿No me conoces?
¡Yo su espíritu soy, yo soy su hija!

(Aparta el velo.)

Lot. ¡Mi esclava!

(En esta escena muestra Lotario la va-
guedad de la demencia.)

Zel. Y héme aquí pronto á tus voces.

Lot. ¡Luego bajo tu forma se cobija
Su sér, y en su lugar te me apareces!
Pronta á mi voz...

Zel. Si, sí, ya espiró el plazo
Y en vano de tus torres te guareces,
Polvo las torna mi potente brazo.
¿Qué has hecho de mi padre?

Lot., con pavor. ¡Esclava, calla!
Duerme allí su cabeza, en el torrente,
Y esa reja no mas sirve de valla.
Entre el espectro y yo.
(Zelina va á asomarse y Lotario la de-
tiene.)

¡Necia, detente!

Detente, sí; ¿no ves que al asomarte

La vas á despertar, y ella irritada
Se asomará tambien de la otra parte
Lanzándote á la faz su carcajada?

Zel. ¡Miserable de tí! ya te comprendo:
Tu conciencia me venga de tí mismo.

Lot. ¿Me comprendes? Pues bien, lo estás
oyendo:

No te asomes jamás, hay un abismo.

ESCENA XII.

DICHOS; ARGENTINA, CON VELO, QUE AL
SALIR POR LA IZQUIERDA DA UN GRITO.

Arg. ¡Cielos, aquí la esclava!

Zel. Aquí, señora:
Del plazo que otorgué pasó la hora
Y héme aquí ya.

Arg. ¿Y qué quieres, desdichada?
(Señalando á Lotario.)

La mano del Señor hirió su mente,
Y estás del cielo por demas vengada.

Zel. Condesa, ya lo sé; no quiero nada
De ese hombre, le perdono.

Lot. ¡Dios clemente,
Tú puedes perdonarme! ¡Oh! ¿me perdonas?

Sí, viven en tu sér ambas personas:
Tú acudiste á mi voz, y eres, lo has dicho,
El espíritu que habla en el torrente;

Tú eres el sér de esa vision odiosa
Que detrás de tu forma se cobija.

Tú estás en su lugar, y generosa
Tú puedes perdonarme, eres su hija.

¡Ay! dime por piedad que desde ahora
No tornarás á ser sombra tirana,

Ni guardarás su forma aterradora,
Ni vivirás al pié de esa ventana.

¡Dimelo por piedad! ¿podré asomarme

II.

A contemplar en paz esa cascada,
Sin que salga tu espíritu á asombrarme,
Sin que vuelva á escuchar tu carcajada?

(Hassan, seguido de muchos soldados de
Castilla disfrazados de peregrinos, en-
tran tras el conde en el castillo durante
esta escena.)

Arg. ¿Lo ves? no le atormentes, vete,
mora.

(Zelina se cruza de brazos con dignidad.)

Zel. Espero.

Arg. ¿A quién?

Zel. A un hombre.

Arg. ¿Al conde?

Zel. Al conde.

Arg. ¡Te sigue! ¡oh! siempre sospeché
traidora

La pasión infernal que tu alma esconde.

Le amabas, y tal vez correspondía

Tu amor.

Zel. ¡Silencio!

Arg. Y la razón es esa
Que á Roquefort te trae... me lo temía;

Eso es, mora, tu plazo y tu promesa.
(Asoma el conde y se detiene á escuchar al
dintel de la puerta.)

Zel. Pues bien, yo le amo: mas gran-
deza aprende

De un corazón de esclava. Si él ahora
Vuelve hácia tí sus ojos y te tiende

Satisfecho su mano protectora,
A mi razón mi corazón se humilla.

Sí, ahogaré mi pasión dentro del pecho
Y á ser tu esclava volveré en Castilla.

Mas siempre, siempre atada á vuestro lecho
Y tendida á los piés de vuestra silla,

Noches y días viviré en acecho;

Y humilde sí, mas suspicaz leona,
Yo guardaré su honor y su corona.

No le olvideis, condesa; si imprudente
Cedeis á otra pasión, si otra os aqueja,

Vos el ángel seréis que su alma tienta,
Yo el ángel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII.

DICHOS, EL CONDE.

Conde, saliendo. ¡Gracias!

Zel. y Arg. ¡Cielos! (De rodillas.)

Conde. Hassan, cumple tu oficio.

Arg. ¡Perdon!

Conde. No.

(Hassan la lleva por la puerta de la
izquierda.)

Lot. ¡Vive Dios! ¿qué maleficio

15

Contigo va? ¿Quién eres, extranjero,
Ante quien todo con pavor se humilla?

Conde. ¿Quién he de ser? el conde de
Castilla.

Lot. ¡El conde! Tú y en Roquefort,
¿qué quieres?

¿Qué buscas, vive Dios, conde altanero?
Si á apartarla de mí tu saña viene,
El corazón me arrancarás primero.

Conde. No ayuda Dios á quien razón no
tiene
Hassan, ¿cumplistes? (Sale Hassan.)

Has. Si.

Conde. Pues desde ahora
Guarda tú á Roquefort: hasta que muera
Que yazca en esta torre, y vencedora
Que tremole sobre ella mi bandera.

Lot. No mientras viva yo, no; será á
precio
De mi sangre.

(Va á salir tras el conde y este le aparta.)

Conde. No llega á tí mi encono;
Apartate, francés, yo te desprecio.
(Aun insta por salir y Zelina le aparta
también.)

Zel. Aparta, Roquefort, yo te perdono.
(Cierran y vanse.)

ESCENA XIV.

LOTARIO.

¿Qué es esto? ¿Me desprecia... me perdona!
¡Perdon, desprecio! ¿á mí? ¡por vida mía!
Mas él en Roquefort, ¿qué pretendía?
¿Vengarse?... ¡y sin venganza le abandona!
Y esa esclava, ¿á qué vino si me abona?
Sueños son de mi loca fantasía.
¡Triste, triste de mí! sueño, deliro...
Es ilusión cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV.

SALEN POR EL PUENTE ALGUNOS SOLDADOS DEL
CONDE Y PARTEN POR EL BOSQUE. DESPUES
ESTE, Y DETRAS ZELINA. HASSAN SE
ASOMA A LA MURALLA. EL CONDE AL SALIR
SE VUELVE, Y PERMANECIENDO EN EL PUENTE
CON ZELINA, LE DICE A HASSAN:

Conde. Con ese tercio en Burgos escogido
Guarda el castillo y que la Francia entera
Vea sobre sus torres mi bandera.

Has. Idos, conde y señor, con confianza.
(Vase Hassan. Zelina y el conde permanecen sobre el puente contemplándose

un momento, despues del cual el conde
la dice con voz solemne:)

Conde. Oye, mora, mis ojos han dormido,
Mas no mi corazón: de su venganza
La pasión justiciera se ha cumplido;
Ya cabe en él de amor una esperanza.

Zel., humilde. ¡Señor!

Conde, con solemnidad y señalando
al cielo. No hay mas que un Dios
omnipotente.

Zel., resuelta. Al que vos adoreis mi fé
se humilla.

Conde. Y ese turbante...

(Zelina se desciñe el turbante y le tira al
agua.)

Zel. Tráguete el torrente.

Conde. Corona en su lugar pondrá Cas-
tilla.

Vamos.

(La toma de la mano y la mora besa la
suya.)

ESCENA ULTIMA.

LOTARIO.

Oigo crujir... alzarse el puente...
(Se alza el puente.)

Se van. ¡Oh! era su voz, estoy seguro...

La percibí entre el ruido del torrente
Hasta aquí resbalar lamiendo el muro:

¡Miserable de mí! si á esa ventana
Me atreviera á llegar... mas ¿qué vacilo?

¿No era su propio sér esa africana?

Si, pobre corazón, late tranquilo:

Ella es su sér, su espíritu evocado

Al brio de mi voz... ¿qué hay que me asija?

¿Qué tengo que temer del padre airado,

Si en su nombre el perdón me da la hija?

Nada. Voy á asomarme con fiereza

(Se asoma.)

Y á ahuyentar la vision ensangrentada.

(Con alegría pueril.)

¡Oh! ¡no asoma, no asoma esa cabeza;

No suena, no, su horrible carcajada!

Cede mi estrella al fin; gozo... respiro...

Veo el monte y el parque... ¡y no aparece!

Y alejarse de mí por él los miro

Al resplandor del alba que amanece.

¡Son ellos! esa mora... ese hombre... ¡neclio!

Idos, idos en paz, gente menguada;

Idos y de mi orgullo y mi desprecio

Lleve el aire hasta vos mi carcajada.

(Suelta la carcajada, el eco se la devuelve.

Hassan clava en la muralla la bandera

de Castilla. Lotario retrocede espan-
tado.)

¡Todavía está ahí! ¡voz del infierno!

¡Todavía me escuchas! ¡todavía

Me devuelves con eco sempiterno

Esta angustiosa carcajada mía!

¿Con qué vives conmigo eternamente?

¿Con qué no tiene fin este suplicio,

Ni tiene mas destino ese torrente

Que el de abrirme en su fondo un precipicio?

No, no: ¡ayamos de aquí... pronto, Argen-
tina.

Genaro, ¡pronto á mí!...

(Va á salir por la izquierda y retrocede.)

¡Cielos! ¿qué es esto?

Sangre... Argentina... ¡vil, él te asesina!

¡Ya entiendo ahora su perdón funesto!

Lo comprendo. ¡Ay de mí! no se me esconde

El porvenir horrible que me espera:

Esa voz, esa sangre me responde...

(A la ventana.)

¡Ay! vuelve, vuelve, detestable conde;

Mátame, sí, mas no de esta manera.

(Cae sin sentido y concluye el drama.)

LOS DOS VIREYES,

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL CONDE DE VERGARA.
DON GARCIA DE ORELLANA.
DON RODRIGO DE LUZ, conde de
Montforte.
DIEGO.
ANGELINA.

UN JUEZ.
UN SOLDADO.
UN PESCAJOR.
JUECES, SOLDADOS ESPAÑOLES, PES-
CADORES NAPOLITANOS, MIEMBROS
DEL CONSEJO COLATERAL, etc., etc.

La escena es en Nápoles, el día 10 de noviembre de 1653.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio del virey sumptuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcon á la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados.—Mesa con cubierta de terciopelo blasonada. Sillones, escribanía, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE VERGARA, VIREY.

¡Por Cristo!... esa vil canalla
No se contenta jamás.
¡Oh, no he de volverme atrás,
Ni rehusar la batalla!
¡Quiere el populaeho guerra?
Pues habrá guerra y cruel.
Con tu sangre, pueblo infiel,
Fertilizaré tu tierra.

(Mirando por el balcon.)

Sí, rotoñarán tus mieses
Granos con tu sangre rojos,
Y trocarán mis enojos
Tus frutales en cipreses.
Sangre habrá, duelos prolijos,
Y ¡vive Dios! que de hoy mas
En sangre te bañarás;
Sangre han de beber tus hijos.

ESCENA II.

EL VIREY; VARIOS INDIVIDUOS DEL CONSEJO
COLATERAL CON TOGAS, ETC.; LOS SINDI-
COS, ETC.

Vir. ¡Hola! adelante, señores:

Entrad y dadme noticias

De esa rebelion.

Consej. Albricias

Os damos ya. Los traidores

Se han dispersado; está sola

La plaza, y Nápoles todo

Se calma del mismo modo

Ante la enseña española.

Vir. ¿Con que vuestra fiel ciudad

De Nápoles va ¡pardiez!

Por la vigésima vez

Contra su rey? En verdad

Que debiera con mas juicio

Andar en tales proezas,

Y no ofrecer mas cabezas

Al altar del sacrificio.

Consej. Señor conde...

Vir. Idos de aquí,

Señores, y no os dé empacho

En decir al populaeho

Lo que vais á oír de mí.

Decid que mandé plantar

Una horca en esa plaza,
Y en vez de azote y mordaza
Sus cuerdas mandé emplear.
Decidle que si pensó
Escudarse con la ley,
Ya no hay mas ley, ni mas rey,
Ni mas tribunal que yo.
Y al que murmure ó se asombre,
Haré porque el resto calle,
Matarle donde se le halle,
Sea muger, sea hombre.
¿Lo habeis entendido bien?
Pues id al pueblo á decirlo,
Y tomadlo al repetirlo
Para vosotros tambien.
Si Nápoles no se humilla
De Castilla al blando yugo,
Se humillará del verdugo
Bajo la corva cuchilla.
Salid, y no os olvideis
Que si no cesa el tumulto,
Hago degollar á bulfo
A cuatro por cada seis.

ESCENA III.

EL VIREY.

Yo pondré á esa chusma vil
De pescadores soeces
Como ellos ponen sus peces
Prensados en el barril.
Y si aun me osan levantar
Una voz esos infieles,
Sobre sus propios bajeles
Se los sorberá la mar.

ESCENA IV.

EL VIREY, DIEGO.

Vir. ¡Hola, servidor leal,

Te esperaba con ardor!

¿Qué hay por ahí?

Diego. Nada, señor.

Ya está remediado el mal.

Vir. ¿Cuál ha sido la ocasion

De esa bulla?

Diego. El santo celo

De pedir de Masanielo...

Vir. ¿Qué?

Diego. La canonizacion.

Vir. ¡Diego!

Diego. No es mas que lo dicho:

Esos pescadores ruines

Que han dado en armar motines

Con el mas terco capricho,

Su cadáver exhumaron,
Y en procesion funeral
De su amigo el cardenal
Hasta el palacio llegaron.
Hubo blasfemias atroces;
Mendigos, viejos, muchachas
Con faroles y con hachas,
Pedian á grandes voces
Que declarase por santo
Al rebelde Masanielo,
Mártir de Dios.

Vir. Y el capelo

¿Qué es lo que hacia entretanto?

Diego. Estarse como un huron

Encerradito en su alcoba,

Que no es su eminencia boba,

Ni peca de imprevision.

Ya el populaeho impaciente

Al ver señas tan inciertas

En el cardenal, sus puertas

Desvencijaba insolente.

Mas todo ello concluyó

Muriendo sus esperanzas,

Cuando con setenta lanzas

Metime en la plaza yo.

El que en sus piernas no puso

Su salvacion, la cabeza

Perdió allí por su torpeza.

Ya sabeis que este es el uso.

Y á los minutos siguientes,

Las mas bravas, en dos filas,

Los tazones y las pilas

Festonaban de las fuentes.

Con lo cual, los que escaparon

De esta justicia agarena,

Sin duda en cabeza ajena

Escarmentando callaron.

Vir. Tu lealtad no se acrisola

Hasta sacar con sigilo

El ovillo por el hilo:

Esa hoguera no arde sola.

Diego. Teneis razon; mas espero

Que con el cabo en que toco,

Tirando pequito á poco

Sacaré el ovillo entero.

Vir. Veo, Diego, tu destreza.

Diego. Y os asombrará algun dia:

O soy ó no soy espia.

Vir. ¡Con que todo...! pues empieza.

Diego. De estas revueltas el germen

No está en el pueblo que grita;

El cardenal, que os evita,

Y el viejo duque no duermen.

Vir. ¿El de Guisa?

Diego. O yo estoy ciego

O ese ovillo y esa hoguera

Atan y soplan de fuera

Los dos; escuchadme, os ruego.

Hará como unos tres meses
Que á una muger misteriosa
Trajo á esta ciudad dichosa
Un barco de portugueses.
Tomó esta desconocida
Tal precaucion en taparse,
Que fué inútil afanarse
En averiguar su vida.
Jamás abrió sus balcones,
Ni alzó su velo tupido
A un saludo comedido,
Ni á las nocturnas canciones.
Y aunque su garbo promete
Libertad, nobleza y oro,
No desmintió su decoro
Ni un regalo, ni un billete.
Nadie su casa visita;
Los nobles mas perspicaces,
Los mancebos mas audaces
Desesperan de una cita.
No pasa por sus dinteles
Ni paguecillo ni dueña
A quien el dinero empeña
En dar ó tomar papeles.
Solo un sombrío escudero,
Con traje ó disfraz de España,
En silencio la acompaña
Frio como ella y severo.
Y envuelto en su capa oscura,
Con su espadon abrazado,
Con militar desenfado
Por donde va la asegura.
Mas, señor, hablando en plata,
Jamás se la vió pasar
Sino para ir á rezar
Vir. ¿Adónde?
Diego. A la Incoronata.
Vir. ¿A la Incoronata!
Diego. Sí.
En la iglesia mas vecina
De la calle Catalina.
Vir. ¿Vive esa muger allí?
Diego. Allí vive.
Vir. ¿En una casa
De seis balcones?
Diego. ¡Por Dios!
¿La conoceriais vos?
Vir. Tengo una noticia escasa
De esa muger.
Diego. No sé cómo,
(Con intencion.)
Porque un hombre hay solamente
Que logró hablarla audazmente,
Y aunque jamás tuvo asomo
De favor con la hermosura,
Rondó de noche á sus rejas,
Y aunque entonó amantes quejas
Bajo de ellas se asegura...

Mas sin duda el escudero
Salió una noche al cantor,
Porque hubo en una rumor
Tras del cántico, de acero,
Y el músico no volvió.
¿Mas qué tenéis?
Vir. Impaciencia
De oír tanta incoherencia
Como tu labio ensartó.
¿Qué diablos tiene que ver
Con esta conspiracion
Ese page, esa cancion,
Ni ese hombre, ni esa muger?
Diego. Idos, señor, poco á poco,
Que si os dignais escuchar,
En ella habreis de encontrar
De esta rebelion el foco.
Vir. Muger, tan jóven, tan sola...
Eso es imposible, Diego.
Diego. Mudareis de opinion luego
Que sepais que es española.
Vir. ¿Española!
Diego. Sí, escuchad.
Visteis de ayer la horrorosa
Tormenta.
Vir. Sí, sí; espantosa
La mar estuvo en verdad.
Diego. Pues bien, á la hora postrera
De esta noche tan fatal,
Victima del temporal,
Zozobró aquí una galera.
Toda su tripulacion
Se hundió en el mar irritado:
Solo un hombre pudo á nado
Encontrar su salvacion.
Con serena bizarría,
Con invencible constancia,
Ni le arredró la distancia,
Ni temió la mar bravía.
Luchó por mas de una hora
Contra las ondas, y al cabo
Agotó su aliento bravo
Al despuntar de la aurora
Con sus primeros albores
Desde su barca le vieron,
Y en ella le recogieron
Unos buenos pescadores.
Este hombre, pues, cuya edad
Pasa ya de años cincuenta,
Mas que tiene de los treinta
El brio y la agilidad,
Traia colgado al cuello
De metal un cajoncillo
Y en un dedo un grueso anillo
Con blasones y con sello;
Rezó un momento, el tesoro
Guardó que en la caja encierra,
Y pagó el saltar á tierra

Con una cadena de oro,
Desapareció en seguida
Por oscura encrucijada
Sin que dejase marcada
Su huella desconocida.
Y de mi gente mas lista
Los ojos mas perspicaces
No han sido hasta ahora capaces
De rastrearle la pista.
Vir. ¿Mas qué tiene, pesiamí,
Todo ese cuento que ver
Con aquella otra muger?
Diego. Oid, que vamos ahí.
Por lenguas que una vecina
Nos dió, sospecha certera
Tuvimos de esa estrangera
De la calle Catalina.
En su casa sospechamos
Que estaba el náufrago oculto,
Y hace media hora que á bulto
En ella nos presentamos.
Asaltamos con sigilo
Su alcoba, tras visto todo.
Vir. ¿Y estaba?
Diego. De ningun modo:
Reposando muy tranquilo
En su propio lecho hallamos,
No al náufrago misterioso,
Sino al mozo mas hermoso
Que haber visto recordamos.
Vir. ¿Voto vá!
Diego. Los veinte abriles
Contará apenas tal vez:
Pero es un mozo ¡pardiez!
Gentil entre los gentiles.
Vir. Concluye en fin...
Diego. Con voz fiera
Nos dijo insultos atroces,
Mas yo desprecié sus voces,
Y hallé al fin esta cartera
Bajo de su almohada.
Vir. A ver. (La mira.)
¡Cartas del duque de Guisa!
Diego. Por eso con tanta prisa
Os las vine yo á traer.
Y este retrato ademas
(Date un medallon.)
Que tomé del cuello de ella,
Por si aclaraba la huella
De algun rebelde quizás.
Vir. Dame: es de un hombre y anciano.
Diego. ¿Qué noble fisonomía!
¿Le conocéis?
Vir. No á fé mia,
Pero es de maestra mano.
Mas ese mozo...
Diego. Le traigo
Preso.

Vir. ¿Y la jóven?
Diego. Ahora
Clamando por veros llora
En la antesala.
Vir. Ya caigo.
Quiere por ese traidor
Su hermosura interponer.
Diego. Dice que espera mover
Vuestro corazon, señor.
Vir. Diego, tráemele al momento.
Diego. ¿Ver su escelencia no quiere
A esa muchacha?
Vir. Que espere
En el próximo aposento.

ESCENA V.

EL VIREY.

¡Ira de Dios, ella es!
Ella... mas juro á los cielos
Que él aplacará mis zelos
Agonizando á mis piés.
¡Ah! todo lo veo claro;
¡En huirme tanto afán
Era por ese galán!
Pero ha de costarle caro.

ESCENA VI.

EL VIREY; DON RODRIGO, ENTRE
SOLDADOS; DIEGO.

Vir. (¡Gallardo mozo en verdad!)
¿Con que eres tú ese villan
Que osa con traidora mano
Del rey á la majestad?
Rod. Señor conde de Vergara,
Mudad si os place de tono,
Que es fácil que tanto encono
Os salga luego á la cara.
Vir. ¡Infame!
Rod. Señor virey...
Yo tengo un nombre mejor,
Que puede con mucho honor
Servir aun al mismo rey.
Yo me llamo Don Rodrigo
De Luz, conde de Monforte,
Y no hay uno en vuestra corte
Que se compare conmigo.
Y á los nobles, vive Dios,
No podeis en juicio osar,
Porque sus culpas juzgar
Toca al consejo, no á vos.
Vir. Si lástima no tuviera
A vuestra edad tan temprana,
Monforte, el sol de mañana
Ya para vos no saliera.

Que aunque decís, con razon,
Que no puedo á un noble osar,
Puedo sin embargo aborcar
Un reo de alta traicion.

Rod. ¡Yo traidor!

Vir. Pruebas son hartas
Que os pueden matar y aprisa,
Del noble duque de Guisa,
Conde Rodrigo, esas cartas.

Rod. ¡Esas cartas que son obra
De algun esbirro impostor!

Vir. Para llamaros traidor
Con cualquiera de ellas sobra.

Pero dejemos á un lado
Cuestion que nos sienta mal,
Y que justo el tribunal

Fallará por de contado;
Vos sois noble y me habeis hecho
Tan á tiempo esta objecion,
Que renuncio con razon

De juzgaros el derecho.

De próceres teneis, sí,
Un tribunal competente,

Y no hay miedo que yo atente
A vuestros fueros allí.

Nada de eso; mas con todo,
En calidad de virey,

Con los traidores al rey
Me cumple obrar de otro modo.

Por lo cual, antes de ir
Al tribunal que apelais,

Quiero yo que me digais,
Y os ruego que sin mentir,

¿Qué relaciones os ligan
A una jóven estrangera?

Rod. Es impostura grosera,
Señor, cuanto de ella os digan.

Vir. De estar como vos la acusan
Puesta en comunicacion

De vuestra conspiracion
Con las cabezas.

Rod. ¡Oh, abusan
De vuestra bondad, señor,
Es inocente!

Vir. Mancebo,
No sé lo que de ella debo
Pensar por vuestro temor.

Rod. Es inocente, os lo juro,
Señor virey; lo demas

Un secreto es que jamás
Saldrá de mí.

Vir. Os aseguro,
Señor Monforte, que tengo
Resuelto saberlo todo

Y lo direis.

Rod. De ese modo,
Señor virey, os prevengo

Que tan jóven como soy

Tengo un alma tan entera,
Que sin deciros muriera
Lo que en callaros estoy.

Vir. Bravatas de vuestra edad;
Si yo os pongo en la tortura,
A pesar de esa bravura,
Confesareis la verdad.

Rod. Señor conde de Vergara,
Antes que sufrir tal mengua,
Os escupiré la lengua

Desde el tormento á la cara.
¡Tortura á mí! ¡vive Dios!

Antes que hablara yo en ella,
Se apagaría la estrella

De uno de nosotros dos.
Aquí vendría mañana

Injuria tan afrentosa
A vengar la generosa

Nobleza napolitana.
Y el pueblo, que os aborrece,

Con ella unido á la vez,
Vuestra tiranía altivez

Pagara como merece.

Vir. Siempre las revueltas olas
De esa sèrvil muchedumbre

Cederán segun costumbre
A mis lanzas españolas.

Rod. No os fleis tanto, señor,
Que aunque pobres pescadores,
Contra duros opresores

Su fé les dará valor.

Vir. Basta: vuestra audacia iguala
Vuestra perfidia; y oid

Un buen consejo.—Salid. *(A los guardias.)*
Diego, espera en la antesala.

(Salen los guardias y Diego.)

ESCENA VII.

EL VIREY, RODRIGO.

Vir. Oídme, jóven conde de Monforte.
He hecho salir á todos esos testigos cuyos
oidos torpes, oyendo mal lo que nada les
importa, podrian interpretar peor palabras
que no estarian en estado de comprender.

Ahora pues que estamos á solas, voy á daros
un consejo que espero no despreciareis por
lo mucho que os interesa.

Rod. A la verdad que no alcanzo, señor
virey, el verdadero sentido que quereis dar

á tan retórico circunloquio; pero ya os he
dicho que desprecio vuestras amenazas, y
espero á mi vez que no tendreis el orgullo

de creer que vuestros torcidos consejos ha-
rán mas mella en mi corazon.

Vir. De todas maneras, oid lo que os
quiero aconsejar.

Rod. Decid, que os escucho.

Vir. Vos sois aun muy jóven para cono-
cer el mundo y las pasiones tal como son en
sí; engañosas y corrompidas. Sois, digo,
muy jóven, y me desagradaria veros ir al
cadalso con la frente serena y con heroica
resolucion por una causa indigna de un
alma tan noble como la vuestra.

Rod. Os he dicho, y os lo repito por últi-
ma vez, señor conde de Vergara, que no
tengo parte alguna en la conspiracion pre-
sente, y que esas cartas del duque de Guisa
son una impostura infame.

Vir. No es de eso de lo que se trata
ahora. No son las cartas del duque, ni la
conspiracion, la causa indigna de vos; no:
puesto que teneis un tribunal competente
que os juzgará, si estais inocente como de-
cís, si no habeis conspirado como asegurais,
nada teneis que temer de la rectitud de
vuestros jueces. De lo que yo quiero habla-
ros es de esa estrangera.

Rod. ¡Señor virey!

Vir. ¡Oh! veo que la amais con toda la
sencillez de vuestro corazon y de vuestros
veinte y dos años.

Rod. Pues bien. Sí; la amo, la idolatro.
Hace mucho tiempo que mi existencia no
tiene otro halago ni otra esperanza: pero el
origen de esta pasion con cuyo encanto
vivo, la razon oculta de mis relaciones mis-
teriosas con esa jóven son un secreto de fa-
milia que nadie tiene derecho á escudriñar,
y cuya confesion os protesto que no arran-
caré á mis labios ni vuestras amonesta-
ciones, ni vuestra tortura.

Vir. Estais trastornado, buen jóven;
vuestra imaginacion fascinada os hace ver
esa pasion por un prisma encantado que em-
bellece y perfecciona cuanto toca al objeto
que os la alimenta. Pero creedme, no com-
prometais vuestros dias, el lustre de vuestro
nombre y el reposo de vuestra madre por
una muger, que abusando de vuestra ciega
confianza os paga muy mal la buena fé con
que la entregais vuestra alma inesperta.

Rod. ¡Vive Dios, señor virey, que los que
han calumniado en vuestra presencia á esa
infeliz criatura han mentido como villanos!

Vir. Acordaos de que empleo inmensos
caudales en mantener una severa cuanto
necesaria policia, cuyos individuos tienen
obligacion de penetrar hasta los secretos mas
intimos de las mas oscuras familias. Acor-
daos de que esa muger, que ha escitado mis
sospechas hace algun tiempo, ha sido segui-
da, espia por todas partes, de noche y de
dia; y que no ha dado un paso, no ha pro-

nunciado una palabra, no ha exhalado un
suspiro que no haya venido á retumbar en
los oidos del virey de Nápoles, quien os
asegura que sois victima de su falsedad.

Rod. Penetro todo el veneno de vuestras
frases, señor virey. Quereis vengaros de la
firmeza que os he manifestado, del desprec-
cio que he hecho de vuestras amenazas fiado
en mi razon y en la nobleza de la clase á
que pertenezco, y quereis emponzoñar mi
alma, envolviéndola en las tinieblas de la
duda, acerca de lo único en que creo y es-
pero despues de Dios: en el amor de esa
muger. Pero os habeis equivocado; la co-
nozco mas de lo que pensais, leo en su
corazon mejor que vos en el mio, y me
atrevo á juraros por las cenizas de mi padre,
que no hay en todo Nápoles un solo hom-
bre que pueda jactarse de haber visto el
brillo de sus ojos, ni de haber escuchado
el encanto de sus palabras.

Vir. ¡Pobre jóven! me dais compasion.
¿Qué diriais si yo os presentara uno cuyos
ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento
hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus piés
pidiendo misericordia?

Rod. Eso es imposible, virey.

Vir. ¿Y si no lo fuera?

Rod. Repito que es imposible, y si hu-
biese algun comprado impostor que se atre-
viese delante de mí á sostener tamaño ab-
surdo, por Dios que serian las últimas
palabras de su vida, porque yo se la arran-
caria donde quiera que le encontrara.

Vir. Pues bien, vos mismo sereis juez
en este asunto; voy á mandar que introduz-
can á esa muger en este salon, y vereis,
noble conde, como no es vuestra presencia
lo que mas va á sorprender á la señora de
vuestros pensamientos. ¡Hola, Diego!

ESCENA VIII.

DICHOS, DIEGO.

Diego. ¿Qué mandais, señor?

Vir. Haz entrar á esa muger, acusada
como cómplice del noble Don Rodrigo de
Luz, conde de Monforte. *(Al conde.)* Espiad
bien el momento en que pase el dintel de
esa puerta, y preguntaos á vos mismo á
quién de los dos reconoce mas pronto.

ESCENA IX.

EL VIREY, DON RODRIGO, ANGELINA.

Ang. Señor, si hay en vuestra alma... ¡Cielos, amparadme! (*Caee de rodillas á los pies del virey.*)

Rod. ¡Ira de Dios! ¡Angelina!

Vir. Silencio, mancebo: ya veis que hay un hombre en Nápoles que no solo ha visto el brillo de sus ojos, y oído el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avergüenza y se postra.

Ang. ¡Señor virey!

Vir. Silencio digo. ¿Y sabéis, jóven, porqué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro además de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha jurado delante de otro que un voto indisoluble la prohibía oír las palabras de ningún hombre; y esto ya podéis conocer, buen Don Rodrigo de Luz, conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del virey de Nápoles.

Ang. No, señor virey, mil veces no.

Vir. Hareis muy mal en dar crédito á sus voces: será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

Rod. Dime, Angelina, dime por piedad que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime que no le conoces, que no le has visto jamás.

Vir. ¡Oh! eso sí que no podrá negarlo.

Ang. Yo no sé mentir: le he visto.

Vir. Y hablado, señor Monforte. ¡Hola!

Rod. Un momento, señor virey; un momento, por cuanto caro tengais en el universo.

Vir. ¿Qué queréis?

Rod. Un instante de esplicacion acerca de lo que acabo de oír: ¡oh! una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaría: os lo aseguro.

ESCENA X.

DICHOS, DIEGO, GUARDIAS.

Vir. Guardad en el aposento inmediato á este noble jóven.

Rod. Conde de Vergara, tenéis un corazón de hiena, y os digo que sois un vil y un miserable.

Ang. ¡Perdon, señor, perdon!

Vir., á Angelina. Apartad. La esplicacion que me pedís, voy á tenerla yo con esta dama; y de sus respuestas depende solo vuestra salvacion y vuestra existencia. Id,

pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del virey.

ESCENA XI.

EL VIREY, ANGELINA.

Ang. Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fué jamás engañaros, pero habia jurado guardar silencio. ¿A qué negároslo, señor? Yo veía que me seguiais por todas partes: oía por las noches las canciones de vuestros músicos al pie de mis ventanas: os encontraba siempre inmóvil y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora l'Incoronata, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los míos por cima de vuestro embozo, y á través de mi espeso velo. Pero yo no podía corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podía con vos, que habiais venido dos veces con sacrilega audacia á arrodillaros á mi lado, para dejar caer en mis oídos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los días y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegar al altar de nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. ¡Ah! todo lo sacrificué, porque siempre aguardaba que vuestro amor...

Vir. ¡Mi amor, miserable criatura! mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fué una chispa inflamada al soplo de un pasajero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazón, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego mas devorador, el de los zelos. Miserable, me habiabas de un voto que te prohibía escuchar las palabras de los hombres. ¿Y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galán preferido y un enemigo del estado?

Ang. Llenadme de injurias, señor; descargad sobre mi toda vuestra cólera: y no imploro vuestra misericordia mas que para él. Os juro mil veces por la Virgen Maria que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador. — Pero es una infame falsedad, porque yo se las vi sacar de su jubon antes de ponerlas en nuestro lecho. ¡Oh! yo no soy mas que una infeliz muger; pero si vos no dais crédito á mis palabras, sabré repetir las en alta voz delante de todo el mundo.

Vir. Y nadie te creará, porque estás acusada de ser su cómplice; y porque, aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas, y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harian mas que agravar la mala causa de tu amante.

Ang. ¿Y qué habeis visto en mí, señor virey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habeis hallado para aplicarme un título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces mas espeso que el de las doncellas napolitanas? ¿Será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la nobleza de mi sangre? ¿O será porque mis oídos, señor conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? ¡Por vida mia! meditat mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputacion de las mugeres, porque dareis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgais á equivocarse como ahora con una impúdica cortesana á la condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldon que acabais de hacerla.

Vir. ¡Vos condesa de Monforte!

Ang. Sí, señor virey, esposa de Don Rodrigo.

Vir. ¡Su esposa! ¡Oh! circunstancia es esta que no le libraré del cadalso.

Ang. ¡Perdon, perdon! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os pretesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiracion alguna. ¿Qué tiene de comun un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor, quiero revelároslo todo, porque al fin es fuerza que lo sepais para que nos hagais justicia. — ¡Hemos sido tan desdichados!...

Vir. ¿Vas á darme algunas noticias de los demas jefes de esa conspiracion?

Ang. ¡Ah! nada sé de eso, señor. — ¡No os he dicho ya que somos inocentes! Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su país. ¡Oh! es una historia completa. Si os dignais oírme un momento, os convencereis de nuestra inocencia. Yo perdí mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

Vir. ¡Española!

Ang. Sí; recibí mi educacion lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosias y de los rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo

mancebo que venia todos los días á nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigian á suplicar al cielo que le permitiese volver á su patria, y abrazar á su pobre madre que le lloraba... y la compasion hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su país, no tuve valor para renunciar á su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afán, los medios que tuvimos que adoptar... Perdonadme, Dios mio, tan vergonzosa confesion.

Vir. Continúa, continúa.

Ang. Anduvimos errantes noche y dia como delincuentes perseguidos por la maldicion divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me vi á las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos recogió en su casa con evangélica piedad un sacerdote de una escondida aldea: advertida de que llegaba el término de mis dias, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase: encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moria, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hizolo así el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrará mi salud, y antes de volver á emprender nuestro viaje, escuchó nuestra confesion y bendijo nuestro himeneo. Seguí á mi esposo, y no he querido desengañar á mi padre, que me cree muerta, porque juró vengarse cruelmente de mi pobre Rodrigo. Esta es mi historia, señor, y hé aquí porque nos ocultáramos en las sombras del misterio... Y sin embargo, yo adoro á mi padre, y me atrevo por fin á hacerlos una súplica postrera.

Vir. ¿Cuál es?

Ang. Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron vuestra casa. Si así lo haceis, rogaré por vos como lo hago por él todas las tardes en el templo de la Incoronata, donde me visteis por la primera vez. — Ya sabéis, pues, quién somos; ya veis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este país, que somos inocentes: servios, pues, mandar dar libertad á Rodrigo; que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos aunque sea contra sus mismos ciudadanos de Nápoles.

Vir. Pues bien, ya que eres la esposa de Monforte, yo te perdono.

Ang. ¡Oh! ¡cómo pagaros, señor, vuestra generosidad!

Vir. Ponéndote bajo mi protección.

Ang. ¡No, jamás!

Vir. Con esa condición podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aquí: de otro modo mandaré al punto reunir el tribunal secreto; y falsas ó verdaderas las cartas del duque de Guisa, le llevarán á morir en el cadalso.

Ang. Hombre vil, ¿para esto me escuchaste con sangre fría la historia de nuestras desventuras?

Vir. Elige, pues.

Ang. No, no, mil veces no; primero consentiré en que rueden nuestras cabezas escarnecidas por la hez del populacho.

Vir. Sea. — ¡Diego!

ESCENA XII.

ANGELINA, EL VIREY, DIEGO.

Vir. Conduce á esta muger á uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto á ese mancebo.

Ang. ¡Mónstruo! caiga sobre tí la ira del cielo.

Vir. Basta. — Diego, haz que dentro de una hora se reúna el consejo secreto en este mismo salón. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, condesa de Monforte. (Vase.)

ESCENA XIII.

ANGELINA, DIEGO, GUARDIAS.

(Los guardias conducen á Angelina en medio de ellos hacia la puerta secreta de la izquierda: al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.)

Diego. Conducidla, con todo el miramiento de que seáis capaces, á la prisión mas cómoda del palacio. Y cuenta con que os atrevaís ni á dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

ESCENA XIV.

DIEGO; DON RODRIGO, QUE SE PRESENTA A UNA SEÑAL DE DIEGO.

Diego. Venid, jóvenes.

Rod. ¿Adónde vamos?

Diego. A los calabozos de palacio. Pero

desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

Rod. ¿Qué quieres de mí, miserable?

Diego. Quiero sacaros de un error para consuelo de vuestra alma: quiero daros una pauta segura para que conozcáis á vuestros amigos, y los distingáis de los que no lo son.

Rod. Yo desprecio la amistad de gentes tan infames como los esbirros del virey de Nápoles.

Diego. Poco á poco, caballero, poco á poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidéis que no os he faltado á la consideración que merecís, y que he permitido que me llenéis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habéis fulminado á mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio á esa joven á quien amáis, mas bien como una imagen que se lleva en procesion, que como una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor cuanto que conozco al individuo que introdujo al despertaros bajo vuestra almohada unas cartas del duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jubón el individuo de quien os hablo.

Rod. ¿Y quién es, ¡vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

Diego. Yo, señor mancebo, yo mismo.

Rod. ¡Tú!

Diego. Escuchadme, señor Monforte, y despues seréis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El virey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la Incononata. A beneficio de su disfraz la habló el mismo estas dos veces. La primera fué despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supiérais vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedia escuchar la voz de los hombres. Todo lo demas que el virey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

Rod. ¡Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazón.

Diego. Oid. El virey creía ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponía á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas escursiones, y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo le he seguido como una sombra, me he arrastrado como una culebra por las calles mas solitarias, he trepado como una astuta

zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado como un huron entre los confesonarios de la Incononata, y todo lo he visto, todo lo he oído... y le he probado bien á su costa, que ha tenido mucha razon en elegirme para su espía favorito.

Rod. Concluid, que me teneis impaciente, y no comprendo...

Diego. Ahora bien, respondedme francamente á la pregunta que voy á haceros. Cuando hace dos años el virey insultó á las mugeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio, y degolló la mitad de su guardia: ahora que el virey ha insultado á las mugeres de los nobles, ¿qué harán los nobles á su vez?

Rod. ¿Adónde vais á parar?

Diego. Yo detesto al virey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: «Conde de Monforte, el virey trata de robaros vuestra esposa,» me hubierais contestado que mentía como un bellaco. Si os hubiera dicho: «Conspirad con nosotros para derrocar al virey,» me hubierais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio mas seguro: el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reúne aquí mismo dentro de una hora, y el virey obtendrá sin duda vuestra condena, porque está ciego por vuestra muger. Ahora, conde de Monforte, ¿quereis uniros á la plebe para derrocar al virey?

Rod. ¿Y quién me responde de tí?

Diego. Os daré la libertad.

Rod. ¿Y á Angelina?

Diego. ¡Oh! esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

Rod. No quiero; ó los dos, ó nadie.

Diego. Pues bien, escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el virey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos, y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se almarán, y la conjuración mal ahogada por mí en la noche anterior fermentará sordamente robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del virey en venganza de la vuestra. ¿Dudáis? Veo que no teneis fé en mi resolución, porque ignorais las razones que tengo para odiar al virey. Pues bien, yo soy español como él, y tenía una muger como vos la teneis ahora: él la vió, como ha visto á la vuestra...

Rod. Basta: ¿cuándo he de escribir esa carta?

Diego. Ahora mismo, en vuestro calabozo.

Rod. ¿Cuándo estará en poder de mi madre?

Diego. Dentro de diez minutos.

Rod. Vamos: pero si me vendes, Dios será mi vengador.

Diego. Os daré todavía otra seguridad.

Rod. ¿Cuál?

Diego. Pondré á vuestra muger en vuestro mismo calabozo, hasta que os traiga la respuesta del cardenal.

Rod. Acepto, y toma. (Le tiende la mano.)

Diego. Apretad, y vamos. (Y mañana, señor virey, amanecerá Dios y medraremos.) (Diego conduce á Don Rodrigo por la misma puerta por donde llevaron á Angelina, y cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL VIREY; LOS CINCO JUECES DEL CONSEJO SECRETO SENTADOS AL REDEDOR DE LA MESA; ANGELINA, SENTADA EN UN TABURETE SIN RESPALDO.

Juez. En fin, señora, si os obstináis en no contestar á las preguntas del tribunal, se verá precisado á usar con vos medios mas severos, ó creará por vuestro silencio que, conociendo culpable, no teneis razones con que defenderos.

Ang. El tribunal de los hombres juzgará como quiera; Dios, que en el suyo ve mi corazón, no me abandonará á su injusticia.

Juez. Dios no favorece nunca á los culpables, y los jueces de la tierra tomarán en cuenta á imitación suya la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servios pues contestar ingenuamente.

Ang. Servios, señores, de no molestaros en preguntar mas á quien está resuelta á morir primero que contribuir con una respuesta ambigua á la perdición de una persona á quien está ligada con los vinculos mas sagrados. Si, señores, repito por última vez que no contestaré á vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien la sutileza con que enredarais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me hariais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazón tuviera parte en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores, lo sé muy bien, y sé

que delante de vosotros se afirman cosas que jamás nos han pasado por la imaginación.

Vir. Es inútil, señores, insistir en ello. Esa pobre muchacha está trastornada y sería imposible hallar coherencia en sus pensamientos. Sus declaraciones además servirían de poco, siendo, como su esposo, acusada de una traición cuyos datos posteriores están igualmente patentes en contra de ambos.

Juez. Os concedemos pues una hora más para que meditéis las cuestiones sobre que habeis sido interrogada, y si en ella no las satisfacedis en vuestro favor, el tribunal os aplicará la pena que las leyes señalan á los traidores.

Ang. Mi fe me prometé que llegará un día en que los acusados podrán pedir á sus jueces cuenta de sus juicios ante un tribunal que no estará sujeto á error, y os protesto, señores, que en ese día infalible mi voz y mi inocencia se levantarán contra vosotros.

Juez. Llevadla. *(Tocan la campanilla.)*

Ang. Vamos.

ESCENA II.

EL VIREY, LOS JUECES.

Vir. Esa joven, señores, es española. Conozco la firmeza de carácter que aquel país inspira á sus hijos y creo que los medios rigurosos no harán más que acrecentar el fiero valor de esa muger. Me atrevo á proponeros, pues, que mandéis á su calabozo un confesor que merezca vuestra confianza, cuyas suaves y cristianas amonestaciones lo conseguirán todo de su fe sencilla. Los españoles no reniegan nunca de la religión que profesan.

Juez. Así se hará. Pasemos si gustais, señor virey, al juicio del otro acusado.

(Con una señal afirmativa toca el virey la campanilla y se presenta Diego.)

Juez. Introducid al conde de Monforte. *(Vase Diego y vuelve con Don Rodrigo.)*

ESCENA III.

EL VIREY, DON RODRIGO, LOS JUECES.

Juez. ¿Sois Rodrigo de Luz, conde de Monforte?

Rod. Jamás he negado el nombre que llevo, y ahora lo intentaría menos que nunca. Creo que mi nombre no tiene muy gratos

recuerdos para vosotros, y me complazco en repetiroslo para sonrojaros.

Juez. Acercaos á jurar sobre estos evangelios que vais á decir la verdad en cuanto el tribunal tenga á bien demandaros.

Rod. El conde de Monforte no ha manchado jamás su lengua con un perjurio, y su palabra vale tanto como el más solemne juramento.

Juez. Mirad, joven, que el tribunal tomará en cuenta la arrogancia de vuestras palabras.

Rod. Está dicho, señores.

Juez. Mirad que se os acusa de rebelión, y que todos sabemos que á pesar de vuestra corta edad habeis sido proscrito con vuestro difunto padre por haber hace pocos años coadyuvado á la sublevación del pueblo con el infame pescador Tomás Aniello. Mirad que no hemos olvidado que hasta la caída del duque de Arcos no habeis podido volver á vuestro país, y que vuestra madre lo ha conseguido ahora á fuerza de intrigas. Mirad que el rebelde duque de Guisa os da en estas cartas poderes amplos hasta para suministrar al populacho dinero y armas contra su legítimo gobierno. Mirad...

Rod. Basta, señor juez, basta. Todo el mundo sabe que mi familia ha sido siempre amiga del pueblo, y que por más que sus individuos descendan de sangre de príncipes, no han olvidado nunca que Nápoles es su patria. Yo tampoco lo olvidaré, y os aseguro que, aunque mi espada esté guarnecida de oro y mi armadura sea la más rica que haya salido de las armerías de Milan, no me avergonzaré de esgrimir la una y ostentar la otra al lado de los arpones y los desnudos pechos de los tostados pescadores de Nápoles.

Juez. Reparad que estais corroborando las acusaciones que pesan sobre vos, y que esto solo bastará para probar al tribunal...

Rod. ¡Ira de Dios! Protesto solemnemente contra la competencia de este tribunal, en donde quereis juzgarme como rebelde para que no asistan á él los próceres que solo pueden juzgar á los individuos de la clase á que pertenezco. Sí, señores, protesto contra un tribunal donde no veo más que á enemigos personales míos, que harto cobardes para atacarme de frente, se cobijan bajo las leyes para saciar su venganza. ¿Y porqué no se halla entre vosotros Ludovico Fignatelli? ¿Donde están los dos Carafas? ¿Donde Ferrante San Severino? Cuando estos miembros se reúnan os tendré por tribunal competente. No á vosotros

solos que todos habeis recibido beneficios de mi familia, que no querreis confesar, porque se los habeis pagado indignamente. ¡Vive Dios! ¿A quién de vosotros demandaré justicia? ¿Será á ti, viejo príncipe de Celamario, que debes la vida á mi padre? ¿A vosotros, Carlos Caracciolo y Hector Calpelaturo, cuyas deudas ha satisfecho mi madre? ¿A tí, duque de Maddaloni, á quien yo escondi bajo mi lecho, cuando el pueblo napolitano ofrecía cien ducados de oro al que presentase tu cabeza? Ya veis que os conozco bien, para fiar de vosotros. Pero existe una inocente en quien quereis hacer caer el fallo de vuestra injusta sentencia, y aun ignorais el motivo que la ha conducido á vuestros pies, y voy á deciroslo, para que no incurrais en un error. Porque tuvo la osadía de resistirse á quedar infestada por el impuro aliento de ese libertino hipócrita que os ha reunido aquí.

Juez. Joven, moderad vuestra lengua, ó nos pondreis en la precisión de sujetárosla con una mordaza.

Vir. Dejadle decir, señores; su misma cólera atestigua la imposibilidad en que se halla de negar su crimen. Dejadle.

Rod. Señor conde de Vergara, una cosa me resta que deciros, y es que sois un cobarde, y que si algun día, despojado de vuestras insignias de virey, os encontráis cara á cara conmigo, os lo repetiré en alta voz en cualquier lugar en que nos hallemos.

Vir. Y yo os despreciaré como ahora, mancebo.

Rod. Pues bien, si entonces como ahora no me contestais, porque entonces como ahora me temeis, yo os obligaré á desnudar vuestra espada, haciéndoos una injuria que no podais lavar sino matando ó muriendo.

Juez. ¡Hola! *(Toca la campanilla y aparece Diego.)* Volvedle á su calabozo.

Rod. Sí, sí, llevadme; pero no iré sin deciros que, sea cualquiera la suerte que me prepareis, la arrostraré con fiereza, y os despreciaré como mereceis. Vamos.

Diego. Vamos.

ESCENA IV.

EL VIREY, LOS JUECES.

Juez. Admirable ha sido, señor virey, vuestra paciencia con ese joven.

Vir. La ira, señor juez, no debe tomar parte por la justicia, cuando la justicia es desapasionada y recta. Si el puñal de los

conjurados no hubiera amenazado más que á mi pecho, si solo se tratase de mí, nunca hubieran comparecido esos jóvenes ante vuestro respetable tribunal. Yo lo hubiera sacrificado todo á las consideraciones debidas á la nobleza napolitana, acreedora á mis respetos y simpatías; pero tratándose de súbditos rebeldes á su majestad, tengo, á pesar mío, que llenar este sagrado deber, que Dios sabe hasta qué punto me es penoso y repugnante. Solo os suplico, señores, que al fallar vuestra sentencia no os acordéis de las amenazas y dicitos que ese acalorado joven ha tenido la audacia de dirigirme. Cumplid, nobles señores, todos los deberes que la justicia y la seguridad de vuestro país exigen; pero sed más benignos que severos. En cuanto á mí, declaro solemnemente que si, como ejerzo ante vosotros el terrible ministerio de fiscal, tuviera voto decisivo en el consejo, tendría presente, al sentenciar, la juventud, la inesperienza y la desgracia de los criminales. No lo olvidéis pues, y pasad, si os place, á ese gabinete, porque yo no puedo asistir á vuestra secreta votación.

Juez. Esa clemencia y esa bondad os honran mucho, señor virey, y tendremos presente al administrar la justicia las virtudes de vuestra persona ultrajada.

Vir. Id pues, nobles señores, pero que no sea esa la razón que más pese en vuestra balanza.

ESCENA V.

EL VIREY.

Id, mentecatos, id: y no os olvidéis de dorar el temor que me tenéis con las virtudes que me encomiais. Id á pensar una sentencia, con la cual me queráis tener agracido, cuando no sois más que las figuras que el jugador coloca y mueve sobre su tablero. Encareced como política y clemencia la fascinación que ejerzo sobre vosotros, porque con la misma política con que os obligo á servirme obligaría á otros á hundiros en el polvo de que os he sacado. — ¡Diego!

ESCENA VI.

EL VIREY, DIEGO.

Diego. ¿Señor?

Vir. ¿Se ha buscado ese sacerdote que ha de recibir la confesión de esa joven?

Diego. Sí, señor excelentísimo: hemos dado la comisión á un reverendo monge,

cuya inteligencia ha servido ya al tribunal en semejantes ocasiones.

Vir. Me has comprendido perfectamente.

Diego. Este monge tiene toda la confianza de los jueces, y su fama de santidad hará que su declaración pase por válida y verdadera, como si las palabras fuesen las de la misma acusada.

Vir. Es decir que en todo caso estará pronto á asegurar que niega ó confiesa en el momento que sea necesario.

Diego. Siempre que la caridad de los que le confían semejante comision se explique con el generosamente por su servicio.

Vir. Dale eso. *(Le da un bolsillo.)*

Diego. ¿En nombre del virey de Nápoles?

Vir. No: en nombre de los jueces del consejo secreto.

Diego. Está bien, fiad en mí.

Vir. Dentro de dos horas á lo mas recibirá orden para salvarla ó para condenarla.

Diego. Es decir...

Vir. Que esa muger ha de pertenecer dentro de dos horas al virey ó al verdugo.

Diego. ¿Y en cuanto al jóven?

Vir. En cuanto al jóven, como Dios no lo disponga de otro modo, infaliblemente será del último.

Diego. Teneis razon. Porque dice un refran de nuestro país, que el hombre propone y Dios dispone.

Vir. Es verdad. Pero los jueces salen: retirate.

ESCENA VII.

EL VIREY, LOS JUECES.

Vir. ¿Habeis concluido ya la votacion?

Juez. Si, señor virey. Hé aqui el fallo del tribunal, cuya ejecucion os está encargada como suprema autoridad de Nápoles.

Vir. Y yo la cumpliré exactamente, sea cual quiera, aunque estoy seguro de que Dios habrá puesto en vuestros corazones la rectitud de su justicia.

Juez. Tomadla, y mirad si teneis algo mas que pedir al tribunal.

Vir. Quisiera, señores, que tuviérais presente que la jóven condesa de Monforte nada ha declarado: y que el estado de su juicio, segun los facultativos, exige mas indulgencia...

Juez. Dentro de una hora un comisionado oirá su postrera declaración, y sea la que quiera, vos, en nombre de su majestad católica, podeis usar con los acusados la clemencia ó el rigor á que los juzgueis acreedores.

Vir. Está bien.

Juez. El cielo os guarde, señor virey.

Vir. Dios guie vuestros pasos, nobles señores.

ESCENA VIII.

EL VIREY.

Bien; ya están llenas todas las formalidades de la ley. Veamos la resolucion. *(Lee en secreto.)* Á la última pena... quedando su ejecucion al arbitrio del virey.—¡Oh, esto es mas de lo que yo esperaba! Esta sentencia puede ejecutarse en secreto ó en público; de noche ó de dia; puede elegirse el género de muerte mas conveniente. ¡Diego!

ESCENA IX.

EL VIREY, DIEGO.

Vir. Ya están en mis manos, gracias á tu celo, leal servidor.

Diego. El tribunal...

Vir. Mira. *(Diego mira la sentencia.)*

Diego. En esa sentencia, señor virey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez, hubiera mandado clavar la cabeza de ese jóven sedicioso en una pica á las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. ¿Y cuándo se ha de ejecutar?

Vir. Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero escucha. Pon á Monforte en el calabozo del enverjado que da á la galería subterránea, y tráeme la llave de caracol que desde mi dormitorio conduce á ella: quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto á su esposa, la harás llevar á la sala del norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita: porque ya te he dicho que ha de pertenecer al virey ó al verdugo. ¿Y á propósito qué dicen esos villanos de mis justicias?

Diego. Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del estado, á quien acabais de salvar, dándoos una magnífica serenata.

Vir. Mi triunfo no puede ser mas completo, Diego. Pero ahora recuerdo... ¿tus birros duermen?

Diego. Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpacion me avergüenza. Teneis razon para estrañar que no haya caido en nuestras manos el desconocido á quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo lo hemos escudriñado con la mas esquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

Vir. No sé porqué; pero ese desconocido es una sombra que anubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

Diego. No hay otro medio, señor; ó ese hombre se ha vuelto á la mar que le arrojó á nuestras playas, ó yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

Vir. Pues bien, Diego; te autorizo para registrarlo todo. Abre mis habitaciones mas retiradas; penetra en mis oficinas mas escondidas; baja á mis calabozos mas oscuros; pero si no me presentas á ese hombre muerto ó vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecerme por garantía.

Diego. ¿Y qué término me señalais para cumplir vuestra voluntad?

Vir. Acaba de anoecer: te doy dos horas.

Diego. Os prometo, señor virey, que antes que hayan espirado tendreis en vuestra presencia, muerto ó vivo, á ese misterioso incógnito. *(Saluda y se va.)*

ESCENA X.

EL VIREY.

Ahora, corazon, respira
El ámbar de la esperanza.
Ahora, ó amor ó venganza
Cumplida has de conseguir.

Ya soberano absoluto
De este país de placeres,
Sus hijos y sus mugeres
De hinojos me han de servir.

(Empieza á verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas á lo lejos.)

Así, servil muchedumbre,
Así, festéjame, canta;
Tu voz hasta mí levanta
Con tus aplausos... así.

Arrástrate humildemente
A las plantas de tu dueño;
Su orgullo arrulla y su sueño
Con dulces cánticos, sí.

Bien haces: gózate y canta;
Que, tan lejos de Castilla,
Las nuevas de tu mancilla
A España no llegarán.
La fama de tu hermosura,
La riqueza de tus playas
Dó quier que á quejarte vayas
A desmentirte saldrán.
Nápoles, ciudad dichosa

De deleite y de pereza,
No hay corona en mi cabeza,
Mas soy tu rey en verdad.
Ya no alzan tus pescadores

De Amalfi ni de Sorrento
Sobre tu golfo sangriento
Sus himnos de libertad.

Castilla ganó tus tierras;
Y en nombre yo de Castilla
Te tiranizo, y se humilla

Ante mis plantas tu grey.
Tu golfo oprimen mis naves,
Y en tus torres altanera
Clavada está mi bandera

En el nombre de mi rey.
¡Pueblo insensato! á quien hizo
Para servir el destino,

Canta y ríe, ese es tu sino:
Tu fortuna es tu ilusion.

Canta, que á fé que me halagan
Al són de tus blandas olas
Las alegres barcarolas

Con que cantas tu opresion.
(Cantan dentro.)

«Era Nápoles un día
Un inculto paraíso,
Y venderle fué preciso
Al cuidado de un señor.
Ora canta sin afanes
De su golfo entre las olas
Solo amantes barcarolas
Su olvidado pescador.

Pero acaso
Estudia y fragua
En el agua
Otro cántico mejor.»

Vir. ¡Qué alegres son esas danzas,

Qué dulces esos cantares!
¡Los aplausos populares
Cuánto agradan al señor!

¡Cuánto exalta mis antojos
Y mis ansias enardece,
Y mi sér enorgullece

El cantar del pescador!

(Cantan dentro.)

«Está Nápoles dormida
Por las ondas arrullada,
Pero Nápoles no olvida
Lo que debe á su señor.
Y del chuzo con que rompe
Las escamas á los peces
Puede hacer como otras veces
Una lanza el pescador.

Porque acaso
Estudia y fragua

En el agua
De vivir modo mejor.»

Vir. ¡Vive el cielo! de esa estrofa
Con el doblado sentido
Ese imbécil ha querido
Insultar á su señor.
¡Hola!

(Aparece un esbirro.)

Al punto, que me saquen
De esa torpe concurrencia
Y que venga á mi presencia
Ese infame pescador.

(Vase el esbirro.)

Con un cordel á la gola
Y un crucifijo en la mano,
Cantar haré á ese villano
Su postrera barcarola.
Si él puede como otras veces
Hacer del chuzo una lanza,
Yo haré que tomen venganza
De sus lanzadas los peces.

*(El virey se asoma al balcon, y mientras
vuelve la espalda aparece por una puerta
secreta y embozado Don Garcia, que le
escucha.)*

*Virey, mirando por el balcon. Mas á su
barca se acoge,*

¡Vive Dios, y el remo abarca
Y huye! yo haré que otra barca
A darle caza se arroje.
Y aunque el mismo Belcebú
Se la ayude á remolcar,
Por Dios que le he de atrapar.

*(Al volverse ve á Don Garcia, y dice
espantado :)*

Mas ¡Cristo! ¿quién eres tú?

ESCENA XI.

EL VIREY, DON GARCIA.

Garc. Callad.

Vir. ¡Socorro!

*(Va á tocar la campanilla, y Don Garcia
le sujeta la mano.)*

Garc. Es en vano,

Señor conde de Vergara;
Escuchadme cara á cara,
U os hago polvo la mano.

Vir. ¡Soldad!

Garc. Escuchadme pues,
Que en secreto hemos de hablar,
Y lo que oigais, enterrar
En el alma fuerza es.
Virey habeis sido vos
De Nápoles por seis años,
Y horror son ya vuestros daños

De los hombres y de Dios.
Por saciar vuestros placeres,
Jueces habeis corrompido,
Empleos habeis vendido,
Y deshonrado mugeres.
Con rastrera hipocresia
Abusando del poder,
Os dispensais de tener
Religion, fé, ni hidalguia.
Tras el denso cortinaje
De una justicia severa,
Escondeis de un alma fiera
El hondo libertinaje.

Y así á vuestra escelsitud
Creisteis que no llegaban
Mas que ojos que se cegaban
Con vuestra falsa virtud.
Pero un perpétuo testigo
Que por dó quier os seguia,
Y que sumiso os servia,
De la sospecha al abrigo,
Avariento os espia

Vuestra eterna sombra hecho,
Y á los piés de vuestro lecho
Por la noche se sentaba.

Él, con vengativo empeño,
Con incansable teson
Ganó vuestro corazon,

De todo vos se hizo dueño.

Y no hay escondida idea,
No hay intencion solapada

Que por él comunicada
Sabida del rey no sea.

Tu nombre pues se ha borrado,

Vergara, del libro de oro;
Tus haciendas, tu tesoro,

Todo está ya confiscado.

Y encontrándote tu rey

A sus favores ingrato,

Te aparta del vireinato

Y te acusa ante la ley.

Vir. Espectro amedrentador,

Mensajero funeral

De esa nueva tan fatal,

Aparicion de pavor,

Delante de quien estoy,

¿Quién eres, vision tirana?

Garc. Don Garcia de Orellana,

Virey de Nápoles, soy.

*(Don Garcia se desemboza y queda en
trage negro con el toison al cuello. El
virey cae á sus piés de rodillas. Al in-
clinarse cae de su pecho el retrato cogido
á Angelina, y que él guardó en el pri-
mer acto. Lo recoge, lo mira un mo-
mento comparándolo con Don Garcia,
y despues que este le dice con desprecio
los cuatro primeros versos, se levanta*

*el conde con aire de triunfo y tomando
con Don Garcia un tono irónico.)*

Garc. No os humilleis ante mi,
Y hablemos, Vergara, claros.

Yo no he venido á ultrajaros,
Y me avergonzais así.

Vir. (Mas ¡qué veo! Dios me apresta
Represalia bien segura.)

Estimoos tanta mesura

En ocasion tan funesta:

Obedecer sé que debo

Las órdenes de mi rey,

Y acato su augusta ley,

Y á murmurar no me atrevo.

Mas veo que generoso

Ser conmigo pretendéis.

Garc. Ruégoos que me perdoneis,

Si al veros tan orgulloso

En palabras propaséme.

Vir. Perdonado estais, señor.

Yo encendí vuestro furor,

Pues al veros exaltéme.

Garc. Apenas pisé la tierra

Que teniais en gobierno,

Creí que todo el infierno

Se hacia en ella la guerra.

Corria la sangre á arroyos,

Y al resplandor del incendio

Vi quedar con vilipendio

Los cadáveres sin hoyos.

Y vi lágrimas correr,

Y oí imprecaciones tales,

Que mis sentidos cabales

Llegué á dudar de tener.

Por todas partes oí

Maldeciros y acusaros.

Entonces, ¿á qué engañaros?

Vergara, os aborrecí.

Por quedar mas convencido,

Yo mismo veros ansí,

Y con ira os escuché

Cerca de vos escondido.

Señor conde, perdonad:

Os juro de buena fé

Que al oír me horricé

Por vos mismo la verdad.

(El virey se sonrie y oye sereno.)

Ahora, pues, órdenes reales

Sujeto á cumplir estoy,

A dar al consejo voy

Mi fé con mis credenciales.

Vos á partir disponeros

Para Castilla podeis.

Vir. Un momento.

Garc. ¿Qué queréis?

Vir. Quiero un pacto proponeros.

No os sorprendais. A pesar

De hallarnos á tal distancia,

Aun puedo con arrogancia
Con mi sucesor pactar.

Garc. Decid.

Vir. Yo he mandado aqui

Seis años, y bien quizás:

Dejadme dos horas mas

El gobierno que perdi.

Garc. ¿Sabeis cuando el mar bravío

Mi barco anoche sorbió

Con qué fuerzas nadé yo?

¿Sabeis qué afan era el mio?

No era la sed de mandar,

No era, conde, la ambicion;

Que está ya mi corazon

Harto de humo popular.

Mi fuerza fué la esperanza

De alzar el yugo execrable

Que á este pueblo miserable

Habeis puesto: y la tardanza

De cada breve momento

Que pasaba bajo de él,

Era un manantial de hiel

Abierto en mi pensamiento.

Juzgad si Iré á conceder

Las dos horas que pedis.

Vir. ¿Es decir que no admitís?

Garc. Vergara, no puede ser.

Vir. Por última vez, señor,

Dos horas y nada mas.

Garc. Vergara, hacedos atrás,

La baja me da horror.

Vir. Dos horas.

Garc. Ni dos instantes

Juré ante el rey y el altar

A Nápoles libertar

De vos, y será cuanto antes.

Vir. Lo jurasteis... ¡vive Dios!

¿Qué os importa haber jurado,

A olvidar acostumbrado

Vuestros juramentos vos?

Garc. ¡Infame!

Vir. A espacio, señor,

Que habeis llegado á jurar

A vuestra hija vengar,

Y aun vive su seductor.

Garc. ¡Vive! ¡oh! ¿adónde está, adónde?

Vir. Dadme el tiempo que os propongo,

Y en vuestras manos lo pongo.

Garc. Sois un miserable, conde.

Mas os vais al precipicio;

Porque ó hablais al momento,

U os mando atar al tormento.

Vir. Don Garcia, estais sin juicio.

¿En olvido habeis echado

Que aquí mi juez os han hecho

Y el juez no tiene derecho

Para osar al acusado?

Garc. ¡Desventurado de mí!
¿No hay, pues, medio de que habéis?

Vir. Las dos horas que calleis
Y siga el gobierno en mí:
No hay mas medio.

Garc. ¡Voto al sol!
Quien da en tan infame traza,
¿Cómo dirá que su raza
Es de solar español?

¡Mentira!... lo dice á voces
El pueblo... sois un bandido,
Las bienas os han tenido
En sus entrañas feroces.

Vir. Seguid, me tenéis sujeto
Bajo el yugo de la ley;
Mas pensadlo bien, virey,
Dos horas vale el secreto.

Garc. Pues bien; ya que tanto os cuesta
De Nápoles el gobierno,
Llévese el mando el infierno
Y escuchadme otra propuesta.

Yo con ciega idolatría
Amé á la hija de mi amor:
Ella era el bien mayor,
El único que tenía.

Por ir al campo á lidiar
Por mi rey y por mi España,
El tiempo de la campaña
La hice en un claustro guardar.

Robómela un seductor,
Y fué mi única esperanza
Vivir para la venganza
De aquel engaño traidor.

Mirad su carta postrera:
Siempre la llevo conmigo
De mi llanto por testigo
Y para atizar la hoguera

De mi cólera: pues bien;
A España, conde, partid,
Sinceraos en Madrid,
Y haced con oro que os den

El vireinato: interino
Quedaré yo, y aunque enormes
Vuestras culpas, daré informes
Que salven vuestro destino.

Vir. No, que habrá en mí contra allí
(Oyese á lo lejos la serenata.)

Acusaciones tamañas,
Que las mayores hazañas
Se volverán contra mí.

No: ya que habéis dado un paso
A la reconciliación,
Aceptad en conclusion
Y no andéis en gracia escaso.

Garc. No, Vergara; tanto empeño
El gobierno en conservar,
Me hace de vos sospechar
Mal designio y no pequeño.

Oid: no hay mas que un solo hombre

Que ahora en esa serenata
Pueda á esa turba insensata
Dar ó descubrir mi nombre.

Concibo todo el pesar
Que debe ser para vos
Saber á cual de los dos
Vienen ahí á festejar.

Conozco que os es gran pena
Ver que esos himnos comprados
Para vos aparejados
Celebran la dicha ajena.

Conozco que la esperanza
De vengar mi propia afrenta
Es cebo que mi fé tienta
A otorgaros la tardanza

De dos horas que pedís;
Pero no puede mi honor
Ser ni dos horas traidor
A mi rey y á mi país.

Vir. Pues bien, si estais decidido
A que con vos no transija,
Ahí tenéis de vuestra hija
Ese recuerdo perdido.

(Le da el retrato.)

Garc. ¿Y quién esta prenda os dió?

Vir. El sacerdote que oyera

Su confusion postrimera,
Y enviárosle me encargó.
Dijo que enviarlo era ley
A Don García derecho,

Y esta ocasion aprovecho
Para dárselo al virey.
Garc. ¿Sin duda el cielo maldijo
Hasta su último recuerdo!

Vir. La pobre murió en su acuerdo.

(Con malignidad.)

Y con afan muy-prolijo
Os encargó la venganza
De aquel que os la arrebató,
Y que al fin la abandonó

Sin consuelo ni esperanza.
Dijo que murió en sus brazos
Maldiciendo al seductor
Que la abandonó traidor.

Garc. Basta: quiero en mil pedazos
Su corazón dividido;
Necesito su existencia.

Vir. ¿Luego acepta su excelencia...?

Garc. Sí, acepto vuestro partido.

¿Ese hombre...?

Vir. A mí está sujeto;
Yo sé quién es solamente,
Y á ese precio únicamente
Os vendo vuestro secreto.

Garc. Sea: ¡Dios lo quiere así!
No puede mi corazón
Con tan grave tentación;

ACTO TERCERO.

Prision en el interior del palacio del virey. Puerta en el fondo con una rejilla en medio á través de la cual se alcanza una larga y oscura galería guardada por centinelas. En la prision y á la izquierda una puerta secreta y un balconcillo á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO, ANGELINA.

Ang. Si es cierto, Rodrigo, inclina
La frente; que yo te vea:
El placer completo sea
De tu adorada Angelina,
Y en dicha tamaña crea.
No hay mas que tú para mí:
Escuche yo de tu acento
Palabras de amor aquí,
Y es tuyo mi pensamiento,
Mi existencia es para tí.
¡Suspiras!

Rod. Miro en tu frente
Tan galano resplandor,
Aureola tan fulgente,
Que suspira tristemente
El pecho ansioso de amor.
¡Por Dios! en donaire sola,
En gala y cortesania
Bien puede á la luz del dia
Mi enamorada española
Disputar la primacia.
Es tanto el placer que siento
Viéndote, hermosa, á mi lado,
Y es tal mi enajenamiento,
Que olvida mi pensamiento
Nuestro destino menguado.

Ang. Mayor, Rodrigo, es el gozo
Que mi alma siente, mayor;
Y á merced de este alborozo
Es para mí el calabozo
Santuario de nuestro amor.

Rod. Ilusoria es por demas
Esa amorosa quimera;
Soñando, Angelina, estás:
Que aquí la muerte me espera,
Y acaso tú...

Ang. No, jamás:
Vivir sin tí, ¿qué me vale?

Rod. Si es cierto, Angelina hermosa

Ang. Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa
Entre los hombres que iguale
La dicha de ser tu esposa.
Loca de amores dejé
Por tí mi patria y mi hogar,
Y embelesada, la fé
Del alma te consagré

ESCENA XII.

DIEGO, CON LINTERNA Y LLAVES.

Ya se fueron: bien me lo imaginé cuando
dejé de oírlos á través de la cerradura. Y á
fé que hubiera dado cualquier prenda buena
por oír su conversacion. Sin embargo, de
nada me han servido mis sentidos de espía.
Este aposento se come las palabras que se
pronuncian dentro de él, y no he alcanzado
mas que murmullo. — ¿Cómo ha de ser! —
Vamos á separar al conde de Monforte de su
hermosa mitad, antes que su excelencia me
los coja en el garlito. (Vivas fuera, y se
asoma Diego al balcon.) Si, sí, tocad. Asi
como asi mañana puede ser que os den do-
ble cantidad de la que yo os he dado hoy,
para tocar en nuestro entierro. Pero como
asi no sea, ¡vive Dios! que he de volver á
buscaros para tocar en los funerales del vi-
rey á quien celebráis. — Mas no perdamos
tiempo, que da dos veces quien da primero.
y hombre prevenido vale dos, como dice el
refran de nuestra tierra. (Entra por la
puerta secreta de la izquierda que con-
duce á las prisiones, y cae el telon.)

De hinojos ante el altar.
Por ti crucé de los mares
Las alborotadas olas,
Y hoy en tus nativos lares
Olvido por tus cantares
Mis canciones españolas.
No hay mas deidad para mí
Que la imagen que retrata
El cristal en que te vi :

Jamás mi oracion sin tí
Se elevó en la Incoronata.

Rod. Angelina, ¿quién tuviera
Tu amante incredulidad!

Ang. Solo en el mundo me espera
Amor y felicidad.

A tu lado viva ó muera.

Rod. Mas no hallo fé en el espía.

Ang. Libertarnos me juró.

Rod. Sin duda que juraría

Por ver si revelaría

Secreto importante yo.

Porque, Angelina, á juzgar

Por su faz torva y sañuda,

Por su siniestro mirar,

Mi fé en sus promesas duda ;

Nada me atrevo á esperar.

Ang. Rodrigo, no sé porqué,

Mas tengo en ese hombre fé :

Y no me inspira recelo

Quien la cárcel hizo un cielo

Uniéndonos.

Rod. Dicha fué,

Y un cielo es para los dos

Mientras juntos nos hallamos.

Mientras nos vemos y hablamos ;

Y es del cielo, sí, ¡por Dios!

El aire que respiramos.

Mas ¡ay de mí! ¡qué dolor

Será y qué amarga la suerte

Si nos conduce traidor

De los brazos del amor

A los brazos de la muerte!

Ang. Y á un tiempo nos matarán,

Porque á tu cuello mis brazos,

Rodrigo, se anudarán,

Y á no hacerme los pedazos

De tí no me apartarán.

Rod. Mas no viene... ¡Oh, tarda mucho!

Ang. Vendrá para nuestro bien.

Rod. A cada ruido que escucho

Con dudas horribles lucho.

(Ruido de pasos.)

Ang. ¡Rodrigo!

Rod. Angelina, ¿quién...?

Ang. Me ha parecido escuchar

Pisadas.

Rod. Sí, oigo á fé mia

Por el caracol bajar.

Ang. ¡Cielos! tiemblo á mi pesar. (Abren.)

Rod. ¡Él es!

Ang. ¡Diego!

Diego. ¡Ave María!

ESCENA II.

DON RODRIGO, ANGELINA, DIEGO.

Diego. Bendito sea Dios, amables jóvenes : no me ha costado poco trabajo llegar hasta aquí. Gracias á que yo estoy acostumbrado á vivir á salto de mata, y me escurro como una anguila entre las espadañas, y paso sin ser visto por los ojos de las cerraduras y por los resquicios de las puertas como un espíritu.

Rod. Acabad, por compasion, buen hombre. ¿Habeis entregado mi carta?

Diego. En la propia mano de vuestra madre, la condesa viuda de Monforte.

Ang. y Rod. ¿Y qué?

Diego. La pobre señora exhaló su dolor en lamentos; me preguntó cien veces las circunstancias de vuestra prision; maldijo otras tantas la perfidia del virey; porque lo que es yo no me anduve en chiquitas, sino que la espeté la historia de las músicas que daba á esta señora á la puerta de vuestra casa de la calle Catalina, los disfraces que usaba para seguirla á Nuestra Señora l'Incoronata...

Rod. Adelante, adelante; vamos á los efectos de vuestra relacion.

Diego. Los efectos, señor conde, son los siguientes : vuestra madre, convencida del riesgo inminente que os amenaza, se ha vestido de luto, se ha lanzado á los piés de los nobles de la Sede Capuana, donde esta inscripta vuestra familia, y les ha repetido palabra por palabra cuanto yo la he dicho de vos, de esta señora y del virey. Podeis supobéros que no me habré quedado corto con respecto al último. Sus lágrimas han enternecido á la aristocracia napolitana, que aborrece de muerte tanto al pueblo como al virey; se ha aprontado dinero, se han desenterrado hachas, lanzas, estoques, arcabuces, y en una palabra, la conspiracion que yo sofiqué malamente ayer, cercenando cabezas de cuatro tontos, que acaso nada tenian en ella, cunde sordamente por los barrios mas pacíficos de la ciudad, y el estallido será espantoso. Mi gente lo revuelve todo, y los agentes de la nobleza no se descuidan. Pero aunque este negocio es de éxito infalible, todavia flo yo mas en un personage misterioso que está en este momento con el

virey, y á quien ha hecho cejar hasta sus últimos atrinheramientos.

Rod. ¡Ah! ¿qué puede hacer ese hombre solo contra todo el poder del virey de Nápoles?

Diego. No toda la fuerza consiste en las espadas que se llevan á la cintura, ni en las lanzas de los guardias que custodian un palacio. Unos pocos renglones de mala letra escritos en un pedazo de mal papel, logran muchas veces lo que no consiguieron poderosas armadas y ejércitos aguerridos.

Rod. Luego ese desconocido...

Diego. Viene de la corte de España.

Rod. Con alguna mision secreta, sin duda.

Diego. Yo no atino á punto fijo con su mision; pero ello es que traía para mí uno de esos pedazos de papel, de que os acabo de hablar, y al mostrármele anoche en una callejuela oscura, y á la luz de un farolillo agonizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije con la frente doblada hácia la tierra : « Mandad, señor; yo estoy pronto. » Ahora ved si quien me hizo á mi descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al virey delante de otro. ¿Parece que os asombráis de mis noticias?

Rod. Si, en verdad.

Diego. Pues son mas seguras que los cerrojos de vuestra prision.—Pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles. El virey puede bajar por ese caracol de un instante á otro, y es preciso, señora condesa, que no os encuentre aquí.

Ang. ¿Y á dónde quereis llevarme? Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin defensor, á merced de ese monstruo de perfidia y de libertinage.

Diego. Con harto sentimiento mio voy á conducirlos á un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

Ang. ¡Oh! no, no me apartaré de aquí un solo paso. Que venga si quiere á hacerme pedazos; pero sea á los ojos de Monforte, que me vengará ó morirá conmigo.

Rod. Eso sí, ¡vive Dios!

Diego. No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aquí ni en la torre del Norte, y estad descuidada, condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrá siempre entre vos y el conde de Vergara. Yo he sido hace tiempo vuestro ángel tutelar y su espíritu tentador. El virey está ya ligado á la tierra por un hilo muy delgado, y al

menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el abismo que yo he abierto á sus piés se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo á que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada teneis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedais.

Rod. Separémonos, Angelina mia. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

Diego. Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos, y espero que habreis mudado de opinion. Vamos, que siento pasos en el caracol.

Ang. Adios, Monforte.

Rod. Protéjanos su misericordia.

Diego, á Angelina. ¡Ah! esperad un instante. (A Don Rodrigo.) El virey os hará probablemente una visita; con que será preciso que os encuentre atado como me encargo, para no dar pábulo á mis sospechas.

Rod. ¡Cobarde!

Diego. ¡Oh! si; osteme sin duda alguna : y acaso en vez de bajar á encontraros cara á cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invencion á favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus victimas.

Rod. Sea en buen hora, y Dios os perdone este afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas. (Diego le ata mientras habla.) Adios, Angelina mia; ruégale por nuestro porvenir.

Diego. Dios os guarde, joven. Dentro de una hora habremos subido á su tribunal, ó estaremos celebrando nuestra victoria en los salones del palacio del virey de Nápoles.

Rod. ¿Quiera nuestra buena estrella que sea como decís!

ESCENA III.

DON RODRIGO.

¿Será verdad? ¿Hipócrita y cobarde de mi desgracia mofará el espía Para arrancarme con placer mas tarde La rica flor de la esperanza mia? ¿Será que así un ejemplo tenebroso De sublime tormento se le alcanza, O cumple un mandamiento poderoso Protegiendo tal vez nuestra venganza? ¡Loca ilusion! No hay mas que lo presente, Y el puñal que en secreto ya se aguza : Necia ilusion que huye de la mente Como polvo que el viento desmenuza.

¿Quién puede hallar en los chispazos rojos
Que en sus pupilas á la voz se encienden
De sangre y de venganza, que sus ojos
Las esperanzas de mi amor comprenden?
¿Quién no ve en su furtivo movimiento
Que acecha la ocasion para lanzarse
Como el tigre feroz que está sediento,
Y con sangre no mas quiere embriagarse?
No hay mas allá: del misterioso espía
La fúnebre y siniestra catadura
Horas solo de horror y de agonía
Al receloso corazon augura.
No hay mas allá: mi sangre generosa,
Mi sangre manchará los escalones
Del cadalso, y allí de gente ociosa
Servirán de ludibrio mis blasones.
¡Pobre Angelina! Al saludar un día
Tus pocos años y tu frente pura
En la fértil, gentil Andalucía,
Patria, templo y eden de tu hermosura,
En premio de tu amor no imaginaba
Que en las playas de Nápoles hubiese
Un caballero vil que te esperaba,
Y no tu amante, tu verdugo fuese.
Perdóname, Angelina, si te pago
Tan tristemente tu pasión primera;
Funesto ha sido para tí y aciago,
Lo que mi gloria y mi entusiasmo era.
Este amor infeliz que me devora,
Este amor infeliz que nos tenemos,
¡Ay! Angelina, dentro de una hora
Sepultura con el nos abriremos.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, EL VIREY.

Vir. Salud al conde de Monforte...

Rod. ¿El conde de Vergara? ¡Cielos!

Vir. Que al impulso
De la piedad se rinde y generoso
Abandona el salon de los vireyes,
Por acorrer en su postrera hora
Al mancebo gentil napolitano
Que se dignó estrechar de la española,
Embragado en amor, la linda mano.Rod. Bien haceis en reir amargamente
Y en el alma gozar: nuestro destino
Es diferente aqui; si no lo fuese
Respondería mi valiente acero
A la mofa sangrienta y al insulto
Del que es, aunque virey, mal caballero.Vir. ¡Que siempre languaraz el noble
conde

Olvide mi razon y mi justicia!

Rod. ¿Razon, justicia, el conde de Vergara?

Hipocresía, mucha.

Vir. ¿Y la paciencia?

¿No os parece tambien de gran cuantía?
Oídmé y pesareis en lo que vale.
Hay un virey en Nápoles... el conde
De Vergara, Monforte, que celoso
De cumplir su deber, en el mancebo
De la Sede Capuana, al peligroso
Conspirador halló.

Rod. Mentis...

Vir. Simiento,

Ya sancionó, Monforte, la mentira
El consejo y la ley... Preso Rodrigo
Reclamó á tiempo de su noble estirpe
Los rancios privilegios, y celoso
De cumplir su deber el de Vergara,
Cedió á su pretension; y el pueblo todo
De Nápoles entiende que se guardan
Con el los miramientos de costumbre.
Mirad esa espaciosa galería,
Mirad la reja del encierro abierta;
El pueblo hablaros puede; sois un noble;
Mas ¡ay del pueblo, si llega á esa puerta!
De-se lejos os ve y os compadece.
Yo os miro muy de cerca y me consuelo.Rod. Y Dios, de tanto crimen ya cansado.
La maldición preparará en el cielo.Vir. Mientras que llega seguirá la historia;
Y si en algo apreciáis vuestra existencia,
No tan pronto la echeis de la memoria.
Esos soldados que con faz adusta,
Ni reparan en vos, ni en la riqueza
De esos vestidos, ni el bizarro porte,
Ni imbéciles recuerdan la nobleza
De que hicisteis alarde en el consejo
Que de Castilla os distinguió en la corte,
Estátuas son; pero, entendedlo, estátuas
Que al amagar no mas la muchedumbre,
Con sangre y fuego cegarán la entrada
Al populacho alborotado y ciego
Que pretenda asaltar esta morada.
Hay sin embargo una muger...

Rod. Vergara...

Ten esa lengua; y si á manchar su nombre
Te atreves, pronunciándole tu boca,
Desde mi encierro escupiré en tu cara.Vir. No llegará hasta mi vuestra arro-
gancia:Hay entre un preso, aunque de noble estirpe,
Y de Italia el virey mucha distancia.
Angelina tal vez pudo en un día
Menos enamorada de Monforte,
De amor cediendo á la demanda mia,
La vida libertar y gentileza
De su noble mancebo, y los blasones
Del que atrevido acaso con mancilla
De la casa infanzona de Orellana

A un monasterio la robó en Sevilla...
Mas hoy es tarde ya: ríe en buen hora
Su galana y espléndida hermosura,
Recuerde en su escondido calabozo
El aura matinal que amante y pura
Meció en vergeles de pintadas flores
Vuestras sabrosas pláticas de amores.
Dentro de poco tan amante yugo,
Merced á la justicia de Vergara,
Romperá la eucilla del verdugo.

Rod. Piedad, señor, piedad... En mí tan
Cébase tu rencor: yo he conspirado, [solo
Yo he querido arrastrar las españolas
Banderas por el fango: si; yo he dicho
Que era un villano el conde de Vergara,
Un infame traidor, un asesino...
Reid, conde, reid... ese es el nombre
Que mereceis...

Vir. A fé que me enterece
Tu súplica cortés, pero es ya tarde...
Un sacerdote confesó á Angelina...
Y el sacerdote declaró al consejo:
Ya ha firmado, Monforte, su sentencia;
Y ejecutada hoy, que no mañana,
Dentro de un hora su fatal destino
Te anunciará el clamor de la campana.

Rod. Dejádme, por favor...

Vir. Primero ella...
Yo te perdono á tí; yo te desprecio...
Hay un anciano en Nápoles, que quiere
Una afrenta vengar que tú le hiciste...
Me ha comprado tu vida, y generoso
Sin paga se la di: y breve espacio
A tu lado estará; poca distancia
Hay de tu calabozo á mi palacio.

ESCENA V.

DON RODRIGO.

¡Pobre Angelina! horribles desengaños
Halló en mi patria tu cariño ardiente;
¡Tan pura y bella y de tan pocos años
En Nápoles morir tan tristemente!
¿Quién me dijera ¡ay Dios! cuando rezaba
En una catedral de Andalucía,
Que yo mismo ¡ay de mí! te preparaba
Prision, cadenas, y cadalso un día?
¡Perdóname, mi bien! antiguas salas
De dorado artesón, montones de oro,
De seda ricas y escogidas galas
Y de mí eterno amor el gran tesoro...
Hé aqui, Angelina, el porvenir que ufano
En el calor de su amorosa llama
El de Monforte presentó en su mano
A la que mártir hoy padece y ama.

(Se arrodilla.)

Cuando en el cielo, serás hermoso,

Al lado de los ángeles sentada
Desde tu asiento de eternal reposo
Dirijas á este mundo una mirada,
Búscame por dó quier, ¡oh mi Angelina!
Que yo te juro me hallarás de hinojos,
Y desde el trono de tu luz divina
En tí clavados hallarás mis ojos.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON GARCIA.

Rod. ¡Ya viene el verdugo á mí!
Recibe, pues, madre mia,
El adios de mi agonía
Que exhalo lejos de tí.

(Se arrodilla como en oracion.)

Garc. ¡Cuán cobarde es la traicion!
Allí está ese hombre de hinojos
Destilando por los ojos
El miedo del corazon. —
¿Mancebo?

Rod. ¿Qué quieres?

Garc. ¿Sabes

Cuántos años has vivido?

Rod. A cortarlos has venido:

Suplicote, pues, que acabes.

Y di á quien aqui te envía

Despues de mi ejecucion,

Que solo en su corazon

Cupiera tal villanía.

Garc. Mancebo, engañado estás,

Ni yo su verdugo soy,

Ni á sus órdenes estoy,

Ni me obligaron jamás.

A entrar en tu calabozo

Una razon me sujeta.

Tan justa como secreta.

Respóndeme, pobre mozo:

¿Tienes padres?

Rod. ¡Ay de mí!

Quédame solo mi madre,

Porque á vivir mi buen padre

Ya hubiera llegado aqui

Por cima de los escobros

De este palacio fatal

E ido yo en marcha triunfal

De sus vasallos en hombros.

Garc. Si era cual dices tan noble,

Siento que no esté á tu lado

Para que fuera ¡malvado!

Tu afrenta y la suya doble.

Rod. ¡Ah! te comprendo: del yugo

Teme el virey que su presa

Se le escape, y tiene priesa.

Ea, pues, hiere, verdugo;

Haz de tu crueldad alarde.

Garc. Mozo, traeme á tu prision
Tan solo mi corazón.
Rod. Entonces sois un cobarde.
Garc. ¡Ira de Dios!
Rod. Sí, en verdad,
Lo sois, si como decís
A asesinar me venís
De espontánea voluntad.
Os habrá dicho el virey:
Allí le tenéis atado;
Sustituíd de contado
La injusticia de mi ley.
Garc. No más al virey me nombres,
Y escuchame en conclusion:
Que es fuerza que á mi razón
Te amedrentes y te asombres.
Había un noble en Sevilla
Leal cual nadie en la tierra,
El cual se partió á la guerra
Con las huestes de Castilla.
Tenía este hombre consigo
Una hija, tierna y hermosa,
Que crecía virtuosa
De su amor bajo el abrigo.
Mas á la guerra al marchar,
Por más que le fuera en pena
A la vigilancia ajena
La tuvo que encomendar.
Fió, pues, en el misterio
De un claustro, y aunque no sola,
Sujeta á un aya dejola
Cerrada en un monasterio.
Pero ¡oh fortuna cruel!
Sin conciencia y sin pudor
Un infame seductor
Se introdujo astuto en él.
La embriagó con sus promesas,
Y la infeliz criatura
Aborreció la clausura,
Saltó sus verjas espesas,
Y arrojándose en los brazos
De aquel corruptor maldito,
Cometió el primer delito
Haciendo mi honor pedazos.
Rod. ¡Vos sois su padre! ¡Señor,
Perdon!
Garc. Me vas comprendiendo,
Segun parece.
Rod. ¡Oh! comprendo
De un padre el justo furor.
Garc. Escúchame, pues, villano,
Y entiende que solo vengo
A decirte que yo tengo
Tu vida entera en mi mano.
Rod. Oid primero, señor.
Garc. Nada tengo que escuchar:
Ni yo te vine á matar
A oscuras como un traidor.

Sé, conozco tu inocencia;
Con una palabra mía
Sé que salvarte podía
El honor con la existencia;
Mas tú fuiste el asesino
De mi hija, y aunque es injusta
Tu sentencia, es cosa justa
Que se cumpla tu destino.
Rod. ¡Yo asesino de Angelina!
Aquí hay un error fatal.
Garc. No solo con el puñal
O el veneno se asesina.
Miserable seductor,
Tú el sepulcro la has cavado,
Tú me la has asesinado,
Mas vilmente, con tu amor.
A las fatigas y viajes
A que esponerla has querido
Para matarla, has unido
Tus desprecios, tus ultrajes.
Con tu amor la enloqueciste;
Mas del suyo te cansaste,
Y al cabo la abandonaste,
Y al fin pereció la triste.
Rod. ¡Viven los cielos, señor!
Vos sois víctima fatal
De alguna trama infernal.
Garc. Mira, infame, el confesor
(Mostrando el retrato.)
Que la escuchó en su agonía
Con sus palabras postreras
En que encargó que murieras
Este retrato me envía.
Rod. ¡Es el vuestro!
Garc. El mío, si
Yo al cuello se le colgué
Cuando á lidiar me marché.
Rod. Todo lo entiendo, ¡ay de mí!
Los esbirros del virey
Del cuello se le atrancaron
Cuando mi casa asaltaron
En el nombre de la ley.
¿Sin duda el mismo os le dió?
Garc. Sí por cierto.
Rod. ¡Y él, de hijo,
Que murió Angelina os dijo!
Garc. El mismo.
Rod. Señor, mintió.
Mintió; pura y virtuosa,
Lamentando nuestro error,
Vive Angelina, señor.
Garc. ¡Vive!
Rod. Vive, y es mi esposa.
Garc. ¡Tu esposa!
Rod. En la soledad
De una aldehuela española
En nuestra fuga asaltóla
Peligrosa enfermedad.

Salvóla el favor de Dios,
Y nuestro delito es
No haber ido á vuestros piés
En lugar de huir de vos.
Garc. ¡Vive! ¡ay de mí! ¿Dónde está?
Alza, sígueme, corramos.
Rod. Dios quiera que no vayamos
Muy tarde en su auxilio ya.
Garc. ¡Qué dices!
Rod. El alborozo
Refrenad, padre y señor,
Que por resistir su amor
Suspira en un calabozo.
Garc. ¡Amor! ¿de quién?
Rod. De Vergara.
Garc. ¡El! ¡el infierno le auxilia!
¿El insultar mi familia?
Saldrále su audacia cara.
¡Oh! haré un terrible escarmiento:
Yo le arrancaré el toison,
Enlodaré su ropón,
Y le haré sin miramiento
Cumplir con la ley completa,
Y al suplicio por traidor
Irá como un malhechor
Sentado en una carreta.
¿No me comprendes, mancebo?
Mas respira á tu placer,
Que es inmenso mi poder
Y á todo con él me atrevo.
Del poder de que abusó
Apartó á Vergara el rey.
Rod. ¿No es ya Vergara el virey?
Garc. No; ahora el virey soy yo.
Rod. ¡Ah! desatadme, y salgamos...
Garc. Sí, que todo cabe en él.
(Va Don Rodrigo á la puerta por donde
entró Don García, y la halla cerrada.)
Rod. Mas resiste este cancel...
Garc. ¡Cielos! perdidos estamos.
Cerróle detrás de mí
Cuando aquí me acompañó,
Y el lazo que me tendió,
Ciego de rabia, no vi.
¡Vive Dios!
Rod. Desdicha fué
De nuestra suerte tirana.
(Suená la campana.)
Mas ¡Dios santo! la campana.
¡Todo se perdió!
Garc. ¿Por qué?
Rod. Esa campana, señor,
Anuncia que mi Angelina
Hacia el cadalso camina
Sin consentir en su amor.
Garc. ¡Ah! todo lo entiendo ahora.
¡Por eso el traidor Vergara
Pedia que le dejara

Mandar aun una hora!
Creí á la hija de mi amor
Vengar entretanto en tí.
Rod. ¿Y habeis consentido?
Garc. Si.
Rod. ¡Ah! ¡qué habeis hecho, señor!
(Durante esta escena y la siguiente oyesse
doblar pausadamente la campana de
modo que no estorbe á la representa-
cion. Oyesse murmullo como de cánticos
sagrados á lo lejos, y la luz de las ha-
chas que se supone acompañan á
Angelina penetra por la reja de la
puerta, por la que no debe verse mas
que el resplandor.)
Garc. Mas oye ¿qué significan
Esas voces religiosas?
Rod. No sé, pero me estremecen.
Garc. Se ve resplandor de antorchas
Por esa reja.
Rod. ¡Dios mío!
¿Qué procesion tenebrosa
De enlutados es aquella
Que se aleja por las concavas
Galerías?
(Se asoman á la reja tapándola con sus
personas, impidiendo al público ver lo
que pasa por el fondo.)
Garc. Es sin duda
Algun entierro.
Rod. Oid: dobla
Un atambor destemplado.
Garc. Oye, oye lo que pregonan.
Rod. ¡Es una justicia!
Garc. Escucha.
(Suená el pregon á lo lejos.)
Voz. Esta es la justicia que manda hacer
en nombre del rey nuestro señor, su esce-
lencia el conde de Vergara, virey de Ná-
poles, en la persona de Angelina de Ore-
llana, por delito de lesa majestad.
Garc. ¡Tened, canalla traidora!
Yo soy el virey de Nápoles.
Abrid pronto esta mazmorra,
O ¡voto á Dios, que en cenizas
Tornaré la ciudad toda!
Rod. ¡Ay, padre! que están muy lejos,
Y vuestras voces ahoga
La multitud que murmura
Y en vano intentais que os oigan.
Garc. ¡Oh! ya se pierden cruzando
Las galerías tortuosas.
Rod. Todo es en vano, señor.
Garc. El corage me sofoca.
¡Guardias, soldados, á mí!
Al que mis cerrojos rompa,
Le haré tan rico, que pueda
Despreciar una corona.

Un Soldado, por fuera de la reja. ¿Qué es lo que estais ahí gritando?

Garc. Llega, buen soldado, toma.

(Alargando por entre la reja sus credenciales.)

Yo soy el virey de Nápoles,
Mis credenciales en forma
Son esas; corre al consejo
A presentarlas, y pródiga
Mi mano te abrirá de oro
Cuanto mi raza atesora.

Sold., riendo. ¿Vos el virey?

Garc. Mira, mira.

Sold. Vaya, esta gente está loca.

Garc. Lee por piedad, y la firma

Verás del rey.

Sold. ¡Esa es otra!

Ni yo sé leer, ni nada

De lo que decís me importa.

Garc. ¡Por Cristo crucificado!

Si llamas quien nos socorra,

Te haré alcaide del castillo.

Sold. ¿Y si por ello me ahorcan

Antes de llegar á serlo?

Garc. ¡Triste de mí! ¡No hay quien ponga

Fin á tan duro suplicio!

¡Con que ningun medio logra

Tener ese asesinato!

Sold. ¡Pobre viejo, cómo llora!

Rod. ¡Y aun esa fatal campana

Temerosamente dobla!

Garc. ¡Y va á la muerte mi hija...!

Sold. ¡Calla! ¿sois de esa señora...?

Garc. Su padre, ¡voto á los cielos!

¿No lo has entendido hasta ahora?

Rod. ¡Oh! ¡te enterneece, soldado,

Nuestra situación penosa!

Garc. ¡Por la Virgen sacratísima!

Esas credenciales toma,

Corre al consejo, y la salvas.

Es inocente.

Sold. En buen hora:

Dadme esos papeles, dádmelos;

Que si hago esa buena obra,

Todo lo demas es nada.

Rod. Toma, y vuela, y Dios te acorra.

ESCENA VII.

DICHOS; EL VIREY, QUE DURANTE LA ESCENA ANTERIOR SE HABRA ASOMADO AL BALCONCILLO.

Vir. Llegará tarde, señores.

Garc. ¡Oh vibora ponzoñosa!

El cielo ponga en tu alma

El pesar que me destroza.

Vir. Yo os juro, buen Don García,

Que comprareis á gran costa

El vireinato de Nápoles.

Garc. Téngale tu alma ambiciosa,

Si tanto el mando te agrada.

Yo te le vuelvo.

Vir. Me sobra

Con las dos horas que tengo.

Garc. Tiembla, traidor; esas horas

Te abreviará tu consejo.

Vir. Es esperanza ilusoria;

Yo presentaré contra ellas

Tu firma y palabra propia.

Garc. ¡Oh, por piedad, tu venganza

Descarga en mí... mas perdónala!

(La campana deja de tocar.)

Rod., espantado. ¡Infelices de nosotros!

Ya la campana no toca.

Garc. ¡Dios mío!

Vir. Y ya está cumplida

Su sentencia. Sed ahora

Virey de Nápoles, sedlo:

Y vuestra primera obra

Sea abrir su sepultura

Y hacer celebrar sus honras.

Garc. ¡Oh, calla, y Dios te maldiga!

(Vuelve á sonar la campana con mas

prisa.)

Rod. Escuchad: otra vez dobla

La campana.

Vir. ¡Cielos!

Rod. Padre,

A rebato es lo que tocan.

(Suenan arcabuzazos, tambores y clarines

á lo lejos.)

Rod. ¡Tiembla, miserable, tiembla

Si la fortuna se torna!

Vir. ¡Tiembla, si yo te presento

La cabeza de tu esposa!

(El tumulto y las voces se acercan. Oyense

gritos de ¡muera el conde de Vergara!

y se ve por la reja de la puerta el res-

plandor de los hociones. Don García

y Don Rodrigo se abalanzan á la puerta,

gritando á los de afuera.)

Rod. y Garc. ¡Aqui, soldados, aqui!

¡Favor á Nápoles!

Un Soldado. ¡Hola!

Aqui están. ¡Eh! camaradas,

¡Abajo la puerta!

Otro. ¡Otra

Palanca por ese lado!

Vir. ¡Cielos! la turba traidora

Los calabozos asalta.

Huyamos.

(Va á salir y halla cerradas las puertas

del balconcillo.)

¡Mas qué alevosa

Traicion! ¡por dentro han cerrado
Este balcon!

*(Golpea y empuja las puertas, que no
ceden.)*

¡Oh, ellos doblan

Sus esfuerzos! ¡Me han vendido!

Mas mi suerte no me importa

Si se logra mi venganza.

Pueblo. ¡Adentro!

ESCENA ULTIMA.

CAE LA PUERTA Y ENTRAN EN TROPEL SOLDADOS, PESCADORES, VILLANOS, ETC., ETC., CON ANTORCHAS, CHUZOS, PICAS, SABLES, ETC. DON GARCIA Y DON RODRIGO, AL VER QUE NO VIENE ENTRE ELLOS ANGELINA, DAN UN GRITO Y VAN A SALIR DICHIENDO A UN TIEMPO:

Garc. y Rod. ¡Virgen piadosa!
¡Angelina?

Vir., á Don García. No la esperes:

Con ella el mando me compras.

Diego, dentro. Abridnos paso.

Rod. ¡Ese acento...!

(Diego, abriéndose paso de repente, se

presenta trayendo á Angelina, la cual se

echa en los brazos de Don García y de

Don Rodrigo.)

Rod. ¡Dios mío, es ella!

Garc. ¡Hija mía!

Ang. ¡Padre, esposo!

Vir. ¡Ah, él me vendía!

Un Pescador, viendo al conde de Ver-

gara. ¡El virey!

Pueblo. ¡Muera!
Diego. ¡Eh! con tiento.

(Al virey.)

Las vueltas os he cogido,

Señor Vergara, que al cabo

El astuto vence al bravo

Y en mi trampa habeis caído.

(El balcon se abre y deja ver dos hileras

de soldados españoles que guardan al

virey.)

Mi cabeza me exigisteis

O el incógnito del mar,

Y os le vengo á presentar:

Aquí está el que me pedisteis.

(Señalando á Don García.)

Vir. ¡Oh rabia!

Pueblo. ¡Muera!

Otros. ¡Matarle,

Matarle!

Garc. ¡Todos atrás!

Solo el rey tiene no mas

Derecho de castigarle.

Vergara, á su real consejo

Os remito, y sin encono

Como quien soy os perdono,

Y como vencido os dejo.

Y esta piedad que acrisola

Mi justicia y mi nobleza,

Os prueba cuánta grandeza

Cabe en un alma española.

(Los guardias retiran del balcon al conde

de Vergara. Don García toma de la

mano á su hija y á Don Rodrigo: la

multitud les abre paso y salen. Al irse

todos tras ellos dice Diego:)

Diego. ¡Viva Don García de Orellana,

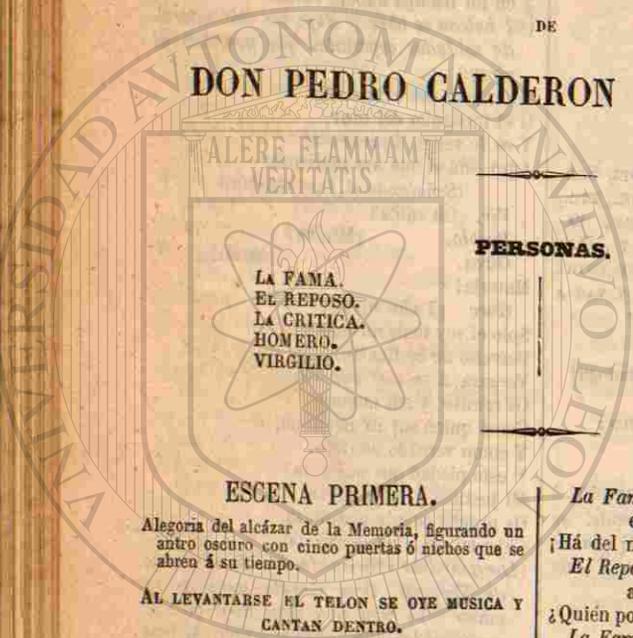
Virey de Nápoles!

Todos. ¡Viva!

APOTEOSIS

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA



PERSONAS.

SHAKSPEARE.
CERVANTES.
COROS Y ACOMPAÑAMIENTOS CORRESPONDIENTES

ESCENA PRIMERA.

Alegoría del alcázar de la Memoria, figurando un antro oscuro con cinco puertas ó nichos que se abren á su tiempo.

AL LEVANTARSE EL TELON SE OYE MUSICA Y CANTAN DENTRO.

Pasad, ruidos livianos,
Inútiles quimeras,
Espíritus mundanos
Que de la tierra prófugos
Por las tinieblas vais.
Pasad, sin que al tumulto
De vuestros piés profanos
De mi palacio oculto
La soledad pacífica
Pasando interrumpais...

¡Pasad, pasad!
Aquí no está el imperio
De vuestra magia impura:
Aquí de hondo misterio
Entre los velos mágicos
En blando sueño están
Los genios que vertieron
La luz sobre la tierra,
Los que de Dios bebieron
La ciencia y el espíritu
Con anheloso afán.
¡Pasad, pasad!

La Fama, saliendo. ¡Há del reposo que en las tumbas mora!
¡Há del misterio que velando está!
El Reposo, dentro. ¿Quién de las tumbas atención implora?
¿Quién por mi reino descarriado va?
La Fama. La Fama soy, que de la tierra vengo.

ESCENA II.

ABRESE LA PUERTA DEL CENTRO, Y APARECE EN UN LECHO EL REPOSO CORONADO DE ADORNIDERAS.

El Reposo. ¿Qué pasa pues en la fatal mansion?
¿Llegó el instante en que sin tino tengo
Los sellos que romper de mi panteón?
¿Toqué en su colmo la locura humana?
¿La cólera de Dios se desbordó
Y el orbe á polvo tornará mañana?
¿Vuelve la nada á su principio?
La Fama. No.
El tiempo sigue su veloz carrera,
El mundo largo tiempo vivirá,
Y largo sueño en tu mansion espera
A los que su antro cobijando está.
Mas óyeme un instante, y tus oídos
La nueva que divulgar escucharán,

Y tus genios de gozo estremecidos
En su lecho de mármol se alzarán.
Hay un rincón de la atrevida Europa
Dó una raza de inmenso corazón
Vive, y guarece su triunfante tropa
La sombra de un Castillo y un Leon.
España, sí, que vencedora un día
Dos mundos ocupó con estrechez;
España, que negaba y concedía
Tierra donde vivir, con altivez;
Existe libre de estrangero yugo,
Por mas que Europa la contemple audaz
Y ser quisiera su fatal verdugo,
Siempre envidiando su valor tenaz.
Lainquieta Europa que intentó humillarla
No la conoce todavía bien,
Y atenta solamente á encadenarla,
La mira desde lejos con desden.
Pobre, ignorante y sin poder la entiende,
De sí misma la juzga sin amor,
Y ella á su vez su libertad desfiende
Con su fé solamente y su valor.
Tinta en la sangre de sus propios hijos,
Cercenada de intrusos por dó quier,
No ha sabido á desastres tan prolijos
La gloria de sus hijos posponer.
Templos les abre, y les eleva estatuas,
Y «esos son (dice á los estranhos), sí,
Los que pregonan vuestras lenguas fatuas
Sin recompensa ni memoria en mí.—
¿No hay aquí gloria?—Sin que mucho tarde,
Calderon y Cervantes lo dirán.—
¿No hay libertad?—Daoiz y Velarde
A daros un ¡mentis! despertarán.»
Eso dice la España postergada,
Eso la fama anunciará veloz;
Díselo tú, Reposo de la nada,
A esos que duermen sin oír mi voz.
Si al viento de las recias tempestades
Con que su patria desolar se ve
Ardiendo se desploman sus ciudades,
Sus mausoleos quedarán en pié.—
Diles que duerman sin odiar los hombres
A esos que grandes y españoles son,
Y que no ignoren que escribió sus nombres
A par de los mas grandes su nación.
El Reposo. Si les diré. Sus almas bienhadadas
Con tus nuevas ¡oh Fama! gozarán,
Y con blanda sonrisa en sus almohadas
A posar la cabeza tornarán.
Que aquí halla amparo, proteccion y asilo
Cuanto atañe al descanso y al placer,
Aquí reposa el corazón tranquilo
De la ansiedad con que acertó á nacer.
La Fama. ¡Oh! tengan ese misero consuelo

Que el envidioso mundo les negó,
Ahora que ven que sin premiar el cielo
Jamás el genio y la virtud dejó.
El Reposo. Las alas otra vez tiende segura,
Tórnate en calma donde alumbra el sol;
Ellos sabrán en mi mansion oscura
La gloria de ese fénix español.
La Fama. ¿Quién trajo aquí sin mi poder la nueva?
El Reposo. Há siglo y medio ¡oh Fama! que la sé,
Que há siglo y medio que en el mundo prueba
Con sus palabras Calderon quién fue.
La Fama. La lumbre de su gloria reverbera
Por cuanto alumbra el rutilante sol,
Y España olvida su contienda fiera
Escuchando su fénix español.
El Reposo. Por quién es, está aquí; yo que le guardo
El primero á mi vez le conocí.
La Fama. Su triunfo dile.
El Reposo. A que se torne aguardo.
La Fama. ¿No está en tus reinos?
El Reposo. Volveráse á mí.
A recibir la merecida palma
A su alcázar la gloria le llamó,
Y hoy volverá regocijada el alma
Al lecho que un instante abandonó.
La Fama. A Dios te queda pues.
El Reposo. Vé tu camino,
Y allá en los sitios por dó errante vas
Venga á la España y su cantor divino,
Que bien merecen los de España mas.
La Fama. ¡Guay de quien mira necio ó atrevido
Con ojos insolentes su pendon!
¡Guay del que asome cuando dé un rugido
Y despierte iracundo su leon! (Vuella.)

ESCENA III.

EL REPOSO.

Y vosotros que en sueño perfumado
En vuestro lecho de laurel dormís,
Alzaos y gozad con lo pasado,
Levantaos á ver cómo vivís.
¡Há de los mansos soñolientos sonos
Que arrullan y adormecen mi mansion!
¡Cantad, y al entonar nuevas canciones
El descanso rompéd de mi panteón!
No traigais el murmullo de las hojas,
Ni de las fuentes el rumor tenaz,
Ni el són del aura en las espigas rojas,
Ni el suspiro del zéfiru fugaz.
Venid sobre el perfume de las flores
Con el vario cantar del ruiseñor

Cuando cuenta á la aurora sus amores
El rocío libando en una flor.

Fraed las armonías que en la gloria
Se exhalan del laúd del serafín,
Y á las puertas llamad de la memoria
De los que duermen sin temer su fin.

¡Cantad! y que despierten un momento
Su gloria inmarcesible á contemplar,
Como á los besos de amoroso viento
Las flores, que se vuelven á cetrar.

*(Ciérranse las puertas que muestran el
lecho del Reposo, y se oye dentro música.)*

ESCENA IV.

MUSICA.

Alzaos del sepulcro
Los que dormís en paz.

Ann se oyen vuestros cánticos
Gloriosos resonar:
Sobre las alas rápidas
De las centurias van;
De vuestros nombres incritos
La lumbre celestial
El mundo por sus ámbitos
luminando está.

Alzaos del, etc.

Ni ingrata á vuestro espíritu
La pátria desleal
En vuestros secos mármoles
Os dejará posar.
Con vuestra fama espléndida
Feliz se ufanará
Si acuerda á vuestras ánimas
Origen inmortal.

Alzaos del sepulcro
Los que dormís en paz.

*(Abrense las puertecillas del escenario,
cada cual á su turno, dejando ver una
débil aureola de luz, símbolo de la gloria,
y se presenta á su voz HOMERO,
VIRGILIO y SHAKSPEARE coronados de
laurel, apareciendo sus nombres sobre
sus respectivas puertas en letras de luz
y conforme van presentándose.)*

Hom. ¿Quién á luz torna mis desiertos
ojos?

¿Quién música tan dulce en mis oídos
Vierte, y á vida vuelve mis despojos
En el abismo de la sombra hundidos?

Oigo una voz mas suave y halagüeña
Que las aguas del Xanto y del Eurotas;
Que de mi pátria la ilusión risueña;
Memorias dulces por la muerte rotas!

Alcanzo en el espacio, vagarosos
Ricos de gloria y varios en colores,
Ir en monton espíritus famosos
Cantando al par su religión y amores.

¿Quiénes son esos héroes que embozados
Van en tropel, y nacen de una lira
Cuyos cantares con vigor lanzados
De mi Grecia el espíritu no inspira?

No conozco sus faces escondidas
Tras de los cascos que los rayos doran,
Ni comprendo sus trovas confundidas
Con plegarias al Dios á quien adoran.

No van á los Eliseos por descanso,
Ni á Júpiter invocan, mas su acento
Baja solemne y armonioso y manso
Por la región del azulado viento.

¡Cantad, héroes, cantad! que mis oídos
Os oyen con placer, y el alma mía
En vuestros sonos va desconocidos
A torrentes bebiendo la armonía.

Yo os escucho, cantad; mi largo sueño
Mecéis con vuestra voz: ¡cisnes extraños!
Verted deliciosísimo beleño
En el insomnio de mis luengos años.

Virg. Yo oí entre las hojas de mi laurel
sonoro

Brotar de un arpa nueva el inspirado són,
Y desperté sintiendo de sus bordones de oro
Los misteriosos ecos herirme el corazón.

No fué, sin par Homero, la voz de tus va-
lientes

Ni el himno de tu Grecia la música que oí;
Sus notas son mas graves, y escitan reve-
rentes

Memorias religiosas con que jamás viví.
No adornan sus misterios los mirtos de
Cartago,

La voz de las sibillas, ni el carro del amor,
De Vénus las palomas, ni de Caron el lago;
Ni el porvenir de Roma, á quien fingi mejor.

Mas yo mientras escuche las notas de esa
lira

No quiero de mi lecho volver al cabezal;
Quien quiera que tú seas, quien con tu voz
suspira,

Tu canto no interrumpas; oh bardo celestial!
Te escucho, y tu armonía dulcísima me
sueña

Como la voz lejana del espumoso mar,
Como el susurro manso de la floresta amena
Y el ala de la garza que empieza á remontar.

La sombra de los olmos en la abrasada
siesta,

De un límpido arroyuelo el desigual rumor,
No son para el viajero que á reposar se apresta
Cual para mi son dulces tus cántigas de amor.

Si, canta, y de mi gloria con reverente oído
En mi mortal insomnio tu voz escucharé,

Y aromará mis sueños plácido sonido
De tus palabras bellas que comprender no sé.
Shaksp. Yo oí su voz primera descen-
diendo

A esta mansion de sombra y de reposo,
Y allá en el alma el porvenir midiendo
Miré á lo lejos y alcancé un coloso.

Yo te conozco bien, hijo del canto:
Yo comprendo la voz de esas quimeras
Que en un delirio misterioso y santo
Lanzas al mundo de quien nada esperas.

¿Quién resiste tu voz? Lanzada al cielo
Te franquea sus puertas eternas;
Lánzala al viento y detendrá su vuelo
Al vivo lampo de sus mil fanales.

El Averno, la mar, y el orbe todo
De tu arpa cede al colosal imperio;
Si, cuanto existe de insondable modo
De su existencia te mostró el misterio.

¿Quién como tú? los mundos á tu órden
Ante tus ojos obedientes giran,
Átomos son que hierven en desórden,
Y á tu voz nacen y á tu voz espiran.

Soplas sobre ellos, y á tu soplo viven;
Si necesitan voz, les das tu acento;
Si forma, de tus manos la reciben;
Si atributos, les das tu pensamiento.

Eres un manantial rico y fecundo,
Tu lengua es un torrente de ambrosia,
Tu mente radia como el sol, y el mundo
Al són de tu palabra se estasia.

De águila son tus ojos; son tus alas
De ardiente querubín; á las tormentas
En el impulso de tu vuelo igualas,
Y á reposar en el zenit te sientas.

Alli sueltas tu voz, y allí á tu canto
El curso de los astros se suspende;
Dios te envuelve en orlas de su manto,
Y en su divino espíritu te enciende.

Sacerdote de Dios, cantas su gloria;
Bardo de religión, tú la penetras;
Tu pátria diviniza tu memoria,
Y los sabios aprenden de tus letras.

Canta, y en tanto que tu genio aborte
De místicos fantasmas luenga tropa,
A la sombra inmortal de su cohorte
Yo dormiré, y aplaudirá la Europa.

ESCENA V.

HOMERO, VIRGILIO, SHAKSPEARE,
LA CRITICA.

La Critica. (Ni del reposo y la muerte
En los brazos dormirán;
Yo amargaré cuanta gloria
El universo les da.)

II.

¡Ha de los que alzan la frente
Del mundo á la vanidad.

Yerbas que brotais al soplo
De vuestro orgullo no mas;

Tan solo vuestra demencia
Vosotros divinizais!

¿De qué sirve á quien le escucha
Vuestro sublime cantar?

Esas creaciones grandes
Que encareceis con afán

Solo son necios delirios
Incomprensibles asaz.

¿De ese cantor os arrulla
El cántico celestial?

Porque escucháis solamente
Su monótono compás.

Así es el ruido del viento,
Del agua así el són fugaz,

A su murmullo se duerme,
Mas no se entiende jamás.

ESCENA VI.

HOMERO, SHAKSPEARE, VIRGILIO,
LA CRITICA, CERVANTES.

Cerv. ¿Quién con tan negras palabras
Llega á esta mansion audaz,
Que de mi sueño de mármol
Me viene así á despertar?

La Critica. La crítica soy juiciosa,
En cuya balanza igual
Se equilibran los tesoros
Que debe la ciencia dar.

Yo por el bien de los hombres
Estoy en vela tenaz,
Y les marco los caminos
Por dó salir sin errar.

Yo les aparto los brezos,
Yo les enseño ademas
Dónde están los precipicios
Y los escollos dó están.

Yo voy con mi clara antorcha
Guiando su ceguedad,
Y caen los que no me siguen
A cada paso que dan.

Sin mí no hay nada perfecto,
Sin mí no podéis hallar
Ni lo justo, ni lo hermoso,
Ni la luz, ni la verdad.

Calderon, á quien ufanos
Fénix del arpa llamais,
No supo sin mis auxilios
Sino caer y tropezar.

Y pues queréis como al Genio
Divinizarle, mirad
Que es perfeccion lo divino,
Y que quien yerra es mortal.

17

Y esto os dice quien lo sabe,
Que no aumento al afirmar
Que aun Dios al hacer sus obras
Me las consulta quizás.

Cerv. Yo te conozco: quién eres
Sé bien, y de mi ocultar
No puedes lo que tu envidia
Dicta á tu lengua infernal.

Critica, tu eres un monstruo
Solo de envidia capaz,
Tu lengua mana veneno
Y en hieles bañada está.

Pero no puede los bordes
De los sepulcros pasar,
Y aquí no tienes oídos
Para tu canto mordaz.

Aparta, pobre sirena,
Que has olvidado el cantar;
Huye, hermosura caduca,
Que has perdido tu beldad.

Tú tienes torpes las manos,
Y las alas con que vas
Volando, tan solo pueden
Tu cuerpo vil remolcar.

Aparta, lince sin ojos,
Que lo que no puedes ya
Ciega entender por tí misma,
Lo tienes que preguntar.

Aparta, cuervo engraido,
Que pavoneándote vas
Con las plumas que recoges
En pos de la garza real.

La Critica. ¡Oh, si vosotros quisierais
Al corazón engañar,
Mas yo quiero recordaros
Algo de la realidad.

Homero, tú que cantando
Hiciste á Grecia inmortal,
Para alimentarte en Grecia
Tuviste que mendigar.

Virgilio, tus ricos cantos,
Que á Homero te hacen igual,
Son el incienso que el César
Te hizo á sus plantas quemar.

Cervantes, la misma tierra
Que ahora estatuas te da,
Miserable y calumniado
Te vió morir sin piedad.

Ni Shakspeare vigoroso
Ni Calderon...

Cerv. Basta ya;
Mi patria es grande y no puede
Ni confundir ni olvidar.

(*Música lejos.*)

Virg. ¡Silencio! ya resuenan los himnos
inmortales

A cuyo justo y santo y poderoso són

Sus quicios de oro rompen las puertas celestiales,

Y al Genio dan camino por su imperial mansion.

Hom. Desciende, de tu gloria la frente coronada,
Baja á la arena olimpica, ¡oh atleta triunfador!

Ven á dejar tu lira sobre el laurel colgada,
Cuya tranquila sombra te enjugará el sudor.
Shaksp. Cantor de los misterios que ciega no comprende

De Grecia ni de Roma la inspiracion gentil,
Los ojos á tu origen divinizado tiende,
Tú tienes en tu patria un trono de marfil.

De Dios siendo en la tierra la soberana hechura,
Derechos inmortales tenemos hácia él;
Ven á gozar tu gloria sobre la lumbrera pura
Que radia su semblante y entolda su dosel.

Cerv., á la Critica. Y tú que nunca descansas
Y que á todos aconsejas,
Ven á presenciar su gloria,
Si con su gloria no ciegas.

Hoy que le conoce España,
Y que grande le confiesa,
En la divina familia
De los inmortales entra.

Y aquí del mezquino mundo
Las tempestades no llegan,
Ni de la envidia los dardos
Emponzoñados penetran.

Que las estrellas no alumbran
Por donde el sol reverbera,
Ni suben las golondrinas
Donde las águilas vuelan.

Vé á contar esto á la España,
Y si su amor les conserva
A los hijos que la ilustran
Con sus armas ó sus letras,

Ni necesita estrangeros
Que la enseñen, ni defiendan,
Ni ha de faltarla lidiando
La libertad, ni la tierra.

La Critica. Si que la diré...

ESCENA ULTIMA.

APARECE EL REPOSO, Y DESAPARECEN
HOMERO, VIRGILIO, SHAKSPEARE Y
CERVANTES POR SUS CORRESPONDIENTES
APARIENCIAS.

El Reposo. ¡Silencio,
Critica! tus labios sella,
Venda tus ojos, y escucha
De rodillas muda y ciega.

HIMNO.

CORO.

Las aguas del olvido
Por tí no pasarán;
Los que á su gloria suben
Jamás descenderán.

Sin miedo de los siglos al insolente encono
Ostenta ya tu frente ceñida de laurel:
Tu nombre es infinito, tu féretro es un trono,
Y tú solo descienes para reinar en él.
Las aguas, etc.

Tú puedes ver el alba nacer junto á tu frente;
Tú puedes con las nubes por los espacios ir:
Tu gloria es mas brillante que el sol en el oriente,
Mas grande que los tiempos tu inmenso porvenir.
Las aguas, etc.

El mundo rueda henchido de ardientes creaciones
Que de tu mente rica la inmensidad lanzó;
Y el aura vaga llena de los brillantes sonos
Que de tu sacra lira la inspiracion brotó.
Las aguas, etc.

Los astros y los montes, las aguas y los vientos,
Las fieras de la selva, los peces de la mar,
Vinieron convocados al són de tus acentos
De Jehová infinito las glorias á cantar.
Las aguas, etc.

Y montes, aguas, astros, y peces, aire y fieras,
Recuerdos de tu gloria sin término serán;
Y en las remotas playas y edades venideras
Por dó se encuentre vida tus cantos vivirán.
Las aguas, etc.

Ven á ocupar tu trono, rey harto de victoria,
Ven á tomar tu lira, ¡oh ardiente serafín!
Y beberás eterno las aguas de la gloria
Delante del santuario del que será sin fin.
Las aguas, etc.

Que del Genio á quien su patria
Agradecida venera,
Donde le labran su tumba
Su Apoteosis empieza.
(*Transformacion magnífica de Apoteosis al són de un himno triunfal á órgano y orquesta.*)

La Critica de rodillas; en un pedestal decorado con insignias de triunfo la sombra de Don Pedro Calderon de la Barca, de cuerpo entero, coronada de laurel, y mostrando la cruz de Santiago, de cuya órden fué caballero. A la derecha un símbolo de los Autos Sacramentales en una alegoría que remata con la cruz, y sembrada de palmas, en cuyas hojas se leen los títulos de los mejores Autos.

La nave del mercader.
La divina Filotea.
La cena de Baltasar.
Las espigas de Rut.
El laberinto del mundo.
El divino Orfeo.

La cura y la enfermedad, etc., etc., etc.
A la izquierda otra alegoría coronada por el Amor y orlada de atributos profanos, donde se leen títulos de las mejores comedias de Calderon.

La dama duende.
La vida es sueño.
La niña de Gomez Arias.
El escondido y la tapada.
El jardín de Falerina.
La devocion de la cruz.
El alcalde de Zalamea.
Las tres justicias en una.
El mágico prodigioso.

A secreto agravio secreta venganza.
Casa con dos puertas mala es de guardar.
El pintor de su deshonor, etc., etc., etc.
Al pié de las alegorías los genios y coros correspondientes que han de cantar el himno de Apoteosis, y los bailarines, cuya primera figura será quedar formando con guirnaldas ó cosa equivalente, y cada cual con su letra, el nombre de CALDERON.)

EL MOLINO DE GUADALAJARA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

AL SEÑOR
DON ANTONIO DE ORFILA
EN PRENDA DE AMISTAD.

JOSÉ ZORRILLA.

Guadalajara, setiembre 30 de 1843.

PERSONAS.

DOÑA JUANA DE VILLENA, condesa
de Trastámara.
PEDRO CARRILLO, escudero de su
real casa.
JUAN PEREZ.
LUCAS RUIZ.

LUCIA.
GIL DE MARCHENA.
TERESA.
GARCIA.
TRES BALLESTEROS QUE HABLAN.
SOLDADOS.

La escena pasa en el acto segundo y tercero en el castillo de Alcalá la Vieja, y en el primero y cuarto en el molino de Guadalajara, en el mes de diciembre de 1837 de nuestro Señor Jesucristo.

ACTO PRIMERO.

Interior de la habitación de Lucas en su molino de Guadalajara, con puerta en el fondo y otra á la izquierda, ventana á la derecha, mesa, taburetes, costales y demás utensilios propios del lugar de la escena.

ESCENA PRIMERA.

LUCAS, LUCIA.

Lucas. Pero por fin, vamos claros,
No me zumbes las orejas;
Lucia. ¿de qué te quejas?
¿De qué nacen tus reparos?
Lucia. De que ya en el pueblo entero
Tanto de vos se murmura...
Lucas. ¡Bah! Lucia, envidia pura
De mi suerte y mi dinero.
Lucia. Dicen que lo ganais mal
Y que oro de infamias fruto...

Lucas. Quien lo desprecia es un bruto
Digno solo de un ramal.

Lucia. Mas yo que estoy escuchando
Tales cosas todo el dia...

Lucas. Si no anduvieras, Lucia,
Por el pueblo pindongueando
Poniéndoles buena cara
A todos esos galopos
Que te echan cuatro piropos,
A fé que no te me alzara
De cascos murmuracion
Tan necia.

Lucia. Sí; mas ya veis,
Tales cosas diz que haceis...

Lucas. Vamos, y ¿qué cosas son?
Lucia. Pues, señor, echando fieros
Contra vos, dicen que pasa
De raya, y que es vuestra casa
Caverna de bandoleros.

Lucas. Que vengan, pues, si se atreven
A asaltármela, que vengan,

Que yo haré que encima tengan
Mucho tiempo lo que lleven.

Lucia. Dicen que vos, siendo de antes
Buen amigo y compañero,
Sois ahora ruin, pendenciero,
Y uno en fin de esos tunantes
Que han dejado desiduosos
La hoz, el bieldo y la azada
Por la ballesta y la espada
Como unos facinerosos.

Lucas. Lo que duele á esos bergantes
Es el que yo en mi molino
No les dé por largo el vino
Y las comilonas.

Lucia. Antes
Se quejan de que eso hagais
Con esos otros bribones,
Bandoleros y matones,
Con quien dice que os juntais.

Lucas. ¡Qué mal su envidia se tapa,
Lucia!... Mas con talento
Obra quien consulta al viento
Para ponerse la capa.
Me envidian que un gran señor
Elegido me haya á mi
Para establecerme aqui
Teniéndome por mejor.
¿Y yo por esos pelgares
Lo tengo de despreciar?
¡Qué locura! mas, Lucia,
Entiéndelo tú, hija mia;
Este es tiempo militar
De batallas y de azares,
Y en él son los militares
Los que tienen que medrar.

¿De qué le sirve al paisano
El cuidar de su cosecha,
Si para soldados echa
En sus paneras el grano?
¿Y si ellos lo han de comer
En cuanto el hocico asomen,
No es mejor de los que comen
Que de los comidos ser?
Yo hambreada con la azada
En casa ajena, Lucia,
Y hoy sobra el pan en la mia
Con la ballesta y la espada.
A la espada, pues, me atengo,
Pues bien con ella me va;
Y déjala como está,
Que á que murmuren me avengo.

Lucia. En verdad que, bien mirado,
Señor, no os falta razon,
Y no me da á mi aprension
De que seais medio soldado,
Sinó que tengais por eso
Que tratar con unas gentes...

Lucas. ¡Bah, miedos impertinentes!

No te devales el seso
Por mis amigos, Lucia,
Que el rey con ellos me puso,
Y cuando el rey lo dispuso,
Bien supo lo que se hacia.
Yo te quiero, y ya lo ves,
Cumpliendo mi oficio voy.
Y holgura con él te doy,
Con que bien haya cual es
Bueno ó malo : y ademas,
Pensándolo con acierto,
¿Si cuando tu padre ha muerto
Dejándote á ti detrás
De él, dime, yo hubiera sido
Como antes un rapador
De quijadas, mi favor
De qué te hubiera servido?
Él se murió en la pobreza,
Y al encomendarte á mi
¿Qué hubiera yo hecho por tí?
Rapar con mas ligereza
Por la prisa de ganar,
Y tenerte gorda y maja
Para oírte á tí achacar
El fruto de la navaja.
¡Oh á Lucas le va muy bien!
Dirian... y huelga y goza...
¡Como que una buena moza
Le ayuda á rapar tambien!
Y ya ves que esto era cosa
De dar en mil ocasiones
Para andar á mogicones
Con toda la gente ociosa.
Y por fin, dime, muger,
¿No es mejor, no vale mas,
Estar como ahora te estás
Sin tener nada que hacer
Con criada que te lave,
Guise, sirva y adereze
Y como vivir merece
Muger que gozarlo sabe
Tan bien como una condesa,
Que no al sol, al agua, al frio,
Ir á la fuente y al rio,
Poner la lumbre y la mesa?
¿No vale mas bien vestida
Ir y mirarse envidiada,
Que no andar desaliñada
Y verse desatendida?
¿No es mejor tener pan tierno,
Caza y vino puro y sano,
Buena cama en el verano,
Buena lumbre en el invierno,
Y ver colgados al humo
En la anchurosa cocina
El chorizo y la cecina
Para tu propio consumo,
Que no morder de una hogaza

Mas dura que el zancarron,
 Y dormir en un jergon,
 Y alumbrarte con linaza,
 Y estar harta de trabajos,
 Y andar pidiendo mohina,
 Medio pan á una vecina
 Y á otra vecina dos ajos?
 Con que así sé racional,
 Y sin ver de dónde viene,
 Por la cuenta que te tiene
 Goza en paz tu buen caudal,
 Que es lo que á ambos nos conviene.
 Mas calla, que siento ruido
 En el puente de madera
 Que da al camino.
Lucia. Sin duda,
 Señor, que es gente que llega.
Lucas. ¡Quién diablos será á estas horas?
 (Llaman recio dentro con aldabonadas
 y voces.)
Lucia. Y es que traen una manera
 De llamar...
Lucas. Y si les dejo
 Me van á rajár la puerta.
 (A la ventanilla.)
 ¡Quién es?
Voz, dentro. Abre.
Lucas. Es mala hora.
 ¿Qué se os ofrece?
Voz, dentro. Abre aprisa,
 Rapista de los demonios,
 Que está nevando.
Lucas. ¡Ah troneras!
 No os había conocido!
 Allá voy. Llama á Teresa,
 Lucia, y vete allá dentro,
 Que no quiero que te vean
 Esos amigos.
Lucia. Eso es:
 Siempre como monja en celda
 Me haceis estar, sin dejarme
 Que con nadie me entretenga.
Lucas. Son mala gente, Lucia;
 Unos demonios con lengua
 Que en beber y blasfemar
 Se pasan la vida entera.
 Vete, vete, haz lo que digo.
Lucia. Maldita sea su tutela. (Vase.)
 (Entra Lucas á abrir á los que llaman y
 vuelve con ellos.)

ESCENA II.

LUCAS, TRES BALLESTEROS.

1º Ball. Vamos, Lucas, saca un jarro
 Para remojar la lengua
 Y entrar en calor.

2º Ball. Si, sí,
 Que hace un frio que penetra.
Lucas. Voy, voy, pero ¿qué ml rayos
 Traeis aquí?
 1º Ball. Grandes nuevas.
 2º Ball. Pero despues de beber
 Te las diremos.
Lucas. Pues, ea,
 Aquí hay con que calentaros;
 Arrimaos á esa mesa.
 1º Ball. Sentarse pues, camaradas,
 Y escancia.
 2º Ball. ¿Y Lucigüela?
Lucas. Ya está en la cama há una hora.
 2º Ball. ¡Qué diablos! pronto se acuesta.
Lucas. Como hace frio...
 2º Ball. Voz corre
 De que te casas con ella.
Lucas. Bachillerias del vulgo.
 2º Ball. Pues lo dan por cosa cierta,
 Y en verdad que harás muy bien,
 Porque moza mas apuesta
 No la hay en Guadalajara.
 1º Ball. Va á ser una molinera
 Famosa; á su salud, Lucas.
Lucas. Bebed y dejadla quieta.
 1º Ball. ¡Zeloso de Barrabás!
Lucas. Pues iba á hacer una buena
 Boda... La dejó su padre
 Con sus sayas por herencia
 Como Eva en el paraíso;
 Y si no la recogiera
 Yo, se habria muerto de hambre
 Como su padre, á quien tenga
 En su gloria Dios.
Los tres. Amen.
 2º Ball. ¿Con que es decir que prosperas
 Con tu molino, pues andas,
Lucas. recogiendo huérfanas?
Lucas. Sí, sí: hizo una hombrada en dár-
 mele
 Nuestro capitan Marchena.
 1º Ball. Pero, hombre, desde barbero
 A molinero va inmensa
 Distancia, y es imposible
 Que arrégles bien la molienda.
Lucas. En verdad que no, Martín,
 Pero corre la moneda
 Del capitan, y se vive
 Tal cual.
 3º Ball. Me han dicho que piensas
 Traer aquí á tu sobrino
 De Alcalá.
Lucas. Creo que en esta
 Semana esté aqui.
 3º Ball. Gran mozo.
Lucas. Yo no le he visto siquiera
 Una vez; pero me han dicho

Que el muchacho es una hacienda.
 3º Ball. Como quiera trabajar,
 No se hallará en once leguas
 A la redonda quien lo haga
 Mejor.
 1º Ball. Pero es una pieza
 Que ya.
Lucas. ¿Cuántos años tiene?
 3º Ball. En los quince raya apenas;
 Un chico cachigordete
 Y como una primavera
 De guapo, pero mas malo
 Tampoco le hay.
Lucas. Yo en carrera
 Le haré entrar, y con el tiempo
 Le sentará la cabeza.
 Le espero de un dia á otro,
 Mas á lo que importa; nuevas
 Traeis, ¿cuáles son?
 1º Ball. Para oirlas
 Abre todas tus orejas,
 Lucas.
Lucas. Menos zarandajas
 Y al grano.
 1º Ball. Vuelve la guerra
 Con Aragon á empezarse.
Lucas. ¡Demonios! ¿pues y las treguas
 De un año?
 3º Ball. ¡Bah, ya están rotas!
Lucas. ¿Y quién las rompió?
 1º Ball. ¡Qué flemá!
 Ellos ó nosotros, Lucas;
 Todo es una cosa mesma.
 Lo cierto es que ahora en Castilla
 Se está temblando la tierra
 Con un pregón de Don Pedro.
Lucas. ¿Y qué dice?
 1º Ball. ¡Friolera!
 Ahí lo tienes, lee y verás.
Lucas. Pues ¿qué te has creído, bestia,
 Que he perdido yo mi tiempo
 En sacristias ni escuelas?
 1º Ball. ¿Pues qué no lees?
Lucas. Ni palote.
 1º Ball. Pues siento á fé que no puedas
 Apreciar los ringondangos
 De una escritura como esta.
Lucas. Vamos, lee, lee.
 1º Ball. Pues atiende,
 Que dice de esta manera:
 (Lee.) « Nos el rey Don Pedro, primero de
 « Castilla, habiendo sabido que nuestro
 « hermano Don Enrique, conde de Tras-
 « tamara, se ha desnaturalizado de nues-
 « tros reinos, y hecho pleito homenaje de
 « ser perpétuamente vasallo del rey de
 « Aragon nuestro enemigo, juntándose
 « con sus huestes para hacernos la guerra,

« hemos venido en declararle rebelde y
 « traidor á su rey y señor natural: y le
 « desposeemos de cuantas tierras y ho-
 « nores hubo en Castilla, asi como á to-
 « dos sus servidores: quedando todos con
 « él condenados á la última pena donde
 « quiera que sean habidos. Lo cual hace-
 « mos saber y pregónar en nuestros rei-
 « nos para que ningún vasallo nuestro
 « les ampare, ni encubra, ni ayude, con
 « pretesto ni ocasion alguna, pena de
 « perder haciendas y vidas por ampara-
 « dores de rebeldes y traidores, etc.»

1º Ball. ¿Qué tal?
Lucas. Soberbio pregón.
 3º Ball. Ahora si que nos llega
 Nuestro San Martin. ¡Qué lances
 Vamos á echar!
 2º Ball. ¡Qué quimeras
 Con los enriqueños!
 3º Ball. Chicos,
 Sobre el que dinero tenga
 Firme; enriqueño ha de ser
 Quien lo tiene y no lo suelta.
Todos. Por supuesto.
 1º Ball. Pero, Lucas,
 Aun hay cosa que de cerca
 Te toca.
Lucas. ¿Y es?
 1º Ball. Que esta noche
 Viene el capitan Marchena
 A hospedarse en tu molino
 Y con una dama.
Lucas. ¿Esta
 Noche?
 1º Ball. Esta noche.
Lucas. ¿Y te estabas
 Con esa calma?
 2º Ball. No hay prisa;
 No hará mas que reposar
 Un momento.
Lucas. ¿Y quién es ella?
 1º Ball. Nadie lo sabe mas que él;
 Hay quien la hace la condesa
 De Trastamara.
Lucas. ¿La esposa
 De Don Enrique?
 3º Ball. Pamema,
 Lucas; es cosa del rey.
Lucas. ¿Y adónde diablos la lleva?
 1º Ball. Al castillo de que es dueño
 Ahí en Alcalá la Vieja.
Lucas. ¿Viene á Alcalá el capitan?
 3º Ball. Y á mandar toda esta tierra.
 2º Ball. No le arriendo la ganancia
 Si va al castillo.
 3º Ball. Consejas

Lucía. ¿A volver
Vas á servir?
Juan. ¡Puede ser!
Tengo á ese hombre que servir
Y que cuidar mientras dure
Su mal.
Lucía. ¿Y qué mal le acosa?
Juan. Mil juntos, mas no son cosa
De que imposible es que cure.
En tanto no es grande afán
Si ayuda mi buen oficio
Engancharme en el servicio
De mi antiguo capitán.
Mas como aquí cada uno
Por su solo bien se afana,
No cierres esa ventana,
Pues tengo por oportuno
Si me manda que le siga
Que dé la vuelta un momento,
Y lo que importa á mi intento
Y lo que has de hacer te diga.
Lucía. Pues bien; si veo que partes,
Cuando todo en sueño esté
Sumido, te esperaré.
Juan. Bien; y ni un pelo te apartes
De mis instrucciones.

Lucía. Fia,
Juan. ¿mas con ese qué hacemos?
Juan. Conviene que le dejemos
Hasta que lleguen, *Lucía*,
Pues tal vez si á compasión
Marchena se mueve al verle,
Mas conseguiré tenerle
Propicio en esta ocasión.
Lucía. Como tú quieras.
Juan. Ya siento
Pasos.

Lucía. Sí, cruzan el puente.
Luz, luz... *Juan.* esta es su gente.
Juan. Dios ponga en mi lengua tiento.

ESCENA VIII.

PEDRO, SENTADO Y ESTUPIDO COMO SIEMPRE;
JUAN, LUCIA; LUCAS, ALUMBRANDO AL
CAPITAN GIL DE MARCHENA.

Lucas, á Marchena. Descansad aquí entre
tanto.
March. Di que alumbren allá fuera,
Y que acerquen la litera.
Lucas. Está bien... ¡mas por Dios santo!
¿Así estais, Juan?
(*Pedro cierra los ojos y dobla la cabeza
como accidentado.*)
Juan. Aquí estoy,
Que un accidente...

March. Este Juan...
¡Perez!
Juan. ¿Señor capitán!
March. ¿Eres tú?
Juan. Yo mismo soy.
March. Por san Ginés, ya por muerto
Llorado te bemos aquí.
Juan. Muy cerca de ello me vi,
Señor.

March. Me alegro por cierto
De verte. ¿Y dónde has estado
Que á mi pendon no has corrido?
Juan. Prisionero me han tenido
Hasta que ocasion he hallado
De fugarme.
March. ¿Y cómo?
Juan. Estaba
Con uno que me guardaba
Para morir maniatado,
Cuando ese hombre, que conmigo
Partía mis desventuras,
Me cortó las ligaduras
Con que me ató el enemigo.
Yo en cuanto libre me vi
Al centinela maté,
Y á ese buen hombre pagué,
Sacándole tras de mí.

March. ¿Quién es? (Sombrio.)
Juan. Víctima inocente
De esos fieros enriqueños,
Que instalándose por dueños
De su hacienda y de su gente
A su muger y á sus hijos
A su vista degollaron:
Y, en fin, tal le maltrataron
Que tormentos tan prolijos,
Señor, le han hecho caer
En tan lastimoso estado,
Que si no es de otro ayudado
Ya ni aun se puede mover.

Lucía. Ya vuelve en sí.
Juan. Son vahidos
Que le dan continuamente.
Lucía. Crei que era otro accidente.
Juan. No está el pobre en sus sentidos
March. Percances son del furor
De la guerra. (A *Pedro.*) ¡Eh! ¿cómo va?
(*Pedro le mira, se sonríe estúpidamente
y no responde.*)
Juan. Sordo y estúpido está.
March. ¡Sordo!
Juan. Y demente, señor.
March. ¿Y dó piensas ir con él?
Juan. A vos, si me dais licencia
De cuidarle en su dolencia
En vuestro castillo.
March. Fiel
Del rey Don Pedro al pendon

Te has mantenido, *Juan*: bien
Mereces el parabien.
Aprieta. (Le da la mano.)
Juan. De corazón.
March. Siempre leal me has servido
Y tu pérdida sentí:
Mas hoy que vuelves á mí,
Perez, no hay nada perdido.
Está hecho nuestro negocio:
Ciñete otra vez las mallas,
Y á abrigo de mis murallas
De Alcalá, días de ocio
Tendrás conmigo, que ahora
No tendremos mas que hacer
Que guardar á una muger.
Juan. ¿Por presa va?
March. Y por señora:
Aquí esta. — Silencio.

ESCENA IX.

MARCHENA, JUAN, PEDRO (COMO SIEMPRE);
LUCIA, A UN LADO; DOÑA JUANA, CON
MANTO Y VELO, ALUMBRADA POR UN HACHON
QUE TRAE LUCAS, Y GUARDADA POR SOLDADOS
QUE QUEDAN DE LA PARTE DE AFUERA
DE LA PUERTA.

March. Entrad,
Señora: en este aposento
Descansareis un momento
En calma y seguridad.
A los caballos la silla
No quiteis; que pues despeja
La noche y la luna deja
Ver la senda de la villa,
En elevándose mas
Seguiremos el camino
De Alcalá.
Juana. ¿Es este molino
Vuestro?
March. Y vuestro, si quizás
Su posesion os agrada.
Juana. ¿A qué tan cortés conmigo,
Cuando venis mi enemigo
Trayéndome custodiada?
March. Es la voluntad del rey
Que nada os niegue, y por Dios
Que aquí quien manda sois vos:
Vuestro capricho es mi ley.
Juana. Mas si os dijera: A mi esposo
Enviadme...
March. Eso no lo hiciera
Por no perder yo siquiera
Depósito tan precioso.
Juana. ¿Y dó vamos?
March. A Alcalá.
Juana. ¿A vuestro castillo?

March. Si.
Juana. ¿Me vais á encerrar allí?
March. A aposentaros.
Juana. Quizá
No me reciban muy bien
Los huéspedes invisibles
Que le habitan.
March. ¿Tan risibles
Consejas creéis tambien?
Juana. ¿Qué queréis, Gil!
March. Bien está:
Lucas, ve que el tiempo apura;
Haz servirnos algo y pronto. —
Vé tú á cuidar de la gente,
Martin. (A uno.)
(A *Juan.*) Y tú de ahí en frente
Aparta á ese pobre tonto.
(Vanse *Lucía* y *Lucas* por la izquierda:
los soldados por el fondo.)

ESCENA X.

DOÑA JUANA, MARCHENA, JUAN,
PEDRO CARRILLO.

Juana. ¿Quién es ese hombre, *Marchena*?
Juan. Es un infeliz lisiado
Que la vida me ha salvado.
March. Y su caridad le ordena
Pagarle ese buen servicio
Cuidándole.
Juan. Es la verdad.
Juana. Tu generosa bondad
Muestra bien tal beneficio,
Mancebo, y si mi favor
Te puede en algo servir,
Desde hoy puedes acudir
A mi sin ningun temor:
En tanto si oro te falta...
Juan. Dispensad, todo me sobra,
Que harto rico es quien bien obra.
Juana. Y mas la virtud resalta
En quien como tú así obrando
Con sus obras se contenta.
Juan. Dios lo tendrá en buena cuenta.
Juana. ¿Y te llamas?
Juan. Juan Ferrando
Perez.
March. Basta; llevale,
No canses á esta señora
Con desvarios ahora.
Juana. Dejadle, Gil, que se esté.
March. Ya ese soldado es molesto,
Y por demas compensado
Va quien obra como honrado.
Juana. Me agrada por lo modesto,
Marchena; aunque prisionera
Del rey ó de vos estoy,

Ann puedo como quien soy
Favorecer á quien quiera. —
¿Hidalgo? (A Pedro.)
Juan. Es sordo, señora.
Juana. ¿Y á mas del todo lisiado?
Juan. Los brazos solo ha salvado.
(Llega junto á Pedro. Este la mira y se
rie.)
Ped. Mu-muy bo-bonita.
March., amostazado. Es hora
(A la condesa.)
De que tomeis alimento. —
Llévale ya. (A Perez.)
(Pedro, que ha seguido riéndose y mirando
á Doña Juana, acrece su risa estúpida,
y levantando un brazo, la señala con el
dedo al rostro haciéndola así reparar en
un grueso anillo que llevará Pedro en
el dedo índice.)
Juana. ¡Cielo santo!
¡Su anillo!
Ped. E-es u-un encanto. (Riendo.)
Juana. ¡Es él! ¡qué presentimiento!
March. Vamos, que rápido pasa
El tiempo y necesitamos
La noche entera.
Juana. Sí, vamos.

ESCENA XI.

DICHOS; LUCAS, CON PLATOS, ETC.

(Se sienta Doña Juana.)
Lucas. Aunque harto pobre y escasa
Para quien vos sois mi cena,
Con cumplida voluntad
Os la presento.
Juana. Acercad,
Juan, á ese hombre.
March. Ved...
Juana. Marchena,
Dios con ser Dios se sentó
Con los pobres á la mesa.
(Juan sienta á Pedro á la mesa.)
March. Vuestra nobleza, condesa...
Juana. Mas noble era Dios que yo.
March. (Maldita tanta llaneza.)
¿Lucas?
Lucas. ¿Señor?
March. Ven aquí:
(Se apartan á un lado.)
Te llevo al castillo.
Lucas. ¿A mí?
March. A tí. ¿A qué es esa estrañeza?
Lucas. Yo, capitán, nada estraño.
March. Mejoraré tu destino,
Que ya há que en este molino
Te enjaulé por mas de un año:

Encarga de él á quien quieras,
Y mañana en Alcalá
Te aguardo.
Lucas. Muy bien está.
March. Y oye, de todas maneras...
(Hablan en secreto.)
Ped., á Doña Juana. (¿Reconocéis este
anillo?)
Juana. (Sí; ¿quién sois?)
Ped. (Ahora no sé,
Pero pronto os lo diré.)
Juana. (¿Cómo? ¿dónde?)
Ped. (En el castillo
De Alcalá.)
Juana. (Dios, ¡qué imprudencia!)
Ped. (Tened mejor esperanza,
Que todo acaso se alcanza
Con audacia y diligencia.)
Juana. (Pero...)
Ped. (Silencio.) Ju-uan,
Vi-ino.
Juan, á Pedro sirviéndole. Que os va á
hacer daño.
Ped. Sí, lu-uego el ba-baño...
Juana, á March. Vamos, señor capi-
tán,
Llegad también.
March. Yo soldado
Soy y sóbrio.
Juana. Ved, Marchena,
Que sospecharé de cena
En que no probeis bocado.
March. Uno solo tomaré.
Juana. Eso hacemos los demas.
March. Que ¿sospechareis quizás?...
Juana. De vos todo.
March. Es mala fé.
Juana. ¿No sois vos mi carcelero?
¿No es Don Pedro mi enemigo?
Venganza pues ó castigo
Es lo que de ambos espero.
March. ¿Qué hacer? es vuestro destino
Quien ponga á la saña dique
Ser del conde Don Enrique.
Juana. ¡Vino á España otra vez!
Ped., dando en la mesa con el vaso.
Vino.
(Marchena y Doña Juana se vuelven á
él, que sigue impávido. Juan le escan-
cia.)
March. y Juana. ¿Eh?
March. Creí ¡voto á su casta!
Juana., á March. Decid.
March. Se ha entrado imprudente
Por Aragon; mas su gente
No basta contra el rey.
Ped., á Juan con el vaso. Basta.
March. ¿Eh?

Juana. ¡El infeliz cuál se ceba!
Juan. Es que tiempo há que no toca
Cosa caliente su boca
Y que tal licor no prueba.
Juana. ¡Desdichado!
March. Es tiempo ya
De partir.
Juana. Vamos.
March. A tí
Mañana te aguardo.
Lucas. Allí
Iré.
March. Juan, baja á Alcalá,
Y pues tan caritativo
Te has vuelto, allí llevalé,
Que asistirle mandaré.
Juan. Y tal órden os recibo
Como un favor eminente.
Un Ballestero, que entra. Capitan, ya
todo espera.
March. Pues que acerquen la litera
Y que cabaigale la gente.
Juana. Villanos, que Dios os guarde.
(Vase.)
March. ¿Con que vosotros á qué hora
Pensais partir?
Lucas. Con la aurora.
March. Pues que mas no se retarde,
Que no os pesará á los dos
Si atais la lengua de corto.
Lucas. Mi dueño, señor, sois vos.
Juan. Lo que es yo, mediante Dios,
Ya vereis como me porto.
(Vase Marchena, y Lucas le alumbrá que-
dando de la parte afuera de la puerta.
Juan vuelve á bajar á la escena, y ha-
blan Pedro y él en secreto los cuatro
primeros versos de la escena siguiente,
reponiéndose y disimulando á la salida
de Lucas.)

ESCENA XII.

JUAN, PEDRO, LUEGO LUCAS.

Ped. Juan, bien lo has hecho.
Juan. Señor,
El alma tuve en un hilo.
Ped. Pues ya ves que va tranquilo.
Juan. Pedro, tiento.
Ped. Juan, valor.
(Entra Lucas.)
Juan. Lucas, que sea en hora buena.
Lucas. Me sopla á fé la fortuna.
Juan. De hoy marcharemos á una.
Lucas. Si, mas veamos la cena.
¿Lucía?

Lucía, dentro. Voy.
Lucas. A cenar,
Que hay que madrugar mañana.
Juan. Y por Dios que tengo gana
Tus colchones de pillar.

ESCENA XIII.

DICHOS, LUCIA.

Lucía, saliendo. Aquí está.
(Pone en la mesa un plato.)
Ped., bebiendo. Bu-en vi-ñillo,
Ju-an.
Lucas. ¡Vaya el lisiado
Y qué bien que se ha achispado!
Ped. Al vu-uelo las pi-pillo.
Lucas. Pardiez, ya lo veo, y buenas.
Juan. Así sus penas ahoga.
Lucas. ¿Porqué no coge una sogá?
¡Vaya un modo de ahogar penas!
Ped. ¡Mu-muy bo-onita!
(Mirando á Lucía.)
Lucas. ¡Eso mas!
Ped. Y mi-entras han e-estado
(Imita con la lengua y la mano el ruido
y la accion de volver una llave.)
Cris, cras... la ha gu-ardado. (Riendo.)
Juan. ¿Lo oyes? (Riendo.)
Lucas. ¡Ya! Mas, por san Diego,
¿Quién ha abierto esa ventana?
(Va á cerrarla y mientras hablan Juan
y Lucía.)
Lucía, á Juan. (¿Vas al castillo?)
Juan, á Lucía. (Mañana.)
Lucía, á Juan. (Pues hasta luego.)
Juan, á Lucía. (Hasta luego.)
Lucas. ¡Ja, ja, ja! Va á dar de panza
Diez veces de aquí á la villa.
Juan, con sorna. ¡Quiá! Si en viéndose
en la silla
Va mas tieso que una lanza.
Ped. Vi-ino, Ju-uan.
Lucas. Ya está chispo.
Juan, á Pedro. ¿Y las piernas, qué
áítrán?
Ped. Me tendré como un obispo
Mañana. Vi-ino, Ju-uan.
(Bebe, y los otros sueltan grandes carca-
jadas, y cae el telon.)

Ped. Pe-pero oid-me, tra-ae...
Lucas y Juan. ¿Qué?
Ped. Tra-tras en la u-ña
 Un anguillon de Ta-ajuña
 Que-que en cuanto lle-egue cae.
Lucas. ¡Y que él lo dispone luego!
Ped. Y le hago na-adar en vi-ino
 Y ma-mato á mi-l so-obrino
 Y po-ongo al mo-lloo fuego. (Se rie.)
Lucas. ¡No quiere hacer mal pastel!
 Comerme la anguila, y luego
 Pegarme al molino fuego,
 Y asesinar á Gabriel.
 Y se rie el muy caribe.
Juan. En fin, Lucas, acabemos.
Lucas. Si, si, Juan: bromas dejemos
 Y vamos á lo que escribe
 Lucia; á buen tiempo llega
 Gabriel, porque desde hoy
 Del castillo alcaide soy.
Juan. Y es empleo que te pega
 Y te doy el parabien.
Lucas. Saben que amigos sinceros
 Fuimos siempre, y compañeros
 Nos hacen.
Juan. ¿A mí tambien
 Me han hecho alcaide contigo?
Lucas. Yo me ofrecí diligente
 A velar por nuestra gente
 Solo con un buen amigo,
 Y como á tal te elegí.
Juan. Gracias.
Lucas. La gente de guerra
 Que nuestro castillo encierra
 Es poca, y fuerza es que aquí
 Descanse, pues sosegado
 Todo está; con que desde hoy
 Dejo, Perez, el molino
 A cargo de mi sobrino,
 Y tu camarada soy.
 Solos la torre tenemos
 Que en el patio grande se halla,
 Y de vista en la muralla
 Un centinela tendremos.
Juan. Es muy justa esa cautela.
Lucas. Lo cual da, si bien se hilla,
 Que nos cenemos la anguila,
 Y que haya una francachela.
Juan. La acepto.
Lucas. Pues la tendremos.
Juan. Adios, Lucas.
Lucas. Adios, Juan.
 (Nos veremos, seor galan.)
Juan. (Seor alcaide, nos veremos.)

ESCENA V.

JUAN, PEDRO.

Juan. ¿Oisteis?
Ped. Y he comprendido
 Su traidora precaucion.
Juan. En la boca del leon,
 Señor, nos hemos metido.
Ped. El velará sobre tí
 Y un centinela por él.
Juan. ¿Y la carta de Gabriel?
Ped. Saldrá bien, confia en mí.
 Todo está en la diligencia,
 Y todo estriba en la astucia.
Juan. Mucho el tiempo nos acucia.
Ped. Y nos va, Juan, la existencia;
 Mas silencio... ¡oh! Dios nos tiene
 De su mano en esta empresa;
 ¿Oyes? el caracol viene
 Bajando.
Juan. ¿Quién?
Ped. La condesa.
 Tal vez pueden oportunas
 Conjurar nuestras desdichas
 Cuatro palabras bien dichas.
Juan. El cielo os inspire algunas.
Ped. Como hable yo á Doña Juana
 Fijo en Dios... échate fuera
 Y guárdame esa escalera,
 Y avisa si alguien la gana.
Juan. Por sobre mi pasarán
 Antes.
Ped. No, de ningun modo;
 Fialo á la astucia todo
 Y nada á la fuerza, Juan.
Juan. Entiendo, entiendo.
Ped. Sal pues.
 Yo duermo como un liron
 Hundido en este sillón.
Juan. Ampárenos Dios.

ESCENA VI.

LA CONDESA DOÑA JUANA, PEDRO.

(Doña Juana sale con mucha precaucion.
 Pedro la habla como durmiendo y sin
 cambiar de postura.)
Cond. (El es.
 Los vi desde la vidriera
 Del crucero. — Solo está:
 ¡Tiembo! — ¿Si acaso será
 Un falsario?)
Ped. Ver pudiera
 Algun traidor.
Cond. ¡Ah!

Ped. Señora,
 Oid; mas que estoy enfermo
 No olvidéis, y que aquí duermo.
Cond. ¿Pedro!
Ped. Yo soy; mas ahora
 Oidme por Dios con calma
 Y fingios distraida,
 Porque á ambos nos va la vida.
Cond. ¡Ay! Tengo en un hilo el alma.
Ped. Tres meses hace que os sigo
 De Don Pedro por salvaros,
 Y de aquí vengo á sacaros
 O á morir con vos me obligo.
Cond. ¿Pedro!
Ped. Dejádme acabar,
 Que no hay tiempo que perder.
 ¿Estais dispuesta á arrostrar...?
Cond. Todo, sí; que aunque muger
 Tengo un alma tan entera
 Que no hay princesa en España
 Tan capaz de alguna hazaña,
 Ni de voluntad mas fiera.
Ped. Vais el furor de Don Pedro
 A hacer que se centuplique
 Huyéndoos á Don Enrique.
Cond. Dispuesta estoy, no me arredro.
Ped. Tal vez hay que prescindir
 De vuestra real dignidad.
Cond. No importa.
Ped. Algun vil disfraz
 Endosaros para huir.
Cond. Nada de eso me da pena;
 Inconvenientes son vanos
 Si me sacan de las manos
 De este traidor de Marchena.
Ped. Mas el rey...
Cond. No hables del rey;
 Ninguno aqui se respeta:
 Marchena no se sujeta
 Desde hoy á ninguna ley.
 Y por último, Carrillo,
 Consiento en cualquier baja
 Por escapar con presteza
 De este maldito castillo.
Ped. Señora, me haceis temblar,
 ¿Qué puede pasar aquí
 Que os impela á hablar asi?
Cond. Carrillo, tan gran pesar,
 Tan ignominiosa mengua
 Que doy por huir al instante
 La hermosura del semblante
 Y el caro don de la lengua.
Ped. Ya os comprendo. ¿Y tal baldon
 Osó proponer siquiera?...
Cond. Pedro, mas ¿de qué manera,
 Con cuán taimada intencion!
 No es, Carrillo, mi belleza
 Lo que en mi favor le anima.

Ped. ¿Pues qué es lo que en vos estíma?
Cond. Mi estirpe real; mi nobleza;
 Porque con mano traidora
 Prepara un veneno á Enrique
 Y quiere que justifique
 Su atentado mi hermosura.
Ped. ¡Oh infamia!
Cond. Sueña en poder,
 En coronas y en grandeza,
 Y le hace falta nobleza
 Que le dará una muger.
 Y en supersticiosa fé,
 Espera imperial dominio
 Por no sé qué vaticinio
 En que desde niño cree.
Ped. Sí, sí, os sobra la razon
 Y huir al punto es forzoso
 Traidor tan supersticioso:
 La manera y la ocasion
 Y todo cuanto medito
 Para salvaros vereis
 En ese sucinto escrito
 Que leido quemareis.
 (La alargá un pergamino, que la condesa
 recoge con disimulo.)
 Si aceptais...
Cond. Sí, desde ahora.
Ped. Lo único acaso posible
 Es...
Cond. Todo me es admisible.
Ped. Pues esta noche, señora.
 Y no echéis del corazon
 La conviccion de que es fuerza
 Que se burle y que se fuerza
 La traicion con la traicion.
Cond. Lo sé.
Ped. Pues disimulad,
 Fingid, mentid.
Cond. Fé en mi ten,
 Que no ha de fingir tan bien
 El mas astuto juglar.
Ped. Será en vuestro beneficio.
 Y ahora, señora, yo duermo;
 No soy yo, soy un enfermo
 Sin movimiento y sin juicio.
 (Cierra los ojos y se mantiene sin movi-
 miento, que es en lo que estriba todo el
 carácter y dificultad de esta escena en
 el papel de Pedro Carrillo. La con-
 desá se aparta un poco de él y queda
 apoyada en la baranda de piedra de la
 galería como ajena de lo que por ella
 pasa.)
Cond. ¡Lo que puede su lealtad!
 ¡Tan fiero y tan impaciente,
 Por ella solo consiente
 En tal ficcion y ruindad!
 ¡Yo tambien le imitaré!

Ped. Ya el su-sueño le derriba
Atrás co-omo un pa-anarra :
¡Ja, ja!
Juana. Mas calla, ¿qué veo?
¿Es que yo ya me mareo
O es aquello una guitarra?
Juan. Cabalito.
Juana. Dame acá;
¡Me alegró por santa Prisca!
Una guitarra morisca:
Trae, trae. (La da la guitarra.)
Lucas. Chico, quita allá,
No rompas ese instrumento.
Juana. ¿Qué es romper? panza de coco,
Veréis como en un momento
Os le templo y os le toco.
Lucas. ¿Punteas también, sobrino?
Juana. Ya lo veréis.
Ped. ¿Ta-ambien
Mu-música? Va-va bien.
¡Lo que es beber! Juan, vi-vino.
(Doña Juana toma la guitarra y se dispone á cantar.)

ESCENA V.

DICHOS; MARCHENA, CON RONDA DE BALLESTEROS Y GENTE DE ARMAS, ASOMA POR EL FONDO Y AL OIR PUNTEAR LA GUITARRA SE PARA.

March. (Ni un punto descansaré
En esta noche fatal:
Como espectro sepulcral
En sus sombras rondaré.
¡Si, vagan por mi castillo
Sus espíritus! Lo sé;
Pero en vela aguardaré
Al del último Carrillo.
Acaso esta noche cruel
Le trae de su niebla en pos,
Mas si él me busca, por Dios,
Yo también le busco á él.)
Ped. Siento ruido.
(Aparte á Doña Juana.)
Juana, aparte á Pedro. También yo.
Ped., aparte á Juan. Mira á esa rejilla,
Juan.
Juan, aparte á Doña Juana y Pedro.
¡Dios piadoso! el capitán.
Ped. (¿Ya tembláis?) (A Doña Juana.)
Juana. (Por Cristo, no.)
Ped. (Pues seguid.)
Lucas. Por Dios, sobrino,
Canta, ó la lámpara sopla
Y á dormir.
Juana. Ahí va una copla
De la canción del molino. (Sigue punteando.)

March. ¿Qué es esto?
Un Balletero. Lucas y Juan
Que en alguna francachela
Están dando á la vihuela.
March. Oigamos, que á entonar van.
Juana. (Canta.) Cuando yo á mi molino
Suelto la rueda,
No hay brazo que sus aspas
Pararle pueda.
Que es mi molino
Simbolo de la rueda
De mi destino:
Que va rodando,
Y segun va rodando,
Y harina dando
Que va cayendo,
Monton formando,
Que va creciendo,
Mientras yo en saco blando
Cual soy me tiendo,
Y segun va rodando
Me voy durmiendo.
Que es mi destino
Dejar que ande mi vida
Con mi molino.
Ped. y Juan. ¡Bien!
Lucas. ¡Magnifico, sobrino!
Pero ¡ay! ¿sabes que me encuentro
Como si me hirviera dentro
Todo el agua del molino?
Juan, Ped. y Juana. ¡Ja, ja, ja!
Juana, cantándole. Ese es el vino,
Que os va poniendo
Torpe y mohino;
Porque en bebiendo
Con poco tino,
Como estais viendo,
Al bebedor mas fino
Le va venciendo,
Y segun va bebiendo
Se va durmiendo:
Porque hace el vino
Que rueda la cabeza
Como un molino.
Ped. Yo-o no oigo pe-pelota;
Mas debe ser ca-ancion
So-oberbia.
Lucas. Y con ese són
La cabeza se me embota,
Sobrino... por compasion,
Tu música me acogota.
March. (Polvo que el viento alborota,
Confunde, arrastra y azota,
Las cosas del mundo son:
Ahí algazara y chacota,
¡Y otro á un paso de ahí agota
El caliz de la afliccion!
En fin, velemos por ellos,

Pues pueden gozar así
Algunos instantes bellos
Que no pasarán por mí.)
¿Lucas? (Llamando.)
Juan. (Él es.)
March. ¡Lucas!
Lucas. ¿Quién llama?
March. Yo soy.
Lucas. Mira, Juan,
Quien llama ahí.
Juan. El capitán.
Lucas. ¿El capitán? Está bien;
Mira, asómate, muchacho,
Si es que te tienes, y dile
Que fie en mí y se las guile,
Que estoy un poco borracho.
March. Abrid aquí, ó ¡vive Dios!
Lucas. El que se tenga mas tieso
Que abra ahí.
Juana. Yo voy á eso,
Tío; yo abriré por vos.
(Abre y entra Marchena. Todos le ofrecen sus vasos, y queriendo saludarle, vuelven á caer aplomados en sus sitaliaes. Pedro se manifiesta entre borracho y loco.)
March. ¿Qué es esto?
Lucas. Mi capitán,
Ya llegais tarde, y lo siento,
Pero no importa; tú, Juan,
Lárgale un vaso, jumento.
Todos. Aquí está el mio.
Ped. To-omad
U-un tra-ago, señor,
Que-que es mu-uy bu-en li-icor.
March. Debe de serlo en verdad.
Segun os ha puesto á todos.
(¡Mas juntos en tal lugar!...)
Lucas. No teneis que cavilar
Ni mirar con malos modos,
Capitán; ese muchacho
Es Gabriel, es mi sobrino,
Que os va á cuidar el molino
Perfectamente borracho.
March. ¡Ah! entiendo.
Ped. ¿No-o be-beis?
Pro-probadlo: es li-icor
Que-que quita el dolor
De muelas... ¿cuántas teneis?
Juana. Señor capitán, yo tengo
La lengua un poco trabada
En los dientes... mas no es nada,
Porque yo ni voy ni vengo
Para vos... lo que me empacha
Es que hayais hallado así
A mí tío... pues por mí
II.

Yo... odio la gente borracha.
¿Queréis que os cante un poquito?
Juan. Capitán, no le hagáis caso,
Porque no está para el paso;
Ese chico es un mosquito.
Lucas. No os dé pena, capitán,
Todo lo cura un chapuz
En el pilon... hombre, Juan,
Espabilate esa luz,
Que no vemos.
Juan. ¿Que no ves
Con la luz? ¡y vive Dios
Que á mí me parecen dos!
Juana. Y á mí ciento veinte y tres.
March. Lucas...
Lucas. ¿Señor?
March. Esas llaves
Dame, que llevas al cinto.
Lucas. No estoy mas que un poco pinto.
March. Sí, mas es fuerza que acabes
De rematar tu pintura,
Y que duermas es mejor
Mientras tu propio señor
De su quietud se asegura.
(Le toma las llaves.)
Lucas. ¿Vais á estar vos ojo alerta
Por mí?
March. Sí.
Lucas. ¿Con que es decir
Que puedo echarme á dormir
Sin curarme de la puerta?
March. Sí, y acaba, Lucas.
Lucas. Bueno.
Pues tomad y gracias: ahora
Con tumbarme hasta la aurora
Me quedaré tan sereno.
Ped. ¿Qué-qué, os va-ais ya? ¿No que-
ereis
U-un tra-traguito?
March., con severidad. No:
Dormid y silencio.
Lucas. Yo
Nada digo, ya lo veis.
(Sale Marchena de la torre.)
Ped. ¿Qué-qué serio va el ho-ombre!
¡Bu-uenas noches, ve-ecino!
Lucas. Canta otro poco, sobrino,
Que me arrulla tu cantar.
Juana. Pues ahí va.
Lucas. Lo del molino.
Ped. ¿Va-va á cantar el sobrino?
¡Bah! á mí no me-me ha de entrar
En la oreja... ¡con que vi-ino!
March., á un balletero. Tu en el muro,
centinela
Queda, y cuida que esa gente
No se desborde imprudente.
Balletero. Descuidad, que estareen vela.

March. Si por este patio asoma
Lucas, échamele atrás;
No dejes á nadie mas
Llegar al muro: y si toma
La conducta de esos tres
Algun viso de traición,
Tiéndeles sin compasión
Cadáveres á tus piés.
(*El ballestero se coloca de centinela sobre
la muralla.— Marchena sigue hablando
consigo mismo.*)
Mis ojos están abiertos,
Y en esta noche de afán
Sorprenderme no podrán
Ni los vivos ni los muertos.
De todo el mundo payura
Siento y terror, y á cualquiera
De quien dude, sea quien quiera,
Le abriré la sepultura.
Sí, cual sombra del abismo
Evocada, iré fugaz
Girando en la oscuridad
Centinela de mi mismo. (*Vase con su gente.*)

ESCENA VI.

DOÑA JUANA, PEDRO, JUAN, LUCAS,
EL BALLESTERO.

Ped., á la condesa. (Seguid por Dios, no
sospeche
Que escuchamos.) (*A Juan.*) (Tiento, Juan,
No te vea.)
Juan, que mira por la ventana. (*Ya se
van.*)
Lucas. Fuerza es que un hombre peleche
Con estos tragos, sobriño;
Mas ó estoy ensordeciendo
O tú te me estás durmiendo
Con tu cantar del molino.
(*Un momento de pausa, durante el cual
Doña Juana sigue cantando á media
voz.*)
Ped. Todo está en calma otra vez.
Juan, mirando por la ventana. ¡Mas Je-
sucristo! ¡qué veo!
Que allí nos han puesto, creo,
Un centinela.
Ped. ¡Pardiez!
Es cierto.
Juan. ¡Estamos perdidos!
¡Sin las llaves y espaldas!
Ped. Sí, pero somos soldados,
Juan, y estamos decididos. —
Seguid entonando vos. (*A Doña Juana.*)
Juan, ¿tienes ahí tu ballesta?
Juan. Aquí está.
Ped. Una flecha apresta

Para ese hombre, y ruega á Dios
Que dé á tu brazo buen tino,
Porque como te se tuerza
Aquí sucumbir es fuerza
A nuestro fatal destino.
Juan. Allá voy. Desde allá arriba
Le puedo apuntar mejor.
Ped. Y en tu certeza ó tu error,
Juan, nuestra existencia estriba.
(*Toma Juan su ballesta y sube al piso su-
perior de la torre. Viéndole subir Lucas
asi se alarma. Doña Juana sigue cantan-
do bajo.*)
Lucas. ¡Qué bajo cantas, Gabriel!
Mas ¿qué es lo que hace ese Juan?
Bien decía el capitán
Que no me fiara de él.
¡Jesus! ¡y lleva en la mano
La ballesta! ¡Hola, bribón!
Pues nos veremos... ¡traición!
(*Pedro se arroja sobre él, le aferra la
garganta con una mano y le amenaza
con la otra con un puñal. Juan se coloca
en la ventana del piso superior de la
torre, arma su ballesta y dispara á su
tiempo.*)
Ped. ¡Silencio, ó mueres, villano!
Lucas. ¡Qué fuerza tiene el tullido!
Ped. ¡Silencio! vos, Doña Juana,
Mirad por esa ventana
Lo que pasa. (*Lo hace Doña Juana.*)
Juana. Algo ha sentido,
Sin duda, porque hacía aquí
Mirando el soldado está.
(*Tira Juan su flecha, que hiere al balle-
stero, que cae de espaldas.*)
Ball. ¡Jesus!
Ped. ¿Qué sucede?
Juana. Ya
Tiró.
Juan, asomando á la escalera. ¿Pedro?
Ped. ¿Cayó?
Juan. Sí.
Ped. Pues con aquesta mordaza
Y una ligadura fuerte
No hay miedo que se despierte.
(*Pone á Lucas un pañuelo en la boca,
atándole al cogote, y le ata manos y
piés.*)
Ahora, fuera.
Juana. ¿Y de qué traza
Nos valemos para abrir?
Ped. Imaginando este paso,
Hice yo á Juan para el caso
Esta cuerda prevenir.
(*Le saca de la alforja.*)
Cuélgala pues de una almena
Y huyamos de este castillo.

Juana. Si, si, partamos, Carrillo,
No nos sorprenda Marchena.
Ped. Salid.
(*Juan y la condesa salen de la torre y
suben al muro, donde Juan ata la
cuerda á una almena. Entre tanto,
Pedro clava su puñal en la mesa en que
han cenado, mata la lámpara y cierra
la torre, tirando la llave, y subiendo
luego al muro, ayudará á Juan y á la
condesa.*)
Obré á mi rey fiel;
Ahora mi espíritu aquí
Queda, y Marchena ¡ay de tí
Cuando yo vuelva por él!

(*Juan, que ha concluido de atar la cuerda,
se descuelga: Pedro la tiene para que
baje la condesa, descolgándose él en se-
guida.*)
Baja, y la cuerda asegura (*A Juan.*)
De abajo; yo os la tendré (*A Doña Juana.*)
De aquí arriba, y Dios nos dé
Como el valor la ventura.
(*Vanse, descolgándose por la muralla.*)

ESCENA VII.

MARCHENA, BAJANDO LENTAMENTE DESDE
EL FONDO; LUCAS, DENTRO DE LA TORRE;
EL BALLESTERO, TENDIDO EN LA MURALLA.

March. ¡Qué horrible noche, ay de mí!
¡Y con cuánta lentitud
Va pasando! Ni una estrella
(*Mirando al cielo.*)
Por el firmamento azul
Se ve brillar. Todo yace
En tenebrosa quietud,
Envuelto en los negros paños
De su lóbrego capuz;
Y el mundo entero parece
Entre la sombra común
De toda la raza humana
Universal ataud.
Yo solo por las tinieblas
Bajo solitario aún
Con el corazón prensado
Por pavorosa inquietud.
Yo solo en insomnio horrible,
Esclavo de Belcebú,
La paz maldigo en que goza
La dormida multitud.
(*Va hacia la puerta de la torre donde está
Lucas.*)
Ya duermen también aquí:
(*Mira por la cerradura.*)
Si, ya apagaron la luz

Y cayeron oprimidos
Por la embriaguez. Mas, según
(*Mirando á la muralla.*)
Tendido está, el ballestero
Duerme también. (*Va á él.*) ¡Eh, gandul!
¿Así cumples tu deber?
Pero ¡válgame Jesus!
Cruzado está por un dardo.
¡Nuño, Melendo, Fortun!
¡A mí, pronto á mí, villanos!
¡Sus! mis ballesteros! ¡Sus!
(*Vuelve á la puerta de la torrecilla.*)
¡Lucas! ¡Oh, se han encerrado!
¡Lucas! ¡Despierta, menguado!

ESCENA VIII.

MARCHENA, LUCAS, BALLESTEROS CON
ANTORCHAS, ETC.

Ballesteros. Aquí estamos, capitán;
¿Qué pasa?
March. ¡Nos han burlado!
Ballesteros. ¿Quién?
March. Pronto, por san Millán
Corred á la torre grande
Y ved si está allí la presa: (*Vanse algunos.*)
Rompedme esa puerta apriesa,
(*Otros lo hacen.*)
Y ¡ay de aquel á quien demande
La razón de tal sorpresa!
(*Entra en la torrecilla alumbrado por los
suyos.*)
¡Lucas! — Dios santo, ¿qué es esto?
(*Le desata el pañuelo rápidamente, otros
las ligaduras.*)
¿Quién de este modo te ha puesto?
Lucas. Ellos... el tullido, Juan,
Mi sobrino.
March. ¿Y dónde están?
Lucas. Huyen.
March. ¡Oh día funesto
Para mí! ¡día temido
Con razón! ¡mas qué estoy viendo!
(*Ve el puñal clavado en la mesa y le
toma.*)
¡Su puñal!... estoy perdido.
Uno de los ballesteros, que llega. Señor,
la presa se ha huido.
March. Si, sí: todo lo comprendo.
¡Torció de mi suerte el fallo
Robándola del castillo!
Y ¡ay de mí, si no los hallo!
¡Pronto, amigos, á caballo
Tras del último Carrillo!
(*Marchena va hacia la puerta del castillo*)

asiendo las llaves que lleva á la cintura como con intencion de abrirla. Los balliteros se dispersan en diferentes direcciones. Unos rodean á Marchena; otros siguen á Lucas, que se esfuerza en librarse de su modorra. Otros suben á la muralla y cruzan las galerías, formando el cuadro de tumulto y afan que exige la escena. — *Cae el telon.*)

ACTO CUARTO.

Esterior del antiguo molino de Guadalajara, con parte del puente. A la derecha el molino, á cuya puerta se llega por un puentecillo de madera tan largo como toda la fachada y suficientemente ancho para que puedan representar sobre él cinco ó seis personas. Detrás de él arranca estendiéndose de un lado á otro del escenario el puente de Guadalajara, y por bajo el único ojo que se presentará en escena se verá la ribera opuesta. El piso del teatro es agua.

ESCENA PRIMERA.

LUCIA, TERESA.

Lucia. ¡Jesus, Teresa, qué afán!
Ya el horizonte esclarece
Con el alba, y no parece
Nadie. ¡Virgen santa! Y Juan
Cuando esta mañana vino,
Dijo que si antes del día
Arribar hasta el molino
Conseguirse no podía,
Tal vez no volvieran mas
De esta osada expedicion,
Y me anuncia el corazon
Que se ha perdido quizás,
Y entonces ¡pobre de mí!
Ter. ¡Tanto de ese hombre esperais
Que así su ausencia llorais?
Lucia. ¡Ay Teresa! lloro, sí;
Que huérfana abandonada
No me resta sombra alguna,
Si por mí mala fortuna
Me veo de él separada.
Ter. Parece hombre de valor,
Y os quiere sin duda bien.
Lucia. Nació en Aragon tambien,
Y en la niñez, nuestro amor.
Su padre era un escudero
De la casa de Villena,
Y mi padre de esta buena
Familia, palafrenero.
Mas esta casa la guerra
Como otras mil trastornó.
Y mi padre sucumbió

De miseria en esta tierra.
Él, aunque pobre y villano,
Sirvió á Carrillo de modo
Que parece mas en todo
Que su escudero su hermano.
Y la aficion que me tiene
Le pago con mi cariño,
Pues que le amé desde niño
A mas de que me conviene.

Ter. ¿Y es cosa de tanto riesgo
Esa en que se ve metido?
Lucia. Sin duda, y en mi sentido
Va ya tomando tal sesgo,
Teresa, que si pudiera
Consistir no mas que en mí,
Por verlos salvos aquí
Un año de vida diera.

Tampoco vienen los otros
Aun... con que aunque aquí lleguen
Será fuerza que se entreguen.

¡Ay, qué ya á ser de nosotros!
Mas, ó el crepúsculo escaso
Me engaña... ó estoy segura
Que veo por la espesura
Un ginete.

Ter. Y á buen paso.
¡Oh! sí, sí, por aquel llano
Que se forma en la ribera
Le veo ahora...
Lucia. ¡Si fuera
Él! Pero ¡Dios soberano!
¡Cayó el caballo! (*Ladran dentro perros.*)

Ter. Y le ayuda
Inútilmente á moverse.
Lucia. Ya se alza. ¡Oh! vuelve á tenderse;

Cedió al cansancio sin duda.
Ya le deja, y hácia aquí
Se dirige.

Ter. ¡Tarfe, chito!
Se acerca. Calla, maldito.

Lucia. ¡Él es, él es! Ya está aquí.

ESCENA II.

JUAN, LUCIA, TERESA.

Juan. Ata esos perros, Teresa,
O van ¡voto á Belcebú!
A vendernos.
Lucia. ¿Eres tú,
Juan?

Juan. Yo, mas con tanta prisa
Que me creí que volaba.

Lucia. ¡Qué cansado estás!

Juan. Rendido:
Y aun gracias que así he podido
Llegar aquí.

Lucia. ¡Ay Juan! Acaba
Por Dios; ¿qué pasa? ¿dó quedan
Esos amigos?

Juan. Me siguen
De cerca, mas nos persiguen,
Y acaso al cansancio cedan
Antes de que pueda darles
Socorro: mas ¿dónde están
Esas gentes?

Lucia. ¿Cuáles, Juan?
Juan. Me he adelantado á buscarles
En su auxilio.

Lucia. Aun no ha venido
Nadie.

Juan. ¡Cómo! Si García
La hora del rayar el día
Les dió.

Lucia. Pues no han parecido.
Juan. Y ya el alba está rayando,
¡Dios del cielo!

(*Va á salir: Lucia le detiene.*)

Lucia. ¿Adónde vas?
Juan. A unirme á ellos.

Lucia. ¿Y qué harás
Con eso?

Juan. Morir matando
Con ellos, ó todos juntos
Salvarnos como es razon.

Lucia. ¿Tanta es vuestra esposicion?
Juan. Si los cogen son difuntos.

Lucia. Tente, que por la espesura
Los veo ya.

Juan. No los hallo. (*Mirando.*)

Lucia. Allí, allí, tres á caballo.
Juan. Sí, sí, ellos son. ¡Oh ventura!

Me habrán por suerte seguido
Del monte por el atajo,
Y aunque con mucho trabajo
Hacerles han conseguido
Perder el rastro.

Lucia. No sé
Como entre esos matorrales
Pudieron los animales
Sacaros salvos.

Juan. A fé
Que no quedan para mas
Los pobres; que cuatro leguas
Que han galopado sin treguas
Y sin dejarlos jamás

Tomar aliento, es forzoso
Que acaben por reventarlos.
Aquí están. Voy á ayudarles
A apearse.

Lucia. ¡Dios piadoso!
¿Cuáles están! ¿y cual viene
Esa dama! ¿Cuántas penas
Sufrido habrán, cuando apenas
Sobre el caballo se tiene!

Dios nos ampare en tal cuita.

Juana. ¡Jesus!

Lucia. ¡Ay pobre señora!

ESCENA III.

LUCIA, TERESA, JUAN; PEDRO, CON DOÑA JUANA EN LOS BRAZOS.

Ped. Que repose un poco ahora
Es lo que se necesita.
Lucia. Aquí sobre este mullido
De los costales.

Ped. Esto era
Consiguiente: una carrera
Como la que hemos traido,
Era capaz, de seguro,
De hacer aliento perder

Al cabalgador mas duro,
Cuanto mas á una muger.

Juan. Aflojarla ese jubon,
Que respire con holgura.
Ped. Trae un poco de agua pura;
No es de consideracion
El accidente.

Lucia. Aquí está. (*Con agua.*)

Ped. Dame, dame.

Lucia. Se ha quedado
Como muerta.

Ped. No hay cuidado
Por esto.

Juana. ¡Ay!

Ped. Vuelve ya.

Juana. ¿Dónde estoy?

Ped. Entre leales
Amigos.

Juana. ¡Ay! por pérdida
Me conté. ¡Jesus, qué huida!
¡Qué saltos! ¿qué matorrales!
Como en sueño delirante
En confuso remolino
Los árboles del camino
Me pasaban por delante.
¡Qué yegua!

Ped. A ella, señora,
Por su vigor y pujanza
Debeis la poca esperanza
Que nos resta por ahora.

Juana. ¿Y Marchena?

Ped. Aun está lejos
Pues viendo el rastro perdido
La carretera ha seguido,
Porque á los turbios reflejos
Del crepúsculo no pudo
Ver que el atajo tomamos,
Pues fueron los gruesos ramos
A sus ojos nuestro escudo.

Juan. De los consejos, los que antes

Mis esperanzas como ellos
En esa agua que les sume,
Diré: Fue juicio de Dios,
¡Pues hice cuanto hacer pude!
Lucía. Mirad, camino adelante
Se alza de polvo una nube.
Ped. Sí, si; y con el sol que nace
Lanzas entre ella relucen.
Lucía. Señor... (Yendo á suplicarle.)
Ped., resuelto. Escusa los ruegos,
Y pide á Dios que me alumbre
La razón, para dar cabo
Al empeño en que me puse
Lucía. ¿Son ellos?
Ped. Ellos son, sí:
Alerta pues y ten calma.
Lucía. En un hilo tengo el alma.
Ped. Silencio; ya están aquí.
(Lucía hace que está ocupada en sus labores. Pedro se sienta como distraído. Un momento despues se oyé la voz de Marchena apareciendo á poco sobre el muesticillo y guardándole sus balles-teros.)

ESCENA IX.

PEDRO, MARCHENA, LUCIA,
BALLESTEROS.

March., dentro. Echad pié á tierra un momento:
No pueden haber pasado
De aquí, á no haber cabalgado
En alas del mismo viento.
¡Hola! ¡ha del molino! (Fuera.)
Lucía. ¿Quién?
March. Yo.
Lucía. ¡Vos, señor capitán!
March. Dime, ¿conoces á Juan Perez?
Lucía, cortada. Yo...
March. Repara bien
Lo que hablas; di llanamente,
¿Le conoces?
Lucía. Sí, señor.
March. ¿Y ha estado aquí ese traidor
Esta mañana?
Ped., volviendo de repente. Mas gente
No ha venido aquí hoy que yo.
March. ¡Vive Dios! ¿Y tú quién eres
Que ofreces tus pareceres
A quien no te los pidió?
Ped. ¡Toma! yo soy un paisano.
March. ¿De qué pueblo?
Ped. De Lupiana.
March. ¿Qué haces aquí?
Ped. Esta mañana
He venido.

March. ¿A qué?
Ped. A traer grano.
March. ¿A qué hora?
Ped. Al rayar del día.
March. ¿Por qué camino has llegado?
Ped. Por el monte.
March. ¿Y te has hallado
Con Perez?
Ped. Su señoría
Perdone, mas yo no sé
Quién es Perez: á quien vi
Pasar juntitos de mí,
Y si no les dejo á fé
Libre de pronto el sendero
Me matan...
March. Acaba; ¿á quién?
Ped. Señor, ó yo no vi bien
O el uno era un molinero.
March. ¿Jóven?
Ped. Un chico.
March. ¿Y los dos
Que le seguian?
Ped. Soldados
Me parecieron.
March. ¿Armados?
Ped. Sí.
March. ¡Son ellos, vive Dios!
Ped. Por señas que iba clamando
El chico: «No puedo mas.»
Y los otros dos, zás, zás,
Le iban la yegua arreado.
March. Ellos son.
Ped. Pues no estarán
Muy lejos, no; que el ganado
Llevaban ya rebentado.
March. Cien doblas te se darán
Si tras ellos nos conduces
Al punto.
Ped. ¿Por eso á mí
Cien doblas?
March. Hélas aquí.
Ped. (Se santigua.) Me dejais haciendo
cruces.
¡Yo tal riqueza!
March. Echa pues
Sobre un caballo y partamos.
Ped. ¡Yo cien doblas!
March. Vamos.
Ped. Vamos.
¡Ahí es nada! ¡San Ginés!
¿Cien doblas? qué fortunon!
No les perderé la pista.
(En perdiéndonos de vista (Aparte ó Lucía.)
Vosotros hácia Aragón.)
(Van á salir y Marchena se detiene oyendo
la voz de Lucas.)
Lucas, dentro. ¡Eh! capitán, capitán,
Teneos.

March. ¿Qué es eso?
Ball. 1º. Es uno
De los nuestros.
March. ¡Ese tuno
Es Lucas!
Ped. ¡(Por san Millán!
Lucas es, ¡perdiolo soy!)
Lucas. Yo soy que con el camino
Me he despejado del vino
A Dios gracias y aquí estoy.

ESCENA ULTIMA.

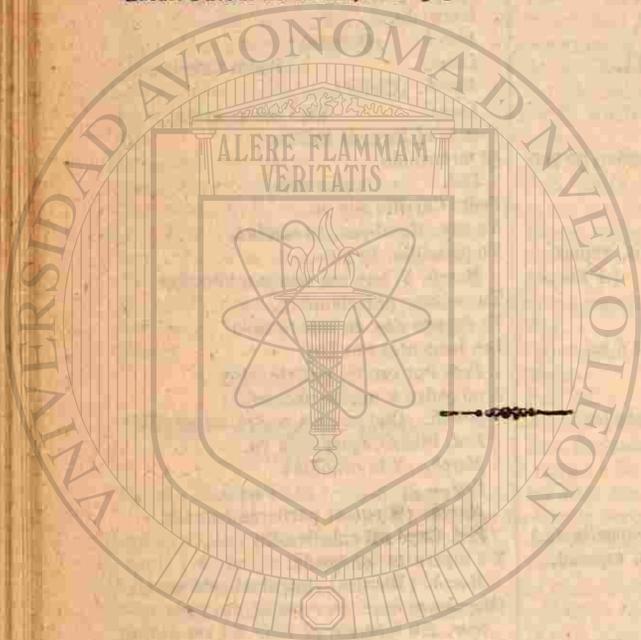
DICHOS, LUCAS.

Ped., á Marchena. Vamos, señor, no per-
damos
El tiempo, y tanto se alejen
Que sin su rastro nos dejen.
March. Tienes razón; vamos, vamos.
Siguenos. (A Lucas.)
Lucas. ¿Dónde?
March. Tras ellos.
Lucas. Primero escuchadme á mí
Dos palabras.
March. Pronto, di.
Lucas. De Alcalá, con los cabellos
Sali erizados de espanto,
Y un atajo que yo sé
Tomando, hallaros logré
A pesar del adelanto.
March. ¡Eh! ¡necio! (Con impaciencia.)
Lucas. No, no, esperad,
Que al tomar esa ladera
Me topé esta friolera.
March. ¡Su collar!
Lucas. Así es verdad,
Y unos pasos adelante
Seña hay de haberse tumbado
Un jaco, que han arrastrado
A el río; con que entre el guante
Y el rastro declaran bien
Que no han podido pasar
De aquí y por aquí han de estar,
Y es preciso que aquí esten.
March. No, pasaron ya de aquí.
Lucas. Es imposible, á pié.
March. No.
Montados.
Lucas. ¿Quién los vió?
Ped. Yo.
Lucas. ¡Calla! ¿Y tú qué haces aquí?
¿Quién eres tú?
Ped. So un paisano.
Lucas. ¿De qué lugar?
Ped. De Lupiana.
Lucas. Como que estoy yo con gana
De desmentirte.

Ped., sin poderse contener. ¡Villano!
Lucas, retrocediendo. ¡Cielo! esa voz...
ese gesto...
Esos ojos... los he visto
No hace mucho... ¡Jesucristo!
El es, él es... presto, presto,
Capitan, echadle mano:
Aquí están los del castillo.
March. ¿Conoces tú á ese villano?
Lucas. Sí.
March. ¿Quién es?
Lucas. Pedro Carrillo.
March. ¡Cielos!
Lucas. Este me embriagó,
Este es el loco, el tullido,
El tartamudo.
Ped. Yo he sido,
Pedro Carrillo soy yo.
Yo soy, Marchena, tu sombra,
Tu pesadilla, tu sino.
March. Y hoy me tiende mi destino
Tu cadáver por alfombra.
Ve cuando das en mis manos;
Los inocentes son hoy.
Ped. Por eso en pedirte estoy
A mi padre y mis hermanos.
March. ¿Qué podreis contra mi estrella?
Ped. Pienso apagarla yo.
March. ¿Y la condesa?
Ped. Partió.
March. ¡Mientes! partieras con ella.
Ped. Cayo mi caballo allí,
Y á esperarte me quedé.
March. ¡Mientes! ¡mientes! está aquí.
(Marchena hace un movimiento para en-
trar. En esto por el lado del río saltan
al agua Juan y la condesa, y un mo-
mento despues asoman los de Don En-
rique por la opuesta orilla.)
Ped. Estuvo, pero se fué:
Mírala, y la predicción
De tu horóscopo destruye
Si de las manos te se huye.
March., asomándose. ¡Es ella...! ¡Con-
denación!
¡A mi! ¡á mi! (A los suyos.)
Ped. ¡Atrás, villanos!
¿No veis que á mi alrededor
(Los ballesteros no osan pasar el puente.)
Lidiarán en mi favor
Las almas de mis hermanos?
Marchena, si en tu castillo (A Marchena.)
Tu sino feliz se encierra,
Dice al par, QUE ENTRE AGUA Y TIERRA
MORIRAS POR UN CARRILLO.
(Le da con un hacha y cae al río.)
Muere así pues.
March. ¡Ay de mí!

Ped., d la condesa, que ha llegado d la otra orilla. Ya estais en salvo, señora;
 Mi juramento cumpli.
 (A los de Marchena.) ¡Ea! ¡traidores! ahora
 Vuestra salvacion estriba
 En daros á Don Enrique.
Lucas. Pues si no es mas, no se pique.

¡Viva Don Enrique!
 Todos. ¡Viva!
 (Pedro queda de pié sobre el puentecillo. Lucas descubierta la cabeza para victorear d Don Enrique. Los ballesteros sueltan sus armas. En la otra orilla la condesa desmayada en brazos de Juan y rodeada de Garcia y los suyos forman otro segundo cuadro.)



SANCHO GARCIA,

COMPOSICION TRAGICA EN TRES ACTOS

EL LICENCIADO EN DERECHO

DON JUAN BAUTISTA DE BERATARRECHÉA

EN MUESTRA

DE FRANCA AMISTAD.

José ZORRILLA.

Madrid, noviembre 12 de 1842.

PERSONAS.

SANCHO GARCIA, conde de Castilla.
 LA CONDESA VIUDA, su madre.
 HISSEM-ALHAMAR.
 ESTRELLA.
 SANCHO MONTERO.

SIMUEL BENJAMIN.
 ELIAS.
 UN CABALLERO.
 CABALLEROS, PAGES, VILLANOS.

La escena es en Burgos por los años primeros del siglo XI.

ACTO PRIMERO.

Parque del palacio ó castillo de los condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha, una puerta que da á las habitaciones del conde. En la del fondo otra que da á las de la condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario un cenador ó kiosk, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo se estiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles, y es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, ESTRELLA.

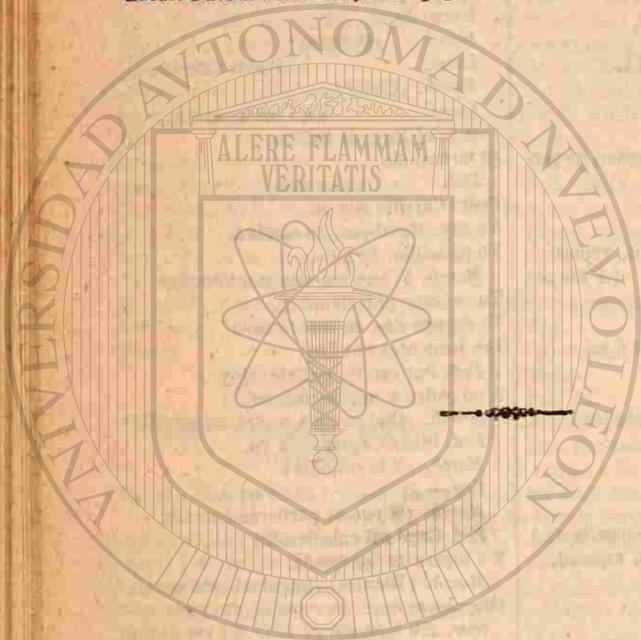
Est. Señora, retirémonos; la noche
 Es cada vez mas lóbrega y oscura
 Y os daña la humedad.

Condesa. Estrella mia,
 Tanto este sitio mi dolor endulza,
 Que siempre me apesara y me contrista

Abandonar su soledad inculta;
 Porque siempre que dichas imagino
 Tan solo aqui mi corazon las busca.
 ¿Ves los millares de hojas que en los árboles
 Al paso de los zéfiros susurran?
 Pues un recuerdo delicioso, Estrella,
 Germina en mi memoria cada una.
 Si de aura mansa al perfumado soplo
 En apagado són lentas murmuran,
 Adormecen mis penas; y me tornan
 En gozo melancólico mi angustia.
 Si ráfaga veloz, con roncadas alas
 Cruza sus ramas y en sus ramas zumba,
 Responden á su són dentro mi pecho
 Secretos mil, que mi conciencia anublan.
 ¡Oh! y tengo tantos cual menudas hojas
 Esta enramada soledad fecunda,
 Tan espuestos al viento como ellas
 Y como ellas tambien tranquilos nunca.
Est. Si humilde lealtad puede esas penas
 Calmar, en mi depositad algunas,
 Señora, y si al consuelo se resisten,
 Al menos de hoy las lloraremos juntas.

Ped., d la condesa, que ha llegado d la otra orilla. Ya estais en salvo, señora;
 Mi juramento cumpli.
 (A los de Marchena.) ¡Ea! ¡traidores! ahora
 Vuestra salvacion estriba
 En daros á Don Enrique.
Lucas. Pues si no es mas, no se pique.

¡Viva Don Enrique!
 Todos. ¡Viva!
 (Pedro queda de pié sobre el puentecillo. Lucas descubierta la cabeza para victorear á Don Enrique. Los ballesteros sueltan sus armas. En la otra orilla la condesa desmayada en brazos de Juan y rodeada de Garcia y los suyos forman otro segundo cuadro.)



SANCHO GARCIA,

COMPOSICION TRAGICA EN TRES ACTOS

EL LICENCIADO EN DERECHO

DON JUAN BAUTISTA DE BERATARRECHÉA

EN MUESTRA

DE FRANCA AMISTAD.

José ZORRILLA.

Madrid, noviembre 12 de 1842.

PERSONAS.

SANCHO GARCIA, conde de Castilla.
 LA CONDESA VIUDA, su madre.
 HISSEM-ALHAMAR.
 ESTRELLA.
 SANCHO MONTERO.

SIMUEL BENJAMIN.
 ELIAS.
 UN CABALLERO.
 CABALLEROS, PAGES, VILLANOS.

La escena es en Burgos por los años primeros del siglo XI.

ACTO PRIMERO.

Parque del palacio ó castillo de los condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha, una puerta que da á las habitaciones del conde. En la del fondo otra que da á las de la condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario un cenador ó kiosk, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo se estiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles, y es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, ESTRELLA.

Est. Señora, retirémonos; la noche
 Es cada vez mas lóbrega y oscura
 Y os daña la humedad.

Condesa. Estrella mia,
 Tanto este sitio mi dolor endulza,
 Que siempre me apesara y me contrista

Abandonar su soledad inculta;
 Porque siempre que dichas imagino
 Tan solo aqui mi corazon las busca.
 ¿Ves los millares de hojas que en los árboles
 Al paso de los zéfiros susurran?
 Pues un recuerdo delicioso, Estrella,
 Germina en mi memoria cada una.
 Si de aura mansa al perfumado soplo
 En apagado són lentas murmuran,
 Adormecen mis penas; y me tornan
 En gozo melancólico mi angustia.
 Si ráfaga veloz, con roncas alas
 Cruza sus ramas y en sus ramas zumba,
 Responden á su són dentro mi pecho
 Secretos mil, que mi conciencia anublan.
 ¡Oh! y tengo tantos cual menudas hojas
 Esta enramada soledad fecunda,
 Tan espuestos al viento como ellas
 Y como ellas tambien tranquilos nunca.
Est. Si humilde lealtad puede esas penas
 Calmar, en mi depositad algunas,
 Señora, y si al consuelo se resisten,
 Al menos de hoy las lloraremos juntas.

Condesa. ¡Llorar! ¡consuelo de serviles
almas
A quien su suerte miserable abrumba,
Mas ponzoña de nobles corazones
Que fieramente con su suerte luchan!
Est. ¿Tanto os acosa vuestro mal, señora?
¿No va Don Sancho la morisca chusma
Dó quier venciendo, y la vertida sangre
Lava de vuestro esposo con la suya?
Condesa. Que no suene ese nombre en
mis oídos.
Est. Perdonad, ya lo sé; sé que á una
viuda
Que llora un noble esposo, por quien casta
A la mundana vanidad renuncia,
Por quien la hermosa faz y esbelto talle
En toscos paños codiciosa enluta,
No deben con inútiles recuerdos
Del esposo, aumentar su pena justa.
Mas cuando queda un hijo, que apilando
Cabezas de enemigos en su tumba
Las glorias de su padre...
Condesa. Calla, Estrella,
Que tu ignorante lealtad te ofusca.
¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero,
Al derribar las berberiscas lunas
El cetro de Castilla de las manos
De su madre arrebató, se le usurpa?
Est. ¿Señora!
Condesa. ¿Y que aunque venza mil
batallas,
Al cabo vendrá á ser vencido en una?
¿No ves que solo en pelear pensando,
De sus pueblos el bien descuida en suma,
La paz, que es solo su fortuna cierta?
Y si sus campos él de sangre inunda
¿Qué pan, Estrella, comerán mañana
Los que sus campos á talar le ayudan?
Paz el moro le ofrece; ¿por qué ahora
Él la desecha con fiereza estúpida?
Est. ¿La aceptaríais vos?
Condesa. Y de eso trato.
Est. con prontitud. ¿Y son tal vez por
eso esas nocturnas
Visitas que admitís de ese africano?
Condesa. Ese secreto para siempre oculta
Dentro del corazón, Estrella, ó teme
Que te abra ante los pies la sepultura.
Est. Perdonadme, señora, mas hoy que
oigo
De vuestros labios la verdad desnuda,
De mi fiel corazón hoy permitidme
Que los ruines temores os descubra.
Condesa. (¿Qué es lo que va á decir!) Di.
Est. Creí un tiempo
Que un amor encerraba esta aventura.
Condesa. ¡Necia!
Est. Mi inesperienza me disculpe;

Mas hoy que cesa tan villana duda
Y hallo la causa del secreto trato,
Gozo leal el corazón me inunda.
Condesa. ¡Ea, ya basta! ¿De García
Hernandez
La viuda altiva, por la llama inmunda
Se abrasara de un moro? Tal vileza
Cabe no mas en la simpleza tuya.
Mas oye; todo en el silencio quede,
Y eterna sombra mi secreto cubra:
Y aquí quiero advertirte, Estrella incauta,
Que los hondos proyectos que se anudan
Dentro de los palacios en secreto
Son ¡vive Dios! mortífera cicuta
Para aquellos que necios ó traidores
Dentro del corazón no los sepultan.
Con que si has de vivir de hoy mas, Estrella,
Este guarda en el tuyo, y no descubras,
Ni aun á tu mismo confesor, que es tu ama
A quien el moro por la noche busca. —
¿Qué ruido es ese? (Ruido á lo lejos.)
Est. Que se acerca el conde
Y el pueblo al retirarse le saluda.
Todo Burgos le adora.
Condesa. Si, ahora vence;
Mas ¡ay del conde si los moros triunfan!
Voz dentro. ¡Viva el conde Don Sancho!
Pueblo idem. ¡Viva!
Voz idem. ¡Viva
El vencedor del moro!
Pueblo idem. ¡Viva!
Voz idem. ¡Viva
Nuestro ángel tutelar!
Pueblo idem. ¡Viva!

ESCENA II

DICHAS; ENTRA EL CONDE POR LA PUERTA DEL
PARQUE QUE FIGURA DAR AL CAMPO, PRECE-
DIDO DE DOS PAGOS CON HACHONES, Y SE-
GUIDO DE SANCHO MONTERO, Y VARIOS
CABALLEROS Y VILLANOS QUE LE APLAUDEN.

Conde, á los villanos. Apartaos,
Basta de aplausos ya, bravos pecheros:
Gracias y retiraos.
Y vosotros, mis fieles caballeros,
Idos también con ellos, y aprestaos
A descansar, que acaso en breves horas
Os llamarán las trompas y atabales
Para salir contra las huestes moras.
Un Cab. Todos, señor, saldremos
Y con vos venceremos,
O moriremos junto á vos leales.
Conde. Gracias, así lo espero; ¡idos ahora,
Que en vos segura mi esperanza estriba.
Uno. ¡Viva el conde Don Sancho!

Otros. ¡Viva!
Todos, saliendo de la escena. ¡Viva!

ESCENA III.

EL CONDE, AL VOLVERSE, CUANDO LOS SUYOS
SE ALEJAN, VE A LA CONDESA.

Conde. Dios ve sobre vos, madre y señora.
Condesa. Contigo venga, victorioso conde.
Conde. ¿Tan tarde y en el parque todavía?
Condesa. Aun no lo es tanto.
Conde. (¿Qué misterio
esconde
Su inquietud, y su gran melancolía?)
(*A Sancho.*)
Sancho, lejos mis órdenes espera.
(*A Estrella.*)
Y aparta tú también, que á solas quiero
Con mi madre quedar.
Condesa, con desden. La vez primera
En muchos dias es.
(*Vanse Montero y Estrella: él por la
puerta de la derecha, que se supone dar
á las habitaciones del conde. Ella por
la del fondo, que da á las de la condesa.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA, EL CONDE.

Conde. ¿Puede un guerrero
Disponer de los suyos á su antojo?
¿Puedo yo emplear en la ternura
Cuando del moro el temerario arrojo
Provoca mi arrogancia y mi bravura?
Madre, ya lo sabeis; la tierra tinta
Aun con la sangre de mi padre humea.
Condesa. Tal verdad en tu rostro el duelo
pinta;
¿Mas quien causó la desigual pelea?
Conde. No, madre, no me hagais tamaña
injuría;
Si errores juveniles me arrastraron
De mi buen padre á provocar la furia,
Con mi llanto y mi sangre se lavaron.
Fuí rebelde un momento; ¡ah! lo confieso
Con dolor; mas también desde aquel punto
Fué mi vida ejemplar; y fué por eso
Al honor de mi padre mi honor junto.
Mi pueblo olvidó ya las inquietudes
Que un tiempo le causé; yo le di gloria,
Y hoy aplaude su prez y sus virtudes
Porque vive en su hijo su memoria.
Todo es hoy para mi dicha, esperanza,
Y todos hoy mis triunfos victorean.
¡Solo á mi madre mi placer no alcanza,
Y mi gloria sus lágrimas afean!

Decidme, ¿qué anhelaís? ¿Qué hay en la vida
Que el enarcado ceño os desarrugue?
¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre que-
rida,
Que vuestro llanto interminable enjugue?
Condesa. La paz.
Conde. ¿La paz? Pues bien; po
ella lidio:
Por esa paz consoladora y bella,
Que para vos, para mi pueblo envidio.
Condesa. Pues bien, el moro te brindó
con ella.
Conde. ¿Con una paz vendida á peso de oro!
¿Con vergonzosa paz, ruin y traidora!
¿Con esa paz que me propone el moro
Porque él, no yo, la necesita ahora!
No, madre, no: yo venzo; cada dia
Ensanchó mas y mas nuestras fronteras;
Su tierra tiembla en la presencia mia:
Y huye espantada su canalla impia
A la sombra no mas de mis banderas,
Por eso paz y treguas me proponen;
Temen que mi valor los acorrale,
Y en la paz se aperciben y disponen
A que otra vez la suerte no iguale.
No, madre; no haya paz, no haya cuarteles
Aquí ni allí; cuando vencidos sean,
Cuando haga yo con sus tostadas pieles,
Con sus lenguas que injurian y bravean
Los frenos adobar á mis corceles,
Esa paz las daremos, que desean.
En tanto, madre, seamos los mejores:
O todo ó nada; ó siervos, ó señores.
Condesa. Siervos, nada tal vez: ¿ellos
acaso
No tienen armas, gente, capitanes?
Si el terrible Almanzor te gana un paso,
¿Qué valdrán tu valor y tus afanes?
Todo ó nada, á su vez te dirán ellos;
Todo ó nada, y metiendo sus caballos
Por medio de tus miseros vasallos,
Sus cimitarras segarán sus cuellos.
Conde. Mi padre fué por vos á tierra estraña
Y es natural que ajena aquí en Castilla
(*Con frialdad.*)
Sintais temor por nuestra noble España;
Mas no la conocéis: no es maravilla.
Condesa. Pero conozco el mundo y la
fortuna,
Que lo trastorna todo, y será un dia
En que triunfe tal vez la media luna.
Conde. ¡Tened por Dios la lengua, madre
mia,
Si ha de ser de enemigos abogada!
¿Qué espeiais de esa paz? ¿Qué de los moros?
¿Os seducen tal vez de su embajada
Los soberbios presentes y tesoros?
Esperad unos dias, y tras ellos

Condúceme á tu señora.
Est. Voy á avisarla.
San. ¡Dios mío!
¡Por cuanto valgo que ignoro
Si estoy sonando! ¡Es un moro!

ESCENA X.

LA CONDESA, HISSEM, ESTRELLA;
SANCHO, OCLUTO.

Hiss. ¡Sultana mía!
Condesa. ¡Hissem mío!
San. ¡Cielos! ¡es esto ilusión?
Escuchemos.)
Condesa, á Estrella. La escalera
Cuida, Estrella, desde fuera,
Y encaja bien el porton.
(Vase Estrella.)

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM; SANCHO,
OCLUTO.

Condesa. Hissem, ya estamos solos. Harto
oscura
La noche está, y seguros nos hallamos
A favor de esta lóbrega espesura.
Hiss. Dime, sultana, pues: ¿en qué que-
damos?
¿Cede el conde?
Condesa. No cede.
Hiss. ¿El ruego, el oro
Nada podrá con él?
Condesa. Nada: es en vano
Ofrecer y rogar; no puede el moro
Mas que guerra esperar del castellano.
Hiss. ¡Guerra!
Condesa. Implacable, sin cuartel,
sangrienta.
Hiss. ¿No oye pues mi embajada?
Condesa. No; mañana
Te arrojará de Burgos.
Hiss. ¡Tal afrenta!
¿Y tú también sucumbirás, sultana,
A su ciego furor? ¿Tantas vigiliás
De afán han de perderse en un momento?
Por siempre nos aparta, ¿y no me auxillias?
¡Y no te opones con osado aliento
Y le dices: ¡Atrás! llegó mi hora,
¡Yo soy aquí tu madre y tu señora!
Condesa. ¿Con qué poder, Hissem?
Hiss. Con tu arrogancia.
¿No hay consejo, no hay pueblo á quien
quejarte,
A quien decir en Burgos, que en tu estancia
Te guarda sin cesar, y ni asomarte

Te permiten sin su órden á tus rejas,
Que de hijo tuyo en vez es tu tirano?
Condesa. Y eso es mentira, Hissem.
Hiss. Vulgo villano
Siempre habrá pronto para oír tus quejas.
Condesa. O no le habrá; ese vulgo en
quien confías

Le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas:
Celebra su valor todos los días
Con doble afán, que en esperanzas locas
De triunfos le adurmíó; y botín, tesoros
Espera de esa lid contra los moros.

Hiss. Y espera con razón; ¡pese á Mahoma!
Lanzados mas allá de sus fronteras
Les parece el mundo se desploma
Sobre ellos, divisando sus banderas.
¡Cobardes en España envilecidos!
¡De su raza y valor degenerados!
Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos
Le envían sus tesoros mas preciados
Para pedir la paz... y si ahora mete
Ese conde sus huestes vencedoras
Por nuestra tierra audaz y la acomete,
¡Ay desdichadas de las lanzas moras!
¡Ay desdichado nuestro afán, sultana!
¡Yo tan amante y tú tan altanera,
Tú quedarás en Burgos prisionera,
Y á mí de Burgos me echarán mañana!

Condesa. ¡Y tres años, Hissem, tres lar-
gos años
De cautiverio por mi amor sufridos!
¿Tres años, sí, de cábalas y amaños,
De zozobras y crímenes?

Hiss. Perdidos.
Jamás, jamás á vernos volveremos.
Yo sin tí, tú sin mí, sin esperanza,
Uno de otro enemigos moriremos.

Condesa. Nunca; á tal sacrificio no, no
alcanza

Mi vil resignación. Aun tengo amigos,
Hissem, sajones, árabes, franceses,
Que temen de Don Sancho los castigos,
Y apoyan mi facción, mis intereses.
Sí, tu embajada, ¡pese á su arrogancia!
En mi cámara propia, á medio día
Yo mañana oiré: nadie en mi estancia,
A tí ha de osar á la presencia mía.
Hiss., con desden. Y él al mismo dintel
de tu aposento

Cautivos nos hará.
Condesa. Y saliera caro
Al conde tan osado atrevimiento
Al recibiros yo bajo mi amparo.
Hiss. Inútil razonar, la fuerza es suya,
Tú lo has dicho; hay un medio solamente
Que su poder y su furor destruya.
Condesa. ¿Cuál es?
Hiss. Que yo me aleje prontamente,

Y á mis reyes de Córdoba y Sevilla
A ti como mi esposa te presente,
Y tributaria de ellos á Castilla.
Condesa. ¡Hissem!
Hiss. Entonces con doblado brío
Nos enviarán cohorte numerosa:
Tuyo será el condado; y tuyo y mío,
Reina serás, y libre y poderosa.

Condesa. ¿Yo mi fé he de abjurar? no.
Hiss. ¡Ruin reparo!
Se cede al sevillano un pié de tierra,
Y otro pié al cordobés; con nuestro amparo
En nuestros pueblos cesará la guerra;
Y mirando de entrambos al decoro,
Cristiana vivirás, vivirá moro.

Condesa. Jamás, Hissem, jamás.
Hiss. ¡Tarde, traidora,
Te llevo á conocer!

Condesa. Moro, ¿qué dices?
Hiss. ¿Qué fué tanta promesa seductora?
¿Tantos augurios de tu amor felices?
¿Y que me amabas sin cesar decías!
Que apreciabas los riesgos, los azares
Que por tí arrostré intrépido; ¡mentías!
Condesa. Nunca, Hissem, osaré hasta
mis altares.

Hiss. ¿Qué entiendes tú de amor? ¡ne-
cia cristiana
De corazón cobarde! ¿Qué comprendes
De esa pasión que por tan firme vendes,
Solo capaz de una ánima africana?

Tres años te servi como cautivo,
Mi valor y mi origen olvidando;
Tres años que por tí sin honra vivo,
Tres años ¡necio! que te estoy amando;
Y mi fé y mi pasión no te pondero
Cual tú la tuya; y tantos sacrificios,
Tal firmeza en tan bravo caballero,
¿Cómo me pagas tú? ¡ah, que vas infiero
A reprocharme aun mil beneficios!

Condesa. Sella, bárbaro Hissem, sella la
boca;
Tus palabras son fuego, maleficios
Para mi corazón, me vuelven loca.
Atropellé mi honor, engañé al conde
Mi hijo, al pueblo engañé: sutil, astuta,
Cuanto emprendí y fragué no te se esconde:
¿Y me llamas cobarde? Pues bien, moro,
Habla: ¿qué quieres de mi amor? responde;
Cuanto quieras haré, porque te adoro.

Hiss. Abre un sepulcro.
Condesa. ¿A quién?
Hiss. ¿No lo adivinas?
Condesa. ¡Me horrorizas, Hissem!
Hiss. De otra manera...
Condesa. ¿Otro crimen aún?
Hiss. Tú no imaginas
Cuánto te importa que primero muera.

Condesa. Jamás.
Hiss. Piénsalo bien.
Condesa. Basta con uno.
Hiss. ¡Miserable de tí! cavas tu tumba
Condesa. Medios hay...
Hiss. No, sultana, no hay ninguno;
Todos tu pertinacia los derrumba.
Condesa. Nunca.
Hiss. Piénsalo bien, que es tu destino,
Que lo dice tu horóscopo.

Condesa. ¡Qué dices!
Hiss. No; los dos no cabeis por un ca-
mino,
Y os lo han dicho los sabios; ¡infelices!
Hundiros uno á otro es vuestro sino.
Condesa. ¡Sueñas, Hissem!
Hiss. ¡Oh torpe rebeldía!
¿No hay conjuros, cristiana, no hay en-
cantos

Que vierten luz sobre el futuro día,
Y ciertos ¡ay! aunque nos dan espantos?
Condesa. No los hay en mí fé.
Hiss. Mas si en la mía,
Y los he consultado.

Condesa, con espanto. ¿Y eso dicen?
Hiss. Eso; y de no los astros nos maldicen.
Condesa. ¿Y es cierto? ¡horror!
Hiss. Tú misma verlo puedes.
Condesa. ¿Cómo?

Hiss. ¿Crees en la ciencia?
Condesa. Sí.
Hiss. El conjuro
Ante tí á hacerse volverá.

Condesa. ¿Seguro?
Hiss. Cierto, infalible.
Condesa. Quiero verlo.
Hiss. ¿Y cedes
Convencida una vez?

Condesa. Sí, te lo juro.
Hiss. Mañana pues al despuntar del alba
Baja á la gruta en que Simuel habita:
Mi esclavo estará aquí, llegarás salva;
Y el fatal porvenir que nadie evita
A tus ojos pondrá el israelita.

Condesa. Iré. ®
Hiss. ¿Tendrás valor?
Condesa. Sí.
Hiss. Pues mañana
Tu destino sabrás, y á elección tuya
Muerta en Burgos serás ó soberana.

Condesa. Hable el destino y la elección
es suya.
Hiss. Piénsalo.
Condesa. Iré: vé en paz.
Hiss. A Dios, sultana.

ESCENA XII.

LA CONDESA; SANCHO, OCULTO.

Condesa. Iré, sí. Mas ¡ay Dios! que se estremece
Medroso el corazón... Ese judío
Ante quien claro el porvenir parece,
¿De quién recibe su poder? ¡Impío!
Mas sus negros conjuros obedece
El destino en verdad. ¡Oh! ábrase el mío;
Y aunque el misterio horrendo me horripila,
Penetrarle sabré fiera y tranquila.

ESCENA XIII.

LA CONDESA, ESTRELLA; SANCHO, OCULTO.

Est. ¡Señora!
Condesa. ¿Qué?
Est. De aquí partamos: ruido
De pasos percibi por la escalera
Del conde, y distinguir me ha parecido
Su sombra atravesar tras su vidriera.
Condesa. Gente acaso en el parque habrá sentido,
Y desvelado está.
Est. ¡Si aquí nos viera...!
Condesa. En tan lobrega noche no es creíble
Que vió desde el balcon.
Est. Todo es posible,
Señora.
Condesa. Vamos pues.
Est. (¡Ay! ya respiro,
Pues libre á Sancho de sus ojos miro.)

ESCENA XIV.

SANCHO, LUEGO EL CONDE.

San. Mis ojos lo miraron, mis oídos
Lo oyeron, y lo dudo todavía.
No, no es fascinación de mis sentidos,
No es ilusión de loca fantasía,
(Asoma el conde y se le acerca.)
Es la increíble realidad. Vendidos
A los moros están... ¡Por vida mía
Que el ser madre y condesa no la salva
De que lo sepa el conde antes del alba!
A despertarle voy; ahora, sí, al punto
A decirle: «Don Sancho, levantaos,
El mundo está contra nosotros junto:
Del sitio en que piseis aseguraos,
Del aire que aspireis, ó sois difunto:
Fermenta la traición como en un caos
En vuestra propia casa...» ¡Oh, yo estoy loco!

Voy... todo el tiempo me parece poco.
(El conde, que ha venido á colocarse tras
el saliendo de palacio, le detiene diciéndole:)

Conde. Gracias, Sancho.
San., de rodillas. ¡Señor!
Conde. ¡Silencio! todo
Lo escuché desde allí, todo lo he visto.
¡Pluguiera á Dios que no!
San., con afon. ¡Ah! de ese modo...
Conde. Tu lealtad conozco.
(Interrumpiéndole.)
San., id. Mas por Cristo.

Señor, que comprendais...
Conde, id. ¡Sancho, silencio!
De la idea que oculta aquí reside
Solo á Dios que la alcanza damos cuenta,
Tan solo el confesor cuenta nos pide;
De palabras que al hombre dan afrenta
Justo es que el afrentado nos las pida,
Y la afrenta se lava con la vida.
San. Señor, para arrancármelas del pecho
Si es vuestra voluntad, en él ¡lo juro!
Cien lanzas abrirán camino estrecho.
Conde. Solo así, Sancho, vivirás seguro.
San. Será.
Conde. No te lo digas ni á tí mismo;
A esa idea de escándalo y de mengua
Dentro del corazón abre un abismo;
Que no suba jamás hasta tu lengua.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara de la habitación de Don Sancho. Decoración de una sola caja. Puerta en el fondo y á un lado.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO.

Tiempo es ya de despertarle,
Que está vecina la aurora
Y quiero de sus encargos
Darle una respuesta pronta.
¡Ay! ¡desdichados mil veces
Los que en alcázares moran
Arrastrando una existencia
Que tantos duelos acosan!
¿Pero qué es eso? alguien sube
Por el caracol... Zozobras
El ruido menor me causa
Desde que sé... (Llaman con precaución.)
Pero tocan
En esa puerta. ¿Quién?
Est., dentro. ¡Sancho!
San. ¿Qué oigo! (Abre.)

ESCENA II.

SANCHO, ESTRELLA.

San. ¡Estrella, tú á estas horas...!
¿Qué quieres?
Est. ¡Ay, Sancho mío,
Qué noche tan espantosa!
San. ¿Qué es lo que dices, Estrella?
Est. ¡Sancho, por nuestra Señora
Que me digas lo que anoche
Vistes!
San. ¡Por Dios, que curiosa
Por demás eres, Estrella!
¿A tí de eso qué te importa?
Est. No imagines, Sancho mío,
Que curiosidad es sola
Mi pregunta, ni por eso
A la antecámara propia
De Don Sancho me llegara;
No, no; mi razón es otra.
En agitación horrenda,
En pesadilla angustiosa
Toda la noche ha pasado
La condesa mi señora.
San. ¿Y eso qué tiene de extraño?
El insomnio en ella es cosa
Muy frecuente.
Est. Sancho, no;
Nunca la vi como ahora:
Hubo un momento en que miedo
La cobré... ¡la creí loca!
San. Tu poco espíritu, Estrella;
Tu superstición medrosa
Tal vez de un somnambulismo
Tamañas quimeras forja.
Est. No, no; se arrojó del lecho
Desesperada y furiosa,
Desencajada, convulsa,
Diciendo con voces roncadas:
« Dame, Hissem, dame tu alfanje,
Tenle, y qué su sangre corra. »
Luego se hincó de rodillas
A una aparición incógnita,
Suplicando... ¡ay, Sancho! entonces
Yo estaba temblando toda.
Se le erizaba el cabello,
Se pintaba su recóndita
Pavura sobre el semblante,
Y los ojos de las órbitas
Saltádosela, en su frente
Brotaba en hirvientes gotas
Mortal sudor... si la hubieras
Visto... ¡ay, estaba espantosa!
San. (¡Infeliz!) Estrella, cálmate:
Sin duda esa aterradora
Escena que estás contándome

Soñaste en la noche próxima,
Y con tan vivo carácter
Tu imaginación pintóla
Que realidad la creiste.
Est. ¡Ojalá, Sancho! mas óyela
Del todo, y juzga conmigo
La realidad de esa historia.
San. Di.
Est. Serenóse un momento;
Calmóse aquella diabólica
Agitación de su espíritu,
Y descansó casi una hora.
Mas al cabo de ella, Sancho,
Volvió á arrojarse furiosa
Del lecho, y á la ventana
Abalanzándose, abríola.
Tendió los brazos por fuera,
Y en voz angustiada y cóncava
Gritó: « ¡Hissem, acude, sálvame!
¡Aquí de tus lanzas moras!
¡Acúdeme y todo es tuyo,
Mi fé, mi sér, mi corona! »
San. Silencio, Estrella, silencio,
Que Don Sancho no te lo oiga.
Est. ¡Ay! todavía me dura
El temblor.
San. Vete, reposa,
Estrella, y no temas nada:
Te lo aseguro, tan poca
Importancia hubo en su plática
Con el moro y tan remota
Relación tiene con eso...
Est. Sancho, esto sin duda toca
En un secreto que guardas
De mí: ¡ay! yo consoladora
Una palabra á lo menos
Esperaba de tu boca.
San. Estrella, yo te lo juro,
Aunque en mi última hora
Estuviera, no podría
Asegurarte otra cosa.
Vé á tu aposento y descansa;
Esa aprensión melancólica
Con el reposo disipa,
Y aguarda á que tu señora
Despierte, y de tí y sus damas
Para tocarse disponga.
Est. Tarde será.
San. ¿Porque, Estrella?
Est. Porque á mí como á las otras
Nos despidió de su cámara
Con faz enarcada y torva
Diciéndonos: « Para nada
Os necesito; de sobra
Estáis aquí; ea, dejadme
Las antecámaras solas,
Y que nadie en ella entre
Sin excepción de persona. »

Labrada está en las rocas.

El. Eso dicen;
Mas, minada la tierra por dó quiera,
Hay en su cavidad tantos secretos
Como junturas hay entre sus peñas.
Un hombre dentro de ella burla á muchos
Si sus resortes mil diestro maneja.
Y un secreto camino va á palacio,
Por donde el sabio en el palacio entra
* Y espía sin ser visto. En fin, Montero,
* Invencion infernal es esta cueva.
* Viene aqui el rico avaro, el pobre crédulo,
* A implorar el auxilio de la ciencia.
* Y la ciencia á los pobres y á los ricos
* Con trampantojos y ficcion contesta.
* Aqui con mil prodigios engañosos
* Un porvenir mentido les revela,
* Y espíritus impuros aparecen
* En visiones ya horribles, ya risueñas.
* A veces hablan gentes á quien guarda
* Há muchos años ya la madre tierra,
* Y á veces esas urnas y esas aves
* Se sirven de sus manos y su lengua.
En fin, todo es aqui misterio y arte
Con que al crédulo vulgo se amedrenta,
Y él juzga la verdad con sus sentidos
Y su oro al sabio que le engaña deja.

San. El ignorante vulgo solamente
Pasará por patrañas tan groseras.

El. ¡Ay, Montero, las hay tan formidables,
Que al mas valiente corazon aterran!
Que es así la materia del de el hombre
Y en conocerle bien está la ciencia.
* Esto es todo, y no hay mas : todo lo sabes.
* Ahora ¡ay de mí! por quanto caro tengas
* En este mundo, Sancho, que me ampares,
* Y del furor del conde me protejas
* Y si el oro...

*San.** ¿Por Dios, me crees acaso
* Tan vil como eres tú? Si no te viera
* Temblar ante mis piés como un cobarde
* Contestara mi daga á tu insolencia.

*El.** Mas ese conde...

*San.** De quedar con vida
* Su palabra real por mí te empeña.

*El.** Sancho, son las palabras solo ruido
* Y el aire mas ligero se lo lleva.

*San.** ¡Renegado! ¿tu fé, si alguna tienes,
* A la palabra de Don Sancho niegas?

*El.** Si de su misma boca la escuchara,
* Crédito y fé sin vacilar la diera;
* Quees noble y cree en la virtud Don Sancho,
* Y hasta los mismos moros lo confiesan.
Pero...

San. Cumple mis órdenes, y fla.

El. Di.

San. Escucha : muy en breve la condesa

Va á esta gruta á bajar.

El. ¡Cielos, quién pudo...!
San. Cita secreta es, y vase en ella
A desplegar, para turbar su mente,
Todo el poder de la mentida ciencia :
El conde ha de asistir.

El. Es imposible.
Sancho, que le de cubran será fuerza.
San. ¿No se esconden aqui tantos secretos
Como junturas hay entre las piedras?
¿No hay aqui mil incógnitos resortes
Que escondrijos le abran y escaleras?
Todo por todo, Elias.

El. Sea, Sancho ;
Mas del conde, pues tú le representas,
Júrame en nombre que será imposible,
Oiga lo que oiga y vea lo que vea.

San. Sí.
El. Que tenga valor y sufrimiento
Para ver cuanto pase en su presencia.

San. Hombre es Don Sancho, Elias, á
quien nunca

Dieron pavor ni sombras ni quimeras.
El. Polvo es no mas, como los otros
hombres ;

Mas á buscarle vé, porque ya llegan.

ESCENA VI.

SIMUEL BENJAMIN.

La prueba última es. O cede ahora
Esa necia muger y se fascina,
Y merced á mi magia protectora
En Castilla desde hoy Judá domina,
O la ocasion se pierde de tal modo
Que todo se hunde y se malogra todo.
Alegrate, Judá. Si hoy á mi ciencia
La mugeril supersticion da vuelo,
Tierra tendrás y templos y opulencia
Con que olvidar al fin tu largo duelo :
No irás desde hoy sin término vagando
Patria insegura en que posar buscando.
Aqui se tenderán los blancos linos
De las tiendas de Aaron : en torno de ellas
Resonarán los cánticos divinos
De la Sion bendita, y las doncellas
De Judá danzarán, nuestros misterios
Celebrando, al compás de los salterios.
¡Plegue al Dios de Jacob pronta victoria
Dar á su pueblo, y amparar mi empresa,
Y estos augurios de grandeza y gloria
No se deshagan cual fugaz pavesa!
¡Ay! dominar queremos los destinos
Y somos siempre errantes peregrinos.
Mas veamos si todo está dispuesto
Para el postrer ensayo. ¡Elias!
(Llamándole.)

ESCENA VII.

SIMUEL, ELIAS.

Sim. ¿Presto
Lo tienes todo ya?
El. Todo, rabino,
Y á vuestra voz responderá el destino.
Sim. ¿Luce el dia?
El. Ya el sol por el oriente
Va elevando su disco refulgente.
Sim. ¿No ha parecido el moro todavia?
El. Por la empinada loma ya subia
Cuando oí vuestra voz.
Sim. Que entre al momento,
Y tú á tu obligacion estáte atento.
El. Así lo haré, señor.
Sim. Préstame ahora,
Dios de Judá, tu ciencia previsora.

ESCENA VIII.

SIMUEL, HISSEM.

Sim. Bien venido seas, moro.
Hiss. Judío, guardete Alá ;
Mas sin ceremonias vamos
A lo que interesa mas.
¿Está preparado todo?
Sim. Todo preparado está.
¿Y la condesa?
Hiss. Ya llega
Con mi esclavo Ben-Jaguar.
¿Cuánto me costo vencer
Su conciencia pertinaz!
Sim. ¿Mas consintió?
Hiss. Si veia
Por sus ojos el fatal
Poder á que está sujeto
Su destino.
Sim. Lo verá.
Su ciega supersticion
A sus ojos va á cambiar
La mentida ceremonia
En exacta realidad.
Hiss. *Vé con tiento, Benjamin ;
*Su mente hay necesidad
*De exaltar con tus pronósticos ;
*Mas como arriesgado azar
*Es sin duda el demostrarla
* Prodigios que no querrá
* Creer acaso, primero
* Su amor es fuerza irritar
* Y su ambicion y aun sus zelos.
* Y esto á fallarnos quizás
* Entonces todo á tu ciencia
* Lo tendremos que arriesgar.
* No escaséis sortilegios

* Ni invenciones ; tal vez ya
* Es este el último dia
* Que nos resta aprovechar.
*Sim.** ¿Cómo!
*Hiss.** Sí ; mañana el conde
* De Burgos nos lanzará,
* O acaso tumba nos abra.
*Sim.** Hissem, de todo es capaz.
*Hiss.** Pues bien, Simuel, no lo olvidés,
* Fuerza es caer ó acabar
* De una vez con ese rayo
* A nuestra grey tan fatal.
*Sim.** De lo que puede mi ciencia
* Tú mismo te has de asombrar.
* Elias sabe mis órdenes,
* Y ante sus ojos pondrá
* Prodigios aterradorés
* Que su alma han de atribular.
*Hiss.** Vete con tiento, Simuel.
*Sim.** Bravo Hissem, tres años van
* De leccion, y yo respondo
* Del electo que la hará.
* Tres años que estoy hipócrita,
* Taimado, astuto y sagaz,
* Enseñándola una ciencia
* Que jamás aprenderá,
* Mas que ha puesto su cabeza
* En un estado capaz
* De abandonarse en mis brazos
* En completa ceguedad.
Hiss. Mi amor á un tiempo, Simuel,
A tu ciencia ayudará.
Si así lo haces, tu servicio
Recompensado verás,
Dando en Castilla á tu tribu
Tierra y templos que habitar.
¿No es ese tu gran deseo?
Sim. Si ; ¿mas tú lo cumplirás?
Hiss. Mira el pliego de Ahunzor :
Castilla en reino me da
Si yo al poder del cristiano
Se la consigo arrancar.
Ocultos en esas sierras
Cuatro mil moros están
Prontos á meterse en Burgos
A la primera señal.
¿ Los castellanos sin jefe,
Muerto Don Sancho, qué harán?
El palacio de su dueño
Y su cadáver cercar.
Llorar, Simuel, y apenarse,
Y volverse cuando mas
Contra la escondida mano
Que apagó su luz vital.
Sim. ¿Mas y esa mano escondida...?
Hiss. Pronto encontrada será
Y entregada al populacho
Su furor para saciar.

Que responde á su voz el firmamento.
 * Mil veces en furtiva conferencia
 * Al soldado, al mendigo, al opulento
 * Les marcó de su muerte la hora oculta,
 * Y la hora fué de la fatal consulta.
Condesa. * ¡Cielos!
Hiss. * ¿Ves esos muebles que su estancia
 * Cercan en derredor? A su voz todos
 * Alma recibirán de varios modos,
 * Aterrando la tuya. — Sí, sultana,
 * Todo es misterio aquí; y esas redomas
 * Que hacen creer á nuestra vista humana
 * Que contienen espíritus y gomas,
 * El elixir encierran de las vidas
 * Cuyas horas de aliento están medidas.
Condesa. ¿Es tanto su poder?
Hiss. Oh, no te asombre,
 Todo lo puede con la ciencia el hombre;
 Y hombre soy yo también, y tiemblo ahora
 Ante esa ceremonia aterradora.
Condesa. No lo acierto á creer.
Hiss. Le vi mil veces
 Los muertos evocar de sus conjuros
 Al secreto poder, y de sus preces
 Con las palabras mágicas; seguros
 Sus pronósticos son, y ese que miras
 Respecto al porvenir que á tí te espera
 Es la espresion de las ce esteras iras.
Condesa. ¿Y preciso ha de ser que mate
 ó muera?
Hiss. Sí, lo mismo que yo.
Condesa. ¡Cielos! ¿Qué dices?
Hiss. Salga al fin de una vez del pecho mio
 Este fatal secreto: el hado impio
 Ató nuestros destinos infelices.
Condesa. * No te entiendo.
Hiss. * Oye; á mi importuno ruego
 * El mio consultó con las estrellas
 * El sabio israelita.
Condesa, con *afan.* * ¿Y supo de ellas...?
Hiss. * Cuanto anuncióme, realizóse luego.
 Escucha pues nuestro enlazado sino.
 Tú dependes del conde; á un soplo suyo
 Cambiará para siempre tu destino;
 Mas yo pendo de tí, mio es el tuyo,
 Y si no hago que Sancho á tí sucumba,
 Nuestro destino es él, el nuestra tumba.
 O él, ó nosotros dos.
Condesa. ¡Es imposible!
Hiss. O él ó nosotros dos, no hay espe-
 ranza.
Condesa. Tú no lo crees, Hissem: ¡eso
 es horrible!
Hiss. * Aun yace el fiel de la fatal balanza
 * En la mitad del peso equilibrado;
 * Mas solo un dia, una mañana queda
 * Para que pierda el equilibrio y ceda.
 Resuélvete.

Condesa. Jamás.
Hiss. ¿Lo has meditado?
Condesa. Sí, y no osarán mis manos á su
 vida,
 A no verlo yo misma decretado
 Claramente en el cielo.
Hiss. ¡Fementida!
 * ¿Así mi amor, mi ayuda, una corona
 * Renuncias, pese á mi, cobardemente,
 * Y el lazo que á tu vida me eslabona
 * Rompes tan sin pesar villanamente?
 * ¡Tu destino desprecias temeraria!
 * ¿No crees en él? — Yo sí, y para evitarle
 * Separaré de tí mi suerte varia.
Condesa. ¡Moro!
Hiss. Está bien; atiende desde ahora
 Solo á sí mismo cada cual, traidora.
Condesa. De esa manera, Hissem...
Hiss., interrumpiéndola. De esa manera
 De mi propia cerviz sabré apartarle.
 ¿Conoces este pliego? (*Muéstrale.*)
Condesa. ¡Ah! ¡qué imaginas!
Hiss. Todo por todo.
Condesa. ¡Corazon de fiera!
 ¿Qué es lo que vas á hacer?
Hiss. ¿No lo adivinas?
Condesa. ¿Ese pliego...!
Hiss. Es tu carta; en ella le haces
 Un encargo á este Hissem que te habla ahora.
 Lee, lee: « *Mi esposo sale con sus haces,
 á Hazle que caiga en emboscada mora.* »
Condesa. ¡Cielos!
Hiss. Cayó: su cuerpo fué comprado
 A fuerza de dinero, y fué Hissem mismo
 Quien lo trajo á lanzadas traspasado.
 Tu mano y tu corona has empeñado
 Por tal servicio: cumple, ó un abismo
 Te abro, esta carta al conde remitiendo,
 Tus esperanzas para siempre hundiendo.
Condesa. ¡Bárbaro Hissem! ¡y lo pondrás
 por obra!
Hiss. ¡Sí, juro á Alá! pues matas mi es-
 peranza,
 * En tu reino, y tu amor, todo me sobra:
 * Mas te daré venganza por venganza.
 * ¡Ay, tuve orgullo en tí mientras me ama-
 bas!
 * Mas hoy, traidora, que mi orgullo ofendes
 No rindiendo á mi amor cuanto esperabas
 Cual yo, te venderé cual tú me vendes.
Condesa. ¿Yo? ¿Yo venderte, Hissem?
 Sella esa boca:
 ¿Yo venderte, que te amo mas que al mundo?
 Calla, ó por Dios que volverasme loca.
Hiss. Bien ese amor demuestras tan pro-
 fundo,
 Sultana, contra mí cuando atropellas
 Hasta la misma ley de las estrellas.

ESCENA XII.

EL TEATRO QUEDA UN MOMENTO SOLO. EL
 CONDE APARECE ABRIENDO UNA TRAMPA
 GIRATORIA PRACTICADA EN UN PILAR, Y
 SANCHO MONTERO TRAS ÉL CALMANDOLE.
San. Señor, calmaos.
Conde. No, Montero,
 Déjame respirar; deja que exhale
 Su enojo y su pesar un caballero
 Que ultrajar mira así lo que mas vale,
 Mi honor, Sancho: ¿y por quién? por
 quien mas quiero;
 Por mi madre...
San. Señor...
Conde. Aparta, Sancho,
 Y espacio deja á mis lamentos ancho.
 Deja que sufra en paz, y que me queje
 A solas de mi mal, ya que es preciso
 Que aquí en mi corazon la esconda y deje,
 Porque el juicio de Dios así lo quiso.
 Porque es su ley que justicia ceje
 Ante mayor razon, y un paraíso
 Lleve en el rostro, mientras roe interno
 Mi pobre corazon todo un infierno.
 Di, Sancho, ¿y tú lo crees? ¿y esa es mi
 madre?
 ¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!
 ¡Ella dando por él muerte á mi padre!
 (*Con agitacion.*)
 ¡A mi vida por él osando airada!
 ¿Y qué halla en él que á su nobleza cuadre?
 ¿Qué ama en él su pasion desventurada?
 ¡Pliegues del corazon que solo sabe
 Dios, que del corazon guarda la llave!
San. Serenáo, señor.
Conde, calmándose de repente. Ya estoy
 sereno.
San. Y no olvidéis que su traidora
 ciencia
 A vuestros dias aplazó un veneno.
Conde. No será la que corte mi existencia;
 No temas por la mia ¡oh Sancho bueno!
 Yo haré caer sobre ellos su sentencia,
 Y tal será mi fallo furibundo
 Que asombro cause al venidero mundo.

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL.
Hiss. Pronto: ¿posees un elixir que acabe
 Una vida en un punto?
Sim. ¡.
Hiss. ¿Que oculte
 Su presencia en el cuerpo?
Sim. Sí, que lave
 La mano que le ofrezca, y que sepulte
 En sombra eterna el atentado grave.
Hiss. Tráelo pues.
Sim. ¿Para quién?
Hiss. ¿No es su destino
 O matar ó morir?
Sim. Sí.
Hiss. Pues le acepta.
Sim. ¿Y el conjuro sin ver?
Hiss. Ese es su sino,
 Y de ello sienta convicción perfecta.
Sim. Venid y os le daré.
Condesa. Y á mi palacio
 Partamos en seguida,
 Y aprovechemos el primer espacio:
 Que es fuerza que hoy se arriesgue y se
 decida
 Poder contra poder, vida por vida.
Hiss. Y amor, y trono, y libertad, sultana,
 Esta tarde tendrás.
Condesa, volviéndose desde la puerta.
 Moro, descuida:
 Muerta tengo de ser, ó soberana.
Hiss. y *Sim.* Vamos.
 (*Vanse por la salida del fondo.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, ELIAS.
El. Señor...
 (*Echándose á los piés del conde.*)
Conde. ¿Quién es ese hombre?
El. Un miserable,
 Señor, que á vuestras plantas humillado
 Viene á pedir su vida detestable.

Sintiendo entre los dedos... ¡miserable
De mí! ¿Cómo he de verle á impulso suyo
Pallidecer, temblar y desplomarse?
Yo no amaba á su padre: en una carta
Fácil era decir: « Va al campo, mátele. »
¡Pero á él yo misma, con mi propia mano,
Tranquilo el corazón, serío el semblante,
Dársela...! no: le tuve en mis entrañas;
Tiene mi mismo ser, mi misma sangre:
No, no: que viva, y cámbiese el destino.
¡Hijo mío!... ¡Infeliz! me acuerdo tarde.
Si vive, hoy mismo le echará de Burgos,
Pues hoy de Burgos contra moros parte,
Y mañana ese Hissem ¡que nunca viera!
Pondrá en sus manos mi secreto infame.
Esa carta fatal que mi deshonra
Al universo entero hará palpable,
Y á seis años de hipócritas virtudes
El velo criminal fuerza es que arranque.
Y el insolento vulgo castellano,
Y el vulgo vengativo de los árabes,
Ponderando mi crimen á porfía,
Insultarán mi nombre y mi cadáver.
¡ Maldita fué de mí nacer la hora!
¡ Maldito el sino que á la tierra traje,
Tigre sedienta de la sangre mía
Sin que jamás con la vertida me harte!
¡ Y no hay mas esperanza, no! Si el pliego
Llega á sus manos y su escrito sabe
Que conoce ya el vulgo, el mismo airado,
El mismo por su honor vendrá á matarme;
Sí, que no torcerá de su justicia
La recta ley ni por su propia madre.
El morirá tras mí de pesadumbre,
De deshonra y de horror, si á tanto osare:
Mas osará, que es su ídolo la gloria,
Y es de justicia testimonio grande.
Muera: retroceder es ya imposible;
Ante el destino la conciencia calle:
Muera, sí; pues mi horóscopo le ordena,
Yo no, sino el infierno es quien lo hace.
(Vierte el licor del pomo en la copa de oro.)
Cayó...! ¡ Veo á la muerte descarnada
Por detrás de los bordes asomarse
De la ancha copa, y con la seca mano
Y sonrisa diabólica llamarme!
¡ No, no hay remedio ya...! Mas ¡ si no bebe?
¿ Si hace un descuido que de copa cambie?
Ambas á dos las dejaré servidas,
Y él tomará la que le esté delante.
(Llena de vino las dos copas, y pone la de
oro, en que está el veneno, en el sitio del
conde.)
¡ Cúmplase pues nuestro fatal destino,
Que tumba al uno de nosotros abre!
Para uno de los dos guarda esa copa
De la callada eternidad la llave.
(Cae en el sillón desfallecida.)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, EL CONDE.

Conde. Madre mía.

(Después de contemplarla un momento.)

Condesa, espantada. ¿ Quién es? ¡ él!

Conde. ¿ Qué os espanta

De ese modo, señora, en mi semblante?

Condesa. ¡ Se me hiela la voz en la gar-
ganta!Sancho, no estrañes si de mí delante
Viéndote me turbé, que me quebranta
Saber que á lidiar vas. ¡ Terrible instante!Conde. Tal es mi obligacion, guardar mi
tierra

Antes que en mala paz en buena guerra.

Condesa. Siempre es la guerra tu primer
deseo;Tu primer pensamiento las batallas;
Tu mas galan y acomodado arreo
El casco duro y las tupidas mallas.
Siempre dispuesto á pelear te veo;
Siempre á la paz inconvenientes hallas,
Y entre tanto tus pueblos desdichados
Quedan con lo mejor, pero asolados.Conde. Madre, os vende la voz vuestro
deseoY habláis como muger, de las batallas
Siempre enemiga y militar arreo.
Si en vez de yelmos y tupidas mallas
La seda usando á que inclinada os veo
Puesto á su torpe paz no hubiera vallas,
Los árabes mis pueblos desdichados
Me dejaran con paz, pero asolados.Condesa. Un enemigo que la paz implora
Leal será, pues serlo necesita.Conde. Madre, eso no habla con la gente
mora,Raza salvage que el desierto habita:
Se humilla al vencedor, pero traidora
En oportuna rebelion medita.Condesa. Es, Sancho, esa opinion harto
estremada.Conde. Leed la historia de la edad pasada.
Siempre fueron lo mismo: los detesto,
Y mas reñir con ellos me acomoda
Que haberlos de sufrir.Condesa. Y á pesar de esto,
Sancho, á pesar de tu arrogancia toda,
Lejos ahora están de tus fronteras.Conde. No tan lejos, señora: esos peñascos
Guarecen á su sombra sus banderas,
Corvos alfanjes y redondos cascos.Condesa. Esas noticias son...
Conde. Harto seguras:Desde el balcon del camarín vecino
Se alcanza por las hondas quebraduras

ESCENA X.

EL CONDE, LA CONDESA.

Condesa. ¡ Siento los piés clavados á la
alfombra,Y siento que en latido atropellado
Hielo es mi corazón, mis ojos sombra!
Dame, infierno, el valor desesperado
Que esta ocasion tremenda necesita.)Conde. (Su crimen ¡ infeliz! ¡ cuánto la
asombra!)Condesa. (Cúmplase todo; pero pronto
sea,Antes que calme mi pasión precita,
Y este vértigo horrible que me agita
Contra mi misma convertirse vea.)
(Sale Sancho con un gran plato, que pone
en la mesa.)

ESCENA XI.

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO.

Conde. Madre.

Condesa. Héme aquí. (Con resolucion.)

Conde. Cuando gusteis.

Condesa. Ahora.

(Se sientan.)

Conde. Haz, Sancho, tu deber, y que tu
daga

De ese magro tasajo lonjas haga.

(A la condesa.)

Y vos tan triste no os mostreis, señora:
Comed y despejad el rostro adusto.
Con la causa leal que defendemos
Dios nos querrá ayudar y venceremos.
Condesa. (No puedo apenas respirar de
susto.)San. (De zozobra y de espanto no respiro
Mientras las copas preparadas miro.)Conde, á la condesa. ¿ Mas no comeis?
Efimeros temoresDesechad, madre mía:
Siempre fuimos nosotros los mejores,
Y espero en Dios que nos dará un buen día.

Condesa. ¡ Su voz me aterra!

Conde. ¡ Acabe esta agonía!

Ea, madre, por si es la postrimera
Que juntos ambos apurar debemos,
Asid la copa y apuralda entera;
Pues si dejarla en la mitad os vemos,
Que temblais por la suerte que me espera
O en mi valor dudais recelaremos.

Condesa. ¡ Yo, Sancho!

Conde. Ea, brindad á mi fortuna

Y hollará mi corcel la media luna.

De sus turbantes el revuelto lino.

Condesa. Moros, Sancho, enemigos tus
antojos

Te pintan por dó quier.

Conde. Madre, vos misma
Verlos podeis por vuestros propios ojos.Condesa. (Él en su misma perdicion se
abisma;Todo su mala estrella lo previno,
Y es inútil luchar con el destino.)

Conde. Ved al balcon, llegad.

(El conde le invita á que entre en el ca-
marín: la condesa no llega mas que al
dintel de su puerta, volviendo la espalda
á Don Sancho.)Condesa. (No tengo audacia
Para mirarle al rostro.)Conde. (Aun tengo miedo
De este infernal brebaje á la eficacia.)

(Saca un pomito.)

¿ Los veis?

Condesa. No.

Conde. Mirad bien. (¿ Qué aguardo? Ea,
De su misma traicion victima sea.)(El conde vierte el licor que contiene el
pomo en la copa de plata que la condesa
ha colocado en su sitio, mientras esta
mira por el balcon. Al punto de verter
el líquido el conde aparece Sancho, que
le dice aterrado:)

ESCENA IX.

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO.

San. ¡ Señor! (Aparte al conde.)

Conde, aparte á Sancho. ¡ Silencio! —
En fin al cuerpo demosEl nutrimento necesario y justo
Los que muy pronto pelear debemos,Sancho, sirvenos ya lo que tenemos,
Si es de mi madre voluntad y gusto.(Sancho, que hasta ahora ha ido colocando
al rededor de la mesa frutas en canas-
tillos, etc., etc., y en el aparador platos
de plata, ánforas para los vinos, etc.,
sale otra vez á buscar la vianda pedida
por el conde. Este, apoyado en el espal-
dar de su sillón, contempla á su madre,
que afectando mirar por el balcon que
se supone en el aposento inmediato, mos-
trará su incertidumbre y su angustia.
Esto depende de la actriz.)

ESCENA ULTIMA.

EL CONDE, SANCHO.

San. ¿Señor?

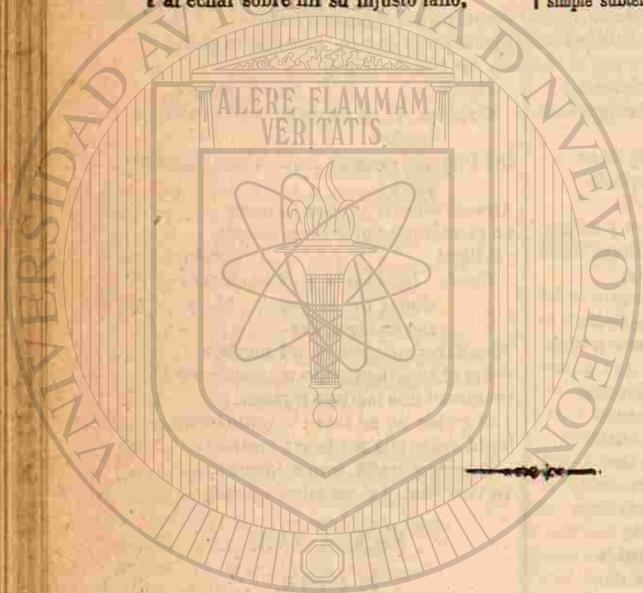
Conde. ¡Mi lanza y mi caballo!
 Mi fortuna á arrostrar con alma entera
 Y á morir con honor pronto me hallo.
 Sea paño á mi tumba mi bandera,
 Y al echar sobre mí su injusto fallo,

Diga por fin la gente venidera:

«Con tan gran corazón ser no podía
 Un malvado tan vil Sancho García.»

(Sale el conde, Montero le sigue. — Cae el telón.)

NOTA DEL AUTOR. Todos los versos que van marcados con esta señal * se suprimieron en la representación, por evitar pesadez en las escenas á que corresponden; y porque la decoración de la segunda parte del acto segundo se varió, dejándola en un simple subterráneo.



CAIN, PIRATA,

CUADRO DE INTRODUCCION AL DRAMA EN TRES ACTOS

TITULADO

UN AÑO Y UN DIA.

PERSONAS.

CAIN, capitán pirata.
 RODULFO.
 ELENA.
 PEDRO.

TOMAS.
 UN MARINERO DE LA MARINA REAL.
 DOS MARINEROS PIRATAS
 DOS DE LA MARINA REAL.

La escena es en la isla Cabrera, una de las Baleares. Siglo XVII.

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo.
 Rocas á la derecha. La acción empieza al anocheecer de un día de junio.

ESCENA PRIMERA.

(El mar empieza á calmarse despues de una tempestad y la noche va cerrando. Pedro aparece bajando por los peñascos á la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.)

PEDRO.

¡Esto va malo, Perico!
 No es esta vida salvaje
 Para quien ha estado siempre
 Entre seres racionales.
 Ello es verdad que, no habiéndolos
 Aquí, tampoco hay percanes
 De escribanos ni alguaciles...
 Y esto, ¡qué diablo! algo vale.
 Aquí nadie me pregunta
 Ni exige pruebas legales
 Que acrediten que soy Pedro,
 Diego, Juan, Antonio ó Jaime;
 Mi oficio, mi ocupacion,
 Qué casa vivo y qué calle.

Todo eso es verdad, sin duda,
 Y una ventaja muy grande
 Para hombres que como yo
 No gustan de que se hable
 Mucho de ellos: mis asuntos
 Al cabo á nadie le atañen.
 Pero ajustando las cuentas
 En limpio, y por otra parte
 Viendo el negocio, es muy duro
 Que un hombre la vida pase
 Como un lobo entre las peñas,
 Los espinos y los árboles,
 Durmiendo en una caverna,
 De peces alimentándose,
 Y esperando á que la mar
 Le arroje algo que le cuadre,
 Presa arrancada á otro pobre
 Por traidores temporales.
 ¡Oh, y el de hoy fué cosa horrenda!
 Hizo noche á media tarde.
 Esto va malo, Perico...
 Mas de la vista al alcance
 Flota en el agua un objeto,
 Dos, tres... ¡bah! Dios te lo pague,
 Levante amigo, que empujas
 Hacia tierra el oleage.
 Y es un barril... ¡haga el diablo
 Que no sea de vinagre,
 Que á fé que no necesito

ESCENA ULTIMA.

EL CONDE, SANCHO.

San. ¿Señor?

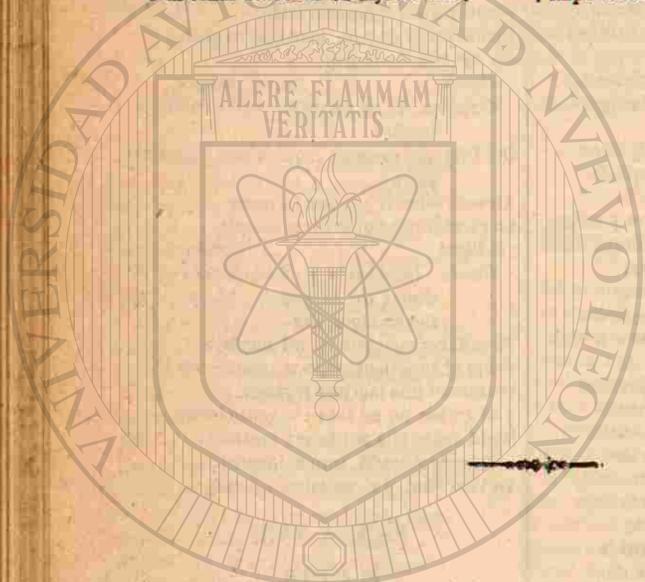
Conde. ¡Mi lanza y mi caballo!
 Mi fortuna á arrostrar con alma entera
 Y á morir con honor pronto me hallo.
 Sea paño á mi tumba mi bandera,
 Y al echar sobre mí su injusto fallo,

Diga por fin la gente venidera:

« Con tan gran corazón ser no podía
 Un malvado tan vil Sancho García. »

(Sale el conde, Montero le sigue. — Cae el telón.)

NOTA DEL AUTOR. Todos los versos que van marcados con esta señal * se suprimieron en la representación, por evitar pesadez en las escenas á que corresponden; y porque la decoración de la segunda parte del acto segundo se varió, dejándola en un simple subterráneo.



CAIN, PIRATA,

CUADRO DE INTRODUCCION AL DRAMA EN TRES ACTOS

TITULADO

UN AÑO Y UN DIA.

PERSONAS.

CAIN, capitán pirata.
 RODULFO.
 ELENA.
 PEDRO.

TOMAS.
 UN MARINERO DE LA MARINA REAL.
 DOS MARINEROS PIRATAS
 DOS DE LA MARINA REAL.

La escena es en la isla Cabrera, una de las Baleares. Siglo XVII.

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo.
 Rocas á la derecha. La acción empieza al anocheecer de un día de junio.

ESCENA PRIMERA.

(El mar empieza á calmarse despues de una tempestad y la noche va cerrando. Pedro aparece bajando por los peñascos á la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.)

PEDRO.

¡Esto va malo, Perico!
 No es esta vida salvaje
 Para quien ha estado siempre
 Entre seres racionales.
 Ello es verdad que, no habiéndolos
 Aquí, tampoco hay percanes
 De escribanos ni alguaciles...
 Y esto, ¡qué diablo! algo vale.
 Aquí nadie me pregunta
 Ni exige pruebas legales
 Que acrediten que soy Pedro,
 Diego, Juan, Antonio ó Jaime;
 Mi oficio, mi ocupacion,
 Qué casa vivo y qué calle.

Todo eso es verdad, sin duda,
 Y una ventaja muy grande
 Para hombres que como yo
 No gustan de que se hable
 Mucho de ellos: mis asuntos
 Al cabo á nadie le atañen.
 Pero ajustando las cuentas
 En limpio, y por otra parte
 Viendo el negocio, es muy duro
 Que un hombre la vida pase
 Como un lobo entre las peñas,
 Los espinos y los árboles,
 Durmiendo en una caverna,
 De peces alimentándose,
 Y esperando á que la mar
 Le arroje algo que le cuadre,
 Presa arrancada á otro pobre
 Por traidores temporales.
 ¡Oh, y el de hoy fué cosa horrenda!
 Hizo noche á media tarde.
 Esto va malo, Perico...
 Mas de la vista al alcance
 Flota en el agua un objeto,
 Dos, tres... ¡bah! Dios te lo pague,
 Levante amigo, que empujas
 Hacia tierra el oleage.
 Y es un barril... ¡haga el diablo
 Que no sea de vinagre,
 Que á fé que no necesito

Acidos que abran el hambre!
¡Hola, hola, y cómo pesa!
Y allí viene un cajón grande,
Y mas allá veo un fardo
Y otro barril; ¡oh santo ángel
De mi guarda! y esto es vino,
Y esto pólvora.

Voz en el mar. ¡Amparadme,
Santo Dios!

Ped. ¡Cielos, qué acento!

Voz. ¡Ay de mí!

Ped., mirando. Del agua sale:
¡Oh! sí, lo veo, es un naufragó.

(Haciendo seña con las manos.)

¡Eh! buen hombre, ánimo; nade
Un poco mas, y está en salvo.
No me escucha... ¡Oh! se desasé
Del palo á que se agarraba;
No puede mas... á salvarle
Voy, si es que alcanza su vida
Hasta que llegue á esperar-me.

*(Se arroja al mar, y queda un momento
sola la escena.)*

ESCENA II.

PEDRO, ELENA.

*(Pedro trae á Elena desmayada y la pone
sobre las piedras.)*

Ped. Dios quiera que aun sea tiempo
De salvarla... ¡Oh! ¡hubo un instante
En que temí por los dos
Del agua con los embates!
¡Infeliz! perdió el sentido
Antes de que yo llegase,
Y ya á merced de las olas
Estaba próxima á ahogarse.
Si un sorbo de vino al menos
Pudiera hacer que tragase.
¡Vamos á ver!

*(Toma una concha, vierte en ella unas gotas
del licor que contiene el barril y se
lo hace tragar.)*

Elena. ¡Ay!

Ped. Respíra.

Elena. ¿Dónde estoy?

Ped. En un parage

Seguro ya, aunque no ofrece
Sobradas comodidades.
Ea, bebed; que ahora es fuerza
Reponerse y calentarse,
Porque el baño ha sido largo
Y peliaguillo el lance.

Elena. Y vos, hombre generoso,
Que sin duda por salvarme
Vuestras ropas aun mojadas

Muestran que al mar os echásteis,

¿Quién sois? ¿qué país es este?

Ped. Contestacion no muy fácil
Tienen esas dos preguntas,
Señora... mas escuchadme,
Aunque no den mis palabras
Gran consuelo á vuestros males.
La tierra en que estais es una
De las islas Baleares.

Elena. ¡Oh! ¿cuál de ellas?

Ped. La Cabrera,

Pero no hay mas habitantes
Que nosotros en su suelo,
Y no siendo útil á nadie,
Rara vez aporta un buque
A sus riberas salvages.
Há tiempo habia una torre,
De la cual eran guardianes
Diez soldados españoles;
Mas dos ó tres años hace
Que un dia los degollaron
Unos piratas de Tánger.
Por lo que toca al país
Os he dicho lo bastante;
Y en cuanto á mi, de mi historia
No habrá mucho que relate.

Soy mallorquin: mis negocios
Me hicieron al mar lanzarme
De un pescador en un bote,
Y el mar me echó á estos lugares.
Un mes há que estoy en ellos,
Y puesto que á ellos llegásteis,
Contándoos como vivo
No hay para que mas os canse.

Elena. ¡Ay de mí! ¿con que en tal caso
No hay medio de abandonarles?

Ped. Ninguno, como algun buque

No nos descubra, que pase,
O algun águila marina
De los pelos no nos saque;
Lo cual, señora, ya veis
Que sería extraño viaje.

Elena. ¿Y qué hacer?

Ped. Nada; poner

En manos de Dios, estarse
Noche y dia en atalaya
Por si llegar vemos algun
Que nos socorra, y vivir
En soledad agradable
Como allí en el paraiso
Nuestros primitivos padres.

Elena. ¡Misericordia de Dios!

Ped. No está de mas invocarle.

Mas decidme (esto, señora,
Si es que se puede y os place),
Cómo llegásteis aquí.

Elena. Un barco de catalanes,
A cuyo bordo á Mallorca

Pasaba desde Alicante,
Naufragó, perdido el rumbo
Con la borrasca, y salvarme
Logré asida á ese madero,
Luchando toda la tarde
Con la mar, desesperada
De lograrlo á cada instante.
Esta es mi historia, buen hombre.

Ped. Ea pues, Dios nos depare

Buena suerte, y buen auxilio.
Entre aquestos peñascales
Tengo una mala barraca;
Ocupadla, y que descanse
Dejad al cuerpo unas horas
Mientras que pongó remate
A la coleccion de frutos
Que la marea nos trae.
Y tiempo hay de discurrir
Lo que conviene.

Elena. Ayudadme,
Que estoy entumida toda.

Ped. Dadme el brazo, y animarse

¡Voto vá el diablo!

*(Éntranse por la derecha, y vuelve luego
Pedro solo.)*

ESCENA III.

PEDRO.

Ea pues.

Héme aquí ya ¡vive Dios!
En medio de este desierto,
Y á la tormenta deador
De una nueva compañera
Que en mi soledad me dió.
Vaya, veamos qué es esto.
¡Hola! barrica de ron,
Un baul...
(Lo rompe con una piedra para abrirlo.)

Ropa... pistolas...
Un collar, un libro, dos,
Tres, cuatro... esto era de un sabio;
Veamos qué libros son.
« Historia de Carlo Magno
Y los doce pares... » ¡oh!
¡Gran libro! « Tomo tercero,
Comedias de Calderon. »
Siempre que no hablen en ellas
Mas personajes que dos
Bien las podemos hacer
Esa compañera y yo.
*(Sigue recogiendo cajones y demas objetos
que el mar arroja á la playa.)*

ESCENA IV.

PEDRO, ELENA.

Elena, dentro. ¡Eh! mirad, mirad.

Ped. ¿Qué es ello?

Elena. Un barco.

Ped. ¡Poder de Dios!

(Aparece á lo lejos un bergantín.)

Y es cierto; hagámosle seña,
Ahí teneis ese giron
De mi manta... mas ¿qué es esto?
O veo visiones yo,
O á las velas cogen rizos:

¡Sí, si, viran á estribor,

Dirigen aquí su rumbo.

Elena, desde las peñas. ¡Oh! mis ruegos
escuchó

El cielo, y en ese barco

Nos envia salvacion.

Ped. Botad al agua una lancha;

Pero ¡vágame el Señor!

Buen amparo nos envia.

Elena. ¿Qué decis?

Ped. ¡Pues! Ellos son.

Elena. ¿Quiénes?

Ped. ¿No veis los arreos?

Piratas.

Elena. ¡Cielos! ¡hay hoy
Mas desdichas que apurar!

Ped. Pronto, ocultaos, si no

Quereis que seamos hechos
Cautivos ambos á dos.

Meteos entre las peñas;

Puede que su espedicion

No sea mas que á hacer agua;

Y con prudencia y valor

Puede que salgamos bien

Y que nos ayude Dios.

Elena. Si él no lo hace...

Ped. Ea, venid.

Y dejadme que obre yo,

Que para perdernos ambos

Siempre ha de ser ocasion.

(Vanse por la derecha.)

Elena. ¡Piratas! — ¡Ay esperanza

De sueño fascinador!

ESCENA V.

CAIN, RODULFO, TOMAS, DOS PIRATAS,
EN UNA LANCHA Y CON TRAGES SICILIANOS,
PISTOLAS AL CINTO, ETC., ETC.

Cain. Sacad á tierra esas pipas,
Bajadlas á la caverna
En que el manantial se oculta,
Y avisad cuando estén llenas.

Pese al capitan ó no,
En esta isla tendré yo
Libertad ó sepultura.

Tom. ¡Tan resuelto!

Rod. Sí, Tomás;
Y pues tú mi solo amigo
Fuiste siempre, tú conmigo
Libre ó muerto quedarás.

Tom. ¡Ah! el capitan, pobre niño,
Tal vez te dé esa licencia,
Porque en Dios y en mi conciencia
Te tiene mucho cariño.
Pero á mi... nunca lo esperes.

Rod. ¿Y porqué? ¿no sabe acaso
Que sin ti no he dado un paso
Desde nací? ¿Que me quieres
Como á un hijo? ¡Oh! yo me atrevo
A asegurar que consiente
En que dejemos su gente.

Tom. Y yo consentir no debo
Que en mi nombre le supliques,
Porque á la primer sospecha,
Rodulfo, á la mar nos echa...

Rod. Por Dios, Tomás, que te expliques.

Tom. Mira, Rodulfo: yo fui
Quién los primeros abrazos
Te dió, y en mis propios brazos
Al nacer te recogí.
Desde aquel dia fatal
No me he separado un punto
De tí, y pensaba difunto
Dejar compañía tal.

Tú, que no puedes memoria
Conservar de tu niñez,
Ni aun te imaginas tal vez
Tu desventurada historia.
Mas yo que la tengo escrita,
Rodulfo, en mi corazon,
Medito tu salvacion,
Y hasta el descanso me quita.

No, no; con razon ninguna
Podemos ni tú ni yo

Vivir con quien nos juntó

Nuestra maldita fortuna.

Pero sigue mi consejo:

Si tú te quieres salvar,

A mí no me has de nombrar,

Que los conozco y soy viejo.

Rod. No sé, Tomás, qué adivino
De siniestro en tus palabras.

Tom. Sigue mi consejo y labras
Tu destino y mi destino.

Rod. ¿Y qué me tengo de hacer

Sin tus consejos en tierra,

Si en el llano ó en la sierra

No sé los peligros ver?

Los que en la mar nos pasamos

Nuestra vida, ¿qué valemos

En tierra si no tenemos
Uno tras de quien vayamos?
Seré... infeliz ó dichoso;
Pero ¿piensas que sin tí
Pueda olvidar que hoy aquí
Dejo un hombre generoso?

Ya me depare mi suerte
Una opulenta fortuna,
Ya oscura como mi cuna
Ruede mi vida á mi muerte,

Tomás, tú en mi corazon
Vivirás siempre conmigo,
En mis placeres amigo
Y consuelo en mi aficcion.

Si, pediré al capitan
Nuestra licencia; los dos
Juntos, que juntos por Dío
Nuestros destinos están.

Tom. ¡Hijo mio! así te quiero,

Noble y generoso, así:
Bien veo, Rodulfo, en tí *(Con entusiasmo.)*
Tu valor de caballero!

Rod. ¿Qué dices, Tomás? Mi padre...

Tom. ¡Calla por Cristo, imprudente!

Rod. Pero...

Tom. A pesar de esa gente

Vive en tí tu noble madre.

Rod. ¡Mi madre! *(Con tristeza.)*

Tom. ¿Qué te entristece?

¿Te pesa de asemejarte

A tu madre?

Rod. A confesarte

La verdad, no me parece

Bastante esa semejanza.

De mi padre la quisiera,

Porque con ella creciera

Mas hidalga mi esperanza.

Tom. Pues en fin, al tiempo aguarda,

Que quien tuvo buena madre

Bien puede tener buen padre.

Rod. O ella una pasion bastarda.

Porque mi padre, lo ves,

Es ya de rapiña un ave

Que solo hacer presa sabe

Con las alas y los piés.

Tomás, ¡Dios me lo perdone!

Pero siento á mi pesar

Que jamás le podré amar

Aunque el ser padre le abone.

Y si no es por el amor

Que tú siempre me has mostrado,

Al mar me hubiera arrojado

Mil veces en mi furor.

Tom. ¡Ay, Rodulfo! ya lo sé.

Yo que á tu lado he dormido

Tantos años, conocido

Tu corazon tengo á fé.

¡Cuántas veces escuchándote

Bajo pesadilla horrible
Luchar, á la lid terrible
Puse yo fin despertándote!
¡Cuántas veces al salir
Ese fatal pensamiento
De tu boca, ahogué tu aliento
Por si él lo podía oír!
Rodulfo, tienes razon:
Ya acompañarnos no debes,
Y si á dejarnos te atreves
No pierdas esta ocasion.

Rod. Sin tí, imposible será.

Tom. De rodillas te lo pido;
No me nombres, ó perdido
Tu porvenir todo está.

Rod. No alcanzo por qué misterio...

Tom. No le intentes comprender,
Porque es forzoso ceder
A su poderoso imperio;
Y te lo digo otra vez,
Aunque te canse mi afan...
Mas viene allí el capitan,
Ten en cuenta su altivez.

Rod. Mi puesto voy á ocupar,
Tomás; y antes de partir
Mi padre aquí me ha de oír,
O aquí me habrá de matar.

(Sube.)

Tom. ¡Oh bizarro corazon!
¿Cómo tu sangre conoces!
¡Y cómo te dice á voces
Tu origen, tu inclinacion!

ESCENA IX.

TOMAS, CAIN.

Cain. ¿Qué hace esa gente? ¿Tenemos
Acaso el tiempo de sobra,
Cuando ingleses nos dan caza
Y está cercana la aurora?
Baja á la gruta y aguijalos.

Tom. Capitan, ved que son hondas
Las pipas.

Cain. ¡Eh! que las llenen
Pronto, y sino que las rompan.

ESCENA X.

CAIN, DESPUES PEDRO.

Cain. Nada penetran los ojos
Por esas tinieblas lóbregas;
Mas ¿quién sabe lo que ocultan
En su oscuridad recóndita?
¿Adónde está ese muchacho?
*(Al subir por las rocas, como buscando á
Rodulfo, ve la entrada de la cueva donde
se oculta Pedro.)*

II.

¿Pero qué tenemos? ¡Hola!
No conozco esta abertura,
Y allá arriba hay una choza
Metida entre los peñascos:
¿Quién este desierto mora?
Ese rumor... aquí hay gente
Guarecida... una pistola
Meto dentro... ¡eh! en esa gruta
Quien quiera que esté responda,
O muere como un gazapo.

Ped. Teneos, teneos.

Cain. ¡Hola!

¿Quién eres tú?

Ped. ¿Yo? Un perdido,
A quien echaron las ondas

A estas riberas desiertas.

Cain. ¿De dónde eres?

Ped. De Mallorca.

Cain. ¿Quién está contigo?

Ped. Nadie.

Cain. Pues qué, ¿el mar se tragó toda

La tribulacion del barco

Que montabas?

Ped. Mas persona

No habia dentro que yo.

Cain. Esplicáte, y sea con pocas

Palabras si amas tu vida

Y conservar la importa.

Ped. Pues bien, yo hice en mi pais

Unas cuantas de esas cosas

En que contra gusto de uno

Cartas la justicia toma,

Y no gustándome mucho

Que de cerca me conozca,

Así un bote á un pescador

Y écheme á la mar traidora.

Cain. Y poco diestro sin duda...

Ped. En eso acaba mi historia.

Cain. ¡Oh! parece que eres hombre

Capaz...

Ped. De cualquiera cosa.

Cain. ¿Y ahora qué piensas hacerte?

Ped. Aguardar la suerte loca;

Nada tengo que perder;

Cuanto logre pues me sobra.

Cain. ¿Tienes aficcion al mar?

Ped. No mucha, que es veleidosa

El agua, y muda inquieta

Segun el viento que sopla.

Cain. ¿Y si te vieras en tierra,

Fueras hombre cuya boca

Guardar supiera un secreto

Y mandar una maniobra?

Ped. Sin duda.

Cain. ¿Serias hombre

Para acudir á la costa

En un dia convenido

Con una respuesta pronta?

Ped. ¿Qué Inconveniente tendria?
Nadie me sujeta ahora,
Y al servicio de cualquiera
Puedo entrar, si me acomoda.
Cain. ¿Tienes talento y constancia
Para armar una tramoya
Y enredar una novela?

Ped. No habra jugar que se ponga
Tanto disfraz como yo
Si usar de muchos importa.

Cain. ¿Y si te ponen á prueba
Cantarás la palinodia?

Ped. Lo que está en mi corazon
Allí se pudre y se ahoga.

Cain. ¿Y si con harpones de oro
Te lo pescan?

Ped. Si en mi bolsa
Hay una sola moneda,
En vano han de echarlos.

Cain. Toma,
Para dos meses hay hartó;
Al fin de ellos á la costa
Te acercará de Marbella,
Sabiedo cuántas personas,
Cuántos bienes, cuántas rentas,
En fin, cuanto corresponda
A la familia de un conde
Que á una expedicion remota
Salió de España.

Ped. ¿Su nombre?
Cain. Quanto á este negocio toca
De mi bergantin á bordo
Sabrás: te daré las notas
Y documentos precisos
Para cambiar tu persona
En la de otro hombre, que á bien
Que no saldrá de las ondas
A desmentirte, y te haré
Tomar tierra en cierta costa
Adonde no ha de alcanzarte
La justicia de Mallorca.
¿Te acomoda?

Ped. Sí.
Cain. Está bien,
Y si mis planes se logran,
Tendrás tierras é hidalgua,
Y aun puede que esclavos y honra.
(Hace Cain una señal con un pito que
lleva colgado al cuello, y mientras
aparece á esta señal Tomás, dice
Pedro:)

Ped. Fortuna te dé Dios, hijo,
Dice el refran, y te sobra
Lo demas. — Esta mañana
Mi esperanza era tan corta
Que no ocupaba estendida
El espacio de una ostra;
Me estorbaba hasta mi nombre;

Y al cabo de pocas horas
Tierra y mar tengo por mio,
Represento tres personas,
Dirijo grandes negocios
Y espero hidalgua y honra.
¡Bah! tiene razon quien dice
Que este mundo es una bola,
Y que la empuja el demonio
Del lado que se le antoja.

ESCENA XI.

CAIN, PEDRO, TOMAS.

Cain. Ve aquí un nuevo compañero
Que ha de venir con nosotros,
Mas la alianza es secreta.
Cuándo volvamos á bordo
Con nosotros ha de ir;
Llévale pues.

Tom., á Pedro. Si capcioso
Lazo me tiendes, te juro
Que ves de la mar el fondo.

Ped. Dime, ¿impiden tus asuntos
Los que interesan á otro?
¿No puede un hombre de dos
Ser agente de negocios?

Tom. Pues bien, ni tú me conoces
Desde hoy, ni yo te conozco:
No haya palabra ni seña
En el buque entre nosotros:
Sirvámonos mutuamente,
Mas en secreto.

Ped. En un pozo
Echaste el tuyo.

Tom. Él conserva
Tu cabeza entre tus hombros.

Ped. Juguemos limpio y vivamos.
Tom. Eso mismo te propongo.

Ped. Y eso admito.
Tom. Vamos pues.
Cain gusta de estar solo.

ESCENA XII.

CAIN.

Si, si: fuera del mar se necesita
Una morada incógnita y segura:
Ya mi sed de vagar se debilita,
Ya deseo quietud, calma y holgura.
Hoy un oculto espíritu me incita
Otra vida anhelar y otra ventura.
Con el oro que tengo y con mi aliento
¿A qué no puede osar mi pensamiento?
Buques tendré en el mar que me acarreen
Espléndido botín, tendré en la tierra
Viles esclavos que su vida empleen

MI reposo en velar; tendré en la sierra
Montero que á mi antojo me la ojeen,
Y haré á los osos y á los ciervos guerra;
Y en fin, con mi osadía y con mi plata
Mas que cualquiera rey será el pirata.
(*Elena asoma.*)

Sí, tomaré ese nombre, y esa historia:
Dentro de mi se encerrarán dos seres,
Ambos con gran poder, ambos con gloria:
Y si hay alguien que pueda mis placeres
Turbar guardando de quien fui memoria,
Antes que ose traidor decir: tú eres...
Aunque tenga por medio una alpujarra
Le cortará la voz mi cimitarra.

ESCENA XIII.

ELENA, CAIN.

Elena. No tan pronto será que no te lance
Tu ingratitud al rostro.

Cain. ¿Dios, qué veo!

Elena. Ni tan pronto será que no te al-
cance

Su suplicante voz.

Cain. ¿Que sueño creo!
¡Oh! ¿Y es en realidad la misma Elena,
O es ilusion que engaña mis sentidos?

Elena. No. no; de amor y esperanza llena
Elena es la que habla á tus oidos.

Cain. ¿Quién te trajo á esta playa?
Elena. El aire incierto,

La tempestad, el mar, tu mala estrella.
Cain. La tuya si que te ofreció mal puerto,
Pues que te trajo á dar conmigo en ella.

Elena. ¡Oh! no tan malo si á encon-
trarte acierto,

Que muy largo tiempo rastreé tu huella,
Y navegué segura de encontrarte
Sin mas rumbo ni afan que el de buscarte.

Cain, con frialdad. Pues bien, héme
aquí ya: di, ¿qué me quieres?

Elena. ¿Eso preguntas tú que me co-
noces?

¿No tienes corazon? ¿De mármol eres?
¿No te lo dice tu conciencia á voces?

Me amaste y te adoré; partí contigo
El placer y el dolor; en la montaña
A los tuyos y á ti franqueé un abrigo...

¿Hallarme, si esto sabes, qué te estraña?
Cain. Y bien, ¿qué te se antoja? ¿qué
apeteces?

¿Oro? rica serás. La tierra es tuya,
Libre como las aves y los peces
Busca mansion, mas huyeme.
Elena. ¿Que huya,

Hombre sin corazon! ¿con tierra y oro
Pagarás el amor que hay en el mio?

¿Quieres pagar con brezos un tesoro!
Mas tiembla.

Cain, con desprecio. ¡Eh! de esa cólera
me rio.

Elena. ¿Te olvidas de que fui tu compa-
ñera?

¿Que sé desde el momento en que naciste
Tu historia toda entera?

¿Te olvidas que mi amor y mi esperanza
Pueden tornarse en bárbara venganza,
Tus crímenes contando por dó quiera?

Cain. Cuéntalos en buen hora. ¿Qué hay
en ellos

Que no tenga su origen
En esas leyes que á los pueblos rigen,
Y que dan á sus súbditos los reyes
Sin preguntar si necesitan leyes?
Yo buscaba en Sicilia
Mi pobre vida; en mi batel pasaba
Una y otra vigilia,
Y un pedazo de pan á mi familia
Con mi sudor compraba.

Te amé, y vivi feliz entre peligros
Que siempre desprecié; pero ¿qué hicieron
Las leyes con nosotros? remolcaron
Nuestro barquillo y en la mar lo hundieron,
Despues defraudadores nos llamaron,
Por las peñas despues nos persiguieron,
Y al pobre que cogieron
En los robles del monte le colgaron.

¿Qué pudimos hacer? como nosotros
Nuestros padres tambien vivido habian:
No nos dejaron otros
Oficios ni caudales, ni podian.
Cual fieras acosados
De nuestro hogar lanzados
Sin amparo en la tierra,

La sociedad nos arrojó en su encono;
Y salimos al mar á hacerla guerra,
Y en él buscamos libertad y trono:
Y desde entonces, sí, la tierra toda
Nuestra enemiga fué, y la tierra ingrata
Pagó tributo al vencedor pirata.
Tal es mi historia, de lo que haya en ella
A la razon contrario,
No me culpen á mi, sino á mi estrella.

Elena. Mas cuando al mar salia
Por la primera vez, y á las bravias
Olas del mar tu porvenir fiabas
El solo sér de quien fiar podias
En la ribera sin piedad dejabas.

Cain, con amargura. Y allí dejé tam-
bien padres y hermanos,
Cuanto pude querer quedó en Sicilia.
¿La sangre en que á teñir iba mis manos
Alcanzara á mi amor, á mi familia?
No: ¿cómo fuera el tigre carnívero
Camarada del tímido cordero?

UN AÑO Y UN DIA,

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL CONDE REINALDO (GAIN).
DON JUAN (RODOLFO).
DON PEDRO (PEDRO).
ISABEL.

ELENA (muger con manto en el acto 1º).

La escena en Lubrin, pueblecillo cercano á la costa y al valle de Purchena, en Andalucía.

TOMAS.
CLARA, criada.
JUAN.
GIL.
UN CAPITAN DE GUARDACOSTAS.
UN SOLDADO (marinero en el prólogo).

ACTO PRIMERO.

Habitacion amueblada al gusto del siglo XVII. Puerta en el fondo y otra á la derecha. A la izquierda otra secreta y una ventana. Un reloj que marca el tiempo, y apunta las doce menos veinte minutos. Nada de lujo.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO.

La media ha dado... ya tarda,
Y si se pasa la hora...
¡Ah! ni vivo ni sosiego
Hasta ver cómo se logran
Mis planes, y cómo salgo
De tan infernal tramoya.
Sí, sí; fuerza es dar un brinco
Antes que el velo se rompa
Y el tiempo aclare los hechos:
Mas aun no parece... ¡hola!
Oigo ruido en la escalera:
Él es... él es... ¡arda Troya!
(Va hácia la puerta á recibir al conde, que llega vestido con lujo.)

ESCENA II.

DON PEDRO, EL CONDE.

Conde. Dios sea contigo, Pedro.

Ped. Bien venido, conde.

Conde.

¿Es hora?

Ped. Para nuestra cita, la única,
Temprano para la otra.

Conde. ¿A qué hora se cumple el plazo?

Ped. A las doce en punto.

Conde. ¿Todas
Mis órdenes se han cumplido?

Ped. Sí, señor conde.

Conde. ¿Está pronta

La mojiganga de escribas

Y el aparato de boda?

Ped. Nada falta.

Conde. Vamos pues

A tratar de lo que importa.

¿Vendrá el capitán?

Ped. Vendrá.

Su última carta amorosa

Se reduce á asegurar

A la muchacha su próxima

Vuelta; ya sabeis que yo

Se las intercepto todas.

Conde. ¿Y qué fecha tiene la última?

Ped. Si la cuenta no equivoca

Mi aritmética, es hoy mismo

Cuando llega, y esta sola

Circunstancia me obligaba

A esperaros con zozobra.

Conde. Desecha todo temor:

Gente leal y briosa

He apostado por dó quiera

Que por todo el valle ronda.

¡Oh! aunque vuelva el capitán

Llegará tarde.

Ped. En buen hora.

Y de la mar ¿qué tenemos?

Conde. Todo va á pedir de boca;

Un día de estos mi barco

Vendrá á fondear en la costa.

Ped. ¿Y de aquel hombre hay noticias Exactas?

Conde. Su mano propia

Fué quien escribió la carta

En que me anuncia tal cosa.

¿Pero te alarma esta nueva?

Ped. A mí, ¿porqué?

Conde. Tu faz toma

Mal color. ¿Te sientes malo?

Ped. No, por Dios. ¡Vaya! es graciosa

La aprension! Seguid, seguid.

¿Qué puede haber en mi contra

En la vuelta de un marino

Que vuestra privanza goza?

¿No es un amigo leal

Que nos sirve y nos apoya?

Conde. Tienes razon.

Ped. Vaya, hablemos

De nosotros mismos.

Conde. ¿Oiga!

¿No olvidaste...?

Ped. No por cierto:

Cada uno atiende á su propia

Conveniencia, y para ella

Tengo yo buena memoria.

Conde. Sea, pues; tiempo es de echar

Esta máscara enfadosa,

Y mostrar uno cuál es

Su pensar y su persona.

Un año entero aguardé

Por no dar una sonora

Campanada, que se oyera

Diez leguas á la redonda

Tres años há estoy aquí,

Metido como una zorra

En ese negro castillo

Sin que nadie me conozca

Ni me vea cara á cara;

Mas no será desde ahora

Lo mismo, porque ya me hallo

Con poderes que me sobran.

Si se harta de mí esta tierra,

O á mí la tierra me enoja,

En la mar tengo mi barco,

Y allí mi fortuna próspera.

Como he comprado este valle

De España, si se me antoja

Iré á comprar todo un puerto

En otra playa remota.

Ped. Sí, pero estais, señor conde,

En Purchena por ahora:

Y está tan cerca Granada,

Y es esta gente tan tosca,

Que si prudentes no andamos

El pan nos cuesta una torta.

El plazo está al concluir;

Una escena escandalosa

No conviene en modo alguno;

En este plazo no hay próroga:

O el capitán viene ó no:

Si retardarle se logra,

Vuestra es Isabel... mas falta...

Conde. Entiendo; tapan la boca...

Ped. No estimar el sacrificio

De su voluntad; os odia;

Y sin embargo se entrega

Resignada vuestra esposa,

Si no vuelve el capitán;

Y esta abnegacion no es poca.

Conde. Y bien, ¿en cuánto se aprecia?

Ped. No se aprecia, que se dora;

Y doradas muy distintas

Parecen todas las cosas.

Conde. Mi palabra es como el sol,

Fija.

Ped. Pues teneis esposa.

¿Y el capitán...?

Conde. Cumple tú,

Que yo haré lo que me toca.

Ped. Pues salid, que la oigo ya.

Y, señor conde, ya os consta

Que fué condicion no veros

Hasta el plazo.

Conde. Y bien gustosa

Puede estar de mi obediencia.

A Dios, pues. (Como yo coja

La muchacha, ya irás tú

Donde el secreto no te oigan.)

(Vase.)

ESCENA III.

DON PEDRO.

(Como la venta sea buena
Y yo á caballo me ponga,
Aunque tenga mas prosapia
Que la dinastía goda.)
¡Oh! y salga por donde quiera,
Porque despacio mirándolo
El demonio va enredándolo
De muy estraña manera.
Y si antes que me eche fuera
Viene el otro á darme un susto...
No, no; ese hombre está en lo justo,
Me libra de ese cuidado
Y él se queda muy holgado
Saliéndose con su gusto.

ESCENA IV.

DON PEDRO, ISABEL.

Isab. ¡Ay, padre, sin vida estoy!
Ped. No hay ya remedio, Isabel.
Isab. Y há un año que no sé de él.
Ped. Y el plazo se cumple hoy;
 Tú misma lo propusiste
 Y no has de volverte atrás.
Isab. No me imaginé jamás
 Un desengaño tan triste.
 ¡Un año entero ¡ay de mí!
 Sin ver una letra suya!
 Yo no sé, padre, que arguya:
 ¡Me olvidó!
Ped. Creo que sí.
Isab. ¡Si decís! Tal vez por cierto
 Lo dais... Acabad, señor,
 Que no es posible á mi amor
 Vivir otro día incierto.
 Hoy este plazo concluye:
 Si al fin él no ha de volver,
 Mejor quisiera saber
 Que me aborrece y me huye.
Ped. ¿Qué otra cosa imaginarse?
 Tan amante y tan resuelto
 Al partir, y ni aun ha vuelto
 Con una carta á anunciarse.
 Si no te olvidó inconstante
 Al verse lejos de tí,
 Sospecho que murió allí
 En guerra y país distante.
 De cualquier modo, Isabel,
 Don Juan, inconstante ó muerto,
 Pues ni aun escribe, es lo cierto
 Que nada hay que esperar de él.
Isab. Pero si suerte fatal
 Se lo impidiera, y me amara,
 ¡Por quien soy que le esperara!
Ped. ¡Isabel, no hicieras tal!
 No; yo no tengo, hija mía,
 De ese hombre noticias ciertas,
 Mas considera, y lo aciertas,
 Que hoy es de tu boda el día.
 Ni yo propondré mas plazos,
 Ni los admitiera el conde:
 Al que llegue corresponde
 Tu amor.
Isab. Pero ¿y si á mis brazos
 Llegan á un tiempo los dos?
Ped. Los dos se lo arreglarán,
 Aunque á fé que no serán
 Tan exactos, ¡vive Dios!
Isab. ¡Ay, padre, que puede mas
 El vuestro en vos que mi empeño,
 Y estoy ahora en vuestro ceño
 Viendo mi suerte quizás!

Ped. Isabel, ¿te has vuelto loca?

Isab. Mejor lo quisiera estar,
 Señor, para no arrostrar
 La suerte cruel que me toca.
 Él es pobre y es soldado,
 El conde es rico y es noble,
 Y esto hace que el mal se doble
 Contra el otro desdichado.

Ped. ¿Y acaso crees, hija ingrata,
 Que te tuviera en tan poco
 Que así te cambiara loco
 Por un puñado de plata?

Isab. Yo nada creo, señor.*Ped.* ¿O piensas que el conde fuera...?*Isab.* Padre, el conde es una fiera

Y cualquier otro es mejor.

El vulgo el tigre le llama,

Y caverna á su palacio:

Considerad con desprecio

Si esposó con esa fama

Conviene á muger alguna.

Ped. Entre ambos has elegido,

Y uno ha de ser tu marido;

Válgate pues tu fortuna.

Isab. ¡Padre, por piedad! (De rodillas.)*Ped.* Aparta.*Isab.* ¡No, no podeis en conciencia

Fulminar una sentencia

Tan cruel!

Ped. Mi paciencia es harta

Para tu llanto, Isabel,

Y sea afición, sea capricho,

Si antes llega, ya está dicho,

Tu marido ha de ser él.

Tu padre soy, y solemne

Palabra á entrambos les dí

Y aunque ella te pese á tí,

Mi palabra está perenne.

Isab. ¡Ay, padre! ¿y toda la vida

Seré de quien odio presa

Por una fatal promesa?

Ped. Que hoy ha de quedar cumplida:

Con ese reloj consulta,

Que desde aquí al medio día

Hay un cuarto todavía;

Mira bien lo que resulta.

(Vase.)

ESCENA V.

ISABEL.

Un cuarto falta, ¡ay de mí!
 Y si fé Don Juan me guarda
 ¿Habrás de perderme así?
 Él, tan noble y tan honrado,
 Si es que su amor alimenta
 ¿No vendrá á pedirme cuenta
 Del amor que me ha dejado?

ESCENA VI.

EL CONDE, ISABEL.

Isab. ¡Ah! (Al ver al conde.)

Conde. No sé que os extrañais,
 Isabel, de mi venida,
 Pues mi ausencia está cumplida,
 Y vos al reloj mirais.

Isab. Es, señor conde, que advierto
 Que antes del plazo venis.

Conde. ¿De que faltan me advertís

Unos minutos? Es cierto.

Veo que teneis memoria,

Y que no habeis olvidado

Un punto de lo pactado,

Es verdad; es nuestra historia.

Mas juré volver tambien

A las doce de este día;

Si no han dado todavía,

Aguardaré hasta que den.

Con que no os paseis afan,

Porque cualquiera conoce

Que si no han dado las doce,

Y el reloj anda, darán.

Isab. Señor conde, á lo que creo

Volvisteis con intencion

De insultarme en mi afliccion.

Conde. Por Dios que insulto no veo

En cumpliros mi promesa,

Que aunque un poco anticipada,

Seis minutos no son nada

Cuando un año se interesa.

Isab. Sí, pero debeis saber

Que entra en la lista un tercero,

Y en seis minutos no infiero

Que no pueda aparecer.

Conde. En verdad que si estuviera,

Señora, en ese pasillo,

Que llegara era sencillo

Con pocos pasos que diera.

Mas como yo para mí,

Salvo error, tengo por cierto

Que no vuelve ningún muerto

Aunque lo prometa así...

Isab. ¿Qué decis!*Conde.* Yo nada digo.*Isab.* ¿Qué...! ¡Don Juan...!*Conde.* Con honra y presteza

Alcanzó á Don Juan su vez

En un balazo enemigo.

Isab. ¿Y á tal momento venis

Con tan infausta noticia?

¿No veis que arguye malicia?

Conde. Hasta hoy se ignoró.*Isab.* Mentís.*Conde.* ¡Miento! Leed, y pensad

Que sobre esa firma deja

Lo que tener aconseja
Por su postrer voluntad. (La da una carta.)
Isab. Mentis.

Conde. Y de ello testigo
Nos la ha traído un soldado
Que fué en el campo lisiado
Con él, y fué muy su amigo.

Isab. Mentis.

Conde. Tomad el papel.

Isab. ¡Es la letra de Don Juan!

Conde. Ya veis que os fué el capitán
Hasta morir siempre fiel.

Isab. (Lee.) « En vano fué, Isabel mía,
« Mi fortuna y mi valor,
« Que acabo aquí con mi amor
« Antes del año y el día.
« Y pues por suerte fatal
« No he de cumplir mi promesa,
« A Dios; sé que te interesa:
« Cásate con mi rival. »
Si fuera cierto...

Conde. Yo sé
Que tras de aqueste pesar
No os debiera recordar
Ni mi razón ni mi fe.
Que esperé un año y un día
Como lo habíais propuesto,
Ni que del lance funesto
Sabedor, á ello venia.
Con vuestro padre de acuerdo
Vengo á deciros, señora,
Que pues esta casa ahora
No es mas que un triste recuerdo
Que os prensará el corazón,
Que os vengais á mi palacio,
Donde habréis con el espacio
De templar vuestra aflicción.
Galas, fiestas ni placer
Allí no os han de faltar,
Y así os podeis consolar,
Pues hay tiempo y sois muger.

Isab. ¿ Yo con vos el mismo techo
Tengo, conde, de partir?

Conde. Y aun en mi cuarto vivir,
Si el vuestro os parece estrecho.
Con que vamos.

Isab. Apartad:
Señor conde, esta es mi casa,
Y de lo admisible pasa
Vuestra noble caridad.
Si estos objetos que adoro
No consuelan mi dolor,
Tan solo le harán mayor
Vuestros artesones de oro.
Y si os prometí mi mano
Pasado un año y un día,
Fué solo porque queria
Dar tiempo á Don Juan; y en vano

Alucinarme pensais
Con fábulas que no creo,
Señor conde, porque os veo
Las cartas con que jugais.

Conde. ¿Desconocéis pues su letra?

Isab. Conozco á Don Juan mejor,

Y una muger con amor
Aun imposibles penetra.
Si él escribió este papel
O no, yo lo ignoro, conde;
Mas tampoco se me esconde
La razón y origen de él.

Conde. ¿Es decir que no creéis
Lo que esa carta os anuncia,
Y aunque él á su amor renuncia
Vos renunciar no queréis?

Isab. ¿El, tan amante y tan fiero,
Renunciar mi amor por vos...?
¿Y al morir? Soñais por Dios,
Se condenara primero.

Ya os conocia al partir,
Pues me aconsejó por suerte
Que no creyera en su muerte
El plazo antes de cumplir.

Conde. Pues mirad ese reló
Y pensad lo que os conviene;
Porque Don Juan ya no viene,
Basta que os lo diga yo.

Isab. ¡Mónstruo! ¡habeis comprado acaso
Su sangre!

Conde. Aun no lo pensé;
Mas como obreis, obraré;
Con que no deis un mal paso.

Isab. ¡ Hombre vil! ¿para qué plazos
Infamemente poner
Si los habíais de hacer
Con mi corazón pedazos?

Conde. Y oidme en fin, Isabel,
Porque esta historia, aunque corta,
Mucho saberla os importa
Cuando no por vos, por él.
Yo soy... quien soy; ahora un conde
Rico, tenaz, iracundo

Que aprendí un poco de mundo
No importa saber en dónde.
Tengo un repleto tesoro,
Independencia y poder,

Mas faltame una muger
Que me ayude á gastar oro.

Yo que he pasado mi vida
Allá en larga soledad,
No quise en la sociedad
Agenciarme una querida.
Porque un hombre como yo
Que fué un valiente y no mas,
Es algo brusco quizás
Para enamorar... y no
Quise comenzar tampoco

Por hablar de mi bolsillo,
Que obrara como un chiquillo,
Y me avergonzara un loco.
En tal situación os vi,
Y como yo en mi futura
Solo buscaba hermosura,

Me dije pues: « Ya está aquí. »
Os pretendí en toda forma,
Os negásteis, cavilé,
Inquirí y averigüé,

Y al cabo di con la horma
De mi zapato: era un mozo
Militar, que está ausente;
Yo os abordé, y vos valiente

Resistísteis que fué gozo.
Al fin porque no venia,
Sin dar á torcer el brazo
Me señalásteis un plazo
Fatal de un año y un día.
Esperé el día y el año,
Mas no con descuido tal
Que al fin viniera fatal

Tras el tiempo, el desengaño.
Yo á ese Don Juan nunca vi,
Pues no estaba en mi papel
El acercarme yo á él,

Sin que él se viniera á mí.
Vuestro padre, que primero
Os dejó vuestro albedrío,
Fué despues amigo mio.

Y encontré en mí un caballero.
Prometiome vuestra mano
Si el plazo fuere cumplido,
Y está todo prevenido

Con cura y con escribano.
Ahora bien, Dios me es testigo
De que si voy desairado,
Vuelva ó no vuelva el soldado,

Por fuerza os casais conmigo.
Luego, vuelva en hora buena,
Que puesto yo en alta mar
Con cualquier viento sé andar

Día y noche á vela llena.
Con que elegid.
Isab. ¡Dios eterno!

¿Qué hombre es este cuyo antojo
Atropella vuestro enojo
Y se ríe del Averno?

Conde. Mirad que á escoger os di,
Y basta de vituperios,
Porque todos los misterios
Se acabaron para mí.

Yo os amo, y la resistencia
Que habeis dado en oponerme
No hace mas que convencerme
De que basta de paciencia.

Isab. á la ventana. ¡Oh! vuelve, vuelve,
Don Juan;

Morir prefiero contigo
A tenerle por amigo.

Conde. Es inútil vuestro afán.
Ved mi gente á vuestra puerta.
¿Creéis que si á ella llegara
Con vida el dintel pasara?

Isab. ¡Virgen Santa, yo estoy muerta!
Allí esperándole están;
Los tuyos son, tigre astuto...

Conde. Mirad que falta un minuto,
Y es la suerte de Don Juan.

Isab. ¿Con que aun vive?

Conde. ¡Y qué sé yo!

Isab. Lo has dicho.
Conde. No insistas mas,

Que no has de verle jamás
Mientras que yo viva, no.
Yo estoy mal acostumbrado
A haber cuanto necesito;

Lo que no me dan, lo quito,
Y así nada me ha faltado.
Tras un año de esperar
¿Crees tú que te he de perder?
No, tú serás mi muger.

Isab. Primero me has de matar.

Conde. Eso no suele efectuarse
Aunque se suele decir,
Que entre casarse y morir
Siempre vale mas casarse.

Isab. ¡Oh! sí, sí, razón tenéis;
Olvidad lo que os he dicho,
Mas en vos es un capricho
Mi amor, porque lo tenéis

Vosotros los grandes, sí,
Y os fingís en vuestro orgullo
Que el vulgo alzará murmullo
Si desistis, ¿no es así?

Mas mejor vuestra grandeza
Y justicia acreditais
Cuando razón otorgais
Si os la esponen con nobleza.

Ved mis lágrimas, señor:
Yo en este valle escondida
No vi ni tuve en mi vida
Ni otro Don Juan, ni otro amor. ®

El fué mi sola esperanza,
En él cifré mi ventura,
Por él amé la hermosura
Que acaso mi rostro alcanza.

Yo soy solo una muger
Que por mí no puedo nada,
Mi pasión fué desdichada;
Pero, señor, ¿qué he de hacer?

El no tiene mas que á mí
A quien amar en la tierra
Y toda, señor, se encierra
La dicha de ambos aquí.

Si os dije que moriría,

Mentí, conde, estaba loca;
Lo que decía mi boca.
Mi corazón no sabía.
Volvedme á Don Juan, señor,
Que al fin á vuestros placeres
No os han de faltar mugeres
Que os puedan vender su amor.

Conde. Hechiceras ¡vive Dios!
Son vuestras frases, y á fé
Que elección soberbia fué
La que hizo Don Juan en vos.

Isab. ¿Eso decis? ¿con que bien
Puedo esperar que Don Juan...?
(Se oyen muy á lo lejos las doce en un reló
de torre.)

Conde. Escucha: las doce dan.
Si él te quiere, yo también.
(Señala á la puerta, por donde asoma en
este momento Don Pedro con el acompa-
ñamiento de boda. — Isabel se desmaya.)

ESCENA VII.

DICHOS, DON PEDRO, ACOMPAÑAMIENTO.

(Toman á Isabel en la silla, donde ha
caído, la cubren con un velo y la sacan
de la escena, siguiéndola todos. El
conde y Don Pedro, que salen los últi-
mos, se encuentran en la puerta.)

Conde. ¿Estás contento de mí?

Ped. Sí.

Conde. ¿Está abajo mi litera?

Ped. Todo está, y abajo espera.

Y vos ¿vais contento?

Conde. Sí.

(Don Pedro va á la puerta de la derecha
á llamar á Gil. El conde le espía y
llama á Juan desde la puerta del fondo.
Aparecen dos criados que atienden á
cada uno de los dos.)

Ped. ¡Gil!

Gil. ¿Señor?

Ped., ap., á Gil. El potro negro

Ensilla al anochecer.

Conde. ¡Juan!

Juan. ¿Señor?

Conde, ap., á Juan. No hay que perder
De vista un punto á mi suegro.

(A estos últimos versos empiezan á dar los
doce en el reló que habrá en la escena,
durante cuyo espacio el teatro quedará
solo. A la última campanada entra Don
Juan por una puerta lateral, y mirando
al reló se sienta satisfecho.)

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Llego á tiempo todavía:
Las doce acaban de dar,
Y hoy cumple el año y el día:
¡La acierto por vida mía!

Si me llego á descuidar!
(Se sienta.)
¡Pero qué piense no sé!
En ese cuarto es la cita
Y á nadie llegar se ve;
No parece por mí fé
Que se aguarda mi visita.

¡Si con el tiempo y la ausencia
Se habrá mudado Isabel?

No escribirme fué prudencia,
No aguardarme indiferencia
Sería, y fortuna cruel.

Pero delirando estoy;
En mis cartas la decía

Siempre que vendría hoy;
Mas si no olvidó quien soy

La hora adivinar podía.
¿Mas si no la recibí?

¿Si fué cierta la noticia
Que de su padre...? eso no,

Ni puedo entenderlo yo,
Ni hay tal padre, y fué malicia

Del vulgo murmurador,
Y á mas, ¿qué conseguiría?

Un escándalo mayor
Que á hacer mi razón mejor

Tan solo conspiraría.
¡Eh! temores de soldado,
Que á dudar acostumbrado

Sin cesar del enemigo,
Hasta duda del amigo

Y la muger que ha adorado.
¡Isabel! mi bien, mi cielo,

Ya estoy junto á ti otra vez,
Rico, honrado, y no hay recelo

De que, si á tu amor anhelo,
Vuelvan á hollar mi altivez.

No hay miedo que me despida,
Padre ó rival, rico ó noble,

Y á ti acercarme me impida
A quien yo cuenta no pida

De esta injuria ó se la doble.
¡Oh dichoso ese momento
Con que viví todo un año!

No tuve otro pensamiento,
Ni otra esperanza alimento,

A toda ventura extraño.
Allá en país enemigo,
Lanzado en guerra cruel,
Solo he tenido conmigo

A mi Dios para testigo,

¡ para premio á Isabel.
Lidié, derroté, vencí;
Sangre y lauros son mi huella;
Honréme y enriquecí,
Mas ¡vive Dios! no por mí,
Yo nada quiero sin ella.
Mas alguien llega sin duda.
¡Dios mio, prestadme ayuda!
Tiempo y lugar convenido,
Fuerza es que el plazo cumplido
Alguno á la cita acuda.
Los pasos son de muger:
¡Con qué inquietud los escucho!
¿Si será?... ¿y quién ha de ser?
¡Oh! .. para esperado es mucho
Tanto tiempo este placer.
(Va á salir con curiosidad y se encuentra
con Clara.)

ESCENA IX.

DON JUAN, CLARA.

Clara. ¡Santo Dios! ¡Un hombre aquí!
D. Juan. ¡No es ella!

Clara. ¿Quién sois? ¿qué hacéis?
¿Por dó entrásteis? ¿qué queréis?

D. Juan. ¿Qué quiero? ¿no esperan, di,
En esta casa hoy á alguno?

¿De un plazo no oíste hablar?
Clara. Eso sí, pero aguardar,

Me parece que á ninguno.
D. Juan. ¿Como no?

Clara. Pasó la hora
Que tenían convenida,
Y era cosa decidida;

Casaron á mi señora.
D. Juan. ¡Voto á Dios! ¿qué estás ha-

¿La hora que se aguardaba [blando?
Se pasó, y cuando yo entraba

Estaban las doce dando?
¡Ries! desde esa ventana

Tal vez me habréis visto entrar,
Y me queréis engañar..

Pero es diligencia vana.
Vé, di á Isabel que aquí estoy,

Que se apresure á venir.
Clara. ¿No os lo acabo de decir?

¡Oh! Mi ama se casa hoy.
D. Juan. Hoy se casa, ya lo sé;

Crucé yo la España toda
Por asistir á su boda,

Ve tú si lo ignoraré.
Clara. Pues entonces, caballero,

Un poco os habeis tardado,
Y hubiérais mejor obrado

Yendo á la iglesia primero.

D. Juan. Muchacha, no te comprendo.
¿Yo á la iglesia? ¿Y para qué?

Clara. ¿Pues no sabéis? ya se ve;
Pero yo lo estuve oyendo

Tras esa puerta. Escuchad.
Yo creo que se aguardaba

A un Don Juan que no llegaba,
Y le hubieran en verdad

Por mucho tiempo aguardado,
Porque el pobrecito ha muerto.

D. Juan. ¿Muerto Don Juan?
Clara. Sí por cierto.

En Flandes era soldado.
D. Juan. ¡Muerto Don Juan! impostura.

Clara. Yo misma al conde lo oí.
D. Juan. ¿Al conde Reinaldo?

Clara. Sí.
D. Juan. ¡Maldito sea!

Clara. Y segura
Es su muerte, aunque Isabel...

D. Juan. ¿Qué?
Clara. Creerla no quería,

Y aunque á voces respondía
Que no amaba mas que á él..

D. Juan. Acaba.
Clara. Sentí venir

Por la sala á mi señor,
Y eché por el corredor,

Porque no me viera, á huir.
D. Juan. ¡Voto á...!

Clara. Mas de una tronera,
Donde me asomé á mirar,

Ví á Doña Isabel llevar,
Cerrada en una litera.

D. Juan. ¿A la iglesia?
Clara. No, al palacio.

D. Juan. ¿Del conde?
Clara. Del conde.

D. Juan. ¡Cielos,
O treguas dad á mis zelos,

O á mis venganzas espacio!
Clara. ¿Qué teneis?

D. Juan. ¿Qué he de tener
Sino cólera y furor!

Clara. ¡Dios mio! ¿qué os da, señor,
Que os veo palidecer?

¿Qué teneis?
D. Juan. Tengo un volcan

En que abrasándome estoy.
Clara. ¿Mas quien sois?

D. Juan. La muerte soy.
¿Quién será mas que Don Juan?

(Don Pedro aparece en la puerta del
fondo.)

Clara y Ped. ¡Don Juan!
Clara. ¿El difunto?

D. Juan. Sí.
Hoy hace un año y un día

Que juré que volvería :
Las doce son y héme aquí.
Ped. Despeja, Clara.

ESCENA X.

DON JUAN, DON PEDRO.

D. Juan. Buen viejo,
Venid acá y contestad.
¿Me esperabais?
Ped. No, en verdad.
D. Juan. No mintais, os lo aconsejo.
Yo sé que algun impostor
Me dió en el campo por muerto.
Ped. Pésame, Don Juan, por cierto,
Pues sois mozo de valor,
El dejaros desairado ;
Mas ella misma lo quiso,
Y casarla fué preciso.
D. Juan. ¿Y el plazo?
Ped. Las doce han dado.
Y estaba tan empeñada,
Que puesta frente al reló
Dijo : « Vamos. »
D. Juan. ¿Y partió?
Ped. A la primer campanada.
D. Juan. ¿Y no os sugirió siquiera
(*Con sarcasmo.*)
Vuestra atencion previsora
Que daban la misma hora
La última y la primera?
Ped. Yo la quise detener,
Recordé vuestra aficion ;
Mas dijo : « Las doce son ;
Si vuelve, tarde ha de ser. »
El conde, era natural,
Exigia la postrera
Decision, y su litera
Aguardaba en el portal.
Siguióla, y nada reacio,
Pues así le convenia,
Llevóla en su compañía
Como esposa á su palacio.
D. Juan. Pues, y ella naturalmente
(*Con sarcasmo.*)
Fuése con él muy contenta,
Como quien paga una cuenta
Recibida anteriormente.
Y acabando de decirle
Que jamás le había querido,
Como quien muda vestido
Propuso al punto seguirle.
Ya comprendo ¡vive Dios!
Toda esa trama infernal
Que habeis fraguado tan mal,
Don Pedro, entre el conde y vos.
Ped. Don Juan, lo que hablais mirad ;

Si ya no os ama Isabel,
No es culpa mia ni de él.
D. Juan. Callad, mal padre, callad.
Si ella me hubiera olvidado,
Como decís, no aguardara
A que el plazo se pasara
Con tan rígido cuidado.
La habeis de grado ó por fuerza
Casado, y decís : « Ahora
Vuelva Don Juan en buen hora : »
Mas ¡guay que el juego se os tuerza !
Ped. Don Juan, al conde eligió,
Y se la dió á su marido.
D. Juan. ¡Mentís ! Se la habeis vendido
Al que antes os la compró.
Dijisteis : « Mozo y soldado,
Si vuelve Don Juan de Flandes
Hará desaciertos grandes
De mozo y de enamorado.
Le culparemos al conde,
Cometerá un atropello,
La justicia vendrá en ello
Y el fin á nadie se esconde. »
Lo veo y no lo concibo ;
Pero, Don Pedro, os lo juro,
Si de ello quedo seguro
Nos veremos ¡por Dios vivo !
Ped. Lo que quisiéreis pensad,
Porque de cualquier manera
Hija mia Isabel era
Y esta fué mi voluntad.
¿O queréisme hacer la afrenta
De no hallarme con derecho
De poder hacer lo hecho
Sin ir á pedirnos cuenta ?
D. Juan. Es que habeis contado mal,
Aunque en esas cuentas ducho,
Que aprendí, Don Pedro, mucho
En Flandes y en Portugal.
A mis sospechas primeras
A España me hubiera vuelto,
Mas yo me partí resuelto
A morir con mis banderas.
Mucho me aguijó el amor,
Mas mucho el honor me tuvo,
Y en duda un punto no estubo,
Lo primero era el honor.
Quedéme y nada temi,
En su constancia fiado,
Porque á fé que tan malvado
Nunca, Don Pedro, os creí.
Ped. Mirad que soy...
D. Juan. Ya lo sé.
Si en vos su padre no viera...
Mas echad temores fuera,
Yo siempre os respetaré.
Y en fin, ¿qué me contestais?
¿Me dais á Isabel ó no?

Porque á tiempo llegué yo,
Y vos aun á tiempo estais.
Dársela al conde es venderla ;
Yo he vuelto ; y rico y honrado,
Buen marido y buen soldado,
Puedo honrarla y protegerla.
Ped. Pues, Don Juan, si sois tan hombre
Y la amais como decís,
Os la daré si añadis (*Con intencion.*)
Apellido á vuestro nombre.
D. Juan. Y decidme, ¡ira de Dios!
(*Colérico.*)

Pues me haceis tal vituperio
Y vivís con tal misterio,
¿Qué apellido teneis vos?
¿Cuál es vuestra pátria? ¿cuál
Vuestro nombre?
Ped. ¡Dios, qué escucho !
D. Juan. Ya veis que he aprendido mucho
En Flandes y en Portugal ;
Y que no sois vos tan diestro
Dando en que sin nombre estoy
Cuando yo tambien sé hoy
Que teneis doblado el vuestro.
Ped. Pues bien, ya que declarais
Que tan bien me conocéis,
Los secretos que sabeis
Meditad como guardais.
Porque todos caminamos
Con una sombra detrás
Que no nos pierde jamás,
Y va, Don Juan, donde vamos.
D. Juan. Sí, mas todos recibimos
Al nacer un ángel bueno,
Que de peligros ajeno
Nos guarda mientras vivimos.
Ped. Pedidle que de su mano
Un solo instante no os deje. (*Vase.*)
D. Juan. Y al vuestro que os aconseje
Proceder menos villano.

ESCENA XI.

DON JUAN.

Todo á un golpe lo aventuro,
Mas no olvidaré el aviso ;
Librarnos de él es preciso
Por cualquier medio seguro.
Ahora bien, tiempo es de obrar ;
Jamás lo quise creer,
Mas no hay tiempo que perder,
Si me ama la he de salvar.
(*Saca una carta con otra dentro.*)
Aquí está la misteriosa
Carta : en ella me asegura
No sé quién que en mi ventura
Se interesa... una gran cosa.

II.

« Si es que os niegan á Isabel, (*Lee.*)
« Dice, y estais en amarla,
« Creed para recobrarla
« Lo que dice este papel.
« Pero si sois caballero,
« Por vana curiosidad
« No le leais... aguardad
« A que os la nieguen primero : »
Y pues ya me la negaron,
Abrole y...

ESCENA XII.

SALE UNA MUGER CON MANTO, ETC.

Mug. ¿Es Don Juan
Con quien hablo? ¿un capitán
Que en Flandes...?
D. Juan. No os engañaron
En mis señas... Don Juan soy.
Mug. ¿Una carta recibisteis
Y otra con ella, que debisteis
No abrir ni leer... hasta hoy?
(*Mirando al reló.*)
D. Juan. Es cierto.
Mug. Pues si sois hombre
Cual os pregona la fama,
Una cita de una dama
Debeis admitir.
D. Juan. ¿Su nombre?
Mug. Es un secreto.
D. Juan. Es ahora
Imposible... y permitidme...
(*Haciéndose la desentendida.*)
Mug. ¿Desconfiais? pues oidme,
Y os daré el sitio y la hora.
D. Juan. Mas... (*Amostazado.*)
Mug., recitando con intencion. « Si os
niegan á Isabel
« Y os empeñais en amarla,
« Haced para recobrarla
« Lo que os dice ese papel. »
D. Juan. ¡Cielos! ¿qué escucho? ¿Sois vos...
Quién escribió...?
Mug. Leed y obrad.
D. Juan. Pero decidme.
Mug. ¡Acabad,
Don Juan, leedle por Dios!
D. Juan. « Si un día os dan una cita (*Lee.*)
« Y á esta carta se remiten,
« Admitid dó quier que os citen.
« Quien la escribe os necesita
« Para abriros un camino,
« Que os hará tener sujetos
« Del conde muchos secretos
« Y dueño de su destino. »
Hablad, hablad.
Mug. Imposible

23

En este sitio, Don Juan,
que acaso espiando están
mis pasos ya.

D. Juan. ¡Oh, qué insufrible
tormento! ¿Y cuándo ha de ser?

Mug. Si de mí queréis servir,
en la Cruz de los Suspiros
estad al anochecer.

Si sois hombre de valor,
vuestro amor recobraréis;
y os advierto que os guardéis:
hasta la noche, señor.

(Vase.)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

Hasta la noche, eso sí,
seas quien quieras, misteriosa
mujer, de cuya amorosa
voz esperanzas oí,
donde quiera iré tras tí,
por dó quier te seguiré,
tierra y mar recorreré
por ese nombre bendito
que invocaste, y que repito
como norte de mi fe.

ESCENA XIV.

DON JUAN, UN HOMBRE EMBOZADO (JUAN).

Emb. ¿Sois Don Juan...? vuestro ape-
llido

No recuerdo.

D. Juan. ¿Qué queréis?

Emb. Si sois hombre de valor,
como os quieren suponer,
yo vengo aquí á proponeros
un desafío.

D. Juan. ¿Con quién?

Emb. No me lo dijo.

D. Juan. ¿La causa?

Emb. ¿La causa? vos la sabreis;

lo único que advertiros
me mandó en su nombre fué
que al lugar que ha señalado
tan despacio no lleguéis
como á la cita del plazo
y de las doce despues.

D. Juan, resuelto. ¿Las armas?

Emb. Las que llevaréis.

D. Juan. ¿La hora?

Emb. Al anochecer.

D. Juan. ¿El sitio?

Emb. En la Cruz de los
Suspiros: ¿sabeis dónde es?

D. Juan. Sí; pero tengo otra cita
á esa hora y no puede ser.

Emb. ¿Y será mas importante
que un desafío?

D. Juan. Si á fé.

Emb. ¿Es decir que rehusais?

D. Juan, con desprecio. Esclavo, la
lengua ten,

O pronto con esta daga

te la clavo en la pared.

Dile que allí ha de encontrarme

una hora antes ó despues.

Emb. Sea despues.

D. Juan. En hora buena.

Emb. Allí irá.

D. Juan. No faltaré.

Podré matarle ó morir,

pero sabiendo quién es.

(Vase el embozado por la puerta del fondo
y Don Juan por la lateral. — Cae el
telon.)

ACTO SEGUNDO.

Campo. A la derecha una caseta, ó ruina de ermita,
cuyo interior esté á la vista. A la izquierda en el
fondo una cruz de hierro con una puerta ó trampa
secretá en el pedestal. Arboles y maleza. — Ano-
chece.

ESCENA PRIMERA.

GIL, QUE APARECE EN ESCENA AL ALZAR EL
TELON.

Receloso anda Don Pedro;
parece que su amistad
con ese conde... ¡ha visto uno
tantas de estas cosas ya!
en fin, todo en esta vida
se acaba, y no es de extrañar
que amistades mal trabadas
vengán á acabarse mal.
Mas tarda mi amo, el caballo
mandóme á esta hora ensillar,
y sacársele á este punto,
y á esta hora... ¿y dónde irá?

ESCENA II.

GIL, EMBOZADO; JUAN.

Juan. (Allí está Gil.)

Gil. (¡Alguien llega!)

Juan. (¡Oh! disimula el truan.)

Gil. (Parece que está despacio.)

Juan. (Llégame á él.)

Gil. ¿Quién va allá?

Juan. ¡Calla! ó me engaña la voz...

¡Oh mi buen Gil!

Gil. ¡Oh buen Juan!

Juan. ¿Tú por aquí?

Gil. ¡Ya lo ves!

Juan. ¿Y qué diablo haces?

Gil. Pasear.

Juan. Pues yo há tiempo que te miro,
y un paso no has dado.

Gil. ¡Bah!

¡Qué necio eres!

Juan. Ciego en caso

me debías de llamar,

pues no ví si te movias.

Gil. Y ciego sin duda estás.

¿No ves la cruz?

Juan. ¡Ah, rezabas!

Gil. ¡Pues es claro! ¡he de pasar

junto á ella como un perro

que sobre su rastro va?

Juan. Tienes razon. Mas, ¿quién diablos

se habia de imaginar

que pasearas á estas horas

con frio y con niebla tal?

Gil. Caprichos con que uno nace.

Juan. ¡Vaya un capricho!

Gil. ¡Ahí verás!

Juan. (Solapado es el buen Gil.)

Gil. (Importuno es el buen Juan.)

Juan. Gil, tú estás de mal humor.

Gil. No por cierto.

Juan. La verdad,

¿no estás contento con tu amo?

Gil. Al revés, lo estoy demas.

Juan. ¿Te paga bien?

Gil. Mas que quiero.

Juan. ¿Y tú le sirves...?

Gil. Leal,

duermo á su lado, y le busco

cuanto puede desear.

Y á tí, Juan, en el castillo

¿te va bien?

Juan. No me va mal.

Mas dime: dicen que tu amo

es algo particular;

que tiene una historia larga,

Borrascosa.

Gil. Sí tendrá...

Juan. Vamos, que algo sabrás tú.

Gil. ¡Si me la habrá ido á contar!

¿No te parece?

Juan. ¡Eh! quien sirve

siempre al oloreillo está

de lo que guisan sus amos.

Gil. ¿Sí, eh? pues entonces, Juan,

dime, ¿es cierto que tu amo

encubre y es capataz

de cuantos contrabandistas

En estos contornos hay?

Juan. (¡No es tonto Gil!) ¡Qué locura!

Gil. Pues el vulgo lenguaraz

lo susurra.

Juan. Ya lo sé;

Mas tiene tanta verdad

como decir que tu amo

á todo el mundo nos da

gato por liebre, y no es quien

el dice.

Gil. ¡Qué necedad!

Juan. Pues el vulgo lo murmura

Gil. Pues se engaña.

Juan. Asi será.

(Ni con palancas le sacan

lo que se cierra en callar.)

Gil. (Está visto, Juan me espía.)

Juan. (Claro, esperándole está.)

Gil. (Veamos.)

Juan. (Vamos á ver.)

Oye, Gil.

Gil. Escucha, Juan.

Juan. Di.

Gil. Di tú.

Juan. ¿Es tuyo aquel potro?

Gil. ¡Eh! ¿Qué potro?

Juan. Aquel que está

atado á aquel sauce.

Gil. ¡Ah! sí.

Mas no es ya potro.

Juan. ¿Qué edad

tiene?

Gil. Ocho años, y muermo,

Y un horrendo esparavan.

Juan. Pues lo disimula mucho.

Gil. Ha sido un bravo animal:

¿le has visto de día?

Juan. Vaya,

le conozco meses há:

le monta siempre Don Pedro.

Gil. Sí; como monta muy mal,

Y es tan dócil... (Pues, señor,

en vano es disimular.)

Juan. (Pues, señor, eso es.) ¿Tu amo

se marcha?

Gil. Sí.

Juan. ¿Dónde va?

Gil. A ese lugar inmediato.

Juan. ¿Y por mucho tiempo?

Gil. ¡Quíá!

Ha de volver esta noche

á casa.

Juan. Listo ha de andar.

Gil. Es corredor el caballo.

Juan. ¿Sí? pues ¿y el esparavan?

Gil. No hará mas que hincharse un poco;

Hay media legua no mas.

Juan. (Al fin ya desembuchó.)

Vaya, á Dios, Gil. (Vase Juan y vuelve.)

Gil. A Dios, Juan.

¡Mucho apuraba el tunante;
Nunca le vi tan tenaz!

Torzamos rumbo: su encuentro
Muy mala espina me da.

Juan, saliendo. Oye, Gil.

Gil. ¡Calla! ¿estás ahí?

Juan. No me he querido marchar

Sin darte algun buen consejo.

Gil. Estimo la caridad.

Juan. Mira, muchas, muchas noches

No vengas á este lugar.

Gil. ¿Porqué?

Juan. ¿No sabes?

Gil. ¿Yo? nada.

Juan. ¿Ves esa ermita?

Gil. Sí tal.

Juan. Pues ahí vive una bruja.

Gil. ¡Cómo!

Juan. ¿No has oído hablar
De ella en el pueblo?

Gil. Mil veces.

Juan. Pues mora ahí.

Gil. ¿San Julian!

Y cuentan cosas atroces
De su poder infernal.

Juan. Y si te encuentras con ella

Maleficiarte podrá

Con un soplo.

Gil. ¡Dios me asista!

No aportaré yo aquí mas.

Juan. Harás bien.

Gil. Corriendo á casa

Vóime.

Juan. A Dios, Gil. (Vase.)

Gil. A Dios, Juan.

(A apostarme en otro sitio

Voy, y á Don Pedro á aguardar.) (Vase.)

ESCENA III.

POR OTRO LADO UN OFICIAL DE GUARDACOSTAS
CON UN SOLDADO, EMBOZADOS.

Oficial. ¿Con que todo está hecho?

Soldado. Todo.

El valle cercado está.

Oficial. Bien; que estén todos dispuestos

A la primera señal.

Soldado. ¿Con que la noticia es cierta?

Oficial. Terminante el pliego está;

Del mismo rey es la orden,

Y con gran severidad

Fuerza es tratar el asunto.

Alerta pues.

Soldado. Descuidar.

Oficial. Aquí es la cita, y ya es hora;

Pronto la oracion dará.

Me ocultaré, no dé con

Algun curioso quizás.

ESCENA IV.

TOMAS, EMBOZADO.

Este es el lugar sin duda
Que aquel hombre me marcó.
Sí, allí el pueblo, aquí la ermita,
La cruz allá... ¡quiera Dios
Que no haya olvidado el día,
Y oiga el dar de la oracion!

Ya estoy al fin en mi páttria:

¡Sí, libre y resuelto estoy;

No mas obrar ni vivir

Contra mi propia razon.

Ya es tiempo de que se espie

Aquel atentado atroz.

(Un momento de pausa. Tomás se pasea:
las campanas á lo lejos tocan á la oracion.)

Esta es la hora convenida:

Esperaré.

ESCENA V.

TOMAS, EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS.

Oficial. En rededor

De aquella cruz veo un bulto.

Tom. ¿Quién va?

Oficial. ¿Quién viene?

Tom. ¿Quien hoy

Busca puerto en que fondear.

Oficial. (Él es.)

Tom. (Él es.)

Oficial. Eh, patron,

¿De qué lado sopla el viento?

Tom. De la costa y de babor.

Oficial. Vos sois, pues, á quien yo busco.

Tom. Y á quien espero sois vos.

Buenas noches.

Oficial. Buenas noches.

¿Cumplido habeis?

Tom. Hombre soy

Que no ha mentido jamás;

Y aunque muestra mi exterior

La librea del delito,

Puro está mi corazon.

Oficial. ¿Dónde está el barco?

Tom. Aguardando

MI señal.

Oficial. ¿La relacion

Escrita?

Tom. Aquí está, tomadla:

No será muy superior

Su lenguaje, pero es claro

Y tan cierto como el sol.

Oficial. ¿En qué año fué?

Tom. Ya hace veinte:

La fragata se abordó.

Yo lidí desesperado

Al lado de mi señor,

Pero fué inútil; ninguno

De nuestra tripulacion

Pudo escapar con la vida

Mas que un pobre niño y yo.

Oficial. ¿Y cómo, pues?

Tom. ¡Oh! le amaba

Con todo mi corazon,

Y hubiera muerto antes que él,

Segun era mi furor;

Mas les asombró mi audacia

Y el capitán nos salvó.

Oficial. Y fuisteis sus compañeros.

Tom. Esclavos decid mejor.

Oficial. Explicaos.

Tom. Esta historia

Nos toca solo á los dos;

Con que dejadla que quede

Para siempre entre él y yo.

Oficial. Mas vos su lugarteniente

Habeis sido, y aun lo sois.

Tom. Cuando ese papel leais,

Vereis que si me nombró

Fué para tenerme lejos

Cautelosa precaucion.

Oficial. Mas ¿no podiais mandar

Cuanto os diere gana vos?

Tom. Sí, mas fondear no podia

Sino á antojo y eleccion

De un piloto, á cuyas órdenes

Taimado me sujetó

Mientras á vista de tierra

Se hallara la embarcacion.

Oficial. ¿Y qué premio á este servicio

Pensais pedir para vos?

Tom. Me entrego á vos, capitán,

Y si me hacéis concesion

De unos dias, para ver

Qué es lo que ha dispuesto Dios

De la gente que dejé

Al partir con mi señor

Para América, me basta.

Oficial. ¿No vale mas que perdon

En un memorial pidais?

Tom. Confesarame traidor

Si lo hiciera, y las desdichas

En nadie crimenes son.

Oficial. Mas ahora que delatais...

Tom., interrumpiéndole. A nadie; yo

solo soy

De la justicia divina

Instrumento vengador.

Si solo de mis desgracias

Le culpara, acusacion

Contra ese hombre no entablara;

Mas del mundo en rededor

Anda algun otro, tal vez

Sin amigos, sin mansion,

Y sin fortuna y sin nombre,

Y á fé que en honra nació,

De lo que goza usurpado

Mejor que él merecedor.

Oficial. Aquí hay un misterio grande

Que escapa á mi comprension,

Mas convencerme no puedo

De que seais un impostor.

Tom. No, juro á Dios.

Oficial. No jureis,

Y oid: ¿en disposicion

Estais de comparecer

En el tribunal?

Tom. Si estoy,

Y á jurar cuanto hay escrito

En esa carta ante Dios;

Y tales pruebas daré

Que disipen todo error.

Oficial. ¿Si yo os llamo...?

Tom. Estaré siempre

Pendiente de vuestra voz.

Oficial. ¿A cualquier tiempo?

Tom. A cualquiera.

Oficial. De esa manera, id con Dios.

Veinte y cuatro horas teneis

A vuestra disposicion.

Tom. Aquí me tendreis mañana.

Oficial. ¿A qué hora?

Tom. Al ponerse el sol.

Oficial. (Voy pues á cercar desde esta

Todo el valle en derredor.) (Vase.)

ESCENA VI.

TOMAS.

Espíritus sin sepulcro,

Inmolados á traicion,

Aun teneis sobre la tierra

Un amigo, un vengador.

Si aun queda de vuestra raza

El solo que se salvó,

Verá que no he olvidado

MI fé, ni MI obligacion.

Mas no hay tiempo que perder:

Ya es fuerza pensar en mí,

(Va á retirarse y ve á lo lejos á Elena,
que llega.)

Y ver si me dan aqui

Luz alguna... ¡Una muger!

Un farol trae en la mano

Que su camino la alumbré...
¡Lo que puede la costumbre
En el corazón humano!
¡Un sér sobrenatural
La creyera un campesino,
Cruzar viéndola el camino
Con paso y figura tal!
Mas me ocurre un pensamiento :
Si de ella pudiera acaso...

ESCENA VII.

TOMAS, ELENA.

Elena. (Aquel hombre no da un paso:
¿Si será él?)

Tom. (Me iré con tiento,
Sin embargo.)

Elena. (Harto esperar
Es á la impaciencia suya.

Si es él, no sé lo que arguya.

No importa, voy á pasar
Junto á él; puede no haberme

Desde lejos conocido.)

Tom. (Se acerca, yo me decido.)

Buena muger, si ofrecierme
Podeis ayuda, yo os ruego...

Elena. (No es él.) ¿Qué queréis de mí?

Tom. De muy lejos llego aquí,
Y descaminado luego.

¿Me direis si en el que estoy
Es en verdad mi camino?

Elena. ¿Y adónde es vuestro destino?

Tom. Al Palacio moro voy.

Elena. ¡(Cielos!)

Tom. ¿Distas mucho?

Elena. No;

Mas la subida es fatal,
Y á esta hora hareis muy mal

En emprenderla.

Tom. Si yo
El terreno conociera,

A emprenderla me arriesgara,
O en algun pueblo buscara

Una posada, si hubiera.

Elena. Inmediato está Lubrin :

Por ese sendero estrecho
Vais á este lugar derecho,

Que en sus calles tiene fin.

Tom. ¿Habitaís en él?

Elena. No, á fé :

Y á lo que oyéndoos infiero
Que todavía estrangero

Sois aquí, claro se ve.

Tom. Decidme : ¿por qué razon?

Elena. Porque, si no fuera así,

No os encontrarais aquí

Tan cercano á mi mansion.

Tom. ¿Pues qué hay de ella que temer?

Elena. Nada sin duda esta ermita

Hace ya años que la habita
Solamente una muger.

Pero tened muy presente
Que desde que el sol se pone

Rarísima vez se espone
A pasar por aquí gente.

Seguid pues vuestro camino,
Y buenas noches.

Tom. ¿Qué es esto?

Elena. (Que dejar le hará imagino
(Elena entra en la ermita.)

La supersticion el puesto.)

Tom. Aquí hay misterio : el retiro
Y el secreto necesita

Tal vez, y dió á aquesta ermita
Ese misterioso giro,

Que el vulgo supersticioso
Respetará... Pero á mi,

¿Qué me importa que obre así?

Déjola pues en reposo,
Y á lo que me atañe voy.

(Va á salir y se encuentra con Don Juan.)

ESCENA VIII.

DON JUAN, TOMAS.

D. Juan. ¿Quién va allá?

Tom. Un hombre.

D. Juan. ¿Que pasa,

O que espera?

Tom. Busca casa.

D. Juan. ¿Sois forastero?

Tom. Sí soy.

D. Juan. Mi posada os ofreciera

Si pudiera á ella tornar.

Tom. ¿Vecino sois del lugar?

D. Juan. Lo mismo que si lo fuera,

Porque como es tan pequeño...

Tom. ¿Conocéis su poblacion?

D. Juan. Sí.

Tom. ¿Podriais dar razon...?

D. Juan. De cualquiera á quien empuño

Trajereis en encontrar.

Tom. Me hareis muy grande favor.

D. Juan. Pero con otro mayor

Me lo tendreis que pagar.

Tom. Decid.

D. Juan. Tengo en este instante

Dos citas á que acudir :

En la una voy á reñir ;

En la otra un importante

Secreto voy á saber,

El cual tal vez asegure

Mi felicidad futura

Y el honor de una muger.

Cumplir á un tiempo las dos

Si me tardo en la primera,

No me es posible aunque quiera ;
Tomad una sobre vos.

Tom. ¡Cómo!

D. Juan. Si sois caballero,

Una de ellas elegid,
O á oír el secreto id...

Tom. Eso no, reñir preñero.

D. Juan. ¡Oh! gracias; pero precisé
No será tanto sin duda ;

Cuando mi contrario acuda,

Si yo no estoy, dadme aviso.

Tom. Bien, bien ; yo haré mi deber,

Que tenga ó no de reñir.

D. Juan. ¿Y ahora me podreis decir

A quién queréis conocer?

Tom. Sí, busco á un hombre, un villano

Cuya historia es algo estraña ;

Pasó há tiempo á Nueva España,

De un corsario siciliano

Fué cautivo...

D. Juan. con *amargura*. ¡ Ah ! sé de un

hombre

A quien conviene esa cruel

Historia!

Tom. ¿Y qué ha sido de él?

D. Juan. ¡ Sábelo Dios!

Tom. ¿De su nombre

Os acordais?

D. Juan. Si eso prueba

Que con el alma le amaba...

Tom. ¡ Oh ! concluid. ¿ Se llamaba

Tomás Ruiz de Villanueva?

D. Juan. Sí, si : ¿conocéisle vos?

¿Dónde está?

Tom. Y vos, que afan tal

Mostrais por él, ¿cuál es, cual

Vuestro nombre? ¿entre los dos

Qué relacion hay?

D. Juan. La vida,

Que en sus brazos recibí,

Cuanto soy y cuanto fui.

Tom. ¡ Ah ! si esa historia es mentida,

Apártate, tentador.

D. Juan. No, no, esa historia es la mia.

Tom. Entonces, ¡ Virgen Maria...!

D. Juan. Tú eres : ¡ cielo vengador!

Tom. ¡ Rodolfo !

D. Juan. ¡ Tomás!

Tom. Abrazámé.

D. Juan. Sí, si ; el placer me sofoca.

(Abrazanse.)

Tom. Y mis lágrimas provoca.

(Vuélvense á abrazar.)

D. Juan. Aprieta, asi, despedázame.

¡ Pero qué recuerdo horrible!

¿Y mi padre? ¿en qué paró?

Tom. Qué, ¿no has vuelto á verle?

D. Juan. No.

Tom. ¡ Santos del cielo, es posible!

¿ Por quién te vas á batir?

D. Juan. Por Isabel, por mi amor.

Tom. ¿Y con quién?

D. Juan. Con su raptor,

Si es que se atreve á venir.

Tom. ¿Quién es?

D. Juan. Un conde estrangero.

Tom., *apresurado*. ¿Que habita en ese

castillo

Que ocupa ese montecillo?

D. Juan. Sí.

Tom. ¡ Lazo infernal!

D. Juan. Mas quiero

Saber antes si hay camino

Que me haga tener sujetos

De ese hombre muchos secretos

Y dueño de su destino.

Tom. ¿Y cómo lo has de saber?

D. Juan. Una muger misteriosa

Que por mi vela afanosa

Me lo ha prometido hacer.

Tom. ¿La conoces?

D. Juan. No por cierto.

Tom. ¿Y si es un lazo?

D. Juan. No, no,

Mas de un año há que me dió

Una carta, que hoy he abierto,

Ofreciéndome su amparo

Si me hurtaban el tesoro

De la muger que yo adoro,

Con que podia.

Tom. Está claro.

¿Mas dónde está?

D. Juan. No lo sé.

Ya es la hora que me dió.

Tom. ¿Y aquí mismo te cito?

D. Juan. En esa cruz.

Tom. Oye.

D. Juan. ¿Qué?

Tom. Oigo dentro de esa ermita

Rumor.

D. Juan. Apártate á ver.

(Se apartan y aparece Elena.)

Elena. (Ya esperará.)

D. Juan. Una muger,

Y es ella.

Tom. ¿La de la cita?

D. Juan. Si ; alejate de su luz,

No se esquivé viendo dos,

Y no me faltés por Dios

Si acude ese hombre á la cruz.

Tom. Rodolfo, vé sin temor.

(De cualquier modo que sea

Preciso es que no le vea

Ese corsario traidor

Aun á costa de mi vida.)

(Vase y se oculta detrás de la cruz.)

ESCENA IX.

ELENA, DON JUAN, TOMAS.

Elena. ¿Es Don Juan?
D. Juan. Sí, Don Juan soy,
 Y esperándoos estoy.
Elena. Vine á la hora convenida,
 Mas encontré á un estrangero
 Que me dió que sospechar,
 Y que dejara el lugar
 Quise, de veros primero.
D. Juan. En fin, ya estamos aquí,
 Y no hay tiempo que perder.
Elena. Mucho por vos puedo hacer,
 Y vos mucho mas por mí.
D. Juan. Lo que gustáreis mandad,
 Si yo basto á conseguirlo.
Elena. Entrad en mi casa á oírlo,
 Que habrá mas seguridad. *(Entran.)*
Tom. Entró con ella... por Dios
 Que entre la cruz y la puerta
 Puesto, he de estar bien alerta...
 ¡Desconfío de las dos!
(Tomás queda paseando fuera. Elena y Don Juan dentro de la ermita.)
Elena. ¿Os estraña este misterio,
 Don Juan, y esta habitacion?
 Tiene la supersticion
 En el vulgo mucho imperio,
 Y por eso la elegí:
 Mil patrañas de ello cuentan,
 Y cuanto mas las aumentan,
 Mas segura estoy aquí.
D. Juan. Comprendo vuestra razon.
Elena. Un año há que espío al conde,
 Y nada de él se me esconde
 A merced de esta mansion.
D. Juan. Mi tiempo es breve, mirad
 Lo que decirme quereis.
Elena. Don Juan, poco esperaréis.
D. Juan. Pues ya os escucho, empezad.
Elena. ¿Conocéis al conde?
D. Juan. No.
Elena. Pues bien, yo le he conocido
 Casi desde que ha nacido,
 Y á ser lo que es no nació.
 Sus títulos, sus haciendas,
 Nada es suyo; es un engaño.
D. Juan. ¿Los hubo en país estraño,
 En politicas contiendas?
Elena. No lo sé; su poseedor
 Verdadero estuvo ausente
 Largo tiempo; de repenta
 Presentóse el sucesor.
 Trajo cuantos documentos
 Necesitó: declaróse
 Como conde, é instalóse

Por tal sin mas miramientos.
 Desmentir su identidad
 Su semblante no podia,
 Porque quince años hacia
 Que de aquí faltaba; edad
 Que á cualquiera desfigura.
 Y hacinando precauciones
 Esquivó las relaciones
 Como cosa mas segura.
 Pocos meses adelante
 Vino Don Pedro, y con él
 Vino esa hermosa Isabel
 De quien sois tan fino amante.
D. Juan. ¡Oh! seguid, seguid.
Elena. Hacia
 Mucho tiempo que olvidada
 Vivía en pobre morada
 Y huérfana se creía.
 El dijo: Su padre soy;
 Tomóla de unos parientes
 Que por ser tan indigentes
 En que la dieron estoy.
 Compró casa, con decoro
 En ella la hizo habitar,
 Y á nadie dió que pensar
 El verle volver con oro,
 Pues de América volvía;
 Mas yo conozco tambien
 A Don Pedro, y sé muy bien,
 Señor Don Juan, que mentia.
D. Juan. ¿No es su padre?
Elena. Acaso no.
D. Juan. ¡Ah! seguid.
Elena. Noté que amigo
 Del conde era, y que al abrigo
 Del exterior que tomó
 Era el único que entraba
 En su torre, y armonia
 Con sus gentes mantenía,
 Y noches con él pasaba.
 Entonces vinisteis vos
 Con vuestro destacamento,
 Y hubo entonces un momento
 De treguas entre los dos.
 Yo tras de mucho afanar,
 De un anciano campesino
 Supe un secreto camino
 Al castillo para entrar.
 Varias noches me introduje
 En hora muy avanzada
 En un ala abandonada;
 Y la impresion que produje
 Tan favorable me fué,
 Que el vulgo supersticioso
 Por fantasma misterioso
 Ocupada ahora la cree.
 Yo de bruja en esta ermita
 Tal vez haciendo un papel,

Os hallé con Isabel
 En una y en otra cita.
 Supe vuestro plazo al fin,
 Y me interesé por vos,
 Temiéndome de los dos
 Alguna emboscada ruin
 Espié, velé, inquirí,
 Y al cabo yendo y viniendo,
 Sus maldades conociendo,
 A Flandes os escribí.
 Y no dudeis que Isabel
 Víctima sacrificada
 Es, prenda al conde entregada.
D. Juan. ¿Por Don Pedro?
Elena. Sí, por él.
D. Juan. Eso no tiene, señora,
 Ni aun asomos de razon:
 ¿A qué aguardar condicion
 Ni plazos?...
Elena. Oídlo ahora.
 Si tanto tiempo aguardando
 A que espirara estuvieron,
 Fué porque de vos temieron.
D. Juan. ¿Por qué?
Elena. Por su contrabando.
D. Juan. ¿Qué decis!
Elena. Esas montañas
 Llenas de su gente están;
 Por eso es todo su afan,
 Esas todas sus hazañas.
D. Juan. No lo acierto á comprender.
Elena. Creedlo, ese hombre es un bandido,
 Y nunca otra cosa ha sido,
 Ni otra cosa sabrá ser.
D. Juan. Por eso hoy á mi venida
 Topé con una emboscada,
 Y á no por inesperada
 Ayuda, pierdo la vida.
 Pero de esa relacion
 En el dódalo enredado
 Con vuestro intento no he dado.
Elena. ¡Ay! está en mi corazon:
 Todo descubierto está,
 Esos peñascos cercados
 Están ya por los soldados
 Y todo á perderse va.
D. Juan. Y bien, ¿qué querets de mí?
Elena. Don Juan, ¿quereis á Isabel?
D. Juan. ¡Oh, sí!
Elena. Pues salvadle á él,
 Y huya conmigo de aquí.
D. Juan. ¿Con vos?
Elena. Sí, le amé; y ahora
 Que todos á abandonarle
 Van, yo, yo quiero salvarle,
 Quiero ser su valedora.
 El me abandonó traidor,
 Atentó contra mi vida,

Mas todo el amor lo olvida,
 Y á todo alcanza mi amor.
 Si á la costa se le auxilia
 Osadamente á llegar,
 Aun puede abrirnos el mar
 Camino á nuestra Sicilia;
 Favor por favor, Don Juan.
 O así le salvais á él,
 O á perder vais á Isabel.
D. Juan. ¡Y entonces perecerán
 Todos, vive Dios, tras ella!
Elena. No os halague esa esperanza,
 Que es temible su venganza,
 Y es muy fatal vuestra estrella,
 Capitan.

ESCENA X.

DON JUAN Y ELENA, DENTRO DE LA ERMITA;
DON PEDRO Y TOMAS, FUERA.

Tom. ¿Quién va?
Ped. Yo soy.
Tom. ¿Quién es?
Elena, á Don Juan. Decid.
D. Juan, á Elena. Escuchad:
 ¿No oís rumor?
Elena. Sí.
D. Juan, escuchando. Callad.
Ped. ¿Estais solo?
Tom. Solo estoy.
Ped. Pues vamos.
Tom. Vamos.
(Poniendo mano á su espada.)
Ped. ¿Qué es eso?
Tom. ¿A reñir no habeis venido?
Ped. ¡No es Gil! ¡(Oh, me habrá vendido!)
 Caballero, yo os confieso...
Tom. Esa voz... estoy soñando.
Ped. Perdonad; os tomé á vos
 Por otro; quedad con Dios.
Tom. ¡No os ireis!
Ped. ¿Qué estais hablando?
Tom. No, de aquí no os moveréis
 Sin que quien sois me digais.
Ped. ¡(Qué apuro!) Si os empeñais...
Tom. Sí, por Dios.
Ped. Pues lo sabreis.
 Yo soy Don Pedro Zapata.
Tom. ¡Téngame Dios de su mano!
 Ese que nombras, villano,
 Murió á manos de un pirata.
 Si, y ese nombre me prueba
 Que eres quien buscando voy.
Ped. Yo soy Don Pedro.
Tom. Y yo soy
 Tomás Ruiz de Villanueva.
Ped. ¡Oh!
Tom. Di, ¿qué has hecho, traidor,

Del nombre que yo te dí?
 ¿Qué es lo que has hecho por mí?
 ¿Qué es de la hija de mi amor?

Ped. En el castillo.

Tom. ¿En poder

Del conde?

Ped. Sí.

Tom. ¡Miserable!

Este enredo abominable

Llegó al fin á comprender.

Reza, si es que sabes algo

Con que dirigierte á Dios.

(Tomás y Don Pedro forcejean mientras hablan los otros.)

D. Juan. No oigo bien, pero son dos.

(Va á salir, y Elena le quiere tener.)

Elena. ¿Dónde vais?

D. Juan. Al campo salgo.

Me esperan para reñir,

Y otro toma mi lugar.

Elena. Tened.

D. Juan. ¡No!

(Sale Don Juan de la ermita, y Elena tras él.)

Tom. Vas á acabar,

Como has querido vivir.

Ped. ¡Ah!

(Cayendo.)

(Mientras Don Juan y Elena detrás salen, aparece Juan con gente.)

ESCENA XI.

TOMAS, DON PEDRO, JUAN, VARIOS
 CONTRABANDISTAS.

Juan. Ese es Don Juan.

(Señalando á Tomás.)

Tom. ¡Tal traicion

Me sospechaba!

Juan. Ea, atadle

Pronto; al castillo llevadle.

Uno. Mira.

Juan, mirando. ¿Qué...? soldados son.

Vamos pronto. (Vanse.)

D. Juan, saliendo. ¿Adónde están?

¿Mas si es él? (Viendo á Don Pedro.)

Ped. ¡Ah, el capitán!

D. Juan. ¿Don Pedro aquí!

Ped. Huid por Dios:

Se llevan á otro por vos.

D. Juan. ¿Adonde?

Ped. Al castillo van.

D. Juan. Antes que lleguen...

(Va á seguirlos, y Elena le detiene.)

Elena. ¿Qué hacéis?

D. Juan. Seguirlos.

Elena. Seguidme á mi

Si llegar antes queréis.

D. Juan. ¿Y por dónde?

Elena. Por aquí.

(Abre la cruz, y entranse al tiempo que Don Pedro toca arrastrándose el pedestal, y cae sobre los escalones sin movimiento. — Cae el telón.)

ACTO TERCERO.

Salon del castillo llamado Palacio moro, que habita el conde. Puerta á la derecha, y secreta en el fondo. Lámpara colgada. Ventana con reja.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

Cielo, ¿qué va á ser de mí

En esta mansion fatal?

¿Para tratarme tan mal

Qué delitos cometí?

Sola, pobre y desvalida,

Allá en oculta cabaña,

Al amor y al mundo estraña,

Pasaba feliz mi vida.

Huérfana, sí, mas dichosa,

Sin deseo ni esperanza,

Mi barquilla iba en bonanza

Por la mar tempestuosa.

Largos años viví así

Cual silvestre pasionaria

Que en campiña solitaria

Nace y crece y muere allí.

¡Ay! ¿porqué de aquel desierto

Me vinieron á sacar,

Para echarme al negro mar

De este porvenir incierto?

¿Porqué de mi corazon

Con impulso repentino

Al cambiarse mi destino

Se cambió la condicion?

De la soledad salí

Y con fortunas soñé,

Soñé con amor y amé,

Mas ¡cuán desdichada fui!

El interés vino en pos

Del amor, ató el deber

Mi voluntad... ¿cuál va á ser

El mas fatal de los dos?

¿El amor...? ileso, intacto,

Puro en mi alma quedará.

¿El deber...? cumplido está,

Padre cruel, vuestro pacto.

Mi padre, ¡ay Dios! Se figura

Que en el oro y la grandeza

Está la fé y la belleza,

El placer y la ventura.

El alma de la muger

Así, insensato comprende,

Y así me entrega, me vende

Al que mas llega á ofrecer.

Mas tócame ahora á mí;

El cumplió ya, era justo,

Y ya no hay mas que mi gusto

O mi desventura aquí.

Con nobleza elegiré

Pero mirando hácta atrás

No, no romperé jamás

Mi palabra ni mi fé.

ESCENA II.

ISABEL, EL CONDE.

Conde. Buenas noches.

Isab. ¿Qué queréis?

Conde. Bella pregunta á fé mia:

¿No os lo dije á medio día?

(Cierra la puerta por dentro.)

Isab. ¿Qué hacéis?

Conde. Cerrar, ¿no lo veis?

Mi palacio esquivo y fiera

Desdeñásteis hasta ahora

Habitar como señora;

Sois pues en él prisionera.

Isab. ¡Y con cuán negra traicion

Lo habéis al fin conseguido!

Conde. Las cosas se hacen sin ruido

Mejor y con precaucion.

El vulgo me odia, lo sé;

Y si el plazo hubiera roto,

Armara necio alboroto;

Por eso un año aguardé.

Ahora escucha atentamente

La suerte que te prevengo,

Y lo que á decirte vengo

Piensa bien, y sé prudente.

De hoy no ha de verte ni el sol,

No; dentro de estas murallas

Como en un sepulcro te hallas;

Pasará por el crisol

De esta eterna soledad

Tu amor y tu fortaleza;

Y tu llanto y tu belleza

Jamás obtendrán piedá.

Entre peligros viví,

Creí entre sangre y horrores,

Y amenazas ni clamores

Nada alcanzarán de mí.

Mi amor, mi fé, mi esperanza

Al fin de una y otra injuria

Tornaranse en odio, en furia,

En sed de fatal venganza.

Cederte á otro hombre despues

De aguardarte un año entero,

Es imposible, prefiero

Verte sin vida á mis piés.

Con que elige bien, y aparta

Sueños de fé y de virtud:

O esta estrecha esclavitud,

Si antes de ella no se harta

Mi paciencia, ó con tu amor

Pagar voluntaria el mio;

Dejo el ser á tu albedrio

Tu galán ó tu señor.

El mundo es grande, Isabel;

Yo te idolatro, te adoro;

Con mi brazo y con mi oro

Buen lugar tendrás en él.

Y puedo hacerte tal

Cuando admitas mis promesas,

Que te envidien mil princesas

Tu régia pompa oriental.

Isab. ¿Habeis concluido?

Conde. Si.

Isab. Pues vuestras ofertas todas

Cual la farsa de mis bodas

Serán miradas por mí.

Esta mañana rehusé

Llegarme al profano altar,

Y no habré de renegar

Esta noche de mi fé.

Nací entre peñas, crecí

De pobreza entre rigores,

Y amenazas ni clamores

Nada alcanzarán de mí.

Mi amor, mi fé, mi esperanza

Firmes á halago y á injuria

Sabrán despreciar tu furia

Y arrostrar tu vil venganza.

Oye pues: todo tu afán

Es en vano; yo le adoro,

Y no vale todo tu oro

Un cabello de Don Juan.

Conde. ¿Esa es tu respuesta?

Isab. Esa es,

Sí; ¿despues de un año entero

Ser tuya? jamás: prefiero

Caer sin vida á tus piés.

Conde. Caerás, sí; pero no esperes

Que así tu vida concluya,

Porque irá antes de la tuya

La de ese á quien tanto quieres.

Isab. Mi constancia y su constancia

En el bien como en el mal,

Siempre firmes por igual

Se mofan de tu arrogancia.

Conde. Veremos si tu entereza

A tanto heroísmo alcanza,

O si cede la balanza

Al peso de su cabeza.

Isab. Me río de esa villana

Amenaza que te inspira

Quien te inspiró la mentira
Del papel de esta mañana.

Conde. ¡Necia! ¡mientas el papel,
Y aun conservas confianza?

Pues disipa la esperanza
Que concebiste por él.

Aprende lo que no sabes,
Y aprendiendo á conocerme,

Decidete á obedecerme
Y tu situación no agraves.

¿Piensas que al plazo faltó
Tu constante capitán?

No, burló todo mi afán;
Daba aun las doce el reloj

Cuando él acudió á la cita.
Isab. ¡Cómo!

Conde. Mas fia en su brio
El necio, y mi desafío

Admitió.
Isab. ¡Infamia inaudita!

Conde. De noche, y en despoblado,
Y solo prometió ir.

Isab. ¡Cielos!
Conde. Puedes presumir

Que habré mi gente apostado.
Isab. ¡Hombre vill!

Conde. Oye lo todo:

Mandé, haga ó no resistencia,
Que desde allí á mi presencia

Le traigan de cualquier modo.
Ahora, creas ó no creas

De grado lo que te digo,
De ello vas á ser testigo,

Y crearás cuando lo veas.
(Oyese un clarín.)

Oye; esa la señal es
Para franquear al rastrillo;

Ya están al pié del castillo,
Decidete pronto pues.

Y no te andes con pereza,
Porque juro; vive Dios!

Que eliges una de dos,
O mi amor ó su cabeza.

Isab. No puede mi alma con tanta
Increible atrocidad:

Tu fria ferocidad,
Mónstruo pérfido, me espanta.

Conde. Esperé, callé y sufrí
Mientras el plazo se cumplía,

Y al castillo te traía
Sin dar sospechas de mí.

De hoy todo será traición,
Y ese vulgo que murmura

Creerá mansion de ventura
La que será tu prisión.

Mas suben, ya están aquí.

ESCENA III.

ISABEL, EL CONDE, JUAN.

Conde. ¡Hola! ¿eres tú!

Juan. Sí, yo soy.

Conde. ¿Traes al capitán?

Juan. Le traigo.

Conde. Ya lo ves. (A Isabel.)

Isab. ¡Cielos!

Juan, aparte al conde. Señor,

Echad ahora esos imbéciles

Amoríos á un rincón,

Y pensad en lo que importa.

Conde. ¿Qué hay pues?

Juan. Huyamos, sino

Todo el valle á desplomarse

Va muy pronto sobre vos.

Conde. ¡Cómo!

Juan. De tropas y hogueras

Cercado está en derredor.

Conde. Tengo mi barco en la costa,

Que há dos dias que fondeó

En esas rocas vecinas.

Juan. Mas ved que un enjambre son.

Conde. Serénate, Juan, no temas,

Que tal lo he dispuesto yo

Que por entre ellos pasemos

Como por un vidrio el sol.

Juan. No lo sé.

Conde. Habrá algunos tiros.

Habrá un cadáver, ó dos;

Mas tras el primero á tierra

Saldrá mi tripulación,

Y habrá al mismo tiempo fuego

De babor y de estribor.

Tiempo há que he determinado

Salir de este boquerón,

Pero saldremos despacio,

Con botín y con honor.

Ve, Juan, que todo esté á punto

Para el despuntar del sol;

Mi barco aguarda esa hora.

Juan. Cumpliré mi obligación.

Mas de ese Don Juan, ¿qué hacemos?

Conde. Que aguarde un punto, vé. Voy.

ESCENA IV.

EL CONDE, ISABEL.

Conde. Ya lo ves, está en mis manos;

Firme es mi resolución,

Y única; elige, Isabel,

O su cabeza ó mi amor.

No mas misterios, no mas

Disimulos ni ficción:

Necia honradez, medianía

Servil no te ofrezco yo.

No una alquería en un valle,

Y un olivar que agostó

El abandono de un año,

Y una lanza y un bridon

Con un corazón voluble

Que tal vez otra secó;

No, yo te ofrezco un tesoro

De libertad y de amor:

Todo el imperio del mar

Que rey ninguno acotó,

Y donde soy con mi barco

Mas grande que el rey mayor.

Nada habrá que te se antoje

Que darte no pueda yo:

Si el mar te cansa, tierra

Puedo darte, no un rincón

Donde vivir olvidada,

Sino el palacio mejor.

La opulencia de los ricos,

Del noble la ostentación,

Y toda la altanería

Del lujo fascinador.

Si Europa no da á un valiente

Acogida y protección,

Un nuevo mundo en América

Se nos abre; vive Dios!

Allí está virgen la tierra

Esperando á su señor,

Y conmigo su conquista

Dividirá el español:

Que harto mi brazo y mi oro

Valen en contra ó pro

Para que no los acepte,

O esclavo ó conquistador.

Isab. Basta, insensato, de ofertas

Que solo quimeras son.

¿Crees tú que están mis oídos

Insensibles á la voz?

¿Piensas que la de ese esclavo

En ellos no resonó?

Va á desplomarse, te dijo,

Todo el valle sobre vos:

Palideciste al oírle

Decir que un enjambre son,

Y mi corazón oyéndolo

De gozo se estremeció;

Y firme, como la tuya,

Es ya mi resolución.

Conde. ¡Pobre insensata! cual siempre

Te engaña tu corazón;

Mi barco tengo en la costa,

Cuanto tengo de valor,

Mis tesoros, mis secretos,

En él se depositó

Con cauteloso sigilo

Y esquisita precaución.

A mi poder y á mi dicha

Solo me falta el amor;

Una muger, que eres tú,

Y sin la cual no me voy.

Isab. Primero que del pirata

La opulencia acepte yo,

Hágame un esclavo vil

Pedazos el corazón.

Conde. Mira que á Don Juan sentencias.

Isab. A mi honra y á su valor

Mejor nos está morir

Que verme en tus brazos.

Conde. ¡Oh!

¡Un mundo entero no pudo

Arrostrar mi indignación,

Y hoy una débil muger

Osa arrostrar mi furor!

Piénsalo bien, cierva presa

En las garras del león.

Isab. Piensa tú que de tu cueva

Se apiñan en derredor

Lobos que huelen la sangre

De quien pavura les dió.

Conde. Mira que no hay esperanza.

Isab. Yo he puesto la mia en Dios.

Conde. Por última vez, ¿aceptas?

Isab. Por la vez última, no.

Conde. Sea, y culpate á ti sola

De la suerte de los dos.

Teneis de vida un minuto,

Y aquí, este mismo salón

Será de entrambos sepulcro

O templo de nuestro amor.

Isab., de rodillas. El cielo que me dió

fuercas,

Para tal resolución,

Hará que á cabo la lleve,

O será mi protector.

Conde, con mofa. ¿Quién dentro de estas

murallas

Podrá protegerte?

Elena, saliendo por la puerta falsa. Yo.

ESCENA V.

EL CONDE, ISABEL, ELENA.

(Elena se coloca entre Isabel y el conde:

Isabel continúa de rodillas.)

Conde. ¡Qué es esto, cielos! Elena.

Elena. Sí, bárbaro, Elena soy.

Conde. Espectro horrendo, ¿qué quieres?

¿Quién ante mí te evocó?

¿Porqué del sepulcro sales,

Enemiga aparición?

Elena. Deliras, Cain, deliras;

No soy un espectro, no:

Vivo, y me guarda tu estrella

Para ser tu salvacion.

Conde. Mi bala no ha errado nunca.
Elena. Pues en la Cabrera erró.
Conde. ¡Sin duda estoy siendo víctima
De una pesadilla atroz!

Elena. Acabemos de una vez,
Y sal, Cain, de tu error.
Ya no tienes en el mundo
Mas esperanza que yo.

Conde. ¡Tú!
Elena. Sí, todos te abandonan;

¡Mas si audaz resolución
Tomas, aun puedes salvarte
Huyendo conmigo.

Conde. No.
Elena. Eso es lo que aun ofrecerte

Puede quien tuvo valor
Para vivir junto á ti
En escondido rincón
Dos años en este valle;
Sí, quien te guardó hasta hoy
En vez de infame venganza
La fé de su corazón.
Y esto es lo que va á ofrecerte
Otro enemigo mayor
En este momento mismo
Y con igual condicion.

Conde. ¿Quién?
Elena. Don Juan.
Conde. ¡Necia! ¿Ese engaño

Crees que me infunde pavor?
Don Juan está en mi poder;
Y ahora mismo, al de mi voz,
Ante vuestros mismos ojos
Voy á ponerle.
(*Asoma Don Juan mientras Cain se di-
rige á la puerta contraria.*)

ESCENA VI.

DICHOS; DON JUAN, SALIENDO POR LA PUERTA
SECRETA.

D. Juan. Aquí estoy.

Isab. ¡Don Juan!

D. Juan. ¡Isabel! (*Abrázanse.*)

Conde. ¿Qué es esto?

D. Juan, viendo al conde. ¡Qué veo!
¡Dios vengador!

¡MI PADRE!
Conde. ¿Ese hombre, es Don Juan?

D. Juan. ¡Noche de condenacion!

Yo soy Don Juan, soy Rodulfo.

¡Capitan, nuestro hijo soy!

Que sali de la Cabrera
Para inferno de los dos.

Conde. ¡Oh rabia!

Elena. ¿De la Cabrera?

D. Juan. Allí ese hombre me dejó.

Elena. Díome allí un mancebo amparo,
Y una lancha salvacion.

D. Juan. ¿En la Cabrera?

Elena. Sí.

D. Juan. ¡Entonces

Ese mancebo soy yo!

Elena. Sí.

Conde. ¡Todo lo entiendo ahora!

D. Juan. Y yo tambien, ¡vive Dios!

(*Desesperado.*)

Yo tambien, que del destino

Bajo fatalismo atroz

He sido siempre el juguete

Desde la hora en que vi el sol.

Conde. (¡Oh dicha! pues el destino

A todos me los juntó,

De todos me libro á un tiempo.)

Rodulfo, tienes razon,

El uno en contra del otro

La suerte nos colocó,

Y es fuerza sacrificarse

Uno de ambos por los dos.

D. Juan. Parámonos uno de otro,

Padre, dejadme mi amor,

Y huid mientras tenéis tiempo

Y yo quedo tras de vos.

Si mi fuerza ó mis engaños

Os consiguen salvacion,

Para siempre separémonos,

Y que nos ayude Dios.

Elena. ¿Qué historia espantosa es esta

Que á mis zelos escapó!

Cain, tan negro misterio

No cabe en mi comprension.

¿Es hijo tuyo ese hombre?

Conde. Muger, cierra el labio.

Elena. No;

Fuerza es que se aclare todo

Este misterio de horror.

Conde. Pues bien, aclárese al punto,

Porque ahora mirando estoy

Que si ese es Don Juan, hay otro

Que su lugar usurpó.

¡Hola! traed á ese.

ESCENA VII.

DICHOS; JUAN, TOMAS, PIRATAS.

Juan. Aquí está.

Conde. ¿Quién eres tú?

Tom. Tomás soy.

Conde. ¡Gracias, fortuna! — Salid.

(*Vase Juan y los que con él han salido.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE, TOMAS, DON JUAN, ELENA,
ISABEL.

Conde. ¿Quién manda mi barco?

Tom. Yo.

Conde. ¿Está en la costa?

Tom. Está allí.

Conde. Y á buscarte vienes.

Tom. Sí.

Conde. ¿Para que partamos?

Tom. No.

Conde. ¡Cómo!

Tom. Escúchame, pirata;

Acabo á uno de matar

El bosque al atravesar.

Conde. ¿A quién?

Tom. A Pedro Zapata.

Conde. De un bribon nos has librado.

Tom. Sí, mas en otra ocasion

Conoci yo á ese bribon,

Y todo me lo ha contado.

Conde. ¿Y qué?

Tom. Por él supe allí

Que la única hija mia

Que encomendado le habia

Está en tu poder aquí.

Conde. ¡Tu hija!

Tom. Él hizo papel

De padre suyo en mi nombre.

Isab. ¿No era mi padre aquel hombre?

Conde. ¡Es hija tuya Isabel!

Tom. Sí.

Isab., arrojándose á sus brazos. ¡Padre!

Tom., idem. ¡Hija mia! Ahora,

Pirata, no mas doblez,

No mas ficcion; á tu vez

De Dios tu perdon implora.

Elena. ¿Aun hay mas misterios?

Tom. Sí.

Ya mi hija, mi afan logré,

Mi hija, que la causa fué

De mi silencio hasta aquí,

Veinte años há que te sigo

De tu barco en el encierro,

Veinte años que como un perro

Camino y duermo contigo

Por eso; ahora el dueño soy

De tu mas fatal secreto,

Y por verte en él sujeto

Héme afanado hasta hoy.

Conde. Guárdalo, esclavo, hasta el fin,

Como hasta aquí lo has guardado.

Tom. Mas de seis años forzado

Lo guardé en tu bergantin:

No, tú los lazos has roto

Con que á callar me obligabas,

Cain, cuando me dejabas
Esclavo de tu piloto.

Temistes que cuando en tierra

Saltara te venderia;

Pensaste bien, este dia

Llegó, que tanto te aterra.

¡Te acuerdas, feroz pirata,

De aquel horrendo abordage

Con que diste fin al viaje

De una peruana fragata?

Con vida tan solo allí

Quedamos un niño y yo.

Conde. ¿Y quién os la concedió?

Tom. Tú; pero ¿á qué precio, di?

Siendo parte de tu bando

Y los rayos de la ley

Con tu sanguinaria grey

Sobre nosotros llamando.

Te la compramos; ¡par diez!

El con su fortuna entera,

Con su suerte venidera,

Yo con toda mi honradéz.

Conde. Basta, traidor, basta ya.

Tom. ¡Lo que adivinas te espanta!

Conde. No saldrá de tu garganta

Lo que resta.

Tom. ¡Oh sí saldrá!

Conde. Primero que lo pronuncies

Tendrá cabo tu existencia.

¡Hola!

(*Va á salir, y Tomás, acudiendo antes que
él á la puerta, pasa el cerrojo y se coloca
delante de ella.*)

Tom. A toda resistencia

Es forzoso que renunciéis;

No en vano á la fuerza apeles,

Tu barco al rey he vendido.

Conde. ¡Traidor!

Tom. Y le he remitido

Tu tesoro y tus papeles.

Conde. ¡Oh furia!

Tom. Y por conclusion

Envíe escrita de mi mano

Del abordage inhumano

Una exacta relacion.

No hay pues para tí, Cain,

Ni remedio ni esperanza,

Que te aprestó mi venganza

En un cadalso tu fin.

D. Juan. Eso jamás, ¡vive Dios!

Mi padre le hizo el destino

Y yo le abríre camino,

O moriremos los dos.

Elena. Y antes que á trance tan cruel

Le lleve tan vil traicion,

Pisarán mi corazon

Para llegar hasta él.

Capitan: por cuanto caro

Tengais en el universo,
Que en un trance tan adverso
No le dejéis sin amparo.
Habeis en su compañía
Por largo tiempo vivido,
Su fortuna habeis seguido,
Y por su sangre os quería.

D. Juan. ¡No por Dios! aunque me afrente
Su sangre no negaré.

(Al conde.)

Vuestro lugar tomaré,
Y mientras secretamente
Por ese oculto camino
Salís al campo los dos,
Yo me quedaré por vos
A arrostrar vuestro destino.
Tomad y huid.

(Le ofrece su espada. Tomás se va á acercar. Don Juan se dirige á él con nobleza.)

Tom. ¡Tente!

D. Juan, á Tomás. Atrás.

Si tú vengas tu opresion,
Yo cumplo la obligacion

Que hay en mi sangre, Tomás.

Tom. ¡Rodulfo!

D. Juan. Si das un paso

Para tocarle un cabello,

Tomás, por todo atropello;

Tente á tu vez, ó te abraso.

(Con una pistola.)

Isab. ¡Padre! ¡Don Juan!

D. Juan. Id, volad.

Tom. Pues bien, noble corazon,

Aprende la obligacion

De tu sangre en realidad.

No es la de ese monstruo fiero

La que corre por tus venas,

No; él colgó en sus antenas

A tu padre verdadero.

D. Juan á Isab. ¡Oh, no es mi padre ese
hombre!

Tom. No. Abordó nuestra fragata

Y dejó de ser pirata

Con su titulo y su nombre.

(El pirata lo oye todo con calma y fiereza.)

D. Juan. ¡Ira de Dios!

Tom. Y ve aquí

La venganza que apresté;

Si, cuando en ella pensé

Pensé en tu padre y en tí.

D. Juan, volviendo la pistola que tiene en la mano al pirata. Cúmplase
pues... reza, infame,

Tu postrimera oracion.

Conde, presentando el pecho. Tira, aquí
está el corazon :

No creas, no, que reclame

Ni clemencia ni piedad

La fiereza del pirata,

Que no eres tú quien le mata,

Sino su fatalidad.

Tira : esa ha de ser mi suerte,

De una ó de otra manera;

Con que venga como quiera,

Nunca he temido la muerte.

Elena. Perdon, capitan.

Isab.

Perdon,

Don Juan.

Tom. Tente; á la justicia

Toca, y arguye malicia

Impedir su obligacion.

(Se oyen voces dentro, y luz de antorchas

por detrás de la ventana. Algunos tiros

muy á lo lejos.)

Conde. ¿Mas qué es esto?

Tom. Ya lo ves,

Cercado el palacio está.

Conde. Mas mi gente lidiará,

¡Vive Dios!

Tom. Inútil es;

No se trata de batallas

Ni abordages, y aplicado

Habrán prontos de contado

Escalas á las murallas.

Juan, dentro. ¡Capitan!

Conde, asomando á la reja. ¿Quién va?

Juan, dentro. Sali

Pronto, que ya los soldados

Tienen los puentes forzados

Y huye mi gente; venid.

Conde. Mis dueños sois, responded;

Mandad lo que os venga á tino;

Yo arrostraré mi destino,

Pero sin pedir merced.

Tom., á la reja. Rendíos á discrecion,

No hay mas remedio ni espacio,

Porque he vendido el palacio.

(Vocera lejána.)

Elena, de rodillas. Perdon, capitan, per-
don;

Os hizo una injuria cruel,

Mas tambien os dió la vida,

Y me teméis prometida

La suya por Isabel.

¡Oh! tenéis tiempo y favor :

Sed generoso, Don Juan;

No atropelleis, capitan,

Vuestra palabra y mi amor.

Conde. Alza y no ruegues, villana,

Y pues que tanto me quieres,

Vamos á ver cómo mueres

Como buena siciliana.

Elena. ¡Ah, rendíos, capitan!

Veo que en vuestra nobleza

La ruindad y la grandeza

Luchando en silencio están.

D. Juan. No, no : él en su barco á mi

Guardóme y me protegió :

Con mal no he de pagar yo

El bien que dél recibí.

Sea : partid, por aquí ;

(Por la puerta secreta.)

Tal vez en la oscuridad

Podéis, la ermita ganad,

Y estad ocultos allí.

Si mañana ambos á dos

Vivís, un barco tendreis

Para que á la vela os deis.

Id, y que os ayude Dios.

Elena. ¡Oh! dejad que á vuestros piés...

D. Juan. Id, que me estais dando afán.

Conde. Gracias, y á Dios, capitan.

D. Juan. No os detengais.

Conde. Vamos pues.

ESCENA IX.

DON JUAN, ISABEL, TOMAS.

(Tomás quiere hablar. Don Juan le ataja la palabra.)

D. Juan. Tomás, ninguna objecion

Admito : cumpli y cumpliste :

Tú con mi padre, debiste,

Y yo con mi corazon.

No pensemos mas en él,

Y solo el placer gocemos

De ver que entrambos tenemos

Nuestra dicha en Isabel.

Tom. ¡Honra tamaña, señor,

A nuestra humildad villana!

D. Juan. Todo tu lealtad lo gana,

Todo lo ignala el amor.

(Ruido en el paso secreto.)

¡Mas qué ruido...! ¿volverá

Ese hombre? Llegan. ¿Quién va?

ESCENA ULTIMA.

EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS, APARECE POR LA
ENTRADA DEL CAMINO SUBTERRANEO, SEGUIDO
DE ALGUNOS SOLDADOS CON ARMAS Y ANTOR-
CHAS.

Capitan. Yo.

D. Juan. ¿Y quién de esa galeria

Os mostró el paso profundo?

Capitan. Un hombre que moribundo

Al pié de la cruz yacia.

D. Juan. ¡Oh! ¿y los hallásteis?

Capitan. Los dos

Despechados resistieron.

D. Juan. ¿Se salvaron?

Capitan. No, murieron.

D. Juan. ¡Ay! ¡Fué justicia de Dios!

LA GRAN COMEDIA

DE

EL CABALLO DEL REY DON SANCHO,

EN CUATRO JORNADAS.

PERSONAS.

DON SANCHO EL MAYOR, rey de Navarra.
LA REINA, su mujer.
EL INFANTE DON GARCÍA.
DON RAMIRO.
GISBERGA.
DON PEDRO SESE, caballero mayor del rey.

ARJONA.
JUAN.
MELENDO.
SOLDADOS, CABALLEROS, PAGES.
REYES DE ARMAS.
JUECES DEL CAMPO.
PUEBLO.

Año 1030 de N. S. J. C.

JORNADA PRIMERA.

Intierde un aposento de una casa rústica, que ocupa la mitad del escenario, cuyos adornos consisten en utensilios de caza. Este aposento tiene una puerta á la derecha y dos en el fondo; de estas dos la una es una alcoba la otra es la salida y entrada. A la izquierda una ventana con reja de madera. La parte exterior del teatro figura la ladera de un montecillo, cuyo horizonte se cierra con montañas en que se abren varios senderos.

ESCENA PRIMERA.

GISBERGA, EN EL APOSENTO; JUAN, BAJANDO POR LA MONTAÑA.

GISB. Ya va avanzando la noche,
Y fría y lóbrega cierra,
¡Y aun no vuelven...! pero siento
Pasos. ¿Quién es?

(*Asomando á la ventana.*)

Juan, desde fuera. Yo.

GISB. Ya llegan.

(*Abre Gisberga, y entra Juan con caza y perros.*)

¿Y tu amo?

Juan. ¿Pues no ha venido?

GISB. No.

Juan. Habrá alzado alguna pieza.

GISB. ¿Mas dónde está?

Juan. Tras mi viene.

Le dejé junto á la peña

Del puente, donde los perros

Se nos plantaron de muestra.

GISB. ¿Tan de noche y sigue rastro?

Juan. ¡Que quereis! Si no le deja

la afición, díjome al irse

Que á espacio á casa volviera,

Que de cerca me seguía;

Mas al pié de aquella cuesta

Le he esperado largo rato

Y ya creí que me hubiera

adelantado tomando

por el atajo.

GISB. Pues, ea,

que te ayude el africano

A descargar, y Teresa

que apronte una buena lumbre.

Juan. Sí por Dios, que ahora comienza

una lluvia tan menuda

que cala.

GISB. Pues date prisa.

Juan. Allá voy. ¡Bien lo hemos hecho!

Molidas traigo las piernas.

ESCENA II.

GISBERGA, DON GARCIA.

(*Don García baja por las montañas acercándose á la casa y dando instrucciones á los que le acompañan para lo que pasa en las escenas posteriores. Don García se adelanta solo.*)

GISB. ¡Tan tarde y solo en el monte!
Y ahora que anda tan revuelta
Navarra, y el rey ausente
Haciendo á los moros guerra.
Mas... si... estoy sintiendo pasos...
Él es... sin duda (*Mira por la ventana.*) se
acerca.

¿Eres tú?

Gar. Yo soy.

GISB. Aguarda,
que voy á abrirte la puerta. (*Lo hace.*)

Entra, amor mio... ¡Mas cielos,
No es él!

Gar. No, no es el que esperas
Tan afanosa y amante,
Pero es otro cuyas huellas
Solo traen rastro seguro
Cuando hácia ti se enderezan.

GISB. Señor caballero, basta:

Basta de vanas protestas,
De un amor que simpatía
En mi corazón no encuentra.
Dos veces me habeis buscado,
Y dos veces por sorpresa
Habeis llegado hasta mí,
Aprovechando la ausencia
De las gentes de mi casa.

Gar. Aparta, serrana bella,
El ceño adusto, que entolda
Tus miradas hechiceras.
¿Qué haces entre los peñascos
De estas montañas desiertas,
Donde el sol de tu hermosa
Tan breve horizonte encuentra?
Ven, abandona conmigo
Estas paredes de tierra
Para habitar un palacio
Y ver á tus plantas puesta
Toda una corte ostentosa,
Toda la Navarra entera.

GISB. Si no me enojaran tanto
Vuestras lisonjas molestas
A fé que reir me harían
Tan colosales promesas,
Porque tan grandes no fuesen
Si fuesen mas verdaderas.
Toda Navarra ¡ahí va poco!
¿Y á quién? ¡á una lugareña!

Gar. ¡Ay, serrana, que es tan falso
Tu pecho como tu lengua,
Y para enviar en palabras
Tus pensamientos á ella,
Lo que crees y lo que dices
Tu astuto corazón trueca!
¿Serrana tú? ¿tú villana?
Aunque ese sayal que llevas
Y esa toca te disfraza
En vano engañarme intentas.
Que no hay serrana que arome
Con tal cuidado las trenzas
Que en agujas de oro prendes,
Y acaso con nácar peinas.
Villana que en los arroyos
Se lava, y al sol espuesta
Y al aire libre ha pasado
Diez y nueve primaveras,
No tiene tan transparentes
Las manos á torno hechas.

GISB. Tened las torpes palabras
Que me indignan y avergüenzan,
O alguno tal vez que puede
A la garganta os las vuelva.

Gar. ¿Quién, el jayan que allá dentro
Enciende la chimenea?

¿Con qué? ¿Tal vez con el látigo
Con que á los galgos encierra?

GISB. ¡Caballero!

Gar. ¿O es el otro

que de misterios se cerca,

Y aquí entre misterios pasa

Su misteriosa existencia,

Dando al necio vulgo pábulo

Para barto absurdas consejas?

GISB. ¿Qué decis?

Gar. Lo cierto digo.

Toda la comarca entera

Ya de vosotros murmura

Y de vosotros se aleja.

La misma corte, Pamplona

Ya en vosotros tiene puesta

Su atención, y aseguraros

A mí me encarga la reina.

GISB. ¡Cielos!

Gar. Ahora bien, hermosa,

Mi valor y mi nobleza

Me han colocado en Navarra

De la real familia cerca.

Yo te amo, y yo solo puedo,

Si no esquivas tal oferta,

Librarte de los peligros

que sobre vos se aglomeran.

GISB. Idos, señor caballero,

Y no os fatiguis la lengua

En promesas ni amenazas

que quien las oye desprecia.

Decis que los que habitamos

Los hijos de Adan y Eva,
Que tiene razon el vulgo
Cuando me hace en mil consejas
El héroe misterioso,
Y el poder que las maneja.
Mas veo que estais inquieto
Y que volveis con frecuencia
Los ojos á esa ventana.
¡Ah! ya caigo, bajo de ella
Habeis la gente apostado
Para que os guarde la puerta.
Bien hecho, pero si os place,
Mandaré que en mis paneras
Les clojen, que hace frio
Y ningún peligro altera
La comarca. ¿Juan?
Juan, *satiendo.* ¿Señor?
Ram. A esos que allá bajo esperan
Hospedage da y regálalos
Con todo cuanto apetezcan.
Gar. ¡Cielo santo! ¿qué hombre es
este?
Mas disimular es fuerza,
Pues tanto en sí no podría
Fiar si solo estuviera.)
Gracias, huésped, mas son muchos
Y os van á causar molestia...
Ram. Nada de eso.
Gar. A mas ya es tarde
Y en esa vecina aldea
Nos esperan los caballos
Y monteros.
Ram. ¿Qué simpleza!
¿Ir átravesar el valle
Con una noche como esta?
No, no, aquí la pasareis,
Y mañana cuando vuelva
El claro sol, todos juntos
A la corte iremos. Ea,
Remitid pues los cumplidos
Y sentaos. Nada alegre
Ni entona mejor á un hombre,
Que un par de viandas recias
Y un par de sabrosos tragos
De pura sangre de cepa.
Gar. Sea; porque ¿cómo, huésped,
Despreciar tales ofertas
Con mala cara? Escandad
Y brindo á vuestra franqueza,
Y á los ojos de esa hermosa,
Sea de vos lo que sea...
Ram. Sí, sí, bebamos en tanto
Que se pasa la tormenta,
Y con la copa en la mano
La mañana nos sorprenda.
Bebed, y el ceño severo
Desembozad.
Gar. Sí por Dios,

Que veo, huésped, en vos
Un bizarro compañero.
Ram. Dispuesto á cuanto gustéis,
Sea de paz ó de guerra.
Gar. Fama por toda esta tierra
De gran corazon teneis.
Dicen que en estas montañas
No hay quien os resista un bote,
Ni fiera á quien no acogote
Vuestro puño.
Ram. ¡Bah! patrañas.
No niego que soy osado;
Y cual veis recio y fornido,
Jamás me he visto vencido
Cuando á reñir me han sacado.
Pero no habeis de ello vos.
¿Con justador tan famoso
El jayan mas vigoroso
Qué tiene que ver?
Gar. ¡Por Dios!
Que á ser como bravo noble
Y príncipe cuál vasallo,
Ginete en un buen caballo
Y con buen lanzon de roble,
En cierta fiesta que espero
Dar muy pronto, me holgaría
Teneros de parte mia
Como al mejor caballero.
Ram. Lo siento de corazon,
Mas no es posible.
Gar. Me pesa.
Ram. Me he metido en otra empresa
De mas especulacion.
Gar. ¿De mas? Ignorais la mia.
Ram. Yo nada ignoro, señor.
Gar. Esto salvo.
Ram. Es un error
Que padeceis, Don Garcia.
Gar. Yo no creo á ningún hombre
Con sobrehumano poder,
Y mal podeis vos saber
Lo que aquí aun...
Ram. No os asombre;
Bien sé que con tanta maña
Conducis vuestros secretos,
Que aun los que están mas sujetos
En la red de su maraña
Su parte saben no mas;
Y aun que á soltarse llegar
Cualquier nudo, no soltara
El nudo de los demas.
Y está bien; pues de este modo
Contais seguro vivir.
Mas ¿no hais oido decir
Que el diablo lo sabe todo?
Gar. ¡Voto á...!
Ram. ¡Bah! no os enojeis
Si en vuestro secreto os hablo,

Es porque al cabo del diablo
Ocultarlo no podeis.
Parece que esto que os digo
Algo en vuestro ánimo influye,
Mas el vulgo me atribuye
Cierto prestigio... ¡ay amigo!
El diablo es gran personage;
Y en todas artes maestro
No hay humano que en el diestro
Ni en lo sabio le aventaje.
Mas ya es hora de dormir,
En lo dicho medita
Y consecuencia sacad
De aquí para el porvenir.
En esta alcoba teneis
Blanda cama; si queréis,
Dadme hora en que se os dispierte
Para partir á Pamplona.
Gar. Enviadme á Lucas de Arjona,
Y yo haré con él de suerte
Que sin que se os incomode
Yo esté servido, y mi gente
Esté á hora competente
Pronta á lo que me acomode.
Ram. Voy á enviárosle, señor.
Dios os guarde.
Gar. Él os asista.
Ram. (No te perderé de vista.)
Gar. (No te escaparás, traidor.)

ESCENA V.
DON GARCIA.

¿Quién es este hombre, gran Dios?
¿Será cierto que penetre
Mis ocultos pensamientos?
Imposible: finge, miente.
Mis secretos han vivido
Dentro de mi pecho siempre,
Y nadie hay que por mi boca
Sepa mas de lo que debe.
Mas por Dios, que sus misterios
Ciego y confuso me tienen,
Y sus palabras me abisman
En mil varios pareceres.
Que me conoce está claro,
Que me respeta parece,
Mas tanto en sí mismo fia
Que no sé de él lo que piense.
No, imposible; nada sabe.
Sospechas tal vez tan débiles
Serán, que de conjeturas
No han de pasar... y me advierte
Que sabe mucho... me cita
La destreza con que siempre
Me conduzo... ¡eh! frase ambigua
Con que sondarme pretende.

¡Bah! cree sin duda que yo
Al vulgo crédito preste
Y por el diablo le tome.
¡Mas, juro á Dios que le pese!
¡Ay de él como entre mis manos
A dar por fortuna llegue!
Todo su infierno y sus magias
Contra mí no han de valerle.
Sí, fuerza es de todos modos
De tal hombre deshacerse,
Si ignora por lo que intenta,
Si sabe por lo que puede.
¡Mas tarda Arjona...! Si acaso
No me le envia... ¡ah! ya viene.

ESCENA VI.

DON GARCIA, LUCAS DE ARJONA.

Gar. ¿Qué es esto, Arjona?
Arj. ¿Qué es esto,
Señor?
Gar. Lo ignoro á estas horas.
Arj. Y yo tambien.
Gar. Ese huésped
Con tanta doblez se porta,
Que aun me mantiene indeciso
Entre el temor y la cólera.
¿Y mis monteros?
Arj. Lo mismo
Que vos. Han pasado cosas
Allá bajo, que del vulgo
Las habilllas corroboran.
Gar. ¿Cómo...? ¡qué dices!
Arj. Que el diablo
Parece que cartas toma
En el juego de esta noche.
Gar. ¿Pues qué pasa?
Arj. Es una historia.
Gar. Habla, sepámosla pronto
Y evitemos...
Arj. Ante todas
Cosas, señor, es preciso
Que sepais, que con faz torva
Cuando hácia aquí me condujo
El huésped, me dijo: « Arjona,
Si en algo estima tu vida,
Dile á tu amo que en todas
Las paredes de esta casa
Ojos, oídos y bocas
Hay, que ven, oyen y cuentan
Lo que entre ellas pasa. »
Gar. ¡Hola!
Pues en cuenta lo tendremos.
Lucas, por si acaso, ronda
Por esos cuartos vecinos,
En todas las puertas dobla
Los pasadores; en esa

Antesala las dos hojas
Cierra de la puerta, mientras
Yo voy á ver si en esta otra
Hay salida ó escondite,
Y luego se hará en la alcoba
Igual registro, veamos.

(Don García y Arjona entran y salen,
Don García por la derecha, y Arjona
por el fondo.)

Arj. Aquí hay una puerta sola
Sin mas ventana ni almarío
Ni trasto que se interponga:
La pared lisa y no mas.

Gar. Lo mismo pasa en esta otra
Cámara: ni en esta alcoba
(La del fondo derecha.)

Tampoco hay nada, habla pues.
Ya estamos, Lucas, á solas.
Y cercado este aposento
De cámaras espaciosas
Y solitarias, no hay miedo,
Con que siéntate, y di, Arjona.

Arj. Pues atendedme, señor:
Tenia yo con mi tropa
Toda esta casa maldita
Circundada á la redonda,
Cuando salió de ella un hombre
Y enderezó á mi persona;
Dijome que vos pasábais
La noche aquí: en una copa
Como un pilón de una fuente
Nos hizo echar una ronda.
Despues nos condujo él mismo
A una casucha á esta próxima
Diciendo que allí tendríamos
Que cenar con vuestras sobras,
Pues tal era vuestra orden.

Gar. ¡Cuerpo de tall! de mi propia
Boca debiste venir
A tomarla.

Arj. Esa fué cosa
Que me ocurrió, mas no pude
Ponerla, señor, por obra.
Me sentaron á la mesa,
Trajeron con que hacer boca,
Y el que hacia de anfitrión
No me dejó á sol ni á sombra.
Yo ya intenté á la deshecha
Colarme por una y otra
Cámara, mas él siguióme
Como sirviéndome. Sorda
Desde entonces la sospecha
Me royó el alma. Asi toda
La casa anduvimos ambos
Y á nadie topé: — una olla
De agua al fuego vi no mas
En la cocina, y seis lonjas
De jabali en las parrillas

¡Para cuarenta! ¡gran cosa!
¡Mas juzgad de mi sorpresa
Cuando vi que una tras otra
Sirvieron ricas viandas
Y buen vino en tazas hondas!
Gar. Es que tendrán las cocinas
En otra parte.

Arj. Es que ahora
Viene lo mejor. La mesa
Nos la servia una moza
Como un sol.

Gar. ¡Pues gran pedrada!
Arj. Mas como las licenciosas
Lenguas de vuestros monteros
Al momento se desembocan,
Empezaron á hacerse agua
Con la niña.

Gar. ¿Y vergonzosa
Se os escabulló?

Arj. Y aquí entra
Lo mas negro de la historia.
En su lugar á servirnos
Entró bajo horrible forma...

Gar. ¿Alguna vieja?
Arj. Peor:

El mismo diablo en persona:
Un etiope, con la cara
Mas oscura que la sombra.
Quedámonos como piedras,
Pues nos trajo á la memoria
Las consejas que se cuentan
De esta casa; mas Luis Torras,
Que tiene un vino insolente,
Y un alma como hay muy pocas,
Le preguntó por la chica.
El etiope, á la boca
Se llevó la luz, y abriéndola
Nos mostró las fauces rojas
Mas sin lengua. — En esto el hués
Entró, y héme aquí.

Gar. Me asombra
Tu relato tanto mas
Cuanto que aquí he visto cosas
Que me dan que sospechar
Alguna traición, Arjona.

Arj. ¡Cómo!
Gar. Al instante es preciso
Que de esta casa salgamos,
Y á sus dueños sorprendamos.

Arj. Mas sin que demos aviso
A la gente...

Gar. ¿Es muy distante
Donde se aloja?

Arj. Si fuera
Posible que yo saliera
De aquí, todo era un instante.
Están en unas paneras
A este edificio contiguas.

Gar. Bueno: á tus mañas antiguas
Vuelve. ¿Escalador no eres?

Arj. Me llevaba en su partida
Vuestro padre en los asaltos.

Gar. Ea pues, mayores saltos
Habrás dado en esta vida.
Salta por esa ventana.

Arj. Pero, señor, ¿y la reja?

Gar. Es de palo, y está vieja. (La rompe.)

Ya está rota, tierra gana
En cuanto afirmes el pié,
Y ven con mi gente á mi.

Arj. Pero ¿y vos?

Gar. Tranquilo aquí
Vuestra vuelta aguardaré.

Que es muy astuto el patron,
Y es fuerza que le imitemos
Si salir bien pretendemos.

Arj. Principe, tenéis razon.

Gar. Si vuelves, los mas bizarros

Mete por aquí conmigo,
Queden los demas contigo,
Y ¡Cristo con los navarros!

Arj. Voy pues.

(Baja por la ventana, Don García le
ayuda.)

Gar. Arjona, con tiento.
(Aparece Don Ramiro por el fondo,
derecha.)

Arj. Soltadme; ya estoy seguro.

Gar. Vé, que con el huésped juro
Que he de hacer un escarmiento.

ESCENA VII.

DON GARCÍA, DON RAMIRO.

Ram. Decidlo bajo.

Gar. ¡Gran Dios!

¿Vos aquí?

Ram. Viéndolo estais.

Gar. Mas ¿cómo? ¿par dónde entráis?

Ram. Por dónde no es para vos.

Tratais de iros, Don García,
En buen hora, libre os dejo,
Mas escuchadme un consejo
Que os interesa á fé mia.

Hay un hombre que os espía,
Que sabe cuanto intentais,
Que os escucha cuando hablais,
Que cuanto pensais sorprende:
Que os penetra y os comprende,
Aun lo que á solas soñais.

Mirad pues lo que emprendeis,
Porque si no andais con tino,
En vuestro mismo camino
Es fuerza que os le encontréis.
Ya sé que á nadie teméis,

Que alienta sangre real
Vuestro valor proverbial;
Mas mirad que hay esperiencia
De que es la mala conciencia
El contrario mas fatal.

Gar. Pues conoces mi valor
Y estás viendo que te escucho,
Verás que no temo mucho
Tu vaticinio impostor.

No, no me infunden pavor
Las estrañas aventuras
De que con artes oscuras
Me has hecho el juguete aquí,
Pues cuanto sepas de mí
No serán mas que imposturas.

Ram. ¿Quereis que hora á hora os cuente
Cuanto hoy por vos ha pasado?

Gar. ¡Bah!

Ram. Pues bien: ¿no habeis estado
Hoy en la ermita del puente?

Gar. Si.

Ram. ¿No habeis á vuestra gente
Puesto y día señalado?

Gar. Si.

Ram. ¿No enviásteis á cada uno
Un emisario diverso

Para que en un caso adverso
No lo pierda todo alguno?

Gar. Si.

Ram. ¿No es la última señal
Para que rompan la valla
El caballo de batalla,
Y el paramento real
De vuestro padre?

Gar. ¡Ah!

Ram. Si en él
Salís ginete á pasearos,
¿Al volver no han de aclamaros
Rey de Navarra?

Gar. Si.

Ram. Y fiel
Vuestro bando á estas señales,
¿No estará en tranquilidad
Si salís por la ciudad
Sin los paramentos reales?

Gar. Si.

Ram. Y la reina vuestra madre,
Que es quien os estorba solo,
¿No acaba de ser con dolo
Acusada á vuestro padre?

Gar. ¡Cielos!

Ram. ¿De un crimen horrible,
De adulterio?

Gar. ¡Santo Dios!

Ram. Y el acusador sois vos...

Que me parece increíble.

Gar. Si, todo es cierto.

Ram. ¡Par diez!

En ese caso, señor,
Estudiad para otra vez
Vuestro papel de traidor.

Gar. Pesadilla, espectro, ú hombre
Que mis secretos mas graves
Cual yo mismo lees y sabes...
¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?
Ram. ¿Confesais que cuanto os hablo
Es la verdad, Don García?

Gar. Sí.
Ram. Pues soy desde este día
Vuestro ángel ó vuestro diablo.
Dó quiera tras vos iré,
Uniré á vos mi destino,
Vuestro malo ó buen camino
Diablo ó ángel seguiré.

Gar. ¡El diablo! invención grosera,
Que solo en el vulgo cabe;
Mas oye, quien tanto sabe,
Fuerza es que me mate ó muera,
Nadie me amedrenta, no;
Puedeme el diablo vender
Y aquí el diablo ha de caer
O aquí bajo él caeré yo.

Ram. Tened : caerá uno sí,
Mas advertid, Don García,
Que ni hoy ha de ser el día,
Ni el sitio ha de ser aquí.
Por esa noble matrona,
Tiempo vendrá en que lidiemos,
Y uno de los dos caeremos.

Gar. Cúbrete pues.

(Con la espada en la mano.)

Ram. No, en Pamplona.
(Don Ramiro al fin de esta escena se habrá
ido retirando al fondo hácia la puerta
por donde salió, la cual cierra de repente,
dejando á Don García solo en
la escena. Al mismo tiempo sale por
fuera de la casa Arjona con monteros
y caballerizos, con armas y antorchas.
Don García se abalanza á la puerta
por donde entró Don Ramiro, y Arjona
sube al mismo tiempo por la ventana,
y varios tras él.)

ESCENA VIII.

DON GARCÍA, ARJONA, MONTEROS.

Arj., entrando por la ventana. Señor.
Gar. A mí, Arjona, á mí.
Arj. ¡Sús pues! arriba.
Gar. Seguro
Le tengo aquí, y yo le juro
Que le he de matar aquí.
Arj. Dad... dad...

(Se agolpan á la puerta golpeándola.)

Cede... Cayó ya.

Gar. Traedme pues á ese traidor.
Arj. Aquí no hay nadie, señor.

(Entra y sale.)

Gar. ¿Cómo!
Arj. Vedlo, aquí no está.

Gar. ¡Ira de Dios! ¡Con tal juego
Pretende causarme asombros!
Toda la casa en escombros
Tornaré. — Pegadla fuego.

Arj. ¡Señor!
Gar. Silencio, menguados :

Esas teas, arrinadla
Sin replicar; incendiadla
Por todos cuatro costados.
Fuera pues : pronto. Cercadle
La casa ; si se presenta
Atadle por buena cuenta,
Mas si resiste, matadle.
(Pegan fuego á la casa, salen y la cercan
en derredor.)

Veremos si trampantojos
Le valen : ó ha de salir
O aquí dentro va á morir
Con las ascuas á los ojos.

JORNADA SEGUNDA.

Salon del palacio de Don Sancho en Pamplona ;
puerta en el fondo ; ventana á la derecha, puerta
á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA, DESPUES ARJONA.

Gar. Ya va la mañana entrando
Y aun no parece ese hombre.

Arj. Señor...

Gar. ¡Ah! gracias á Dios.
¿Cómo estamos?

Arj. Como anoche.
Desplomáronse uno á uno
Los tostados paredones.

Gar. ¿Y qué?

Arj. Nadie ha parecido;
Con que quedan los traidores
Debajo de los escombros
Como bajo siete montes.

Gar. ¿No hay pues temor?

Arj. No hay ninguno.

Gar. ¡Ay! una losa de bronce
Me quitas del corazon :

Somos salvos.

Arj. Se supone.
Nadie salió de las llamas,

Ya lo visteis; desde entonces
Doblé las guardias en torno,
Y ahora los muertos tizonos
Revuelve la gente nuestra
De Luis Torras á las órdenes.
Todo lo están registrando,
Y con todo cuanto logren
Les mandé venir al punto.

Gar. Bien, Lucas.

Arj. ¡Vaya una noche!

Cosa de magia parece.
¡Si viérais cuántos sudores
Me costó hacerlos que entraran
A revolver los carbonos!
Todavía se temian
Que aquel espantoso etiope
De los escombros se alzara
Con su amo dando mandobles.

Gar. ¡Mas si se salvó!

Arj. Imposible.

La casa encima cayóle,
Y él, viéndose descubierto,
Allí achicharrar dejóse
Por no dar en nuestras manos.

Gar. ¡Ojalá!

Arj. Dios le perdone.

¿Mas tanto ese hombre estorbaba?

Gar. Era muralla de bronce
Puesta á mi paso : mis planes
Exactamente conoce.

Arj. ¿Cómo?

Gar. Todos me los dijo.

Arj. Si él era solo, temores
Vanos desechad del alma,
Y no recéis que torne.

Allí yacerá enterrado
Entre los negros terrones,
Como un raposo á quien ciegan
Su cueva los cazadores.

Gar. Arjona, todo lo temo
De aquel maldito.

Arj. Aprensiones,
Señor ; los muertos no vuelven
Al mundo mas.

Gar. Me corroen
El corazon hasta ahora
Desconocidos pavores,
Y... Arjona, ya no hay remedio;
Fuerza es que hoy mismo se logre
O se pierda todo. Tú

Sé el escondido resorte
Que mueva toda la máquina
De mis proyectos. Vé, corre,
Busca á los que en ese escrito
Llevan marcados los nombres,
Que estos buscarán á otros,
Y estos á otros, y el golpe
Será seguro; vé y díles

Que treguas ni dilaciones
No hay ya ; que hoy es nuestro día,
Y ya la seña conocen :
El caballo de batalla
De mi padre.

Arj. ¡Y si se opone
Don Pedro Sesé?

Gar. ¡Oponerse!

Arj. Como está solo á sus órdenes
La caballeriza real,
Y al partir recomendóle
Mucho el rey ese caballo,
Es muy fácil que os lo estorbe.
Cambiad la seña.

Gar. No hay tiempo.

Ya imposible es que trastorne
De la concertada empresa
Las señales ni las voces :
Fuera arriesgarse por poco,
Y pueden algunos torpes...
No, están en lo del caballo,
Y temo que se malogre
Si los mudo la señal.

Arj. Mas si ese viejo de bronce
Os rehusa...

Gar. Está previsto :
De mi padre espero orden
De prenderle con la reina.

Arj. ¿Cómo?

Gar. De un crimen enorme
Son reos.

Arj. ¿Pero eso es cierto?

Gar. Eso no te corresponde
Averiguar : obedéceme
Sin meterte en mas cuestiones.

Arj. Señor...

Gar. Si Sesé se obstina,

Sin aguardar á la órden
De mi padre los acuso
En público, y acabóse.
Ea pues, de aquí á una hora
Que todo, Arjona, se apronte.

Arj. Así se hará.

Gar. Corre pues,
¡Y el diablo con los mejores!

ESCENA II.

DON GARCÍA.

Si, acabemos de una vez.
Ello es gran temeridad,
Mas quedarse en la mitad
Es mayor estupidez.
Ser á un tiempo acriminado
De rebelde y de impostor
Por haberlo sin valor
Decidido y no logrado,

Es mengua para quien soy.
Si me es contraria la suerte,
Y en vez del trono á la muerte
Caminando á oscuras voy,
Sea por mala fortuna,
Que no por falta de brío.
Mas si al fin el triunfo es mio
Y la ocasion oportuna
Logro aprovechar, ¡pardiez!
Siempre es la causa mejor
La causa del vencedor...
Sí, acabemos de una vez.

ESCENA III.

DON GARCIA, DON PEDRO SESÉ.

Ped. ¡Hola, vos aquí ya!
Gar. Buen caballero,
Don Pedro de Sesé, muy bien venido.
Ped. Anoche...
Gar., interrumpiéndole. Sí, cogíome el
aguacero
En el monte.
Ped. ¿Y en dónde habeis dormido?
Gar. En casa de un labriego.
Ped. ¿Compensado
Tal molestia le habeis?
Gar. ¡Oh! se supone.
Ped. Vuestro padre es en eso...
Gar., interrumpiéndole. Harto estre-
mado.
Ped. Bueno es que á un rey lo liberal le
abone:
Vale mas por afable ser querido
Que por severo y sin piedad temido
Gar. Y á propósito de ello, ¿qué noticias
Hay de mi padre?
Ped. Como siempre, buenas:
Las estrellas le son siempre propicias,
Y se lleva las huestes agarenas
Por delante.
Gar. ¿Y no hay mas?
Ped. ¿Poco os parece?
Gar. Yo no sé dónde oi...
Ped. ¿Qué?
Gar. Que en los reales
De día en día el descontento crece
Por yo no sé qué nuevas...
Ped. Muy fatales
No serán, pues vencemos.
Gar. De esta tierra
El rey las recibió, no de su guerra.
Ped. De esta tierra ¿no sé...?
Gar. Lenguas villanas
Le pusieron acaso descontento
Con vuestro gobernar.
Ped. Calumnias vanas.

La reina y yo podremos al momento
Cuentas sin tacha dar.

Gar. ¿Cuentas... de todo?
Ped. De todo, ¡vive Dios! ¿quién tiene
duda?
Soy Don Pedro Sesé...
Gar. Mas de ese modo
No os irriteis, que esa ira al vulgo ayuda
A creer, que pues tanto os acalora
La duda nada mas, poco os escuda
La inocencia.
Ped. Lo sé.
Gar. Y decidme ahora,
¿Cómo acudís tan pronto á este palacio?
Ped. Despacha aqui la reina mi señora.
Gar. ¡Oh! ¡pues no lo tomáis poco des-
pacio!
Ped. Caballero, ese tono...
Gar. Caballero,
El vuestro me incomoda, y de hoy presente
Tened que soy el principe.
Ped. Primero
Vos recordad que vuestro padre ausente
Su real autoridad dejó en mi mano.
Gar. Mas no os dejó, ¡pardiez! por ayo
mio,
Ni sufriré jamás que un cortesano
Con orgullo me trate ó con desvío.
¿Lo entendeis? del gobierno los negocios
Despachad con la reina si esto os toca,
Placer buscadla, entretened sus ocios,
Mas, Sesé, en cuanto á mi cosed la boca.
Ped. No os comprendo muy bien: mas
temo acaso
Que una sospecha injusta en contra mia
Os anima. Si he dado algun mal paso
Que marcarais en qué desearia.
Tal vez remedio tenga.
Gar. Basta.
Ped. Espero
Que pues nunca cual hoy me habeis hablado,
Sabreis...
Gar. Ya basta, digo, caballero;
No estoy á daros cuentas obligado.

ESCENA IV.

DICHOS, LA REINA, PAGOS Y DAMAS.

Reina. ¿Qué es esto, Don García? Ese
sonrojo,
Sesé, que el rostro trémulo os colora...
¿Qué es esto? ¿os ha causado algun enojo
El principe?
Ped. ¡A mi enojo! No, señora;
Antes mi indiscrecion se le ha causado,
Y de mi error disculpas le pedia.
Reina. De ese modo lleváisle perdonado;

Yo os le otorgo, Sesé, por Don García.

Gar. ¡Oh! si vos lo tomáis por vuestra
cuenta,
Dad por zanjada ya nuestra rencilla.
¿Qué importa si el vasallo se acrecienta
Con vuestro real favor...? si á mí me humilla
Es disfavor de madre y no me afrenta.
Reina. Mal lo entiendes, García: si al
olvido
La falta quiero dar del caballero,
Yo el perdon no lo otorgo, te le pido.
En ausencia del rey que haya no quiero
Bando ni enemistad bajo su trono;
Si te faltó, su falta le perdona,
Que Don Pedro es leal y yo le abono.
Gar. ¿Lo ois? La reina contra mí le
abona.
No hablemos de ello mas.
Reina. ¿Qué significan,
Principe, esas palabras? Me parece
Que contra vos tan solo testifican.
Gar. Perdonad; basta ya, que no merece
La cuestion tanto tiempo.
Reina. Bien, García,
No se hable en ello mas. Ahora sepamos
Qué negocio á mi cuarto te traia.
Gar. Poca cosa, señora...
Ped. Si estorbamos...
Gar. No, lo podeis oir: es un servicio
Que á hacer voy á mi padre, pero siendo
En mengua de quien debe tal oficio
Desempeñar, que lo sepais pretendo
Antes de hacerle.
Reina. Tu respeto aprecio.
Habla.
Gar. Cuando mi padre fué á la guerra,
Un caballo dejó de tanto precio,
Que no se vió mejor en esta tierra.
Reina. Regalo fué del cordobés aliado.
Gar. Pues bien, ese caballo tan hermoso,
Y de mi padre el rey tan estimado,
Va á perderse tal vez: fiero, brioso,
Siempre establado está, y de día en día
Va menguando en valor.
Ped. ¡Oh! perdonadme:
Ese hermoso caballo, Don García...
Gar. Estoy hablando, concluir dejadme.
Del rey caballerizo mas en cuenta
Le debisteis tener; mas tal descuido
Quiero encubrirlos yo.
Ped. (¿Qué es lo que intenta?)
Gar. Señora, ese caballo yo os le pido.
Ped. Señora, ese caballo á Don García
Es imposible dar. Si el rey su padre
Lo llegara á entender se enojaria.
Como estima sabeis, cuanto cuidado
Pone en caballos y armas un guerrero,
Y en esto el rey Don Sancho es estremado.

Gar. Por la misma razon, buen caballero,
Cuando sepa que tanto se le cuido
Las gracias me dará: con que, señora,
Que me negueis no espero lo que os pido.
A nadie en ello espongo,
Porque de gran ginete alcanzo nombre,
Y aunque mi padre el rey ha prohibido
Que le montara nadie, yo supongo
Que hablar con Don García no ha querido.

Ped. Señora, es mi deber, y yo os lo ad-
vierto:
Vedado es para todos tal antojo,
Y el caballo está sano.
Gar. Falso.
Ped. Cierto.
Perdonad que os desmienta.
Gar. ¡Tal arrojó!
¿Me desmentís? ¡por Dios, reina y señora,
Que para que aboneis tanta insolencia
No sé qué traza intentareis ahora!
Porque poner os aun en contra mia,
Querrá decir que vale un cortesano
Mucho mas para vos que Don García,
Y en tal caso tal vez me acordaria
Que heredero soy de un soberano.
Ped. ¡Principe!
Reina. Basta ya, cuestion tan leve
No merece ocuparnos. De el caballo
Responderé yo al rey: peligro no hallo
En que mientras el principe le lleve.
Ped. Yo me someto humilde á vuestro fallo.
Gar. Yo las gracias os doy: y pues ya es
mio,
Que me le ensillen sin tardanza alguna
Voy á hacer, en señal de señorío.
(Y ahora cada cual con su fortuna.)

ESCENA V.

LA REINA, DON PEDRO SESÉ.

Reina. Despejad el ceño adusto,
Buen caballero Sesé.
Ped. No sé, señora, porque
Siento que le deis tal gusto.
Reina. El rey á vos le ha pospuesto
Para el gobierno en su ausencia,
Y temí la violencia
De su natural en esto.
¿Y qué importa que el corcel
Monte, y que cumpla su antojo?
¿Temeis de Sancho el enojo?
Yo os disculparé con él.
Ped. No es ese temor pequeño
Lo que me nubla el semblante;
El servidor mas constante
Fuí siempre del rey mi dueño,
Y él me sabrá disculpar.

Mas esa dobléz y embozo
Con que está obrando ese mozo
Me da mucho que pensar.

Reina. Es claro que anda ofendido
De que el rey en mengua suya
En su puesto os sustituya.

Ped. Pues razon habrá tenido.
Que es Don Sancho harto sagaz,
Y en paz lo mismo que en guerra
Para gobernar su tierra
No hay príncipe mas capaz.

Reina. Mas ¿qué hará con el caballo?
Todo lo que puede hacer
Es maltratarle por ver
Si os castiga el rey. Dejallo,
Don Pedro, andar, que por esto
Mientras por medio yo ande
No ha de ser el mal muy grande
Para vos.

Ped. Mas si es pretesto
Para que él...

Reina. Quédese aquí,
Sesé.

ESCENA VI.

DICHO, UN PAGE.

Ped. ¿Qué es?

Page. Señor, afuera
Hay un hombre que hora espera
De ver á la reina.

Reina. ¿A mí?

Page. Diz que para un grave asunto
Que vida y honra interesa,
Y es negocio de tal priesa
Que pide veros al punto.

Ped. ¿Y de qué clase es ese hombre?

Page. El viste de peregrino;
Yo le pregunté su nombre,

Y él me dió este pergamino.

(Se le entrega á Don Pedro, y este lee.)

Reina. A ver, leed.

Ped. Dice así:

« Nos el rey Don Sancho de Navarra
« rogamos y mandamos á nuestros amigos,
« aliados, súbditos y vasallos, que ayuden,
« ampáren y protejan, y den crédito á la
« persona que esté escrito de nuestra mano
« les presentare: con lo cual á mas del pla-
« cer que habrán de reportarnos, nos ayu-
« darán á cumplir una deuda de honor que
« tenemos contraída, con la persona ó per-
« sonas poseedoras de las presentes letras.»

Y firma Sancho el mayor.

Reina. ¿Deuda del rey y de honor?

Al punto pues que entre aquí.

ESCENA VII.

LA REINA, DON PEDRO; DON RAMIRO,
DE PEREGRINO.

Ram. A vuestros piés...

Reina. Levantaos,

Buen romero, que quien trae
Firma del rey en su abono,
En postura semejante
No ha de estar ante su esposa.

Ram. Esas palabras reales
De su mismo puño escritas
Mi importunidad reparen.

Reina. Él habla en vos, alzad pues.

Ram. Primero que me levante

Vuestra real mano, señora,
Para que la bese dadme.

Reina. Tomad, y hablad.

Ram. Gracias, reina,

Y esta humildad no os estrañe,
Que nací vasallo vuestro,
Y aunque jamás el semblante
Logré hasta este punto veros,
De él he llevado una imágen
En el corazon grabada
Y ya nunca ha de borrarse.

Reina. De ese respeto agradezco
Demostraciones tan grandes,
Pero...

Ram. Escuchadme, señora,
Y vos tambien escuchadme,
Caballero, que á la par
Os toca á ambos mi mensaje.

Ped. Decidle pues.

Ram. Duro cargo
Me impuse en él, y es probable
Que el corazon generoso
Mis palabras os desgarran:
Mas el mal que voy á haceros
Por la intencion disculpadme.
Teneis un hijo, señora,
Por cuyas venas la sangre
De vuestras venas circula.

Reina. Tengo dos.

Ram. Uno distante
De Navarra está, no es ese
De quien hablo; no es culpable.
Al príncipe Don García
Me refiero, cuyos planes,
Hondo y fatal precipicio
Hoy á vuestras plantas abren.

Reina. ¿Qué es lo que dices?

Ram. Oidme.

Reina. Explicate, pero antes
Piensa bien que una impostura
La vida puede costarte.

Ped. Proseguid, buen peregrino;

Dejad, señora, que hable.

Ram. ¡Oh! sé muy bien lo que digo.

¡Pluguiera á Dios me engañase!

Yo, que en los vecinos montes

Hago una vida salvaje,

Entre sus quebradas penas

Y sus fieras montaraces:

Por azar, por suerte vuestra,

O por los impenetrables

Juicios de Dios, vine astuto

De sus dramas infernales

A coger todos los hilos,

Y vengo todos á dároslos

Antes que os teja con ellos

Traidora red un infame.

Reina. ¡Oh! concluid.

Ram. Don García

Conspira contra su padre.

Reina. ¡Cielos!

Ram. Y como su intento

Ambos á dos le estorbábais,

Dió en un delito mas pérfido:

Os acusó el miserable

De un feo crimen.

Reina y Ped. ¿De cuál?

Ram. Permittedme que lo calle.

Reina. No, hablad.

Ram. Del que no perdona

Jamás un esposo amante,

Del que asesina la honra

De quien con vergüenza nace.

Ped. ¡Dios mio! ya me esperaba

Que algun proyecto execrable

Encerraba la sonrisa

Y la mirada insultante

De ese mancebo.

Reina. Tú mientes.

Tamaño crimen no cabe

En el corazon de un hijo.

Que á ese vasallo acusase

De cualquier crimen lo entiendo,

Porque en su lugar su padre

Por gobernador conmigo

Le dejó, y sé que ha de odiarle;

Pero ¿á mí? mientes mil veces.

Ped. ¡Ay, reina, el estrago que hace

En el corazon del hombre

La ambicion solo lo sabe

Dios, que nos le hizo de tierra

Tan quebradiza y tan frágil!

Reina. Es imposible, Don Pedro;

Es increíble, improbable,

Y este impostor dura muerte

Merece. ¡Hola, guardias, pagés!

Ped. Tened, señora, tened

Los impetus naturales

Del corazon. Vos seguid,

Romero, sin que os agravié

Ni atemorizen sus iras.

Es natural, es su madre.

Ram. A mi sus iras no pueoen

Amedrentar ni agraviarme,

Cuando no hay tales secretos

Quien sepa ni quien relate

Fuera del príncipe y yo,

Ni hay tal vez tampoco nadie

Mas pronto á morir por ella

Cuando otras pruebas faltáren.

Reina. Pues bien, pruebas convincentes

Presenta pronto, al instante,

O te hago ahorcar de una almena

Como á un impostor infame.

Ram. No hareis tal, reina y señora,

Por dos razones.

Reina. ¿Por cuáles?

Ram. La primera, porque el rey

Tal vez no os lo perdonase

Jamás.

Ped. ¡Vive Dios!

Ram. La otra

Es porque cuando yo os falte,

Faltará quien os defienda,

Y os pesaría aunque tarde.

Reina. Mas por Dios que sin mas pruebas

De delitos semejantes,

¿Bajo que crédito quieres

Que tu palabra me baste?

Ram. Basta y sobra el pergamino

Que del rey Don Sancho traje.

Reina. Tienes razon, ¡cielo santo!

El manda aquí que te ampäre,

Que te proteja y dé crédito.

Ram. ¿Y su firma no es bastante?

Reina. Si, si, cuando el rey te abona,

Razones tendrá muy graves.

Ram. ¿Don García está en palacio?

Ped. y Reina. Sí.

Ram. Pues ante vos llamadle

Y decidle que el caballo

De batalla de su padre

Habeis de matar primero,

Que que le monte dejarle.

Reina. Romero, tú estás sin juicio.

Ped. Dejadle hablar.

Ram. Por mi parte

Cumplí mi deber, señora,

Obrad como mas gustáreis,

Mas si le dais el caballo

Tal vez esta misma tarde

Vereis para vos trocadas

Vuestras cámaras en cárceles.

Reina. ¿Qué dices!

Ram. Esa es la seña:

Y pues sobran desleales

En todas las tierras siempre

Dispuestos á rebelarse,

El príncipe se ha sabido
Atraer por todas partes
Muchos secuaces que esperan
Medrar con sus novedades.
Todo está ya prevenido,
Y si en el caballo sale,
Fuerza es que en él suba príncipe,
Mas rey de Navarra baje.

Reina. Imposible me parece.

Ped. Señora, por Dios, llamadle
Y procurad con palabras
Meditadas y sagaces
Leer lo cierto en su rostro,
El corazón penetrarle.

Todo es posible, señora,
Y en los hombres todo cabe.

Reina. Si, si, que venga, que venga,

Mas sola con él dejadme:

No quiero que alma viviente

Presencie lo que aquí pase.

Ped. Pero si es cierto... si intenta...

Reina. No: esperad á que yo os llame.

Ram. En hora buena, señora,

Mas no olvidéis en tan grave

Situación que tengo solo

De sus secretos la llave,

Y que estoy pronto por vos

A verter toda mi sangre.

Reina. Y no olvidés tú tampoco

Que como inocente le halle,

En ti caerá la sentencia

Del crimen que le imputaste.

Ram. Ponedme de él frente á frente,

Que acepto, si él no negare.

Reina. ¿Luego os conoce?

Ram. Una vez

No mas me ha visto el semblante,

Y oyó una vez mi palabra,

Mas lo olvidará muy tarde.

ESCENA VIII.

DICHOS, PAGE. DON PEDRO HA SALIDO YA
DE LA ESCENA.

Page. El príncipe.

Reina. Ya no es tiempo

Que salgais, va á veros.

Ram. Fácil

Es esto de remediar.

De sus ojos ocultadme.

Reina. Entrad aquí.

(*Entra Don Ramiro en la habitación de la reina.*)

Ram. Sed prudente.

Reina. ¡Justicia de Dios, ampara-me!

ESCENA IX.

LA REINA, DON GARCIA.

Gar. ¿Qué es lo que ocurre, señora,

Que con tal prisa y afán

Tras mi vuestros pages van?

¿Qué pasa de nuevo ahora?

Un momento há me tuvisteis

Con vos en este lugar,

¿Y ahora me tenéis que hablar?

¿Porqué entonces no hicisteis?

Reina. Porque entonces no sabia

Lo que ha llegado despues

A mis oidos.

Gar. ¿Y qué es?

Reina. Lo sabrás.

Gar. ¡Por vida mia

Será otro cuento del viejo

Sesé! vasallo mas fiel

No tenéis: nada sin él

Podéis, ni sin su consejo.

Sois con él harto benigna

Y le otorgais tal franqueza

Que á ser su privanza empieza

De una noble dama indigna.

Reina. ¡García!

Gar. No os irritéis,

Madre: mas que haya un vasallo

Que se meta en si un caballo

Darme ó no darme debéis,

Y que pueda mas con vos

Que el hijo de vos nacido,

¡Es cosa que me ha ofendido

Y que me estraña por Dios!

Reina. Y ese insolente language

Me está ya haciendo, García,

Sospechar que no te hacia

Quien te acusó grande ultraje.

Gar. ¿Quién me acusó?... Pienso quién,

Sesé, sin duda...

Reina. Él, ú otro.

Gar. ¿De haberos pedido el potro?

Reina. Pues.

Gar. ¿Lo queria él tambien?

Yo que vos se le daría,

Que entre él y yo él es primero.

Reina. Diérasele alregonero

Antes que á vos, Don García.

Gar. Lo que con vos puede veo;

Pero ya es mio, señora,

Y á demandármele ahora

Que no habrá quien ose creo.

Reina. ¿Le has elegido tal vez

(*Con ironía.*)

Por su nobleza y vigor

Para algun campo de honor.

O alguna liz de gran prez?

Gar. No sé qué misterio encierra

Vuestro tono, mas me temo

Que estamos en el estremo

De la paz ó de la guerra.

Reina. Eso depende de tí:

Las frases que á salir van

De tu boca, esas serán

Tu ley.

Gar. Pues oídlas.

Reina. Di.

Gar. Hombre soy ya, y soy tan hombre

Que decir bien alto puedo

Que en Navarra ha puesto miedo

De mi valor el renombre.

De un reino heredero soy

Prenda de mi real linage,

Y me cansa tanto ultraje

Como recibiendo estoy.

Mi padre el rey me desprecia,

De su sangre en desacato,

Por un viejo mentecato

Que de leal se le precia.

Y él, y vos, y todo el mundo

Me faltais al descubierto;

Pero de hoy mas, os lo advierto,

No quiero ser el segundo.

Me harta ya ver que el cariño

Paternal, para mi escaso,

Me desaira á cada paso

Como mientras era niño.

Y pues el cielo lo ha hecho,

Y he nacido real infante,

Madre, de aqui en adelante

Yo sostendré mi derecho.

Nadie ha de ir sobre mí

Siendo yo el hijo del rey:

Así lo dice la ley

Y yo he de exigirlo así.

Reina. Pues mientras esté en mi mano

Del rey Don Sancho el poder,

Vos tendreis que obedecer

Mi capricho soberano.

Gar. No os halague esa esperanza,

Que no he de ser un pechero

Que sirve de aventurero

A quien le compra su lanza.

No ¡vive Dios! ya á caballo

Y empeñado el trance fiero,

Veremos quién es primero,

Veremos quién el vasallo.

Reina. ¡Insensato! no tendrás

Ni un corcel mientras yo viva

Que en sus lomos te reciba,

Y el de Don Sancho jamás.

Gar. No tanto por vuestra vida

Blasonéis de brios, madre,

Que solo el rey es mi padre,

Y cuando cuentas os pida

Del poder con que os dejó,

Veremos qué cuentas dais.

Reina. Mas cumplidas que esperais

Se las daré.

Gar. Tal vez no.

Reina. Basta, traidor, basta ya,

Que la verdad sin rebozo

En tus impetus de mozo

Revelando se me está.

Gar. ¡Señora!

Reina. Traidor, responde

Sin turbarte ni mentir:

¿Adónde intentas hoy ir

Con ese caballo?

Gar. ¿Adónde?

¿Y qué os importa?

Reina. Tu cara

Palidece: el corazón,

García, te hace traicion

Y por la faz te declara.

Silencio. Bien manifiesta

Tu infamia veo.

Gar. Acabemos

De una vez.

Reina. Acabaremos

Si tienes una respuesta.

¿Qué visteis, villano, en mí

Para osar torpe á mi honor?

Gar. ¡Cielos!

Reina. ¿Qué viste, traidor,

Para manciillarme así?

Gar. ¡Rayos del cielo! no mas

Añadais... ¡Oh! me han vendido.

Mas si creen que he sucumbido

Se engañaron... no, jamás.

Ya es tarde para ceder,

Dijo bien quien tal os dijo,

Si, que á luchar madre é hijo

Van, poder contra poder.

Reina. Miente quien diga que tú eres

De la sangre de mis venas

Nacido, miente; las hienas

No nacen de las mugeres.

Rebelle y calumniador,

Yo te ganaré la mano.

Gar. Débil muger, será en vano

Todo ese inútil furor.

Ya hemos saltado la valla

Ambos á dos, ya nos hemos

Conocido, y no podemos

Rehusarnos la batalla.

Veamos quien vencedor

Sale de entrambos ahora.

(*La reina va hácia la puerta para llamar*

á su gente diciendo:)

Reina. Veamos. ¡Ola!

(*El príncipe la ataja el paso, y corre el*

cerrojo á la puerta.)

Gar. Señora,
Teneos.
Reina. ¡Cómo, traidor!
Gar. Ya no hay mas voz que la mía:
Para vos de este momento
Es prision vuestro aposento.
El rey aquí es Don García.
Reina. ¡Miserable! ¿presa yo?
Gar. Presa por el rey, por mí.
Reina. ¿Tú rey de Navarra!
Gar. Sí.
Ram., presentándose. ¿Rey? ¡Bah! todavía no.

ESCENA X.

LA REINA, DON GARCIA, DON RAMIRO.

Gar. ¡Ira de Dios, aquí tú!
¡Todo lo comprendo ya!
Mas caro á costarte ya
Tu farsa de Belcebú.
Ram. ¿Qué hará en mi vuestro furor?
Gar. Velo pues.
(Bajando hacia Don Ramiro, y abandonando la puerta.)
Ram., á la reina. Abrid ahí.
Reina, abriendo. ¡A mí, navarros, á mí!
Sujetad á ese traidor.
(Los caballeros sujetan á Don García.)

ESCENA XI.

LA REINA, DON GARCIA, DON PEDRO, DON RAMIRO, CABALLEROS, PAGES.

Ram. Ya veis, la jugada es diestra:
Vos á mi casa habeis ido
A quemarme, y yo he venido
A prenderos en la vuestra.
Gar. Hombre fatal cuya sombra
Va por dó quier que voy yo,
¿Quién del fuego te libró?
Ram. Conoíbo lo que os asombra
Mi presencia, Don García,
Mas ya os dije mi poder.
Gar. ¡Ay si llegas á caer
En mis manos algun día!
Ram. Vuestro corage presumo;
Mas ¿qué os valdrá ese furor?
De entre las manos, señor,
Se va el diablo como el humo. —
Humillaos; no hay mas medio, — (Bajo.)
Pues mientras yo ande en la danza
No teneis otra esperanza,
Ni hallareis otro remedio.
Gar. No creo en la omnipotencia
De que convencerme quierdes,

Mas, sierpe astuta, ¿quién eres?
Ram. Soy...
Gar. ¿Quién? ¿quién?
Ram. Vuestra conciencia,
Vuestra sombra, vuestro juez
Mientras sigais vuestro empeño;
Pesadilla en vuestro sueño,
Y vuestra muerte tal vez.
(Va á salir y la reina le detiene.)
Reina. Teneos: vos por quien fué
Hoy Navarra libertada,
Decid ¿á quién obligada
Quedo? ¿Quién sois?

Ram. No lo sé.
Reina. Mirad que en palacio entrado
Os habeis bajo un disfraz,
Y quien oculta la faz
No muestra ser muy honrado.
Ram. Aun cuando fuera un bandido
Quien tal beneficio os hace,
Bien, señora, os satisfice
Quien salvaros ha sabido.
Si en vuestro palacio entrara
Con el rostro descubierto,
Al dintel le hubieran muerto
Para que á vos no llegara.
Y en fin recordaros quiero,
En favor de mi persona,
Que pues Don Sancho me abona
Soy sin duda un caballero.

Reina. Teneis razon: é imagino
Que en guardaros las tendreis,
Mas si algo de mi quereis...
Ram. Sí, volvedme el pergamino.
Reina. Tomadle.
Ram. Y si en premio ahora
De mi lealtad le firmais...
Reina. Si por cierto, ahí le llevais.
Ram. Dios os lo premie, señora.
Reina. Id en paz.
Ram. Y si algun día
Os hallais tan apretada,
Que os haga falta una espada,
Acudid, reina, á la mía.
Paso, caballeros.
Reina. Paso
Al que en nombré del rey va.
Cortesianos. ¡Le abona el rey!
Ped. ¿Quién será!
Gar. ¡Ay Dios! mi desdicha acaso.

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS DON RAMIRO.

Reina. García, mientras envío
A Don Sancho esta noticia,

En poder de la justicia
Quedareis.
Gar. Fué sino mio
Sucumbir, y aunque lo lloro,
Puesto que el vencido soy,
En sufrir sereno estoy
Mi muerte, y á nadie imploro.
Mas no olvideis, reina, vos,
Que reos aparecemos
Entrambos, y aun no sabemos
Quien triunfará de los dos.
Reina. Nada teme la inocencia.
(Ruido y tumulto dentro.)
Mas ¿qué rumor...?
Gar. ¡Si habrá acaso
Mi gente arriesgado el paso
Para salvar mi existencia!
(Se ve venir por el fondo un caballero armado (Melendo), con gente armada.)

ESCENA XIII.

LA REINA, DON GARCIA, DON PEDRO, PAGES, GUARDIAS, UN CABALLERO (MELENDO).

Reina. ¿Quién tan sin miedo á la ley
Atropella así el palacio?
Cab. Señores, haced espacio
A la justicia del rey.
(A la reina.) Por Don Sancho de Castilla,
De Navarra y de Leon,
Daos, señora, á prision.
Reina. ¡Yo! ¡por el rey! ¡tal mancilla!
Cab. Reina, esta es mi obligacion.
Don Pedro Sesé, sed preso
En nombre del rey.
Ped. ¡Yo!
Cab. Vos.
— en tanto que con mas seso
Se instruye vuestro proceso,
Gobernador por los dos
Nombra el rey á Don García.
Gar. ¡Oh! gracias, fortuna mia.
Reina. ¡Yo en público mancillada
Por el rey! Yo ante el culpada...
¡Santo Dios!
Gar. Ya os lo decia.
Reina. Aparta. Un Dios desde el cielo
La verdad mirando está,
Y á su tribunal apelo.
Gar., á la reina. Me pesa de vuestro
duelo,
Mas es harto tarde ya.
Lo que he intentado me aterra,
Sé que nadie habrá en mi abono,
Y que mi suerte se encierra
Entre siete piés de tierra

Cavados al pié de un trono:
Mas ya puesto ante su hondura
A saltarla probaré,
Si calgo... en mi sepultura;
Mas si salto con ventura...
¡Oh! sobre el trono caeré.
Melendo, esta misma sala
La señalo por prision.
Don Pedro Sesé á la torre,
(A otro.) Vos sereis su guardador.
(A otro.) Vos al punto con la gente
De mayor satisfaccion,
Buscadme por todas partes
A ese villano impostor
A quien la reina aquí mismo
Un pergamino firmó.
Corred: registradlo todo:
No haya en Pamplona rincón
En donde logre ese infame
Salvarse de mi furor.

(Ruido dentro.)

¿Mas qué ruido es ese?
Arj., dentro. Paso.
Gar. Esa es de Arjona la voz.

ESCENA XIV.

DICHOS, LUCAS DE ARJONA.

Arj. ¡Señor, señor!
Gar. ¿Qué sucede?
¿Qué traes, Arjona?
Arj. Señor,
Luis Torras está ahí diciendo
Que con el secreto dió
De vuestro huésped de anoche.
Gar. Con quien Torras dar debió
Fué con él; viven los cielos!
Arj. Mas trae en cambio, señor...
Gar. ¿Qué trae?
Arj. Trae á una muger.
Héla aquí.
(Traen á Gisberga custodiada.)

ESCENA XV. (R)

DICHOS, GISBERGA.

Gar. ¡Dios vengador,
Es ella! su muger.
Gisb. Sí,
Yo soy.
Gar. De ese vil traidor
Me responde tu cabeza;
Tú sabrás donde está.
Gisb. No.
Gar. Quién es ese hombre.
Gisb. Lo ignoro.

Gar. ¡Niegas!
Gisb. Sí.
Gar. Pues ¡vive Dios!
 Pronto hará polvo el tormento
 Toda esa resolución.
 Guardadla bien hasta entonces;
 Mas pasa el tiempo veloz
 Y es fuerza acabar cuanto antes.
 Arjona, sin dilación
 Que me ensilen el caballo
 Que el rey mi padre dejó,
 Que quiero que vea el pueblo
 Quién es su gobernador,
 Y los vasallos del rey
 Guarden al rey sumisión.
Reina. Traidor, ¿qué vas á intentar?
Gar. Eso no os atañe á vos,
 Señora. — Llevadla.

Reina. ¡Infame! (Voces fuera.)
Gar. ¿Aun hay mas?

ESCENA XVI.

DICHOS, UN CABALLERIZO.

Cab. ¡Señor, perdon!
Gar. ¿Qué es?
Cab. El caballo del rey
 Con el real caparazon
 Han robado en este instante
 Un etiope feroz
 Ayudado de otro hombre.
Gar. ¿Y mis guardias? ¡Vive Dios!
Cab. Matáronlos á estocadas.
Gar. ¡Ya lo entiendo! ¡Maldicion!
 Ese demonio es tambien
 Del caballo el robador.
 Seguidle, y donde le halleis
 Matadle sin compasion. (Vanse algunos.)
 Mientras él viva, seguro
 Ni aun en mi sepulcro estoy.
 (Aparece en el fondo un rey de armas
 con sus insignias.)
 ¿Mas qué es esto? ¿Aqui un rey de armas?

ESCENA XVII.

DICHOS, UN REY DE ARMAS; DESPUES, EL REY DON SANCHO Y MELENDO.

Rey de armas. Paso, el rey me sigue en pos.
Todos. ¡Cielos, el rey!
Rey D. Sancho. Sí, señores;
 El rey en persona, yo.
Doña Nuña (á la reina), Don García (á este), Sesé (id.), daos á prision.

En sus cuatro torreones
 Tiene la torre mayor
 De mi alcázar cuatro encierros.
 Melendo, su guardia sois;
 Los tres, y esa otra muger
 Cada cual á un torreón.
 Ferrando, que mi consejo
 Se junte al punto.
Reina y Gar. ¡Señor!
Rey. ¡Silencio! Llevadlos pronto,
 Vamos á ver ¡voto á Dios!
 Qué es lo que pasa en mis reinos
 Cuando de ellos falto yo.
 (Los lleva. — El rey se pasea con el mayor desasosiego.)

JORNADA TERCERA.

En la torre del alcázar de Don Sancho. A los cuatro ángulos cuatro puertecillas que se supone dar á los cuatro torreones. Una ventana en el fondo. Otra puerta á la derecha que se supone dar al caracol que da entrada á este salon. Una lámpara que pende del techo alumbrá la escena.

ESCENA PRIMERA.

MELENDO, CERRANDO LA PUERTA DEL PRIMER TORREON DE LA DERECHA, PRISION DE LA REINA.

¡Tamaña tenacidad!
 O es muy grande su inocencia,
 O con osada impudencia
 Burlar al rey quiere audaz.
 En fin, cumplamos su ley,
 Pues ley es su voluntad.
 ¡Y Dios mire con piedad
 Los arrebatos del rey!
 (Abre la puerta de la izquierda, por donde sale Don García.)

ESCENA II.

DON GARCIA, MELENDO.

Mel. Salid, señor.
Gar. ¿Qué sucede,
 Melendo?
Mel. Que libre estais.
 El rey sus postreras órdenes
 Os quiere, principe, dar,
 Y en su aposento aguardándoos
 Tras breve espacio estará.
Gar. ¿Y la reina?
Mel. Todavía
 En silencio pertinaz

Se mantiene, y aun se niega
 Hasta con el rey á hablar.
Gar. Está bien.
Mel. ¿Puedo, señor,
 Serviros en algo mas?
Gar. ¿Dijo el rey que con alguno
 Pudiera comunicar?
Mel. Dijo que hasta hablaros él
 Podrian veros no mas
 Los escuderos que os sirven
 Si de ellos necesitais.
Gar. Traedme á Lucas de Arjona,
 Que con él me bastará.
Mel. Todo el dia importunándome
 Anduvo ese hombre tenaz
 Por entrar un punto á veros.
Gar. Es criado muy leal.
 Id por él: que al aposento
 Del rey me acompañará
 Dentro de breves momentos.
Mel. Que Dios os guarde.
Gar. Id en paz.

ESCENA III.

DON GARCIA.

¡Oh! la fortuna me ampara,
 Crédito el mundo me da,
 Libre estoy... mas ¡quien pudiera,
 ¡Ay de mí! volverse atrás!
 ¡Quién me diera, como una hoja
 De un árbol seco, arrancar
 Este dia de los tiempos
 Sin que volviera jamás!

ESCENA IV.

DON GARCIA, ARJONA.

Arj. Señor.
Gar. Arjona, ¿qué traes?
Arj. Buenas nuevas. Todo se ha
 Cumplido á pedir de boca.
 Pero dejadme admirar,
 Señor, vuestra perspicacia
 Y vuestra serenidad.
 Yo lo oia y lo dudaba,
 Y quien os viera explicar
 De esta rebelion la historia
 Delante del tribunal,
 ¡Vive Dios que la tuviera
 Por relacion tan veraz,
 Tan clara, tan innegable...!
Gar. Basta, Arjona, por piedad.
 ¡Ojalá que antes mi lengua
 Enmudeciera! ¡Ojalá
 Que un rayo me hiciera polvo
 Al concebir tal maldad!

Arj. ¡Señor...! ¿qué decis?
Gar. Arjona,
 Mientras me hizo vacilar
 El miedo y la incertidumbre,
 Y la ambicion infernal
 Me sostuvo, á todo osé;
 Mas la negra soledad
 De esa torre en que he pasado
 Todo el dia, á despertar
 Ha vuelto en mí la razon,
 Y holgárame, Arjona, asaz
 Para salir de esta angustia
 Algun camino encontrar.
Arj. Ya estais, señor, fuera de ella.
 Yo presenté al tribunal
 Los testigos que citásteis,
 Y aun con bastante afan
 Y harto temor, porque alguno
 Quisiera volverse atrás,
 Juramos lo que vos mismo
 Les quisisteis declarar,
 Y probamos que aqui obrásteis
 En virtud del poder real
 Que os dió en secreto la reina:
 Mas que su deslealtad
 Conociendo, al rey y al reino
 Quisisteis de ella guardar.
 Que sorprendiédoos tambien
 Ella y Sesé vuestro plan
 En su antecámara misma
 Os iban á asesinar,
 Habiendo comprado el brazo
 De un vigoroso gañan
 Con quien en secreto hablaron
 Antes de hacerlos llamar
 A su presencia, en su cámara
 Para mas seguridad
 La misma reina ocultándole:
 Todo lo que, si es verdad
 Que es una impostura grande,
 Nadie lo podrá negar,
 Porque todo el mundo vió
 Que estaba aquel Satanás
 Con el acero en la mano,
 Y con él pronto á lidiar
 Vos, señor, al mismo tiempo.
Gar. ¿Pero y ese hombre?
Arj. Ya está
 Tambien por mi buena industria
 Colocado en buen lugar.
Gar. ¿Preso tambien?
Arj. Nada de eso,
 Nadie con ese hombre da:
 Mas como yo le he colgado
 Con ellos grande amistad,
 Y han dicho todos que él solo
 Robó el caballo, ademas
 De matar á que servia

La caballeriza real,
Y con pase de la reina
Se salió de la ciudad,
Está condenado, á habérsele,
A la pena capital.
El rey ademas furioso
Del silencio que en guardar
Se obstinan Sesé y la reina,
Crédito mayor os da.
Y en fin, la junta y los grandes
Tan confundidos están,
Y las leyes tan esplicitas
Que nada que temer hay.
Ya véis que en todo parece
De parte nuestra el azar.
Gar. Pero, Arjona...
Arj. ¡Qué, señor!
Gar. Aunque todo va derecho
A nuestro bien, de lo hecho
Me da espanto, me da horror.
Es mi madre.
Arj. Pero...
Gar. Di,
¿No habria mejor camino
Por donde echar su destino?
Arj. Hay uno, mucho que sí.
Gar. ¿Cuál? ¿cuál?
Arj. Que vos ante el rey
Declareis vuestra impostura,
Y cambiéis de sepultura
Con la reina.
Gar. ¿Esa es la ley,
Arjona?
Arj. No hay mas remedio.
Si os habeis vos de salvar,
Fuerza ha de ser derribar
A todo el que esté por medio.
La pena del acusado
Cae en el acusador
Si sale aquel vencedor,
Con que morireis quemado.
Gar. Y tú, tú qué tantas trazas
Hallas siempre para todo,
Me abandonas de este modo.
¡Callas...! ¡Oh, me despedazas
El alma, Arjona!
Arj. Señor,
Me estais confundiendo y callo,
Porque remedio no os hallo
Si os falta vuestro valor.
Gar. No son de pavor, Arjona,
Los pesares que me oprimen;
Es que veo que mi crimen
Pesa mas que la corona.
Es que me espanta el castigo
Que les impone mi encono,
Y que me espanta ese trono
Que con su sangre consigo.

Si huyéramos...

Arj. Imposible.
Gar. Ausente el acusador...
Arj. Fuera el peligro mayor
Para vos.
Gar. ¿Y no es posible,
Burlando la vigilancia
Del rey Don Sancho, fugarnos
Ambos á dos y ampararnos
De Cataluña ó de Francia?
Arj. Imposible, no hay camino
Que por el rey no se guarde,
Don García, y ya es muy tarde
Para torcer el destino.
Gar. De ese modo...
Arj. Es lo mejor

Que en el empeño sigais
Hasta donde mas podais
Con inflexible valor.
Si venceis, aun la esperanza
Teneis de calmar la ley,
Su vida pidiendo al rey.
Todo quien vence lo alcanza.
Gar. ¡Ira de Dios! seguiré.
El infierno es quien lo hace.
Seguiré pues que le place.
Vamos.

Arj. ¿Dónde?
Gar. Yo no sé
El rey me aguarda, á él me voy.
Lo que exigirá no sé,
Mas todo lo emprenderé
Segun sintiéndome estoy.
De mi maldad me amedrento,
Y este afán, esta agonía,
No sé si es por vida mia
Furor ó arrepentimiento.
La fortuna arrastro en pos
De mí, mas con tal afán
Que presumo que así irán
Los réprobos ante Dios.
Si, soplo infernal me anima,
De espíritu tan perverso
Que abriria al universo
A mis plantas ancha sima.
Un vértigo, un torbellino
Me arrebatara en pos de sí.
Vamos, Arjona, de aquí,
Y cúmplase su destino.

ESCENA V.

DICHOS, MELENDO.

Mel. El rey aguarda, señor.
Gar. Voy.
(*Vanse Don García y Arjona.*)

Mel. No sé qué de funesto
Revela ese hombre en su gesto
Que el mirarle da pavor.
Algun horrible secreto
Le acosa con saña fiera,
Porque si él el justo fuera
No anduviera tan inquieto. —
¿Mas ella...? ¡pobre muger!
En fin, por si la interesa,
Este escrito voy á priesa
En sus manos á poner.
(*Abre la torre en que está la reina.*)

ESCENA VI.

LA REINA, MELENDO.

Reina. ¿Quién es?
Mel. Señora, yo.
Reina. Mi carcelero.
Mel. Pésame de ello...
Reina. Gracias, caballero,
Cumplid vuestro deber, ¿qué nuevo insulto
Venis á hacerme?
Mel. Duéleme, señora,
Que me tratéis así, cuando á ofreceros
Venia mi favor desde esta hora...
Reina. ¿Cómo?
Mel. Reina, escuchad : yo he
presenciado
Vuestro juicio, y he visto que os condenan
Las pruebas.
Reina. Falsas son, falsas, Melendo.
Mel. Señora, así lo entiendo,
Y á fé que me ha espantado ver á un hijo
Acusando á su madre, y no comprendo
Que tan noble cual vos una matrona
De su esposo manchara la corona.
Reina. ¿Eso mas?
Mel. Don García así lo dijo.
Reina. ¡Villano!
Mel. Que á Sesé con torpe audacia
Ofrecisteis el trono y en secreto,
Conspirábais los dos con tal objeto :
Que él os le sorprendió, y hecho á la parte,
No hallando otro remedio,
El rey tan lejos y él tan vigilado,
Alzó otro bando con silencio y arte
Para salvar el reino amenazado.
Y en fin, que vuestros muchos desafueros
Y escandalosas tramas
Solamente á su rey descubriría
Y con testigos cien los probaria,
Dispuesto estando á mantenerse en todo
Y á mostrar sus servicios verdaderos
A voluntad del rey de cualquier modo.
Le oyó en secreto el rey Don Sancho : y
luego

De larga conferencia,
Salió iracundo y respirando fuego
Para firmar no mas vuestra sentencia.
Reina. ¡Gran Dios!
Mel. Interpusieron pronto ruego
Los grandes y prelados,
Mas por él con dureza rechazados,
Confirmaron sentencia tan estraña,
Midiendo sus razones por su saña.
Reina. ¿Así la lealtad de tantos años,
El amor y la fé Don Sancho olvida,
Crédito dando á pérdidas amaños?
Mel. Mas espera que vos...
Reina. Nunca, Melendo,
Antes mil veces perderé la vida.
Mel. Mas si inocente sois, una palabra
Decid que os justifique.
Reina. No la tengo,
Melendo; en vano lidia
La inocente virtud con la perfidia.
En el confuso dédalo enredado
De esas acusaciones impostoras,
Mi lengua y mi razon se perderia;
Y cayendo en un lazo preparado,
Mas criminal tal vez pareceria.
Mel. Mas ved que quiere oiros.
Reina. Es en vano;
Nada tengo que hablar : pues leyes tiene,
Que mi causa por ellas mida y vea,
Ellas dirán lo que á su honor conviene :
Y si él mal las emplea,
A Dios responda cuando tiempo sea.
Así se lo direis. Soy inocente
Y justificacion no necesito,
Y si cree el universo en mi delito,
Ante su Dios el universo miente.
Mel. Miente, sí, miente : mas importa
mucho
Que limpia ante él aparécais, señora,
Y tal vez haya medio... Un hombre ahora
Me lo juró tambien...
Reina. ¡Cielos, qué escucho!
Mel. Y no osando en la torre darle en-
trada,
Os escribí estas letras, y me dijo
Que podriais por él ser libertad
Reina. Dadme, dadme.
Mel. Leed.
Reina, leyendo. « Señora : si es impo-
sible que nos veamos, no olvideis que las
leyes os permiten apelar al juicio de Dios;
« y no ha de faltar una lanza que se rompa
« en vuestra defensa, mientras aliente quien
« está pronto á morir por salvar el honor
« de la reina de Navarra. »
Reina, representando. ¿Dónde está el
hombre
Que esta carta escribió?

Mel. Por un postigo
Que al rio da, con misteriosa seña
Há poco me llamó y habló conmigo;
Mas si os inspira ese hombre confianza
Y os importa el hablarle,
Todo por vos lo arriesgo, iré á buscarle,
Y entrará de las sombras al abrigo
Hasta vuestra prision.

Reina. ¡Oh! hacedlo, amigo,
Que ese hombre es mi esperanza.

Mel. Pues fiaos de mí: traza oportuna
Buscaré de traerle en el momento,
Mas que vuelva á salir de este aposento
Antes que empiece á despuntar la luna.

Tal vez un centinela le veria
Y todo de una vez se perderia.

Reina. Id, volad, caballero.

Mel. Un momento aguardad.

ESCENA VII.

LA REINA.

¿Y en quién espero?
¿Cuya esta letra es? ¿Quién es ese hombre?
¿Es tal vez un amigo verdadero,
O es algun arrestado aventurero
Que se promete así cobrar renombre?
Debajo de estas líneas mal trazadas
No puso firma, ni seña, ni nombre.
En fin, quien quier que sea,
Pues me ofreció una lanza
Que en la defensa de mi honor emplea,
Es en la tierra mi única esperanza.
Y vos, Señor, que en la invisible altura
Tras la cortina azul del limpio cielo
Medís la intensidad de mi amargura,
No me dejéis morir en tanto duelo.
Solo del justo protección segura
Sois, pues veis mi inocencia á vos apelo;
Atajad de los hombres la malicia,
Y mostradles, Señor, vuestra justicia.

ESCENA VIII.

LA REINA, DON RAMIRO, MELENDO.

Ram. Sí, se la mostraré.

Reina. ¡Vos!
(Reconociéndole á la luz de la lámpara.)

Ram. Yo, señora,
Que infatigable vuestro honor velando
Mostraré la justicia vengadora
Del Dios inmenso que os está juzgando.

Mel. Tomad, temo que alguno nos sor-
prenda. (A Ramiro.)

Con ese saco tosco de soldado
Mostraos por si acaso disfrazado,

Y aquí que haceis la centinela entienda.

Ram. Gracias.

Mel. Mas breve sed, que el rey en breve
A la torre venir acaso debe.

Ram. Pocos momentos bastarán.

Mel. Yo guardo
El caracol estrecho...

Mas encajaos pronto ese tabardo,
Y á Dios.

Ram. Prémieos él lo que habeis hecho.

ESCENA IX.

LA REINA, DON RAMIRO.

Reina. Caballero.

Ram., interrumpiendo. Escuchadme:
lo sé todo.

La diabólica astucia con que supo
Don García volver por raro modo
Contra vos lo que en él tan solo cupo:
Sé de Don Sancho y de la junta el fallo,
Y sé que me condena

A morir por ladrón de su caballo,
Lo cual me trae á mí con poca pena.
Sé que es justificarnos imposible

En plazo corto, que harto enmarañado
El nudo veo de su trama horrible:

Mas sé tambien que el término alargad
De la sentencia vuestra, yo en mi brio

Y en mis razones vuestra causa fio.
Vos escribid al rey; vuestra inocencia

Protestad; como horrendo sacrificio
Apelad de su bárbara sentencia

Al juicio del Señor, que es el buen juicio.
Yo retaré entre tanto á Don García

De vil calumniador, campo pidiendo
Para lidiar con él; esto en el dia

Lo permite la ley, y no pudiendo
Negarlo á nadie, la victoria es mía.

Reina. Mucho fiais, mas ignorais sin duda
Que es preciso probar...

Ram. No os dé cuidado;
Secretó talisman tengo en mi ayuda,
Con el que todo me será allanado.

Reina. Vedlo todo despacio, y que no os
ciegue

Vuestro buen corazon; ese combate
Con un príncipe real tal vez se os niegue.

Ram. ¿Porque infante no soy? ¿Qué dis-
parate!

Con sola una palabra que á Don Sanch
Le diga yo al oido,

Le tengo de dejar tan convencido,
Que ha de abonarme y le vendrá muy ancho.

Reina. Mas ved que Don García
Es hoy el justador mas afamado.

Ram. Por lo que hace á su esfuerzo es
cuenta mía.

Con tigres y leones me he probado,
Y no cedo á hombre alguno en osadía.

Reina. Mas si entre tanto vos en red tra-
dora

Caeis, y el plazo tiene fin...

Ram. Señora,
Ya os he dicho que puede mi palabra
Hacer temblar al rey: pero primero

Fuerza es que paso á su justicia me abra,
Siendo de vuestro honor el caballero.

Si sucumbo, aun me queda la esperanza
De esta palabra oculta: mas si venzo,

Con ayuda de Dios y de mi lanza,
De decirla á Don Sancho me avergüenzo,

Que él se avergonzaria al escucharla.
Si salvo, sin decirla, á la inocencia

Me vuelvo á desterrar de su presencia,
Antes que en su presencia pronunciarla.

Reina. Sé tan incomprendible y miste-
rioso,

Cuanto tenéis de bravo y generoso,
Arcángel protector de mi existencia

Que por dó quiera á la defensa mía
Salis, entre la niebla mas sombría

Vuestra razon velando y vuestro nombre,
¿Quién sois? ¿qué recompensa

De mí esperais?

Ram. Ninguna: mas no hay
hombre

Que abraza con mas fé vuestra defensa.
Ni leonés habrá ni habrá navarro

Que dé por vos mas pronto la existencia,
Ni que por vos combata mas bizarro,

Mas premio sin buscar que su conciencia.

Reina. Mas decidme á lo menos vuestro
nombre,

Vuestro linage; sepa en quién espero.

Ram. Solo á vos le callara, y no os asom-
bre,

Si, sin ira ni horror le pronunciarais,
Valiera en vuestro labio el mundo entero.

Reina. ¿Mánchale el crimen?

Ram. No: pero
le odiarais.

Reina. ¿Con él á vuestro padre avergon-
zárais?

Ram. No.

Reina. ¿Sois pues...?

Ram. Vuestro solo ca-
ballero:

El solo amigo que valeros puede,
Y que todo por vos ha de intentarlo

Mientras un soplo de esperanza quede,
Mas oigo hablar... aprisa... entrad, señora,

En el cubo otra vez: si me descubren
Que aquí no os hallen. Diligente ahora,

Si os permiten con qué, al tremendo juicio
De Dios la apelacion tened escrita
Y confiad en él, que en este mundo
Solo de Dios el justo necesita.
Silencio; entrad, entrad.

ESCENA X.

DON RAMIRO, DESPUES DON GARCIA.

(Don Ramiro corre el cerrojo de la puerta
por donde entró la reina.)

Ram. Cierro por fuera:
Suben... veamos lo que aquí me espera.

(Se cubre bien con el saco de soldado,
aparentando estar de centinela.)

Gar., dentro. Ya basta, ¡vive Dios! me
importa hablarla,

Y órden traigo del rey.
(En la escena.) ¡Tanta osadía,

Y en defender la entrada tanto empeño
Ese necio Melendo!

Ram. (¡Oh, Don García!)
Gar. ¡Tal vez tiene razon! ¿á qué su
sueño

Turbar...? tranquila acaso en su inocencia
Duerme, sin miedo á la fatal sentencia:

Mientras que yo ¡ay de mí! tiemblo y me
agito

En continuo velar, y aquí en mi pecho
De la conciencia el torcedor maldito

Halla en mi corazon ámbito estrecho.
Sí, por dó quier me espanta mi delito,

Y en torno de mi mesa y de mi lecho
Ronda, y ante mis ojos se presenta,

Y ante mi marcha y ante mí se sienta.
Mas venzamos las necias aprensiones

Del corazon cobarde... es fuerza hablarla;
Apartaos, quiméricas visiones,

Este es el torreón... voy á llamarla.
(Don García va á poner mano al cerrojo

que ha corrido Don Ramiro. Este al
verlo avanza dos pasos hácia él. Don
García se detiene.)

Gar. ¡Mas cielos! ¿Quién está aquí?

Ram. Un centinela, señor,
Que juzga á inmenso favor

De Dios hallaros así.
Gar. ¿Qué quierdes?

Ram. Solo un momento
Que me oigais...

Gar. No es ocasion;
Déjame.

Ram. Noticias son
Para vos de gran contento.

El que el caballo os robó...
Gar. ¿Cómo? ¿qué? ¿dónde está ese hombre?

¿Tú le conoces? ¿su nombre

Sabes? ¿le han cogido?

Ram. No.

Pero de saber acabo

Que os ha retado, señor,
Como á vil calumniador,

Y mirad que es hombre bravo.

Gar. Yo á nadie temo.

Ram. Aun hay mas.

Ya sé que nadie os da miedo

En la lid, mas un enredo

Pierde al mismo Satanás.

Gar. Acaba, no me entretengas

Con necias bachillerías.

Ram. No son intenciones mías

Perder el tiempo en arengas.

Pero ya que os hallo aquí,

Voy á haceros conocer

Lo que os importa saber

Para gobernaros.

Gar. Di.

Ram. El rey con una francesa

Os trataba un matrimonio.

Gar. Si.

Ram. Pues llevóle el demonio.

Gar. ¿Qué?

Ram. Os robaron la condesa.

Gar. ¿Qué diablos estás diciendo,

Mentecato? Tú estás loco.

Ram. Escuchad, que poco á poco

Lo íreis, señor, entendiendo.

Gar. ¡Voto á...!

Ram. La condesa huyó

Con un galán de su casa;

Su buen padre, hecho una brasa,

Que les siguieran mandó

Por dó quiera... ¡inútilmente!

No parece ni uno ni otro.

Pues bien, ese hombre... el del potro,

Ha escrito á vuestro pariente

El buen conde de Bigorre,

Diciendo que la robásteis

Guardándola en esa torre.

Gar. Mas cuando ese hombre me achaca

El rapto de esa doncella,

¿Qué espera de mí? ¿qué de ella?

¿O qué consecuencia saca?

Ram. Una, señor, muy sencilla,

Que á acusaros de raptor

Envía un embajador

El de Bigorre á Castilla.

Gar. ¿Y qué? tan sandía impostura

Desmentiré.

Ram. Aunque lo hagais,

La cosa no es tan segura

Como vos la imagináis.

Gar. No te entiendo.

Ram. El robador

De la doncella, el amante,

Es tambien ese tunante...

El del caballo, señor.

Gar. Me confundes cada instante

Mas.

Ram. Pues poco hay que entender:

¿No habeis preso á la muger

Que tenia ese bergante

En la quinta que con fuego

Destruisteis para asi

Cogerle rehenes?

Gar. Si.

Ram. Pues bien, el os torció el juego.

Os dejó que la cogierais,

Para obligaros despues

A que, probando quién es,

De ella á Francia respondiérais.

Gar. Pero en mi poder estando...

Ram. ¡Bah! á ofenderla ¡vive Dios!

Dará Francia sobre vos

Por la venganza clamando.

De modo que con lo mismo

Que os pensábais vos salvar,

Os va ese hombre á colocar

A la boca de un abismo.

Gar. Todo lo comprendo ya.

¿Con que ese hombre, esa quimera,

Conmigo por donde quiera

Para contrariarme va?

Ram. Ya veis, donde quiera os reta.

Y aquí por calumniador,

Y allá en Francia por raptor,

A su capricho os sujeta.

Gar. ¡Que venga pues, vive Dios!

Pues me hace tan cruda guerra,

No cabemos en la tierra

A un mismo tiempo los dos.

Ram. No le llameis, que á mi ver

Si gritais con tal vigor,

Se os pudiera aparecer,

Y estais sin armas, señor.

Gar. Que venga, nada me espanta;

Pero el traidor no vendrá.

Ram., descubriéndose. Si, Don García,

aquí está;

Brotó bajo vuestra planta.

Gar. ¡Gran Dios!

Ram. Oid, Don García.

Ya veis que os tengo en un caos;

Aun es tiempo, retractaos,

Porque la victoria es mía.

Gar. ¿Tuya? sueñas; robador

De la hacienda de tu rey,

Te ha condenado la ley

Declarándote traidor.

Ni aun siquiera te oirán,

Que testigos infinitos

Te probaron mil delitos

Que á morir te llevarán.

Ram. No os ciegue el furor, García;

Mi causa está ya segura:

Meditadlo con cordura,

Que aun para ello os doy un dia.

Gar. No vivirás ni una hora.

Niño, Melendo, ¡traicion!

¡Acudid al torreón!

Veremos quién vence ahora.

(Don García desde la puerta que se supone

dar al caracol, llama bajando un esca-

lon, de modo que oculte medio cuerpo

en el bastidor, volviendo la espalda á la

escena. Don Ramiro le empuja, cierra y

corre el pasador.)

ESCENA XI.

DON RAMIRO.

Tu furor me hace reir!

¿Piensas, necio, que al entrar

Me he descuidado en mirar

Por dónde debo salir?

¿Piensas en tu desvario

Que un navarro montañés

No saltará ochenta piés

Teniendo debajo el rio?

¿No quieres que entre los dos

Haya paz? bien, haya guerra:

Yo he cumplido con la tierra;

Ahora que nos juzgue Dios.

(Se lanza por la ventana, y se oye el ruido

de un cuerpo que cae al rio, teniendo en

cuenta el espacio de ochenta piés que

tiene que recorrer en su caída. Pasado

este efecto, la puerta se abre forzada,

entrando por ella Don García, Melendo

y soldados.)

ESCENA XII.

DON GARCÍA, MELENDO, ARJONA,
SOLDADOS.

Gar. Aquí está ese traidor;

El que el caballo ha robado,

El que á la reina ha ayudado.

Mel. y Arj. Aquí no hay nadie, señor.

Gar. ¡Dios! En esos torreones...

Mel., viéndolos todos. ¿Y cómo entrarles

pudiera

Si tienen todos por fuera

Corridos los aldabones?

Gar. Esa ventana...

Arj. Señor,

Imposible: por ahí es

Un salto de ochenta piés.

Gar. ¿Qué es esto? ¡Dios vengador!

Mel. ¡Qué arrojó!

(Asomándose por la ventana.)

Gar., espantado. Si, estaba aquí,

Aquí mismo, en mi presencia.

Todos. ¿Quién, señor, quién?

Gar. Mi conciencia.

Sostenme, Arjona. ¡Ay de mí!

(Don García desfallece como presa de un

vértigo en los brazos de Arjona. — Cae

el telón.)

JORNADA CUARTA.

Interior del centro de una tienda de campaña que

ocupa todo el escenario á lo ancho, y que llena

á lo largo una sola caja. Esa tienda, que figura

ser la del caballero mantenedor de un reto y

levantada en un costado de un palenque, está

cerrada por el fondo con dos lienzos que tapan

completamente todo el fondo del escenario y

colocados de modo que puedan manifestar des-

corriéndose á su tiempo todo el palenque que

tiene detrás. Como esta tienda figura componerse

de tres partes ó habitaciones, las personas salen

y entran por derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, MELENDO.

Mel. Calmaos, señor.

Rey. Melendo,

Inútilmente procuras

Poner á mi enojo diques

Y aplacarme con disculpas.

Ya los viste cuán tenaces

En su silencio ni escusas

Quisieron dar de los crímenes

Que á los dos se les imputan:

Ni aun responder se dignaron

De su juez á las preguntas;

Y ¡vive Dios, que esta ha sido

La mayor de sus injurias!

Melendo, trae á Don Pedro,

Hagamos la prueba última. (Vase Melendo.)

ESCENA II. (R)

EL REY.

¡Oh, esta es de sueño funesto

Pesadilla que me abruma!

Es un vértigo, un delirio

De abrasada calentura.

Estoy la verdad tocando,

Y el alma incrédula lu-ha

Con la realidad, sin fuerzas

Para comprenderla nunca.

El tan leal otro tiempo

Y ella tan noble y tan pura...

Pero ¿qué dudo? ¡insensato!

¡El príncipe les acusa
De adúlteros y rebeldes,
Y el príncipe es sangre suya!
Y para atreverse á tanto
Grandes razones le escudan.
¡Oh! juro á Dios que si insisten
En su silencio, mi furia
Todo el rigor de las leyes
Les hará pronto que sufran.

ESCENA III.

EL REY, DON PEDRO, MELENDO.

Mel. Aquí está.

Rey. Dejadnos solos,
Melendo. ¡El cielo me acuda!
(*Vase Melendo.*)

ESCENA IV.

EL REY, DON PEDRO SESE.

Rey. Sesé, lee ese pergamino;
En él están todas juntas
Las graves acusaciones
Que á ti y á la reina imputan.
Los testigos que lo afirman
Y el príncipe que os denuncia,
Las han sellado y firmado.
Ahora, si disculpa alguna
Tienes, dámela: de no
Con madurez y mesura
Lo ha pesado de mis nobles
Y mis prelados la junta,
Y os sentencia como infames
A sufrir la pena última.

Ped. Señor, no habrá en vuestros reinos
Quien con mas valor la sufra;
Pero iremos al martirio,
Don Sancho, no á pena justa.

Rey. Pues bien, espíciate, Pedro,
Librame ya de esta angustia.
Solos estamos aquí,
Solos; nadie nos escucha.
Por cuanto encierran sagrado
Cielos y tierra, si oculta
Hay en tu pecho una causa,
Una razon, una escusa
Que os justifique á mis ojos,
Por compasion, Sesé, búscala.

Ped. Señor, desde que mis hombros
Pudieron con la armadura
Hasta que el peso del casco
Me encalveció, la vez única
Es esta en que habeis tenido
En mi fé y en mi honra duda.
Amigo me habeis llamado,

Señor, desde vuestra cuna,
Como amigo os he servido
En vuestras varias fortunadas.
He cuidado vuestra casa,
Os he velado en la oscura
Soledad del campamento,
Y en las lides mas sañudas
He puesto el pecho mil veces
Ante las lanzas morunas
Para defender el vuestro;
Y há cincuenta años en suma
Que las gotas de mi sangre
Se derraman una á una
Por vuestro honor y grandeza,
Por vuestra prez y ventura.
Jamás intenté venderos
Ni os han estraviado nunca
Mis consejos del camino
De la virtud; ¿y ahora juntas,
Creéis que al fin de una vida
Que tal lealtad ilustra,
Puede hacer tantas infamias,
Reo ser de tantas culpas?

Rey. ¡Oh! sí, sí, cuando recuerdo
Los fuertes lazos que anudan
Nuestra amistad, la limpieza
De tu honor, que no deslustra
Ninguna mancha bastarda,
Cuando oigo la voz robusta
Con que en tu favor me grita
Mi corazon, se me anublan,
Pedro, los ojos en lágrimas
Y mi conciencia se turba
Al ver que os condenan pruebas
Que tú ni nadie recusa.
Ante vuestro tribunal
Tuvisteis las lenguas mudas.
¿Porqué ¡vive Dios! porqué,
Si la inocencia os escuda,
No os defendeis de las leyes
Que os abren infame tumba?

Ped. Don Sancho, mil y mil veces
Os lo dije en oportunas
Ocasiones, vuestras leyes
Son incompletas y absurdas:
Con ellas el inocente
Sucumbe, el malvado triunfa,
Y los mas atroces crímenes
A su sombra se consuman
Acusa un vil á un sencillo,
Y con infernal astucia
Destruye todas las pruebas
Que han de obrar en contra suya,
Sus delitos le atribuye,
Como vuestro hijo, lo jura,
Los jueces vence indecisos
Y él para borrar su duda
Se ve jóven y alentado,

Ve que aquel á quien acusa
Es viejo, ó muger, ó débil,
Y con audacia segura
Dice: « Aquí estoy con mi lanza
Pronto á sostener mi injuria. »
La ley lo consiente, y siempre
Vence la fuerza y la astucia. —
¡Y vive Dios, rey Don Sancho,
Que á ser cual era robusta
Mi mano, yo con el príncipe
Empeñaria la lucha!
Mas ¡ay! el cielo á los débiles
Contra los fuertes no ayuda.

Rey. Mas esa es la ley que rige,
Y esa es fuerza que se cumpla.
Sincérate, pues, ante ella,
Pues ante ella te denuncian.

Ped. Rey Don Sancho, si en vuestra alma
No está escrita mi disculpa,
Si con vos no me defiende
Vuestra conviccion, que acuda
El verdugo; este es mi cuello;
Ni yo sé dar mas escusa,
Ni á saberla la daría:
Sabeis mi honor y mi alcurnia.

Rey. Mas esas pruebas...

Ped. Son falsas
Apariencias.

Rey. Pero abundan
Los testigos.

Ped. Son comprados.
Rey. Te han hallado veces muchas
En el cuarto de la reina
En altas horas nocturnas.

Ped. Velado he por vuestros reinos
Con ella, y las damas suyas
No faltaron de su cámara
Jamás.

Rey. Airada, disputa
Escandalosa mantuvo
Contra el príncipe en su pública
Antesala en favor tuyo.

Ped. Era su causa la injusta,
Y yo cumplía las órdenes
De mi rey.

Rey. Con maña astuta
Te sorprendió tus secretos.

Ped. Y yo sus tramas oscuras:
Supe que vuestro caballo
Era la señal oculta
De una rebelion.

Rey. Dispuesta
Para sofocar la tuya,
Para guardar de vosotros
Mi corona.

Ped. ¡Virgen pura!
A partir para obligaros
Vuestra dignidad augusta,

Para obligaros en él
A hacer su total renuncia.

Rey. De eso os acusa á vosotros,
Que viendo que su bravura
Os malograba el proyecto,
Hicisteis por mano oculta
Robar mi mismo caballo,
Que era su señal última.

Ped. Ved lo que decís, Don Sancho,
Que el robo no fué obra suya
Ni nuestra, fué de un tercero
Enviado vuestro.

Rey. ¡Impostura
Semejante! ¿enviado mio?

Ped. No puede en eso haber duda;
Trajo vuestra firma y sello.

Rey. Mientes, traidor.
Ped. Vuestra injusta
Intencion veo, Don Sancho,
Manifiesta.

Rey. Y yo la tuya,
Pues de tus mismos delitos
Aun á mi propio me culpas.

Ped. ¿Negais vuestra firma y sello?
Basta, señor, que se ofusca
Vuestra razon, y olvidando
Vuestro decoro me insulta

Vuestro labio; y si creéislo
Como el labio lo pronuncia,
Sois fiscal que me acrimina,
No juez que recto me juzga.

Vuestro hijo os codició el reino
Con ambiciosa locura,
Y yo el reino os defendía
Con voluntad absoluta:

Si á mi sus faltas me cargan
Y mi lealtad me usurpan,
Y escuchais vos las palabras
De los que asi me calumnian,

Yo os juro, rey, por el Dios
Que se asienta en las alturas,
Que me sirven de vergüenza
Las heridas que me cruzan

El pecho, que por tí espuse
Con lealtad bien estúpida.
Rey. Con esas mismas palabras
Protesta quien os acusa.

Ped. Pues miente como un villano.
Rey. Es mi sangre.

Ped. La que nunca
Mereció ver en pro suyo
Mi espada leal desnuda.

Rey. ¡Traidor!
Ped. El no haberlo sido
Es el pesar que me abruma
Hoy, que hácia mí sin razon
Vuestra voluntad se muda.

Rey. ¿Sin razon? ¡viven los cielos!

¿Y en cuál tu inocencia fundas,
Si á nada me has respondido,
Ni hay un testigo que arguya
En tu favor, cuando en contra
Testimonios se acumulan?

Ped. Entonces ¿en qué se para
Vuestra majestad sañuda?

Pues que os estorbo en la tierra,
Abridme la sepultura.

De mí para deshaceros

No andéis de arbitrios en busca;

Decid: « *Me importa que muera,* »

Y haced que la ley se cumpla.

Rey. Basta, que esa pertinacia

Con que mi poder insultas

Y mi venganza provocas

Mi clemencia sobrepuja,

Veo la diestra falacia

Con que evitas mis preguntas

Y las cuestiones complicas

Con falsedades absurdas.

Veo que me niegas todas

Mis reconvenciones justas,

Esquivándote de todas

Por no resolver ninguna.

Y en ese afán despechado

Con que mi corage azuzas,

Veo que al verte perdido

La muerte con ansia buscas.

Ped. Si, rey Don Sancho, la busco :

Que á mi dolor mas se ajusta

Que tu ingratitud odiosa

La mas deshonrada tumba.

ey. Y la tendrás.

ed. Pronto sea;

Su oscuridad no me asusta,

Que es pabellon de reposo

Para una conciencia pura.

Rey. ¡Hola...! (*Sale Melendo.*) volvedle

á su encierro.

(*Melendo le cierra.*)

Pues defenderse rehusan,

Que el cielo se lo demande

Y sus destinos se cumplan.

ESCENA V.

EL REY, LUEGO DON GARCIA.

Rey. ¡Pero qué altivo teson!

¡Oh, de ese viejo el acento

Para agravar mi tormento

Renueva mi confusion!

¡Gran Dios, si fuera posible!...

Pero no; ¿cómo podría

Caber en mi hijo Garcia

Pensamiento tan horrible?

¡Así mi pena inclemente

A tanto extremo ha llegado

Que temo hallarle culpado

Y temo hallarle inocente!

Gar. ¡Estábais aquí, señor!

Rey. Garcia, ¿tal vez la hora

Llegó ya?

Gar. Pronto la aurora

Va á alumbrar nuestro dolor.

Rey. ¡Tambien como yo padece,

Infeliz!

Gar. Sí, padre, mucho;

Y esta pena con que lucho

Por horas é instantes crece...

Rey. ¡Hijo!

Gar. De mí no soy dueño :

Y en mi ardiente frenesi...

Ya no encuentro para mí

Ni tranquilidad ni sueño.

Rey. ¿Y porqué? ¿Porque leal

A mi defensa acudiste

Y el esplendor defendiste

De mi corona real?

¿Porque afrontando el encono

De altivos conspiradores

Entregaste á los traidores

Que profanaron mi trono?

Gar. ¡Oh, callad!

Rey. Tu corazon

Con mis palabras aflijo.

Gar. Sí, sí.

Rey. El vasallo y el hijo

Cumplieron su obligacion.

Ahora ya no hay que esperar

Sino morir.

Gar. (¡Suerte impia!)

Rey. ¡Y era tu madre! Garcia,

Ven, ven conmigo á llorar.

Llora su infelice suerte,

Ya que el destino cruento

Te escogió por instrumento

De su castigo y su muerte.

Llora, y luego á sostener

Nuestra justicia te apresta,

Para cumplir lo que resta

De tu penoso deber.

Gar. ¡Mi madre!

Rey. ¿Cuánta ternura!

Gar. ¿No hallará clemencia en vos?

Rey. ¡Clemencia! téngala Dios

De mi negra desventura.

Contra su torpe malicia,

Como esposo y como rey,

Fié al brazo de la ley

Su crimen y mi justicia.

Y yo su tremendo fallo

Respetaré, porque así

La ley se respete en mí

Como en su primer vasallo.

Mas si no puedo estorbar

Su riguroso suplicio,

Y este horrible sacrificio

Es ya fuerza consumir,

No vea yo en tí, hijo mio,

Ese afán que no te deja,

Ese dolor que te aqueja

Desesperado y sombrío.

Gar. ¡Ah! consideradlo vos;

Y si ver mi alma pudiérais

Yo sé que os estremecierais.

Rey. Pon tu confianza en Dios.

Deber fué en tí, no malicia,

Y hoy para mejor probanza

Aquí sostendrá tu lanza

Tu inocencia y mi justicia.

Gar. (Si eterno este dolor es,

Ya no hay para mí existencia.)

Rey. acercándose á la cortina de la

tienda. ¡De día ya!

Gar. (Mi conciencia

Me va arrastrando á sus piés.)

Señor...

Rey. Mira, ya veloz

El alba á raya comienza.

Gar. (De temor y de vergüenza

Ni doy aliento á mi voz.)

Rey. A Dios; voy á disponer

Que la ceremonia empiece.

Gar. Oídme...

Rey. ¿Qué te estremece!

Cumplamos nuestro deber. (Vase.)

ESCENA VI.

DON GARCIA.

¿Qué iba yo á hacer? á revelar mi infamia;

Pero ¿qué revelar pudiera yo

A quien vive en la fé de que aun abriga

Un soplo de virtud mi corazon?

¡Hijo me llama el infeliz llorando!

¡Hijo, que reino y honra le salvó...!

¿Cómo decirle al miserable viejo:

Padre, yo soy un vil calumniador?

No, me arrastra inflexible mi destino

Por la senda del mal, y á rastra voy

Cual zarza esteril que arrebató el viento,

A caer en la eterna perdicion.

Pero llegan. ¿Quién va?

ESCENA VII.

DON GARCIA, ARJONA.

Gar., al verle. ¡Tan pronto, Arjona!

Arj. Ya comienza del alba el resplandor,

Y ya el pueblo las gradas del palenque

A ocupar turbulento comenzó.

Gar. ¡Maldito quien me trajo hasta esta

trance,

Maldita, sí, mi estúpida ambicion!

Arj. Ya no es hora, señor, de meditarlo,

El día va á rayar.

Gar. Déjame, Arjona;

Siento que mi osadía me abandona.

Arj. Señor...

Gar. Vacilo, sí; no sé ocultarlo.

Aquel hombre fatal... ¡él era, él era!

Arj. Sombra de la turbada fantasia.

Gar. No, Arjona, realidad.

Arj. ¿Cómo pudiera...?

Gar. Todo ese hombre lo puede en contra

mia.

Quien del fuego voraz le puso fuera,

De las aguas tambien le sacaria.

Arj. ¡Del fuego os acordais! ¿pues no os

lo dije?

De su quinta una cava hasta la ermita

Por senda subterránea dirige:

Torras la halló, y entrándose por ella

Fué como dió con la muger.

Gar. ¡Maldita

Mi imprevision! en una y otra cita,

Alli acechéme su infernal destreza.

Arj. Mas le cuesta el acecho la cabeza.

Gar. Del secreto poder que le acompaña

Todo lo temo, Arjona; en todas partes

Mis pasos sigue su presencia estraña

Sin que le estorben puertas ni baluartes.

Todo le es familiar, todo lo encuentra

Fácil en contra mia: favorece

Todo su fuga: en el alcázar entra

Tras de mí, en las prisiones... y parece

Que sombra de mi mismo desprendida

Los instantes me cuenta de la vida:

Y si un soplo de calma me adormece,

Brota, dice: *Aquí estoy;* y en la tendida

Cavidad del espacio desaparece.

Arj. Supersticion del corazon medroso,

Don Garcia: aunque impávido y astuto

Es un hombre no mas, y de hombre á

hombre...

Gar. No me vieras por Dios irresoluto

Para emprender la lid, si solamente

De lidiar se tratara frente á frente.

Arj. Mas ¿qué de él temeis ya? del rey

vasallo,

Notorio siendo que robó el caballo

Y estando pregonada su cabeza,

No se presentará.

Gar. ¡Ven, insensato!

Si ningún defensor no se presenta

¿No ves, imbécil, que á mi madre mato?

Y es idea ¡ay de mí! que me amedrenta.

Arj. Aun la podeis salvar: si nadie acude
Sois dueño de su vida: suplicante
A Don Sancho acudid, ante ella misma...

Gar., horrorizado. ¿Yo? ¿Yo me he de poner de ella delante
Otra vez? no, jamás...: piensas en vano:
Primero que sufrir tal agonía,
Los ojos, Lucas, con mi propia mant
Y el corazon feroz me arrancaría.

Arj. Pues aun es tiempo... Desistid co-
barde,
Desmentíos; mas ved que en esa hoguera
Que del verdugo ante las plantas arde
El uno de los dos fuerza es que muera.

Gar. Sella, asesino vil, sella esa boca;
Porque tu pecho miserable abriga
Sangre de hiena y corazon de roca.

Arj. Señor, tan solo vuestro bien me obliga,
Porque con vos me salvo ó con vos muero:
Mas perdonad, señor, que tal os diga
Ceder ahora es decir al mundo enterc
Que ni valiente sois, ni caballero.

Arj. ¡Ay...!

Arj. Se dirá de vos con mengua y saña:
«Nada en tal hombre por entero cupo:
Ni crimen, ni virtud fué en él hazaña,
Ni aun ser infame sino á medias supo...»
¡Gran memoria de un principe de España!

Gar. Pues bien, si no me cumple esa memoria,
Si al crimen nada mas caminar puedo,
Tal borron dejaré sobre mi historia
Que á la futura edad imponga miedo.
(Tumulto fuera.)

¿Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado
Del horrible espectáculo sediento:
Voy ¡vive Dios! á dársele colmado;
Nunca le vió mas bárbaro y sangriento.
(Suenan las trompetas.)

¡Tan pronto la señal!

Arj., asomándose á la tienda. El sol asoma.

Gar., poseído de un vértigo. ¡Oh, infierno!
¡regocijate! como esta
No han preparado tus furors fiesta
Ni en los circos idólatras de Roma.
(Trompetas.)

Voces fuera. Pregon, pregon. ¡Silencio!

Arj. Los heraldos
Ya el combate pregonan.

Gar. ¡Esto es hecho!
Cada cual ante Dios con su derecho.

Heraldo, dentro. «Oid, oid, oid, vasallos
de Don Sancho, rey de Navarra, de Aragon
y de Castilla. El buen caballero Don Garcia,

principe de estos reinos, ha aceptado el
combate á que en uso del derecho que las
leyes les conceden han apelado la reina
Doña Nuña y Don Pedro de Sesé, acusados
de criminal inteligencia y descubierta re-
belion. Y siendo entrambos crímenes de lesa
majestad, las leyes los condenan á la pena
del fuego, si al trasponer el sol la linea del
horizonte no se presenta caballero alguno
que quiera mantener su causa. Si esto acon-
teciere y el acusador saliera vencido, sufrirá
la misma pena en lugar de los acusados
como la ley lo dispone; si saliere vencedor
serán quemados en este mismo palenque
los acusados, con el cuerpo del caballero su
defensor, quedando desde luego condenados
á la pena capital todos los que resultaren
cómplices de su traicion. El rey ofrece asi-
mismo doscientos marcos de oro á cualquier
vasallo suyo, que asegure la persona del
traidor que estrajo de las reales caballerizas
su mejor caballo de batalla, asesinando
para ello á su guardia y palafreneros. Esta
es la justicia del rey. Vasallos del rey, acatad
la justicia del rey. ¡Viva Don Sancho,
rey de Navarra!»

Pueblo. ¡Viva!

Gar. ¡Qué agonía, gran Dios!
ciñeme, Arjona,
Ésa fatal espada.
Y que quede á favor de esta celada
Encubierta á mi pueblo mi persona.
(Se cala la visera.)

¡Oh! estoy seguro que en mi horrible gesto
Se ve mi odioso crimen manifiesto.
Voces del pueblo. Una. Allí están. Allí
están.

Otra. Ya traen á los acusados.

Otra. ¡Quién tal pensara de tan buen ca-
ballero como Don Pedro!

Otra. Por eso mismo es mas grande su
delito.

Otra. Bien dicho. El rey les habia col-
mado de beneficios.

Otra. Y le vendian mientras él conquis-
taba á los moros nuevos señoríos.

Otra. Son unos infames, les van á atar á
los postes de hierro como á los villanos.

Otras. Bien, bien.

Otras. ¡Viva la justicia del rey!

Todos. ¡Viva!

(Tumulto.)

Voces. Silencio. Silencio.

Otras. Ya bajan los jueces del campo.

Otras. Silencio. Escuchad.

Uno de los Jueces del campo. «Vasallos

del rey, oid. La hora del juicio ha llegado
ya. La liza queda abierta desde este punto;
y si al pasar el sol la linea del horizonte no
anuncian los clarines un defensor, el ver-
dugo cumplirá con su deber.»

Muchas voces. Bien, bien.
(Aplausos, ruido, etc.)

Gar. ¡Ea! ha llegado la tremenda hora.
Siento que Dios del corazon me arranca
El gérmen de su fé consoladora,
Y en las venas la sangre se me estanca.
¡Si, si, de esta diabólica contienda
Viene todo el infierno á ser testigo!
Vértigo... sed de crimen me devora.
Ea, corre los lienzo de esta tienda,
Y el infierno desde hoy sea conmigo.
(Arjona manda á los pages con una seña
que abran la tienda. Estos corren á un
tiempo la cortina partida en dos que
cierra su fondo y que cubre el teatro, y
aparece un vasto palenque cuyos anda-
mios están llenos de gente del pueblo.
En el fondo de este palenque se ve un
altar, delante de él el verdugo, que con
una tea encendida está pronto á encen-
der la leña hacinada al rededor de la
reina y de Don Pedro, que estarán
atados á dos postes de hierro y uno á
cada lado del altar. Por sobre los anda-
mios se cierra el horizonte con pinto-
rescas montañas. El sol acaba de salir
por encima de unos cerros desiguales,
y derramando sobre la escena la rosada
luz de la mañana.)

Ped. Señora, ¿no teneis otra esperanza?
¡Oh! si mi brazo fuerte todavia
Estuviera...

Reinu. El de Dios á todo alcanza.

Ped. Creo que Dios tambien nos abandona.

Reina. Solo él puede apreciar nuestra
agonía,
Que, inútiles con él dolo y falsía,
Lo que castiga ve y lo que perdona.
Ped. No tengo esa virtud: soplo mundano
Me anima aún el corazon terreno,
Y voy la hiel de que le siento lleno
Sobre ellos á verter. (Al pueblo.) Pueblo
villano,
Rey infame... escuchad.
Voz en el pueblo. ¿Qué es lo que dice?
Otra. Dejadle hablar.

Otras. ¡Silencio!

(El pueblo calla despues de largo chicheo.)

Otras. Oid.

Ped. Rey fiero,
Sin fé, ni ley: el Dios á que apelamos,
Que indefensos morir nos deja infiero,
Mas ante él de tus leyes protestamos.

Ella inocente, y yo buen caballero
Al tribunal de Jesucristo vamos,
Y al inmolar me con tan vil castigo,
Rey, principe, villanos... yo os maldigo.
(Don Garcia se tapa la cara con las ma-
nos, exhalando un ¡ay! desesperado.)

Gar. ¡Ay!
Voces del pueblo. ¡Nos insulta! ¡muera!
Otras. ¡Muera!
Otras. ¡Muera!
(La reina demuestra voluntad de hablar.)
Voz. La reina quiere hablar.
Voces. ¡Mueran!
Otras. Oidla.

Otras. Silencio. Oid. Callad.
(Otro largo chicheo. El pueblo calla.)
Reina. Sin culpa muero:
Mas aunque Dios por causa soberana
Que indefensos morir nos deja infiero,
Yo como reina moriré, y cristiana.
Si, yo inocente, y el buen caballero,
Seremos ante Dios esta mañana;
Mas aunque me inmolais, no os guardo
encono.

Hijo, esposo, vasallos... yo os perdono.
Pueblo. Bien, bien.

Gar. No puedo mas...
(Don Garcia pone mano á la daga. Arjona
le detiene.)

Arj. Señor, teneos.

¿Qué queréis intentar?
Gar. Morir, Arjona,
Déjame.

Arj. No.

Voces. ¡La hora se pasa!
Otras. ¡Mueran!
Otras. ¡Mueran, muera...!

Una voz. Ninguno les abona.
Culpables son, pues Dios les abandona.
Otras. Ya dan los jueces la señal...
Otras. La hoguera
Va á prender ya el verdugo.

Gar. No, no quiero:
No puede mas mi corazon de fiero.
Sálvese, si...
(Don Garcia va á salir de la tienda, en
cuyo momento suena la seña de un agudo
clarín. Don Garcia se detiene.)
Arj. ¡El clarín!
Pueblo. ¡Un caballero!

ESCENA VIII.

DICHOS, DON RAMIRO.

(Se presenta Don Ramiro armado de piés
á cabeza: el esclavo etiope, de quien
se hace mencion en los anteriores actos,

vestido á la oriental con turbante blanco y con un collar de oro en señal de esclavitud, conduce de la brida el hermoso caballo de batalla del rey Don Sancho magníficamente caparazonado y empenachado. Un page con los colores de la casa real de Navarra y Castilla trae el escudo y la lanza de Don Ramiro. Este tira un guantelete á los piés de don García y dice en alta voz:)

Ram. Aquí estoy, llevo á tiempo todavía; Y os declaro á la faz del mundo entero Torpe y vil impostor, mal caballero, Calumniador infame, Don García.

Voces. ¡El caballo del rey!

Otras. Ese es el que le ha robado.

Otras. ¡Qué descaro, qué atrevimiento! Otras. No puede combatir, no es caballero, está declarado traidor y condenado á muerte.

Otras. ¡Muera!

Otras. Sí, sí, que muera también con ellos.

Otras. ¡Prenderle, matarle!

Una. Ningun villano puede ceñirse armadura real.

Otras. ¡Muera, muera! Allá van los jueces del campo.

Todos. Bien, bien.

(Los jueces del campo con algunos soldados se dirigen hostilmente hacia Don Ramiro. Este toma rápidamente el escudo de manos del page y descolgando el hacha de armas del caparazon del caballo les hace retroceder.)

Ram. ¡Mentis! derechos tengo á esta armadura,

Yo puedo entrar con ella en la batalla.

Pueblo. ¡Muera, muera! cogedle.

Ram. Atrás, canalla.

Rey de armas. Paso al rey, paso al rey.

Rey. ¿Quién atrevido

Me ley insulta y su delito ostenta

Y con mis propias armas se presenta?

Ram. Oídme una palabra.

Rey. Di.

Ram. Al oído.

(Don Ramiro se acerca al oído del rey. Este se estremece y volviéndose á los suyos dice:)

Rey. Atrás, señores; retiraos.

Gar. ¡Cielo!

¡Con sola una palabra... aun al rey mismo!

Ram., á Don García. Ya lo veis... á no ser por mi buen celo

Por vuestra alma, la echais en el abismo.

Rey. ¡Oh! concluid por Dios: si este se sabeis, ¿quién sois?

Ram. Señor, antes de todo

(Con calma.)

Que inocentes no sean el objeto

De la mofa del vulgo.

Rey. ¿De ese modo

Quereis...?

Ram. Que libres sean, ó en voz alta

Al vulgo vil relataré esa historia.

Rey. No, no. Libres están.

Ram. Al punto vengan,

Y en silencio escuchando se mantengan.

(El rey hace una señal, y van á traer á la reina y Sesé. La tienda se cierra como al principio del acto.)

Pues os mostrais, Don Sancho, tan celoso

De vuestro real honor que una sospecha

Mal probada por labio mentiroso

Presca tan noble á los verdugos echa,

Quiero, señor, que Doña Nuña sepa,

Antes que el duelo con mi vida acabe,

Lo que en el alma de sus jueces cabe

Cuando creen que la infamia en ella quepa.

ESCENA IX.

DICHOS; LA REINA Y SESÉ, A UNA SEÑA DE RAMIRO.

Ram. Ya están aquí... silencio, estadme atentos;

Vos también escuchadme, Don García,

Y si despues de oirme unos momentos

La espada alzais, encontrareis la mía.

(Todos escuchan con asombro y ansiedad.

Don Ramiro domina la escena, y recita con dignidad y calma.)

Conoci una muger... su nombre Caya.

Rey. ¡Dios santo!

Ram. Es grande historia. Esta matrona,

Casada con un noble de Vizcaya,

Su sien ceñia con feudal corona.

Un mancebo... su nombre no hace al caso,

Se prendó de su garbo y hermosura;

Y ella incauta, el audaz, paso tras paso

Fueles prendiendo amor en red segura.

El amante, altanera la matrona,

« A todo (la dijo él por tí me atrevo:

¿Quieres cambiar por otra esa corona?»

Y ella que le entendió picó en el cebo.

Una noche el barón, su noble esposo,

A manos pereció de unos bandidos:

Dolióse ella del caso lastimoso,

Mas siguieron de entonces mas unidos

Los dichosos amantes.— ¡Ay! ¿qué dicha

Es segura en la tierra? El mozo osado

Heredó á poco un reino, y por desdicha

De Caya otra muger con el reinado.

Él la aceptó, pues le traía en prenda

Otra corona mas, y aunque fingía

Falaz con Caya, al fin cayó la venda

Que el corazón amante la cubría.

Dejóla el rey, y en vez del matrimonio

Que la ofreció, del reino desterróla,

Firmándola un inútil testimonio

Para un infante que del rey quedóla.

Y esta muger errante y espatriada...

(Se interrumpe.)

Reina, Rey, Sesé. ¡Acabad!

Ram. Sucumbió

tras largo duelo,

A su hijo dando de la edad pasada

Noticia, y por el rey pidiendo al cielo.

Rey. ¡Dios mío! ¿Y aquel hijo?

Ram. Asíó una lanza

Y en Palestina y Francia aventurero

Vivió guardando siempre una esperanza

De ser al fin un noble verdadero.

Topó en Francia por fin á una condesa,

Que á otro príncipe estaba prometida,

La sedujo y huyó con la francesa,

Y aquí vinieron á pasar la vida.

Reina. Proseguid.

Ram. A favor del pergamino

Que dió el rey á su madre, pasó este hombre

Vida sin porvenir y sin destino,

Sin descubrir su origen ni su nombre.

Dió el caso, que á un traidor, que conspiraba

Por impensado azar, halló la huella,

Y como en nada este hombre se ocupaba,

Dió en seguir holgazán el rastro de ella.

Dios les puso á los dos frente por frente,

Y por dó quier se hallaban: disponía

El uno en unas ruinas plazo y gente,

Y el otro sus secretos sorprendía,

Y...

Rey, Reina, Sesé. ¿Qué?

Ram. Ya en concluir

veo que tarde;

Secreto es que callárosle no debo.

(A la reina.)

Vos la ofendida sois.

(Al rey.) Vos el mancebo;

Don García el traidor; y yo el bastardo.

(Don Ramiro presenta al rey el pergamino en cuestion, hincando la rodilla en tierra.)

Rey. Sí, es mi firma. ¡Hijo mío!

(Abrazo rápido.)

Ram. Ahora, García,

Ciertos de la verdad ambos estamos;

Si me tiendes tu mano, esta es la mía;

Si en tu demanda estás al campo vamos.

Reina. Tened, tened: el dedo del destino

Manifiesto está aquí, y á la inocencia

El justiciero Dios abre camino.

Rey. Sí, perdona un error...

Reina, interrumpiendo. Que no acrimino.

Rey. Yo revoco mi bárbara sentencia.

Ram. Y yo abrazo la causa de mi hermano:

Deróguese la ley, y en su delito

Sea el único juez... Dios soberano,

(De rodillas.)

Su perdon os propongo.

Reina. Yo le admito.

(A Don García.)

Pastor tiene la Iglesia cuya mano

Tiene poder y crédito infinito

De atar y desatar... tu culpa llora,

Y de Roma no mas perdon implora.

Gar., de rodillas. ¡Madre!

Reina. Mas oye:

Don Ramiro debe

Dar la mano á tu esposa prometida,

Y en tu lugar también mando que lleve

Tu parte de heredad por mi traida.

Si, pues solo él á defender se atreve

Mi calumniado honor con su honra y vida,

vea en qué precio su virtud estimo:

Mi primogénito es, le legítimo.

Rey. Acepto. Abrid, heraldos, esa tienda.

(Lo hacen, y vuelve á quedar á la vista del público el palenque, cuya arena han ocupado ya los villanos, que contenidos por los soldados forman un numeroso grupo al rededor de la tienda.)

Pues mis armas vistió ya es caballero:

Pregonadlo á mi pueblo y que esto entienda.

Yo le doy mi caballo: que altanero

Sobre él las calles cruce; de la tienda

Le lleven reyes de armas, y que atienda

Navarra á que es su príncipe heredero.

(Clarines y atabales en señal de pregon, y algo lejos tumulto, vivas. Traen mas al centro de la escena el caballo de Don Sancho. El pueblo se agolpa en rededor.)

Rey, á Don Ramiro. Ea, á caballo tú.

Reina, á Don García. Tú,

escolta toma

Y á implorar parte tu perdon de Roma.

Gar., con afán y pronto á partir. Sí,

partiré; mas á la vuelta mía

Si traigo, madre, un corazón sincero,

¿Puedo esperar de vos...?

Ram., interrumpiéndole y atajando á la

reina, que va á responder. Sí,

Don García;

Yo tras tí quedo; vé, y en mi fé fla:
Buen hermano seré, buen caballero.

(Don Ramiro y Don García se dan la mano, y este parte por la izquierda seguido de Arjona, que se habrá confundido con la multitud durante la anterior escena. Don Ramiro monta á caballo, alejándose todos en tumulto aclamándole. Los reyes de armas de pie sobre los andamios del palenque y tremolando los pendones de Castilla, Navarra y Aragon, gritan cada cual á su correspondiente turno.)

(El que tiene el pendon de Castilla dice:)

¡Viva la reina de Castilla!

Pueblo. ¡Viva!

(El que tiene el de Navarra dice:)

¡Viva el rey don Sancho de Navarra!

Pueblo. ¡Viva!

(El que tiene el de Aragon dice:)

¡Viva el príncipe Don Ramiro, rey de Aragon!

Pueblo. ¡Viva!

(Los villanos aplauden, tiran por alto los birretes, etc., etc. Tumuldo. Cae el telon.)

LA MEJOR RAZON, LA ESPADA,

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA SOBRE UNA DE MORETO.

PERSONAS.

DON PEDRO DE PANTOJA, jóven soldado.
DON DIEGO DE GAMBOA, mercader.
DON LOPE, letrado, padre de Doña Juana.
Doña ANGELA, su prima.

GUIJARRO, gracioso, y criado de Pantoja.
LEONOR, criada de Doña Juana.
UN ESCRIBANO.
UN ALGUACIL.
ARJONA.
EL DUQUE DE ARCOS.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Don Lope. Puertas á izquierda y derecha. Reja en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR; GUIJARRO, ENTRANDO.

Guij. ¿Estás sola?

Leon. Sí.

Guij. ¿No hay miedo?

Leon. No; mas despáchate aprisa, No vuelva el amo de misa Y nos coja en el enredo.

Guij. ¿Y tu ama?

Leon. En su cuarto está, Llorando su desventura.

Guij. ¿Pues qué nuevo mal la apura?

Leon. Que ha dado á Don Lope ya El duque de Arcos licencia Para poder desde luego Desposarla con Don Diego.

Guij. ¡Qué dices! Eso es demencia.

Leon. La purísima verdad Es lo que digo á fé mia.

Guij. Pásela por tal tu tia, Que para mí es necesidad.

¿Mas no la podremos ver?

Leon. Es imposible, que siento Que de uno en otro momento Debe su padre volver. Y es fuerza que esta mañana Se lo advierta á tu señor.

Guij. Pues ten por cierto, Leonor, Que te echa por la ventana: Porque Pantoja, mi dueño, Como sabes, es un hombre Del demonio, y danle el nombre De Satanás el pequeño; Y no le dijera yo Eso que me dices tú Por la plata del Perú.

Leon. ¡Lindo mándria! ¿Y porqué no? Yo tengo cierto papel Que le escribe Doña Juana.

Guij. Hablaras para mañana; Si lo tienes, dígalo él. (Le da un papel.)

Leon. Y á mi tambien me han tratado, Guijarro, otro casamiento.

Guij. Siempre estimaré tu aumento.

¿Ese de Don Diego el criado?

Leon. Ese mismo; pero yo

Solo á mi Guijarro quiero, Y con él casarme espero.

Guij. Con la frente ¿porqué no?

¿Yo casarme? Estás en tí?

Leon. ¿Pues no te vendrá muy ancho?

Yo tras tí quedo; vé, y en mi fé fla:
Buen hermano seré, buen caballero.

(Don Ramiro y Don García se dan la mano, y este parte por la izquierda seguido de Arjona, que se habrá confundido con la multitud durante la anterior escena. Don Ramiro monta á caballo, alejándose todos en tumulto aclamándole. Los reyes de armas de pie sobre los andamios del palenque y tremolando los pendones de Castilla, Navarra y Aragon, gritan cada cual á su correspondiente turno.)

(El que tiene el pendon de Castilla dice:)

¡Viva la reina de Castilla!

Pueblo. ¡Viva!

(El que tiene el de Navarra dice:)

¡Viva el rey don Sancho de Navarra!

Pueblo. ¡Viva!

(El que tiene el de Aragon dice:)

¡Viva el príncipe Don Ramiro, rey de Aragon!

Pueblo. ¡Viva!

(Los villanos aplauden, tiran por alto los birretes, etc., etc. Tumuldo. Cae el telon.)

LA MEJOR RAZON, LA ESPADA,

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA SOBRE UNA DE MORETO.

PERSONAS.

DON PEDRO DE PANTOJA, jóven soldado.
DON DIEGO DE GAMBOA, mercader.
DON LOPE, letrado, padre de Doña Juana.
Doña ANGELA, su prima.

GUIJARRO, gracioso, y criado de Pantoja.
LEONOR, criada de Doña Juana.
UN ESCRIBANO.
UN ALGUACIL.
ARJONA.
EL DUQUE DE ARCOS.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Don Lope. Puertas á izquierda y derecha. Reja en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR; GUIJARRO, ENTRANDO.

Guij. ¿Estás sola?

Leon. Sí.

Guij. ¿No hay miedo?

Leon. No; mas despáchate aprisa, No vuelva el amo de misa Y nos coja en el enredo.

Guij. ¿Y tu ama?

Leon. En su cuarto está, Llorando su desventura.

Guij. ¿Pues qué nuevo mal la apura?

Leon. Que ha dado á Don Lope ya El duque de Arcos licencia Para poder desde luego Desposarla con Don Diego.

Guij. ¡Qué dices! Eso es demencia.

Leon. La purísima verdad Es lo que digo á fé mia.

Guij. Pásela por tal tu tia, Que para mí es necesidad.

¿Mas no la podremos ver?

Leon. Es imposible, que siento Que de uno en otro momento Debe su padre volver. Y es fuerza que esta mañana Se lo advierta á tu señor.

Guij. Pues ten por cierto, Leonor, Que te echa por la ventana: Porque Pantoja, mi dueño, Como sabes, es un hombre Del demonio, y danle el nombre De Satanás el pequeño; Y no le dijera yo Eso que me dices tú Por la plata del Perú.

Leon. ¡Lindo mándria! ¿Y porqué no? Yo tengo cierto papel Que le escribe Doña Juana.

Guij. Hablaras para mañana; Si lo tienes, dígalo él. (Le da un papel.)

Leon. Y á mi tambien me han tratado, Guijarro, otro casamiento.

Guij. Siempre estimaré tu aumento.

¿Ese de Don Diego el criado?

Leon. Ese mismo; pero yo

Solo á mi Guijarro quiero, Y con él casarme espero.

Guij. Con la frente ¿porqué no?

¿Yo casarme? Estás en tí?

Leon. ¿Pues no te vendrá muy ancho?

Guij. Pues por eso no me ensancho;
No es lo ancho para mí.

Leon. Pues di, picaro, bribon,
¿Porqué casarte no quieres?

Guij. Porque todas las mugeres
Teneis mal de corazon.

Leon. No se entiende eso conmigo,
Que soy doncella y honrada.

Guij. Si fueras como mi espada,
Que no la ha entrado enemigo,
Fuera gran mereed de Dios.

Leon. Fuera de las once mil,
No hay doncella mas gentil.

Guij. Eso veremos los dos,
Cuando yo, si pierdo el juicio,
Cometa el tremendo error
De admitirte, Leonor.

Leon. Parece que hablas de vicio,
Mas por vida de mi madre...

Guij., interrumpiéndola. Fué ella una
santa muger.

Leon. Que te tengo de poner...

Guij. ¿Como ella puso á tu padre?

Leon. En la espina de la zarza.

Guij. Si es parrilla, yo lo creo.

Leon. ¿Te remontas, Don Poleo?

Guij. No remonto, Doña Garza.

Leon. Quédate para quien eres.

Guij. Quédome para quien soy.

Leon. Yo me voy para quien voy.

Guij. Vete para quien quisieres.

Leon. En mi vida te he de hablar.

Guij. En mi vida te hablaré.

Leon. Con el tiempo te pondré...

Guij. De modo que pueda arar.

Leon. No, sino que digas tú...

Guij. Que soy manso por demas.

Leon. Quédate con Barrabás.

Guij. Márchate con Belcebú.

(Vase Leonor.)

ESCENA II.

GUIJARRO, DESPUES DON PEDRO
DE PANTOJA.

Guij. Ya te volverás á mí,
Que tus despiques entiendo,
Pero vámonos corriendo,
No me atrape el viejo aquí.

Ped. Guijarro, ¿con quién hablabas?
¿Quién contigo estaba, di?

Guij. Ese responde por mí,
(Dale el papel.)

Que como guardando estabas
Mi espalda, dejar no quise
El negocio á lo mejor.

Ped. ¿Te dió este papel Leonor?

Guij. Que Doña Juana te avise
Cosas de gusto quisiera.

Ped. Novedad debe de haber;
Voy el papel á leer.

Guij. ¿No será mejor afuera?

Ped. ¡Eh!

(Con desprecio y leyendo luego.)
(Lee.)

« Dueño mio, mi padre quiere casarme
« con Don Diego. Tengo pues por acer-
« tado que me pidas por esposa, para que
« yo pueda declararme: esto consiste en
« la brevedad, y de tu resolucion me harás
« partícipe esta noche por la reja. — Dios te
« guarde. »

Di, infame, ¿no pudieras

llamarme cuando Leonor

te dió este papel?

Guij. Señor,

No hagamos las burlas veras.

Sin levantar testimonio

A esa picara, lo hacia

Con tal prisa, que tenia

Una vuelta del demonio.

Ped. Algo la dirias tú,

Que te conozco, bribon.

Guij. En dándote un apretón,

Lo das todo á Belcebú.

Salgamos de aqui de prisa,

Señor, toma mi consejo,

Que nos va á atrapar el viejo.

Ped. ¿Dónde está Don Lope?

Guij. En misa.

Ped. No, sin ver á Doña Juana

No me voy, viven los cielos,

Que esa carta me dió zelos.

Guij. Esta noche en la ventana

Podrás arreglarlo todo.

Ped. ¿Con Don Diego ha de casar!

No, que yo lo he de estorbar.

Guij. ¿Y cómo?

Ped. De cualquier modo.

Guij. Yo no le encuentró, señor.

Ped. Yo si; aguardándole á entradas

De una calle, y á estocadas

Matándole.

Guij. Es lo mejor.

Mas si quisieras consejo

Tomar de un amigo...

Ped. Di.

Guij. Yo me quedaria aquí

Y se la pidiera al viejo:

Que pues dice Doña Juana

Que la pidas por esposa,

Será diligencia honrosa.

Ped. Será diligencia vana,

Pero lo haré, y si me niega

Lo que promete á Don Diego...

Y ya en brasas me tenian,
Que salen de la Mercé

(Mirando por la reja.)

Los de la misa de doce.

Juana. Leonor, ¿quién estaba aquí?

Leon. Vuestro Pantoja.

Juana. ¿Era él?

Leon. Sí.

Juana. ¿No avisaste?

Leon. Se conoce

Lo que os ciega vuestro amor:

Aprisa le hice salir,

Que sentia ya venir

Por la calle á mi señor.

Juana. ¿Y el papel?

Leon. Se le entregué

Para el amo á su criado.

Juana. ¿Ay Leonor, cómo he quedado

Despues que mi padre fué

Con Don Diego mi enemigo!

Pues mi enemigo ha de ser

Quien me procura ofender.

Leon. De tu padre es tan amigo

Que en él se puede esperar

Un marido á letra vista.

Juana. En vano el alma conquista

Quien no la puede agradar.

Leonor, Pantoja ha de ser

Solo mi esposo en el mundo.

Leon. ¿Tu amor será tan profundo?

Juana. Todo lo vence el querer.

Leon. Teneis razon, Doña Juana;

Mas vale, como Pantoja,

Pobre que á mucho se arroja,

Que rico de alma villana.

Todo es mascar matrimonios

Á la vista de la dama

El Don Diego, y de la fama

Despreciando testimonios

Como le den los dineros

Que teneis, no piensa avaro

En que os comprara bien caro,

A ser ellos verdaderos.

Mas la prima Angela viene:

Disimulemos, señora.

ESCENA V.

DOÑA JUANA, DOÑA ANGELA, LEONOR.

Juana. Hola, Angela, ¿se acabó
La misa ya?

Ang. Sí.

Juana. Fué corta.

Ang. No fué muy larga.

Juana. ¿Y mi padre?

Ang. Con Don Diego por esotra

Guij. La sacas de casa luego,

Y pues que el amor os ciega,

Vais á que os dé testimonio

Un cura, de lo de Dios,

Y al punto cerrais los dos

Con el santo matrimonio.

Ped. Tu consejo he de tomar.

Guij. Valgo para consejero

Un Potosí de dinero.

¿Y en qué me lo has de pagar?

Ped. En diez palos al contado,

Librados en la alameda.

Guij. Guarda, señor, tu moneda,

Que no estoy necesitado.

ESCENA III.

DICHOS, LEONOR.

Leon. ¿Qué veo? ¿aun estás aquí?

¿Y con tu amo? idos por Dios,

Que os va á encontrar á los dos

Don Lope.

Ped. Que sea asi

Deseo yo.

Leon. ¿Para qué?

Ped. Para decirle aqui hoy

Que á su hija en quitarle estoy

Como él hoy no me la dé.

Leon. Todo eso está bien, señor;

Mas si os ve dentro su casa,

Va á dudar, por lo que pasa,

De su hija en el honor.

Va á creer que os llamó ella misma,

Que os habló y aconsejó,

Y os va á contestar que no.

Guij. Y se va á armar aqui un cisma

Que ni él de Calvo.

Leon. Mirad;

Tomad ahora la escalera

Y andad á esperarle afuera,

Y cuando él entre llamad.

De este modo se consigue

Que vos hagais la deshecha,

Y que Don Lope sospecha

Contra nosotros no abrigue.

Ped. Dices bien.

Guij. Tiene razon:

Es un lince esta muger.

Ped. Vamos pues para volver.

Guij., á Leonor. Sabes mas que Salomon.

ESCENA IV.

LEONOR, DESPUES DOÑA JUANA.

Leon. Gracias á Dios los eché;
Creí que no se rendian,

Puerta del jardín entró
En el escritorio ahora.

Juana. (Ya vienen mis enemigos
A atormentar mi memoria.)

Ang. ¿Puedo darte el parabien?

Juana. ¿De qué, prima?

Ang. De que gozas

En visperas de tratado

La certeza de ser novia.

Tu padre, según entiendo,

Con Don Diego de Gamboa,

Ese noble caballero

Que te pide por esposa,

Quiere confirmar las paces,

Con él casándote.

Juana. Cosas

Son estas que todavía

Aunque se dicen, se ignoran.

Ang. ¿Pues hay á la voluntad

De Don Lope quien se oponga?

Juana. Quien se oponga, Angela, no,

Que soy humilde de sobra

Para oponerme á mi padre;

Mas oirá de mi boca

Las razones que me asisten,

Y las causas que lo estorban.

Ang. Eso es hablar demasiado,

Prima; y á fé que me asombra

El verte tan atrevida

En palabras tan impropias

De hija que honrada ha nacido

Y que de humilde blasona.

Juana. Angela, ya basta de eso;

Que esa plática enfadosa

Que me diriges á fuer

De mi dueña ó preceptora

Tu corazon me descubre,

Y la esperanza recóndita

Que dentro de él alimentas

Aunque lo ocultas, traidora.

Ang. ¿Yo esperanza? Tú deliras,

Prima Juana, tú estás loca.

Juana. ¡Loca! ¿Pues qué haces de noche

Cuando en tu aposento á solas

Ni cierras bien tu ventana,

Ni apagas la mariposa?

Ang. Aderezo mis labores,

Y oraciones piadosas

Rezo antes de darme al sueño

Como cristiana devota.

Juana. ¿Y escapulario no tienes

Ni imágenes en tu alcoba,

Que el cielo ver necesitas

Por las rejas? ¿ó es que oras

Ante la faz de la luna,

Y á las estrellas te postras

Como dicen que lo hacen

Los sectarios de Mahoma?

Ang. Prima, ¿qué dices?

Juana. Escúchame,

Prima Angela, que nosotras

Las mugeres ya nacemos

Entendiendo de estas cosas.

Tú acechas desde tu reja

Todas las noches la hora

En que á hablarme por la mía

Viene mi galan Pantoja.

Ang. Yo acechar... ¿y para qué?

Juana. Eso es lo que me acomoda

Preguntarte: ¿es que lo haces

De atrevida ó de envidiosa?

Ang. ¡Yo de envidia!

Juana. Ya te entiendo,

Prima Angela; tú le adoras

En silencio, y nos escuchas

De sentida ó de zelosa.

Ang. Pues bien, es cierto; os escucho

Desde mi ventana propia,

Mas como muro á su audacia

Y de tu honor defensora.

Juana. Guarda, prima, tu defensa

Para otra ocasion mas próspera,

Que bien mi honor se defiende

De quien á mi honor no osa.

Ang. Don Pedro es un libertino.

Juana. En lenguas murmuradoras.

Ang. Es un galan de costumbre

Y galanteador de todas.

Juana. Porque no quiso á ninguna

De las que obsequió hasta ahora.

Ang. Porque todas le avitaron

Por su audacia licenciosa.

Juana. Porque darian camino

Para su licencia todas.

Ang. Tú sola eres pues la santa.

Juana. No, la honrada soy yo sola,

Y en la que honor ven los hombres

No atentan nunca á su honra.

Ang. Contigo solo es cortés

Quien fué osado con las otras.

Juana. Yo con decoro le escucho,

Y él con decoro me adora.

Que nadie quiere perder

La buena opinion que goza,

Y quien honor ve en su dama

Con honor siempre se porta.

Ang. Muy filosófica estás.

Juana. Y tú en extremo zelosa.

Y en fin, ya ves y ya sabes,

Ya te he dicho y ya te consta

Que estimo, quiero y adoro

A Don Pedro de Pantoja.

Ya ves que él me quiere á mí

Con pasión íntima y honda:

Y si mi padre se empeña

En que la mano de esposa

Le dé á su amigo Don Diego,
Resuelta, aunque respetuosa,
Le diré: Padre, yo le amo;
O él ó nadie.

Ang. Y sin demora
Te contestará don Lope:
Pues ó de Don Diego, ó monja.

Juana. Y me encerraré en el claustro
Con su amor y su memoria. (Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA ANGELA, LEONOR.

Ang. ¡Cuán verdadero es su amor!

Leon. En verdad que lo es, señora,

Como es de clara su lengua

Y la razon que la abona.

Ang. ¿Tú tambien? Tú la haces capa

De su amor, encubridora.

Pero yo haré que Don Lope

Pronto en la calle te ponga.

Leon. ¿Vos hareis tal? ¡Vaya en gracia!

¿A que el refran corrobora

De que te echará de casa

Quien vendrá de fuera?

Ang. ¡Hola!

Deslenguada, ¿me replicas?

Leon. Señora primita, oiga.

Vos á Don Pedro quereis,

Y él á vuestra prima adora:

Yo llevo y traigo sus citas

Y sus cartas amorosas;

Mas pues vos sois forastera

Y ella está en su casa propia,

Ni quito ni pongo reina

Cuando ayudo á mi señora.

ESCENA VII.

DOÑA ANGELA.

Amar sin ser de amor correspondida,

Y á quien amo mirar que á otra enamora,

Pena es del corazon mal resistida,

Pena que crece cuanto en él mas mora.

Mas mi esperanza aun no está perdida,

Yo seguiré su luz consoladora

Hasta su fin y arrostraré mi suerte,

Que todo es vida hasta llegar la muerte.

Pero Don Diego y mi tío

Vienen aquí: de ambos huyo. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON LOPE, DON DIEGO.

Lope. Mi honor desde hoy será suyo,
Su honor desde hoy será mio.

Diego. Mi persona, hacienda y vida
Hoy á vuestros piés ofrezco,
Pues tanta dicha merezco.

Lope. Esta es cosa concluida;
Vuestra sangre de hoy, Don Diego,
Será blason de la mia,
Pues reuno en este día

Mi interés con mi sosiego.
¿Leonor? (Llamando.)

ESCENA IX.

DICHO, LEONOR.

Lope. Di á Doña Juana

Que la llamo.

Leon. (¡Oh letra vista!

¡Quién te perdiera la pista

Por la estafeta mañana!) (Vase.)

ESCENA X.

DICHO, DON DIEGO.

Lope. Esta noche la hablareis

Para hacer las escrituras.

Diego. Serán mis dichas seguras

Pues tal fineza me haceis.

ESCENA XI.

DICHO, LEONOR.

Leon. Un tal Don Pedro Pantoja,

Si le concedeis licencia,

Me ha dicho que quiere hablaros.

Lope. Mejor, habladora, hicieras

En negar que estaba en casa;

Mas dile que entre.

(Leonor va á buscar á Don Pedro y
vuelve con él.)

ESCENA XII.

DON LOPE, DON DIEGO, DON PEDRO
PANTOJA, LEONOR.

Ped. Sintiera
Que mi vista os enojara.

Diego. Si es secreto, iréme fuera.

Ped. Antes me habeis de servir

Por vuestra mucha nobleza

De padrino con Don Lope.

Diego. En cuanto serviros pueda

Podéis disponer de mí.

Ped. Señor Don Lope, la fuerza

O la obligacion de honrado

Es en mi segunda estrella.

Yo soy Don Pedro Pantoja,
Dejo aparte la nobleza
De mi sangre, pues la gozo
Por mi antigua descendencia
Como lo dice la fama.
No tengo ninguna renta,
Pero tengo un alma noble,
Que fué la mayor riqueza
Que heredé de mis pasados.
Tomar estado quisiera
Por domar la juventud
De mi espíritu, que llega
Por su altivo natural
A ser de naturaleza
Sino aliento de la luz
Escándalo de la tierra.
Por esta causa, señor,
Conociendo la nobleza
De vuestra casa, os suplico
Sin retórica elocuencia
Que me otorguéis por esposa
A la sin par en belleza
Doña Juana, si es que puede
Mi calidad merecerla.

Lope. Y á fé que no es de pedir
Muy retórica manera.

Ped. Perdonad mi atrevimiento,
Que como dejé las letras
Y me precio de soldado,
Os hablé de esta manera.

Lope. Señor Don Pedro Pantoja,
Holgárame muy de veras
Que me hubiérais dado parte
Antes de ahora.

Leon. al paño. Aquí es ella.

Lope. El señor Don Diego y yo

Hablamos en la materia
Diversas veces, y quiso
El que todo lo gobierna
Que yo le diese mi hija
Por muger; y solo resta
El hacer las escrituras
Para que su esposo sea.

Ped. Como vos, Don Diego, es llano
Que estais enseñado á ser
Caballero mercader,
Quereis ganar por la mano;
Mas esta joya que espero
Obtener yo, ¡vive Dios!
Que no es joya para vos
Aunque deis el mundo entero.
Que como vuestros pasados
Labraron piedras, errantes,
Entendeis que estos diamantes
Se ablandan con los ducados.

Diego. Eso es decirme ¡voto á...!
Judío.

Ped. Como gustéis:

Y pues así lo entendeis
Lo dicho, dicho se está.
Las joyas, para comprarlas
Como cumple á vuestras prendas,
Allá en las públicas tiendas
Os pertenece buscarlas.
Muger de venta no os falte,
Pues vuestro oficio lo apoya,
Que no merece esta joya
Que vuestra sangre la esmalta.

Diego. Que la poca cortesía
Hable con tanto descoco,
No me espanto, porque un loco
Es necio de fantasía.

No me podeis ofender
Con oprobio ni deshonra,
Porque siempre habla sin honra
Quien no tiene que perder.
No agravia vuestro conceto
A mi nacimiento honrado,
Porque un villano enojado
A nadie guardó respeto.
Y esta joya, de los dos
A la par apetecida,
Aunque es joya muy lucida
La merezco mas que vos.

Ped. Menos palabra y mas obra:

Y pues tan nobles mugeres
No son para mercaderes,
Cuanto se añada nos sobra.
Salgamos ambos afuera,
Sí á ello el mercader se arroja,
Y verá quien es Pantoja.

Diego. ¿Salir con vos? necio fuera,
Cuando en salir me desdoro
Con tan pobre caballero...

Ped. Pues bien, tomad en acero
Lo que me pedis en oro.

(*Dale un cintaraza.*)

Diego. ¡Vive Dios que he de lavar
Con tu vida tal ultraje!

Lope. Caballeros, en mi casa...

Diego. Hombres como yo no nacen
Con menos obligaciones.

Ped. Pues defiéndete si sabes.

(*Don Pedro mete á Don Diego á cuchilladas. Don Lope quiere seguirlos; y Doña Angela y Leonor, que salen; ¡detienen. Ruido de armas dentro.*)

ESCENA XIII.

DON LOPE, DOÑA ANGELA, LEONOR.

Ang. A tu edad no te conviene
Seguirlos.

Lope. Terrible lance:
¡En mi casa tal deshonra!

Ang. Ellos están ya en la calle,
Y el tumulto de la gente
Los ha dividido.

Lope. Acabe

La vida con el dolor,
Pues el cielo quiso darme
Cuando mas gusto tenía
Este pesar á mi sangre,
A mis canas este oprobio
Y esta mancha á mi linage

Ang. Mirad lo que haceis, señor.
Leon. Señor, no salgais.

Lope. Dejadme,
Que siempre el vulgo se inclina
Como bárbaro inconstante
A sentir infamemente
De los pechos mas leales. (Vase.)

ESCENA XIV.

DOÑA ANGELA, LEONOR, DOÑA JUANA.

Juana. ¿Qué ruido es este? ¿qué pasa?
Leon. Con lindo descuido sales.

Don Diego como un tigre
Bajó rodando á la calle;
Y Pantoja como un tigre
Se lo llevó por delante
Tirándole lo que llaman
Estocadas de buen aire.

Juana. ¡Dios mio!

Leon. Pero no temas,
Que ya les metieron paces,
Y dividióles la gente
A cada cual por su parte.

Ang. Bien escusados tuvierais,
Prima Juana, estos desastres,
Que al vulgo dan que decir
Y que sentir á tu padre. (Vase.)

ESCENA XV.

DOÑA JUANA, LEONOR.

Leon. Esta prima lleva mosca.
Juana. Recelo que ha de causarme
Mas disgustos con sus zelos,
Que Don Diego en empeñarse
En logrármelo por esposa.

Leon. Por mucho que ambos se afanen,
A la luna de Valencia
Tendrán los dos que quedarse.
Juana. Esa prima...

Leon. No es tercera,
Mas ella caerá en el lance
Tapándola yo los ojos.

Juana. ¿Qué haremos?

Leon. Empanillarles

La vista al viejo y la prima,
Y cuando el gallo cantare,
Media noche era por flo
Y lo demas del romance.

Juana. Mas ¿si no viene Pantoja?
¿Si mal de la riña sale?

Leon. No temas: para un soldado
Un mercader poco vale.

Juana. ¡Ay! no lo sé.

ESCENA XVI.

DICHOS; GUIJARRO, A LA REJA.

Guij. Cé, señoras.
Leon. Ya está aquí quien nos lo trae.

Juana. ¿Quién es, Leonor?

Leon. El criado

De Pantoja.

Juana. ¿Dó está? ¿qué hace
Tu amo á estas horas? ¿salió
Con fortuna de aquel lance?

Guij. Con ayuda de mis puños
Siempre con fortuna sale:
Los dos en tres manotadas
Convertimos una calle
En estrecho cementerio
De cincuenta y dos cadáveres.

Leon. ¡Jesus, con cincuenta y dos
Concluísteis!

Guij. Y aun es fácil
Que equivoque algun guarismo
Por la prisa en rebanarles,
Zis, zás, zis, á este y al otro,
En poquisimos instantes
Quedó el campo por Pantoja
En cuanto sali á ayudarle.

Leon. Vamos al caso, Guijarro,
Y déjate de dislates:
¿Vendrá tu amo esta noche?

Guij. Eso vengo de su parte
A decírlas: que le esperen.

Juana. Así será: mas mi padre
Vuelve. Entrémonos, Leonor,
Que no nos vea, y tú márchate.

Leon. A Dios, Guijarro.

Guij. A Dios, peña.

Leon. ¡Ojalá el tiempo te ablande!

Guij. Ya estoy yo de mantequilla
Como te ablandas mirándote.

Leon. Pues pelillos á la mar.

Guij. Pues con todo al Santo Padre.

Leon. A Dios.

Guij. A Dios.

Leon. Hasta luego.

Guij. Dios con bien de tí me saque

ACTO SEGUNDO.

Patio de una casa grande que se supone formar ángulo á dos calles. En el fondo puerta que da á la una. A la derecha otra que da á la calle inmediata. A la izquierda la puerta interior de la casa y una reja de las habitaciones bajas. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, ARJONA, ASOMANDO A LA PUERTA DEL FONDO SIN PASAR EL DINTEL.

Arj. ¿Esta es la casa?
Diego. Esta es,
Y aquí ese hombre ha de venir.
Arj. Aquí pues ha de morir.
Diego. Si resiste, sea, pues.
Mas tu obligacion primera
Es detenerle hasta el punto
Que yo llegue.
Arj. Yo barrunto
Que es mejor de otra manera.
Diego. ¿Cómo?
Arj. Esperándole yo
En esa calle cruzada,
Y dándole una estocada
Segura.
Diego. Arjona, eso no.
Por él me desprecia á mí,
Y es preciso que le tope
En la casa de Don Lope
La justicia, y vea así
Esa ingrata Doña Juana
Por lo que muere Pantoja,
Y quién á darle se arroja
Una muerte tan tirana.
Arj. Como gustéis: menos cuesta
Detenerle que matarle.

Diego. Yo con mi gente á atacarle
Vendré por la calle opuesta.
Si esta le impides tomar (*La del fondo.*)
Defendiéndola con brío,
No dudes que el garbo mio
Te lo ha de recompensar.

Arj. ¿Será pues?
Diego. Doble la paga
Si le detienes aquí
Hasta que me toque á mí.
Arj. Su merced se satisfaga;
Señor Don Diego, se hará
Como á usared se le antoja,
Y aquí esta noche á Pantoja
Detenido encontrará.
Diego. Mira que es hombre pujante.
Arj. A nadie en el mundo temo.
Diego. Me han ponderado el extremo
De tu valor arrogante,

Y por eso te escogí
Entre toda la cuadrilla.
Arj. Don Diego, no hay en Sevilla
Quien me ponga miedo á mí.
Ni hay bravo que se me iguale,
Ni galan que se me huya,
Ni lance que no concluya
A gusto de quien lo vale,
Como yo en él me entrometa
Y el precio vaya al contado.

Diego. ¿El precio te da cuidado?
Arj. No, basta que ucé prometa.
Que los que cual vos por modos
Varios, sin riesgo en su honor
Acuden á mi valor,
Pagan, y Cristo con todos.
Diego. Ea pues, en tí me fio,
Arjona.

Arj. Fiar podeis.
Diego. ¿Le hallaré aquí?
Arj. Le hallareis,
Vivo ó muerto, al lado mio.
Diego. Pues á Dios.
Arj. Idos en paz.

ESCENA II.

ARJONA.

¡Tanto afán para un solo hombre!
¡Aunque fuera, por mi nombre,
Algun tigre montaraz!
Mas el tal Pantoja dicen
Que hombre es que por todo arranca,
Y que dejó en Salamanca
Memorias que le eternicen.
¡Ponderaciones serviles
Serán del vulgo villano!
Zurraría á un aldeano
Ó una ronda de alguaciles,
Y de ahí le vino la fama.
Mas alguien llega, me aparto. (*Se oculta.*)

ESCENA III.

ARJONA, OCUITO; GUIJARRO.

Guij. No tienen luz en su cuarto
La doncella ni la dama.
¡Qué diablos sucederá!
Las calles están desiertas
Y aun tienen así las puertas...
¡Ay, Guijarro, malo va!
¡Y á mi amo que se le antoja
Que avise yo su venida
Para que esté prevenida!
¡Válgate Dios por Pantoja!
(*Andando á tientas.*)

¿Quién ve aquí sin ser mochuelo?
¡Qué oscuridad, san Cirilo!
¡Ay! tengo el alma en un hilo
Y me ahorcaran con un pelo.
¿Y á quién daré yo el recado
De mi amo...? á nadie veo,
Y me atrapan si voceo.
Arj. ¿Qué querrá aquí este embozado?
Guij. ¡Hola, allí abren una reja!

ESCENA IV.

GUIJARRO, LEONOR, EN LA REJA;
ARJONA, OCUITO.

Leon. Si doblaran por aquí
Para avisarle... ¡ay de mí!
La claridad que refleja
De este cuarto la bujía
Descubre un bulto allí lejos.
Guij. De la luz con los reflejos...
(*Mirándola.*)

¡Es ella!
Leon. ¡Por vida mía!
Es Guijarro.
Guij. ¡Bueno es eso!
¡En tal hora y tal lugar
Quién aquí pudiera estar
Sino un guijarro ó un queso?
Leon. ¿Qué, tienes frío?
Guij. ¡No es cosa,
Y está helando! pues me gusta.
Leon. Habla bajo.
Guij. ¿Qué te asusta?
Leon. Que anda al robo la raposa.
Guij. ¿La primita?
Leon. Y el gollilla.
Guij. ¡Guarda, Pablo!
Leon. Porque hablarnos
No podríamos ni encontrarnos
Una cosa muy sencilla
Discurrió.
Guij. ¿Cuál?
Leon. El mandar
Que en este cuarto durmiéramos,
Y que la calle no viéramos
Por dō podríamos rondar.
Guij. Pues discurrió como un pavo
Si el patio abierto dejó.
Leon. Mandé al jardinero yo
Que le abriera.
Guij. Eso es mas bravo.
Leon. ¿Y tu amo?
Guij. Que os avisara
De que iba á venir me dijo.
Leon. Pues que no se ande prolijo,
Porque tal vez le pesara.

Guij. ¿Porqué?
Leon. Porque anda Don Lope

Empeñando á Doña Juana
En que se case mañana,
Y ojalá tu amo no tope
Al novio, que anda muy ancho
Buscando trazas sutiles
Con matones y alguaciles,
Y mas bravo que Don Sancho.
Con que á perder la ocasion
De esta noche, yo presiento
Que va la niña á un convento.
(*Asoma Arjona.*)
Mas oye, junto al porton
Veo un bulto.

Guij. Dios me valga.
Leon. (*Cierra la ventana.*) Corre á avisar
á Don Pedro.

ESCENA V.

GUIJARRO, ARJONA.

Guij. Pues de lance en lance medro
Si se antoja en que no salga.
Tomo por esotra calle,
Y si allí me llevo á ver,
No paro yo de correr
Hasta que en salvo me halle.
Arj. *saliendo.* Hola, hidalgo, ¿dónde va?
Guij. A buscar una comadre,
Que está mi muger de parto.
Arj. ¿Tan apretado es el lance
Que á Leonor acudia?
Guij. (Vamos, todo este lo sabe.
La verdad, ya que he tenido
El honor que me escuchase
Vuesa merced...
Arj. ¡Bah! silencio,
Y aquí hácia mi lado apartese
Hasta que llegue Don Pedro.
Guij. ¿Para que mejor me agarre
Cuando á su lado me tenga?
Arj. ¡Vive Dios que si no lo hace
Le voy á moler á palos!
Guij. Eso si yo me dejare.
Arj. ¿Qué hareis vos?
Guij. Ya le veríamos.
Arj. Ea pues, la espada saque.
Guij. No, que es doncella, y por mí
Jamás ha de entrarla nadie.
Arj. Ea, desnúdela y venga.
Guij. La puede hacer daño el aire.
Arj. Venga, ó por Dios que de un tajo...
Guij. ¡Ah, já! ya de la otra calle
Dí con la puerta.) Dios quede
Con él, y mire, compadre,

Que aunque ahora voy muy de prisa,
Mañana sin que me falte
Le emplazo y le desafío
Para reñir en el valle.

Arj. ¿Qué valle?

Guij. El de Josafá,
A las cinco de la tarde.

(Vase.)

ESCENA VI.

ARJONA.

¡Par diez! burlóme el truan;
Mas fuerza es que yo le alcance
O sepa si á su amo avisa:

(Llegando á la puerta.)

Y echo á la puerta el escape.

¡Voto á...! mas ya la encontré.

¡Ay de él como le atrape!

(Vase.)

ESCENA VII.

DON PEDRO, GUIJARRO, POR LA OTRA
PUERTA.

Guij. Señor, no entres, que aqui están.

Ped. ¿Quién?

Guij. De Don Diego criados.

Ped. Tus pensamientos menguados
Payura dó quier te dan.

Guij. Señor, que echaron tras mi
Por ese recodo estrecho.

Ped. Si yo te hallé á poco trecho,
¿Como ha de ser ello así?

Guij. Porque al revolver la esquina
Te topé.

Ped. Pues ya lo ves,
No hay nadie.

Guij. Pues eran tres.

Ped. Tú si que eres un gallina.

Guij. Sí, y armé aqui una pendencia
Como tú nunca la viste.

Ped. ¿Y tú reñiste, ó huiste?

Guij. Juro sobre mi conciencia,

Que es conciencia de guijarro,

Que á un criado de Don Diego

Que sobre mi de ira ciego

Se venia el muy zamarro,

Con gran calma le esperé

Y le di tal cuchillada,

Seguida de una estocada

Y un tajo que le tiré,

Que á no poner con malicia

Larga distancia por medio,

Le rebano sin remedio

Como á un nabo de Galicia.

Mas desafiado va,

Como lo dirá esa calle,

Para el celebrado valle.

Ped. ¿Qué valle?

Guij. El de Josafá.

Ped. Ea, acabemos por Dios:

¿En dónde nos encontramos?

Guij. En el patio nos hallamos

De Doña Juana los dos.

Ped. Oscura noche, Guijarro.

Guij. Y entre sus negros tapices

Voy á perder las narices

De trompicon ó catarro.

Ped. Ten buen ánimo, que luego

Volvemos á la posada.

Guij. Esa decision me agrada;

Mas si viene antes Don Diego

Con veinte ó treinta criados,

¿Qué haremos por esa dama?

Ped. Ganar de valiente fama

Muriendo aqui como honrados.

Guij. Hablas como buen soldado;

Mas esa fama y honor

Es buena para el señor,

Peró no para el criado.

Ped. Hombre como tú no tarda

En la guarda del valor.

Guij. La mejor guarda, señor,

Es el ángel de la guarda.

Encomiéndate á su brazo,

Que el mio, como lo has visto,

Es flaco.

Ped. ¡Por Jesucristo!

Llegó de tu muerte el plazo

Si andando en mi compañía

Te acreditas de cobarde.

Guij. Mi espada llega muy tarde

De noche, mas no de dia;

Déjalo para mañana

Y verás si tengo brio,

Que de noche me da frio

Como al leon la cuartana.

Basta, señor, la pendencia

Que en esta calle tuvistes.

Ped. Que este es un patio dijistes,

Y esta es la hora; prudencia,

Pues será á la reja ir.

Guij. De no ir mi consejo toma,

Porque á ella no han de salir.

Ped. ¿Porqué?

Guij. Porque hoy el golilla

Las guardó en otro aposento

Para quitarte de intento

La ronda de la chiquilla.

Ped. Mas veo luz y sospecho...

Guij. (Que á palos me han de matar.)

Ped. Que en esa reja han de estar.

Guij. ¡Eh, el galán si va derecho!

Ped. Llega con voz disfrazada

Como sueles llegar tú.

Guij. La voz tengo de Esaú.

Ped. Gallina, todo te enfada,

¡Y voto á...! que si me enojo...

Guij. Quedo, señor, ya consiento.

Ped. Cien palos en tus espaldas,

Que fuera lo mejor hecho.

Guij. De partida los tomara

Mejor que mirarme en esto.

Ped. Mas calla, y tente, Guijarro,

Que ruido en la reja siento;

Guarda esa calle, y avisamé

Si vienen.

Guij. Renuncio el puesto,

Porque como son dos calles

Y dos caminos diversos,

No puedo atender á dos.

Ped. Pues ponte en la esquina, necio,

Y está atento á las dos calles

Si no quieres que los huesos

Te rompa esta noche yo

Para curarte del miedo.

Guij. Gracias por la medicina.

Ped. Pues ojo alerta, y callemos.

Guij. Callemos, si llevas gusto.

Habla mientras yo calleo

La calle que está callando

La vecindad de Don Diego.

No doy por mi vida un cuarto. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON PEDRO; DOÑA JUANA, LEONOR,
A LA REJA.

Juana. ¿Es Pantoja?

Ped. Dulce dueño,

Yo soy aquel que idolatra

La deidad de vuestro cielo

Divino, al ver que es el sol

Y esfera de los luceros.

Juana. Y yo, aquella que desprecia

Cuanto encierra el universo

Por vuestra fé y lozanía

A impulso de un amor tierno.

Mas el disgusto que hubisteis

Con mi padre y con Don Diego

Me tiene fuera de mí.

Ped. Fué lance forzoso, y siento

Haberlos dado pesar.

Juana. ¿Y qué medio intentaremos

Para estorbar á mi padre

Ese loco casamiento?

Ped. Uno solo he descuido,

Y uno solamente encuentro.

Juana. ¿Cuál es?

Ped. Que os vengais conmigo

Una noche; es el remedio

Mas fácil y mas seguro.

Juana. ¿irme con vos?

Ped.

¿Qué hay en ello

Que os espante? soy quien soy,

Bien nacido y caballero;

Y os amo, y en un apuro

Nunca intentara ponerlos.

Pero una vez en mi casa,

Solo el casarnos es medio

De callar la boca al vulgo

Y de burlar á Don Diego,

Pues no ha querer tomar

De todo el mundo á despecho

Muger que, tan á las claras,

Muestra á su enemigo afecto.

Juana. ¿No hay mas medio?

Ped. Yo no le hallo;

Y tiene que ser muy presto,

Porque tiene decidido,

O casaros con Don Diego,

O encerrarlos en un claustro.

ESCENA IX.

Los mismos, GUIJARRO.

Guij. Señor, señor.

Ped. ¿Qué tenemos?

Guij. Cerca de cien embizados

La calle bajan corriendo.

Ped. ¿Estás en tí? ¿ciento dices?

Guij. Cincuenta son por lo menos.

Juana. Retiraos ya, Pantoja,

Que gente en la calle siento.

Guij. Y dentro del patio ya;

Miradlos.

ESCENA X.

DICHOS, DON DIEGO, ARJONA, GENTE.

Arj. Si, aquí, Don Diego,

El criado de Pantoja

Estuvo tratando en eso

Con la criada Leonor.

Diego. No cumplo con lo que debo,

A ley de noble, si vive

Este enemigo soberbio

De quien me siento agraviado

Arj. Si está reducido á empeño,

Y os importa que no viva,

Bien podeis darle por muerto,

Porque al pié de aquella reja

Entre la sombra estoy viendo

Dos hombres que están parados.

Guij. Uno, diez, noventa, ciento,

No vi mas gente en mi vida;

Señor, señor, no es el miedo:

¿Ves los bultos, ves las armas?

Ped. ¿Ves los diablos del infierno?

Juana. Retírate, dueño mío,
Y salve tu vida el cielo.

Ped. No será sino mi espada,
Si ayuda Dios á los buenos :

Quitaos vos de la reja;
Que aquí con mi brío quedo.

Guij. Bien dice, queda con brío
Doble, pues yo no le tengo.

Arj. En la reja están hablando.
Diego. Sepamos quién es primero.

Guij. Señor, á nosotros vienen.
Ped. Déjales, que ya los veo.

Arj. Quién va digo.
Guij. Yo no voy,

Que estoy parado (de miedo).

Ped. ¿Quién ha de ir? adelante,
Señores.

Arj. Él es, Don Diego.

Diego. ¡Muera Pantoja!

Arj. y demás. ¡A él, muera!

Ped. Primero por este acero

Han de pasar vuestras vidas. (Riñen.)

Guij. Conservé Dios la que tengo,

Que yo no quito las vidas

De donde Dios las ha puesto.

Arj. ¡Qué mengua, que un hombre solo
Lleve á tantos...!

Ped. Ea, perros,

Fuera, que nada le importan

Seis pillos á un caballero.

(*Los echa de la escena á cuchilladas. Arjona, que es el único que se defiende, cae.*)

Arj. ¡Muerto soy!

Uno. Este no es hombre,

Es un diablo del infierno.

(*Huyen todos, y Don Pedro los sigue acuchillándolos.*)

ESCENA XI.

GUIJARRO; ARJONA, EN TIERRA.

Guij. Oye, señor, no me dejes

Aquí á oscuras con un muerto.

(*Mirando afuera por la puerta del fondo.*)

¡Válame Dios! ¿linternillas

A estas horas? esto es hecho.

La justicia dió conmigo,

Y tras de apaleado preso.

Pero la industria me valga;

Con el difunto me tiendo,

Que segun estoy, sin duda

Pasaré plaza de serlo.

(*Se tiende boca abajo junto á Arjona.*)

ESCENA XII.

GUIJARRO, ARJONA; Y ENTRANDO POR LA
DERECHA UN ALGUACIL, ESCRIBANO Y
RONDA.

Alg. Caballeros son sin duda;
Seguirlos. Pero ¿qué veo!

Dos han quedado aquí en tierra.

Esc. Este está pasado el pecho.

Alg. No se detenga ninguno.

Adelante, presto, presto;

Cojamos los agresores,

Que al instante volveremos

A recoger los difuntos.

(*Vase por el fondo.*)

ESCENA XIII.

GUIJARRO, ARJONA.

Guij. ¿Fuéronse? sí, ya se fueron.

Resucitemos, Guijarro,

Y aunque sea contra el miedo,

Limpíemos á este difunto

De cuanto tiene en el cuerpo.

(*Le quita á Arjona sombrero y espada, cambia su copa con la suya, y le mira las faldriqueras.*)

Seco está de faldriqueras :

Capa y espada llevemos,

Pues han de ser los corchetes

Sus forzosos herederos.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO, POR EL FONDO; ARJONA,
EN TIERRA.

Ped. Escapáronse por piés.

¿Y Guijarro? ¡lindo cuero!

Iriase á la posada.

Mas al que maté busquemos,

Que no es justo que aquí le hallen

Y de la casa los dueños

Paguen lo que es culpa mía,

Y á Don Lope carguen de ello.

Y á mas, pues riñó cual bravo,

Será bien que al monasterio

Inmediato sepultura

Pida yo para su cuerpo.

Aquí está. Dios me perdona

El haber sido mas diestro;

Con esta piedad te pago

El agravio que te he hecho.

(*Carga con Arjona, que habrá quedado cerca de la puerta, y vase.*)

ESCENA XV.

GUIJARRO, POR LA DERECHA; DESPUES
DON PEDRO.

Guij. No llego esta noche á casa :

En esas calles pusieron

Centinelas y corchetes.

¡Mas válame Dios y el muerto!

No está, no, ¡santa Teresa!...

Mas se acercan, pasos siento.

¿Quién es?

Ped., entrando. ¿Guijarro?

Guij. ¿Qué es eso?

Ped. Que nos sigue la justicia.

Guij. ¿Sois vos, señor?

Ped. Yo soy, necio;

¿No me ves?

Guij. Me hacen los ojos

Candellillas.

Ped. Con el miedo.

Guij. Te lo advertí cuando vine

Contigo de la posada.

Ped. ¿Tú no sacaste la espada?

Guij. ¿Pues quieres tú que adivine

De noche á dar estocadas,

No viendo un palmo de tierra?

Pero dejando esta guerra,

Y dejando las espadas,

¿Qué es lo que haremos?

Ped. ¡Por Dios!

¿Qué hemos de hacer? Defendernos.

Guij. ¿Los dos hemos de volvernos?

Ped. ¿Pues no vendrán tras los dos?

Guij. ¿Pues hay algun texto acaso

Que diga : « Degollarás

Al ama, y ahorcarás

Al criado en campo raso? »

Ped. ¿Pues qué no tendrás valor

Para sufrir un tormento?

Guij. De aquí me voy á un convento.

¿Yo tormento? No, señor.

¡Lindo lazo! ¡lindo yugo!

Mas quiero por lo mostrenco

Una vuelta de podenco

Que no media de verdugo.

Ped. Pues di, infame, mal nacido,

Sin honra, di, ¿qué serás?

Guij. Dijo Dios : « No matarás. »

Si lo cumplo, noble he sido.

De modo que dice Dios

Que no mate y tendré honra,

Y tú dices que deshonra.

¿Somos cristianos los dos,

O no lo somos? Yo quiero

Guardar lo que Dios me dice,

Aunque el diablo me autorice

De mundano caballero.

Ped. Mas oye, abren la ventana
Otra vez.

Guij. Ella es.

ESCENA XVI.

DICHOS; LEONOR, A LA REJA.

Leon. ¿Guijarro?

Guij. Aquí estoy.

Leon. ¿Qué ha sucedido?

¿Está ya Don Pedro en salvo?

Ped. Aquí está : ¿y mi Doña Juana?

Leon. Retirada está en su cuarto

Disputando con el viejo,

Con objeto de estorbarlo

Que salga si es que oye ruido.

Ped. Callad.

Guij. ¿Qué hay?

Ped. Siento pasos;

Mira la calle.

Guij., mirando afuera. ¿Alguaciles

Otra vez? Malo y remalo.

Ped. ¿Es la justicia?

Guij. La misma.

Ped. ¿Cuántos son?

Guij. Yo conté cuatro,

Y cosa de seis corchetes.

Ped. Pues saber morir honrados,

O morir en una horca,

Guij. ¿En la horca? Guarda, Pablo,

Defiéndete tú, que yo

Soy un monte de guijarros.

Ped. ¿Tú tienes armas contigo?

Guij. Sí, si : no te dé cuidado,

Que he de ser Martín Pelaez,

Si tú el buen Cid castellano.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, GUIJARRO; LEONOR, A LA
REJA; ESCRIBANO, DOS ALGUACILES.

Esc. ¿Sois vos Don Pedro Pantoja?

Ped. Yo soy.

Esc. ¿Y vos su criado?

Guij. Ego sum.

Esc. Vos en latín,

Y vos en romance, vamos

A la cárcel.

Ped. Vos y vos

Es lenguaje cortésano.

Suplico á vuestras mercedes

Reparen que soy soldado,

Y que no pueden prenderme.

Guij. Ni á mí, porque soy guijarro,

Y de todo mi linage

Sargento mayor y cabo.

Alg. Eso alegareis despues,
Que la órden que yo traigo
Es ponerlos en la cárcel.
Ped. Sois ministro muy honrado;
Yo á la justicia venero
Como á brazo soberano;
Pero no podeis prenderme
Por ser noble y ser soldado.
Esc., á los suyos. Las espadas les quitad.
Ped. ¿Tercera vez?
Esc. Tres y cuatro.
Ped. Os suplico que dejes
De seguir lo comenzado;
Porque me he de defender.
Guij. Y yo, con ser un guijarro.
Esc. Matadlos si se defienden.
Ped. Escriba, seor secretario,
Con los rasgos de esta pluma,
Que son muy gentiles rasgos.
(*Riñen, y Don Pedro y Guijarro los echan á cuchilladas.*)
Esc., huyendo. ¡Espérate, Belcebú!
(*Los acuchillan, y vuelven á la escena Don Pedro y Guijarro.*)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, GUIJARRO; LEONOR, TRAS
LA REJA.

Ped. Has andado como un César.
Guij. Dos en la calle rodaron:
Déjame salir, que voy
A matar á esos borrachos.
Ped. Bravo estás.
Guij. Yo empiezo tarde,
Mas, si en ello doy, me paso.
Ped. Cerrado nos han la puerta.
Voz dentro. Cerrad la casa.
Guij. Esto es malo.
¿Qué haremos, señor?
Ped. Morir.
Guij. Esperad, señor, que acaso
(*Volviéndose á Leonor.*)
Si abriera Leonor la puerta,
Pudieramos escaparnos
Por casa de algun vecino.
Leon. Es imposible, Guijarro:
Tiene las llaves Don Lope,
Y rejas todos los cuartos.
Ped. Salgamos, pues, y riñendo
Veremos si nos libramos.
Guij. Vamos pues. (Dios sea conmigo.)
Leon. Detente; si no me engaño
Aquí ha de abrirse una cava
Que á casa de un veinte y cuatro
Da.

Guij. ¿Dónde está?
Leon. Por el suelo;
Busca una losa á este lado
Que tiene en medio una argolla.
Ped. Vela aquí. (*La descubre.*)
Guij. ¡Jesus! ¡qué salto!
Ped. Ten buen ánimo.
Guij. Señor,
¿Quieres morir encuevado?
Ped. Mejor es morir así
Que de la justicia á manos.
Dios vaya conmigo. (*Se arroja.*)
Guij. y Leon. ¡Echóse!
Guij., asomándose. ¡Há señor! ¡Há de
allá abajo!
Ped. ¿Guijarro?
Guij. ¡Señor!
Ped. Arrójate,
Que por aquí estamos salvos.
Guij. Arrójese Satanás.
(*Ruido y voces dentro.*)
Pero ya llegan los diablos
De los corchetes, ministros
Del infierno y del agarro;
Y si me cogen, sin duda
Echaré con los zapatos
La bendicion en el aire
A todo el pueblo cristiano.
Mejor es morir aquí;
Vaya conmigo san Pablo,
San Lesmes y san Pacomio,
Que son santos ermitaños.
Cierra la reja, Leonor,
No caigas por mí en el lazo,
Y á Dios, que por tí perezco.
Leon. A Dios, y vé sin cuidado.
Guij., al público. Señores, por caridad,
Un Padre nuestro á Guijarro.
(*Se arroja, y al entrar la ronda, etc., etc.,
cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANGELA, DOÑA JUANA.

Juana. Angela, quien tiene amor,
Y es como yo tan constante,
Juzga que tiene su amante
Fineza, gala y valor.
Si Don Diego es tan señor,
Tan rico y tan principal,
No es Pantoja desigual
En la sangre, ni le cede,

Pues si no es tan rico, puede
Con el tiempo ser su igual.
Casarme contra mi gusto
Ni es cordura ni es prudencia,
Que semejante violencia
Siempre ha parado en disgusto.
Obedecer es muy justo
A mi padre, pero no
Cuando la eleccion erró;
Que un casamiento forzado
Lleva el honor arriesgado,
Y soy muy honrada yo.

Ang. Tu bien fundada esperanza
Bien la sé, que no la ignoro;
Pero tu noble decoro
No le pongas en balanza.
Don Diego es noble y alcanza
De renta tres mil ducados;
Tiene deudos muy honrados,
Y es muy tuyo y te es muy fiel.
Juana. Pues cástate tú con él
Y quedaremos pagados.

Ang. Yo no trato de casarme
Con quien no me tiene amor.
Juana. Pues si sabes mi dolor,
No trates de aconsejarme.
Ang. Bien pudieras escucharme,
Pues con tu sangre nací.
Juana. Yo no escucho contra mí.
Ang. Las palabras son espejos
Donde lucen los consejos.
Juana. Pues tómalos para tí.
Ang. Si tú tuvieras cordura,
Y escusa mi justa queja,
No estuvieras en la reja
Mirando una desventura.
Pantoja ¡ciega locura!
Anoche á un hombre mató.

Juana. Que Don Diego de él huyó
Tenlo tú por cosa cierta.
Ang. Señal que estabas despierta
Cuando el caso sucedió.
Juana. No estragues la cortesía,
Que no es justo entre las dos:
¿Mas llamaron?

Ang. Me parece.
Juana. Mira quién llega, Leonor.

ESCENA II.

DOÑA ANGELA, DOÑA JUANA, LEONOR;
GUIJARRO, EN TRAGE DE BUHONERO
FRANCÉS.

Leon. Entra, gabacho.
Juana. ¿Quién es?
Guij. Juan francés, siniora, só.
¿Cómprame puntas, encaxos,

Hilo, puntoes ó color,
Alfileres, estopillas,
O cintillos de valor?
Juana, ap. (¿Leonor, no es este Gul-
jarro?)

Leon, ap. (El es; él mismo, por Dios.)
Juana. Yo he menester unas puntas,
Juan francés.

Guij. Trálgolas yo.
¿Han de ser de frandra?

Juana. Sí.
Ang. ¿No fuera mucho mejor
Que fuéramos á una tienda?
Juana. Este francés gasta humor,
Y yo gusto de comprarle.
Ang. Buena venta le dé Dios;
Vóime, que estás enojada,
Y no has tenido razon.

ESCENA III.

DOÑA JUANA, LEONOR, GUIJARRO.

Juana. Guijarro, ¿qué enigma es este?
Guij. Ponte á la puerta, Leonor.

Juana. ¿Qué hay de nuevo?

Guij. Mucho mal.

Juana. ¿Pantoja?

Guij. Un hombre mató.

Juana. ¿Le prendieron?

Guij. Lo procuran.

Juana. ¿Dónde queda?

Guij. En San Anton.

Juana. ¿Está herido?

Guij. No está herido.

Juana. ¿Se ausentó?

Guij. No se ausentó.

Juana. ¿Escribeme?

Guij. No te escribe.

Juana. ¿Olvidóme?

Guij. ¿Qué sé yo?

Juana. Pues no me mates, acaba;

Dime lo que sucedió.

Guij. Dígote lo sucedido

Con decir que á mi señor

Y á mí nos vino á prender

De corchetes un millon,

De alguaciles mil y uno,

De escribanos mil y dos.

Hubo doble resistencia,

Peleé como un leon,

Y mi amo como un tigre;

En fin, por mí se salvó,

Quedando de la justicia

Libres contra la razon.

Salimos por una cueva

Que Leonor nos mostró,

A casa de un veinte y cuatro

Y desde allí á un bodegon,
Y desde allí á una calleja,
Y desde allí vengo yo
A decirte que esta noche
Sin ninguna dilacion
Nos salimos de Sevilla
Los tres; que ha dicho un doctor,
Grande amigo de mi amo,
Que un alguacil y un soplón
Me andan de noche buscando
Con intento de que yo
Confiese culpas ajenas,
Para vender á pregon
Mis espaldas al verdugo
Por suela de *la mayor*.
Juana. ¿Mas cómo ha de ser?
Guij. Escucha
Lo que en gran conversacion
Hincados ante dos vasos
Discurrimos mi amo y yo.
Juana. Di.
Guij. Escucha, y ten paciencia
Para poner atencion.
El habla y yo le respondo,
Entiende pues por los dos.
Él me dice: Doña Juana
Ha de venirse conmigo
Esta noche. *Yo le digo:*
Su voluntad está llana.
Y él: No la puedo sacar
De la presencia del viejo
Sin tu ayuda y tu despejo.
Yo: No te quiero ayudar.
Guiate por tu capricho,
Que el consejo mas venial
Se me vuelve á mí mortal.
Él: ¿Cómo qué...? *Yo:* Lo dicho.
Él: Viste e de estudiante,
Véle de un pleito á informar,
Y así me darás lugar
De sacarla. *Yo:* Adelante.
Él: Tan bueno es el remedio
Que no puede ser mejor.
Yo: Mas fácil es, señor,
Que me abra de medio á medio
La cabeza. *Él:* ¡Voto vá!
¿Qué riesgo puedes correr
Si mi espada has de tener
Contigo? *Yo:* Bien está:
Mas si al tiempo de informarle
Del pleito, latin ó griego,
Entrare el señor Don Diego...
Él: Pues si él entra matarle.
Insisto yo, y el porfia,
Y no hay razon que le concluya
Y se sale con la suya,
Y aquí estoy yo con la mia.
¿Entendistes?

Juana. Entendi.
Guij. Pues dentro de un breve instante
Estará aquí el estudiante.
Leon. ¿Con page?
Guij. Mucho que sí.
Todo lo cual de contado
Vendrá á parar, Doña Juana,
En que yo vendré por lana
Y volveré trasquilado.
Juana. Yo te haré tal recompensa.
Guij. A buena hora, ¡voto al sol!
Que oigo al viejo en la escalera.
Juana. Válgate el ingenio.
Guij. ¡No
Que no! pues mis costillas
Lo verán, mediante Dios.
¿Quia comprar puntas y encaxos!

ESCENA IV.

DICHOS, DON LOPE.

Lope. Hola, buen hombre. ¿quién sois?
Guij. Juan Franchut; ¿no conóserme?
Lope. ¿Qué vendéis?
Guij. Vander culor,
Hilo, pontillas, rosarios,
Peines de corno, jibon,
Estoraque, yesca, menjos,
Pontas de flandras, olor,
Azabache.
Lope. Basta ya.
¿Vendisteis?
Guij. Nada por Dios,
Ser todos en casa vuestra
Tan ruines como un piñon.
¿Quia comprar puntas y encaxos?
(*Al marcharse da con Don Diego, que
entra.*)

ESCENA V.

DICHOS, DON DIEGO.

Diego. Hola, buen hombre, ¿quién sois?
Guij. (Esta es otra.) Yo, sinior,
Juan Franchut.
Diego. ¿De qué nacion?
Guij. Sinior, ser de Picardía,
Que es de Francia la mecor.
Diego. ¿Con que francés, eh?
(*Mirándole.*)
Guij. Franchut,
Oui, monstur. (Perdido soy.)
Diego. Como que he visto yo á este hom-
bre.
Guij. ¿Querer vosté, mi sinior,
Alcunos peinas de corno?

Diego. Vos sois francés como yo.
Guij. Oui, ser franchut gui monsiur.
(Conocióme el picaron.)
¿Qué diabros mirar á moá
Coquen, sinior español?
Juan Franchut ser: ¿qué quererme?
¿Ser yo acaso algun latron?
Viva Cristus que le mate.
¿Quia comprar puntas, culor,
Hilos, pontillas, encaxos...?
(*Vase gritando.*)
Leon. á Doña Juana. Lindamente se es-
capó.
Diego. Perdonad, yo vengo luego,
Que me lleva la pasion
De mis zelos á saber
Si Pantoja se ausentó. (*Vase.*)
Lope. Leonor, salte allá fuera.
Leon. Sermon tenemos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON LOPE, DOÑA JUANA.

Lope. El dolor quisiera
No esprimir: esperar viva mi honra
Y muera mi deshonra,
Que la accion mas lucida
Es por tener honor perder la vida.
(Llévemlo por bien, que la prudencia
Es hija del valor y la paciencia.)
Hija, diversas veces he tratado
De que tomes estado
Conforme á tu nobleza: cuerda eres,
Y las nobles mugeres
Que quieren mas su gusto que su honra
Halagan su deshonra.
Dícenme que Pantoja dió la muerte
Anoche ¡oh triste suerte!
A un hidalgo vecino de Don Diego,
Y que vasalla tú de su amor ciego
El estrago miraste;
Y aseguran que hablaste
A Pantoja: yo dudo esta baja,
Conociendo tu honor y tu nobleza.
Don Diego es hombre rico y es honrado,
El vulgo está del caso alborotado,
Mi honor padece mucho detrimento,
Tu fama poco aumento;
Y así te notifico desde luego
Que ha de ser tu marido.
Juana. ¿Quién?
Lope. Don Diego.
Juana. Después de muerta puedes despo-
sarme,
Que viva no es posible condenarme
A vivir con un hombre que aborrezco,
Y tan grande castigo no merezco.

Lope. Brevemente ¡por Dios! has res-
pondido,
Pero pues dices que Don Diego ha sido
En tu amor desdichado,
Declárese conmigo tu cuidado.
¿Quieres que hable á Pantoja, á un hombre
loco,
Soldado, fanfarron, tenido en poco;
Hombre que sin respeto, ley ni tasa
Se portó como bárbaro en mi casa,
Pobre, libre, alentado,
Por una y otra muerte desterrado?
Vuelve en tí, no te ciegue tu deseo.
Juana. Que es tan pobre Pantoja ya lo veo,
Pero en sangre, en valor y en cortesía
Es comparar la noche con el día.
Lope. ¿Quiéresle como esposo? háblame
claro.
Juana. Señor, tú eres mi amparo.
Yo le tengo aflicion.
Lope. Pues yo no gusto,
Y tengo de evitar este disgusto.
Y pues te has declarado,
Dentro de un hora has de elegir estado.
Juana. Con Don Diego jamás, antes la
muerte.
Lope. Pues lo que haces repara,
Porque una de las dos será tu suerte.
O de Don Diego ó monja en Santa Clara.
Juana. Acepto lo segundo.
Lope. Allí renunciarás amor y mundo.
Piénsalo bien, que dentro de una hora
Veré tu decision.
Juana. Pues desde ahora
La llevas ya sabida.
Lope. ¡Esta muger me quitará la vida!

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, DESPUES LEONOR.

Juana. ¡Ay de mí! me martirizan
Porque quiero á un hombre bien,
Cual si pudiera regir
A mi corazon por él.
Leon. saliendo. Parece que va tu padre
Y tú lo quedas tambien
Con disgusto: ¿qué hay de nuevo?
Juana. ¡Ay, Leonor! ¿qué ha de haber,
Sino penar y morir
Porque quiero á un hombre bien?
Leon. ¿Quiere casarte tu padre
Con Don Diego? Hubo desden,
Hubo aquello de yo gusto
Y mira cómo ha de ser,
Hay plazo, término, ó día
Para que lo mires, ¿eh?
Hubo su poco de acaba

O mataréme, cruel,
Y aquello de tú me quieres
Deshonrar en la vejez,
Dime, ¿qué dijo tu padre?

Juana. Dijo, Leonor, que me den
La muerte mis pensamientos,
Pues todas fueron ayer
Torres de fé y esperanza,
Y hoy humo y polvo se ven.
Dijo que Don Diego fuese
De mi garganta cordel,
De mis gustos enemigo,
De mis intenciones juez,
Parca de mi tierna vida,
Devanada de una vez
En el ovillo tirano
De su voluntad cruel.
Dijo, en fin, que me reduzca,
Leonor, á ser su muger,
Que es lo mismo que ahorcarme
Con esa lazada infiel
Que ahoga los matrimonios
Cuando forzada se ve.
Dijo que fuese Pantoja
Desalojado también
Del corazón; mas no supo
Que está tan constante en él,
Que primero su volante
Dará el último vaiven
Que salir de esa morada
Por mi espontáneo querer.
¿Pero porqué me detengo
En referirte que fué
Lo que me dijo mi padre
Cual mudo cometa, que
Pronostica en el futuro
Que no ha de parar en bien
El honor que le apadrina,
Relámpago que al prender
Pequeña chispa, despide
Todo el rayo de una vez?
Mas llueva el cielo desdichas,
Que yo la misma he de ser
En adorar á mi amante
Aunque de su alto dosel
Rayos me arrojen sus luces
Y sus centellas me den
En renglones de diamantes
Desventuras al hacer.
Pues cuando llega una dama
A querer bien una vez,
Gala hace de la desdicha,
De la muerte parabien,
Pendon de su infausta suerte
Y su alcázar de su fé.

León. Bien dices, muy bien, señora,
Mas pronto va á oscurecer
Y tu padre va á volver:

Vamos á otra cosa ahora.
Si París te ha de robar,
Sea, señora, esta noche
Y sea á pié, que no en coche,
Porque esto de transplantar
A una Elena en un troyano
Edificio atronador
Es ir llevando el honor
Rodando de mano en mano.
Juana. Pantoja ha de dar la traza.
León. Dificultosa ha de ser,
Que este ángel de Lucifer,
Tu prima, nos embaraza.
Si esta prima se quebrara
Por medio fuera gran cosa.

Juana. Es, sobre necia, enfadosa.
León. ¿Necia? En tu dicho repara:
Necedad llamas á ir
Tras de ti de guarda eterna:
Pues tu padre se gobierna
Por ella.

Juana. Tú has de seguir
Como sombra á esa muger.
León. No la perderé de vista
Hasta acabar la conquista
De este troyano poder.
Mas digo, ¿he de ser robada
También yo del paladion
Guijarrista, ese troton
Caballo...?

Juana. Leonor amada,
Pues ¿puedote yo dejar?
León. Alto pues, robe este día
El París de Picardía
A esta Elena de fregar.

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, LEONOR, DON LOPE,
DOÑA ANGELA.

Lope. Vendrá á las siete Don Diego
A firmar las escrituras.

León. (Si no se quedan á oscuras.)

Ang. Pues consiste tu sosiego
En dar estado á mi prima,
Decreto de amor tan justo
No irá, no, contra tu gusto,
Pues como á padre te estima.

Juana. Pues me toca obedecer,
Hable el silencio por mí.

Lope. Siempre esperé yo de tí
Tan honrado parecer.

León. (Como mi amo es letrado
Se muere por pareceres.)

Lope. Cuando las nobles mugeres
Alcanzan marido honrado,
Noble, rico y principal...

León. (Tal le dé Dios la salud.)
Lope. Es premio de su virtud.

León. A un marido en Ciudad-Real
Dos mil esposas le prenden.
Bartolo lo dice así,
Digo Bártulo.

Juan. ¡Ay de mí!
Que hasta las sombras me ofenden.
(Vete á la puerta, Leonor, (Aparte.)
Que va anocheciendo ya.)

León., aparte. (Dices bien, París vendrá
Con el caballo traidor.

Voy á robar este pez,
Pues me roban de contado;
Pero quien tanto ha robado
Deje robarse una vez.) (Vase.)

Lope. ¿Ningun pleiteante vino
A buscarme?

Ang. Vino Octavio
Por su pleito, y vino Fabio.

Lope. Es sugeto peregrino.

Ang. Don Octavio se fué luego.

Lope. Si otro me viene á buscar,
Será bien dejarle entrar
Hasta que venga Don Diego.

ESCENA IX.

DICHOS, LEONOR.

León. Don Antonio Garapiña,
Hombre al parecer muy docto
Si para serlo se mira
A la gravedad del rostro,
Quiere informarse de un pleito
Si le dais licencia.

Lope. Solos
Dejadnos. Que entre, Leonor.

ESCENA X.

DON LOPE; GUIJARRO, DE ESTUDIANTE;
DON PEDRO, DE CRIADO SUYO.

Guij. Cosme, Cosmillo, hola, mozo,
Aguárdame en el zaguan.

Señor, único piloto (A Don Lope.)
Que el barco de la justicia
Guía en el mar borrascoso

Y en la noche de las leyes,
Donde se ahogan tantos tontos,

Sacerdote del derecho,
Oráculo misterioso

Del laberinto de Baldo
Y del gran Bártulo asombro,

Déme mil veces los piés.
Lope. Por suyo me reconozco;

Tome usarcad una silla,

Y escusando los piropos
Digame de qué le sirvo. (Se sientan.)

(Durante esta escena, Don Pedro atraviesa el teatro con mucho tiento por detrás de Don Lope y Guijarro y entra en las habitaciones interiores de la casa, volviendo á salir á su tiempo con Doña Juana y Leonor, que es cuando Guijarro se levanta para estorbar á Don Lope que vea á Don Pedro que se lleva su hija.)

Guij. Yo, señor, soy de Torozos,
Lugar que linda tres pasos
Con la gran ciudad de Toro.
Don Antolin Garapiña
Es mi nombre, nombre propio;
Pues vengo por línea recta
De los Antolines gordos,
Grandísimos garapiños
De los solares de Colcos.
Vengo á informarle de un pleito;
Suplicole abra los ojos,
Porque es de mucha importancia.

Lope. Con mucha atención os oigo.

Guij. Pues, señor, yo me casé
Con Doña Aldonza Zorongo
De trece años, y hube en ella
A Doña Anica Repollo,
Hermosísima doncella
Segun dijeron los novios.
Esta, señor licenciado,
Sin decir oste ni osto,
Se enamoró de Don Lucas
Valentin, hombre tan loco
Que me la sacó de casa
Después del postigo roto.

Lope. En eso paran las hijas
Que tienen al padre en poco.

Guij. En eso paran, señor;
Mas que paran para otro.
Hay en aquesta ciudad
Un Don Anastasio Folio
Que tiene un hijo nombrado
Don Quiterio Marco Antonio.
Este á voces dice que
Probó primero el repollo
Que Don Lucas, pero luego
Un Don Jilardo Galopo,
Hombre de capa y espada,
Se puso con él al robo
Diciendo que entró.

Lope. Despacio.
Guij. Iréme muy poco á poco.

Lope. Usted dice que Don Lucas,
Don Quiterio y el Galopo,
Son los tres opositores

De este robado repollo.
¿No es así?

Guij. Es, y no es;
Iréme muy poco á poco.
Yo, señor, quiero casarla
Con un Alberto Redondo,
Hijo del mismo Quiterio
Y primo hermano del otro.
Lope. ¿Cómo la puede casar,
Si el padre se opone y todo?
Guij. Ese es el punto.
Lope. Despaclo.
Guij. Iréme muy poco á poco.
Lope. ¿El primero se desiste?
Guij. ¿Desistir? de ningún modo
Lope. ¿El segundo la pretende?
Guij. Pretendida está de todos.
Lope. ¿El tercero qué declara?
Guij. Que la debe su negocio.
Lope. Y ella ¿qué dice?
Guij. Que miente.
Lope. ¿A quién se inclina?
Guij. Al Redondo.
Lope. ¿Cómo si se opone al padre?
Guij. No es él el padre, es el otro.
Lope. ¿Quién es el otro?
Guij. Es aquel
Que la sacó por el robo.
Lope. No lo entiendo.
Guij. En eso estriba;
Iréme muy poco á poco.
Lope. ¿Quién gozó esta dama?
Guij. Lucas.
Lope. ¿Casóse?
Guij. De ningún modo.
Lope. ¿Pídele ella la palabra?
Guij. Quien la pide es el Galopo.
Lope. ¿Y su hija gusta de ello?
Guij. Ya gustó del matrimonio.
Lope. ¿De esa suerte fué casada?
Guij. Fué casada por divorcio.
Lope. ¿Pues con quién quiere casarse?
Guij. Con el hijo de Redondo.
Lope. ¿Cómo, si la quiere el padre?
Guij. Que no es el padre, es el otro.
Lope. ¿Quién es el otro? ¿qué es esto?
Guij. Iréme muy poco á poco.
Lope. ¿Válgate el diablo por pleito!
Sepamos. ¿Quién es el novio?
Guij. El novio es Lucas.
Lope. Si es Lucas,
Ya le echa fuera el divorcio.
Guij. Decis bien, llevóle el diablo.
Lope. No lo nombre.
Guij. No lo nombro.
Vamos ahora al Quiterio.
Lope. Ese gustó del repollo;
Pues bien se puede casar.
Guij. Casará con los demonios,
Porque el Redondo o impide.

Lope. ¡Es un incesto notorio
Habiendo llegado al padre!
Guij. Que no es el padre, es el otro.
Lope. ¿Quién es el otro? ¿es el diablo?
Guij. Ireemos muy póco á poco.
(*Levántase Don Lope muy amostazado,
y Guijarro, levantándose, se le pone
por delante para que no vea á Don Pe-
dro, que cruza la escena con Doña
Juana y Leonor.*)
Guij. Mire uced, señor letrado,
Un ciego verá este robo.
De esta suerte me robaron
Mi hija.
Lope. Muy bien, lo oigo.
Guij. Esté atento por su vida,
Que ahora es tiempo. Este mozo
Es hijo de Don Quiterio,
Don Quiterio es el Galopo,
El Galopo es Latanasio,
Latanasio me hizo el robo:
De forma, que aquel y este,
Mi hija, el uno y el otro...
Lope. Quedo, quedo, ¡que me aturde!
Guij. Iréme muy poco á poco.
(*Al llegar á la puerta de la derecha Doña
Juana, Don Pedro y Leonor, salen por
ella Don Diego, su criado y otros.*)

ESCENA XI.

DON LOPE, GUIJARRO, DOÑA JUANA,
LEONOR, DON PEDRO, DON DIEGO,
CRIADOS Y OTROS.

Diego. ¿Quién es? (*Don Pedro se recata.*)
Leon. Señora, Don Diego.
Guij. (Perdimos el pleito todo.)
Diego. ¿Quién va digo?
Lope, volviéndose. ¿Qué es aquesto?
Guij. Debe de ser otro robo.
Lope. ¿Esta deshonra en mi casa?
¡Fabio!
Ped. Retírense todos,
O voto á Dios de matarlos.
Juana. ¡Valedme, cielos piadosos!
Ped. No temas, que de esta suerte
Podemos poner en cobro
Tu honor, tu vida y la mía.
(*Sacan las espadas, Don Pedro mata la
vela, y riñen á oscuras.*)
Lope. ¡Octavio! ¡Alberto! ¡Socorro!
Ped. Aunque llamaras al mundo
Entero, sería poco
Para mi brazo.
Guij. Señor,
No me dejes aquí solo.
Ped. Ven, mi bien. (*A Doña Juana.*)

Juana. Vamos, Leonor.
(*Encuentra Don Pedro la puerta, que ha
buscado á tientas, y vase por ella con
Doña Juana, á quien tiene de la mano,
y Leonor, que va asida de su vestido.
Guijarro se queda tentando las paredes,
y sale Doña Angela con luz y criados.*)

ESCENA XII.

DON LOPE, DOÑA ANGELA, DON DIEGO,
GUIJARRO, CRIADOS.

Ang. Señor, ¿qué es esto?
Lope. Un oprobio
En tu sangre y en la mía.
Diego. Ganaron las puertas todos,
Y así, señor, se escaparon;
Pero ¡qué miran mis ojos!
¿Quién es aqueste estudiante?
(*Llegan los criados y descubren á Gui-
jarro.*)
Guij. Soy Antolin Garapiña.
Diego. Este lo ha enredado todo,
Que es criado de Pantoja.
Matadle á palos.
Guij. Yo tomo
De partido cuatrocientos.
(*Dante de palos los criados.*)
¡Quedo! con treinta demonios,
Que yo diré la verdad.
Lope. Dejadle, que yo le otorgo
La vida si nos lo dice,
Y veinte escudos de oro.
Guij. En palos llevo quinientos,
Vénganse conmigo todos.
Diego. La vida te va, Guijarro.
Guij. De burlas es el negocio;
Vamos aprisa, que importa,
Señor Don Diego, y no poco,
Porque si nos detenemos
En aquestos circunloquios,
Habrán cerrado los dos
Con el santo matrimonio.
(*Vanse por la puerta de la derecha que da
á la calle, y salen, por la que da á las
habitaciones y jardín, Don Pedro, Doña
Juana y Leonor.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO, DOÑA JUANA, LEONOR.

Ped. Parece que no llegamos,
Mi bien, á puerto seguro,
Y en vano el valor fué muro.

Leon. En mala borrasca estamos.
Juana. ¿Mas no hay nadie aquí?
Leon., asomada á la ventana. ¡Qué veo!
Por la calle abajo van
Corriendo con mucho afán
Todos.
Ped. Buscádonos creo.
Tu casa pues, Doña Juana,
Seguro nos ha de ser,
Aquí te he de defender
De toda la raza humana.
Cierra esas puertas, Leonor,
Y la del jardín tambien,
Por ella dentro no den
Los del buen gobernador.
(*Leonor va cerrando las puertas, y sale, y
vuelve á poco.*)
Juana. ¿Con que era el duque?
Ped. Sí, él era;
Y era suerte mas propicia,
Que entregarte á la justicia
Que á tu casa te volviera.
Tu casa encontrado habemos
Sin gente, y por decontado,
Sea por fuerza ó de grado,
Que capitule le haremos.
Leon., que sale. Todo está cerrado ya.
Juana. ¿Y cuando vuelvan?
Ped. Primero
Concederán lo que quiero,
O la casa se arderá.
Mas por Guijarro en cuidado
Estoy: quedó sin mi ayuda.
Leon. Guijarro estará sin duda
En Palermo aposentado.
Ped. Los pareceres ajenos
No le podrán defender.
Leon. Él fué á tomar parecer
De si eran los palos buenos.
Ped. Con acuerdo de letrado
Tendrá sentencia en favor.
Leon. Yo sé que saldrá, señor,
En las costas condenado.
Ped. Son sus cascos indigestos,
Y algo obtusos sus sentidos.
Leon. Pues ahora traerá metidos
En la cabeza los textos.

ESCENA XIV.

DICHOS, GUIJARRO.

Guij., por la reja. Hola, ábránme.
Leon. Ya nos llueven
Guijarros.
(*Leonor abre á Guijarro, que entra arro-
jando el vestido de estudiante.*)
Ped. ¿Qué hay, buen amigo?

Guij. ¡Cuerpo de Cristo conmigo!
¿Qué hay? Los diablos que me lleven.

Ped. ¿Porqué dentro te quedastes
Pudiéndome seguir? Di.

Guij. Porque yo te sirvo á tí,
Y porque tú me dejastes.

Ped. ¿Vienes herido?

Guij. Que no.

Ped. ¿Qué traes? dime lo que fué.

Guij. Traigo lo que yo me sé,
Y lo que el diablo ordenó.

Ped. ¿Cómo entraste, que te vi
Como grulla en centinela?

Guij. Entré, señor, á la vela,

Y á puro remo salí.

Ped. ¿Cómo vienes! (Mostrándole.)

Guij. amostazado. Ya lo ves.

Leon. Parece que estás enfermo.

Guij. Vengo duque de Palermo
De la cabeza á los pies.

Leon. Grandeza traes escesiva;

Y fué á prueba el pleito, ¿eh?

Guij. A prueba no, porque fué
Paliza definitiva.

Leon. ¿Y cómo escapaste, di?

Guij. ¿A uña de potro...?

Guij. Dejallo;

No fué á uña de caballo,
Mas á uña de palo sí.

Leon. ¿Y hubo concomio de lomos?

¿Y hubo porqué me maltratan?

¿Y hubo aquel de « que me matan? »

¿Y hubo espadas, y hubo pomos,

Y hubo ruegos hácia el padre

Que te pesó sin anzuelo?

Guij. Hubo el ladron de tu abuelo,

Y la perra de tu madre.

Ped. Dejémos de locuras,

Y acaba: ¿qué sucedió?

Guij. ¿Qué he de decir? ¡voto á cribas!

En Turquía no se usó

Lo que tú usastes conmigo.

Ped. ¿Yo pude hacer mas por Dios!

Guij. Bien pudieras escusar

La siniestra informacion

Del pleito de Garapiña,

Cuyo parecer, señor,

Lo han pagado mis costillas:

Y fué el milagro mayor

El zafarme de las manos

De tanto infame sayon.

Ped. ¿Y cómo hicistes?

Guij. Diciéndoles

Que se vinieran en pos,

Y te pondria en sus manos;

Y á puñada y mogicon

Al revolver San Francisco

Desparecíme veloz:

Pasé por ante esa reja,
Os vi, os llamé, y aqui estoy.

Pero el cuidado que traigo

Es que un picaro soplon,

Que se vende por tu amigo,

Allí entre ellos se quedó

Diciendo que con la novia

Te vió en la calle, señor.

Juana. ¡Ay, Pedro! perdidos somos.

Ped. Ya lo remediare yo.

Guij. Ya suben las escaleras.

Juana. Perdidas somos, Leonor.

Ped. Guijarro, en el aposento

Que tiene ese corredor

Guarda á estas damas al punto.

Guij. Ved que ese aposento estoy

En que da á casa del duque.

Ped. No te detengas, que yo

Los detendré, como á quien

Va en ello vida y honor.

Guij. Pues en dejándolas, vuelvo

Armado como un leon

Para morir á tu lado.

Ped. Aqui aguardándote estoy.

ESCENA XV.

DON PEDRO.

Cierro esta reja, y espero

Con valiente corazón

A ceder para obligarles,

O á perecer por mi amor.

Voces dentro. ¡Aqui están!

Otros. Aquí les vimos.

Lope, dentro. Dejádme, que tengo yo

Picaporte de esa puerta.

Ped. Ya llegó el trance, valor.

(Abrese la puerta, y entra Don Lope, á quien detiene Don Pedro poniéndole la espada al pecho.)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DON LOPE; UN MOMENTO
DESPUES DON DIEGO, ESCRIBANO, AL-
GUACILES, GENTE.

Ped. Alto, buen viejo: primero

Que entreis en este salon

Quiero advertiros que de él

Solo pienso salir yo

O esposo de Doña Juana,

O muerto á vuestro furor.

Lope. ¿Su esposo tras esta afrenta?

Nunca será ¡vive Dios!

Ped. Pues de ese modo, adelante.

(Entra Don Diego y los demas.)

Diego. Este es Pantoja.

Lope. Mi honor

Estriba ya, caballeros,

En que muera este traidor.

Diego. ¡Muera Pantoja!

Ped. ¡Tú mientes!

Y hombres de mi corazón

Solo mueren de esta forma.

(Ciérranse á cuchilladas y riñen. Don Pe-
dro va cejando defendiéndose. Guijarro

sale, y va á ponerse á su lado.)

Todos. ¡Muera!

Lope. Acabadle.

Guij. Aquí estoy,

Como un Bernardo, á tu lado.

(Sale el duque de Arcos armado, con banda

y baston, y gente con él.)

ESCENA XVII.

DICHOS, EL DUQUE DE ARCOS.

Duque. Ténganse al rey.

Guij. ¡Santo Dios!

El duque de Arcos es este.

(Tiéñense todos y se descubren.)

Lope y Diego. ¡Cielos, el gobernador!

Duque. ¿Tantos contra un hombre solo?

Merecia tal traicion

Que á todos os empalara

Por tan cobarde rigor.

¿Quién sois? (A Don Pedro.)

Ped. Un criado vuestro

Que al rayo de vuestro sol

Recibe luz.

Duque. Levantaos;

Que quien tan bien peleó

No es digno de estar de hinojos

Ante mí: decid quién sois,

Y cuál fué vuestra querella.

Ped. Don Pedro Pantoja soy,

Cuya juventud briosa

Centella de Marte ha sido

Con ayuda de esta hoja.

Estudié letras humanas,

Mas con afleion tan poca,

Que al cabo cambié mis libros

Por espadas y pistolas:

Y obró en mí tan fuertemente

Esta inclinacion heróica,

Que he tenido mas pendencies

Que tienen mis dias horas.

Por no cansarte, señor,

Callo hazañas portentosas

Que me han dado honor y fama

En provincias muy remotas:

Pues sobre tirar la esgrima

Parias me rinden con honra

El diestro Gil Campuzano

Y el valiente Juan de Lorca.

Quise á Doña Juana, hija

De Don Lope de Mendoza,

Que está presente, pedisela

Para muger, y negómela

Por dársela por mas rico

Al comerciante Gamboa.

Quisela sacar de casa

Siendo ella misma gustosa,

Cuando con deudos y amigos

Gamboa llegó á deshora

Traidoramente entre muchos

A darme muerte afrentosa.

Me defendí como vistes,

Donde concluyo mi historia

Poniendo á tus piés mi vida,

Rogándote que dispongas

De esta espada y de este brazo,

Siendo de tanta discordia

El iris de la grandeza,

El anal de esta memoria,

El sol de aquestas tinieblas,

Y el amparo de mi honra.

Duque. Señor Don Lope, no hay vida

Que valga el honor: Pantoja

Es honrado, y yo le doy

Para casarse mil doblas,

Que pues vuestra hija le quiere,

Mucho á vuestro honor importa.

Lope. Señor, que es un libertino.

Duque. ¡Basta, por Dios! que cuando otra

Razon no hubiera, casárale

Vuestra conducta alevosa

Para castigar severo:

Y entended bien desde ahora

Que para quien sois vosotros

Es Don Pedro muy de sobra.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, Y SALE GUIJARRO, QUE TRAE DE LA
MANO A DOÑA JUANA Y A LEONOR.

Guij. Y pues todo se compuso,

Aqui teneis á la novia.

Ped. ¡Mi Juana! (Se abrazan.)

Juana. ¡Pantoja mio!

Guij., al público. Y ahora, si á mal no

lo toman

Vuestras mercedes, señores,

Por dos palmadillas flojas

Les enviaré papeletas

Para asistir á la boda.

DON JUAN TENORIO,

DRAMA RELIGIOSO-FANTASTICO EN DOS PARTES.

AL SEÑOR

DON FRANCISCO LUIS DE VALLEJO

EN PRENDA DE BUENA MEMORIA,

SU MEJOR AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, marzo de 1844.

PERSONAS.

DON JUAN TENORIO.
DON LUIS MEJIA.
DON GONZALO DE ULLOA, comen-
dador de Calatrava.
DON DIEGO TENORIO.
DOÑA INÉS DE ULLOA.
DOÑA ANA DE PANTOJA.
CRISTOFANO BUTTARELLI.
MARCOS CIUTTI.
BRIGIDA.
PASCUAL.
EL CAPITAN CENTELLAS.
DON RAFAEL DE AVELLANEDA.
LUCIA.

LA ABADESA DE LAS CALATRAVAS DE
SEVILLA.
LA TORNERA DE IDEM.
GASTON.
MIGUEL.
UN ESCULTOR.
DOS ALGUACILES.
UN PAGE (que no habla).
LA ESTATUA DE DON GONZALO (el
mismo).
LA SOMBRA DE DOÑA INÉS (ella misma).
CABALLEROS SEVILLANOS, ENCUBIERTOS, CU-
RRIOSOS, ESQUELETOS, ESTATUAS, ANGELES,
SOMBRAS, JUSTICIA Y PUEBLO.

La accion en Sevilla por los años de 1545, últimos del emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres restantes, cinco años despues, y en otra noche.

PARTE PRIMERA.

ACTO PRIMERO.

LIBERTINAGE Y ESCANDALO.

Hosteria de Cristófano Buttarelli. — Puerta en el fondo que da á la calle: mesas, jarros y demas utensilios propios de semejante lugar.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, CON ANTIFAZ, SENTADO A UNA MESA ESCRIBIENDO; BUTTARELLI Y CIUTTI,

A UN LADO ESPERANDO. AL LEVANTARSE EL TELON SE VEN PASAR POR LA PUERTA DEL FONDO MASCARAS, ESTUDIANTES Y PUEBLO CON HACHONES, MUSICAS, ETC.

Juan. ¡Cuál gritan esos malditos!

Peró ¡mal rayo me parta!

Si en concluyendo la carta

No pagan caros sus gritos!

(*Sigue escribiendo.*)

Butt., á Ciutti. Buen carnaval.

Ciut., á Buttarelli. Buen agosto

Para rellenar la arquilla.

Butt. ¡Qué! Corre ahora por Sevilla

Poco gusto y mucho mosto.

ACTO PRIMERO.

429

Ni caen aquí buenos peces,
Que son casas mal miradas
Por gentes acomodadas
Y atropelladas á veces.

Ciut. Pero hoy...

Butt. Hoy no entra en la cuenta,

Ciutti: se ha hecho buen trabajo.

Ciut. ¡Chist! habla un poco mas bajo,

Que mi señor se impacienta

Pronto.

Butt. ¿A su servicio estás?

Ciut. Ya há un año.

Butt. ¿Y qué tal te sale?

Ciut. No hay prior que se me iguale;

Tengo cuanto quiero, y mas.

Tiempo libre, bolsa llena,

Buenas mozas y buen vino.

Butt. ¡Cuerpo de tal, qué destino!

Ciut., señalando á Don Juan. Y todo ello

á costa ajena.

Butt. ¿Rico, eh?

Ciut. Barea la plata.

Butt. ¿Franco?

Ciut. Como un estudiante.

Butt. ¿Y noble?

Ciut. Como un infante.

Butt. ¿Y bravo?

Ciut. Como un pirata.

Butt. ¿Español?

Ciut. Creo que sí.

Butt. ¿Su nombre?

Ciut. Lo ignoro en suma.

Butt. ¡Bribon! ¿y dónde va?

Ciut. Aquí.

Butt. Largo plumea.

Ciut. Es gran pluma.

Butt. ¿Y á quién mil diablos escribe

Tan cuidadoso y prolijo?

Ciut. A su padre.

Butt. ¡Vaya un hijo!

Ciut. Para el tiempo en que se vive

Es un hombre extraordinario.

Mas silencio.

Juan, cerrando la carta. Firmo y plego.

¿Ciutti?

Ciut. ¿Señor?

Juan. Este pliego

Irá dentro del orario

En que reza Doña Inés

A sus manos á parar.

Ciut. ¿Hay respuesta que aguardar?

Juan. De el diablo con guardapiés

Que la asiste, de su dueña

Que mis intenciones sabe

Recogerás una llave,

Una hora y una seña:

Y mas ligero que el viento
Aquí otra vez.

Ciut. Bien está.

(Vase.)

ESCENA II.

DON JUAN, BUTTARELLI

Juan. Cristófano, vini quà.

Butt. ¡Eccellenza!

Juan. Senti.

Butt. Sento.

Ma ho imparato il castigliano,

Se è più facile al signor

La sua lingua...

Juan. Sí, es mejor:

Lascia dunque il tuo toscano,

Y dime: ¿Don Luis Mejia

Ha venido hoy?

Butt. Escelencia,

No está en Sevilla.

Juan. ¿Su ausencia

Dura en verdad todavía?

Butt. Tal creo.

Juan. ¿Y noticia alguna

No tienes de él?

Butt. ¡Ah! una historia

Me viene ahora á la memoria

Que os podrá dar...

Juan. ¿Oportuna

Luz sobre el caso?

Butt. Tal vez.

Juan. Habla pues.

Butt., hablando consigo mismo. No, no

me engaño:

Esta noche cumple el año,

Lo habia olvidado.

Juan. ¡Pardiez!

¿Acabarás con tu cuento?

Butt. Perdonad, señor: estaba

Recordando el hecho.

Juan. ¡Acaba,

Vive Dios! que me impaciento.

Butt. Pues es el caso, señor,

Que el caballero Mejia

Por quien preguntais, dió un dia

En la ocurrencia peor

Que ocurrirsele podía.

Juan. Suprime lo al hecho extraño;

Que apostaron me es notorio

A quien haria en un año

Con mas fortuna mas daño

Luis Mejia y Juan Tenorio.

Butt. ¿La historia sabeis?

Juan. Entera;

Por eso te he preguntado

Por Mejia.

Butt. ¡Oh! me pluguiera

Que la apuesta se cumpliera,
Que pagan bien y al contado.
Juan. ¿Y no tienes confianza
En que Don Luis á esta cita
Acuda?

Butt. ¡Quí! ni esperanza:
El fin del plazo se avanza,
Y estoy cierto que maldita
La memoria que ninguno
Guarda de ello.

Juan. Basta ya.

Toma.

Butt. ¡Escelencia! (Saluda profunda-
mente) ¿y de alguno

De ellos sabéis vos?

Juan. Quizá,

Butt. ¿Vendrán pues?

Juan. Al menos uno,

Mas por si acaso los dos
Dirigen aquí sus huellas
El uno del otro en pos,
Tus dos mejores botellas
Prevenles.

Butt. Mas...

Juan. ¡Chito!... A Dios.

ESCENA III.

BUTTARELLI.

¡Santa Madona! de vuelta
Mejía y Tenorio están
Sin duda... y recogerán
Los dos la palabra suelta.
¡Oh! si, ese hombre tiene traza
De saberlo á fondo. (Ruido dentro.) ¡Pero
Qué es esto? (Se asoma á la puerta.)
¡Anda! ¡el forastero

Está riñendo en la plaza!
¡Válgame Dios! ¡qué bullicio!
¡Cómo se le arremolina
Chusma...! ¡y cómo la acoquina
El solo...! ¡puf! ¡qué estropicio!
¡Cuál corren delante de él!
No hay duda, están en Castilla
Los dos, y anda ya Sevilla
Toda revuelta. ¡Miguel!

ESCENA IV.

BUTTARELLI, MIGUEL.

Mig. ¿Che comanda?

Butt. Presto, qui

Servi una tabola, amico:
E del Lacryma piú antico
Porta due buttiglie.

Mig. Si,

Signor padro

Butt. ¡Micheletto,
Apparechia in carità
Lo piú ricco que si fá:

Afrettati!
Mig. Gia mi afretto,
Signor padrone. (Vase.)

ESCENA V.

BUTTARELLI, DON GONZALO.

Gonz. Aquí es.

¿Patron?

Butt. ¿Qué se ofrece?

Gonz. Quiero

Hablar con el hostelero.

Butt. Con él habláis; decid pues.

Gonz. ¿Sois vos?

Butt. Sí, mas despachad,

Que estoy de priesa.

Gonz. En tal caso

Ved si es cabal y de paso

Esa dobla y contestad.

Butt. ¡Oh esclencia!

Gonz. ¿Conocéis

A Don Juan Tenorio?

Butt. Sí.

Gonz. ¿Y es cierto que tiene aquí

Hoy una cita?

Butt. ¡Oh! ¿seréis

Vos el otro?

Gonz. ¿Quién?

Butt. Don Luis.

Gonz. No; pero estar me interesa

En su entrevista.

Butt. Esta mesa

Les preparo; si os servís

En esotra colocaros,

Podreis presenciar la cena

Que les daré... ¡Oh! será escena

Que espero que ha de admiraros.

Gonz. Lo créo.

Butt. Son sin disputa

Los dos mozos mas gentiles

De España.

Gonz. Sí, y los mas viles

Tambien.

Butt. ¡Bah! se les imputa

Cuanto malo se hace hoy día;

Mas la malicia lo inventa,

Pues nadie paga su cuenta

Como Tenorio y Mejía.

Gonz. ¡Ya!

Butt. Es afan de murmurar,

Porque conmigo, señor,

Ninguno lo hace mejor,

Y bien lo puede jurar.

Gonz. No es necesario: mas...

Butt. ¿Qué?

Gonz. Quisiera yo ocultamente
Verlos, y sin que la gente
Me reconociera.

Butt. A fé
Que eso es muy fácil, señor.

Las fiestas de carnaval

Al hombre mas principal

Permiten sin deshonor

De su linaje servirse

De un antifaz, y bajo él

¿Quién sabe hasta descubrirse

De qué carne es el pastel?

Gonz. Mejor fuera en aposento

Contiguo...

Butt. Ninguno cae

Aquí.

Gonz. Pues entonces trae

El antifaz.

Butt. Al momento.

ESCENA VI.

DON GONZALO.

No cabe en mi corazon
Que tal hombre pueda haber
Y no quiero cometer
Con él una sinrazon.

Yo mismo indagar prefiero

La verdad... mas á ser cierta

La apuesta, primero muerta

Que esposa suya la quiero.

No hay en la tierra interés

Que si la daña me cuadre;

Primero seré buen padre,

Buen caballero despues.

Enlace es de gran ventaja,

Mas no quiero que Tenorio

Del velo del desposorio

La recorte una mortaja.

ESCENA VII.

DON GONZALO; BUTTARELLI, QUE TRAE
UN ANTIFAZ.

Butt. Ya está aquí.

Gonz. Gracias, patron:

¿Tardarán mucho en llegar?

Butt. Si vienen no han de tardar:

Cerca de las ocho son.

Gonz. ¿Esa es hora señalada?

Butt. Cierra el plazo, y es asunto

De perder quien no esté á punto

De la primer campanada.

Gonz. Quiera Dios que sea una chanza,

Y no lo que se murmura.

Butt. No tengo aun por muy segura
De que cumplan la esperanza;

Pero si tanto os importa

Lo que ello sea saber,

Pues la hora está al caer

La dilacion es ya corta.

Gonz. Cúbrome pues y me siento.

(Se sienta en una mesa á la derecha y se
pone el antifaz.)

Butt. (Curioso el viejo me tiene

Del misterio con que viene...

Y no me quedo contento

Hasta saber quién es él.)

(Limpia y tragina, mirándole de reojo.)

Gonz. (¡Que un hombre como yo tenga

Que esperar aquí y se avenga

Con semejante papel!

En fin, me importa el sosiego

De mi casa y la ventura

De una hija sencilla y pura,

Y no es para echarlo á juego.)

ESCENA VIII.

DON GONZALO, BUTTARELLI; DON
DIEGO, A LA PUERTA DEL FONDO.

Diego. La seña está terminante,
Aquí es: bien me han informado;
Llego pues.

Butt. ¿Otro embozado?

Diego. ¿Ha de esta casa?

Butt. Adelante.

Diego. ¿La hostería del Laurel?

Butt. En ella estais, caballero.

Diego. ¿Está en casa el hostelero?

Butt. Estais hablando con él.

Diego. ¿Sois vos Buttarelli?

Butt. Yo.

Diego. ¿Es verdad que hoy tiene aquí

Tenorio una cita?

Butt. Sí.

Diego. ¿Y ha acudido á ella?

Butt. No.

Diego. ¿Pero acudirá?

Butt. No sé.

Diego. ¿Le esperais vos?

Butt. Por si acaso

Venir le place.

Diego. En tal caso

Yo tambien le esperaré.

(Se sienta en el lado opuesto á Don Gon-

zalo.)

Butt. ¿Que os sirva vianda alguna

Quereis mientras?

Diego. No: tomad. (Dale dinero.)

Butt. ¡Escelencia!

Diego. Y escusad

Conversacion importuna.

Butt. Perdonad.
Diego. Vais perdonado:
Dejadme pues.

Butt. ¡Jesucristo!
En toda mi vida he visto
Hombre mas mal humorado.)

Diego. ¡Que un hombre de mi linage
Descienda á tan ruin mansion!
Pero no hay humillacion
A que un padre no se baje
Por un hijo. Quiero ver
Por mis ojos la verdad
Y el mónstruo de liviandad
A quien pude dar el sér.)

(*Buttarelli, que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo á Don Gonzalo y á Don Diego, que permanecen embozados y en silencio.*)

Butt. ¡Vaya un par de hombres de piedra!
Para estos sobra mi abasto:
Mas ¡pardiez! pagan el gasto
Que no hacen, y así se medra.

ESCENA IX.

BUTTARELLI, DON GONZALO, DON
DIEGO, EL CAPITAN CENTELLAS, DOS
CABALLEROS, AVELLANEDA.

Avell. Vinieron, y os aseguro
Que se efectuara la apuesta.

Cent. Entremos pues. ¡Buttarelli!
Butt. Señor capitán Centellas,
¿Vos por aquí?

Cent. Sí, Cristófolo.
¿Cuándo aquí sin mi presencia
Tuvieron lugar las órgias
Que han hecho raya en la época?
Butt. Como há tanto tiempo ya
Que no os he visto.

Cent. Las guerras
Del emperador, á Túnez
Me llevaron; mas mi hacienda
Me vuelve á traer á Sevilla;
Y segun lo que me cuentan
Llego lo mas á propósito
Para renovar añejas
Amistades. Con que apróntanos
Luego unas cuantas botellas,
Y en tanto que humedecemos
La garganta, verdadera
Relacion haznos de un lance
Sobre el cual hay controversia.

Butt. Todo se andará, mas antes
Dejadme ir á la bodega.
Varios. Sí, sí.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS BUTTARELLI.

Cent. Sentarse, señores.
Y que siga Avellaneda
Con la historia de Don Luis.

Avell. No hay ya mas que decir de ella
Sino que creo imposible
Que la de Tenorio sea
Mas endiablada, y que apuesto
Por Don Luis.

Cent. Acaso pierdas.
Don Juan Tenorio se sabe
Que es la mas mala cabeza
Del orbe, y no hubo hombre alguno
Que aventajarle pudiera
Con solo su inclinacion;

¿Con que qué hará si se empeña?
Avell. Pues yo sé bien que Mejía
Las ha hecho tales, que á ciegas
Se puede apostar por él.

Cent. Pues el capitán Centellas
Pone por Don Juan Tenorio
Cuanto tiene.

Avell. Pues se acepta
Por Don Luis, que es muy mi amigo.

Cent. Pues todo en contra se arriesga;
Porque no hay como Tenorio
Otro hombre sobre la tierra,
Y es proverbial su fortuna
Y estremada sus empresas.

ESCENA XI.

DICHOS; BUTTARELLI CON BOTELLAS.

Butt. Aquí hay Falerno, Borgoña,
Sorrento.

Cent. De lo que quieras
Sirve, Cristófolo, y dínos:
¿Qué hay de cierto en una apuesta
Por Don Juan Tenorio há un año
Y Don Luis Mejía hecha?

Butt. Señor capitán, no sé
Tan á fondo la materia
Que os pueda sacar de dudas,
Pero diré lo que sepa.

Varios. Habla, habla.
Butt. Yo, la verdad,
Aunque fué en mi casa mesma
La cuestion entre ambos, como
Pusieron tan larga fecha
A su plazo, creí siempre
Que nunca á efecto viniera;
Así es, que ni aun me acordaba
De tal cosa á la hora de esta.
Mas esta tarde, sería

escena; al dar la última campanada, Don Juan con antifaz se llega á la mesa que ha preparado Buttarelli en el centro del escenario, y se dispone á ocupar una de las dos sillas que están delante de ella. Inmediatamente despues de él, entra Don Luis tambien con antifaz y se dirige á la otra. Todos los miran.)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON GONZALO, DON JUAN,
DON LUIS, BUTTARELLI, CENTELLAS,
AVELLANEDA, CABALLEROS, CURIOSOS,
ENMASCARADOS.

Avell., á Centellas, por Don Juan. Verás
aquel, si ellos vienen,
Qué buen chasco que se lleva.

Cent., á Avellaneda, por Don Luis. Pues
allí va otro á ocupar
La otra silla: ¡uf! aquí es ella.
Juan, á Don Luis. Esa silla está com-
prada,

Hidalgo.
Luis, á Don Juan. Lo mismo digo,
Hidalgo; para un amigo
Tengo yo esotra pagada.

Juan. Que esta es mia haré notorio.
Luis. Y yo tambien que esta es mia.
Juan. Luego sois Don Luis Mejía.
Luis. Sereis pues Don Juan Tenorio.
Juan. Puede ser.

Luis. Vos lo decís.
Juan. ¿No os flais?

Luis. No.
Juan. Yo tampoco.
Luis. Pues no hagamos mas el coco.
Juan. Yo soy Don Juan.
(*Quitándose la máscara.*)

Luis. Yo Don Luis. (*Id.*)
(*Se descubren y se sientan. El capitán Centellas, Avellaneda, Buttarelli y algunos otros se van á ellos y les saludan, abrazan y dan la mano, y hacen otras semejantes muestras de cariño y amistad. Don Juan y Don Luis las aceptan cortesmente.*)

Cent. ¡Don Juan!
Avell. ¡Don Luis!
Juan. ¡Caballeros!
Luis. ¡Oh amigos! ¿qué dicha es esta?
Avell. Sabiamos vuestra apuesta,
Y hemos acudido á veros.
Luis. Don Juan y yo tal bondad
En mucho os agradecemos.
Juan. El tiempo no malgastemos,
Don Luis. (*A los otros.*) Sillas árrimad.

(A los que están lejos.)

Caballeros, yo supongo
Que á ucedes tambien aquí
Les trae la apuesta, y por mí
A antojo tal no me opongo.

Luis. Ni yo; que aunque nada mas
Fué el empeño entre los dos,
No ha de decirse por Dios
Que me avergonzó jamás.

Juan. Ni á mí, que el orbe es testigo
De que hipócrita no soy,
Pues por dō quiera que voy
Va el escándalo conmigo.

Luis. ¡Eh! ¿y esos dos no se llegan
A escuchar? Vos.

(Por Don Diego y Don Gonzalo.)

Diego. Yo estoy bien.

Luis. ¿Y vos?

Gonz. De aquí oigo tambien.

Luis. Razon tendrán si se niegan.

*(Se sientan todos al rededor de la mesa
en que están Don Luis Mejía y Don
Juan Tenorio.)*

Juan. ¿Estamos listos?

Luis. Estamos.

Juan. Como quien somos cumplimos.

Luis. Veamos pues lo que hicimos.

Juan. Bebamos antes.

Luis. Bebamos. *(Lo hacen.)*

Juan. La apuesta fué...

Luis. Porque un día

Dije que en España entera
No habria nadie que hiciera
Lo que hiciera Luis Mejía.

Juan. Y siendo contradictorio
Al vuestro mi parecer,
Yo os dije: Nadie ha de hacer
Lo que hará Don Juan Tenorio.
¿No es así?

Luis. Sin duda alguna:
Y vinimos á apostar
Quién de ambos sabria obrar
Peor, con mejor fortuna,
En el término de un año;
Juntándonos aquí hoy
A probarlo.

Juan. Y aquí estoy.

Luis. Y yo.

Cent. ¡Empeño bien extraño
Por vida mía!

Juan. Hablad pues.

Luis. No, vos debéis empezar.

Juan. Como gustéis, igual es,
Que nunca me hago esperar.
Pues, señor, yo desde aquí
Buscando mayor espacio
Para mis hazañas, dí
Sobre Italia, porque allí

Tiene el placer un palacio.

De la guerra y del amor
Antigua y clásica tierra,
Y en ella el emperador,
Con ella y con Francia en guerra,

Dijeme: « ¿Dónde mejor?
Donde hay soldados hay juego,
Hay pendencias y amorios. »

Di pues sobre Italia luego
Buscando á sangre y á fuego
Amores y desafíos.

En Roma, á mi apuesta fiel,
Fijé entre hostil y amorioso
En mi puerta este cartel:

« Aquí está Don Juan Tenorio
Para quien quiera algo de él. »

De aquellos dias la historia

A relataros renuncio:

Remítome á la memoria

Que dejé allí, y de mi gloria

Podeis juzgar por mi anuncio.

Las romanas caprichosas,

Las costumbres licenciosas,

Yo gallardo y calavera,

¿Quién á cuento redujera

Mis empresas amorosas?

Salí de Roma por fin

Como os podeis figurar,

Con un disfraz harito ruin,

Y á lomos de un mal rocín,

Pues me querian ahorcar.

Fui al ejército de España,

Mas todos paisanos míos,

Soldados y en tierra estraña,

Dejé pronto su compañía

Tras cinco ú seis desafíos.

Nápoles, rico vergel

De amor, del placer emporio,

Vió en mi segundo cartel:

« Aquí está Don Juan Tenorio,

Y no hay hombre para él.

Desde la princesa altiva

A la que pesca en ruin barca,

No hay hembra á quien no suscriba;

Y á cualquier empresa abarca,

Si en oro ó valor estriba.

Bisquente los reñidores;

Cérquente los jugadores;

Quien se precie que le ataje;

Y á ver si hay quien le aventaje

En juego, en lid ó en amores. »

Esto escribí; y en medio año

Que mi presencia gozó

Nápoles, no hay lance extraño,

No hay escándalo ni engaño

En que no me hallara yo.

Por donde quiera que fui

La razon atropellé,

La virtud escarnecí,
A la justicia burlé,
Y á las mugeres vendí.
Yo á las cabañas bajé,
Yo á los palacios subí,
Yo los claustros escalé,
Y en todas partes dejé
Memoria amarga de mí.
Ni reconocí sagrado,
Ni hubo ocasion ni lugar
Por mi audacia respetado;
Ni en distinguir me he parado
Al clérigo del seglar.
A quien quise provoqué,
Con quien quiso me batí,
Y nunca consideré
Que pudo matarme á mí
Aquel á quien yo maté.
A esto Don Juan se arrojó,
Y escrito en este papel
Está cuanto consiguió:
Y lo que él aquí escribió
Mantenido está por él.

Luis. Leed pues.

Juan. No, oigamos antes
Vuestros bizarros estremos,
Y si traéis terminantes
Vuestras notas comprobantes,
Lo escrito cotejaremos.

Luis. Decís bien; cosa es que está,
Don Juan, muy puesta en razón;
Aunque á mí ver poco irá
De una á otra relacion.

Juan. Empezad pues.

Luis. Allá va.

Buscando yo como vos
A mi aliento empresas grandes
Dije: « ¿Dō iré; vive Dios!

De amor y lide en pos,

Que vaya mejor que á Flandes?

Allí, puesto que empeñadas

Guerras hay, á mis deseos

Habrà al par centuplicadas

Ocasiones estremadas

De riñas y galanteos. »

Y en Flandes conmigo dí,

Mas con tan negra fortuna,

Que al mes de encontrarme allí

Todo mi caudal perdí,

Dobla á dobla, una por una.

En tan total carestia

Mirándome de dineros

De mí todo el mundo huía;

Mas yo busqué compañía

Y me uní á unos bandoleros.

Lo hicimos bien, ¡voto á tal!

Y fuimos tan adelante
Con suerte tan colosal

Que entramos á saco en Gante
El palacio episcopal.

¡Qué noche! Por el decoro
De la pascua el buen obispo
Bajó á presidir el coro,
Y aun de alegría me crispo
Al recordar su tesoro.

Todo cayó en poder nuestro:

Mas mi capitan avaro

Puso mi parte en secuestro:

Reñimos, fui yo mas diestro

Y le crucé sin reparo.

Juróme al punto la gente

Capitan, por mas valiente:

Jureles yo amistad franca:

Pero á la noche siguiente

Huí, y les dejé sin blanca.

Yo me acordé del refran

De que quien roba al ladron

Ha cien años de perdon,

Y me arrojé á tal desman

Mirando á mi salvacion.

Pasé á Alemania opulento:

Mas un provincial jerónimo,

Hombre de mucho talento,

Me conoció, y al momento

Me delató en un anónimo.

Compré á fuerza de dinero

La libertad y el papel;

Y topando en un sendero

Al fraile, le envié certero

Una bala envuelta en él.

Salté á Francia. ¡Buen país!

Y como en Nápoles vos

Puse un cartel en París

Diciendo: « Aquí hay un Don Luis

Que vale lo menos dos.

Parará aquí algunos meses,

Y no trae mas intereses

Ni se aviene á más empresas

Que á adorar á las francesas

Y á reñir con los franceses. »

Esto escribí; y en medio año

Que mi presencia gozó

París, no hubo lance extraño

Ni hubo escándalo ni daño

Donde no me hallara yo.

Mas como Don Juan, mi historia

Tambien á alargar renuncio;

Que basta para mi gloria

La magnífica memoria

Que allí dejé con mi anuncio.

Y cual vos, por donde fui

La razon atropellé,

La virtud escarnecí,

A la justicia burlé,

Y á las mugeres vendí.
Mi hacienda llevo perdida

Tres veces : mas se me antoja
Reponerla, y me convida
Mi boda comprometida
Con Doña Ana de Pantoja.
Muger muy rica me dan,
Y mañana hay que cumplir
Los platos que hechos están;
Lo que os advierto, Don Juan,
Por si quereis asistir.
A esto Don Luis se arrojó,
Y escrito en este papel
Está lo que consiguió:
Y lo que él aquí escribió
Mantenido está por él.
Juan. La historia es tan semejante
Que está en el fiel la balanza;
Mas vamos á lo importante,
Que es el guarismo á que alcanza.
El papel : con que adelanto.
Luis. Razon teneis en verdad.
Aquí está el mio : mirad,
Por una línea apartados
Traigo los nombres sentados
Para mayor claridad.
Juan. Del mismo modo arregladas
Mis cuentas traigo en el mio :
En dos líneas separadas
Los muertos en desafio,
Y las mugeres burladas.
Contad.
Luis. Contad.
Juan. Veinte y tres.
Luis. Son los muertos. — Á ver vos.
¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.
Juan. Son los muertos.
Luis. Matar es.
Juan. Nueve os llevo.
Luis. Me venceis.
Pasemos á las conquistas.
Juan. Sumo aquí cincuenta y seis.
Luis. Y yo sumo en vuestras listas
Setenta y dos.
Juan. Pues perdeis.
Luis. ¡Es increíble, Don Juan!
Juan. Si lo dudais, apuntados
Los testigos ahí están,
Que si fueren preguntados
Os lo testificarán.
Luis. ¡Oh! y vuestra lista el cabas.
Juan. Desde una princesa real
A la hija de un pescador :
¡Oh! ha recorrido mi amor
Toda la escala social.
Teneis algo que tachar?
Luis. Solo una os falta en justicia.
Juan. ¿Me la podeis señalar?
Luis. Sí por cierto, una novicia

Que esté para profesar.

Juan. ¡Bah! pues yo os complaceré
Doblemente, porque os digo
Que á la novicia uniré
La dama de algun amigo
Que para casarse esté.

Luis. ¡Pardiez que sois atrevido!
Juan. Yo os lo apuesto si quereis.
Luis. Digo que acepto el partido.

¡Para darlo por perdido
Quereis veinte dias?

Juan. Seis.

Luis. ¡Por Dios que sois hombre extraño!
¿Cuántos dias empleais

En cada muger que amais?

Juan. Partid los dias del año

Entre las que ahí encontrais.

Uno para enamorarlas,

Otro para conseguirlas,

Otro para abandonarlas,

Dos para sustituirlas,

Y un hora para olvidarlas.

Pero, la verdad á hablaros,

Pedir mas no se me antoja,

Porque pues vais á casaros

Mañana pienso quitaros
A Doña Ana de Pantoja.

Luis. Don Juan, ¿qué es lo que decis?

Juan. Don Luis, lo que oido habeis.

Luis. Ved, Don Juan, lo que emprendeis

Juan. Lo que he de lograr, Don Luis.

Luis. ¿Gaston? *(Llamando.)*

Gaston. ¿Señor?

Luis. Ven acá.

(Habla Don Luis en secreto con Gaston y

este se va precipitadamente.)

Juan. ¿Ciutti? *(Llamando.)*

Ciutti. ¿Señor?

Juan. Ven aquí.

(Don Juan habla en secreto con Ciutti, y

este se va precipitadamente.)

Luis. ¿Estais en lo dicho?

Juan. Sí.

Luis. Pues va la vida.

Juan. Pues va.

(Don Gonzalo, levantándose de la mesa en

que ha permanecido inmóvil durante la

escena anterior, se afronta con Don Juan

y Don Luis.)

Gonz. ¡Insensatos! ¡vive Dios

Que á no temblarme las manos

A palos como á villanos

Os diera muerte á los dos!

Juan y Luis. Veamos.

Gonz. Escusado es,

Que he vivido lo bastante

Para no estar arrogante

Donde no puedo.

Juan. Idos pues.

Gonz. Antes, Don Juan, de salir

De donde oirme podeis,

Es necesario que oigais

Lo que os tengo que decir.

Vuestro buen padre Don Diego

Porque pleitos acomoda

Os apalabró una boda

Que iba á celebrarse luego;

Pero por mí mismo yo

Lo que érais queriendo ver,

Vine aquí al anochecer,

Y el veros me avergonzó.

Juan. ¡Por Satanás, viejo insano,

Que no sé cómo he tenido

Calma para haberte oido

Sin asentarte la mano!

Pero di pronto quién eres,

Porque me siento capaz

De arrancarte el antifaz.

Con el alma que tuvieres.

Gonz. ¡Don Juan!

Juan. ¡Pronto!

Gonz. Mira pues.

Juan. ¡Don Gonzalo!

Gonz. El mismo soy.

Y á Dios, Don Juan : mas desde hoy

No penseis en Doña Inés.

Porque antes que consentir

En que se case con vos,

El sepulcro ¡juro á Dios!

Por mi mano la he de abrir.

Juan. Me haceis reír, Don Gonzalo;

Pues venirme á provocar

Es como ir á amenazar

A un leon con un mal palo.

Y pues hay tiempo, advertir

Os quiero á mi vez á vos

Que ó me la dais, ó por Dios

Que á quitárosla he de ir.

Gonz. ¡Miserable!

Juan. Dicho está :

Solo una muger como esta

Me falta para mi apuesta;

Ved pues que apostada va.

(Don Diego, levantándose de la mesa en

que ha permanecido encubierto mientras

la escena anterior, baja al centro de la

escena, encarándose con Don Juan.)

Diego. No puedo mas escucharte,

Vil Don Juan, porque reelo

Que hay algun rayo en el cielo

Preparado á aniquilarte.

¡Ah...! no pudiendo creer

Lo que de tí me decian,

Confío en que mentian,

Te vine esta noche á ver.

Pero te juro, malvado,

Que me pesa haber venido

Para salir convencido

De lo que es para ignorado.

Sigue pues con ciego afán

En tu torpe frenesi,

Mas nunca vuelvas á mí;

No te conozco, Don Juan.

Juan. ¿Quién nunca á tí se volvió?

¿Ni quién osa hablarme así,

Ni qué se me importa á mí

Que me conozcas ó no?

Diego. A Dios pues : mas no te olvides

De que hay un Dios justiciero.

Juan. Ten. *(Deteniéndole.)*

Diego. ¿Qué quereis?

Juan. Verte quiero.

Diego. Nunca, en vano me lo pides.

Juan. ¿Nunca?

Diego. No.

Juan. Cuando me cuadre.

Diego. ¿Cómo?

Juan. Así. *(Le arranca el antifaz.)*

Todos. ¡Don Juan!

Diego. ¡Villano!

¡Me has puesto en la faz la mano!

Juan. ¡Válgame Cristo, mi padre!

Diego. Mientes, no lo fui jamás.

Juan. ¡Reportaos, con Belcebú!

Diego. No, los hijos como tú

Son hijos de Satanás.

Comendador, nulo sea

Lo hablado.

Gonz. Ya lo es por mí;

Vamos.

Diego. Sí, vamos de aquí

Donde tal mónstruo no vea.

Don Juan, en brazos del vicio

Desolado te abandono :

Me matas... mas te perdono

De Dios en el santo juicio.

(Vanse poco á poco Don Diego y Don Gon-

zalo.)

Juan. Largo el plazo me poneis :

Mas ved que os quiero advertir

Que yo no os he ido á pedir

Jamás que me perdoneis.

Con que no paseis afán

De aquí adelante por mí,

Que como vivió hasta aquí,

Vivirá siempre Don Juan.

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON LUIS, CENTELLAS,
AVELLANEDA, BUTTARELLI, CURIO-
SOS, MASCARAS.

Juan. ¡Eh! ya salimos del paso :

Y no hay que estrañar la homilia;
Son pláticas de familia,
De las que nunca hice caso.
Con que lo dicho, Don Luis,
Van Doña Ana y Doña Inés
En puesta.

Luis. Y el precio es
la vida.

Juan. Vos lo decís:

Vamos.

Luis. Vamos.

(Al salir se presenta una ronda, que les
detiene.)

ESCENA XIV.

DICHOS, UNA RONDA DE ALGUACILES.

Alguacil. Alto allá.

Don Juan Tenorio?

Juan. Yo soy.

Alguacil. Sed preso.

Juan.

¿Porqué?

Alguacil. Despues lo verá.

Luis, acercándose á Don Juan y rién-
dose. Tenorio, no lo estrañéis,

Pues mirando á lo apostado

Mi page os ha delatado,

Para que vos no ganeis.

Juan. ¡Hola! ¡pues no os suponía

Con tal despejo, pardiez!

Luis. Id pues, que por esta vez,

Don Juan, la partida es mía.

Juan. Vamos pues.

(Al salir, les detiene otra ronda que entra
en la escena.)

ESCENA XV.

DICHOS, UNA RONDA.

Alguacil, que entra. Ténganse allá.

Don Luis Mejía?

Luis. Yo soy.

Alguacil. Sed preso.

Luis.

¿Yo preso!

Juan, saltando la carcajada. ¡Já, já,
já, já!

Mejía, no lo estrañéis,

Pues mirando á lo apostado

Mi page os ha delatado

Para que no me estorbeis.

Luis. Satisfecho quedaré

Aunque ambos muramos.

Juan.

Vamos.

Con que, señores, quedamos

En que la apuesta está en pié.

(Las rondas se llevan á Don Juan y á
Don Luis; muchos los siguen. El capi-
tan Centellas, Avellaneda y sus amigos,
quedan en la escena mirándose unos á
otros.)

ESCENA XVI.

EL CAPITAN CENTELLAS, AVELLANEDA,
CURIOSOS.

Avell. ¡Parece un juego ilusorio!

Cent. ¡Sin verlo no lo creeria!

Avell. Pues yo apuesto por Mejía.

Cent. Y yo pongo por Tenorio.

ACTO SEGUNDO.

DESTREZA.

Esterior de la casa de Doña Ana vista por una
esquina. Las dos paredes que forman el ángulo
se prolongan igualmente por ambos lados, de-
jando ver en la de la derecha una reja, y en la
izquierda una reja y una puerta.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS MEJIA, EMBOZADO.

Ya estoy frente de la casa

De Doña Ana, y es preciso

Que esta noche tenga aviso

De lo que en Sevilla pasa.

No dí con persona alguna

Por dicha mía... ¡Oh qué afán!

Pero ahora, señor Don Juan,

Cada cual con su fortuna.

Si honor y vida se juega,

Mi destreza y mi valor

Por mi vida y por mi honor

Jugarán... mas alguien llega.

ESCENA II.

DON LUIS, PASCUAL.

Pasc. ¿Quién creyera lance tal!

¡Jesus, qué escándalo! ¡presos!

Luis. ¡Qué veo! ¿es Pascual?

Pasc.

Los sesos

Me estrellaria.

Luis. ¿Pascual?

Pasc. ¿Quién me llama tan apriesa?

Luis. Yo. — Don Luis.

Pasc.

¡Válame Dios!

Luis. ¿Qué te asombra?

Pasc.

Que seais vos.

Luis. Mi suerte, Pascual, es esa.

Que á no ser yo quien me soy

Y á no dar contigo ahora,

El honor de mi señora

Doña Ana moría hoy.

Pasc. ¿Qué es lo que decís?

Luis.

¿Conoces

A Don Juan Tenorio?

Pasc. Sí.

¿Quién no le conoce aquí?

Mas segun públicas voces

Estábais presos los dos.

Vamos, ¡lo que el vulgo miente!

Luis. Ahora acertadamente

Habló el vulgo: y ¡juro á Dios

Que á no ser porque mi primo

El tesorero real

Quiso flarme, Pascual,

Pierdo cuanto mas estimo!

Pasc. ¿Pues cómo?

Luis.

¿En servirte estás?

Pasc. Hasta morir.

Luis.

Pues escucha.

Don Juan y yo en una lucha

Arriesgada por demas

Empeñados nos hallamos;

Pero á querer tú ayudarme

Mas que la vida salvarme

Puedes.

Pasc. ¿Qué hay que hacer? Sepamos.

Luis. En una insigne locura

Dimos tiempo há: en apostar

Cual de ambos sabría obrar

Peor, con mejor ventura.

Ambos nos hemos portado

Bizarramente á cual mas;

Pero él es un Satanás,

Y por fin me ha aventajado.

Púsele no sé qué pero,

Dijimonos no sé qué

Sobre ello, y el hecho fue

Que él mofándose altanero

Me dijo: «Y si esto no os llena,

Pues que os casais con Doña Ana,

Os apuesto á que mañana

Os la quito yo.»

Pasc.

¡Esa es buena!

¿Tal se ha atrevido á decir?

Luis. No es lo malo que lo diga,

Pascual, sino que consiga

Lo que intenta.

Pasc.

¿Conseguir?

En tanto que yo esté aquí

Descuidad, Don Luis.

Luis.

Te juro

Que si el lance no aseguro

No sé qué va á ser de mí.

Pasc. ¡Por la Virgen del Pilar!

¿Le temeis?

Luis. No, Dios testigo.

Mas lleva ese hombre consigo

Algun diablo familiar.

Pasc. Dadlo por asegurado.

Luis. ¡Oh! tal es el afán mio

Que ni en mi propio me fio

Con un hombre tan osado.

Pasc. Yo os juro por San Ginés

Que con toda su osadía

Le ha de hacer por vida mia

Mal tercio un aragonés:

Nos veremos.

Luis. ¡Ay, Pascual,

Que en qué te metes no sabes!

Pasc. En apreturas mas graves

Me he visto y no sali mal.

Luis. Estriba en lo perentorio

Del plazo, y en ser quien es.

Pasc. Mas que un buen aragonés

No ha de valer un Tenorio.

Todos esos lenguaraces

Espadachines de oficio

No son mas que frontispicio

Y de poca alma capaces.

Para infamar á mugeres

Tienen lengua, y tienen manos

Para osar á los ancianos

O apalear á mercaderes.

Mas cuando una buena espada

Por un buen brazo esgrimida

Con la muerte les convida,

Todo su valor es nada.

Y sus empresas y bullas

Se reducen todas ellas

A hablar mal de las doncellas

Y á huir ante las patrullas.

Luis. ¡Pascual!

Pasc. No lo hablo por vos,

Que aunque sois un calavera

Teneis la alma bien entera

Y reñis bien, ¡voto á bríos!

Luis. Pues si es en mi tan notorio

El valor, mira, Pascual,

Que el valor es proverbial

En la raza de Tenorio.

Y porque conozco bien

De su valor el extremo,

De sus ardidés me temo

Que en tierra con mi honra den.

Pasc. Pues suelto estais ya, Don Luis;

Y pues que tanto os acucia

El mal de zelos, su astucia

Con la astucia prevenis.

¿Qué temeis de él?

Luis. No lo sé:

Mas esta noche sospecho

Que ha de procurar el hecho Consumar.

Pasc. Soñais.

Luis. ¿Porqué?

Pasc. ¿No está preso?

Luis. Sí que está;

Mas tambien lo estaba yo

Y un hidalgo me fió.

Pasc. Mas ¿quién á él le flará?

Luis. En fin, solo un medio encuentro De satisfacerme.

Pasc. ¿Cuál?

Luis. Que de esta casa, Pascual, Quede yo esta noche dentro.

Pasc. Mirad que asi de Doña Ana Teneis el honor vendido.

Luis. ¿Qué mil rayos! ¿su marido No voy á ser yo mañana?

Pasc. Mas, señor, ¿no os digo yo Que os fio con la existencia...?

Luis. Sí, salir de una pendencia, Mas de un ardid diestro no,

Y en fin, ó paso en la casa La noche, ó tomo la calle

Aunque la justicia me halle.

Pasc. Señor Don Luis, eso pasa De terquedad, y es capricho

Que dejar os aconsejo

Y os irá bien.

Luis. No lo dejo,

Pascual.

Pasc. ¡Don Luis!

Luis. Está dicho.

Pasc. ¡Vive Dios! ¿Hay tal afán?

Luis. Tú dirás lo que quisieres,

Mas yo fio en las mugeres

Mucho menos que en Don Juan;

Y pues lance es estremado

Por dos locos emprendido,

Bien será un loco atrevido

Para un loco desalmado.

Pasc. Mirad bien lo que decís,

Porque yo sirvo á Doña Ana

Desde que nació, y mañana

Sereis su esposo, Don Luis.

Luis. Pascual, esa hora llegada

Y ese derecho adquirido,

Yo sabré ser su marido

Y la haré ser bien casada.

Mas en tanto...

Pasc. No habéis mas.

Yo os conozco desde niños

Y sé lo que son cariños,

Por vida de Barrabás.

Oid: mi cuarto es sobrado

Para los dos: dentro de él

Quedad: mas palabra fiel

Dadme de estaros callado.

Luis. Te la doy.

Pasc. Y hasta mañana

Juntos con doble cautela

Nos quedaremos en vela.

Luis. Y se salvará Doña Ana.

Pasc. Sea.

Luis. Pues vamos.

Pasc. Teneos.

¿Qué vais á hacer?

Luis. A entrar.

Pasc. ¿Ya?

Luis. ¿Quién sabe lo que él hará?

Pasc. Vuestros zelosos deseos

Reprimid: que ser no puede

Mientras que no se recoja

Mi amo Don Gil de Pantoja

Y todo en silencio quede.

Luis. ¡Voto á...!

Pasc. ¡Eh! dad una vez

Breves treguas al amor.

Luis. ¿Y á qué hora ese buen señor

Suele acostarse?

Pasc. A las diez;

Y en esa calleja estrecha

Hay una reja; llamad

A las diez, y descuidad

Mientras en mí.

Luis. Es cosa hecha.

Pasc. Don Luis, hasta luego pues.

Luis. A Dios, Pascual, hasta luego.

ESCENA III.

DON LUIS.

Jamás tal desasosiego

Tuve. Paréceme que es

Esta noche hora menguada

Para mí... y no sé qué vago

Presentimiento, qué estrago

Teme mi alma acogojada.

¡Por Dios que nunca pensé

Que á Doña Ana amara así,

Ni por ninguna sentí

Lo que por ella...! ¡Oh! y á fé

Que de Don Juan me amedrenta

No el valor, mas la ventura.

Parece que le asegura

Satanás en cuanto intenta.

No, no: es un hombre infernal,

Y téngome para mí

Que si me aparto de aquí

Me burla, pese á Pascual.

Y aunque me tenga por necio

Quiero entrar: que con Don Juan

Las precauciones no están

Para vistas con desprecio.

(Llama á la ventana.)

ESCENA IV.

DON LUIS, DOÑA ANA.

Ana. ¿Quién va?

Luis. ¿No es Pascual?

Ana. ¡Don Luis!

Luis. Doña Ana.

Ana. ¿Por la ventana

Llamas ahora?

Luis. ¡Ay, Doña Ana,

Cuán á buen tiempo salis!

Ana. ¿Pues qué hay, Mejía?

Luis. Un empeño

Por tu beldad con un hombre

Que temo.

Ana. ¿Y qué hay que te asombre

En él, cuando eres tú el dueño

De mi corazon?

Luis. Doña Ana,

No lo puedes comprender,

De ese hombre sin conocer

Nombre y suerte.

Ana. Será vana

Su buena suerte conmigo:

Ya ves, solo horas nos faltan

Para la boda, y te asaltan

Vanos temores.

Luis. Testigo

Me es Dios que nada por mí

Me da pavor mientras tenga

Espada, y ese hombre venga

Cara á cara contra tí.

Mas como el leon audaz

Y cauteloso y prudente,

Como la astuta serpiente...

Ana. ¡Bah! duerme, Don Luis, en paz,

Que su audacia y su prudencia

Nada lograrán de mí,

Que tengo cifrada en tí

La gloria de mi existencia.

Luis. Pues bien, Ana, de ese amor

Que me asegúras en nombre,

Para no temer á ese hombre

Voy á pedirte un favor.

Ana. Di; mas bajo, por si escucha

Tal vez alguno.

Luis. Oye pues.

ESCENA V.

DOÑA ANA Y DON LUIS, A LA REJA DERECHA;
DON JUAN Y CIUTTI, EN LA CALLE IZ-
QUIERDA.

Ciut. Señor, por mi vida, que es

Vuestra suerte buena y mucha.

Juan. Ciutti, nadie como yo:

Ya viste cuán fácilmente

El buen alcaide prudente

Se avino y suelta me dió.

Mas no hay ya en ello que hablar:

¿Mis encargos has cumplido?

Ciut. Todos los he concluido

Mejor que pude esperar.

Juan. ¿La beata...?

Ciut. Esta es la llave

De la puerta del jardín,

Que habrá que escalar al fin,

Pues como usarcad ya sabe

Las tapias de ese convento

No tienen entrada alguna.

Juan. ¿Y te dió carta?

Ciut. Ninguna;

Me dijo que aquí al momento

Iba á salir de camino;

Que al convento se volvía,

Y que con vos hablaría.

Juan. Mejor es.

Ciut. Lo mismo opino.

Juan. ¿Y los caballos?

Ciut. Con silla

Y freno los tengo ya.

Juan. ¿Y la gente?

Ciut. Cerca está.

Juan. Bien, Ciutti; mientras Sevilla

Tranquila en sueño reposa

Creyéndome encarcelado,

Otros dos nombres añado

A mi lista numerosa.

¡Já! ¡já!

Ciut. Señor...

Juan. ¿Qué?

Ciut. Callad.

Juan. ¿Qué hay, Ciutti?

Ciut. Al doblar la esquina

En esa reja vecina

He visto un hombre.

Juan. Es verdad:

Pues ahora si que es mejor

El lance: ¿y si es ese?

Ciut. ¿Quién?

Juan. Don Luis.

Ciut. Imposible.

Juan. ¡Toma!

¿No estoy yo aquí?

Ciut. Diferencia

Va de él á vos.

Juan. Evidencia

Lo creo, Ciutti; allí asoma

Tras de la reja una dama.

Ciut. Una criada tal vez.

Juan. Preciso es verlo, ¡pardiez!

No perdamos lance y fama.

Mira, Ciutti: á fuer de ronda

Tú con varios de los míos

Por esa calle escurrios
Dando vuelta á la redonda
A la casa.

Ciut. Y en tal caso
Cerrará ella.

Juan. Pues con eso
Ella ignorante y el preso
Nos dejarán franco el paso.

Ciut. Decis bien.

Juan. Corre, y atájale,
Que en ello el vencer consiste.

Ciut. ¿Mas si el truán se resiste?

Juan. Entonces de un tajo, rájale.

ALERE ESCENA VI.

DON JUAN, DOÑA ANA, DON LUIS.

Luis. ¿Me das pues tu asentimiento?

Ana. Consiento.

Luis. ¿Complácese de ese modo?

Ana. En todo.

Luis. Pues te velaré hasta el día.

Ana. Sí, Mejía.

Luis. Páguete el cielo, Ana mía,
Satisfacción tan entera.

Ana. Porque me juzgues sincera,
Consiento en todo, Mejía.

Luis. Volveré pues otra vez.

Ana. Sí, á las diez.

Luis. ¿Me aguardarás, Ana?

Ana. Sí.

Luis. Aquí.

Ana. ¿Y tú estarás puntual, eh?

Luis. Estaré.

Ana. La llave pues te daré.

Luis. Y dentro yo de tu casa,

Venga Tenorio.

Ana. Alguien pasa;

A las diez.

Luis. Aquí estaré.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON LUIS.

Luis. Mas se acercan. ¿Quién va allá?

Juan. Quién va.

Luis. De quien va así ¿qué se infiere?

Juan. Que quiere.

Luis. ¿Ver si la lengua le arranco?

Juan. El paso franco.

Luis. Guardado está.

Juan. ¿Y soy yo manco?

Luis. Pidiéraislo en cortesia.

Juan. ¿Y á quién?

Luis. A Don Luis Mejía.

Juan. Quién va, quiere el paso franco.

Luis. ¿Conocéisme?

Juan. Sí.

Luis. ¿Y yo á vos?

Juan. Los dos.

Luis. ¿Y en qué estriba el estorballe?

Juan. En la calle.

Luis. ¿De ella los dos por ser amos?

Juan. Estamos.

Luis. Dos hay no mas que podamos

Necesitarle á la vez.

Juan. Lo sé.

Luis. ¿Sois Don Juan!

Juan. ¿Pardiez!

Los dos ya en la calle estamos.

Luis. ¿No os prendieron?

Juan. Como á vos.

Luis. ¿Vive Dios!

¿Y huístels?

Juan. Os imité:

¿Y qué?

Luis. Que perderéis.

Juan. No sabemos.

Luis. Lo veremos.

Juan. La dama entrambos tenemos

Sitiada y estais cogido.

Luis. Tiempo hay.

Juan. Para vos perdido.

Luis. ¿Vive Dios que lo veremos!

(Don Luis desenvaina su espada; mas Ciutti, que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.)

Juan. Señor Don Luis, vedlo pues.

Luis. Traicion es.

Juan. La boca...

(A los suyos, que se la tapan á Don Luis.)

Luis. ¡Oh!

Juan. (Le sujetan los brazos.) Sujeto
atrás:

Mas,

La empresa es, señor Mejía,
Como mía.

Encerrádmele hasta el día. (A los suyos.)

La apuesta está ya en mi mano.

(A Don Luis.)

A Dios, Don Luis: si os la gano

Traicion es; mas como mía.

ESCENA VIII.

DON JUAN.

¡Bien lance! ¡viven los cielos!

Estos son los que dan fama:

Mientras le soplo la dama

Él se arrancará los pelos

Encerrado en mi bodega.

¿Y ella...? Cuando crea hallarse

Con él... ¡Já! ¡Já...! ¡Oh! y quejarse

No puede; limpio se juega.

A la cárcel le llevé

Y salió: llevóme á mi

Y sali: hallarnos aquí

Era fuerza... ya se ve,

Su parte en la grave apuesta

Defendía cada cual.

Mas con la suerte está mal

Mejía, y tambien pierde esta.

Sin embargo, y por si acaso,

No es demas asegurarse

De Lucia, á desgraciarse

No vaya por poco el paso.

Mas por allí un bulto negro

Se aproxima... y á mi ver

Es el bulto una muger.

¿Otra aventura? Me alegro.

ESCENA IX.

DON JUAN, BRIGIDA.

Brig. ¿Caballero?

Juan. ¿Quién va allá?

Brig. ¿Sois Don Juan?

Juan. ¿Por vida de...!

¿Si es la beata! ¡y á fé

Que la había olvidado ya!

Llegaos; Don Juan soy yo.

Brig. ¿Estais solo?

Juan. Con el diablo.

Brig. ¿Jesucristo!

Juan. Por vos lo hablo.

Brig. ¿Soy yo el diablo?

Juan. Creoló.

Brig. ¡Vaya! ¿Qué cosas teneis!

Vos si que sois un diablillo...

Juan. Que te llenará el bolsillo

Si le sirves.

Brig. Lo vereis.

Juan. Descarga pues ese pecho.

¿Qué hiciste?

Brig. ¿Cuánto me ha dicho

Vuestro page...! ¡y qué mal bicho

Es ese Ciutti!

Juan. ¿Qué ha hecho?

Brig. ¿Gran bribon!

Juan. ¿No os ha entregado

Un bolsillo y un papel?

Brig. Leyendo estará ahora en el

Doña Inés.

Juan. ¿La has preparado?

Brig. Vaya; y os la he convencido

Con tal maña y de manera,

Que irá como una cordera

Tras vos.

¿Juan. ¿Tan fácil te ha sido!

Brig. ¡Bah! pobre garza enjaulada

Dentro la jaula nacida,

¿Qué sabe ella si hay mas vida

Ni mas aire en que volar?

Si no vió nunca sus plumas

Del sol á los resplandores,

¿Qué sabe de los colores

De que se puede ufanar?

No cuenta la pobrecilla

Diez y siete primaveras,

Y aun virgen á las primeras

Impresiones del amor,

Nunca concibió la dicha

Fuera de su pobre estancia,

Tratada desde su infancia

Con cauteloso rigor.

Y tantos años monótonos

De soledad y convento

Tenian su pensamiento

Ceñido á punto tan ruin,

A tan reducido espacio,

Y á círculo tan mezquino,

Que era el claustro su destino

Y el altar era su fin.

«Aquí está Dios,» la dijeron;

Y ella dijo: «Aquí le adoro.»

«Aquí está el claustro y el coro.»

Y pensó: «No hay mas allá.»

Y sin otras ilusiones

Que sus sueños infantiles,

Pasó diez y siete abriles

Sin conocerlo quizá.

Juan. ¿Y está hermosa?

Brig. ¡Oh! como un ángel.

Juan. ¿Y la has dicho...?

Brig. Figuraos

Si habré metido mal caos

En su cabeza, Don Juan.

La hablé del amor, del mundo,

De la corte y los placeres,

De cuanto con las mugeres

Érais pródigo y galan.

La dije que érais el hombre

Por su padre destinado

Para suyo: os he pintado

Muerto por ella de amor,

Desesperado por ella,

Y por ella perseguido

Y por ella decidido

A perder vida y honor.

En fin, mis dulces palabras,

Al posarse en sus oídos,

Sus deseos mal dormidos

Arrastraron de sí en pos;

Y allá dentro de su pecho

Han inflamado una llama

De fuerza tal, que ya os ama

Y no piensa mas que en vos.

Juan. Tan incentiva pintura
Los sentidos me enajena,
Y el alma ardiente me llena
De su insensata pasión.
Empezó por una apuesta,
Siguió por un devaneo,
Engendró luego un deseo,
Y hoy me quema el corazón.
Poco es el centro de un claustro;
¡Al mismo infierno bajara,
Y á estocadas la arrancara
De los brazos de Satan!
¡Oh! hermosa flor, cuyo caliz
Al rocío aun no se ha abierto,
A trasplantarte va al huerto
De sus amores Don Juan.
¿Brígida?
Bríg. Os estoy oyendo
Y me haceis perder el tino:
Yo os creía un libertino
Sin alma y sin corazón.
Juan. ¿Eso estrañas? ¿No está claro
Que en un objeto tan noble
Hay que interesarse doble
Que en otros?
Bríg. Tenéis razón.
Juan. ¿Con que á qué hora se recogen
Las madres?
Bríg. Ya recogidas
Estarán. ¿Vos prevenidas
Todas las cosas tenéis?
Juan. Todas.
Bríg. Pues luego que doblen
A las ánimas, con tiento
Saltando al huerto, al convento
Fácilmente entrar podéis
Con la llave que os he enviado:
De un claustro oscuro y estrecho
Es, seguidle bien derecho,
Y dareis con poco afán
En nuestra celda.
Juan. Y si acierto
A robar tan gran tesoro,
Te he de hacer pesar en oro.
Bríg. Por mí no queda, Don Juan.
Juan. Vé y agúardame.
Bríg. Voy pues
A entrar por la portería,
Y á cegar á Sor María
La tornera. Hasta despues.
(Vase Brígida, y un poco antes de concluir esta escena sale Ciutti, que se pára en el fondo esperando.)

ESCENA X.

DON JUAN, CIUTTI.

Juan. Pues, señor, ¡soberbio embite!
Muchas hice hasta esta hora,
Mas ¡por Dios que la de ahora
Será tal que me acredite!
Mas ya veo que me espera
Ciutti. ¿Lebrel? (Llamándole.)
Ciut. Aquí estoy.
Juan. ¿Y Don Luis?
Ciut. Libre por hoy
Estais de él.
Juan. Ahora quisiera
Ver á Lucía.
Ciut. Llegar
Podeis aquí: (A la reja derecha.) yo la
llamo,
Y al salir á mí reclamo
La podeis vos abordar.
Juan. Llama pues.
Ciut. La seña mía
Sabe bien para que dude
En acudir.
Juan. Pues si acude,
Lo demas es cuenta mía.
(Ciutti llama á la reja con una seña que parezca comenida. Lucía se asoma á ella, y al ver á Don Juan se detiene un momento.)

ESCENA XI.

DON JUAN, LUCIA, CIUTTI.

Lucía. ¿Qué quereis, buen caballero?
Juan. Quiero.
Lucía. ¿Qué quereis? Vamos á ver.
Juan. Ver.
Lucía. ¿Ver? ¿Qué vereis á esta hora?
Juan. A tu señora.
Lucía. Idos, hidalgo, en mal hora;
¿Quién pensais que vive aquí?
Juan. Doña Ana Pantoja, y
Quiero ver á tu señora.
Lucía. ¿Sabeis que casa Doña Ana?
Juan. Sí, mañana.
Lucía. ¿Y ha de ser tan infiel ya?
Juan. Sí será.
Lucía. ¿Pues no es de Don Luis Mejía?
Juan. ¡Cá! otro día.
Hoy no es mañana, Lucía:
Yo he de estar hoy con Doña Ana,
Y si se casa mañana,
Mañana será otro día.
Lucía. ¡Ah! ¿en recibiros está?
Juan. Podrá.
Lucía. ¿Qué haré si os he de servir?

ACTO TERCERO.

PROFANACION.

Celda de Doña Inés. Puerta en el fondo y á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS, LA ABADESA.

Abad. ¿Con que me habeis entendido?
Inés. Sí, señora.
Abad. Está muy bien;
La voluntad decisiva
De vuestro padre tal es.
Sois jóven, cándida, y buena;
Vivido en el claustro habeis
Casi desde que nacisteis;
Y para quedar en él
Atada con santos votos
Para siempre, ni aun tenéis
Como otras pruebas difíciles
Ni penitencias que hacer.
¡Dichosa mil veces vos!
Dichosa, sí, Doña Inés,
Que no conociendo el mundo
No le debeis de temer.
¡Dichosa vos, que del claustro
Al pisar en el dintel
No os volveréis á mirar
Lo que tras vos dejareis!
Y los mundanos recuerdos
Del bullicio y del placer
No os turbarán tentadores
Del ara santa á los pies;
Pues ignorando lo que hay
Tras esa santa pared,
Lo que tras ella se queda
Jamás apeteceis.
Mansa paloma enseñada
En las palmas á comer
Del dueño que la ha criado
En doméstico vergel,
No habiendo salido nunca
De la protectora red,
No ansiareis nunca las alas
Por el espacio tender.
Lirio gentil, cuyo tallo
Mecieron solo tal vez
Las embalsamadas brisas
Del mas florecido mes,
Aquí á los besos del aura
Vuestro caliz abrireis,
Y aquí vendrán vuestras hojas
Tranquilamente á caer.
Y en el pedazo de tierra
Que abarca nuestra estrechez,
Y en el pedazo de cielo

Juan. Abrir.
Lucía. ¡Bah! ¿Y quién abre este castillo?
Juan. Ese bolsillo.
Lucía. ¿Oro?
Juan. Pronto te dió el brillo.
Lucía. ¿Cuanto!
Juan. De cien doblas pasa.
Lucía. ¡Jesus!
Juan. Cuenta y di: ¿esta casa
Podrá abrir ese bolsillo?
Lucía. ¡Oh! si es quien me dora el pico...
Juan. Muy rico. (Interrumpiéndola.)
Lucía. ¿Sí? ¿qué nombre usa el galan?
Juan. Don Juan.
Lucía. ¿Sin apellido notorio?
Juan. Tenorio.
Lucía. ¡Animas del purgatorio!
¿Vos Don Juan?
Juan. ¿Qué te amedrenta,
Si á tus ojos se presenta
Muy rico Don Juan Tenorio?
Lucía. Rechina la cerradura.
Juan. Se asegura.
Lucía. ¿Y á mí quién? ¡Por Belcebú!
Juan. Tú.
Lucía. ¿Y qué me abrirá el camino?
Juan. Buen tino.
Lucía. ¡Bah! ir en brazos del destino...
Juan. Dobla el oro.
Lucía. Me acomodo.
Juan. Pues mira como de todo
Se asegura tu buen tino.
Lucía. Dadme algun tiempo, ¡pardiez!
Juan. A las diez.
Lucía. ¿Dónde os busco, ó vos á mí?
Juan. Aquí.
Lucía. ¿Con que estareis puntual, eh?
Juan. Estaré.
Lucía. Pues yo una llave os traeré.
Juan. Y yo otra igual cantidad.
Lucía. No me falteis.
Juan. No en verdad;
A las diez aquí estaré.
A Dios pues, y en mí te fia.
Lucía. Y en mí el garboso galan.
Juan. A Dios pues, franca Lucía.
Lucía. A Dios pues, rico Don Juan.
(Lucía cierra la ventana. Ciutti se acerca á Don Juan á una seña de este.)

ESCENA XII.

DON JUAN, CIUTTI.

Juan, riéndose. Con oro nada hay que
Ciutti, ya sabes mi intento; [falle:
A las nueve en el convento,
A las diez en esta calle. (Vanse.)

Que por las rejas se ve,
Vos no vereis mas que un lecho
Dó en dulce sueño yacer,
Y un velo azul suspendido
A las puertas del Eden.
¡Ay! en verdad que os envidio,
Venturosa Doña Inés,
Con vuestra inocente vida
La virtud del no saber.
¿Mas porque estais cabizbaja?
¿Porque no me respondeis
Como otras veces alegre
Cuándo en lo mismo os hablé?
¿Suspirais?... ¡Oh! ya comprendo:
De vuelta aquí hasta no ver
A vuestra aya estais inquieta,
Pero nada receleis.
A casa de vuestro padre
Fué casi al anochechar,
Y abajo en la portería
Estará: yo os la enviaré,
Que estoy de vela esta noche.
Con que, vamos, Doña Inés,
Recogeos, que ya es hora:
Mal ejemplo no me deis
A las novicias, que há tiempo
Que duermen ya: hasta despues.
Inés. Id con Dios, madre abadesa.
Abad. A Dios, hija.

ESCENA II.

DOÑA INÉS.

Ya se fué.
No sé qué tengo, ¡ay de mí!
Que en tumultoso tropel
Mil encontradas ideas
Me combaten á la vez.
Otras noches complacida
Sus palabras escuché:
Y de esos cuadros tranquilos
Que sabe pintar tan bien,
De esos placeres domésticos
La dichosa sencillez
Y la calma venturosa,
Me hiele on apeteer
La soledad de los claustros
Y su santa rigidez.
Mas hoy la oí distraida,
Y en sus pláticas baillé,
Sino enojosos discursos,
A lo menos aridez.
Y no sé porque al decirme
Que podría acontecer
Que se acelerase el dia
De mi profesion, temblé;
Y sentí del corazon

Acelerarse el vaiven,
Y teñirse el semblante
De amarilla palidez.
¡Ay de mí...! ¡pero mi dueña
Dónde estará...! Esa muger
Con sus pláticas al cabo
Me entretiene alguna vez.
Y hoy la echo menos... acaso
Porque la voy á perder,
Que en profesando es preciso
Renunciar á cuanto amé.
Mas pasos siento en el claustro;
¡Oh! reconozco muy bien
Sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA III.

DOÑA INÉS, BRIGIDA.

Brig. Buenas noches, Doña Irés.
Inés. ¿Cómo habeis tardado tanto?
Brig. Voy á cerrar esta puerta.
Inés. Hay órden de que esté abierta.
Brig. Eso es muy bueno y muy santo
Para las otras novicias
Que han de consagrarse á Dios,
No, Doña Inés, para vos.
Inés. Brigida, ¿no ves que vícias
Las reglas del monasterio
Que no permiten...?
Brig. ¡Bah! ¡bah!
Mas seguro así se está,
Y así se habla sin misterio
Ni estorbos: ¿habeis mirado
El libro que os he traído?
Inés. ¡Ay! se me habla olvidado.
Brig. ¡Pues me hace gracia el olvido!
Inés. ¡Como la madre abadesa
Se entró aquí inmediatamente!
Brig. ¡Vieja mas impertinente!
Inés. ¿Pues tanto el libro interesa?
Brig. ¡Vaya si interesa! mucho.
¡Pues quedó con poco afán
El infeliz!
Inés. ¿Quién?
Brig. Don Juan.
Inés. ¡Válgame el cielo! ¡qué escucho
¿Es Don Juan quien me le envía?
Brig. Por supuesto.
Inés. ¡Oh! yo no debo
Tomarle.
Brig. ¡Pobre mancebo!
Desairarle así, sería
Matarle.
Inés. ¿Qué estás diciendo?
Brig. Si ese horario no tomáis,
Tal pesadumbre le dais
Que va á enfermar; lo estoy viendo.

Inés. ¡Ah! no, no: de esa manera
Le tomaré.
Brig. Bien hareis.
Inés. ¡Y qué bonito es!
Brig. Ya veis;
Quien quiere agradar se esmera.
Inés. Con sus manecillas de oro.
¡Y cuidado que está prieto!
A ver, á ver si completo
Contiene el rezo del coro.
*Le abre, y cae una carta de entre sus
hojas.*
Mas ¿qué cayó?
Brig. Un papelito.
Inés. ¡Una carta!
Brig. Claro está;
En esa carta os vendrá
Ofreciendo el regalito.
Inés. ¡Qué! ¿Será suyo el papel?
Brig. ¡Vaya, que sois inocente!
Pues que os feria, es consiguiente
Que la carta será de él.
Inés. ¡Ay Jesus!
Brig. ¿Qué es lo que os da?
Inés. Nada, Brigida, no es nada.
Brig. No, no; si estais inmutada.
(Ya presa en la red está.)
¿Se os pasa?
Inés. Sí.
Brig. Eso habrá sido
Cualquier marellito vano.
Inés. ¡Ay! se me abrasa la mano
Con que el papel he cogido.
Brig. Doña Inés, ¡válgame Dios!
Jamás os he visto así:
Estais trémula.
Inés. ¡Ay de mí!
Brig. ¿Qué es lo que pasa por vos?
Inés. No sé... El campo de mi mente
Siento que cruzan perdidas
Mil sombras desconocidas
Que me inquietan vagamente;
Y há tiempo al alma me dan
Con su agitacion tortura.
Brig. ¿Tiene alguna por ventura
El semblante de Don Juan?
Inés. No sé: desde que le vi,
Brigida mía, y su nombre
Me dijiste, tengo á ese hombre
Siempre delante de mí.
Por dó quiera me distraigo
Con su agradable recuerdo,
Y si un instante le pierdo,
En su recuerdo recaigo.
No sé qué fascinacion
En mis sentidos ejerce,
Que siempre hácia él se me tuerce
La mente y el corazon:

Y aquí y en el oratorio,
Y en todas partes advierto
Que el pensamiento divierto
Con la imágen de Tenorio.
Brig. ¡Válgame Dios! Doña Inés,
Segun lo vais esplicando,
Tentaciones me van dando
De creer que eso amor es.
Inés. ¡Amor has dicho!
Brig. Sí, amor.
Inés. No, de ninguna manera.
Brig. Pues por amor lo entendiera
El menos entendedor;
Mas vamos la carta á ver:
¿En qué os parais? ¿un suspiro?
Inés. ¡Ay! que cuanto mas la miro
Menos me atrevo á leer.
(Lee.) « Doña Inés del alma mía. »
¡Virgen Santa, qué principio!
Brig. Vendrá en verso, y será un ríplio
Que traerá la poesía.
Vamos, seguid adelante.
Inés. (Lee.) « Luz de donde el sol la toma,
« Hermosísima paloma
« Privada de libertad,
« Si os dignais por estas letras
« Pasar vuestros lindos ojos,
« No los torneis con enojos
« Sin concluir, acabad. »
Brig. ¡Qué humildad! ¡y qué finura!
¿Dónde hay mayor rendimiento?
Inés. Brigida, no sé qué siento.
Brig. Seguid, seguid la lectura.
Inés. (Lee.) « Nuestros padres de consuno
« Nuestras bodas acordaron,
« Porque los cielos juntaron
« Los destinos de los dos.
« Y halagado desde entonces
« Con tan risueña esperanza,
« Mi alma, Doña Inés, no alcanza
« Otro porvenir que vos.
« De amor con ella en mi pecho
« Brotó una chispa ligera,
« Que han convertido en hoguera
« Tiempo y afeccion tenaz:
« Y esta llama que en mí mismo
« Se alimenta inestinguible,
« Cada dia mas terrible
« Va creciendo y mas voraz »
Brig. Es claro; esperar le hicieron
En vuestro amor algun dia,
Y hondas raíces tenia
Cuándo á arrancársele fueron.
Seguid.
Inés. (Lee.) « En vano á apagarla
« Concurren tiempo y ausencia,
« Que doblando su violencia
« No hoguera ya, volcan es.

« Y yo que en medio del cráter
« Desamparado batallo,
« Suspendido en él me hallo
Entre mi tumba y mi Inés. »
Brig. ¿Lo veis, Inés? Si ese horario
Le desprecia, al instante
Le preparan el sudario.
Inés. Yo desfallezco.
Brig. Adelante.
Inés. (Lee.) « Inés, alma de mi alma,
« Perpetuo íman de mi vida,
« Perla sin concha escondida
« Entre las algas del mar;
« Garza que nunca del nido
« Tender osastes el vuelo
« El diáfano azul del cielo
« Para aprender á cruzar;
« Si es que á través de esos muros
« El mundo apenas miras
« Y por el mundo suspiras
« De libertad con afán,
« Acuérdate que al pie mismo
« De esos muros que te guardan
« Para salvarte te aguardan
« Los brazos de tu Don Juan. »
(Representa.) ¿Qué es lo que me pasa,
¡cielo!
Que me estoy viendo morir?
Brig. (Ya tragó todo el anzuelo.)
Vamos, que está al concluir.
Inés. (Lee.) « Acuérdate de quien llora
« Al pie de tu celosía,
« Y allí le sorprende el día
« Y le halla la noche allí;
« Acuérdate de quien vive
« Solo por tí, ¡vida mía!
« Y que á tus pies volaría
« Si le llamaras á tí. »
Brig. ¿Lo veis? vendría.
Inés. ¡Vendría!
Brig. A postrarse á vuestros pies.
Inés. ¿Puede?
Brig. ¡Oh! sí.
Inés. ¡Virgen María!
Brig. Pero acabad, Doña Inés.
Inés. (Lee.) « A Dios, ¡oh luz de mis ojos!
« A Dios, Inés de mi alma:
« Medita por Dios en calma
« Las palabras que aquí van:
« Y si odias esa clausura,
« Que ser tu sepulcro debe,
« Manda, que á todo se atreve
« Por tu hermosura Don Juan. »
(Representa Doña Inés.)
¡Ay! ¿qué filtro envenenado
Me dan en este papel,
Que el corazón desgarrado
Me estoy sintiendo con él?

¿Qué sentimientos dormidos
Son los que revela en mí?
¿Qué impulsos jamás sentidos?
¿Qué luz, que hasta hoy nunca vi?
¿Qué es lo que engendra en mi alma
Tan nuevo y profundo afán?
¿Quién roba la dulce calma
De mi corazón?
Brig. Don Juan.
Inés. ¡Don Juan dices...! ¿con que ese
hombre
Me ha de seguir por dó quier?
¿Solo he de escuchar su nombre?
¿Solo su sombra he de ver?
¡Ah! bien dice: juntó el cielo
Los destinos de los dos,
Y en mi alma engendró este anhelo
Fatal.
Brig. ¡Silencio por Dios!
(Se oyen dar las ánimas.)
Inés. ¿Qué?
Brig. ¡Silencio!
Inés. Me estremezco.
Brig. ¿Oís, Doña Inés, tocar?
Inés. Sí, lo mismo que otras veces
Las ánimas oigo dar.
Brig. Pues no habéis de él.
Inés. ¡Cielo santo!
¿De quién?
Brig. ¿De quién ha de ser?
De ese Don Juan que amais tanto,
Porque puede aparecer.
Inés. ¡Me amedrentas! ¿puede ese hombre
Llegar hasta aquí?
Brig. Quizá.
Porque el eco de su nombre
Tal vez llega adonde está.
Inés. ¡Cielos! ¿y podrá?...
Brig. ¿Quién sabe?
Inés. ¿Es un espíritu, pues?
Brig. No, mas si tiene una llave...
Inés. ¡Dios!
Brig. Silencio, Doña Inés:
¿No oís pasos?
Inés. ¡Ay! ahora
Nada oigo.
Brig. Las nueve dan.
Suben... se acercan... Señora...
Ya está aquí.
Inés. ¿Quién?
Brig. Él.
Inés. ¡Don Juan!
ESCENA IV.
DOÑA INÉS, DON JUAN, BRIGIDA.
Inés. ¿Qué es esto? sueño... deliro.
Juan. ¡Inés de mi corazón!

Inés. ¿Es realidad lo que miro,
O es una fascinación...?
Tenedme... apenas respiro...
Sombra... huye por compasión.
¡Ay de mí...!
(Desmácese Doña Inés y Don Juan la sostiene. La carta de Don Juan queda en el suelo abandonada por Doña Inés al desmayarse.)
Brig. La ha fascinado
Vuestra repentina entrada,
Y el pavor la ha trastornado.
Juan. Mejor: así nos ha ahorrado
La mitad de la jornada.
¡Ea! no desperdiciemos
El tiempo aquí en contemplarla
Si perdernos no queremos.
En los brazos á tomarla
Voy, y cuanto antes, ganemos
Ese claustro solitario.
Brig. ¡Oh, vais á sacarla así!
Juan. Necia, ¿piensas que rompí
La clausura temerario
Para dejármela aquí?
Mi gente abajo me espera:
Sígueme.
Brig. ¡Sin alma estoy!
¡Ay! este hombre es una fierza.
Nada le ataja ni altera...
Si, si; á su sombra me voy.

ESCENA V.

LA ABADESA.

Jurara que había oído
Por estos claustros andar:
Hoy á Doña Inés velar
Algo mas la he permitido,
Y me temo... Mas no están
Aquí. ¿Qué pudo ocurrir
A las dos para salir
De la celda? ¿dónde irán?
¡Hola! yo las ataré
Corto para que no vuelvan
A enredar y me revuelvan
A las novicias... si á fé.
Mas siento por allá fuera
Pasos. ¿Quién es?

ESCENA VI.

LA ABADESA, LA TORNERA.

Torn. Yo, señora.
Abad. ¡Vos en el claustro á esta hora!
¿Qué es esto, hermana tornera?
Torn. Madre abadesa, os buscaba.

Abad. ¿Qué hay? decid.
Torn. Un noble anciano
Quiere hablaros.
Abad. Es en vano.
Torn. Dice que es de Calatrava
Caballero; que sus fueros
Le autorizan á este paso,
Y que la urgencia del caso
Le obliga al instante á veros.
Abad. ¿Dijo su nombre?
Torn. El señor
Don Gonzalo Ulloa.
Abad. ¿Qué
Puede querer...? Abalé,
Hermana: es comendador
De la órden, y derecho
Tiene en el claustro de entrada.

ESCENA VII.

LA ABADESA.

¿A una hora tan avanzada
Venir así...? no sospecho
Qué pueda ser... mas me place,
Pues no hallando á su hija aquí
La reprenderá, y así
Mirará otra vez lo que hace.

ESCENA VIII.

LA ABADESA, DON GONZALO,
LA TORNERA, A LA PUERTA.

Gonz. Perdonad, madre abadesa,
Que en hora tal os moleste;
Mas para mí, asunto es este
Que honra y vida me interesa.
Abad. ¡Jesus!
Gonz. Oid.
Abad. Hablad pues.
Gonz. Yo guardé hasta hoy un tesoro
De mas quillates que el oro,
Y ese tesoro es mi Inés.
Abad. A propósito.
Gonz. Escuchad.
Se me acaba de decir
Que han visto á su dueña ir
Há poco por la ciudad
Hablando con el criado
De un Don Juan, de tal renombre
Que no hay en la tierra otro hombre
Tan audaz ni tan malvado.
En tiempo atrás se pensó
Con él á mi hija casar,
Y hoy que se la fui á negar
Robármela me juró.
Que por el torpe doncel

Ganada la dueña está
No puedo dudarlo ya :
Debo pues guardarme de él.
Y un día, un hora quizás
De imprevision le bastara
Para que mi honor manchara
A ese hijo de Satanás.
Hé aquí mi inquietud cuál es :
Por la dueña en conclusion
Vengo : vos la profesion
Abreviad de Doña Inés.

Abad. Sois padre, y es vuestro afán
Muy justo, comendador ;
Mas ved que ofende á mi honor.

Gonz. No sabeis quién es Don Juan.
Abad. Aunque le pintais tan malo
Yo os puedo decir de mí
Que mientras Inés esté aquí
Segura está, Don Gonzalo.

Gonz. Lo creo ; mas las razones
Abreviemos : entregadme
A esa dueña y perdonadme
Mis mundanas opiniones.
Si vos de vuestra virtud
Me respondeis, yo me fundo
En que conozco del mundo
La insensata juventud.

Abad. Se hará como lo exigis.
Hermana tornera, id pues
A buscar á Doña Inés
Y á su dueña.

(Vase la tornera.)
Gonz. ¿Qué decis,
Señora? ¿o traicion me ha hecho
Mi memoria, ó yo sé bien
Que esta es hora de que estén
Ambas á dos en su lecho.

Abad. Há un punto senti á las dos
Salir de aquí, no sé á qué.

Gonz. ¡Ay! porqué tiemblo no sé.
¡Mas qué veo, santo Dios!
Un papel... me lo decia
A voces mi mismo afán.
(Leyendo) « Doña Inés del alma mia... »
Y la firma de Don Juan.

Ved... ved... esa prueba escrita.
Leed ahí... ¡Oh! mientras que vos
Por ella rogais á Dios,
Viene el diablo y os la quita.

ESCENA IX.

LA ABADESA, DON GONZALO,
LA TORNERA.

Torn. Señora...

Abad. ¿Qué es?

Torn.

Gonz. Concluid.

Vengo muerta.

Torn. No acierto á hablar...
He visto á un hombre saltar
Por las tapias de la huerta.
Gonz. ¿Veis? corramos : ¡ay de mí!
Abad. ¿Dónde vais, comendador?
Gonz. ¡Imbécil! tras de mi honor,
Que os roban á vos de aquí.

ACTO CUARTO.

EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL
CIELO.

Quinta de Don Juan Tenorio cerca de Sevilla y
sobre el Guadalquivir. Balcon en el fondo. Dos
puertas á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

BRIGIDA, CIUTTI.

Brig. ¡Qué noche, válgame Dios!
A poderlo calcular
No me meto yo á servir
A tan fogoso galan.
¡Ay, Ciutti! molida estoy ;
No me puedo menear.

Ciut. ¿Pues qué os duele?
Brig. Todo el cuerpo

Y toda el alma ademas.
Ciut. ¡Ya! no estais acostumbrada
Al caballo, es natural.

Brig. Mil veces pensé caer :
¡Uf! ¡qué mareo! ¡qué afán!
Veia yo unos tras otros

Ante mis ojos pasar
Los árboles como en alas
Llevados de un huracan,
Tan apriesa y produciéndome
Ilusion tan infernal
Que perdiera los sentidos
Si tardamos en parar.

Ciut. Pues de estas cosas vereis
Si en esta casa os quedais
Lo menos seis por semana.

Brig. ¡Jesus!
Ciut. ¿Y esa niña está
Reposando todavía?

Brig. ¿Y á qué se ha de despertar?
Ciut. Si, es mejor que abra los ojos
En los brazos de Don Juan.

Brig. Preciso es que tu amo tenga
Algun diablo familiar.

Ciut. Yo creo que sea él mismo
Un diablo en carne mortal,
Porque á lo que él, solamente
Se arrojava Satanás.

Brig. ¡Oh! ¡el lance ha sido estremado!
Ciut. Pero al fin logrado está.

Brig. ¡Salir así de un convento
En medio de una ciudad
Como Sevilla!

Ciut. Es empresa
Tan solo para hombre tal.
Mas ¡qué diablos! si á su lado
La fortuna siempre va,
Y encadenado á sus piés
Duerme sumiso el azar.

Brig. Si, decis bien.
Ciut. No he visto hombre

De corazon mas audaz ;
Ni halla riesgo que le espante,
Ni enueentra dificultad
Que al empeñarse en vencer
Le haga un punto vacilar.

A todo osando se arroja,
De todo se ve capaz,
Ni mira dónde se mete,
Ni lo pregunta jamás.

Allí hay un lance, le dicen :
Y él dice : « Allá va Don Juan. »
¡Mas ya tarda, vive Dios!

Brig. Las doce en la catedral
Han dado há tiempo.
Ciut. Y de vuelta
Debia á las doce estar.

Brig. ¿Pero porqué no se vino
Con nosotros?

Ciut. Tiene allá
En la ciudad todavia
Cuatro cosas que arreglar.

Brig. ¿Para el viaje?
Ciut. Por supuesto ;

Aunque muy fácil será
Que esta noche á los infernos
Le hagan á él mismo viajar.

Brig. ¡Jesus, qué ideas!
Ciut. Pues digo,

¡Son obras de caridad
En las que nos empleamos
Para mejor esperar?

Aunque seguros estamos
Como vuelva por acá.

Brig. ¿De veras, Ciutti?
Ciut. Venid

A este balcon y mirad
¿Qué veis?

Brig. Veo un bergantin
Que anclado en el rio está.

Ciut. Pues su patron solo aguarda
Las cartas de Don Juan,
Y sarvos en todo caso
A Italia nos llevará.

Brig. ¿Cierto?
Ciut. Y nada receleis

Por nuestra seguridad ;
Que es el barco mar velero
Que boga sobre la mar.
Brig. ¡Chist! ya siento á Doña Inés
Ciut. Pues yo me voy, que Don Juan
Encargó que sola vos
Debais con ella hablar.
Brig. Y encargó bien, que yo entiendo
De esto.

Ciut. A Dios pues.
Brig. Vete en paz.

ESCENA II.

DOÑA INÉS, BRIGIDA.

Inés. Dios mio, ¡cuánto he soñado!
Loea estoy : ¿qué hora será?
¿Pero qué es esto, ay de mí?
No recuerdo que jamás
Haya visto este aposento.
¿Quién me trajo aquí?

Brig. Don Juan.
Inés. Siempre Don Juan... ¿mas conmigo
Aquí tú tambien estás,
Brigida?

Brig. Si, Doña Inés.
Inés. Pero dime en caridad,
¿Dónde estamos? ¿Este cuarto.
Es del convento?

Brig. No tal :
Aquello era un cuchitril
En donde no habia mas
Que miseria.

Inés. Pero en fin,
¿En dónde estamos?
Brig. Mirad,

Mirad por este balcon,
Y alcanzareis lo que va
Desde un convento de monjas
A una quinta de Don Juan.

Inés. ¿Es de Don Juan esta quinta?
Brig. Y creo que vuestra ya.
Inés. Pero no comprendo, Brigida,
Lo que hablas.

Brig. Escuchad.
Estabais en el convento
Leyendo con mucho afán
Una carta de Don Juan,
Cuando estalló en un momento
Un incendio formidable.

Inés. ¡Jesus!
Brig. Espantoso, inmenso ;
El humo era ya tan denso
Que el aire se hizo palpable.

Inés. Pues no recuerdo...
Brig. Las dos
Con la carta entretenidas,

Olvidamos nuestras vidas,
Yo oyendo, y leyendo vos.
Y estaba en verdad tan tierna,
Que entrambas á su lectura
Achacamos la tortura
Que sentíamos interna.
Apenas ya respirar
Podíamos, y las llamas
Prendían ya en nuestras camas:
Nos íbamos á asfixiar,
Cuando Don Juan, que os adora,
Y que rondaba el convento,
Al ver crecer con el viento
La llama devastadora,
Con inaudito valor,
Viendo que íbais á abrasaros,
Se metió para salvaros
Por donde pudo mejor.
Vos al verle así asaltar
La celda tan de improviso
Os desmayasteis... preciso,
La cosa era de esperar.
Y él cuando os vió caer así
En sus brazos os tomó
Y echó á huir; yo le seguí,
Y del fuego nos sacó.
¿Dónde íbamos á esta hora?
Vos seguiais desmayada,
Yo estaba ya casi ahogada.
Dijo pues: «Hasta la aurora
En mi casa las tendré.»
Y hénos, Doña Inés, aquí.

Inés. ¿Con que esta es su casa?

Brig. Sí.

Inés. Pues nada recuerdo á fé.
Pero... ¡en su casa...! Oh, al punto
Salgamos de ella... yo tengo
La de mi padre.

Brig. Convengo
Con vos; pero es el asunto...

Inés. ¿Qué?

Brig. Que no podemos ir.

Inés. Oír tal me maravilla.

Brig. Nos aparta de Sevilla...

Inés. ¿Quién?

Brig. Vedlo, el Guadalquivir.

Inés. ¿No estamos en la ciudad?

Brig. A una legua nos hallamos
De sus murallas.

Inés. ¡Oh! ¡estamos
Perdidas!

Brig. ¡No sé en verdad
Porqué!

Inés. Me estás confundiendo,
Brigida... y no sé qué redes
Son las que entre estas paredes
Temo que me estás tendiendo.
Nunca el claustro abandoné

Ni sé del mundo exterior
Los usos; mas tengo honor.
Noble soy, Brigida, y sé
Que la casa de Don Juan
No es buen sitio para mí:
Me lo está diciendo aquí
No sé qué escondido afán.
Ven, huyamos.

Brig. Doña Inés,

La existencia os ha salvado.

Inés. Sí, pero me ha envenenado
El corazón.

Brig. ¿Le amais pues?

Inés. No sé... mas por compasión

Huyamos pronto de ese hombre,

Tras de cuyo solo nombre

Se me escapa el corazón.

¡Ah! tú me diste un papel

De mano de ese hombre escrito,

Y algun encanto maldito

Me diste encerrado en él.

Una sola vez le vi

Por entre unas celosías,

Y que estaba me decías

En aquel sitio por mí.

Tú, Brigida, á todas horas

Me venías de él á hablar,

Haciéndome recordar

Sus gracias fascinadoras.

Tú me dijiste que estaba

Para mí destinado

Por mi padre... y me has jurado

En su nombre que me amaba.

¿Que le amo dices?... pues bien,

Si esto es amar, sí, le amo;

Pero yo sé que me infamo

Con esa pasión también.

Y si el débil corazón

Se me va tras de Don Juan,

Tirándome de él están

Mi honor y mi obligacion.

Vamos pues, vamos de aquí

Primero que ese hombre venga;

Pues fuerza acaso no tenga

Si le veo junto á mí.

Vamos, Brigida.

Brig. Esperad.

¿No oís?

Inés. ¿Qué?

Brig. Ruido de remos.

Inés. Sí, dices bien; volveremos

En un bote á la ciudad.

Brig. Mirad, mirad, Doña Inés.

Inés. Acaba... por Dios partamos.

Brig. Ya imposible que salgamos.

Inés. ¿Por qué razon?

Brig. Porque él es

Quien en ese barquichuelo

Se adelanta por el río.

Inés. ¡Ay! ¡dadme fuerzas, Dios mío!

Brig. Ya llegó, ya está en el suelo.

Sus gentes nos volverán

A casa: mas antes de irnos

Es preciso despedirnos

A lo menos de Don Juan.

Inés. Sea, y vamos al instante.

No quiero volverle á ver.

Brig. (Los ojos te hará volver

El encontrarle delante.)

Vamos.

Inés. Vamos.

Ciutti, dentro. Aquí están.

Juan, ídem. Alumbra.

Brig. ¡Nos busca!

Inés. El es.

ESCENA III.

DICHOS, DON JUAN.

Juan. ¿Adónde vai Doña Inés?

Inés. Dejádme salir, Don Juan.

Juan. ¿Que os deje salir?

Brig. Señor,

Sabiendo ya el accidente

Del fuego, estará impaciente

Por su hija el comendador.

Juan. ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado

Por Don Gonzalo, que ya

Dormir tranquilo le hará

El mensaje que le he enviado.

Inés. ¿Le habeis dicho...?

Juan. Que os hallábais

Bajo mi amparo segura,

Y el aura del campo pura

Libre por fin respirábais.

¡Cálmate pues, vida mia!

Reposa aquí; y un momento

Olvida de tu convento

La triste cárcel sombría.

¡Ah! ¿No es cierto, ángel del amor,

Que en esta apartada orilla

Mas pura la luna brilla

Y se respira mejor?

Esta aura que vaga llena

De los sencillos olores

De las campesinas flores

Que brota esa orilla amena;

Esa agua limpia y serena

Que atraviesa sin temor

La barca del pescador

Que espera cantando al día,

¿No es cierto, paloma mia,

Que están respirando amor?

Esa armonía que el viento

Recoge entre esos millares

De floridos olivares,

Que agita con manso aliento;

Ese dulcísimo acento

Con que trina el ruiseñor

De sus copas morador

Llamando al cercano día,

¿No es verdad, gacela mia,

Que están respirando amor?

Y estas palabras que están

Filtrando insensiblemente

Tu corazón ya pendiente

De los labios de Don Juan,

Y cuyas ideas van

Inflamando en su interior

Un fuego germinador

No encendido todavía,

¿No es verdad, estrella mia,

Que están respirando amor?

Y esas dos líquidas perlas

Que se desprenden tranquilas

De tus radiantes pupilas

Convidándome á beberlas

Evaporarse á no verlas

De sí mismas al calor,

Y ese encendido color

Que en tu semblante no habia,

¿No es verdad, hermosa mia,

Que están respirando amor?

¡Oh! sí, bellísima Inés,

Espejo y luz de mis ojos;

Escucharme sin enojos,

Como lo haces, amor es:

Mira aquí á tus plantas pues

Todo el altivo rigor

De este corazón traidor

Que rendirse no creia,

Adorando, vida mia,

La esclavitud de tu amor.

Inés. Callad por Dios, ¡oh, Don Juan!

Que no podré resistir

Mucho tiempo sin morir

Tan nunca sentido afán.

¡Ah! callad por compasión,

Que oyéndoos me parece

Que mi cerebro enloquece,

Y se arde mi corazón.

¡Ah! me habeis dado á beber

Un filtro infernal sin duda,

Que á rendiros os ayuda

La virtud de la muger.

Tal vez poseéis, Don Juan,

Un misterioso amuleto

Que á vos me atrae en secreto

Como irresistible iman.

Tal vez Satan puso en vos

Su vista fascinadora,

Su palabra seductora,

Y el amor que negó á Dios.

¿Y qué he de hacer; ay de mí!
Sino caer en vuestros brazos,
Si el corazón en pedazos
Me vais robando de aquí?
No, Don Juan, en poder mío
Resistirme no está ya:
Yo voy á ti como va
Sorbido al mar ese río.
Tu presencia me enajena,
Tus palabras me alucinan,
Y tus ojos me fascinan,
Y tu aliento me envenena.
¡Don Juan! ¡Don Juan! yo lo imploro
De tu hidalga compasión:
O arráncame el corazón,
O ámame, porque te adoro.

Juan. ¡Alma mía! esa palabra
Cambia de modo mi ser,
Que alcanzo que puede hacer
Hasta que el Eden se me abra.
No es, Doña Inés, Satanás
Quien pone este amor en mí:
Es Dios, que quiere por tí
Ganarme para él quizás.
No, el amor que hoy se atesora
En mi corazón mortal,
No es un amor terrenal
Como el que sentí hasta ahora;
No es esa chispa fugaz
Que cualquier ráfaga apaga;
Es incendio que se traga
Cuanto ve, inmenso, voraz.
Desecha pues tu inquietud,
Bellísima Doña Inés,
Porque me siento á tus pies
Capaz aun de la virtud.
Sí, iré mi orgullo á postrar
Ante el buen comendador,
Y ó habrá de darme tu amor,
O me tendrá que matar.

Inés. ¡Don Juan de mi corazón!
Juan. ¡Silencio! ¿habeis escuchado?
Inés. ¿Que?
Juan. Sí, una barca ha atracado
(Mira por el talcon.)

Debajo de ese balcon.
Un hombre embozado de ella
Salta... Brigida, al momento
Pasad á ese otro aposento,
Y perdonad, Inés bella,
Si solo me importa estar.
Inés. ¿Tardarás?
Juan. Poco ha de ser.
Inés. A mi padre hemos de ver.
Juan. Sí, en cuanto empiece á clarear.
A Dios,

ESCENA IV.

DON JUAN, CIUTTI.

Ciut. ¿Señor?
Juan. ¿Qué sucede,
Ciutti?
Ciut. Ahí está un embozado
En veros muy empenado.
Juan. ¿Quién es?
Ciut. Dice que no puede
Descubrirse mas que á vos,
Y que es cosa de tal priesa
Que en ella se os interesa
La vida á entrambos á dos.
Juan. ¿Y en él no has reconocido
Marca ni señal alguna
Que nos oriente?
Ciut. Ninguna;
Mas á veros decidido
Viene.
Juan. ¿Trae gente?
Ciut. No mas
Que los remeros del bote.
Juan. Que entre.

ESCENA V.

DON JUAN; LUEGO CIUTTI Y DON LUIS,
EMBOZADO.

Juan. ¿Jugamos á escote
La vida...! mas ¿si es quizás
Un traidor que hasta mi quinta
Me viene siguiendo el paso?
Hálleme pues por si acaso
Con las armas en la cinta.
(Se ciñe la espada y suspende al cinto un
par de pistolas que habrá colocado sobre
la mesa á su salida en la escena tercera.
Al momento sale Ciutti conduciendo á
Don Luis, que embozado hasta los ojos
espera á que se queden solos. Don Juan
hace á Ciutti una seña para que se re-
tire. Lo hace.)

ESCENA VI.

DON JUAN, DON LUIS.

Juan. (Buen talante.) Bien venido,
Caballero.
Luis. Bien hallado,
Señor mío.
Juan. Sin cuidado
Hablad.
Luis. Jamás lo he tenido.
Juan. Decid pues: ¿á qué venís

A esta hora y con tal afán?
Luis. Vengo á mataros, Don Juan.
Juan. Según eso sois Don Luis.
Luis. No os engañó el corazón,
Y el tiempo no malgastemos,
Don Juan: los dos no cabemos
Ya en la tierra.
Juan. En conclusion,
Señor Mejía, ¿es decir
Que porque os gané la apuesta
Quereis que acabe la fiesta
Con salirnos á batir?
Luis. Estais puesto en la razon:
La vida apostado habemos,
Y es fuerza que nos paguemos.
Juan. Soy de la misma opinion.
Mas ved que os debo advertir
Que sois vos quien la ha perdido.
Luis. Pues por eso os la he traído;
Mas no creo que morir
Deba nunca un caballero,
Que lleva en el cinto espada,
Como una res destinada
Por su dueño al matadero.

Juan. Ni yo creo que resquicio
Habreis jamás encontrado
Por donde me hayais tomado
Por un cortador de oleo.
Luis. De ningun modo; y ya veis
Que pues os vengo á buscar
Mucho en vos debo fiar.
Juan. No mas de lo que podeis.
Y por mostráros mejor
Mi generosa hidalguia,
Decid si aun puedo, Mejía,
Satisfacer vuestro honor.
Leal la apuesta os gané;
Mas si tanto os ha escocido,
Mirad si hallais conocido
Remedio, y le aplicaré.

Luis. No hay mas que el que os he pro-
puesto,
Don Juan. Me habeis maniatado,
Y habeis la casa asaltado
Usurpándome mi puesto;
Y pues el mio tomásteis
Para triunfar de Doña Ana,
No sois vos, Don Juan, quien gana,
Porque por otro juzásteis.
Juan. Ardides del juego son.
Luis. Pues no os los quiero pasar,
Y por ellos á jugar
Vamos ahora el corazón.
Juan. ¿Le arriesgais pues en revancha
De Doña Ana de Pantoja?
Luis. Sí, y lo que tardó me enoja
En lavar tan fea mancha.
Don Juan, yo la amaba, si;

Mas con lo que habeis osado
Imposible la hais dejado
Para vos y para mí.
Juan. ¿Porqué la apostásteis pues?
Luis. Porque no pude pensar
Que lo pudiérais lograr.
Y... vamos, por san Andrés,
A reñir, que me impacienteo.
Juan. Bajemos á la ribera.
Luis. Aquí mismo.
Juan. Necio fuera:
¿No veis que en este aposento
Prendieran al vencedor?
Vos traéis una barquilla.
Luis. Sí.
Juan. Pues que lleve á Sevilla
Al que quede.
Luis. Eso es mejor;
Salgamos pues.
Juan. Esperad.
Luis. ¿Qué sucede?
Juan. Ruido siento.
Luis. Pues no perdamos momento.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON LUIS, CIUTTI.

Ciut. Señor, la vida salvad.
Juan. ¿Qué hay pues?
Ciut. El comendador,
Que llega con gente armada.
Juan. Déjale franca la entrada,
Pero á él solo.
Ciut. Mas, señor...
Juan. Obedéceme. (Vase Ciutti.)

ESCENA VIII.

DON JUAN, DON LUIS.

Juan. Don Luis,
Pues de mí os habeis fiado
Cuanto dejais demostrado
Cuando á mi casa venís,
No dudaré en suplicaros,
Pues mi valor conoceis,
Que un instante me aguardéis.
Luis. Yo nunca puse reparos
En valor que es tan notorio,
Mas no me fio de vos.
Juan. Ved que las partes son dos
De la apuesta con Tenorio,
Y que ganadas están.
Luis. ¿Lográsteis á un tiempo...
Juan. Si:
La del convento está aquí:
Y pues viene de Don Juan

A reclamarla quien puede,
Cuando me podeis matar
No debo asunto dejar
Tras mí que pendiente quede.

Luis. Pero mirad que meter
Quien puede el lance impedir
Entre los dos puede ser...

Juan. ¿Qué?

Luis. Escusaros de reñir.

Juan. ¡Miserable...! de Don Juan

Podeis dudar solo vos:

Mas aquí entrad ¡vive Dios!

Y no tengáis tanto afán

Por vengaros, que este asunto

Arreglado con ese hombre,

Don Luis, yo os juro á mi nombre

Que nos batimos al punto.

Luis. Pero...

Juan. ¡Con una legion

De diablos! entrad aquí;

Que harta nobleza es en mí

Aun daros satisfaccion.

Desde ahí ved y escuchad;

Franca tenéis esa puerta.

Si veis mi conducta incierta

Como os acomode obrad.

Luis. Me avengo, si muy reacio

No andáis.

Juan. Calculadlo vos

A placer: mas ¡vive Dios!

Que para todo hay espacio.

(Entra Don Luis en el cuarto que Don Juan le señala.)

Ya suben. (Don Juan escucha.)

Gonz., dentro. ¿Dónde está?

Juan. Él es.

ESCENA IX.

DON JUAN, DON GONZALO.

Gonz. ¿Adónde está ese traidor?

Juan. Aquí está, comendador.

Gonz. ¿De rodillas?

Juan. Y á tus piés.

Gonz. Vil eres hasta en tus crímenes.

Juan. Anciano, la lengua ten,

Y escúchame un solo instante.

Gonz. ¿Qué puede en tu lengua haber

Que borre lo que tu mano

Escribió en este papel?

¡Ir á sorprender ¡infame!

La cándida sencillez

De quien no pudo el veneno

De esas letras precaver!

¡Derramar en su alma virgen

Traidoramente la hiel

En que rebosa la tuya

Seca de virtud y fé!

¡Proponerse así enlodar

De mis timbres la alta prez,

Como si fuera un harapo

Que desecha un mercader!

¿Ese es el valor, Tenorio,

De que blasonas? ¡Esa es

La proverbial osadía

Que te da al vulgo á temer?

¿Con viejos y con doncellas

La muestras...? y ¿para qué?

¡Vive Dios! para venir

Sus plantas así á lamer

Mostrándote á un tiempo ajeno

De valor y de honradez.

Juan. ¡Comendador!

Gonz. Miserable,

Tú has robado á mi hija Inés

De su convento, y yo vengo

Por tu vida, ó por mi bien.

Juan. Jamás delante de un hombre

Mi alta cerviz incliné,

Ni he suplicado jamás

Ni á mi padre ni á mi rey.

Y pues conservo á tus plantas

La postura en que me ves,

Considera, Don Gonzalo,

Que razon debo tener.

Gonz. Lo que tienes, es pavor

De mi justicia.

Juan. ¡Pardiez!

Oyeme, comendador,

O tenerme no sabré,

Y seré quien siempre he sido

No queriéndolo ahora ser.

Gonz. ¡Vive Dios!

Juan. Comendador,

Yo idolatro á Doña Inés,

Persuadido de que el cielo

Nos la quiso conceder

Para enderezar mis pasos

Por el sendero del bien.

No amé la hermosura en ella

Ni sus gracias adoré;

Lo que adoro es la virtud,

Don Gonzalo, en Doña Inés.

Lo que justicias ni obispos

No pudieron de mí hacer

Con cárceles y sermones,

Lo pudo su candidez.

Su amor me torna en otro hombre

Regenerando mi sér,

Y ella puede hacer un ángel

De quien un demonio fué.

Escucha, pues, Don Gonzalo,

Lo que te puede ofrecer

El audaz Don Juan Tenorio

De rodillas á tus piés.

Yo seré esclavo de tu hija,

En tu casa viviré,

Tú gobernarás mi hacienda

Diciéndome esto ha de ser.

El tiempo que señalares

En reclusion estaré;

Cuantas pruebas exigieres

De mi audacia ó mi altivez,

Del modo que me ordenares

Con sumision te daré:

Y cuando estime tu juicio

Que la puedo merecer,

Yo la daré un buen esposo

Y ella me dará el Eden.

Gonz. Basta, Don Juan; no sé cómo

Me he podido contener

Oyendo tan torpes pruebas

De tu infame avilantez.

Don Juan, tú eres un cobarde

Cuando en la ocasion te ves,

Y no hay hajeza á que no oses

Como te saque con bien.

Juan. ¡Don Gonzalo!

Gonz. Y me avergüenzo

De mirarte así á mis piés,

Lo que apostabas por fuerza

Suplicando por merced.

Juan. Todo así se satisface,

Don Gonzalo, de una vez.

Gonz. ¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo?

Primero la mataré.

¡Ea! entrégame la al punto,

O sin poderme valer

En esa postura vil

El pecho te cruzaré.

Juan. Miralo bien, Don Gonzalo;

Que vas á hacerme perder

Con ella hasta la esperanza

De mi salvacion tal vez.

Gonz. ¿Y qué tengo yo, Don Juan,

Con tu salvacion que ver?

Juan. ¡Comendador, que me pierdes!

Gonz. Mi hija.

Juan. Considera bien

Que por cuantos medios pude

Te quise satisfacer;

Y que con armas al cinto

Tus denuestos toleré

Propóniéndote la paz

De rodillas á tus piés.

ESCENA X.

DICHOS; DON LUIS, SOLTANDO UNA CARCA-
JADA DE BURLA.

Luis. Muy bien, Don Juan.

Juan. ¡Vive Dios!

Gonz. ¿Quién es ese hombre?

Luis. Un testigo

De su miedo, y un amigo,

Comendador, para vos.

Juan. ¡Don Luis!

Luis. Ya he visto bastante,

Don Juan, para conocer

Cuál uso puedes hacer

De tu valor arrogante;

Y quien hiere por detrás

Y se humilla en la ocasion,

Es tan vil como el ladrón

Que roba y huye.

Juan. ¿Esto mas?

Luis. Y pues la ira soberana

De Dios, junta como ves

Al padre de Doña Inés

Y al vengador de Doña Ana,

Mira el fin que aquí te espera

Cuando á igual tiempo te alcanza,

Aquí dentro su venganza

Y la justicia allá fuera.

Gonz. ¡Oh! ahora comprendo... ¿sois vos

El que...?

Luis. Soy Don Luis Mejía,

A quien á tiempo os envía

Por vuestra venganza Dios.

Juan. ¡Basta pues de tal suplicio!

Si con hacienda y honor

Ni os nuestro ni doy valor

A mi franco sacrificio:

Y la leal solicitud

Con que ofrezco cuanto puedo

Tomais. ¡vive Dios! por miedo

Y os mofais de mi virtud,

Os acepto el que me daís

Plazo breve y perentorio

Para mostrarme el Tenorio

De cuyo valor dudais.

Luis. Sea; y cae á nuestros piés

Digno al menos de esa fama

Que por tan bravo te aclama.

Juan. Y venza el infierno pues.

Ulloa, pues mi alma así

Vuelves á hundir en el vicio,

Cuando Dios me llame á juicio

Tú responderás por mí.

(Le da un pistoletazo.)

Gonz. ¡Asesino!

Juan. Y tú, insensato,

Que me llamas vil ladrón,

Di en prueba de tu razon

Que cara á cara te mato.

(Reñen, y le da una estocada.)

Luis. ¡Jesus!

Juan. Tarde tu fé ciega

Acude al cielo, Mejía,

Y no fué por culpa mia.

Pero la justicia llega
Y á té que ha de ver quién soy.
Ciut., dentro. ¿Don Juan?
Juan, asomando al balcon. ¿Quién es?
Ciut., dentro. Por aquí;

Salvaos.
Juan. ¿Hay paso?
Ciut. Sí;

Arrojaos.
Juan. Allá voy.

Llamé al cielo y no me oyó;
Y pues sus puertas me cierra,
De mis pasos en la tierra
Responda el cielo, y no yo.
(Se arroja por el balcon, y se le oye caer en el agua del rio, al mismo tiempo que el ruido de los remos muestra la rapidez del barco en que parte; se oyen golpes en las puertas de la habitacion; poco despues entra la justicia, soldados, etc.)

ESCENA XI.

ALGUACILES, SOLDADOS; LUEGO DOÑA INÉS
Y BRIGIDA.

Alg. 1º. El tiro ha sonado aquí.
Alg. 2º. Aun hay humo.
Alg. 1º. ¡Santo Dios!
Aquí hay un cadáver.
Alg. 2º. Dos.
Alg. 1º. ¿Y el matador?
Alg. 2º. Por allí.
(Abren el cuarto en que están Doña Inés y Brigida, y las sacan á la escena; Doña Inés reconoce el cadáver de su padre.)
Alg. 2º. ¡Dos mugeres!
Inés. ¡Ah, qué horror,
Padre mío!
Alg. 1º. ¡Es su hija!
Brig. Sí.
Inés. ¡Ay! ¿dó estás, Don Juan, que aquí
Me olvidas en tal dolor?
Alg. 1º. El le asesinó.
Inés. ¡Dios mío!
¿Me guardabas esto mas?
Alg. 2º. Por aquí ese Satanás
Se arrojó sin duda al rio.
Alg. 1º. Miradlos... á bordo están
Del bergantin calabrés.
Todos. ¡Justicia por Doña Inés!
Inés. Pero no contra Don Juan.
(Cayendo de rodillas.)

PARTE SEGUNDA.

ACTO PRIMERO.

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

Panteon de la familia Tenorio. — El teatro representa un magnifico cementerio, hermoseado á manera de jardin. En primer término, aislados y de bulto, los sepulcros de Don Gonzalo de Ulloa, de Doña Inés y de Don Luis Mejia, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra. El sepulcro de Don Gonzalo á la derecha y su estatua de rodillas; el de Don Luis á la izquierda, y su estatua tambien de rodillas; el de Doña Inés en el centro, y su estatua de pié. En segundo término otros dos sepulcros en la forma que convenga; y en el tercer término y en puesto elevado el sepulcro y estatua del fundador Don Diego Tenorio, en cuya figura remata la perspectiva de los sepulcros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos florones á cada lado de la tumba de Doña Inés dispuestos á servir de la manera que á su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoracion, que no debe tener nada de horrible. La accion se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna.

ESCENA PRIMERA.

EL ESCULTOR, DISPONIÉNDOSE A MARCHAR.

Pues, señor, es cosa hecha:
El alma del buen Don Diego
Puede á mi ver con sosiego
Reposar muy satisfecha.
La obra está rematada
Con cuanta suntuosidad
Su postrera voluntad
Dejó al mundo encomendada.
Y ya quisieran ¡pardiez!
Todos los ricos que mueren
Que su voluntad cumplieren
Los vivos, como esta vez.
Mas ya de marcharme es hora:
Todo corriente lo dejo,
Y de Sevilla me alejo
Al despuntar de la aurora.
¡Ah! mármoles que mis manos
Pulieron con tanto afán.
Mañana os contemplarán
Los absortos sevillanos;
Y al mirar de este panteon
Las gigantes proporciones
Tendrán las generaciones
La nuestra en veneracion.
Mas yendo y viniendo dias
Se hundirán unas tras otras,
Mientras en pié estareis vosotras
Póstumas memorias mias.
¡Oh! frutos de mis desvelos,

Peñas á quien yo animé
Y por quienes arrostré
La intemperie de los cielos;
El que forma y sér os dió
Va ya á perderos de vista;
¡Velad mi gloria de artista,
Pues vivireis mas que yo!
Mas ¿quién llega?

ESCENA II.

EL ESCULTOR; DON JUAN, QUE ENTRA
EMBOZADO.

Esc. Caballero...
Juan. Dios le guarde.
Esc. Perdonad,
Mas ya es tarde y...
Juan. Aguardad
Un instante, porque quiero
Que me expliqueis...
Esc. ¿Por acaso
Sois forastero?
Juan. Años há
Que falto de España ya,
Y me chocó el ver al paso
Cuando á esas verías llegué
Que encontraba este recinto
Enteramente distinto
De cuando yo le dejé.
Esc. Yo lo creo; como que esto
Era entonces un palacio,
Y hoy es panteon el espacio,
Donde aquel estuvo puesto.
Juan. ¡El palacio hecho panteon!
Esc. Tal fué de su antiguo dueño
La voluntad, y fué empeño
Que dió al mundo admiracion.
Juan. ¡Y por Dios que es de admirar!
Esc. Es una famosa historia,
A la cual debo mi gloria.
Juan. ¿Me la podreis relatar?
Esc. Sí; aunque muy sucintamente,
Pues me aguardan.
Juan. Sea.
Esc. Oid
La verdad pura.
Juan. Decid,
Que me tenéis impaciente.
Esc. Pues habitó esta ciudad
Y este palacio heredado
Un varon muy estimado
Por su noble calidad.
Juan. Don Diego Tenorio.
Esc. El mismo.
Tuvó un hijo este Don Diego
Peor mil veces que el fuego,
Un aborto del abismo.
Un mozo sangriento y cruel,
Que con tierra y cielo en guerra
Dicen que nada en la tierra
Fué respetado por él.
Quimerista, seductor
Y jugador con ventura,
Nó hubo para él segura
Vida, ni hacienda, ni honor.
Así le pinta la historia,
Y si tal era, por cierto
Que obró cuerdamente el muerto
Para ganarse la gloria.
Juan. Pues ¿cómo obró?
Esc. Dejó entera
Su hacienda al que la empleara
En un panteon que asombrara
A la gente venidera.
Mas con condicion que dijo
Que se enterraran en él
Los que á la mano cruel
Sucumbieron de su hijo.
Y mirad en derredor
Los sepulcros de los mas
De ellos.
Juan. ¿Y vos sois quizás
El conserge?
Esc. El escultor
De estas obras encargado.
Juan. ¡Ah! ¿Y las habeis concluido?
Esc. Há un mes; mas me he detenido
Hasta ver ese enverjado
Colocado en su lugar;
Pues he querido impedir
Que pueda el vulgo venir
Este sitio á profanar.
Juan, mirando. ¡Bien empleó sus riquezas
El difunto!
Esc. ¡Yo lo creo!
Miradle allí.
Juan. Ya le veo.
Esc. ¿Le conocisteis?
Juan. Sí.
Esc. Piezas
Son todas muy parecidas
Y á conciencia trabajadas.
Juan. ¡Cierto que son estremadas!
Esc. ¿Os han sido conocidas
Las personas?
Juan. Todas ellas.
Esc. ¿Y os parecen bien?
Juan. Sin duda,
Segun lo que á ver me ayuda
El fulgor de las estrellas.
Esc. ¡Oh! se ven como de dia
Con esta luna tan clara.
Esta es mármol de Carrara.
(Señalando á la de Don Luis.)

Juan. ¡Buen busto es el de Mejía!
(*Contempla las estatuas unas tras otras.*)
¡Hola! aquí el comen tador
Se representa muy bien.
Esc. Yo quise poner tambien
La estatua del matador
Entre sus victimas, pero
No pude á manos haber
Su retrato... Un Lucifer
Dicen que era el caballero
Don Juan Tenorio.
Juan. ¡Muy malo!
Mas como pudiera hablar
Le habia algo de abonar
La estatua de Don Gonzalo.
Esc. ¿Tambien habeis conocido
A Don Juan?
Juan. Mucho.
Esc. Don Diego
Le abandonó desde luego
Desheredándole.
Juan. Ha sido
Para Don Juan poco daño
Ese, porque la fortuna
Va tras él desde la cuna.
Esc. Dicen que ha muerto.
Juan. Es engaño:
Vive.
Esc. ¿Y dónde?
Juan. Aquí, en Sevilla.
Esc. ¿Y no teme que el furor
Popular...?
Juan. En su valor
No ha echado el miedo semilla.
Esc. Mas cuando vea el lugar
En que está ya convertido
El solar que suyo ha sido,
No osará en Sevilla estar.
Juan. Antes ver tendrá á fortuna
En su casa reunidas
Personas de él conocidas,
Puesto que no odia á ninguna.
Esc. ¿Creeis que ose aquí venir?
Juan. ¿Porqué no? pienso á mi ver
Que donde vino á nacer
Justo es que venga á morir.
Y pues le quitan su herencia
Para enterrar á estos bien,
A él es muy justo tambien
Que le entierren con decencia.
Esc. Solo á él le está prohibida
En este panteon la entrada.
Juan. Trae Don Juan muy buena espada,
Y no sé quién se la impida.
Esc. ¡Jesus! ¡tal profanacion!
Juan. Hombre es Don Juan que, á querer,
Volverá el palacio á hacer
Encima del panteon.

Esc. ¿Tan audaz ese hombre es
Que aun á los muertos se atreve?
Juan. ¿Qué respetos gastar debe
Con los que tendió á sus piés?
Esc. ¿Pero no tiene conciencia
Ni alma ese hombre?
Juan. Tal vez no,
Que al cielo una vez llamó
Con voces de penitencia,
Y el cielo en trance tan fuerte
Allí mismo le metió
Que á dos inocentes dió
Para salvarse la muerte.
Esc. ¿Qué mónstruo, supremo Dios!
Juan. Podeis estar convencido
De que Dios no le ha querido.
Esc. Tal será.
Juan. Mejor que vos.
Esc. (¿Y quién será el que á Don Juan
Abona con tanto brio?)
Caballero, á pesar mio,
Como aguardándome están...
Juan. Idos pues en hora buena.
Esc. He de cerrar.
Juan. No cerreis,
Y marchaos.
Esc. ¿Mas no veis...?
Juan. Veo una noche serena
Y un lugar que me acomoda
Para gozar su frescura,
Y aquí he de estar á mi holgura
Si pesa á Sevilla toda.
Esc. (¿Si acaso padecerá
De locura, desvarios?)
Juan, dirigiéndose á las estatuas. Ya
estoy aquí, amigos míos.
Esc. ¿No lo dije? loco está.
Juan. Mas ¡cielos, qué es lo que veo!
O es ilusion de mi vista,
O á Doña Inés el artista
Aquí representa creo.
Esc. Sin duda.
Juan. ¿Tambien murió?
Esc. Dicen que de sentimiento
Cuando de nuevo al convento
Abandonada volvió
Por Don Juan.
Juan. ¿Y yace aquí?
Esc. Sí.
Juan. ¿La visteis muerta vos?
Esc. Sí.
Juan. ¿Cómo estaba?
Esc. ¡Por Dios
Que dormida la creí!
La muerte fué tan piadosa
Con su cándida hermosura,
Que la envió con la frescura
Y las tintas de la rosa.

Juan. ¡Ah! mal la muerte podría
Deshacer con torpe mano
El semblante soberano
Que un ángel envidiaria.
¡Cuán bella y cuán parecida
Su esfigie en el mármol es!
¡Quién pudiera, Doña Inés,
Volver á darte la vida!
¿Es obra del cincel vuestro?
Esc. Como todas las demas.
Juan. Pues bien merece algo mas
Un retrato tan maestro.
Tomad.
Esc. ¿Qué me dais aquí?
Juan. ¿No lo veis?
Esc. Mas... caballero...
¿Por qué razon...?
Juan. Porque quiero
Yo que os acordéis de mi.
Esc. Mirad que están bien pagadas.
Juan. Así lo estarán mejor.
Esc. Mas vamos de aquí, señor,
Que aun las llaves entregadas
No están, y al salir la aurora
Tengo que partir de aquí.
Juan. Entregádmelas á mí,
Y marchaos desde ahora.
Esc. ¿A vos?
Juan. A mí: ¿qué dudais?
Esc. Como no tengo el honor...
Juan. Ea, acabad, escultor.
Esc. Si el nombre al menos que usais
Supiera...
Juan. ¡Viven los cielos!
Dejad á Don Juan Tenorio
Velar el lecho mortuorio
En que duermen sus abuelos.
Esc. ¡Don Juan Tenorio!
Juan. Yo soy.
Y si no me satisfacés,
Compañía juro que haces
A tus estatuas desde hoy.
Esc., alargándole las llaves. Tomad. (No
quero la piel
Dejar aquí entre sus manos.
Ahora que los sevillanos
Se las compongan con él.) (Vase.)

ESCENA III.
DON JUAN.
Mi buen padre empleó en esto
Entera la hacienda mia:
Hizo bien: yo al otro dia
La hubiera á una carta puesto.
No os podeis quejar de mí,
Vosotros á quien maté;

Si buena vida os quité,
Buena sepultura os di.
¡Magnífica es en verdad
La idea del tal panteon!
Y... siento que el corazon
Me halaga esta soledad.
¡Hermosa noche...! ¡ay de mí!
¡Cuántas como esta tan puras
En infames aventuras
Desatinado perdí!
¡Cuántas al mismo fulgor
De esa luna trasparente
Arranqué á algun inocente
La existencia ó el honor!
Si, despues de tantos años
Cuyos recuerdos me espantan
Siento que en mí se levantan
Pensamientos en mí estraños.
¡Oh! acaso me los inspira
Desde el cielo en donde mora
Esa sombra protectora
Que por mi mal no respira.
(Se dirige á la estatua de Doña Inés ha-
blándola con respeto.)
Mármol en quien Doña Inés
En cuerpo sin alma existe,
Deja que el alma de un triste
Llore un momento á tus piés.
De azares mil á través
Conservé tu imágen pura,
Y pues la mala ventura
Te asesinó de Don Juan,
Contempla con cuánto afan
Vendrá hoy á tu sepultura.
En tí nada mas pensó
Desde que se fué de tí,
Y desde que huyó de aquí
Solo en volver meditó.
Don Juan tan solo esperó
De Doña Inés su ventura,
Y hoy que en pos de su hermosura
Vuelve el infeliz Don Juan,
Mira cuál será su afan
Al dar con tu sepultura.
Inocente Doña Inés,
Cuya hermosa juventud
Encerró en el ataud
Quién llorando está á tus piés;
Si de esa piedra á través
Puedes mirar la amargura
Del alma que tu hermosura
Adoró con tanto afan,
Prepara un lado á Don Juan
En tu misma sepultura.
Dios te crió por mi bien,
Por tí pensé en la virtud,
Adoré su escelsitud,
Y anhelé su santo Eden.

Sí, aun hoy mismo en tí también
Mi esperanza se asegura,
Que oigo una voz que murmura
En derredor de Don Juan
Palabras con que su afán
Se calma en tu sepultura.

¡Oh Doña Inés de mi vida!
Si esa voz con quien deliro
Es el postrimer suspiro
De tu eterna despedida;
Si es que de tí desprendida
Llega esa voz á la altura
Y hay un Dios tras esa anchura
Por donde los astros van,
Dile que mire á Don Juan
Llorando en tu sepultura.

(Se apoya en el sepulcro ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura, un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estátua de Doña Inés. Cuando el vapor se desvanece, la estátua ha desaparecido. Don Juan sale de su enagenamiento.)

Este mármol sepulcral
Adormece mi vigor,
Y sentir creo en redor
Un sér sobrenatural.
Mas... ¡Cielos! ¡el pedestal
No mantiene su escultura!
¿Qué es esto? ¿aquella figura
Fué creación de mi afán?

ESCENA IV.

(El lloron y las flores de la izquierda del sepulcro de Doña Inés se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de Doña Inés.)

DON JUAN, LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

Sombra. No; mi espíritu, Don Juan,
Te aguardó en mi sepultura.
Juan, de rodillas. ¡Doña Inés! Sombra
querida,

Alma de mi corazón,
¡No me quites la razón
Si me has de dejar la vida!
Si eres imagen fingida,
Solo hija de mi locura,
No aumentes mi desventura
Burlando mi loco afán.

Sombra. Yo soy Doña Inés, Don Juan,
Que te oyó en su sepultura.

Juan. ¿Con que vives?

Sombra. Para tí;
Mas tengo mi purgatorio

En ese mármol mortuorio
Que labraron para mí.
Yo á Dios mi alma ofrecí
En precio de tu alma impura,
Y Dios, al ver la ternura
Con que te amaba mi afán,
Me dijo: — « Espera á Don Juan

« En tu misma sepultura.

« Y pues quieres ser tan fiel

« A un amor de Satanás,

« Con Don Juan te salvarás,

« O te perderás con él.

« Por él vela; mas si cruel

« Te desprecia tu ternura,

« Y en su torpeza y locura

« Sigue con bárbaro afán,

« Llévese tu alma Don Juan

« De tu misma sepultura. »

Juan, fascinado. ¡Yo estoy soñando quizás

Con las sombras de un Eden!

Sombra. No; y ve que si piensas bien

A tu lado me tendrás;

Mas si obras mal causarás

Nuestra eterna desventura.

Y medita con cordura

Que es esta noche, Don Juan,

El espacio que nos dan

Para buscar sepultura.

A Dios pues; y en la árdua lucha

En que va á entrar tu existencia,

De tu dormida conciencia

La voz que va alzarse escucha;

Porque es de importancia mucha

Meditar con sumo tiento

La elección de aquel momento

Que sin poder evadirnos

Al mal ó al bien ha de abrirnos

La losa del monumento.

(Ciérrase la apariencia; desaparece Doña Inés, y todo queda como al principio del acto, menos la estátua de Doña Inés, que no vuelve á su lugar. Don Juan queda atónito.)

ESCENA V.

DON JUAN.

¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?

¡Hasta los muertos así

Dejan sus tumbas por mí!

Mas sombra, delirio fué.

Yo en mi mente le forjé;

La imaginación le dió

La forma en que se mostró,

Y ciego vine á creer

En la realidad de un sér

Que mi mente fabricó.

Mas nunca de modo tal
Fanatizó mi razón
Mi loca imaginación
Con su poder ideal.
Sí, algo sobrenatural
Vi en aquella Doña Inés
Tan vaporosa á través
Aun de esa enramada espesa;
Mas... ¡bah! circunstancia es esa
Que propia de sombras es.

¿Qué mas diáfano y sutil
Que las quimeras de un sueño?
¿Dónde hay nada mas risueño,
Mas flexible y mas gentil?
¿Y no pasa veces mil
Que en febril exaltación
Ve nuestra imaginación
Como sér y realidad
La vacía vanidad

De una anhelada ilusión?
¡Si por Dios, delirio fué!
Mas su estátua estaba aquí.
Sí, yo la vi y la toqué,
Y aun en albricias le dí
Al escultor no sé qué.

¡Y ahora solo el pedestal
Veo en la urna funeral!
¡Cielos! la mente me falta,
O de improviso me asalta
Algun vértigo infernal.

¿Qué dijo aquella visión?
¡Oh! yo la oí claramente,
Y su voz triste y doliente
Resonó en mi corazón.

¡Ah! ¡y breves las horas son
Del plazo que nos augura!
No, no; ¡de mi calentura
Delirio insensato es!
Mi fiebre fué á Doña Inés
Quien abrió la sepultura.

¡Pasad y desvanecedos,

Pasad, siniestros vapores

De mis perdidos amores

Y mis fallidos deseos!

¡Pasad, vanos devaneos

De un amor muerto al nacer,

No me volvais á traer

Entre vuestro torbellino

Ese fantasma divino

Que recuerda una muger!

¡Ah! ¡estos sueños me aniquilan,

MI cerebro se enloquece...

Y esos mármoles parece

Que estremecidos vacilan!

(Las estátuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza hácia él.)

Sí, sí; ¡sus bustos oscilan,

Su vago contorno medra...!

Pero Don Juan no se arredra:
¡Alzaos, fantasmas vanos,
Y os volveré con mis manos
A vuestros lechos de piedra!
No, no me causan pavor
Vuestros semblantes esquivos;
Jamás ni muertos ni vivos
Humillareis mi valor.
Yo soy vuestro matador
Como al mundo es bien notorio;
Si en vuestro alcázar mortuorio
Me aprestais venganza fiera,
Daos prisa, aquí os espera
Otra vez Don Juan Tenorio.

ESCENA VI.

DON JUAN, EL CAPITAN CENTELLAS,
AVELLANEDA.

Cent., dentro. ¿Don Juan Tenorio?
Juan, volviendo en sí. ¿Qué es eso?
¿Quién me repite mi nombre?

Avell., saliendo. ¿Veis á alguien?

(A Centellas.)

Cent., idem. Sí, allí hay un hombre.

Juan. ¿Quién va?

Avell. ¡Cielos! El es.

Cent., yéndose á Don Juan. Yo pierdo

el seso

Con la alegría. ¡Don Juan!

Avell. ¡Señor Tenorio!

Juan. ¡Apartaos,

Vanas sombras!

Cent. Reportaos,

Señor Don Juan... los que están

En vuestra presencia ahora

No son sombras, hombres son,

Y hombres cuyo corazón

Vuestra amistad atesora.

A la luz de las estrellas

Os hemos reconocido,

Y un abrazo hemos venido

A daros.

Juan. Gracias, Centellas.

Cent. Mas ¿qué teneis? ¡por mi vida

Que os tiembla el brazo, y está

Vuestra faz descolorida!

Juan, recobrando su aplomo. La luna

tal vez lo hará.

Avell. Mas, Don Juan, ¿qué haceis aquí?

¿Este sitio conocéis?

Juan. ¿No es un panteón?

Cent. ¿Y sabeis

A quien pertenece?

Juan. A mí:

Mirad á mi alrededor,

Y no vereis mas que amigos

De mi niñez, ó testigos
De mi audacia y mi valor.

Cent. Pero os oímos hablar :
¿Con quién estábais?

Juan. Con ellos.

Cent. ¿Venís aun á escarnecellos?

Juan. No, los vengo á visitar.

Mas un vértigo insensato
Que la mente me asaltó
Un momento me turbó;
Y á fé que me dió mal rato.
Esos fantasmas de piedra
Me amenazaban tan fieros,
Que á mi acercado á no haberlos
Pronto...

Cent. ¡Já! ¡já! ¡já! ¿Os arredra,
Don Juan, como á los villanos
El temor de los difuntos?

Juan. No á fé; contra todos juntos
Tengo aliento y tengo manos.
Si volvieran á salir
De las tumbas en que están,
A las manos de Don Juan
Volvieran á morir.

Y desde aquí en adelante
Sabed, señor capitán,
Que yo soy siempre Don Juan,
Y no hay cosa que me espante.
Un vapor calenturiento

Un punto me fascinó,
Centellas, mas ya pasó :
Cualquiera duda un momento.

Avell. y Cent. Es verdad.

Juan. Vamos de aquí.

Cent. Vamos, y nos contareis
Cómo á Sevilla volvéis
Tercera vez.

Juan. Lo haré así,
Si mi historia os interesa :
Y á fé que oirse merece,
Aunque mejor me parece
Que la oigais de sobremesa.
¿No opináis...?

Avell. y Cent. Como gustéis.

Juan. Pues bien : cenareis conmigo
Y en mi casa.

Cent. Pero digo,
¿Es cosa de que dejéis
Algún huésped por nosotros?
¿No tenéis gato encerrado?

Juan. ¡Bah! si apenas he llegado :
No habrá allí mas que vosotros
Esta noche.

Cent. ¿Y no hay tapada
A quien algun planton demos?

Juan. Los tres solos cenaremos.

Digo, si de esta jornada
No quiere igualmente ser
Alguno de estos.
(Señalando á las estútuas de los sepulcros.)

Cent. Don Juan,
Dejad tranquilos yacer
A los que con Dios están.

Juan. ¡Hola! ¿Parece que vos
Sois ahora el que teméis,

Y mala cara poneis
A los muertos? Mas ¡por Dios
Que ya que de mi os burlásteis
Cuando me visteis así,
En lo que penda de mí
Os mostraré cuánto errásteis!
Por mi pues no ha de quedar :
Y á poder ser, estad ciertos
Que cenareis con los muertos,
Y os los voy á convidar.

Avell. Dejaos de esas quimeras.
Juan. ¿Duda en mi valor ponerme,
Cuando hombre soy para hacerme
Platos de sus calaveras?

Yo á nada tengo pavor.
(Dirigiéndose á la estútua de Don Gon-
zalo, que es la que tiene mas cerca.)

Tú eres el mas ofendido ;
Mas si quieres, te convido
A cenar, comendador.
Que no lo puedas hacer

Creo, y es lo que me pesa ;
Mas por mi parte en la mesa
Te haré un cubierto poner.
Y á fé que favor me harás,
Pues podré saber de ti
Si hay mas mundo que el de aquí,
Y otra vida, en que jamás
A decir verdad creí.

Cent. Don Juan, eso no es valor ;
Locura, delirio es.

Juan. Como lo juzguéis mejor :
Yo cumplo así. Vamos pues.
Lo dicho, comendador.

ACTO SEGUNDO.

LA ESTATUA DE DON GONZALO.

Aposento de Don Juan Tenorio. — Dos puertas en el fondo á derecha é izquierda preparadas para el juego escénico del acto. Otra puerta en el bastidor que cierra la decoracion por la izquierda. Ventana en el de la derecha. — Al alzarse el telon están sentados á la mesa Don Juan, Centellas y Avellaneda. La mesa ricamente servida, el mantel cogido con guirnaldas de flores, etc. En frente del espectador Don Juan, y á su izquierda Avellaneda; en el lado izquierdo de la mesa Centellas, y en el de en frente de este una silla y un cubierto desocupados.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EL CAPITAN CENTELLAS,
AVELLANEDA, CIUTTI, UN PAGE.

Juan. Tal es mi historia, señores :
Pagado de mi valor,
Quiso el mismo emperador
Dispensarme sus favores.
Y aunque oyó mi historia entera,
Dijo : « Hombre de tanto brio
Merece el amparo mio ;
Vuelva á España cuando quiera. »
Y héme aquí en Sevilla ya.

Cent. ¡Y con qué lujo y riqueza!
Juan. Siempre vive con grandeza
Quien hecho á grandeza está.

Cent. A vuestra vuelta.

Juan. Behamos.

Cent. Lo que no acierto á creer
Es cómo, llegando ayer,
Ya establecido os hallamos.
Juan. Fué el adquirirme, señores,
Tal casa con tal boato,
Porque se vendió á barato
Para pago de acreedores.
Y como al llegar aquí
Desheredado me hallé,
Tal como está la compré.

Cent. ¿Amueblada y todo?

Juan. Sí.

Un necio que se arruinó
Por una muger, vendióla.

Cent. ¿Y vendió la hacienda sola?

Juan. Y el alma al diablo.

Cent. ¿Murió?

Juan. De repente : y la justicia,

Que iba á hacer de cualquier modo
Pronto despacho de todo,
Viendo que yo su codicia
Saciaba, pues los dineros
Ofrecia dar al punto,
Cedióme el caudal por junto
Y estáfo á los usureros.

Cent. Y la muger ¿qué fué de ella?

Juan. Un escribano la pista
La siguió, pero fué lista
Y escapó.

Cent. ¿Moza?

Juan. Y muy bella.

Cent. Entrar hubiera debido

En los muebles de la casa.
Juan. Don Juan Tenorio no pasa
Moneda que se ha perdido.
Casa y bodega he comprado,
Dos cosas que, no os asombre,
Pueden bien hacer á un hombre
Vivir siempre acompañado ;

Como lo puede mostrar
Vuestra agradable presencia,
Que espero que con frecuencia
Me hagais ambos disfrutar.

Cent. Y nos hareis honra inmensa.

Juan. Y á mi vos. ¡Ciutti!

Ciut. ¿Señor?
Juan. Pon vino al comendador.
(Señalando el vaso del puesto vacio.)
Avell. Don Juan, ¿aun en eso piensa
Vuestra locura?

Juan. ¡Si á fé!
Que si él no puede venir,
De mi no podreis decir
Que en ausencia no le honré.

Cent. ¡Já, já, já! Señor Tenorio,
Creo que vuestra cabeza
Va menguando en fortaleza.

Juan. Fuera en mi contradictorio,
Y ajeno de mi hidalguia

A un amigo convidar
Y no guardarle el lugar
Mientras que llegar podria.
Tal ha sido mi costumbre

Siempre, y siempre ha de ser esa ;
Y el mirar sin él la mesa
Me da en verdad pesadumbre.
Porque si el comendador
Es, difunto, tan tenaz
Como vivo, es muy capaz
De seguirnos el humor.

Cent. Brindemos á su memoria,
Y mas en él no pensemos.

Juan. Sea.

Cent. Brindemos.

Avell. y Juan. Brindemos.

Cent. A que Dios le dé su gloria.

Juan. Mas yo que no creo que haya

Mas gloria que esta mortal,
No hago mucho en brindar tal,
Mas por complaceros, ¡vaya!
Y brindo á que Dios te dé
La gloria, comendador.

(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado en la puerta de la calle.)

Mas ¿llamaron?

Ciut. Sí, señor.

Juan. Ve quién.

Ciut., asomando por la ventana. A nadie se ve.

¿Quién va allá? Nadie responde.

Cent. Algun chusco.

Avell. Algun menguado
Que al pasar habrá llamado
Sin mirar siquiera dónde.

Juan, á Ciutti. Pues cierra y sirve licor.
(Llaman otra vez mas recio.)

Mas ¿llamaron otra vez?
Ciut. Sí.
Juan. Vuelve á mirar.
Ciut. ¿Pardiez!
 A nadie veo, señor.
Juan. ¡Pues por Dios que del bromazo
 Quién es no se ha de alabar!
 Ciutti, si vuelve á llamar
 Suéltale un pistoletazo.
*(Llamam otra vez, y se oye un poco mas
 cerca.)*
 ¿Otra vez?
Ciut. ¡Cielos!
Avell. y Cent. ¿Qué pasa?
Ciut. Que esa aldabada postrera
 Ha sonado en la escalera,
 No en la puerta de la casa.
Avell. y Cent. ¿Qué dices?
(Levantándose asombrados.)
Ciut. Lo cierto digo,
 Nada mas : dentro han llamado
 De la casa.
Juan. ¿Qué os ha dado?
 ¿Pensais ya que sea el muerto?
 Mis armas cargué con bala :
 Ciutti, sal á ver quién es.
(Vuelven á llamar mas cerca.)
Avell. ¿Oisteis?
Ciut. ¡Por san Ginés,
 Que eso ha sido en la antesala!
Juan. ¡Ah! ya lo entiendo; me habeis
 Vosotros mismos dispuesto
 Esta comedia, supuesto
 Que lo del muerto sabeis.
Avell. Yo os juro, Don Juan...
Cent. Y yo.
Juan. ¡Bah! Diera en ello el mas topo :
 Y apuesto á que ese galopo
 Los medios para ello os dió.
Avell. Señor Don Juan, escondido
 Algun misterio hay aqui.
(Vuelven á llamar mas cerca.)
Cent. ¿Llamaron otra vez!
Ciut. Sí;
 Y ya en el salon ha sido.
Juan. ¡Ya! mis llaves en manojo
 Habreis dado á la fantasma,
 Y que entre así no me pasma;
 Mas no saldrá á vuestro antojo,
 Ni me han de impedir cenar
 Vuestras farsas desdichadas.
*(Se levanta, y corre los cerrojos de las
 puertas del fondo, volviendo á su lugar.)*
 Ya están las puertas cerradas :
 Ahora el coco para entrar
 Tendrá que echarlas al suelo,
 Y en el punto que lo intente
 Que con los muertos se cuente,

Y apele despues al cielo.
Cent. ¡Qué diablos! tenéis razon.
Juan. ¿Pues no temblábais?
Cent. Confieso
 Que en tanto que no di en eso
 Tuve un poco de aprension.
Juan. ¿Declarais pues vuestro enredo?
Avell. Por mi parte nada sé.
Cent. Ni yo.
Juan. Pues yo volveré
 Contra el inventor el miedo.
 Mas sigamos con la cena;
 Vuelva cada uno á su puesto,
 Que luego sabremos de esto.
Avell. Teneis razon.
Juan, sirviendo á Centellas. Cariñena :
 Sé que os gusta, capitán.
Cent. Como que somos paisanos.
*Juan, á Avellaneda, sirviéndole de otra
 botella. Jerez á los sevillanos,*
 Don Rafael.
Avell. Habeis, Don Juan,
 Dado á entrambos por el gusto;
 ¿Mas con cuál brindareis vos?
Juan. Yo haré justicia á los dos.
Cent. Vos siempre estais en lo justo.
Juan. Si, á fé; bebamos.
Avell. y Cent. Bebamos.
*(Llamam á la misma puerta de la escena,
 fondo, derecha.)*
Juan. Pesada me es ya la broma,
 Mas veremos quién asoma
 Mientras en la mesa estamos.
(A Ciutti, que se manifiesta asombrado.)
 ¿Y qué haces tú ahí, bergante?
 ¡Listo! Trae otro manjar : *(Vase Ciutti.)*
 Mas me ocurre en este instante
 Que nos podemos mojar
 De los de afuera invitádoles
 A probar su sutileza,
 Entrándose hasta esta pieza
 Y sus puertas no franqueándoles.
Avell. Bien dicho.
Cent. Idea brillante.
(Llamam fuerte, fondo, derecha.)
Juan. ¿Señores! ¿á qué llamar?
 Los muertos se han de filtrar
 Por la pared; adelante.
*(La estatua de Don Gonzalo pasa por la
 puerta sin abrirla, y sin hacer ruido.)*

ESCENA II.

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA,
LA ESTATUA DE DON GONZALO.

Cent. ¡Jesus!
Avell. ¡Dios mio!

Juan. ¿Qué es esto!
Avell. Yo desfallezco. *(Cae desvanecido.)*
Cent. Yo espíro. *(Cae lo mismo.)*
Juan. ¡Es realidad, ó deliro!
 Es su figura... su gesto.
Estátua. ¿Porqué te causa pavor
 Quien convidado á tu mesa
 Viene por tí?
Juan. ¡Dios! ¿no es esa
 La voz del comendador?
Estátua. Siempre supuse que aqui
 No me habias de esperar.
Juan. Mientes, porque hice arrimar
 Esa silla para tí.
 Llegá pues para que veas
 Que aunque dude en un extremo
 De sorpresa, no te temo,
 Aunque el mismo Ulloa seas.
Estátua. ¿Aun lo dudas?
Juan. No lo sé.
Estátua. Pon, si quieres, hombre impío,
 Tu mano en el mármol frio
 De mi estatua.
Juan. ¿Para qué?
 Me basta oírlo de tí :
 Cenemos pues; mas te advierto...
Estátua. ¿Qué?
Juan. Que, si no eres el muerto,
 Lo vas á salir de aqui.
 ¡Eh! alzá. *(A Centellas y Avellaneda.)*
Estátua. No pienses, no,
 Que se levanten, Don Juan;
 Porque en sí no volverán
 Hasta que me ausente yo.
 Que la divina clemencia
 Del Señor para contigo,
 No requiere mas testigo
 Que tu juicio y tu conciencia.
 Al sacrilego convite
 Que me has hecho en el panteon,
 Para alumbrar tu razon
 Dios asistir me permite.
 Y héme que vengo en su nombre
 A enseñarte la verdad;
 Y es : que hay una eternidad
 Tras de la vida del hombre.
 Que numerados están
 Los dias que ha de vivir,
 Y que tienes que morir
 Mañana mismo, Don Juan.
 Mas como esto que á tus ojos
 Está pasando supones
 Ser de alma aberraciones
 Y de la aprension antojos,
 Dios en su santa clemencia
 Te concede todavia,
 Don Juan, hasta el nuevo dia
 Para ordenar tu conciencia.

Y su justicia infinita
 Porque conozcas mejor,
 Espero de tu valor
 Que me pagues la visita.
 ¿Irás, Don Juan?
Juan. Iré, sí;
 Mas me quiero convencer
 De lo vago de tu sér
 Antes que salgas de aqui.
(Coge una pistola.)
Estátua. Tu necio orgullo delira,
 Don Juan : los hierros mas gruesos
 Y los muros mas espesos
 Se abren á mi paso : mira.
*(Desaparece la estatua sumiéndose por la
 pared.)*

ESCENA III.

DON JUAN, AVELLANEDA, CENTELLAS.

Juan. ¡Cielos! ¡su esencia se trueca
 El muro hasta penetrar
 Cual mancha de agua que seca
 El ardor canicular!
 ¿No me dijo : « El mármol toca
 De mi estatua? » ¿Cómo pues
 Se desvanece una roca?
 ¡Imposible! ilu-sion es.
 Acaso su antiguo dueño
 Mis cubas envenenó.
 Y el licor tan vano ensueño
 En mi mente levantó.
 ¡Mas si estas que sombras creo
 Espiritus reales son,
 Que por celestial empleo
 Llamam á mi corazon!
 Entonces para que iguale
 Su penitencia Don Juan
 Con sus delitos, ¿qué vale
 El plazo ruin que le dan?
 ¡Dios me da tan solo un dia...!
 Si fuese Dios en verdad,
 A mas distancia pondria
 Su aviso y mi eternidad.
 « Piensa bien que al lado tuyo
 Me tendrás... » Dijo de Inés
 La sombra, y si bien arguyo,
 Pues no la veo, sueño es.
*(Trasparentase en la pared la sombra de
 Doña Inés.)*

ESCENA IV.

DON JUAN, LA SOMBRA DE DOÑA INES;
CENTELLAS Y AVELLANEDA, DORMIDOS.

Sombra. Aquí estoy.

Juan. ¡Cielos!
Sombra. Medita
 Lo que al buen comendador
 Has oído, y ten valor
 Para acudir á su cita.
 Un punto se necesita
 Para morir con ventura;
 Eligéle con cordura,
 Porque mañana, Don Juan,
 Nuestros cuerpos dormirán
 En la misma sepultura.
 (Desaparece la sombra.)

ESCENA V.

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA.

Juan. Tente, Doña Inés, espera;
 Y si me amas en verdad,
 Hazme al fin la realidad
 Distinguir de la quimera.
 Alguna mas duradera
 Señal dame, que segura
 Me pruebe que no es locura
 Lo que imagina mi afán,
 Para que baje Don Juan
 Tranquilo á la sepultura.
 Mas ya me irrita por Dios
 El verme siempre burlado,
 Corriendo desatentado
 Siempre de sombras en pos.
 ¡Oh! tal vez todo esto ha sido
 Por estos dos preparado,
 Y mientras se ha ejecutado
 Su privación han fingido.
 Mas por Dios que si es así,
 Se han de acordar de Don Juan!
 ¡Eh! Don Rafael, capitán.
 Ya basta: alzaos de ahí.

(Don Juan mueve á Centellas y á Avellaneda, que se levantan como quien vuelve de un profundo sueño.)

Cent. ¿Quién va?
Juan. Levantad.
Avell. ¿Qué pasa?
 ¡Hola, sois vos!
Cent. ¿Dónde estamos?
Juan. Caballeros, claros vamos.
 Yo os he traído á mi casa,
 Y temo que á ella al venir
 Con artificio apostado
 Habéis sin duda pensado
 A costa mia reír:
 Mas basta ya de ficción,
 Y concluid de una vez.
Cent. Yo no os entiendo.
Avell. ¡Pardiez!
 Tampoco yo.

Juan. En conclusion,
 ¿Nada habeis visto ni oído?
Avell. y Cent. ¿De qué?
Juan. No finjais ya mas.
Cent. Yo no he fingido jamás.

Señor Don Juan.
Juan. ¡Habrà sido
 Realidad! ¿Contra Tenorio
 Las piedras se han animado,
 Y su vida han acotado
 Con plazo tan perentorio?
 Hablad pues por compasion.
Cent. ¡Voto vá Dios! ¡ya comprendo
 Lo que pretendéis!

Juan. Pretendo
 Que me deis una razon
 De lo que ha pasado aquí,
 Señores, ó juro á Dios
 Que os haré ver á los dos
 Que no hay quien me burle á mí.
Cent. Pues ya que os formalizais,
 Don Juan, sabed que sospecho
 Que vos la burla habeis hecho
 De nosotros.

Juan. ¡Me insultais!
Cent. No por Dios; mas si cerrado
 Seguis en que aquí han venido
 Fantasmas, lo sucedido
 Oid como me he explicado.
 Yo he perdido aquí del todo
 Los sentidos, sin escuso
 De ninguna especie, y eso
 Lo entiendo yo de este modo.

Juan. A ver, decídmelo pues.
Cent. Vos habeis compuesto el vino,
 Semejante desatino
 Para encajarnos despues.
Juan. ¡Centellas!
Cent. Vuestro valor

Al extremo por mostrar
 Convidásteis á cenar
 Con vos al comendador.
 Y para poder decir
 Que á vuestro convite exótico
 Asistió, con un narcótico
 Nos habeis hecho dormir.
 Si es broma, puede pasar;
 Mas á ese extremo llevada
 Ni puede probarnos nada,
 Ni os la hemos de tolerar.

Avell. Soy de la misma opinion.
Juan. ¡Mentis!
Cent. Vos.
Juan. Vos, capitán.
Cent. Esa palabra, Don Juan...
Juan. La he dicho de corazón.
 Mentis; no son á mis brios
 Menester falsos portentos,

Porque tienen mis alientos
 Su mejor prueba en ser míos.
Avell. y Cent. Veamos.
 (Ponen mano á las espadas.)

Juan. Poned á tasa
 Vuestra furia, y vamos fuera,
 No piense despues cualquiera
 Que os asesiné en mi casa.
Avell. Decís bien... mas somos dos.
Cent. Reñiremos, si os fiáis,
 El uno del otro en pos.
Juan. O los dos, como queráis.
Cent. ¡Villano fuera por Dios!
 Elegid uno, Don Juan,
 Por primero.
Juan. Sedlo vos.
Cent. Vamos.
Juan. Vamos, capitán.

ACTO TERCERO.

MISERICORDIA DE DIOS, Y APOTEOSIS DEL AMOR.

Panteon de la familia Tenorio.—Como estaba en el acto primero de la segunda parte, menos las estatuas de Doña Inés y de Don Gonzalo, que no están en su lugar.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EMBOZADO Y DISTRRAIDO, ENTRA EN LA ESCENA LENTAMENTE.

Culpa mia no fué: delirio insano
 Me enajenó la mente acalorada.
 Necesitaba victimas mi mano
 Que inmolar á mi fé desesperada,
 Y al verlos en mitad de mi camino
 Presa les hice allí de mi locura.
 ¡No fui yo, vive Dios! ¡fué su destino!
 Sabian mi destreza y mi ventura.
 ¡Oh! arrebatado el corazón me siento
 Por vértigo infernal... mi alma perdida
 Va cruzando el desierto de la vida
 Cual hoja seca que arrebató el viento.
 Dudo... temo... vacilo... en mi cabeza
 Siento arder un volcan... muevo la planta
 Sin voluntad, y humilla mi grandeza
 Un no sé qué de grande que me espanta.
 (Un momento de pausa.)

¡Jamás mi orgullo concibió que hubiese
 Nada mas que el valor...! Que se aniquila
 El alma con el cuerpo cuando muere
 Creí... mas hoy mi corazón vacila.
 ¡Jamás creí en fantasmas...! ¡desvaríos!
 Mas del fantasma aquel, pese á mi aliento,
 Los piés de piedra caminando siento

Por dó quiera que voy tras de los míos.
 ¡Oh! y me trae á este sitio irresistible
 Misterioso poder...

(Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal la estatua de Don Gonzalo.)

¡Pero qué veo!
 ¡Falta de allí su estatua...! ¡sueño horrible,
 Déjame de una vez... no, no te creo.
 Sal, huye de mi mente fascinada,
 Fatídica ilusion... estás en vano
 Con pueriles asombros empeñada
 En agotar mi aliento sobrehumano.
 Si todo es ilusion, mentido sueño,
 Nadie me ha de aterrar con trampantojos:
 Si es realidad, querer es necio empeño
 Aplacar de los cielos los enojos.
 No: sueño ó realidad, del todo anhelo
 Vencerle ó que me venza; y si piadoso
 Busca tal vez mi corazón el cielo,
 Que le busque mas franco y generoso.
 La efigie de esa tumba me ha invitado
 A venir á buscar prueba mas cierta
 De la verdad en que dudé obstinado...
 Héme aquí pues: comendador, despierta.

(Llama al sepulcro del comendador.—Este sepulcro se cambia en una mesa que parodia horriblemente la mesa en que cenaron en el acto anterior Don Juan, Centellas y Avellaneda.— En vez de las guirnaldas que cogian en pabellones sus manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego, etc. (A gusto del pintor.) Encima de esta mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reloj de arena.— Al cambiarse este sepulcro, todos los demas se abren y dejan paso á las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios.— Sombras, espectros y espiritus pueblan el fondo de la escena.— La tumba de Doña Inés permanece.)

ESCENA II.

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO, LAS SOMBRAS.

Estatua. Aquí me tienes, Don Juan,
 Y hé aquí que vienen conmigo
 Los que tu eterno castigo
 De Dios reclamando están.
Juan. ¡Jesus!
Estatua. ¿Y de qué te alteras
 Si nada hay que á ti te asombre,
 Y para hacerte eres hombre
 Platos con sus calaveras?
Juan.

Estátua. Qué, ¿el corazón
Te desmaya?
Juan. No lo sé;
Concibo que me engañé;
No son sueños... ¡ellos son!
(*Mirando á los espectros.*)
Pavor jamás conocido
El alma fiera me asalta,
Y aunque el valor no me falta,
Me va faltando el sentido.
Estátua. Eso es, Don Juan, que se va
Concluyendo tu existencia,
Y el plazo de tu sentencia
Está cumpliéndose ya.
Juan. ¡Qué dices!
Estátua. Lo que hace poco
Que Doña Inés te avisó,
Lo que te he avisado yo,
Y lo que olvidaste loco.
Mas el festín que me has dado
Debo volverte, y así
Llega, Don Juan, que yo aquí
Cubierto te he preparado.
Juan. ¿Y qué es lo que ahí me das?
Estátua. Aquí fuego, allí ceniza.
Juan. El cabello se me eriza.
Estátua. Te doy lo que tú serás.
Juan. ¡Fuego y ceniza he de ser!
Estátua. Cual los que ves en redor:
En eso para el valor,
La juventud y el poder.
Juan. Ceniza bien, ¡pero fuego!
Estátua. El de la ira omnipotente,
Dó arderás eternamente
Por tu desenfreno ciego.
Juan. ¿Con que hay otra vida mas
Y otro mundo que el de aquí?
¿Con que es verdad ¡ay de mí!
Lo que no creí jamás?
¡Fatal verdad que me hiela
La sangre en el corazón!
Verdad que mi perdición
Solamente me revela.
¿Y ese reló?
Estátua. Es la medida
De tu tiempo.
Juan. ¡Espira ya!
Estátua. Sí: en cada grano se va
Un instante de tu vida.
Juan. ¿Y esos me quedan no mas?
Estátua. Sí.
Juan. ¡Injusto Dios! tu poder
Me haces ahora conocer
Cuando tiempo no me da
De arrepentirme.
Estátua. Don Juan,
Un punto de contrición
Da á un alma la salvación,

Y ese punto aun te le dan.
Juan. ¡Imposible! en un momento
Borrar treinta años malditos
De crímenes y delitos!
Estátua. Aprovechale con tiento,
(*Tocan á muerto.*)
Porque el plazo va á espirar
Y las campanas doblando
Por tí están, y están cavando
La fosa en que te han de echar.
(*Se oye á lo lejos el oficio de difuntos.*)
Juan. ¿Con que por mí doblan?
Estátua. Sí.
Juan. ¿Y esos cantos funerales?
Estátua. Los salmos penitenciales,
Que están cantando por tí.
(*Se ve pasar por la izquierda luz de
hachones, y rezan dentro.*)
Juan. ¿Y aquel entierro que pasa?
Estátua. Es el tuyo.
Juan. ¡Muerto yo!
Estátua. El capitán te mató
A la puerta de tu casa.
Juan. Tarde la luz de la fé
Penetra en mi corazón,
Pues crímenes mi razón
A su luz tan solo ve.
Los ve... y con horrible afán:
Porque al ver su multitud
Ve á Dios en la plenitud
De su ira contra Don Juan.
¡Ah! por dó quiera que fui
La razón atropellé,
La virtud escarpecé
Y á la justicia burlé,
Y emponzoñé cuanto ví.
Yo á las cabañas bajé,
Y á los palacios subí,
Y los claustros escalé;
Y pues tal mi vida fué,
No, no hay perdón para mí.
¡Mas ahí estais todavía (*A los fantasmas.*)
Con quietud tan pertinaz!
Dejadme morir en paz
A solas con mi agonía.
Mas con esa horrenda calma
¿Qué me augurais, sombras fieras?
¿Qué esperas de mí?
(*A la estatua de don Gonzalo.*)
Estátua. Que mueras
Para llevarse tu alma.
Y á Dios, Don Juan; ya tu vida
Toca á su fin, y pues vano
Todo fué, dame la mano
En señal de despedida.
Juan. ¿Muéstrame ahora amistad?
Estátua. Sí: que injusto fui contigo,
Y Dios me manda tu amigo

Volver á la eternidad.
Juan. Toma pues.
Estátua. Ahora, Don Juan,
Pues desperdicias también
El momento que te dan,
Conmigo al infierno ven.
Juan. ¡Aparta, piedra fingida!
Suelta, suéltame esa mano,
Que aun queda el último grano
En el reló de mi vida.
Suéltala, que si es verdad
Que un punto de contrición
Da á un alma la salvación
De toda una eternidad,
Yo, santo Dios, creo en tí:
Si es mi maldad inaudita,
Tu piedad es infinita...
¡Señor, ten piedad de mí!
Estátua. Ya es tarde.
(*Don Juan se hince de rodillas, tendiendo
al cielo la mano que le deja libre la
estatua. Las sombras, esqueletos, etc.,
van á abalanzarse sobre él, en cuyo
momento se abre la tumba de Doña Inés
y aparece esta. Doña Inés toma la mano
que Don Juan tiende al cielo.*)

ESCENA III.

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO,
DOÑA INÉS, SOMBRAS, ETC.

Inés. ¡No! héme ya aquí,
Don Juan: mi mano asegura
Esta mano que á la altura
Tendió tu contrito afán,
Y Dios perdona á Don Juan
Al pié de mi sepultura.
Juan. ¡Dios clemente! ¡Doña Inés!
Inés. Fantasmas, desvaneceros:
Su fé nos salva... volvedos
A vuestros sepulcros pues,
La voluntad de Dios es:
De mi alma con la amargura
Purifiqué su alma impura,
Y Dios concedió á mi afán
La salvación de Don Juan
Al pié de la sepultura.
Juan. ¡Inés de mi corazón!
Inés. Yo mi alma he dado por tí,
Y Dios te otorga por mí

Tu dudosa salvación.
Misterio es que en comprensión
No cabe de criatura:
Y solo en vida mas pura
Los justos comprenderán
Que el amor salvó á Don Juan
Al pié de la sepultura.
Cesad, cantos funerales:
(*Cesa la música y salmodia.*)
Callad, mortuorias campanas:
(*Dejan de tocar á muerto.*)
Ocupad, sombras livianas,
Vuestras urnas sepulcrales:
(*Vuelven los esqueletos á sus tumbas, que
se cierran.*)
Volved á los pedestales,
Animadas esculturas
(*Vuelven las estatuas á sus lugares.*)
Y las celestes venturas
En que los justos están
Empiecen para Don Juan
En las mi-mas sepulturas.
(*Las flores se abren y dan paso á varios
angelitos que rodean á Doña Inés y á
Don Juan, derramando sobre ellos flores
y perfumes, y al són de una música
dulce y lejania se ilumina el teatro con
luz de aurora. Doña Inés cae sobre un
lecho de flores, que quedará á la vista,
en lugar de su tumba, que desaparece.*)

ESCENA ULTIMA.

DOÑA INÉS, DON JUAN, LOS ANGELES.

Juan. ¡Clemente Dios, gloria á tí!
Mañana á los sevillanos
Aterrará el creer que á manos
De mis víctimas caí.
Mas es justo: quede aquí
Al universo notorio
Que, pues me abre el purgatorio
Un punto de penitencia,
Es el Dios de la clemencia
El Dios de DON JUAN TENORIO.
(*Cae Don Juan á los piés de Doña Inés
y mueren ambos. De sus bocas salen sus
almas representadas en dos brillantes
llamas, que se pierden en el espacio al
són de la música. Cae el telón.*)

EL PUNAL DEL GODO,

DRAMA EN UN ACTO.

A MI BUEN AMIGO

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

A ti, que sabes la historia y origen de este juguete, y el escaso tiempo que se me dió para escribirle, te le dedico ahora que le doy á luz; porque escudado con tu nombre serán acaso mejor disimulados los muchos defectos inherentes á una obra escrita por apuesta en determinado número de horas.

No atiendas pues á su poco valor, sino al buen recuerdo que con ella te consagra tu amigo

Madrid, 20 de diciembre de 1842.

JOSÉ ZORRILLA.

PERSONAS.

DON RODRIGO.
EL CONDE DON JULIAN.

TEUDIA, noble godo.
ROMANO, monge eremita.

La escena pasa en la soledad de Pederneira, monte de San Miguel, cerca de la ciudad de Viseo en Portugal, la noche del día 9 de setiembre de 719.

ACTO UNICO.

Interior de la cabaña ó ermita del monge Romano, sostenida en su centro por un pilar de madera ó tronco de árbol, á cuyo pié hay dos asientos. A la derecha una pequeña hoguera colocada bajo un respiradero que da salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta á la izquierda que da á otra habitacion que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá monte, al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telon se ve su claridad por las junturas, y se oye tronar á lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA.

EL MONGE ROMANO, A LA LUMBRE.

¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!
Y esta lumbre se me apaga...
¡Si está lloviznando hielo!
¡Cuán grande á Dios se concibe

En aquesta soledad!
¿De quién sino de él recibe
Su aliento la tempestad?
¿Cuyo es el terrible acento
Y el fulgor que centellea
Cuando zumba airado el viento
Y el zénit relampaguea?
¿Quién peñas y árboles hiende
Con la centella veloz
Como segador que tiende
Las espigas con su hoz?
¿Quién sino Dios, que se asienta
Sobre las nubes sereno
Cuando en las nubes revienta
El fragor del ronco trueno?
Señor, que de las alturas
De tu omnipotencia ves
A tus pobres criaturas
Que se arrastran á tus piés;
Deten, Dios bueno, tus iras,
Deten tu justo furor

Si justa saña respiras
Contra la obra de tu amor.
Pudiste en un punto hacerla,
Y tu inmensa potestad
Puede en otro deshacerla,
Si tal es su voluntad;
Mas considera, Dios mio,
Que vas á igualar asi
Al que te se aparta impío,
Y al que se postra ante tí.

(Un momento de pausa.)

Mas tanto tardar me estraña,
Y estoy temiendo por él...
¿Porqué deja la cabaña
En una tarde tan cruel?
¡Válgame la Virgen Santa!
Si á espesar la lluvia empieza,
¿Cómo con segura planta
Podrá subir la aspereza
De esa desigual garganta
Por dó la senda endereza?
¡Infeliz! ¿cuánto en el mundo
Lleva sin duda sufrido!
¿Cuánto es su dolor profundo,
Y cuánto está arrepentido!
Mas siento pasos... parece
(Abre y dice afuera.)
Que llega ya... entrad ligero,
Que la tempestad acrece.

ESCENA II.

ROMANO; TEUDIA, EMBOZADO.

Teud. Gracias.

Rom. ¿Mas quién se guarece

De esta choza?

Teud. Un caballero.

(Entra Teudia y se desemboza. Quedan mirándose un momento.)

Sorprendido os hais quedado.

¿Qué es lo que teneis, buen hombre?

Rom. ¿Y no quereis que me asombre

De que hayais aquí llegado?

Teud. En verdad, que es aprension

Tener, como una cigüeña,

En la punta de esta peña

Un hombre su habitacion.

Rom. Mis votos me retrajeron

A esta triste soledad.

Teud. ¡Monge sois! Oh, perdonad

Mis palabras si os pudieron

Ofender.

Rom. No, en modo alguno.

Acógime á esta montaña

Sin creer que gente estraña

Me hallara en tiempo ninguno.

Teud. Si os estorbo...

Rom., interrumpiéndole. ¡Aparte Dios
Tal pensamiento de mí!
Contento os tendré yo aquí
Como esteis contento vos.

Teud. Yo estaré siempre contento,
Que mil noches he pasado
Peor acondicionado
En mitad del campamento.

Rom. ¿Soldado sois?

Teud. Hélo sido;

Porque sali de mi tierra.

Rom. ¿Os cansaba ya la guerra?

Teud. No, pero nos han vencido,

Merced á infames traidores,

Y evito la suerte huyendo

De vivir esclavo siendo

De mis fieros vencedores.

Rom. Mas huir...

Teud. Téngase, anciano:

Contra ellos se alzó bandera

Y yo voy adonde quiera

Que la defienda un cristiano.

Pero fatigado estoy:

¿Teneis algo que cenar?

Rom. Fruta seca os puedo dar:

No es regalo.

Teud. Sóbrio soy.

(Romano le pone delante algunas frutas y una vasija con agua. Teudia come y bebe.)

Rom. Ea pues, tomad, sentaos.

Dadme la capa, os la cuelgo.

Teud. Que así me trateis me huelgo;

Mas yo...

Rom. No, vos calentaos,

Que bien lo necesitais.

Teud. Buen viejo, por Dios que sí.

(Romano mira á la parte de afuera, teniendo abierta la puerta.)

Pero, ¿qué haceis ¿pese á mí!

Que esa puerta no cerrais?

¿No veis que empieza á llover

Y el aire no hay quien resista?

Rom. Eso es lo que me contrista.

Teud. ¿Pues qué nos da que temer?

Rom. Nada: por un compañero

Siento en verdad pesadumbre.

Teud. ¿Fuera está?

Rom. Sí.

Teud. Ya costumbre

Tendrá en ese ruin sendero.

Rom. ¡Ay infeliz! no lo sé.

Dios en sus piés ponga tino.

Teud. ¿Pues no conoce el camino?

Rom. No siempre.

Teud. Torpe es á fé.

Rom. Hablad de él con mas respeto,

Que aunque es hoy bien desdichado

Hombre es que no fué criado
De inectivas para objeto.

Teud. Perdonad.

Rom. De ello no hablemos;
Sabedlo, que no es de mas.

Teud. Si es que me juzgais quizás
Útil, descender podemos
A ayudarle.

Rom. No es preciso,
Que todo el auxilio humano
Le fuera ofrecido en vano;
Mas estemos sobre aviso.

(*Va á la puerta otra vez.*)

Teud. ¡Si equivocado me habré
Y á caer habré venido

En la cueva de un bandido!
Veamos.) ¿Buen viejo?

Rom., volviendo á la escena. ¿Qué?

Teud. Yo, como soldado, soy
Algo hablador y curioso.

Decidme pues, si enojoso
Con mis preguntas no estoy:

Puesto que es un compañero
Ese hombre á quien aguardais,

¿Por qué recelando estais
Que no dé con el sendero?

Rom. Porque es capaz por sí mismo,
Si su demencia le apura,

De abrirse la sepultura
En el fondo de ese abismo.

Teud. ¡Jésus! ¿la mente le falta?

Rom. De lo pasado el recuerdo
Le poné tan sin acuerdo,

Que algunas veces le asalta
Una fiebre tan cruel,

Un delirio tan insano,
Que no hallo remedio humano

Que pueda acabar con él.
Y aunque ó engañado estoy

Ó ningun acceso extraño
Le ha acometido hace un año,

Me temo que le dé hoy.
Teud. ¿Y sabe de él la razon?

Rom. Guarda un silencio profundo
De lo que le hizo en el mundo

Tan íntima sensacion.
Teud. Picais mi curiosidad;

De historia debe ser hombre.

Rom. Me ha callado hasta su nombre.
Teud. Padre, ¿os burlais?

Rom. No en verdad:

Cinco años hace que vino
A demandarme asistencia

En una grave dolencia,
Y estuvo á morir vecino.

Mas sanó al fin, y tornar
No quiso al mundo otra vez,
Viviendo en esta estrechez

Con una vida ejemplar.

¡Oh! si él su perdon no alcanza
Con vida tan penitente,

No sé quién sea el viviente
Que de ello tenga esperanza.

Teud. ¿Mas no decís que está loco?

Rom. Dejóle su enfermedad
Estrema debilidad

Que hirió su cerebro un poco.
Y cuando en algun acceso

El desdichado no entra,
Es un hombre en quien se encuentra

Mucho valor, mucho seso;
Mas cuando el mal le acomete,

¡Oh! entonces es estremado.

Teud. ¿Pero nunca os ha contado...?

Rom. Jamás; y si se le mete
Conversación de su historia,

Segun que tiembla y se espanta,
Parece que se levanta

Un espectro en su memoria.

Teud. ¿Es bravo caso á fé mia
Y que atencion me merece!

¿Y en qué da cuando enloquece?

Rom. En una horrible mania.
Tiene consigo una daga

Que jamás del cinto quita,
Y dice que está maldita,

Y que á su existencia amaga;
Y en su demencia al entrar

Esclama con gran pavor:
« Con ese puñal traidor,

Con ese me ha de matar

Teud. ¡Raro es por Dios! ¿Y conviene
Con período ó día alguno

Fijo su mal?

Rom. Hoy es uno;
El mas terrible que tiene.

Teud. ¡Hoy!

Rom. Por eso es mi recelo
Mayor.

Teud. ¿Sabeis si ese hombre es
De esta tierra?

Rom. ¿Portugués
Creo que no.

Teud. ¡Por el cielo
Que á ser español podria

Su demencia comprender!

Rom. Pero ¿qué tiene que ver
Ese mal con este día?

Teud. ¡Hoy es un día de hiel,
De luto y baldon y saña

Para la infeliz España!
Y ¡ay de quien fué causa de él!

Mas hablemos de otra cosa.
¿Vos sois portugués?

Rom. Si soy;
Mas once años há que estoy

Morando aquí.

Teud. ¿Y no os acosa
El deseo de saber

Lo que por el mundo pasa?

Rom. Díome el dolor tan sin tasa
Y con tal tasa el placer

Ese mundo que mentais,
Que los días de mis años

Conté en él por desengaños
Y huyo de él.

Teud. Y lo acertais.

Rom. Mas callad... oigo rumor
En la maleza. ¿Quién va?

Rod., dentro. Yo, hermano.
Teud. ¿Es él?

Rom. Aquí está.

ESCENA III.

ROMANO, TEUDIA; DON RODRIGO,
ENVUELTO EN UNA ESPECIE DE CLAMIDE
LARGA Y ENTRANDO DISTRAIDO COMO MEDI-
TANDO.

Rom. Me habiais puesto en temor.
(*A Don Rodrigo.*)

Rod. Gracias.

Rom. ¿Os perdisteis?

Rod. No.

Rom. ¿Visteis el nublado?

Rod. Sí.

Rom. ¿Y dónde ibais?

Rod. ¡Qué se yo!

Rom. Traeréis frio.

Rod. Así, así.

Rom. Calentaos pues.

Rod. Sí haré.

(*Al acercarse al fuego ve á Teudia que
escucha vuelto de espaldas á ellos.*)

Rod., aparte á Rom. ¿Pero quién con
vos está?

Rom. Un viajero, que poco há
Llegó aquí.

Rod. ¿Quién es?

Rom. No sé.

Rod. No os fieis de ningun hombre.

La doblez y la traicion

Abriga en el corazon

El de mas prez y mas nombre.

Rom. Mas ved...

Rod. Yo sé lo que digo;

Preguntadle él suyo á ese,

Y verá, mal que le pese,

Si es amigo ó enemigo.

Rom. De nosotros ¿y porqué?

¿A quién jamás ofendimos?

Rod. Todos, padre, delinquimos:

Ved de hablarle.

Rom. Si qué haré.

Teud. (No me gusta ese misterio
Con que platican los dos.

Estaré alerta, por Dios,
Que puede ser lance serio)

(*Don Rodrigo va hácia el fuego, y aparta
á Teudia para poner su banquillo.*)

Rod., á Teudia. Hacedos, buen hombre,
allá.

Teud. (Pues gasta gran cortesia.)

Rom., aparte á Teudia. Quiere ese sitio,
es mania.

Teud. Bien hace; en su casa está.
(Mas ahora que bien le miro,

No es esta la vez primera
Que he visto esa faz severa...)

¡Gran Dios! ¿qué idea...! ¡eh! deliro.)
(*Un espacio de silencio.*)

Rom., á Teudia. Callado estais.

Teud. ¿Qué
queréis!

¿De qué os tengo yo de hablar?

Rom. ¿Una historia no sabeis
Que podernos relatar?

Teud. Sé tantas, que duraria
Mi relato un año entero:

Mas hoy mentarias no quiero,
Que es para mi aciago día.

Rod., con viveza y aire sombrío. Tam-
bien para mi lo es.

Teud. (Id.) Y para todo español
Lo será mientras el sol

Alumbre.

Rod., agitado. Decidme, pues.
¿Con que es hoy un día aciago

Para España?

Teud. ¿Si por Dios!
Qué, ¿no ha llegado hasta vos

La noticia de ese estrago?

Rom., queriendo interrumpirle. En este
desierto hundidos...

Rod., interrumpiéndole. Dejadle, ¡pese á
mi estrella! (*A Romano.*)

Dejadle que me hable de ella
Aunque hiera mis oidos.

¿Habeis en España estado? (*A Teudia.*)

Teud. Bajo su cielo he nacido.

Rod. ¡Ay! nacer os ha cabido
En pais bien desdichado.

¿Qué pasa hoy en él?

Teud. ¿Qué pasa?
Presa es de gente salvaje

A quien rinde vasallage
Y que la asuela y la arrasa.

Por dar entrada en su pecho
A una venganza de amor,
Ha abierto un conde traidor
A los moros el estrecho.

Rod. Obró bien villanamente,
Si; ¡tómeme Dios en cuenta
A su rey tan torpe afrenta,
Tan gran traición á su gente!
Teud. Dicen que audaz le ultrajó
En su hija el rey Don Rodrigo.
Rod. Mas si era el rey su enemigo
No lo era su reino, no.
Teud. Con moros hizo su flete,
Y hoy hace años que en Jerez
Se ahogó España de una vez
En el turbio Guadalete.
Rod. Sí, allí lo perdimos todo;
Debajo de su corriente
Yace vergonzosamente
La gloria del reino godo.
¡Maldito quien fué concordia
Con los árabes á hacer,
Y maldita la muger
Ocasión de la discordia!
Teud. ¡Sabéis esa historia!
Rod. Sí. (Creciendo el interés en ambos.)
Y me prensa el corazón.
Teud. También á mí.
Rod. Y con razón.
Teud. Sí, que su víctima fui.
Rod. Yo también.
Teud. ¿Sois vos de España?
Rod., reservándose de repente y con sequedad. No lo sé.
Teud., afanoso. Vos...
Rod. Basta ya.
Teud. No, que atenazando está
Mi memoria idea extraña...
Yo en Guadalete me hallé.
Rod. ¿Conmigo?
Teud. ¿Con vos? ¡Dios mío!
Hundirse le vi en el río
Y á ayudarle me arrojé,
Pero ya no le vi mas.
Rod. ¡Teudía!
Teud. ¿Señor? (Queriendo arrodillarse.)
Rod. ¡Alza, necio!
Del mundo soy ya desprecio.
Teud. Pero de Teudía jamás.
Rod. Padre, un escaso momento
Dejadnos solos.
Rom., á Teudía. Por Dios,
No le escitéis mucho vos.
Teud. Descuidad: de su contento
No son escesos extraños,
Que somos amigos viejos
Y de nuestra patria lejos
Nos vemos, tras largos años.
(Romano entra en el interior de la cabaña por la izquierda.)

ESCENA IV.

DON RODRIGO, TEUDÍA. (Llueve.)

Rod. Háblame de mi España, Teudía amigo,
Háblame de ella tú, que fuiste el solo
En quien traición tan fea no halló abrigo,
En quien tu pobre rey no encontró dolo.
Dime, ¿conserva aun el pueblo hispano
Recuerdo alguno de la antigua gloria?
¿Qué piensa del vencido soberano?
Teudía, ¿qué sitio ocupa en su memoria?
Teud. No me lo preguntéis.
Rod. ¡Ah! te comprendo:
Me culpa solo á mí.
Teud. Sois el vencido.
Rod. Desengaño es á un rey duro y tremendo.
¿Con que solo me dan...?
Teud. Mengua tú olvido
Mas basta ya, que vuestro afán entiendo.
¿Y cómo os hallo aquí?
Rod. Triste es mi historia,
Teudía.
Teud. Y la mía.
Rod. Y yo ¿cómo te hallo
Teud. Huyendo de los moros.
Rod. ¿La victoria
Llevan?
Teud. Ya es nuestro pueblo su vasallo.
Rod. ¡Tierra infeliz!
Teud. Sí, á fé. Toda la ocupan
Esos infelices ya.
Rod. ¿Ya nada resta?
Teud. Un rincón en Asturias dó se agrupan
Los que escaparon de la lid funesta.
Rod. ¿Pero podrán allí...?
Teud. No pueden nada,
Por mas que de ira y de venganza rayo
Levantó su pendón con alma osada
Vuestro valiente primo Don Pelayo.
Rod. ¿Y mis nobles con él?
Teud. No, no hay ninguno.
Rod. ¿Ninguno dices?
Teud. Perecieron todos
A manos de los moros uno á uno.
Rod. ¿Qué resta pues de los ilustres godos?
Teud. Vos y yo nada mas; porque no cuento
Al que con vil traición nos ha vendido.
Rod. ¿Aun vive Don Julian?
Teud. Para escarmiento
De los que á sus contrarios han servido.
Rod. ¡Vive! ¿y que es ora de él?
Teud. En una torre

Estuvo largo tiempo, mas con maña
Huyó de allí... Su estrella le socorre.
Rod. Si, sí; mi estrella tan fatal á España.
¡Ay! bien mi corazón me lo decía:
¡Su estrella marcha con la estrella mía!
Teud. ¿Qué es lo que habláis, señor?
Rod. Es mi secreto.
No para tí, de mi amistad objeto.
Es agüero fatal que á fin terrible
De mi existencia el término ha sujeto.
Teud. ¡Y en agüeros creéis! es imposible.
Rod. Teudía, son los destinos celestiales
Inmutables, y es justo su castigo
Para los que han causado tantos males
En la tierra cual yo.
Teud. Soñais, os digo.
El noble osado que su suerte afronta
Hace cejar á su enemiga suerte
O halla tranquilidad segura y pronta
En el reposo de gloriosa muerte.
Eso es superstición.
Rod. Ya yo sabia
Que el necio mundo así lo llamaría.
¡Mas ¡ay! que es la verdad!
Teud. Y á ese villano...
Rod. El cielo, de los godos enemigo,
Para que acabe al fin, guarda su mano
Con todos de una vez dando conmigo.
Teud. ¡Aysi yo doy con él! En la frontera
Le perdí.
Rod. ¿Le seguías?
Teud. Desde el día
Que vi frente á las nuestras su bandera,
Vengar de ello juré á la patria mía.
Y de soldado suyo disfrazado,
De aventurero ya, ya de mendigo,
Fuí su sombra dó quier, dó quier he estado
De él en acecho y la traición conmigo.
Mas un poder oculto le defiende;
Jamás en ocasión hallarme pude.
Rod. En vano, sí, tu lealtad pretende
Que el cielo en ello vengador te ayude.
Teud. ¡Ay si me vuelvo á ver sobre su
huella!
¡Ay si algun día mi furor le alcanza!
No ha de valerle contra mi su estrella.
Será como el traidora mi venganza.
Rod. No, Teudía, es imposible... inútil
brío.
Oye, y esta conserva en tu memoria
Página triste de mi triste historia.
Al salir de las aguas de aquel río
Dó me vistes caer sin la victoria,
Y en cuya agua se hundió cuanto fué mio,
Abandoné el caballo y la armadura,
Cambié con un pastor mi vestidura,
Y con todo el pesar del vencimiento

Despechado me entré par la espesura
Cual de esperanzas ya, fulto de aliento.
¡Cuánto, Teudía, sufrí! Triste, perdido,
De mi reino crucé por las llanuras
En hambre y soledad, como un bandido
Que huyendo de la ley camina á oscuras.
Era la hora en que la luz se hundía
Tras las montañas y la niebla densa
Por todo el ancho de la selva umbría
Iba tendiendo su cortina inmensa.
Con el cansancio y el temor y el duelo
Fiebre traidora me abrasaba ardiente,
Sin ver dónde acudir en aquel suelo
En que nunca tal vez habitó gente.
Cuanto con mas esfuerzos avanzaba,
Viendo si al llano por dó quier salía,
Mas la selva á mis pasos se cerraba,
Mas en la negra soledad me hundía.
Un vértigo infernal apoderóse
De mi alma... y sin luz, y sin camino,
A mi exaltada mente presentóse
Toda la realidad de mi destino.
Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
En mi raza estinguido el reino godo,
Sin esperanza, sin honor, sin nombre,
Perdido, Teudía, para siempre todo.
¡Cuán odioso me vi! Despavorido
A pedir empecé con grandes voces
Auxilio en el desierto, mas perdido
Fué mi acento en las ráfagas veloces
A espirar en los senos del espacio...
Y á impulso entonces del furor interno,
Maldiciendo mi estirpe y mi palacio,
Con sacrilega voz llamé al infierno.
Teud. ¡Cielos!
Rod. Y él me acudió: sulfúres
lumbre
Rauda encendió relámpago brillante,
Y en mi pecho siniestra incertidumbre.
Sentí algo junto á mí, miré un instante,
Y á la sulfúrea luz, monge sombrío
A mi lado pasó, y á su presencia
Tembló mi corazón, cedió mi brío.
Pedile amparo, mas fatal sentencia
Me fulminó diciendo: «¡Vaga, impío,
Que él, á quien deshonró tu incontinencia,
Vendrá de crimen y vergüenza lleno
Con tu mismo puñal á hendir tu seno!»
Dijo: y por entre la niebla arrebatado
Huyó el fantasma y me dejó aterrado.
Teud. Sueño vuestro, fantasma peregrino
Fué de la calentura abrasadora.
Rod. No, Teudía, voz de mi fatal destino.
Mientras ese hombre esté sobre la tierra,
Teudía, no hay para mi paz ni reposo,
Dó quiera el paso sin piedad me cierra
Ese espectro á mi raza peligroso.
Ves el puñal que cuelga en mi cintura,

Con él me ha de matar, es mi destino;
Teudía, no hay tierra para mí segura,
Ese hombre ha de bajar por mi camino.

Teud. ¡Y eso creéis...! Calládselo á la gente,

Y toleradme en paz esta franqueza.
Mas vuestra vida austera y penitente
Amenguó de vuestra alma la grandeza
Y amenguó la razon de vuestra mente.

Rod. Tiene en mi corazón sacro prestigio,
Teudía, te lo confieso, y me amedrenta
Aquella predicción y aquel prodigio.

Teud. ¡Prodigio lo llamas! ¿Y no os afrenta

Tan vil superstición?

Rod. Sea en buen hora,
Mas creo en ella; á ser fascinadora
De la mente aprensión desapareciera
Con el tiempo; el ayuno y el cilicio
Arrancado á la mente se la hubiera.

Teud. La arrancara mejor trompa guerrera

Y de la lid revuelta el ejercicio.

Eso cumple mejor á vuestra raza,
En vez de esta cabaña y ese sayo,
La blanca tienda y la ferrada maza
Y el bruto cordobés hijo del rayo.
Sí, mientras viva Teudía y por amigo
Queráis tenerle, con bizarro alarde
Os dirá, de la paz siempre enemigo,
Que el noble que no lidia es un cobarde.

Rod. ¡Traidor!

Teud. ¡Hola! vuestra alma se despierta

A la voz del honor; así os quería:
Veo que aun vuestra sangre no está muerta
Y alienta el corazón con hidalguía.
Escuchadme, señor, y ved despacio
El peso y la razón de lo que os digo,
Que es mengua, sí, que quien nació en palacio

Aguarde con pavor á su enemigo.
Perdido estais, sin esperanza alguna,
No hay para vos ni fuerza ni derecho,
No hay para vos ni gente ni fortuna:
El moro vuestro ejército ha deshecho
Y atropelló á la cruz la media luna:
Mas hay un corazón en vuestro pecho
Que á vuestro antiguo honor cuentas de-
mande,

Y un corazón de rey debe ser grande.
Si á las manos morir es vuestro sino
De ese conde traidor que nos vendiera,
La mitad evitadle del camino
Tras el saliendo con audacia fiera.
Provocad con valor vuestro destino,
Con el trabajo en la lid postrera,
Y arrostrad ese sino que os espanta

Vuestro puñal hundiendo en su garganta.
Ya no tenéis ni ejércitos ni enseñas;
Mas os resta un amigo y un vasallo,
Y las lunas del mundo no son dueñas,
Ni es de la suerte irrevocable el fallo.
Dejad pues el misterio de estas breñas,
Asios de una lanza y un caballo,
Y con caballo y lanza y yo escudero,
Si no podeis ser rey, sed caballero.

Rod. Basta, Teudía; ese bélico language
Cumple á los corazones bien nacidos,
Y en el mio despiertan el coraje
De tus fieras palabras los sonidos.

Sangre me pide mi sangriento ultraje,
Sangre mis tercios en Jerez vencidos.
Teudía, tienes razón, de cualquier modo
Morir me cumple cual monarca godo.

Sí, ya á mi olfato y mis oídos siento
Que trae el aura que las tiendas mece
El militar olor del empampamento
Y el clamor de la lid que se embravece,

Y del clarín agudo el limpio acento
Que á los nobles caballos estremece;
Y esa guerrera y bárbara armonía
La preza me torna de la estirpe mía.

Indigna es de un monarca y de un guerrero
Esta debilidad que me avergüenza;
De mí superstición reirme quiero,
No quiero, Teudía, que el pavor me venza.

Teud. Dos sendas hay, y por cualquiera
os sigo;

Buscar al conde y perecer vengado,
O guareceros del pendon amigo
Y acabar con honor como soldado.

Rod. Cumple eso mas al corazón que abrigo:

Teudía, olvidémonos de lo pasado,
Y en la desgracia, de rencor ajenos,
Bajemos á la tumba de los buenos.
Esta arma vil que á mi existencia amaga
Quédese aquí despues de mi partida,
(Clava el puñal en el poste que sostiene
la choza.)

Y quede en este tronco con mi daga
Enclavado el misterio de mi vida.
¿Dices que ha levantado en la montaña
Pendon un noble, de venganza rayo?
Pues bien, ¿qué hacemos en la tierra es-
traña?

¡Lejos de mí mi penitente sayo!
Vamos, Teudía, á lidiar por nuestra España
Y á triunfar ó caer con Don Pelayo:
No diga nunca el mundo venidero
Que ni supe ser rey, ni caballero.

Teud. ¡Ahora os conozco, vive Dios!

Rod. Mañana
Partiremos á Asturias.

Teud. Franco paso
Nos dará el Portugal que nos dió asilo.

Rod. Hasta mañana pues; duerme tran-
quilo.

Duerme, Teudía.

Teud. ¡Señor, velando acaso
Vais á quedar mi sueño!

Rod. Desde ahora
No hay de los dos segundo ni primero.

Teud. Señor...

Rod. Déjame solo hasta la aurora;
Pues no soy mas que un pobre aventurero,
Seré en vez de tu rey tu compañero.
(Vase Teudía al aposento contiguo de la
izquierda.)

ESCENA V.

DON RODRIGO.

Bien dice ese leal. Mas vale al cabo
Caer en una lid por causa estraña,
Que de servil superstición esclavo
Llorar imbécil la perdida España.
Saldré otra vez al agitado mundo
Con mi contraria suerte por herencia,
Velando en el misterio mas profundo
El secreto fatal de mi existencia.
Nada soy, nada tengo, nada espero;
Encerrado desde hoy en mi armadura,
Seré en mi propia causa aventurero
Sin esperar jamás preza ni ventura.
Mas al caer lidiando en la campaña
Al pueblo diga mi sangrienta huella:
« Ved, si no supo defender á España,
Supo á lo menos sucumbir por ella. »
Mas ¡ay triste de mí! mi pueblo mismo
Que me tiene en horror, con frio encono
Me verá descender hácia el abismo
Como me ha visto descender del trono.
Sí, aplaudiendo tal vez mi sino adverso...
Y todo es obra tuya ¡conde infame!
Por tí desprecio soy del universo:
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.
(Viendo el puñal.)

¡Mas, Dios santo, ahí estás! hújeme, aparta,
Sueño fascinador, que esquivo en vano.
Nunca de sangre de los godos harta
Esta daga fatal busca una mano.
La de uno de ambos... tigre vengativo,
Sér exterminador de mi familia,
Uno solo de entrambos quede vivo,
Veamos el infierno á quién auxilia.
Mi razón, mi creencia lo repele;
Mas nunca echar de mí puedo esta idea;
Ese día fatal ¡oh infierno! impele,
Traénosle de una vez y pronto sea,
Vértigo horrible el corazón me acosa,

Sed de su sangre el corazón me irrita...
¡O huye por siempre, pesadilla odiosa,
O ante mis ojos ven, sombra precita!
(Abrese la puerta con impetu, y al par
que ilumina el fondo un relámpago
entra en la escena el conde Don Ju-
lian.)

ESCENA VI.

DON RODRIGO, EL CONDE.

Conde. Gracias al diablo que llegué á la
cumbre.

Rod. ¿Quién es? ¿dó va? ¿qué busca?
¿quién le trae?

Conde. ¡Rápido preguntar! mas si es
costumbre

Oid. Un hombre, á Portugal, y lumbre
Para secarme del turbion que cae.

¿Hay mas que preguntar?

Rod. Mal humor gasta.
Conde. Lo mismo que pregunta le res-
ponde.

¿Tiene algo que cenar?

Rod. Nada.

Conde. Pues basta.
La cuestión por mi parte ha dado fondo.
(Se sienta con calma á la lumbre.)

Rod. Desatento venis donde os alojan.

Conde. Pues sin brindarme vos yo me
aparezco,

Y esos nublados hasta aquí me arrojan,
Ni vos me la ofrecéis ni os la agradezco.

Rod. ¡Me obliga por mí fé la cortesía
Mas no soy hombre que á sufrir me avengo
Razones de tamaña altanería.

Conde. Tampoco yo, que despechado vengo
Y harto estoy de la vida.

Rod. Y yo lo mismo.

Conde. Yo tras la muerte con deseo insano
Debo partir mañana muy temprano.

Rod. Y yo tambien.

Conde. ¿Y adónde?

Rod. A España.

Conde. De ella
Vengo.

Rod. ¿Sois de ella?

Conde. Por desdicha mía.

Rod. Cúpome á mí tambien tan mala es-
trella.

Conde. Que la mía peor nunca sería.

Rod. Puede que sí.

Conde. Lo dudo.

Rod. Allí he perdido

Cuanto amé.

Conde. Yo tambien.

Rod. Padres, hermanos...

Conde. Yo tambien.

Rod. Mis amigos me han vendido.
Conde. También á mí.
Rod. Fui mofa á los villanos.
Conde. También yo
Rod. Y el honor de mis blasones
 Ultrajó un hombre vil.
Conde. Y otro los míos.
Rod. Yo he tenido que huir.
Conde. Como ladrones
 Nos desbandamos sin poder ni brios
 Mis soldados y yo. Todos ingratos
 Me han sido á mí.
Rod. Y á mi todos traidores.
Conde. Nada espero.
Rod. Ni yo. Mas pienso á ratos
 En venganzas horribles.
Conde. No mayores
 Que las mías serán.
Rod. ¡Oh! Sí. Son tales
 Que vértigos terribles me producen.
Conde. Los míos á la rabia son iguales.
Rod. Y los míos á España me conducen
 Nada mas que á morir.
Conde. Y á mi lo mismo :
 Voy á buscar un hombre á quien detesto,
 Y ante uno de los dos se abre el abismo.
Rod. Yo busco á otro hombre para mi
 funesto,
 Y guardo ese puñal de mi familia
 Que del uno es el fin de todos modos.
*(El conde lo mira y lo reconoce. Esto
 depende de los actores.)*
Conde. ¿Es tuyo ese puñal?
Rod. Sí.
Conde. ¡Dios me auxilia!
 Ese hierro es la muerte de los godos.
Rod. Godo soy.
Conde. Yo también, mas su enemigo.
Rod. ¿Quién hará de ello ante mi vista
 alarde?
Conde. ¡Tú eres el torpe rey...!
Rod. ¡Tú el vil cobarde...!
Conde. Yo el conde Don Julian.
Rod. Yo Don Rodrigo.
(Quedan un momento contemplándose.)
Conde. Nos hallamos al fin.
Rod. Sí, nos hallamos.
 Y ambos á dos, execración del mundo,
 La última vez mirándonos estamos.
Conde. Eso apelece mi rencor profundo.
 Mirame bien : sobre esta faz, Rodrigo,
 Echaron un baldon tus liviandades,
 Y el universo de él será testigo,
 Y tu torpeza horror de las edades.
Rod. Culpa fué de mi amor la culpa mía,
 De Florinda me abona la hermosura;
 Mas ¿quién te abonará tu villanía?

Conde. De mi misma traicion la desven-
 tura.
 Deshonrado por tí, perdilo todo :
 Mas no saciaba mi venganza fiera
 Tu afrenta nada mas, menester era
 Toda la afrenta del imperio godo.
Rod. ¡De un traidor como tú fué digna
 hazaña!
 Cumplieras con tus viles intenciones
 Yendo á matarme con silencio y maña,
 O contra mi sacaras tus pendones
 Y bebieras mi sangre en la campaña,
 Mi corazon echando á tus legiones;
 Mas no lograras con tan necio encono
 Vender á España, por hollar mi trono.
Conde. Todo lo ansiaba mi tremenda
 saña;
 No hartaba mis sangrientas intenciones
 Beber tu sangre con silencio y maña,
 O en contra tuya levantar pendones;
 Dar quise tu lugar á estirpe estraña
 Y tu raza borrar de las naciones :
 Eso queria mi sangriento encono,
 Vender tu reino y derribar tu trono.
Rod. ¡Y lo lograste!
Conde. Sí, logré que al cabe
 El mundo á ambos á dos nos aborrezca,
 Y á tí de torpes vicios por esclavo,
 Y á mi por mi traicion nos escarnezca.
Rod. ¡Tanta maldad de comprender no
 acabo!
Conde. Hice mas.
Rod. Imposible es ya que crezca
 Tu infamia.
Conde. Escucha pues ¡oh rey Rodrigo!
 A cuánto llega mi rencor contigo.
 Yo solo quedo de mi raza : presa
 Los demas de los moros, á pedradas
 Fué muerta ante mis ojos la condesa,
 Y á la mar arrojados á lanzadas
 Mis hijos de Tarifa en la sorpresa :
 Mas te traigo una nueva que pagadas
 Todas me deja las desdichas mías;
 Supe tiempo há que en Portugal vivias.
Rod. ¡Dios!
Conde. Por un monge que te halló
 en la selva.
Rod. ¡Un monge!
(Con temor.)
Conde. Sí, mi hermano, cuyos votos
 Le impiden hoy que contra tí se vuelva,
 Mas cuya astucia para siempre rotos
 Los anillos dejó de mis cadenas
 Para seguir tus pasos noche y día,
 Y para que la sangre de tus venas
 La mancha lave de la afrenta mía.
Rod. ¿Y es cierto? ¿y ese monge era tu
 hermano?

ESCENA ULTIMA.

DON RODRIGO, EL CONDE DON JULIAN,
 TEUDIA, ROMANO.

¿Era un hombre no mas? ¡no era un fan-
 tasma!
 ¿Nada habia en su sér de sobrehumano?
Conde. ¡Que tal preguntas en verdad me
 pasma!
 Él me salvó y me dijo : « Vé á buscarle,
 Mas, hermano mio, antes de matarle
 Dile que su castisima Egilona
 Con su amor ha comprado otra corona. »
Rod. ¡Mi esposa!
Conde. Sí, Abdalasis te la quita,
 O por mejor decir vendiósele ella,
 Y bien la raza en que nació acredita,
 Y de su esposo bien sigue la huella.
(Con mofa.)
 Una reina cristiana favorita
 De un árabe... ¡oh, nació con brava estrella!
 No penes pues por tan leal matrona,
 Que esposo no la falta ni corona.
Rod. Basta, basta, traidor : la estirpe
 goda
 Deshonrada por tí, por tí vendida,
 Clama sedienta por tu sangre toda.
*(Don Rodrigo va á coger el puñal que
 está clavado en el poste, pero el conde
 Don Julian se adelanta y lo toma. Don
 Rodrigo retrocede dos pasos con supers-
 ticioso temor.)*
Conde. Con la tuya á la par sea vertida.
 El mismo cieno nuestro timbre enloda,
 La misma tumba nos dará cabida.
*(El conde se arroja sobre Don Rodrigo,
 mas Teudia se presenta de repente en-
 tre los dos con la hacha de armas em-
 puñada.)*

Teud. ¡Mientes! aun queda quien su
 honor repare
 Y del traidor al infeliz separe.
(Da al conde un golpe mortal, y cae.)
Rod. ¡Teudia!
Teud. Señor, cumplí conmigo mismo,
 Que al vengaros á vos vengué á la España.
Rod. ¡Gracias, Teudia! hoy me arranca
 tu heroísmo
 Mi ruin superstición á un noble estraña.
 Si, mi pavor con él baje al abismo :
 Partamos con Pelayo á la montaña,
 Y logremos ¡oh Teudia! por lo menos
 Morir en nuestra pátria como buenos.
(A Romano.)
 Padre, dad á ese tronco sepultura
 Donde repose en paz : mi justo encono
 No pasa, no, de su mansion oscura,
 Aunque el honor de España esté en mi abono.
 Yo vuelvo al campo á la pelea dura,
 Y aunque muera sin huestes y sin trono,
 Siempre ha de ser para quien muere hon-
 rado
 Tumba de rey la fosa del soldado.
(Vase con Teudia, y cae el telon (1).)

(1) En el tomo tercero de esta edicion, se hallará
 una continuacion del Puñal del Godo, titulada la
 Calentura.

SOFRONIA,

TRAGEDIA EN UN ACTO.

A LUIS PIZARRO,

CONDE DE LAS NAVAS,

EN PRUEBA DE AMISTAD Y CORDIAL APRECIO,

DEDICA ESTE TRABAJO SU BUEN AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 8 de febrero de 1843.

NOTAS DEL AUTOR.

Hablando del emperador Majencio dice el magnífico caballero Don Pedro Mejía en su Historia imperial y cesárea: «Porque él era cruel matador y perseguidor de la gente noble y principal de Roma, vicioso, lujurioso, adúltero, deshonesto y avariento, y sobre todo perseguidor y disipador de la Iglesia. Finalmente, en todos sus hechos tirano, etc.»

Lorenzo Echard, en su historia de Roma desde su fundación hasta la traslación del imperio por Constantino, dice hablando del mismo emperador Majencio:

«Robaba las mugeres de los senadores y los primeros caballeros de Roma, y después de haberlas gozado las volvía á enviar á sus maridos. Habiendo querido usar de la misma violencia con Sofronia, muger del prefecto de Roma, la cual era cristiana, pidió aquella muger unos momentos para adornarse, y encerrándose en su cuarto se mató: acción animosa por cierto, mas reprehensible, aunque muy alabada de Eusebio y de Rufino. Majencio permitía á sus soldados todo género de delitos, y cuando los arengaba, en vez de exhortarlos á observar una exacta disciplina, les decía que se alegrasen y no se privaran de nada que apeteciesen. Saqueaba los templos; mataba á los ricos para tomar sus bienes; oprimía al pueblo con impuestos; y en fin, redujo la ciudad de Roma á tal miseria, que faltaban en ella las cosas mas necesarias, porque el emperador lo disipaba todo con sus desórdenes y prodigalidad.»

Sobre estos datos históricos he querido escribir una tragedia; ignoro si lo he conseguido, pero confieso que tal ha sido mi intento. En cuanto al carácter del emperador, me he atendido estrictamente á la historia, como creo que está á la vista. No en los de Sofronia y Publio, que han sufrido alguna alteración por motivos que espondré.

Publio era (según las historias) un hombre débil que tembló delante del emperador y casi consintió en su liviandad; Sofronia era cristiana y se suicidó, acción criminal según nuestra fé, cualesquiera que fuesen las razones que para ella encontrara: era pues necesario al interés trágico borrar esta mancha del carácter de la protagonista para que su inocencia y su virtud inspirasen clásica compasión; é hice por tanto de Sofronia una mártir, y del amor de su marido su verdugo. Con lo cual si no he dado gusto á los críticos, no podrán negarme estos señores que Publio y Sofronia me deben la bienaventuranza celestial que yo les franqueo en mi obra, y esto siempre es algo.

He reducido la acción á un solo acto por no entorpecer la sencillez del hecho histórico en que está fundada, y por no hacer dormir á los espectadores con eternos diálogos que no están dispuestos á escuchar en nuestros actuales teatros. Y finalmente, he escrito

mi tragedia en versos aconsonantados y no en romance endecasílabo por tres razones. La primera porque todo un acto en un mismo aconsonante es mas monótono é insufrible que el ruido de los mazos de un batán. La segunda porque, siendo tan fácil en nuestra lengua armoniosa el uso de los consonantes, creo á cualquier mediano versificador con facultad de usarlos. Y la tercera por mi propia voluntad y capricho, que es la que mas me satisfizo, en lo cual me parece que soy franco.

PERSONAS.

SOFRONIA.
EL EMPERADOR MAJENCIO.
PUBLIO, prefecto de Roma.

SILANO, esclavo del emperador.
SIRO, esclavo de Publio (que no habla).

Roma año de 310 de J. C.

ACTO UNICO.

Pórtico interior en el piso bajo del palacio del emperador Majencio, que da paso á las habitaciones de Publio, prefecto de Roma, y á los jardines. Puerta á la derecha que da al interior del palacio. Puerta á la izquierda que da á los aposentos de Publio y Sofronia. En el fondo una balaustrada de piedra por cuyo centro se sale á los jardines del emperador, que se extienden detrás de ella, iluminados por la luna, decorados con estatuas, fuentes, arcos, jarrones, etc., etc. A lo lejos y cortando el cuadro la loma del monte Aventino, frente al cual estuvo construido el palacio de los Césares, en donde se supone la escena.

ESCENA PRIMERA.

AL LEVANTARSE EL TELON SOFRONIA APARECE ASOMADA A LA BALAUSTRADA, Y MIRANDO A LOS JARDINES CON ATENCION. SILANO APARECE AL QUINTO VERSO POR EL FONDO.

Sof. Vuelve: no hay medio ya; todo es inútil.

Acaben de una vez vanas escusas,
Y repela sus bárbaros antojos
De la noble virtud la fuerza ruda.
¿Quiere guerra? La habrá, desesperada.
Yo caeré acaso en tan horrenda lucha;
Mas no me da pavor, yo la provoco:
Muerta caeré, pero rendida nunca.

ESCENA II.

SOFRONIA, SILANO.

Sof. Pronto vuelves.
Sil. Da pronto y fácil paso
Puerta en esa ala del palacio oculta.
Sof. ¿Qué dice tu señor?

Sil., dándole una carta ó papiro. Lee lo que dice.

Sof., después de leer. ¿Por fuerza ó voluntad he de ser suya?

Sil. El mismo quiere de tu misma boca
Tu asentimiento ó tu repulsa,
Y á ti vendrá dentro de poco: piénsalo:
Su voluntad con tu interés consulta;
Pero si aprecias un consejo, cede.

Sof. ¿Quién tu opinion, esclavo, te pregunta?

Silencio, y agradece si á sus plantas
Con lengua vuelves en la boca inmundada.

Sil. ¿Esa respuesta le daré?

Sof. La misma.

Sil. Es el emperador.

Sof. ¿Lo pongo en duda?

Sil. Vas su furia á escitar.

Sof. Despeja, esclavo;

Yo desprecio su amor como su furia.

Sil. Dueño es de sus vasallos absoluto

Sof. No llega su poder mas que á la tumba.

Sil. Te la abre ante los piés tu resistencia.

Sof. Sabré en ella caer libre de culpa.

Sil. ¿Eso dices?

Sof. No mas.

Sil. Quieran los dioses

Valerte.

Sof. Vé.

Sil. Tu esclavo te saluda.

ESCENA III.

SOFRONIA.

Primero de una vez el pecho mio
Desgarren sus verdugos, y una á una

Las gotas de mi sangre derramadas
El alma arranquen de la carne impura.
No me conoce aún, si espera necio
Que á sus halagos mi virtud sucumba,
Ni el imperio, que se huye de sus manos,
Compre mi corazon, ni le seduzca.
Si las damas romanas hoy olvidan
La alta nobleza que su sangre ilustra,
Y de su emperador se hacen esclavas
Ofreciéndole viles su hermosura,
Que alguna queda de su antigua raza
Verán al menos para mengua suya;
Y alguna queda que por alto ejemplo
Sin vida caiga, mas sin honra nunca.
Mas Publio.

ESCAPA IV.

SOFRONIA, PUBLIO.

Pub. ¡Aun aquí tú, Sofronia mia!
¿Mas qué pesar te asalta? Ese encendido
Color del rostro... de tu mano fria
El temblor...
Sof. ¡Tu ilusion!
Pub. No, yo he sentido
Minar mi corazon lenta y traidora
Una sospecha ruin, y harto há que veo
Que tu pecho secretos atesora
Que en vano espio y comprender deseo.
Sof. Publio, y has visto bien : honda
tristeza
Me prensa el corazon.
Pub. ¿Quién, dulce amiga,
Te la pudo causar?
Sof. Esta grandeza,
Este fausto de Roma me fatiga.
Ansio soledad, reposo anhelo;
Pluguérame un lugar de aqui lejano
Donde mas puro se gozara el cielo,
Mas libre el aire, y el placer mas llano.
Será un capricho mugeril si quieres,
Mas á mi que te amo, esposo mio,
Tú me bastas, y el lujo y los placeres
De contento en lugar, me dan hastio.
Si tú me amas así, la pompa deja
De esta corte imperial, y los honores;
De esta continua bacanal me aleja,
Donde parecen mal castos amores.
Salgamos de esta Roma corrompida,
Y uno para otro amor, mútuo consuelo,
Dulce llevemos y envidiable vida
En mas tranquilo y retirado suelo.
Pub. No sé, Sofronia mia, qué adivino
De siniestro y fatal en tus palabras:
Me estraña ese capricho repentino;
Todo tu corazon fuerza es que me abras.
¿Qué temes, di? ¿qué dudas? ¿qué recelas?
¿Qué secreta razon ó qué mania

A Roma te hace odiar? ¿Porqué me velas
Tu recóndito mal, Sofronia mia?

Sof. Siempre, Publio, te amé.

Pub.

Lo sé.

Sof.

Por eso

Constante siempre, y respetada esposa,
Guardar supe tu honor puro é ileso
En medio de esta Roma escandalosa.
Nunca temí que el viento corrompido
Que en su recinto infame se respira
Llegara á un corazon bien defendido;
Mas esta débil esperanza espira.

Pub. Sofronia, si hasta á tí liegar osado
Pudo algun miserable libertino,
Muy mal con su razon lo ha consultado.
Nómbrale.

Sof. Es mas fatal nuestro destino,
Publio. El suelo de Roma es una sima
Que si con pronta fuga no evitamos
Nos sorberá por fin : mi aviso estima,
Y cree á mi corazon, Publio, partamos.

Pub. ¿Todo un glorioso porvenir es fuerza
Que abandonemos? Mi fortuna crece,
Nada hay que mi favor derroque ó tuerza,
Porque el emperador me favorece.
Mio es su imperio, la pesada carga
Del gobierno en mis hombros deposita,
Y á mucho acaso mi ambicion se alarga,
Mucho-Roma tal vez me necesita.

Te confieso en verdad que algunas veces
La licencia imperial me escandaliza :
Mas hombre soy, y mi ambicion atiza
El quererte ofrecer cuanto mereces.

Sof. No pienses, Publio, en mí : yo nada
quiero :

Tú eres mi único bien : mas odio á Roma,
Y de ella pronto que me alejes quiero.

Pub. Sofronia, ahora dejarla es imposible.
¿Mi cargo renunciar cuando á sus puertas
Se acerca con ejército terrible
Constantino? Sospechas daré ciertas
De traicion á Majencio, y será acaso
Mi sentencia de muerte mi renuncia.

Sof. Nuestra vida se encierra en frágil
vaso,

Publio, y cercana tempestad se anuncia.
Esta ciudad de crimen, que se aduerme
Arrullando el placer de sus señores,
Tal vez anhela en su reposo inerte
Otra estirpe mejor de emperadores.

Pub. ¡Sofronia!

Sof. Si, la sangre y la vergüenza
El manto son en que se envuelve Roma :
¿Qué mucho pues que Constantino venza
A quien el yugo de la infamia doma?
¿Qué hace tu emperador? Pisa y viola
Cuantas leyes al pueblo dan amparo :
Su imperio airado, y sin razon, asola,

Y celebra sus vicios con descaro.
Contribuciones sin poder impuestas
En festines opiparos destruye,
Embriaga al vulgo con inmundas fiestas
Y las damas romanas prostituye.
Despierta, Publio; nada está seguro;
Un capricho imperial lo puede todo,
Y penetra el recinto mas oscuro
Su malicia infernal de cualquier modo.

Pub. Basta, Sofronia, basta; te comprendo.

Sof. Mira.

(Dándole la carta del emperador.)

Pub. ¡Y así me pagas mis servicios!
Y mientras yo tu imperio te defiendo
Victima soy de tus horribles vicios!
Claro lo veo al fin; ¡tanta privanza,
Tanto imperial favor, tanta ventura
Mi fé y mi lealtad no me la alcanza!
¡Es el precio no mas de su hermosura!
Basta, tirano, tu vileza entiendo.

Sof. Salgamos pues de Roma.

Pub. Si, salgamos,

Mas en las sombras de la noche, huyendo,
Antes que en su poder ambos caigamos.

Tengo ¡oh Sofronia mia! felizmente
Regio poder, y una orden de mi mano
Nos franqueará las puertas libremente,
Y el furor burlaremos del tirano.

¡Oh, bien mi corazon me lo decia!
No en vano fermentaban mis recelos.
Tienes razon, huyamos, alma mia,
Y amparen pios nuestro amor los cielos.

Sof. Publio, y que pronto sea, porque
acaso

Ya la astuta serpiente se introduce
Bajo el lecho nupcial, y un solo paso
A la infamia ó la muerte nos conduce

Pub. ¿Tienes valor?

Sof. Si, Publio, para todo;
Todo lo renuncié por amor tuyo,
Y á cuanto me ordenares me acomodo :
«Quédate;» — y permanezco : «húyele;» —
y huyo.

Pub. Pues apréstate á huir; oro recoge
Que nos compre otra vida en otra tierra,
Y que halle el gavilan cuando se arroje
Que ya la red al colorin no encierra.

ESCAPA V.

PUBLIO.

Inútil fué mi esfuerzo : inútil, vano
Mi afan en ocultarla de sus ojos;
Todo lo mina su poder tirano,
Y no tienen ya freno sus antojos.
Unico amigo en quien fiar podia,

Solo leal que por su bien velaba,
Cuanto me honraba mas, mas me vendia
Y en contra de mi honor mas conspiraba.
Siga su suerte pues, sigala solo :
No en él la sed de sangre se despierte,
Y al fin concluyan el amor y el dolo
En vil sentencia de venganza y muerte.
¿Siro?

ESCAPA VI.

PUBLIO; SIRO, ESCLAVO.

Su curso al concluir la luna
Debajo de los pórticos de Vesta,
Sin que lleguen á dar sospecha alguna,
Tres caballos veloces nos apresta.
Si nos sacas de Roma serás libre :
Mis jardines te doy de Lucretilla.
Y al otro lado en viéndonos del Tibre
Cuantos caballos deje en pos, mutila.
Parte.

ESCAPA VII.

PUBLIO.

A Dios para siempre, áureo palacio,
Morada de los Césares augusta,
Alcázar imperial de cuyo espacio
Se aleja la virtud triste y adusta.
Yo riqueza y poder, gloria, esperanza
Renuncio sin pesar; y noblemente
Sin intentar sacrilega venganza
Delante del honor doblo la frente.
Eres mi emperador, yo no repelo
Tu ley augusta : mas si torpe mano
Pones en nuestro honor, huyo al tirano
Y juzgue de ambos la razon el cielo.
(El emperador Majencio se acerca por el
fondo de los jardines.)

Mas él se acerca; rondador taimado
Del ajeno tesoro, astuto emboza
Con velo de amistad el preparado
Dardo traidor que en aprestar se goza.

ESCAPA VIII.

EL EMPERADOR, PUBLIO.

Emp. Publio.

Pub. Salud, emperador Augusto.
Tan excelso favor mi orgullo colma.
¡Vos mismo descender á mi morada!
Emp. Sin duda, Publio, que descienda
importa.

Graves cuidados sin cesar me abrumen,
Graves temores sin cesar me acosan :
Y echar sobre tus hombros necesito
Este peso molesto que me enoja.
Pub. Mandad, señor.

Emp. ¿Qué, Publio, me valiera
Del grande imperio la soberbia pompa,
Si yo mismo tuviera que ocuparme
En cuidar de mi imperio y mi corona?
Las dignidades vuestras, si eso hiciere,
Inútiles al fin me fueran todas,
Y en lugar del señor, fuera el esclavo
Quien el sacro laurel ceñirse logra.
Yo lo entiendo mejor; lidien mis Césares,
Defiendan mis pretores las remotas
Fronteras del imperio, mas en tanto
Dulce tranquilidad disfrute Roma.
De las fiestas de Flora y Baco quiero
Renovar las antiguas ceremonias;
Quiero que el vulgo se divierta y goce,
Y el árbol del placer nos preste sombra.
Francos los almacenes imperiales
Para el pueblo romano desde ahora,
De Italia y Grecia los antiguos vinos
Para la alegre muchedumbre corran.
Salgan audaces las bacantes, salgan
De sus templos las vírgenes hermosas,
Y dancen en las fiestas Lupercales
Las esclavas á par con las matronas.
Mi imperio es de deleites y de dichas,
El tiempo es breve y la existencia corta:
Quiero que el pueblo por placeres solo
Cuenta no mas de mi reinar las horas.
Pub. Señor, estando en rebelion dó quiera
Las provincias lejanas...

Emp. ¡Me acongoja
Que me hablen de provincias y de pueblos
Que se rebelan! Publio, ¿qué me importa
Que vayan mis provincias á otras manos
De las mias pasando unas tras otras?
Capaz de mil imperios es la tierra;
Lógrelas pues quien mas los ambiciona.
Cámbiese al fin cada provincia en uno
Como el imperio mio sea Roma.
Me canso de escuchar reconvenções,
Prefecto; mi paciencia se desborda,
Y hacer un escarmiento determino
Que muestre mi justicia vengadora.
Pub. Hablad.

Emp. Sabes que en Roma hay una raza
Que de severa rectitud blasona,
Y que á todo se atreve y falta á todo
Culpando á nuestra edad de impía y loca.
Pub. Los cristianos, señor.

Emp. Si, los cristianos,
Que inculcan su creencia mentirosa
En las pueriles almas de los crédulos
Y al cielo ofenden y á la ley provocan.
Ante las mismas puertas del palacio
Con estraña osadía escandalosa
Han fijado pasquines esta noche
Muerte á mi esirpe amenazando pronta.
Bárbaro llaman al romano pueblo,

Y de sus dioses de metal se moñan,
Y con el signo de la cruz infame
Sus pasquines sacrilegos coronan.
Pues bien, quiero mostrarles lo que puede
Mi raza noble aun á extinguirse próxima,
Quiero que sacrifiquen ó que mueran:
Perjuros han de ser, ó muertos. Toma,
(*Dale pliegos.*)

Publio; á cumplir dispoñte mis decretos:
De ellos no ha de quedar rastro ni sombra;
Ocho veces han sido esterminados,
En mi reinado pues será la nona.
Sus cabezas pondré por los caminos,
Con sus pieles haré curtir alfombras,
Y espondré sus mugeres en los circos
Por diversion y escándalo de Roma.
Pub. Mirad...

Emp. No miro nada; al punto, Publio,
Mi voluntad publica; todos oigan
Su dicha ó su sentencia, y que comiencen
Su esterminio y mis fiestas con la aurora.
Pub. Señor...

Emp. Silencio: sin cumplir mis órdenes
¡Ay de tú vida si á palacio tornas!
Pub. (Tirano astuto, tu intencion com-
prendo;

Lejos me quieres, mis estancias solas
Porque el triunfo mas fácil te figuras;
Mas ¡ay de entrambos si mi saña enconas!)

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, SILANO.

Emp. ¿Silano? (*Sale Silano.*)
A ese hombre por dó quier se espie:

Lleva en su corazon sospecha sorda,
Y de todo es capaz su ánimo osado
A impulso de los zelos que le ahogan.

Sil. Bien espionado está: ni una palabra,
Ni una accion, ni la idea mas recóndita
Se escapará á los linceos que le cercan.

Emp. Intentará tal vez...
Sil. Su esclavo ahora

Dispone sus caballos mas veloces,
Y á favor de la noche protectora
Partiendo de los pórticos de Vesta
Saldrán de la ciudad él y Sofronia.

Emp. ¿Es pues Silano, el disimulo inútil?
¿Inútil mi templanza generosa?

¿Fuerza será que de una vez anuncie
Mi imperial voluntad?

Sil. Su misma boca
Le reveló el secreto, y ella misma
Le entregó vuestra carta; nada ignora.

Emp. Tórnese pues en ley este capricho:
Todas las vallas de amor se rompan,
Y aprendan de una vez que á los esclavos

postrarse ante el señor les toca.
ase Publio me cansa la justicia,
rectitud estúpida me enoja,
no quiero escucharle los consejos
on que el placer me amengua ó me le es-
torba.

Juez le nombro de hoy mas de los cristianos,
Procónsul va de mis provincias todas
A esterminar en todas á esa raza
Que de un suplicio vil el signo adora.
Así le mantendré de Roma lejos,
Y de mi mismo así gozaré en Roma.
Mis antojos son ley: todos la acaten:
Derecho es este que mi sangre goza.
Cuida de que se cumplan mis mandatos,
Que arda mi imperio en fiestas ostentosas;
Y esa fiera beldad aquí condúceme,
Silano, y estas salas abandona.

Sil. Halagadla, señor, que es muy altiva,
Y á los amagos su cerviz no dobla.

Emp. La amo como jamás amé á nin-
guna,

Pero si nada mi cariño logra,
Soy el emperador, y á fuerza ó ruego
Todo ante el sacro emperador se postra.

ESCENA X.

EL EMPERADOR.

Lejos de mí la máscara: parezca
Tal cual es la pasion que me devora,
Y caiga de una vez en poder mio
De esa beldad la apetecida joya.

ESCENA XI.

EL EMPERADOR, SOFRONIA.

(*Silano, que la conduce, se aleja por el
fondo dejándola en escena.*)

Emp. (Héla aquí: su beldad admiro
mudo.)

Salve, ¡oh Sofronia!
Sof. Augusto, yo os saludo.

Emp. Deja, deja la grave ceremonia
Y humilde tono para el vulgo rudo.

Tu esclavo soy no mas: manda, ¡oh Sofronia!
Sof. Escusadme, señor, frases molestas

De galanteos para mi perdidos,
Que ni en mis labios hallarán respuestas,
Ni hallarán atencion en mis oidos.

Emp. Ya sé que mis ofertas rehusando
Mis amorosas cartas no leiste;
Y ya sé que mi enojo despreciando
A mi esclavo tenaz «nunca» dijiste.
Mas tu ostinada resistencia entiendo:
Conoces lo que vale tu hermosura

Y á mis ojos la estás encareciendo.
Bien haces, ¡oh celeste criatura!
Mas haste ya de tu rigor injusto,
Bañe tu faz, bellissima sirena,
En vez del ceño que la entolda adusto,
Sonrisa de placer dulce y serena.

¿De qué te sirve ¡oh ninfa encantadora!
Tu ardiente corazon y tu hermo-ura,
Si te se va la vida hora tras hora
En calma triste y soledad oscura?
Otra existencia de placer te brinda
Mi poder y mi amor: deja que al cabo
El tuyo, hermosa, á mi pasion se rinda;
Déjame que á tus piés espire esclavo.

Sof. Señor, mi corazon mentir no sabe:
No os amó nunca; y vuestro impuro halago
Imposible ha de ser que de él recabe
Un solo impulso del amor mas vago.

Vos lo veis: encerrada eternamente
De mi cámara oculta en el retiro,
Se desliza mi vida dulcemente
Sin que el placer de esta ciudad demente
Me arranque al corazon solo un suspiro.

Noble, rica, envidiada y bien querida,
Podria yo llevar si me pluguiera
Inquieta, alegre y dispada vida,
Como vos lo llevais y Roma entera,
Y así dejando vuestra ley cumplida
Atachármela nadie se atreviera:

Mas yo sé bien lo que á mi honor le debo
Y vida tal porque me importa llevo.

Emp. La llevas, pobre tórtola enjaulada,
La llevas porque nunca has sospechado
Que tras los muros de que estás cercada
Otra vida hay mejor que no has gozado.

¿Sabes tal vez cuán plácidas las horas
Se van fuera de este ámbito sombrío?
¿Sabes tú cuántas fiestas seductoras,
Cuánto en delicias hierve encantadoras

Esa ancha Roma del imperio mio?
Un imperio de dicha y bienandanza
Donde el único fin es la ventura,
Un imperio de amor donde no lanza
Su rayo el duelo, y el pesar no alcanza,
Y donde reina libre la hermosura.

Pues bien, del universo soberano
No hay nada que á mi antojo se resista;
¡Use imperio feliz está en mi mano,
Yo le pongo á tus piés, es tu conquista.

Sof. Apartaos, señor, ved que me ofende
De vuestra loca audacia la grandeza:
Si la hermosura ó el amor se vende,
No se ha vendido nunca la nobleza.

Emp. Oyeme y ve la asoladora llama
Que tú en mi corazon has encendido,
Fuego que mas tu resistencia inflama
Y á odiar me arrastra cuanto tú no ha

Una sola muger no hubo en mi im-

A quien yo no llamara esclava mía,
Nunca embozó mi amor vano misterio,
Y mandaba mi amor, no se rendía.
Mas no así al tuyo el corazón se atreve,
Que cuanto te ama mas, mas se recela,
Y mas conoce que arrastrarse debe
Ante los sacros piés del bien que anhela.
Rendido está: mas tiéndele una mano,
Y tu planta en pos dél tiende á mi trono.
Reina, y si sirve de mi fé en abono
O halaga tu capricho soberano,
Mándalo, y á tu voz polvo liviano
Será esa Roma que escitó tu encono:
El orbe entero se hundirá conmigo
Si una sonrisa de tu amor consigo.

Sof. Basta, señor, que me afrontáis.
Emp. ¡Sofronia!
Sof. Ya sé que vuestro imperio abominable
Avergüenza á la misma Babilonia
Por vuestro ejemplo torpe y execrable.
Ya sé que en Roma sin pudor, ni freno,
No hay mas Dios que el placer, mas ley que
el gusto;
Cuanto os halaga á vos se da por bueno,
Cuanto lleva al placer se da por justo.
Ya sé que al pueblo manteneis esclavo
Con la embriaguez del vino y la licencia
Sin que haya un corazón que sepa bravo
Acotar vuestra bárbara impudencia:
Sé que fiestas infames se instituyen;
Leyes que la hermosura os esclavizan
Y á las nobles matronas prostituyen,
Y los vicios y el crimen divinizan.
Mas no llega hasta mi su aliento impuro;
En mi se estrella vuestra ley tirana,
Que aquí en mi pecho tras de noble muro
Entera vive la virtud romana.
¿A mis plantas poneis vuestra corona,
Emperador Augusto? Yo la piso;
Sepa Roma que aun guarda una matrona
Que la tuvo á sus piés y no la quiso.
Emp. En fiero saña tu soberbia loca
Encendiera mi pecho, si pudieran
Palabras que han salido de tu boca
Producir mas que amor. En mí no alteran
El que yo te consagro, que esta llama
Que un ánima vulgar sofocaría
Con tu frio desden crece en la mía.
Viento es tu voz que su volcan inflama:
Yo te adoro, Sofronia: mas escucha,
Que aunque este amor no atajarán tus brios
De él me cercenan indulgencia mucha,
Y van al fin á despertar los míos.
Mi capricho es mi ley; de hierro ó de oro
Bajo mi cetro estás: de ambos elige.
Sof. Estoy en vuestras manos, no lo ignoro;

Mas prefiero la muerte, ya os lo dije.
Emp. ¡Muerte! veamos pues. ¿Fé ni ternura
No bastan á rendirte á mis anhelos?
Derroque pues la fuerza tu bravura:
Todo ceda á mi amor.
Sof. ¡Valedme, cielos!
(*El emperador se lanza hácia Sofronia.
Esta la huye; y en tal punto se presenta
Silano por la derecha.*)

ESCENA XII.

EL EMPERADOR, SOFRONIA; SILANO,
APRESURADO Y DE REPENTE.

Sil. Señor...
Emp. ¿Quién osa sin licencia mía
Hasta aquí penetrar?
Sil. Perdon, Augusto,
Pero así mi deber lo requería.
Emp. ¿Qué pasa, pues?
Sil. De vuestro edicto justo
Al oír la sentencia los cristianos,
En tumultuosa sedición, rompieron
Vuestras estatuas con airadas manos.
Emp. Y mis guardias ¡por Hércules! ¿qué
hicieron?
Sil. Dieron, señor, sobre ellos; pero Roma
Arde en nocturna lid, y este tumulto
Por todas partes incremento toma.
Emp. Su sangre toda lavará este insulto.
Al punto salga, sin piedad, Silano,
Numerosa cohorte pretoriana:
No quede de esa turba ni un villano.
Te sigo: y oye tú, fiero romana.
Concluye para todos mi indulgencia:
Mi imperial voluntad manda, no pide.
Publio parte de Roma, es tu sentencia:
Un día os doy, que de los dos decide.
Mas cómo ha de acabar pesa y entiende:
Mañana mismo al espirar el día
Si aun tu arrogancia resistir pretende,
El cadáver será, tú esclava mía.
Sof. ¡Esclava tuya quien en Roma nace,
Tirano usurpador!
Emp. Así me place:
De Baco y Flora en el alegre templo
Tú la primera libación mañana
Conmigo harás y servirás de ejemplo
A la alegría y bacanal romana.
Salvas á Publio así, y eso te abona:
Escoge pues, la infamia ó la corona.
Sof. Antes morir mil veces, vil tirano.
Emp. Meditadlo mejor: vamos, Silano.

ESCENA XIII.

SOFRONIA.

Se turba mi razon: convulsa, ardiente
Al corazón la sangre se me agolpa,
Y la altivez, la indignacion y el miedo
Mi fé estravian, mi valor agotan.
« El cadáver será, tú esclava mía: »
Dijo... ¡ Sentencia bárbara y diabólica,
Que con la infamia de la esposa amante
La infame vida del esposo compra!
¡ Publio! ¡ mi bien...! ¿ te salvaré vendien-
dote?
¿ Yo vida te he de dar á tanta costa?
Jamás. Llama, tirano, á tus verdugos,
Nuestra sangre leal mezclada corra:
Con indeleble mancha al derramarse
Salpicará tu rostro cada gota.
Muramos, si... ¡ Mas ay! sueño, deliro,
¡ Que antes del vulgo vil nos hará mofa!
Porque ¡ qué de virtud ni gloria entiende
Esta generacion torpe é hipócrita,
Ni esta ciudad envilecida y ebria
Con el placer de sus inmundas orgías?
¡ Evohé! gritarán: nuevo espectáculo
Será para ellos la virtud heroica,
Y al tigre azuzarán con sus aullidos
A consumir su crimen. ¡ Espantosa
Perspectiva, mas cierta! Si, lo veo,
Esos romanos nobles que ambicionan
El poder, hechos perros de sus príncipes,
Mañana en una fiesta escandalosa
Le cercarán, y de su boca misma
Escucharán mi desdichada historia;
Y le dirán: « Teneis razon, Augusto,
Es vuestra esclava, vuestro amor la honra;
Rendida caiga y de escarmiento sirva... »
Y ebrio él me hará llevar, y allí angustiada
Yo lloraré á sus plantas arrastrándome
Del solio hollado en la manchada alfombra,
Mientras cantan su triunfo y mi ignominia
Al són alegre de las anchas copas.
Ese es el porvenir que me preparan:
Sí, que á todo los Césares se arrojan,
Todo su cetro lo atropella, todo
A su absoluta autoridad se postra,
Y á par con ellos la embriaguez del crimen
En su vaso imperial apura Roma.
¡ Miserable de mí! de fuerza ó grado
En sus brazos caeré, sin que me acorran,
Porque en un pueblo que su honor olvida
Fé y virtud y valor están de sobra.
Caeré... y el triste Publio deshonrado,
Blanco inocente de su injusta cólera,
Errante, perseguido, esclavo, muerto...
¡ Déjame, aparta, pesadilla odiosa!
Tentacion infernal, ¡ hújeme, déjame!

Que á vacilar mi fé siento muy próxima.
Para tan grande prueba ¡ oh cielo santo!
Virtud me distes en verdad muy poca,
Pues aun vacila el corazón de tierra
Y el alma imbécil su deber ignora.
(*Pausa: transición repentina: completo
trastorno de ideas.*)
No cederé jamás: muerta primero.
Mas si él se salva cederé gustosa:
La fé... el amor... su muerte... mi igno-
minia...
No puedo mas... deliro: me acongoja
Este tropel de ideas... mi cerebro,
Mi corazón, mis ojos... todo es sombra.
¡ Paso, verdugos, paso! ¡ Publio, sálvate!
Ya estoy aquí... sacrificadme... sola.
(*Cae desfallecida.*)

ESCENA XIV.

SOFRONIA, PUBLIO.

Pub. Llego al fin: allí está: ¡ Sofronia,
esposa!
Pero ¡ ay de mí! ¿ qué es esto? ¿ qué afren-
tosa
Sospecha infunde en mi tanto silencio?
¡ Sofronia!
Sof. ¡ Atrás, verdugos de Majencio,
Atrás!
Pub. Sueña tal vez. ¡ Sofronia!
Sof. ¡ Cielos!
¿ Quién me nombra? Esa voz...
Pub. ¡ Sofronia mía!
Sof. ¡ Publio!
Pub. Yo soy.
Sof. ¡ Tú colmas mis anhelos,
Cielo santo! Perdido te creía.
Pub. Y perdidos los dos sin duda estamos.
Sof. No, pues unidos otra vez nos vemos,
Y sin mancilla aún nos conservamos.
Pub. ¿ Qué, el César...?
Sof. Juntos ya, no le tememos.
Mas pasa el tiempo, Publio: los instantes
Preciosos son. ¿ Y Siro, el fiel esclavo?
Pub. ¿ Siro? De entre sus labios espi-
rantes
El ay postrero de escucharle acabo.
Sof. ¡ Cómo!
Pub. Es un caso horrendo.
Sof. Habla.
Pub. Escucha.
Hoy el emperador con nuevo edicto
De Roma los cristianos ha proscripto
Sof. ¡ A los cristianos!
Pub. Sí; mas gente mucha
Cuenta esa raza, que aunque ayer nacida,
Y ocho veces en Roma esterminada,

Cada día se ve mas estendida
Y germina dó quier bajo la espada.
Sof. La mantiene su fé.
Pub. Su fé me asombra.
Yo sujeto al tiránico dominio
Iba con mis lictores en la sombra
Pregonando su bárbaro esterminio.
A par mio el prefecto pretoriano
Pregonaba tambien de Baco y Flora
Las fiestas. Inundó el pueblo romano
Las calles y las plazas á deshora;
Y la alegría en unos, la pavora
En otros, lo distinto de los cultos
En la turba produjo prematura
La delacion, la lid y los tumultos.
El pueblo y los soldados se metieron
En repentina lucha: los romanos
Sobre la raza condenada dieron
Y se cubrió la tierra de cristianos.
Sof. ¿De su señor en contra se vol-
vieron?
Pub. No: libres y sin armas en las manos,
De indignacion y miedo sin asomos
Dijeron á una voz: «Cristianos somos.»
Sof. ¡Oh!
Pub. ¡Me espantó su heróica osadía!
Cerró el pueblo con ellos: bajó Augusto
Con cuantas haces en palacio habia.
Y yo solo por ti sintiendo susto,
Solo pensando en su pasion funesta,
Entre el tumulto hui: corrí exhalado,
Busque á Siro en los pórticos de Vesta,
Mas le hallé á puñaladas traspasado,
Nuestra fuga á Majencio manifiesta,
Y yo tambien á muerte condenado
Supe que fui con él. Sofronia mia,
Huyamos, si aun es tiempo todavía.
Sof. Es tarde, Publio: la imperial sen-
tencia
Por dó quier nos ataja: las salidas
Tomadas nos tendrán: no hay resistencia.
Demos ¡oh Publio! al César nuestras vidas,
Pues tuyas son; al cielo soberano
Ileso demos el honor romano.
Pub. ¿Nuestras vidas al César? ¿Yo á la
muerte
Te he de entregar á tí, sin que el aliento
Me falte defendiéndote? ¿Yo verte
Resignado caer? No: ¡el firmamento
Antes sobre mi frente se desplome!
S gueme, pronto, ven: que no halle presa
El leon imperial cuando se asome.
Partamos pues.
Sof. De atormentarte cesa,
Publio infeliz, que su decreto ignoras.
Viendo el mismo que nada me rendia,
De nuestras vidas aplazó las horas.
«Mañana, dijo, al espirar el día

Si rendida á mi ley, mi ley no adoras,
Él cadáver será, tú esclava mia.»
Pub. ¡Villano! ¿con que al fin desespera-
rados
Moriremos los dos ó deshonrados?
Sof. No, sino en calma, y como á nobles
toca...
Pub. Tienes razon, Sofronia, te com-
prendo.
Sálvenos este acero (*Su puñal.*), y su ira
loca
Muertos nos halle aquí.
Sof. ¿Qué estás diciendo?
Pub. Noblemente es morir...
Sof. ¿Eso es nobleza?
Pub. Me confundes, Sofronia, no te en-
tiendo:
¿Cómo salvar sino nuestra cabeza?
Sof. ¿No me has dicho que has visto á
los cristianos
Con su humildad burlar su impia saña
Entregándose inermes en sus manos?
Pub. En su fé, esa humildad es una ha-
zaña:
Mas en la nuestra quien su honor aprecia
Muere como Catón, como Lucrecia.
Sof. Publio, para burlar su ley tirana
¿No alcanza mas tu corazon pagano?
Pub. No: ¿qué poder atajara al tirano?
Sof. El poder de mi fé: yo soy cris-
tiana.
Pub. ¡Dioses, cristiana tú!
Sof. Mi madre lo era,
Su fé es la mia: mas la fuerza adora
De esta fé de los flacos protectora,
Que tu honra salva y mi virtud entera.
Pub. ¡Cristiana...! ¡Oh nueva y doble
desventura!
¡Por tu proscripta fé blanco de su ira,
Codicia de su amor por tu hermosura
El mundo entero contra tí conspira!
Sof. Mi fé del mundo entero me asegura.
Ve, Publio, de mi Dios la omnipotencia,
Pues nos alienta su creencia santa
A ofrecer con tan noble indiferencia
Al hierro y al dogal nuestra garganta.
Ve el poder de este Dios que á la inocencia
Y á la debilidad da fuerza tanta,
Que nos hace morir dando á la vida
Deseada y alegre despedida.
Pub. Que á los verdugos sin piedad te
arroja,
Que de los brazos de mi amor te arranca.
¡Injusto Dios por quien de sangre roja
Teñirse veo tu garganta blanca,
Y á quien no impide mi mortal congoja,
Ni el llanto que en mis párpados se estanca.
Que cuanto en tí esperé no me destruya

Solo porque mi fé no es la fé tuya!
Sof. No, Publio: ¡Dios, que nuestro
amor ampara,
Que guarda nuestro honor ileso y puro;
Dios, cuya gloria mi baldon repara;
Dios, que me arranca del tirano impuro;
Dios, que en pos de la muerte me prepara
Reino más duradero y mas seguro;
Dios, en quien busco en la afliccion asilo
Con fé sincera y corazon tranquilo!
Ese es mi Dios, ¡oh Publio! no esa impia
Creencia terrenal de oro y placeres
Que de nada nos vale en este día.
Pub. Grande es el Dios por quien tan
grande mueres,
Muy grande ese Dios, Sofronia mia,
Que á los niños inspira y las mugeres
Ese valor insigne que me espanta.
Sof. Publio, el cielo es alfombra de su
planta.
No hay á sus ojos sombras ni misterios,
Nada pueden contra él nuestros tiranos;
Su soplo pulveriza los imperios.
Publio, ese es Dios: el Dios de los cristianos.
Pub. Pues bien, Sofronia, acato su gran-
deza,
Su majestad conozco y fortaleza:
Mas no querrá ese Dios, es imposible
Que quiera que te espongas vanamente
Del tirano á la cólera terrible.
Ven; justo es que antes libertarte intente
Por cuantos medios procurarme pueda:
Ven; si á tu salvacion no hallo camino,
El muro santo de tu fé te queda,
Cumple, Sofronia mia, tu destino.
Sof. Pronto se cumplirá: mira.
(*Sofronia señala al fondo, hacia donde
Publio se vuelve retrocediendo espan-
tado.*)

ESCENA ULTIMA.

EL EMPERADOR APARECE ACERCÁNDOSE POR
EL FONDO DE LOS JARDINES, PRECEDIDO DE
LOS LICTORES, ACOMPAÑADO DE SILANO, Y
SEGUIDO DE ESCLAVOS CON HACHONES Y SOL-
DADOS PRETORIANOS QUE SE COLOCAN DETRAS
DE LA BALAUSTRADA DE PIEDRA QUE DIVIDE
EL PÓRTICO DE LOS JARDINES, Y REPARTIDOS
EN VISTOSO GRUPO. EL EMPERADOR VIENE
CON SU VESTIDURA IMPERIAL Y CON TODAS
LAS INSIGNIAS DE SU PODER, Y AVANZA SOLO
HASTA EL PRIMER TÉRMINO DEL ESCENARIO,
QUEDANDO SILANO EN EL FONDO DELANTE
DE LA BALAUSTRADA.

Pub., viéndole cuando Sofronia le se-
ñala. ¡Majencio!

Emp., á Silano. Helos allí á los dos: ra-
zon tenias.
Pub. Hémos, tigre feroz.
Sof. ¡Publio, silencio!
No provoques audaz sus tiranías.
Emp., bajándose ya á la escena. Tú en-
tre tanto, Silano, en Roma entera
Desploma sin piedad mi saña fiera.
Perezcan de una vez esos villanos:
Honda sed de su sangre me devora.
¡Me provocan! pues bien, desde la aurora
Que espongan en el circo á los cristianos,
Abra sus fiestas con su sangre Flora,
Y espectáculo den á los romanos.
(*A Publio con ira.*)

¿Aquí estás tú, prefecto? ¿Es este acaso
El lugar que te di?
Sof. Perdon, Augusto.
Emp. Para nadie le habrá: un solo paso
Os resta nada mas, cumplir mi gusto.
Rinde tu orgullo, ó al lucir el día
Victimas de mi ley, justa ó tirana,
El cadáver será, tú esclava mia.
Sof. No, emperador: tu misma tirania
Me arranca á tu poder. Yo soy cristiana.
Emp. ¡Tú cristiana tambien!
Pub., á los pies del emperador. Perdon,
Augusto;
Miente. No mas porque tu amor rehusa,
Dei falso crimen de impiedad se acusa.
Miente, mente, señor.
Sof. Pavor ni susto
La muerte no me da: mi audacia escusa,
Publio: cristiana soy: que muera es justo.
Pub. Por los años, señor, que os he ser-
vido

Y lides que por vos he peleado,
Su falsa acusacion dad al olvido:
No es cristiana, señor, os ha engañado.
Vuestra es, señor, salvadla, y vuestra ira
Cébesese solo en mí, no en su mentira.

Emp. Me atosiga la cólera.
Sof., al pueblo y soldados. Romanos,
Noble soy: y, de Roma ciudadana,
No puedo esclava ser: mas soy cristiana,
Y me cumple morir con mis hermanos.
Esa es la ley.

El pueblo y los soldados. ¡Sí, sí, mueral
Emp. En buen

hora,
Muera: gusto os daré: mas oye cómo.

(*A Publio.*)

Yo la espondré en mitad del hipodromo,
Y escarnio de la turba mofadora
Su desnudez será: su vista impura
Hozará su nobleza y su hermosura.

Pub. ¡Deshonor tan infame!
Emp. Si; y tú atado,
 En medio de la arena bajo un yugo
 Su vergüenza verás.

Pub. Antes, malvado,
 Sea mi propio brazo su verdugo.
(La hiera con su puñal.)

Emp. ¡Villano!
Sof., cayendo. Publio, bien.
(Al emperador.)

Nada tu encono
 Puede ya contra mí: con honra muero.
(A Publio.)

Publio, recibe tú mi á Dios postrero.

(Al emperador, y haciendo el último esfuerzo.)

Augusto emperador, yo te perdono.

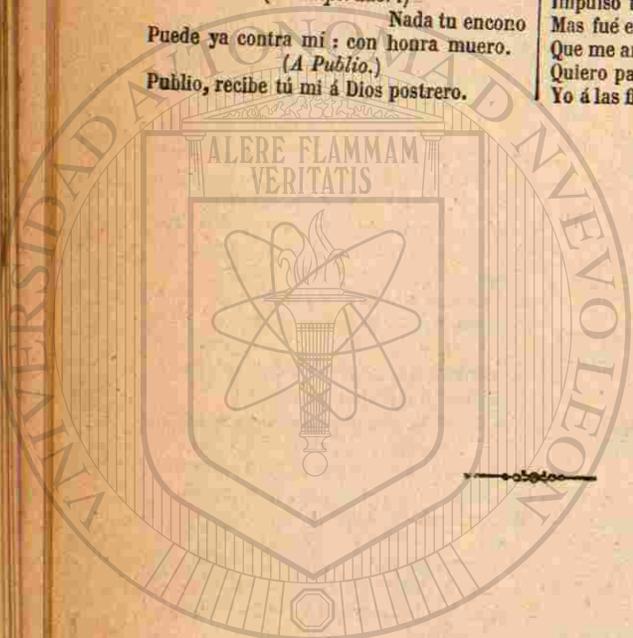
Emp. ¡Qué has hecho, miserable! me horrorizas.

¡Quitádmeme de aquí! Llévadle al fuego,
 Y esparcid por el viento sus cenizas.

Pub. Yo me espanto también; llevádmeme luego.

Impulso fué del corazón pagano,
 Mas fué el impulso de su misma estrella
 Que me arrastra á mi bien. Pueblo romano,
 Quiero partir mi eternidad con ella.

Yo á las fieras también... Yo soy cristiano.



LA OLIVA Y EL LAUREL,

ALEGORIA

ESCRITA PARA LAS FIESTAS

DE LA

PROCLAMACION DE S. M.

LA REINA DOÑA ISABEL II.

PERSONAS.

EL GENIO DE LA GUERRA, gallardo manco armado.

EL GENIO DE LA PAZ, noble matrona, vestida de blanco, coronada de oliva.

LA BUENA FE, representada en un rústico y honrado labrador.

EL TIEMPO, viejo.

ECO, niña juguetona y parlera, vestida al capricho.

GENIOS SUBDITOS DE LA GUERRA, COMO LA PESTE, LA AMBICION, EL HAMBRE, ETC., ETC.

ATRIBUTOS Y GENIOS DE LA PAZ, COMO EL AMOR, LA AMISTAD, LAS ARTES, ETC., ETC.

ACTO UNICO.

Mansion horrible en el alcázar del genio de la Guerra, representada por una gruta ó antro en el centro de una montaña, con toda la agreste belleza de que es susceptible semejante cuadro. En medio un robusto y irónico laurel. En el fondo, á cierta elevación, un lecho rústico en que se ve dormido al Tiempo, con sus mitológicos atributos. Trofeos de armas de todas clases, antiguas y modernas, se verán esparcidos por la escena, con cuantos muebles quieran ponerse alegóricos de la guerra.

ESCENA PRIMERA.

OVESE RUIDO DENTRO DE ARMAS Y VOCES, Y SALEN VARIOS GENIOS SUBDITOS DEL DE LA GUERRA, ARRASTRANDO A LA PAZ AL LAUREL EN QUE LA MANIATAN.

El genio de la Paz. ¡Mónstruos! ¿asi se ultraja á una matrona?

¿Asi me trata vuestro rey?

Los genios de la Guerra. Asi.

El genio de la Paz. ¿Nadie mi causa compasivo abona?

Los genios de la Guerra. Nadie.

El genio de la Paz. ¿Y cautiva seré siempre?

Los genios de la Guerra. Sí.

(La dejan atada, y se apartan al fondo del escenario.)

El genio de la Paz. ¡Miseria tierra! de ominoso luto

Tu faz envuelve en funerales tocas,

Y de jugo vital tu suelo enjuto,

En grietas hiende, cuyas anchas bocas

La sangre chupen de las lides fruto.

Fuentes de sangre manarán tus rocas,

Y tus verdes encinas corpulentas,

Hojas y ramas brotarán sangrientas.

Las brisas que otro tiempo perfumadas

Sonaron por tus bosques y jardines,

De sangriento vapor vendrán preñadas,

Arrastrando el clamor de los clarines:

Y en vez de tus silvestres enramadas

De espesas madre selvas y jazmines,

Verás pudrirse entre tus secos guijos

Los desgarrados miembros de tus hijos:

¡Miseria tierra! la guerrera trompa

Atronará tus ámbitos sangrientos:

Pub. ¡Deshonor tan infame!
Emp. Si; y tú atado,
En medio de la arena bajo un yugo
Su vergüenza verás.

Pub. Antes, malvado,
Sea mi propio brazo su verdugo.
(*La hiera con su puñal.*)

Emp. ¡Villano!
Sof., cayendo. Publio, bien.
(*Al emperador.*)

Nada tu encono
Puede ya contra mí: con honra muero.
(*A Publio.*)

Publio, recibe tú mi á Dios postrero.

(*Al emperador, y haciendo el último esfuerzo.*)

Augusto emperador, yo te perdono.

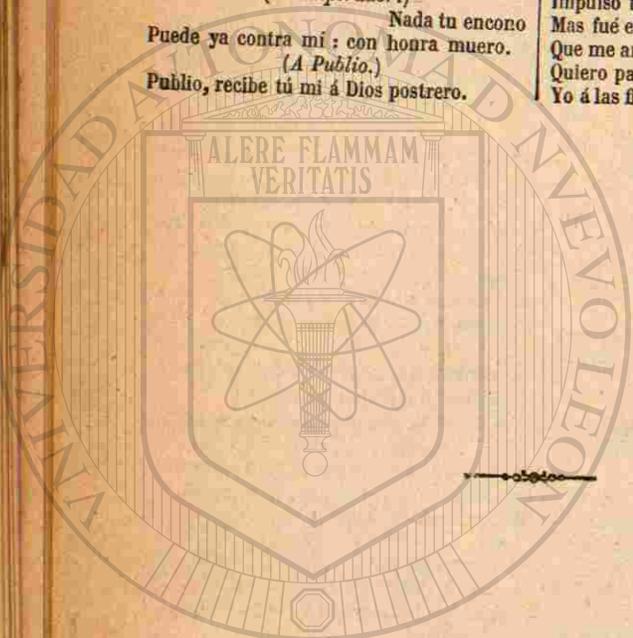
Emp. ¡Qué has hecho, miserable! me horrorizas.

¡Quitádmeme de aquí! Llevadle al fuego,
Y esparcid por el viento sus cenizas.

Pub. Yo me espanto también; llevádmeme luego.

Impulso fué del corazón pagano,
Mas fué el impulso de su misma estrella
Que me arrastra á mi bien. Pueblo romano,
Quiero partir mi eternidad con ella.

Yo á las fieras también... Yo soy cristiano.



LA OLIVA Y EL LAUREL,

ALEGORIA

ESCRITA PARA LAS FIESTAS

DE LA

PROCLAMACION DE S. M.

LA REINA DOÑA ISABEL II.

PERSONAS.

EL GENIO DE LA GUERRA, gallardo manco armado.

EL GENIO DE LA PAZ, noble matrona, vestida de blanco, coronada de oliva.

LA BUENA FE, representada en un rústico y honrado labrador.

EL TIEMPO, viejo.

ECO, niña juguetona y parlera, vestida al capricho.

GENIOS SUBDITOS DE LA GUERRA, COMO LA PESTE, LA AMBICION, EL HAMBRE, ETC., ETC.

ATRIBUTOS Y GENIOS DE LA PAZ, COMO EL AMOR, LA AMISTAD, LAS ARTES, ETC., ETC.

ACTO UNICO.

Mansion horrible en el alcázar del genio de la Guerra, representada por una gruta ó antro en el centro de una montaña, con toda la agreste belleza de que es susceptible semejante cuadro. En medio un robusto y irónico laurel. En el fondo, á cierta elevación, un lecho rústico en que se ve dormido al Tiempo, con sus mitológicos atributos. Trofeos de armas de todas clases, antiguas y modernas, se verán esparcidos por la escena, con cuantos muebles quieran ponerse alegóricos de la guerra.

ESCENA PRIMERA.

OVESE RUIDO DENTRO DE ARMAS Y VOCES, Y SALEN VARIOS GENIOS SUBDITOS DEL DE LA GUERRA, ARRASTRANDO A LA PAZ AL LAUREL EN QUE LA MANIATAN.

El genio de la Paz. ¡Mónstruos! ¿asi se ultraja á una matrona?

¿Asi me trata vuestro rey?

Los genios de la Guerra. Asi.

El genio de la Paz. ¿Nadie mi causa compasivo abona?

Los genios de la Guerra. Nadie.

El genio de la Paz. ¿Y cautiva seré siempre?

Los genios de la Guerra. Sí.

(*La dejan atada, y se apartan al fondo del escenario.*)

El genio de la Paz. ¡Misera tierra! de ominoso luto

Tu faz envuelve en funerales tocas,

Y de jugo vital tu suelo enjuto,

En grietas hiende, cuyas anchas bocas

La sangre chupen de las lides fruto.

Fuentes de sangre manarán tus rocas,

Y tus verdes encinas corpulentas,

Hojas y ramas brotarán sangrientas.

Las brisas que otro tiempo perfumadas

Sonaron por tus bosques y jardines,

De sangriento vapor vendrán preñadas,

Arrastrando el clamor de los clarines:

Y en vez de tus silvestres enramadas

De espesas madre selvas y jazmines,

Verás pudrirse entre tus secos guijos

Los desgarrados miembros de tus hijos:

¡Misera tierra! la guerrera trompa

Atronará tus ámbitos sangrientos:

Y despojada de tu fértil pompa,
Que hoja por hoja arrancarán los vientos,
Serás solo un pedrusco en que se rompa
La furia de los locos elementos;
Desierto de arenales y peñones,
Madriguera de sierpes y leones.

ESCENA II.

EL GENIO DE LA PAZ, EL DE LA GUERRA,
SUS GENIOS.

El genio de la Guerra, saliendo de repente. Será, muger imbécil, mi palacio:

Y el campo despojado de verdura,
Circo será de suficiente espacio
Donde ensayarme en la pélea dura.
Y si el suelo á brotar está reacio
De sus olmos y robles la espesura,
Al riego del sudor de mis corceles
Le poblaré de bosques de laureles.

¿Qué falta nos hará tu vil descanso?
¿Que valen tus pacíficos primores,
Ni qué importa la orilla de un remanso
Cercar de huesos ó de breves flores?
¿Qué mas da que repita el aire manso
Tus himnos ó el doblar de mis tambores?
¿Porqué han mas de valer tus torpes vicios
Que mis nobles y ardientes ejercicios?

¿Tú, qué has creado? Imbéciles varones
Que consumen su vida en dictar leyes,
Que hacen desesperar á las naciones,
Y acudir á las armas á los reyes:
Y al fin de sus discursos baladrones,
Cuando han uncido para arar los bueyes,
Que es fuerza ven para guardar su tierra
Uncirlos en el carro de la guerra.

Para venir á tales resultados,
No sé porqué la tierra dividida
Entrambos ha de estar: pues tus estados
Por mi te tienen siempre defendida,
Y tu prez y valor son mis soldados,
Y mis bravos ejércitos tu vida
Protegida es igual que encarcelada:
Quédate, pues, á mi laurel atada.

El genio de la Paz. Genio de sangre y mortandad sediento,
Si guarda aún tu corazón de roca
De compasión un solo sentimiento,
Una súplica atiende de mi boca.

El genio de la Guerra. Templo es mi pecho del altivo aliento
Que mantener al vencedor le toca:
Habla, y si ves que con orgullo escucho,
Ve que en oírte solo aun hago mucho.

El genio de la Paz. Oye un instante,
pues: En una punta

De esa altanera tierra de la Europa,
Una noble nación hay que se junta
Contra sí misma en iracunda tropa.
Diez años dormí allí casi difunta,
Del regio manto en la rasgada ropa,
Y diez años guardé con pobres leyes
El combatido solio de sus reyes.

Diez años son de llanto y amargura,
En abandono y soledad pasados,
Mas diez años que llevo por ventura
En mi memoria y corazón grabados:
Y con tan honda y maternal ternura,
Me aduermo en sus recuerdos encantados,
Que me holgara en yacer en aquel suelo
Que con tan puro azul cobija el cielo.

Pon mi cárcel allí, será mi trono:
Señálame en su centro en breve espacio
Mansion, y el universo te abandono,
Por si te ves al fin de sangre sacio.
No mas entre los dos lucha ni encono:
En pocos piés de tierra mi palacio
Tendrás, y bajo tus leyes de estermínio
Tendrás al universo en tu dominio.

Esto conviene mas á tu bravura
Y al escelso esplendor de tu corona,
Que dar en tal mansion cárcel oscura
A una pobre y pacífica matrona.

El genio de la Guerra. Bien merece un rincón por sepultura

Quien todo el universo me abandona:
Mas veamos, ¿cuál es la tierra estraña
Dó ese rincón anhelas?

El genio de la Paz. Es España.

El genio de la Guerra. ¡España!

El genio de la Paz. Si; que en su feraz terreno

Revientan las espigas entre flores,
Y de sus valles el sombrío ameno
Orea con purísimos olores,
En amarillas chozas lechos de heno
Que acunaron del mundo á los señores
España, sí, donde á la par se anida
El germen del honor y de la vida.

Allí es sufrida la briosa gente;
Allí el pueblo es leal, sóbrio y sencillo;
Allí segura la amistad no miente,
No ciega allí del oro el falso brillo;
Allí se escucha á la vejez prudente;
Allí ase el mozo á par espada ó trillo,
Y allí segun que la ocasión requiere,
Se vive labrador y héroe se muere.

Hartos siglos en guerras desastrosas
Allí siguieron tu sangriento carro,
Y tuvieron sedientos sus sabrosas
Aguas que serenar en rojo barro.
Déjame, pues, que las marchitas rosas
Fecundice otra vez del fresco Darro,
Y el són alegre de tranquila zambra

ESCENA III.

EL TIEMPO, EL GENIO DE LA PAZ.

El genio de la Paz. ¡Miser España! Eden voluptuoso,

Templo de la molicie y del amor,
¿Qué van á hacer de tu recinto hermoso
Las iras de ese genio asolador?

Los rizos de espesísimos cabellos
A tus lindas morenas cortarán,
Algun cañon para arrastrar con ellos,
Del cáñamo en lugar, que no hallarán.

En vez de los dulcísimos cantares,
De su amoroso afán tierna espresion,
Atronará tus viejos encinares
El estruendo del cóncavo cañon.

No bordarán tus campos gayas flores,
Las golondrinas ¡ay! te olvidarán,
Y acaso tus canoros ruiseñores
Con ellas á la par emigrarán.

¡Miser España! el cetro sanguinoso
No admitas de ese mónstruo de furor;
No des camino en tu recinto hermoso
Al carro de ese genio asolador.

¡Inútil anhelar!... mas pasos siento:
¿Quién en esta prision penetrará?
La Buena Fé, dentro. ¡Hola! ¿no hay nadie por aquí?

El genio de la Paz. ¡Qué acento!
Y no parece hostil: ¿de quién será?

ESCENA IV.

EL TIEMPO, EN SU LECHO, COMO EN LA ANTERIOR; EL GENIO DE LA PAZ, LA BUENA FÉ.

El genio de la Paz. ¿Quién va?

La Buena Fé. ¿Y quién habla?

El genio de la Paz. La Paz.

La Buena Fé. ¿Porqué no tomas la puerta?

Yo abiera me la encontré;
Y lo mismo la dejé.

El genio de la Paz. Confuso mi alma no acierta

Quién se atreva á hablar aquí
De manera tan estraña.

La Buena Fé. Soy la BUENA FÉ de España.

El genio de la Paz. Reconocerte debí.

La Buena Fé. ¿En qué?

El genio de la Paz. En la franca espresion
Con que tu labio se esplica.

La Buena Fé. Sus sentimientos me aplica
A la lengua el corazón;

Que como yo campesino
Soy, y criado en llaneza,
Siempre llamé con franqueza

Vuelva á encantar los patios de la Alhambra.

El genio de la Guerra. Ten esa lengua, y que jamás me pida

Lo que jamás me comprarán tesoros.
Pidiérasme la Italia corrompida,
Que alza á su esclavitud himnos sonoros;
Pidiérasme la Grecia empobrecida,
Las tostadas arenas de los moros
Y cuanto el mar sobre la Europa baña,
Antes que un pié de la atrevida España.

Allí nace el varon constante y fiero;
Allí nace el soldado vigoroso;
Allí se forja irresistible acero,
Y allí se cria el bruto poderoso
Que saca del combate al caballero,
O da con él su aliento generoso:
Y allí mueren invictos capitanes
Los que nacieron rústicos jayanes.

¿Darte la España yo? Nunca, sería
Cederte imbécil el mejor pedazo
De mi solio imperial: preferiria
Sentir sin fuerzas mi potente brazo,
Y sin fé el corazón: mejor querria
Trocar por una rueca ó un cedazo
La ponderosa lanza, y entre flores
Presa yacer de estúpidos amores.

No; mi esclava serás. Yace aquí sola,
Mientras yo con mis fieros españoles
Conquistaré la mar ola tras ola,
La tierra ganaré soles á soles.

*El genio de la Paz. ¿Y qué esa raza lo-
grará española,*

Cuando con ella el universo asoles?

*El genio de la Guerra. Sus huesos forma-
rán una montaña*

Donde clavemos el pendon de España.

Allí roto giron, mas siempre honrado,

Cuando la noche con sus velos ciña

Los ámbitos del mundo desolado,

Derramará la luz por la campiña:

Y abrirse el oriente purpurado

Espantará las aves de rapiña

Que á guarecerse de él habrán venido

Con corvo vuelo y gutural graznido.

¡Sús, pues, oh genios de la Guerra her-
manos!

Nuestro alcázar oscuro abandonemos:

¡Sús! y en los corazones castellanos

De las lides el vértigo soplemos.

Sangre goteen nuestras rojas manos:

Y pues cautiva ya la Paz tenemos,

Libres volad, ¡oh genios de la Guerra!

Y en España caed: nuestra es la tierra.

(*Vase el genio de la Guerra seguido de los que han atado al de la Paz y de los que han salido con él, al ruido de música marcial que se pierde en lo lejos.*)

Al pan pan, y al vino vino.

El genio de la Paz. ¿Mas cómo te encuentras aquí?

La Buena Fé. Pié á pié me han desposeído De la tierra en que he nacido,
Y de la tierra me hui;
Y ese desierto quizás
Travesando á la ventura,
Di con una puerta oscura,
Y entreme sin mas ni mas.

El genio de la Paz. ¿Cuál es tu tierra?

La Buena Fé. Castilla.

El genio de la Paz. Mas por su honradez descuella.

La Buena Fé. Mas fermenta en toda ella De la doblez la semilla.

Elo es que hay duelos á miles
Sobre el Hispálico suelo
Y á España cubren de duelo
Fieras contiendas civiles.

Contra sí mismos, insanos
Revuelven sus propios hierros,
Y se muerden como perros
Los leones castellanos.
¿Qué diablo! y no han de poder
Lo que pretenden lograr,
Pues todos son á mandar,
Y ninguno á obedecer.

Ya no hay lazos que les aten,
No hay leyes que les contengan;
Estos de aquellos se vengán,
Los otros y estos se batén.

Yo les grité: « Sois hermanos,
Bajo un mismo sol nacidos; »
Mas no me dieron oídos,
Y vinieron á las manos.

Me afané por su concordia;
Mas sobre mí dieron luego
Guerreándome á sangre y fuego
La colérica Discordia.

Y el Hambre descolorida,
Y la Ambicion de oro hinchada,
La Traicion enmascarada,
Y la Envidia carcomida.

Y por dó quier me asaltaban,
Por dó quier me perseguían,
Y alguna vez me adulaban,
Y traidoras me vendían.

Yo sostener no pudiendo
Contra tantos tan vil guerra,
Abandoné al fin la tierra,
Y hasta aqui me vine huyendo.

El genio de la Paz. ¡Ay infeliz campesino!

Y hasta tus piés te vendieron
Cuando hoy emprender te hicieron
De este lugar el camino.

De la guerra huyendo vas

La doblez y la malicia,
Y por tu propia impericia

Dentro de su alcázar das.

La Buena Fé. ¿Esto es su alcázar?

El genio de la Paz. Esto es.

Y aqui es fuerza, desdichado,

Que te encadene á mi lado

Si no te salvan los piés.

La Buena Fé. Huye conmigo.

El genio de la Paz. No puedo,

Que me atan estas cadenas.

La Buena Fé. En ese caso tus penas

Contigo á llorar me quedo.

El genio de la Paz. Y te asirán.

La Buena Fé. ¿Qué remedio?

Los hombres me llaman tonto,

Y á todo me encuentro pronto

Si no por virtud, por tedio.

El genio de la Paz. Huye, por Dios, y yo

sola

Llore la desdicha mía.

La Buena Fé. ¿Sin tí? no; renegaría

De mí buena fé española.

Contigo me he de salvar,

O me he de quedar contigo.

El genio de la Paz. Huye, labrador, te

digo.

La Buena Fé. Es inútil porfiar.

El genio de la Paz. ¿En todo con poco

tino

Ha de obrar la Buena Fé!

La Buena Fé. Pues de ambos á dos no sé

Quién tomó peor camino.

Que si con sana intencion

Dó quier hallarte deseo,

A fé que ahora que te veo

Te hallo en buena situacion.

El genio de la Paz. Tórname á España.

La Buena Fé. No haré:

De donde la Paz emigra,

O muchísimo peligrá,

O estorba la Buena Fé.

El Tiempo, levantándose del lecho. Erra-

do vas, buen villano,

Y tu ruda terquedad

Muestra bien claro en verdad

Tu honradez de castellano.

La Buena Fé. ¡Hola! ¿el viejo nos oía,

Y creí que reposaba?

El Tiempo. Todo en el Tiempo se graba,

Todo lo escucha y lo espía.

Nada á mis ojos se esconde;

Nadie hay que en mí contra arguya,

Ni hay nada que no concluya

Allí dó le corresponde.

Y así como mi guadaña

Calmó lides mas impías,

Yo haré que en muy breves dias

Calme las lides de España.

La Buena Fé. El remedio es como tuyo;

Sin duda, ¡viejo feroz!

Tú dices: meto mi hoz

A ciegas, siego, y concluyo.

Y siempre que haces alarde

De tu poder, he advertido,

Que al mal á que has acudido,

Acudiste siempre tarde.

El Tiempo. Un poder mas soberano

Guia mi mano, labriego,

Y yo le consagro ciego

Todo el poder de mi mano.

Y este jamás se equivoca

Ni se distrae, ni alucina,

Que es quien los astros calcina

Con el soplo de su boca.

La Buena Fé. ¡Bah! ¡quieres salvar á España

Y con tal calma te estás!

¿Mas tú? ¡pues la dejarás

Soberbia con tu guadaña!

El Tiempo. Como quien eres replicas.

La Buena Fé. Lo que sentí siempre hablé.

El Tiempo. Pues oye bien, Buena Fé,

Con quién es con quien platicas.

Yo antes que el cielo y que la luz naci;

La negra eternidad mi madre fué:

lleso lo pasado vive en mí,

Y penetrar en lo futuro sé.

Yo las generaciones nacer vi;

Yo las generaciones enterré:

Y todo cuanto ha sido, es, y será

Puesto al alcance de mi mano está.

Yo consumo las fuerzas del leon;

Yo carcomo los bordes de la mar;

Yo mino el pié del colosal peñon:

Yo desplomo la encina secular:

Yo marco á las edades division:

Yo puedo las arenas numerar:

Yo doy á cuanto á luz puede salir

Lugar en que nacer y en que morir.

Yo el giro de los astros señalé:

Yo vida débil á las flores dí:

Yo arraigo el árbol que morir las ve:

Yo inspíro al ave que se anide allí.

Yo hago al gusano que le roa el pié,

Y yo que la existencia les medi

De ave y gusano y flor y árbol al par

Siento el soplo y la savia circular.

Yo cuento las escamas al reptil

Para saber los años que vivió:

Cuento á la tierra sus grietas mil

Para saber el jugo que perdió;

Y las plumas al pájaro gentil

Y á la araña los hilos que tejíó,

Y sus conchas le cuento al mar azul

Y sus hojas al cárdeno abedul.

Yo juego con el mundo universal

Trastornando á placer cuanto hay en él:

Yo hago jardín el árido arenal,

Y torno en lago fétido el vergel.

Yo arrasé el paraíso terrenal:

Yo desmonté las piedras de Babel,

Y amontoné nacion sobre nacion

Para esparcir en polvo su monton.

Ya sabes lo que puedo y lo que soy:

Escucha, pues, lo que escondido está

(Señalando al relé de arena.)

Bajo esos granos que contando voy

Y un vaso en otro trasegando va.

Cuando la vuelta á ese arenero doy

Con él la vuelta la centuria da;

Y cuando en el la arena entre al revés

Será España feliz.

La Buena Fé, con oportunidad. Vuélvele

pues.

El Tiempo. No; faltan granos que pasar

aun:

Faltan dias aun de division;

Mas pronto formará masa comun

La arena en solo un vaso y un monton,

Y vuestras horas cambiarán segun

Los granos cambiarán de situacion,

Hasta que radie bajo el *real dosel*

La coronada frente de *Isabel*.

El genio de la Paz. Y entre tanto los

pueblos arderán

En lid sangrienta sin honor ni prez.

La Buena Fé. Y al incauto español su

presa harán

La pérdida ambicion y la doblez.

El Tiempo. Su nobleza y su fé les salvarán,

Y os abrirán los brazos otra vez,

Y tranquilo otra vez se alzará el sol

Por cuanto abarca el ámbito español.

La Buena Fé. Buena esperanza, mas; á

buena hora!

El Tiempo. Ten confianza en mí.

La Buena Fé. Despacio va.

La ninfa Eco, dentro. ¡Ah!

La Buena Fé. ¿Eh? ¿qué hace aqui esa

voz remedadora?

Eco, dentro. Llora.

La Buena Fé. ¡Calla! ¿y quién llora entre

el peñasco hueco?

Eco, dentro. Eco.

El genio de la Paz. ¿Eco? ¿tambien tal

vez huyendo va!

Eco, dentro. Va.

El Tiempo. Es Eco, esa ninfa loca,

Que gime de roca en roca.

El genio de la Paz. Bien llegada hasta

aqui sea

Aunque pese á su pié audaz.
El Tiempo. Solo en repetir se emplea
 Lo que es de aprender capaz.
La ninfa Eco. Paz. (Saliendo.)
El Tiempo. Esa es quien verte desea.
Eco. Sea.

ESCENA V.

EL TIEMPO, QUE MIRA INDIFERENTE CAER
 LA ARENA DE SU RELÓ; EL GENIO DE LA
 PAZ, LA BUENA FÉ; LA NINFA ECO.

El genio de la Paz. ¿Cómo en lugar tan
 horrendo
 Penetrar osaste?
Eco. Huyendo.
El genio de la Paz. ¿Y sobre qué tierra
 extraña
 Dejas tu albergue?
Eco. En España.
El genio de la Paz. ¿Todos la huyen!
 ¡ay de mí!
Eco. ¡Ay de mí!
El genio de la Paz. ¿Todos la dejan así!
Eco. Sí.
La Buena Fé. Bizarramente contesta:
 Mas á mí, si no te ofende
 ¿Me darás una respuesta?
Eco. Presta.
La Buena Fé. Saber, pues, mi afán pre-
 tende
 Lo que pasa en nuestra tierra.
Eco. Aterra.
La Buena Fé. Habla pues, mas dilo todo
 En el language y el modo
 En que Castilla lo entiende.
Eco. Pues atiende.
 Yo el Eco soy que domina
 De España á todos los ecos,
 Que habitan entre los huecos
 De su tierra desigual:
 Y ninfa jóven, y libre,
 Y juguetona y risueña,
 Repito de peña en peña
 Cuanto escucho bien y mal.
 Yo en la soledad del monte
 Al resplandor de la luna
 Las notas una por una
 Remedo de su rumor;
 El murmullo de las hojas,
 El gotéar de la fuente,
 Y el susurro impertinente
 Del insecto zumbador.
 Y en remedar me divierto
 Por los valles á deshora
 De la bella labradora
 Los suspirillos de amor;

Y en imitar me complazco
 Entre los ásperos cerros
 El ladrido de los perros
 Y el silbar del cazador.
 Así la vida me paso
 Embebecida y contenta
 Escuchando siempre atenta
 Cuanto suena en derredor,
 Y me halagan igualmente
 De la noche entre el misterio
 De los monges el salterio
 Y la gaita del pastor.
 Así he vagado tranquila
 Desde una á otra montaña
 De la deliciosa España
 Por el suelo encantador;
 Hasta que el aire aromado
 De su fructífera tierra
 Llenó el genio de la guerra
 Con su salvaje clamor.
 De entonces fué mi destino,
 Cambiándose de repente,
 Volver incansablemente
 El redoble del tambor,
 Y el gemir del moribundo,
 Y el crujir de la batalla,
 Y el silbar de la metralla
 Y el clarín del vencedor.
 Poco á poco el estampido
 De los cóncavos cañones
 Que hundían los murallones
 Con temeroso fragor
 Ensondeció á mis hermanas,
 Que con tan ciega fortuna
 En sus grutas una á una
 Espiraron de temor.
 Yo solo quedé, y errante
 Busqué en las chozas asilo
 Y bajo el hogar tranquilo
 Del sencillo labrador:
 Mas palmo á palmo la tierra
 Me hicieron perder huyendo
 Mis guaridas invadiendo
 En tropel devastador.
 De Cataluña en los riscos
 Creí que me salvaría,
 Mas cercados los tenía
 Somaten atronador;
 Hui dónde oía de rosas
 Guadalquivir su ancha orilla;
 Mas ¡ay! también en Sevilla
 Combatían con furor.
 Entonces tendi los ojos
 Por la sangrienta campiña
 Y solo aves de rapiña
 Sobre ella cernerse ví:
 Y hallándome sin un hueco
 Donde murmurar en calma

Llena de pesar el alma
 Dejé el suelo en que nací.
El genio de la Paz. ¿No queda, pues,
 un pedazo
 De ese misero terreno
 De desolacion ajeno?
Eco. Todas son lides allí.
La Buena Fé. ¿Qué tal? ¡y ese viejo es-
 túpido
 Nos auguraba venturas!
El genio de la Paz. Todo el campo en se-
 pulturas
 Se habrá tornado ¡ay de mí!
Eco. ¡Ay de mí!
La Buena Fé, al Tiempo. ¿Lo ves? ya
 todo la guerra
 Lo atropella y lo trastorna:
 ¡Y tú aquí con tanta sorna
 Sin acudirnos te estás!
 ¿No decías que el remedio
 Tenías ahí en la mano?
El Tiempo. Espero el último grano.
La Buena Fé. ¿Que caerá tarde quizás!
El Tiempo. Caerá cuando tiempo sea.
La Buena Fé. ¡Pardiez! y en tiempo
 oportuno.
 Cuando no quede hombre alguno
 (Ruido dentro y lejano.)
 De la ventura capaz.
El genio de la Paz. Silencio. ¿No oís?...
El genio de la Guerra, dentro. ¡Victoria!
Eco, como volviendo el sonido. ¡Victoria!
La Buena Fé. ¿A qué alzas tú el grito?
Eco. Es que cuanto oigo repito.
La Buena Fé. Tu costumbre montaraz.
Eco. Tal es mi naturaleza:
 Mas el rumor se aproxima.
 (La Paz, Eco y Buena Fé, escuchan con
 ansiedad, y muestran cada vez mas
 pavor.)
La Buena Fé. Ruego al cielo que reprima
 Lo sonoro de tu voz.
El genio de la Paz. ¡Es el genio de la
 Guerra!
La Buena Fé. ¡Es el Averno que se
 abre! (Con miedo.)
El genio de la Paz. Fuerza es que tumba-
 nos labre
 En su victoria feroz.
El genio de la Guerra, dentro. ¡Vic-
 toria!
El genio de la Paz. El trance postrero
 Para nosotros llegó.
El Tiempo, volviendo al lecho. Yo aquí
 indiferente espero.
La Buena Fé. ¡Y yo tiemblo!
El genio de la Paz. Y yo.
Eco. Y yo.

(*El genio de la Paz, inclinando la cabeza
 sobre el pecho, manifiesta el mas pro-
 fundo abatimiento. La ninfa Eco se gua-
 rece de una gruta, nicho ú otra cual-
 quiera abertura proyectada á la izquierda.
 La Buena Fé se acoge junto al lecho del
 Tiempo.*)

ESCENA VI.

EL GENIO DE LA PAZ, EL TIEMPO, LA
 BUENA FÉ; ECO, OCULTA; EL GENIO
 DE LA GUERRA, SEGUIDO DE LOS OTROS
 GENIOS SECUACES SUYOS.

El genio de la Guerra. Así: que vues-
 tros gritos de victoria
 La cavidad de mi recinto atruenen,
 Y las hojas del árbol de mi gloria
 A vuestra voz estremecidas suenen.
 Tejéme de laurel doble corona,
 Cuya sacra verdura inmarcesible
 Hasta el rayo de Júpiter perdona
 Prestándonos valor irresistible.
 Lejos de aquí las de aromosos ramos
 Del arrayán de Venus, que cautiva
 De amor el corazón; nunca ciñamos
 Encina verde ni jugosa oliva.
 El laurel nada mas, que es lo que toca
 A quien con su valor domó la tierra;
 Laurel que arraiga en la escarpada roca
 Al dintel del alcázar de la guerra.
 Y tú de serenatas y festines
 Genio entre la molicie envilecido,
 Yace ahí, mientras tienen mis clarines
 El aire de tu España ensordecido.
 Yace mientras agita la discordia
 Su fiera población: llorando queda,
 Mientras caen tus olivas de concordia
 De mi carro triunfal bajo la rueda.
Eco. Rueda.
El genio de la Guerra. ¿Quién remeda
 mi voz bajo ese hueco?
Eco. Eco.
El genio de la Guerra. Esa audacia
 ¡por Hércules! me admira.
Eco. Mira.
El genio de la Guerra. Arrastrad á mis
 plantas á quien sea.
Eco. Sea.
 (Los genios sacan á la ninfa Eco.)
El genio de la Guerra. ¿Quién eres tú?
Eco. De hoy mas soy tu cautiva.
 El eco soy de la infeliz España
 A quien traen tus combates fugitiva
 De montaña en montaña.
El genio de la Guerra. ¿Y quién te trajo
 aquí?

Eco. Mi pié estraviado.

El genio de la Guerra. Reconozco la mano del destino

Que me quiere dejar de ti vengado.

Yo por los campos con afán corría

De España; á lid sus pueblos convocaba,

Y tan solo mi voz se obedecía

En el círculo escaso en que sonaba.

¿Y eras tú quien mi voz entorpecía

Porque mi ronca voz te amedrentaba,

Porque tu eco mi voz no repetía

Y en tus mudas cavernas espiraba?

Pues bien; de tu traición y tu malicia

El vengarme á mi vez será justicia.

Atadla allí también con nudo recio,

Y que mueran las dos.

La Buena Fé. Son dos mugeres,

Señor.

El genio de la Guerra. ¿Otro estrangero? ¿y tú quién eres?

La Buena Fé. Yo... soy... la Buena Fé.

El genio de la Guerra. Por eso, necio,

Perdon para los otros solicita

Cuando al par para ti lo necesitas,

Pues que las tiende tu amistad la mano.

La Buena Fé. Es cierto; yo jamás mentí,

villano.

El genio de la Guerra. Bien: pagareis los tres al mismo precio:

Mueran sin compasión.

El Tiempo. Tente, tirano.

El genio de la Guerra. Fuera, estúpido viejo, aparta ahora

Y cuenta sus instantes postrimeros.

El Tiempo. ¿Ni aun tu ira calma la muger que llora?

¿Qué te harán esos pobres prisioneros?

¿Rendidos no los ves bajo tu planta?

¿Qué podrán estorbarte, si les dejas

Con el dogal atado en la garganta?

El genio de la Guerra. Escusa, anciano impertinente, quejas:

Mis enemigos son, y si que vivan

Dejo, y te imitan en tu porte ambiguo,

Tal vez mañana libertad reciban

Y vuelvan otra vez al daño antiguo.

El Tiempo. Escucha, pues.

El genio de la Guerra. Aparta, nada escucho.

El Tiempo. Repara que es el Tiempo poderoso.

El genio de la Guerra. ¿Quién mas que yo?

El Tiempo. Quien menos orgulloso

Blasona poco, pero alcanza mucho.

El genio de la Guerra. Inútil bravéar.

Yo solo quiero

El orbe dominar: y á España toda

De mi parte tener, que al orbe entero

Prefiero el gérmen de su sangre goda;

Si, este sol de la Paz es el postrero.

El Tiempo. Piénsalo bien y al Tiempo te acomoda.

El genio de la Guerra. Quiero ser solo, y morirá sin duda

Por mas que el Tiempo á su socorro acuda.

El Tiempo. Mira que avanza de su triunfo el día.

El genio de la Guerra. Su triunfo á detener hasta mi mano.

El Tiempo. Puede esa arena acelerar la mia.

El genio de la Guerra. No, caer debe hasta el postrero grano;

Y quedan los de un año todavía.

El Tiempo. Tal vez no.

El genio de la Guerra. ¿Me provocas?

El Tiempo. La cabeza

Respetas de la Paz.

El genio de la Guerra. Ruegas en vano.

El Tiempo. No puedo con tan torpe villanía:

Ríndeme, vil, tu bárbara fiereza:

Suprime ese año en que tu rabia fia;

Mira, EL REINADO DE ISABEL EMPIEZA.

(*El Tiempo vuelve su reloj de arena.*)

ESCENA ULTIMA.

Cambia la decoracion en deliciosos jardines en el alcázar de la Paz. El laurel á que esta se halla atada se cambia en una oliva, y abriéndose en el fondo un vistoso grupo de vapores, aparece el retrato de S. M. Doña Isabel II con cetro y corona.

El genio de la Paz. Genio de sangre y lides nunca sacio,

Dobla á mis plantas la cerviz altiva.

El genio de la Guerra. ¿Qué es esto? ¿donde estoy?

El genio de la Paz. En mi palacio.

El genio de la Guerra. ¿Qué árbol es este?

El genio de la Paz. De la Paz la oliva.

El genio de la Guerra. ¡Cielos!

El genio de la Paz. Pasó de un punto en el espacio

A ser señora la que fué cautiva.

El genio de la Guerra. ¿Y ese esplendor que tu palacio inunda?

El genio de la Paz. Es la sonrisa de Isabel Segunda.

El Tiempo. Es Isabel, quien tu furor confunde;

Quien tu brazo rindió jamás vencido.

Quien las delicias de la paz difundió

Desde el agosto solio á que ha subido.

Esa es por quien mi mano un año hunde

Podrá España elevar libre y feliz.

(*La Paz y la Guerra se dan la mano.*)

El genio de la Paz. Yo llenaré sus campos de verdor;

Yo cubriré de naves su ancho mar:

Yo inspiraré á los vicios noble horror:

Yo haré la ciencia y el trabajo amar:

Yo á la ley y á las artes daré honor:

Yo haré la religion con fé mirar;

Yo haré de España con el tiempo, en fin,

De gloria y de placer, templo y jardin.

El genio de la Guerra. Yo guardaré su campo al labrador,

Yo haré sus leyes santas respetar:

Yo daré á sus ejércitos valor:

Yo les haré vencer en tierra y mar:

Yo con mi escudo guardaré su honor:

Yo haré el nombre español reverenciar,

Y su rojo pendon llevaré en fin,

De uno en otro recóndito confin.

LA COPA DE MARFIL,

ESPECTACULO TRAGICO EN TRES PARTES.

PERSONAS.
ROSMUNDA.
ALBOINO.
BRENILDA.

RODIMIRO.
BUCILIO.
SOLDADOS. ESCAVOS.

La escena en Verona.— Año 573 de N. S. J. C.

PARTE PRIMERA.

Antecámara real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y á los lados. En medio un pequeño aparador con copas que sirve en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

BRENILDA.

(Aparece mirando con circunspeccion por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festin, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin que pueda interrumpir la representacion.)

Aun dura su festin. ¡Cuán fácilmente olvidan sus peligros y desastres Esos guerreros que lo mismo se hartan De generosos vinos, que de sangre! ¡Cuán fácilmente su garganta trueca Sus aullidos de guerra formidables Y sus lamentos bárbaros de muerte En alegres y báquicos cantares! Hé allí al rey Alboino... ¡oh! bien querrian Otro nombre mejor mis labios darle, Mas sonar debe solo en sus oídos Tan delicioso título... en las reales Cámaras nada mas, en las tranquilas Nocturnas horas, cuando todo yace Sepultado en el sueño y el silencio, Y oírnos nombre tal no pueda nadie. Ciegos en derredor todos los ojos

Tienen que estar para esto; los pilares De esta estancia no mas tal nombre escuchan Cuando en murmullo de mis labios parte, Y de su labio real otro tan dulce Como el que yo le doy en pago sale... Mas seguros que el eco de ambos nombres De la cámara real se ahoga en el aire... Y mientras ¡ay de mí! solo me es dado Vagar en torno de él; pasar, mirarle, Oír su acento, contemplar su rostro, Servir su copa y á sus plés sentarme, Cual blanca sombra del amor perdido, Casto recuerdo de adorada imagen, Sin que ese nombre dulce en mis oídos Suene jamás en público... ¿quién sabe? Tal vez un día por la vez primera Sonará, y para siempre mi linaje, Mis derechos, mi amor, mis sufrimientos Al universo todo haré palpables. Tal vez... mas él tambien á la derecha Del rey está. ¡Cuán bello! en sus brillantes Pupilas, en su rostro todo entero Se revela el placer que halla en mirarme. (Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda, y al percibir á Brenilda se detiene á escucharla, acercándose poco á poco hasta colocarse detrás de ella.) Y sus ojos no mas me ven ahora; Nadie mas que él me ha apercibido... ¡oh! vale Para mí esta mirada hurtada á todos La mitad de mi vida... idolatrarle Puede no mas mi corazón. Le adoro; Si, le amo, y me esta-lo contemplándole. (Mira con precaucion levantando el tapiz.)

ESCENA II.

BRENILDA, ROSMUNDA.

Ros. (¿Qué dice? ¿le ama? ¿á quién? ¿dónde sus ojos Se fijan? ¿Quién es él...? ¡Si mas sagaces Que los suyos los míos el objeto De su amoroso arrobamiento hallasen! (Mira por detrás de Brenilda.) ¡Cielos, es él! es Rodimiro... el vaso Alza al rostro... sí, sí; para ocultarme Su clara turbación, porque tras ella Aparecer ha visto mi semblante.) Bren. Mas ha palidecido de repente: ¡No me quiere mirar!

Ros. Niña, ¿qué haces?
Bren. ¡Ay!
Ros. ¡Silencio! que otro ¡ay! involuntario No llame su atencion...

Bren. Señora...
Ros. Apártate Del círculo á que alcanzan sus miradas, Y respóndeme: ¿qué es lo que te hace Tan arrobada estar ante esa puerta? ¿Qué hay en la mesa del festin que llame Tan fuertemente tu atencion? ¿no has visto Nunca en palacio fiesta semejante? ¿Nunca vistes al rey sus nuevos triunfos Celebrar en la mesa con sus grandes Y sus guerreros, di? ¿ó es que hay entre ellos Quién tu liviano corazón ablande Con el osado fuego de sus ojos?
Bren. ¡Qué! á ser eso verdad, ¿tan mal lo hallarais Que así lo preguntéis, airado el gesto, Trémula...?

Ros. ¿A ser verdad? ¿vas á negarme Lo que escuché yo misma de tu boca, «Le amo, le adoro?»
Bren. ¡Dios! ¿eso escuchásteis?
Ros. Sí, y las miradas de sus ojos fijas Sobre los tuyos sorprendí. ¿Turbarse No le vistes? ¿llevar el vaso al rostro Tras su áureo metal para ocultártele? Pues fué porque detrás de tu cabeza Vió la mía en la sombra dibujarse.
Bren. Sí, todo ahora lo entiendo.
Ros. ¿Ahora lo entiendes? Y el vil secreto que pasar dejaste De tu pecho á mi pecho, ¿has comprendido Hasta dónde ¡infeliz! puede llevarte? ¡Si el rey lo comprendiere!
Bren. Siempre... siempre En mi mayor tormento se complace Vuestro vil corazón...! Siempre, dó quiera

Persiguiéndome vais, vais espiándome, Contándome los pasos que camino, Interpretando de mi voz las frases, Esprimiendo los mismos pensamientos Que aun á palabras no reduce: echándome Al rostro sin piedad mi desventura, De mi misma virtud haciendo ultraje, De mi pobre esperanza una por una Sin compasion las flores deshojándome! ¿Hasta cuándo, señora, este suplicio Ha de durar? Sin nombre me dejásteis, Sin mil derechos que al nacer obtuve, Cuando á la luz me dió mi régia madre; Cuanto era mio, vuestro fué: nacida Bajo de real dosel, de reyes traje Noble y justa altivez, sin recordaros Los vasallos, los bosques, las ciudades Que pasaron á vos... y con todo ello Ofrenda os hice y os rendí homenaje. El os amó y me dijo: «Me interesa Que el trono rindas, que tu nombre calles, Que no entienda tu sér hombre nacido, Y olvidada de ti por otra pases.» Y olvidada de mí pasé por otra; Mi nombre ni mi sér no entendió nadie, Y naciendo señora me hice esclava De quien necio adoró mi ciego...

Ros. ¡infame!
¿Que no salga jamás de tu garganta Ese nombre fatal, y al reclamarle Si te atreves un día, ve, contempla El abismo que cava inmensurable Entre ti y Rodimiro: porque es ese El soplo que mantiene el fuego que arde En tu pecho, Brenilda: ese es el idolo A que elevó tu corazón altares.
Bren. ¡Por compasion, callad!
Ros. ¡Oh, te amedrenta Que te conozca...! pero qué, ¿mas grave Será por ello tu torpeza? al cabo Es bizarro, galan, cortés, afable, El escudo y sosten de Lombardia, El freno con el rey divide casi. ¡Oh! ¡has elegido bien! no habrá en Italia Quien descontento tu eleccion te tache. Luego, es jóven, y hermoso; en rubios rizos Larga madeja de cabellos cae Sobre sus anchos hombros; sus pupilas Radian cual radia en la serena tarde Entre purpúreo pabellon de nubes El sol, tras la montaña al ocultarse: Su sonrisa es mas grata que el aroma De la flor que en abril temprana nace, Y es mas grata su voz que el són tranquilo Con que murmura el aura entre los árboles. ¡Oh! ¡has elegido bien! ¡cuántas matronas Mas espertas que tú, sus gracias traen Esculpidas en su alma! ¡cuántas dieran

Muchas horas de amor, muchos galanes
Tiernos, enamorados, generosos
De su amorosa fé por un instante!
Y tú casi en la infancia, al lido apenas
Del campo de la vida, la red frágil
Le tiendes de tu amor... tal vez á solas
Con falsas esperanzas le persuades,
Le ofreces...

Bren. Basta ya: tened la lengua,
Que me avergüenza oír palabras tales
En vuestra boca real; y una sospecha
Siento al oír en mi pecho alzarse
Que os hace tan odiosa ante mis ojos
Cuanto si al rey...

Ros. ¡Silencio! ¡miserable!
¿Qué es lo que osas pensar?

Bren. Lo que no osara
Si vuestra misma voz no me obligase
A concebir desde hoy.

Ros. Tus zelos solo
Inspirártelo pueden.

Bren. Tal vez márgen
Para ellos me han dado otros.

Ros. ¡Insensata!
Calla, y tu crimen á ninguno achaques.
¿Tu te atreves á amar? ¿Sabes quién eres?
¿Ignoras que á morir puede llevarle
Vuestro amoroso y criminal secreto?

Bren. ¿Nuestro? mio no mas: él no lo sabe.
Ros. ¿No lo sabe?

Bren. Jamás osó mi labio
Ni aun dirigirse á él.

Ros. ¡Ah! no me engañes,
Brenilda, ¿de ese amor...?

Bren. Vive el misterio
Solo dentro de mí.

Ros. ¿Cómo probarme
Lo que dices podrás, si yo te he visto
Una vez y otra vez fija mirarle,
Y á él por encima del dorado vaso
Sus ojos elevar para mirarte?

Bren. Errado habrán mis ojos, mas mi
lengua,

Mi corazon son puros; ni faltarme
Jamás á mi decoro tanto pude
Por mas que mi cariño me estraviase;
Que yo jamás olvidaré, señora,
Lo que me debo á mí, y aunque se rasgue
Mi corazon de mi dolor al impetu,
Devoraré en silencio mis afanes,
Y sabré descender á mi sepulcro
Víctima del dolor, mas no culpable.

Ros. ¿Tan severa virtud en tu alma jóven
Con tan firme pasión á un tiempo cabe?

Bren. Cabe, si; y pues que vos la com-
prendisteis,

Si él la entiende á su vez, que acaso es fácil,

Al mismo rey declararé sin miedo
Mi pasión...

Ros. ¡Ay de tí! si tal osares,
Brenilda; ese secreto es tu sentencia,
Y solo vivirás mientras le guardes.

Bren. ¿Quién es esta muger, sagrados
cielos,

Que por dó quiera á detenerme sale,
Que á todas partes con furor me sigue,
Doblando mi dolor en todas partes?

¿Con que no hay para mí paz ni reposo?
¿No hay piedad para mí? ¿fuerza es que cave
Mi tumba gota á gota con mis lágrimas,
Y paso á paso hasta mi tumba baje,
Empujándome vos paso tras paso,
Cuanto ame y cuanto espere arrebatándome?

Ros. Te ciega tu pasión: yo solo quiero
Por el camino de tu bien guiarte,
Purgándote de necias ilusiones,
Harto indignas de ti... pero ya salen
Del banquete... esas lágrimas enjuga,
Y á servir á tu rey pronto prepárate
La última copa del festín: es honra
Que te dispensa siempre, ya lo sabes.

Bren. ¿Qué me valdrá ¡ay de mí! secar
los ojos,

Mientras el corazón lágrimas mane?

Ros. ¡Hola, esclavos! las lámparas difun-
dan

La necesaria luz.

Bren. ¡Oh cielo, ampárame!

Ros. Le ama... ¡y cuánto! ¡oh furor! ¡y
torpe acaso

En mi alma la dejé que penetrase
Dándole un arma contra mí... ¡no importa.
Yo sabré para siempre separarles,
Yo haré que entre los dos un muro inmenso,
Inaccesible á entrambos se levante.

ESCENA III.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA,
BRENILDA, BUCILIO.

Alb. ¡Bien lo hemos hecho por quien
soy! y espero

Que no se quejarán de nuestro trato
Esos romanos viles que nos tienen
Por salvajes estúpidos y bárbaros.

Buc. Lobos son nada mas que ahullan co-
bardes

Al verse en nuestras redes entrapados.

Alb. ¡Lobos! ¡Tienes razón!

Buc. ¿Qué ojos pusieron

Sobre las mesas al mirar rodando

Los vasos de oro de sus templos!

Alb. Era

Convidar al banquete necesario
A esos altivos ricos, cuyo miedo
Puede á Italia tranquila conservarnos.
Y aunque acaso completo no hallarian
El servicio á que están acostumbrados,
Tuvieron que comer, tuvieron vino,
Y se fueron con vida.

Buc. Ya las manos
Me hormigueaban á mí viendo sus gestos
Y melindres.

Alb. ¡Pardiez! ya se marcharon,
Y cumplimos con ellos bravamente.

Buc. Eso sí, cual quien somos nos por-
tamos.

Alb. Harto hacemos dejándoles la vida,
Puesto que, ya vencidos, son esclavos.
En fin, ahora nosotros lejos de ellos,
Sin ceremonias necias concluyamos
Nuestro festin como acabarlos deben
Húngaros valerosos y lombardos.

(A Rosmunda y Brenilda.)

¡Hola! ¿aquí estais vosotros?

Ros. Tus costumbres
Sabiendo todo aquí te lo aprestamos.

Alb. Muy bien: esos imbéciles me han
hecho

Tragar sin reflexion vaso tras vaso
Con sus rondas y brindis... y esos vinos
De Italia al paladar me son tan gratos
Que á no ser yo quien soy fuera de tino
Me pusiera tal vez. — ¡Ea! sentaos,
Capitanes, aquí; todos en torno
Mio, y como partimos en el campo
Las lanzadas y golpes, la alegría
Con mano franca por igual partamos.
Rosmunda, tú tambien: y tú, Brenilda,
Sírvenme á mí; á vosotros mis esclavos,
Que estas manos son haces de azucenas
Y á un rey sirven no mas. ¡Ea! bebamos.

Buc. Mas por los cielos, Rodimiro, creo
Que tu copa no apuras.

Alb., con desden. Estasiado

En amoroso arrobamiento há días
Anda.

Rod. Alboino...

Alb. De tu mismo labio
Lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora
Que lo miro mejor, ¡oh desdichados
(Mirando á Brenilda y Rodimiro.)

De vosotros si es cierto! esa memoria
Me recuerda... Brenilda, tú has llorado.
Rodimiro, ¡ay de tí si me has mentido!

Rod. ¡Yo mentir, Alboin!

Alb. Silencio. Cuando
Su mano á demandar te has atrevido,
Que ella estaba ignorante me has jurado
De tu insensato amor.

Rod. Sí, y estoy pronto

A volverlo á jurar; nunca llegaron
A sus oídos mis palabras.

Alb. ¿Cómo
La he visto, pues, el rostro adelantando
Detrás de ese tapiz mientras comíamos,
Y cómo la volvías al soslayo
Sus furtivas miradas?

Bren. y Rod. ¡Cielos!

Alb. Todo

Lo penetran mis ojos, insensatos.
Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo
A perdonarte amor tan temerario,
Mientras es sentimiento que escondido
Hierve en tu corazon; pero si osado
Redujiste á palabra el pensamiento
Para ponerle en sus oídos castos,
Te juro por el cielo que nos cubre
Que mueres esta noche.

Bren. ¡Cielos santos,

Hay mas duelos aún! Señor, yo os juro
Por cuanto respeteis por mas sagrado
Que no me habló jamás.

Rod. Rey Alboino,

Tú me conoces bien; yo he peleado
Largo tiempo por tí; sabes mi esfuerzo,
Sabes que mis consejos y mi brazo
Te han servido con honra, y há bien poco
La Italia á conquistar te han ayudado:
Pues bien, yo me he creído con derecho
Para aspirar á galardon tamaño.
La he visto, la he amado: he acudido
A aquel que la guardaba, imaginando
Que quien era el segundo de su reino
Merecerla podría.

Alb. Te ha engañado

Tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora
Que tu lombardo brio amancillando,
Has aprendido á hacer largos discursos
En la lengua servil de los romanos.
En Hungría pidieron siempre tierras,
Castillos ó riquezas los soldados
En premio del valor, mas no mugeres.
Y si pensaste alucinarme acaso
Con largas peroratas en la lengua
De la vencida Italia, esfuerzos vanos
Para lucir tu ciencia de hoy escúsame;
Porque á mí esos discursos estudiados
Y esas floridas frases ni me mueven
Jamás ni me convencen: al contrario,
Me provocan á risa, porque creo
Que donde hay mucha lengua hay pocas
manos:

Y porque tengo oídos para húngaros,
Mas para perros de la Italia, látigos.

Rod. Castiga, pues, con ellos á tus perros,
Mas no amagues con ellos á lombardos
Como yo.

Alb. ¿Como tú? me inspiras lástima

Y desprecio no mas. ¿Méritos altos
Recuerdas de valor? ya lo has perdido.
Si en otros tiempos junto á mí has lidiado,
Hoy bajo el cielo de la torpe Italia
Envilecido te has : lo están mostrando
Los perfumados rizos de tu crencha,
Tu esmerado vestir, tu afeminado
Porte, en fin, tu afición á los placeres
Y el amor de quien cedas al halago.
Mas la muger sobre la cual tus ojos
Te atreviste á poner, á mas bizarro
Y fuerte corazón está ofrecida :
Porque tal cual la ves, es noble tallo
De una rama arraigada en régio tronco
Y con sangre real fecundizado.

Rod. Yo nunca pregunté para adorarla
Qué sangre la dió el sér, ni cuáles trajo
Títulos á tu casa : la vi en ella,
Y me bastó encontrarla en tu palacio
Para tenerla en mucho : ni es justicia
Que por vivir su origen ignorando
En tu casa me insultes.

Alb. Rodimiro,
Basta de arengas ya : tú has provocado
Mi lengua, y la solté : si te ha ofendido
Súfrelo ; tu rey soy, tú mi vasallo :
Y en cuanto á ella, que comprendas basta
Que para tuya no nació. Bebamos.

Rod. Entonces, dame de tornar á Hungría
Licencia.

Alb. No haces falta en mis estados :
Cuando te plazca vuélvete.

Ros. Alboino,
Considera, señor, que largos años
Te sirvió con honor ; que fué tu amigo,
Y si osó contrariarte, sabrá manso
Olvidar ese amor.

Rod. Nunca.

Alb. Rosmunda,
¿Tú también, lo sospecho, te has pagado
De su hermosura juvenil? ¿que parta
Por no volverle á ver sientes acaso?

Ros. ¡Alboino!

Alb. Rosmunda, te conozco ;
Mas con ventajas tus traiciones pago,
Y por muchas que me hagas, ya te llevo
Una bien estremada de adelante.
Mas, ¿qué digo? perdona las bravatas
De unos zelos imbeciles. Bebamos.
Toma, Bucilio : Rodimiro, toma,
Y neclias disensiones apartando,
Tú aquí en mi copa de márfil, Rosmunda,
Conmigo beberás. Ya sabes que hago
De esta copa alta estima, y que con ella
Concluyo siempre mi festin diario,
Y en la corte, en la caza, en la campaña
Siempre me sirvo de ella.

Ros.

Lo he notado.

Alb. Hondo misterio en su labrada taza
Consigné mi poder, y há tiempo largo
Que mis labios no mas llegan á ella.
De mi injusto rigor en desagravio
Hoy te la ofrezco ; bebe pues, Rosmunda,
Que con tu padre bebas.

Ros. ¿Eh? no alcanzo
Lo que me dices. ¿Con mi padre bebo?

Alb. Con su memoria, sí. De un sorbo
acáballo.

Ros. Sea.

Alb. Así trato á los que en mucho estimo.

Ros. Gracias.

Alb. ¡Ja, ja, ja, ja! Señores, vámonos.

(Alboino vase, llevando por delante á
Brenilda, y siguiéndole Bucilio. Ros-
munda y Rodimiro quedan cada uno á
un lado de la escena.)

ESCENA IV.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Esa risa feroz... me ha estremecido...
Sí, ¡alguno encierra pavoroso arcano
Que no comprendo bien! siempre la suelta
Al complacerse en algun mal.

Rod. Salgamos
De ese palacio, en que el vapor se aspira
Del crimen.

Ros. ¿Mas quién osa?...

Rod. Ya me aparto ;
Perdonad.

Ros. Rodimiro... ¿aquí qué esperas?

Rod. No espero ; parto ; ¡á Dios!

Ros. Tente. ¿Los pasos

Del rey no sigues?

Rod. No. Para mis plantas
Se abre el camino por opuesto lado.

No haces falta, me ha dicho : con que nada
Me resta ya que hacer en su palacio.

Ros. Palabras que á un amigo se le dicen
Tal vez en un colérico arrebato,
Mas que se olvidan luego.

Rod. En mi memoria
Quedarán indelebles, y en el campo
Volvérselas espero en algun dia
Con la misma arrogancia.

Ros. ¿Con que tanto
Amas á esa muger, que por negártela
Le aborreces así?

Rod. Sí, la idolatro.
Por la esperanza de lograrla un dia
Me uní á Alboino, combatí á su lado,
Le ayudé en sus tiránicas conquistas,
Testigo de sus crímenes infandos ;
Mas hoy que me la niega, hoy que se apaga
Mi esperanza, el ambiente emponzoñado

No quiero respirar con que él respira,
Y en verme su enemigo me complazco.
Voy de la suya á dividir mi gente
Y á partir de Verona : pero aguardo
Volver dentro de poco á su presencia
A pedir con las armas en la mano
Lo que tal vez á mis servicios debe.
Y ¡ay de él entonces!

Ros. Cálmate, ¡oh gallardo
Capitan!

Rod. ¡Ah! ¿calmarme cuando pierdo
En solo un punto cuanto espero y amo?

Ros. Pues esperas en balde : esa doncella,
Nacida en régia cuna, y al cuidado
De Alboino encargada por su padre,
Solo se debe unir en puro lazo
Con quien ciña corona y cetro empuñe
Cual conviene á su origen soberano.

Rod. Pues bien, hablad ; ¿cuál es? ¿quién
es su padre?

¿Dónde tiene su imperio? ¿en qué apartado
Rincon del mundo reina? Iré á buscarle,
Y ambas rodillas á sus piés doblando,
Le pediré á Brenilda.

Ros. Y rey no siendo,
¿Con qué derecho pedirás?

Rod. Soldados
Tengo y tierras, soy noble, y atrevido,
Y avezado á la guerra : el mundo es ancho,
Y nunca un sitio en donde alzar un trono
Me ha de faltar si con el trono pago.

Ros. ¡Oh, y lo mereces!

Rod. ¡Ah! vos de mi parte...

Ros. No, por mi vida no : te has enga-
ñado.

¿Yo de tu parte en tu amor ciego? nunca :
Primero el corazón me harán pedazos.

Rod. No acierto á comprender...

Ros. Pues... ¿no lo oiste?
« ¿Y tú también, Rosmunda, te has pagado
De su hermosura juvenil? ¿que parta
Por no volverle á ver sientes acaso? »

El mismo te lo dijo, él, Alboino...

Pues bien, dijeron la verdad sus labios.

No partirás ; delante de mis ojos
Quiero tenerte siempre, porque te...

Rod. Harto
Habeis dicho, señora ; y si la mente
Con pensamiento tal habeis manchado,
Y el torpe corazón con tal deseo,
La lengua no manchais ciega explicándolo.

Ea, partir dejadme ; me avergüenza...

Ros. ¡Qué, infeliz!

Rod. El haberos escuchado.

Ros. ¿Y el haberme entendido?

Rod. Sí, Rosmunda.

Ros. Pues es secreto que vender no trato
Sino á precio subido : y pues lo sabes,

Piensa que fuerza te será pagármelo,
Porque al pasar de pensamiento á dicho
Fuerza es cumplirle ó sepultura darlo.

Rod. Las amenazas y el amor desprecio
De quien no sea Brenilda.

Ros. ¡Mentecato!
Brenilda, como tú victima mia,
En mi poder está... mas concluyamos.

Yo el desamor á perdonar me avengo,
Pero el desprecio no ; y pues ocultarlo
No supe de Alboino, desde hoy á todo
Por tí me atrevo, y por tu amor lo abarco,

Y en punto tal el mundo pondrá inútiles
A mi venganza ó á mi amor obstáculos.

Mugeres como yo no se desprecian
En vano, Rodimiro ; y si yo cambio
Los nombres de los dos cuando esta escena
Revele, y este amor en que me abraso
Te lo atribuyo á tí, burla, desprecio
De Brenilda serás, del vulgo escarnio,
Objeto de la saña de Alboino,
Y su victima luego en el cadalso.

Todo de un solo golpe te lo quito,
Toda de un soplo tu esperanza apago.

Rod. ¡Basta, infernal muger! digna te
miro

De tu réal esposo ; á un amor casto,
¿Cómo puede ayudar quien parte el lecho
Con un monstruo como él?

Ros. Mas de sus manos
Puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas
Para morir, y piénsalo despacio,
Que yo te necesito amante ó muerto,
Y si no cedas al amor te mato.

Rod. Moriremos los dos.

Ros. ¿Tú me amenazas?

Rod. Sí ; fías en tí misma demasiado,
Y esperas de Alboino lo que juzgo
Que ya no lograrás.

Ros. Piensas acaso
Que quien me debe la corona...

Rod. Pienso
Que hay dos hombres en él, distintos ambos,
El marido y el rey : y este del tronó
Que le usurpó á tu padre asegurado,
Cuando pueda saldrá de tí el marido
Que bebe en esa copa.

Ros. Habla mas claro.
¿Qué me quieres decir? ¿tú en esa copa
Conoces el misterio consignado?

Rod. Sí ; y no esperé arrojarle de mi pecho
En tu cámara misma revelándolo ;
Pero ya que me dices « ama ó muere, »
Oye, Rosmunda, y tiembra contemplando
Qué es lo que puedes esperar del hombre
Con quien casada estás... mas ve si acaso
Pueden de sus oidos al alcance
Mis palabras salir.

Ros., cerrando las puertas. Di confiado; Pero sé breve.

Rod. Escucha, pues: tú sabes Que el casarse Alboin contigo, solo Fué por asegurar con tal enlace La usurpacion tirana de este reino Que á tu padre quitó.

Ros. Si; ¿mas no sabes Que yo para mi amor ganarle supe, Y que me amó despues?

Rod. Si; mas es fácil Que ignores tú que amaba á Clotosinda Tambien, y al meditar qu' desposándote Tu trono aseguraba, en unas yerbas La dió la muerte.

Ros. Si; pero no sabes Que hasta el amor que profesó á los hijos De Clotosinda, al mio en homenaje Rindió, y al buen Comundo á ruegos míos Perdonó, y aun logré que le amparase En vez de perseguirle, y á la sombra De su amparo vivió.

Rod. Si; mas no sabes La muerte de tu padre el rey Comundo.

Ros. Si, la supe despues; el miserable, No pudiendo sufrir verse vencido, Espiró en Lombardia... mas ¿cuál trae Todo eso relacion con el misterio?

Rod. ¡Ah, me das compasion! inmenso te abre

Un abismo á los piés ese Alboino De quien esperas que te atienda en balde, Y en vano juzgas conocer, en vano Fias en tu poder un solo instante.

Ros. La corona me debe, y todavia Como en esos balcones me asomase Gritando: ¡guerra! como tigres vieras Levantarse en mi nombre mil parciales.

Rod. Llámalos, pues, y si saldrán verem

mos De las sangrientas urnas en que yacen.

Ros. Te lo juro en verdad; ¡pobre man

cebo! Me haces reir queriendo amedrentarme.

Siempre ha de ver en mi la que amó un día.

Rod. La que victima fué de sus maldades.

Ros. ¿Victima...? tú deliras.

Rod. Tú, Rosmunda, Si que deliras, tú: siempre callarte

Quise por compasion este misterio,

Mas pues tú misma le provocas, sábele:

No tienes un amigo, sus cabezas

Rodaron una á una: y execrable

Venganza de tu padre al fin tomando,

El mismo le mató.

Ros. ¡Mientes!

Rod. Su sangre

¡ó á sus caballos á beber, y mira:

¿Ves esa copa que precioso engarce De oro circunda?

Ros. Si.

Rod. De ella se sirve

Desde tu misma boda; á todas partes

La lleva.

Ros. Si; concluye.

Rod. ¿Y no has oido,

Rosmunda, las palabras infernales

Con que te la brindó: « Bebe, Rosmunda,

Que con tu padre bebes? » Pues bien, sabe

Lo que aquellas palabras significan,

Y tu esperanza de una vez acabe:

Esa ancha copa que márfil parece

No es mas que el hueco cráneo de un cadáver.

Ros. ¿Qué horror!

Rod. ¿No has comprendido todavia

Cuyo es, Rosmunda?

Ros. No.

Rod. Fué de tu padre...

Ros. ¡Ah! (Un momento de pausa.)

Rod. Piensa qué esperar debes ahora

Ros. Una cosa no mas.

Rod. ¿Cuál es?

Ros. Vengarme.

Rod. Es tarde ya.

Ros. No, no; déjame sola,

Déjame pensar; y si salvarte

Quieres, y quieres á Brenilda, aparta

A ese aposento hasta que yo te llame.

Rod. Vana ilusion; es tarde.

Ros. Rodimiro,

Mientras vive Rosmunda, nunca es tarde.

PARTE SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA.

¡A mirarla ¡ay de mí! me atrevo apenas!

¿Con que es verdad? ¿burlada, escarnecida

De tan horrible modo...? ¡y yo, insensata,

Que en esa copa sin pavor bebia

Mientras sus labios sonriendo...! ¡bárbaro!

¡Venganza solo de salvages digna

Ha sido tu venganza! ¡Ni aun sepulcro

Le diste...! ¡ay, que esta idea me horroriza!

¡Miser padre mio! ¡y yo pensaba

Ir á verter sobre su tumba un día

La última gota de sincero llanto

Que mis enjutos párpados abrigan!

¡Yo, que anhelaba del sepulcro al menos

En el borde fatal, ya que no en vida,

El postrimero ¡á Dios! dar á sus restos

Porque durmiera el ánima tranquila!

¡Y no hay tierra ¡qué horror! que los cobije,
No hay urna que los guarde, mientras su hija
Parte el lecho nupcial con el verdugo
Y con su seca calavera brinda!
Sombra insepulta de Comundo... ¡acaso
Vagas en torno de la mesa misma
En que tu cráneo sirve demandando
Represalia de mofa tan sacrilega!
¡Venganza, sí, venganza! ¡oh padre mio!
Yo te la debo, y la tendrás: cumplida
En él y en cuantos tengan de su raza
Un átomo no mas: ¡oh! y la tendrias
Aunque fuera preciso para dártela
Tornar mis propios reinos en ceniza,
Y sorber gota á gota en ese cóncavo
Toda la sangre de su vil familia.
¿La ira que te animó contra mi padre
Has hecho caer en mí...? tú legítimas
Mi venganza, Alboino: ¡oh! por ventura
Hijos tienes tambien de Clotosinda,
De la que tanto amaste... ¡me estremece
La barbarie sondar de nuestras iras!
Pero al pensar en mi insepulto padre
Mi saña mas atroz será justicia.

ESCENA II.

ROSMUNDA, ALBOINO.

Alb. ¿Aquí Rosmunda aún?

Ros. El es: mi sangre

Se agolpa hirviendo al corazón.

Alb. ¿Qué ideas

Tan absorta la traen?

Ros. Siento sus ojos

Clavados en mi faz, y puedo apenas

Impedir que al calor de sus miradas

El carmin de la rabia me enrojezca.

¿Alboino?

Alb. ¿Rosmunda? ¿Aquí tan sola

Por las cámaras reales? ¿en qué piensas?

Ros. Pensamientos bien tristes me acom

pañan,

Alboino, y me alegre de que vengas.

Alb. Jamás supe con labio compasivo

Consuelo dar á mugeriles penas,

Ya lo sabes, Rosmunda; y si es que ahora

Sobre tu corazón alguna pesa,

No la intentes partir con Alboino,

Que solo sabe dominar.

Ros. No temas,

No, que al pesar que el corazón me agobie

Consuelo demandar al tuyo quiera.

Alb. Ni tampoco á mi voz.

Ros. Tampoco: solo

Quiero que tú mis pensamientos sepas,

Por si quieres cumplirme en algun día

El deseo que en mi tales los crea.

Alb. Di pues.

Ros. Pienso en mi padre, el rey

Comundo.

Alb. ¡Séale leve la mortuoria piedra!

Ros. ¿Mas dónde está?

Alb. ¿Y porqué me lo preguntas?

Ros. Porque algun día visitar quisiera

Su solitaria tumba, algunas flores

Dejando y una lágrima sobre ella.

Alb. Muchas veces, Rosmunda, me lo

has dicho,

Y has oido otras tantas mi respuesta;

Nunca, yo vivo, la verás; las tumbas

Inspiran melancólicas ideas,

Y no quiero que nunca al lado mio

Sus sombrías memorias te entristezcan.

Ros. ¿Con que al fin tu furor es impla

cable,

Y ni aun al borde de las tumbas cesa?

Alb. No; mas fué mi enemigo; la for

tuna

Me puso enfrente de él, y si á ver llegas

Su sepultura, al recordar su muerte

La causa recordar te será fuerza.

Ros. Tal vez no tiene sepultura honrada,

Y te causa rubor que yo la vea.

Alb. Tiene un palacio por sepulcro... y

gentes

Que continuo le cuidan y le cercan.

Y basta de ello ya.

Ros. Solo, Alboino,

Quisiera confesarte... una flaqueza

Tal vez, un infantil remordimiento,

Pero que roe sordo mi existencia.

Dicen que en paz el alma no reposa

Del triste padre que en el mundo deja

Hijos que en su sepulcro no colocan

Con pia mano funeraria ofrenda.

Alb. Delirios.

Ros. Aseguran que su sombra

Vaga invisible en su redor, y lenta,

Triste y desnuda de su lecho en torno,

En la callada noche se pasea.

¿No la has sentido tú?

Alb. ¿Yo? desvarias.

Ros. Mas, ¿ni aun tu sueño alguna vez

altera

Su memoria?

Alb. Jamás; mis enemigos

Si mueren una vez no se presentan

Ante mis ojos mas, ni mi memoria

En sueño ni en vigilia los recuerda.

Ros. Tienes un corazón...

Alb. Lo sé, de bronce;

Un corazón audaz en que se estrellan

Todos esos menguados sentimientos

Que al guerrero envilecen. Los que reinan,

Los que mandan ejércitos que arrastran

Detrás de su corcel á la pelea,
Los que el imperio donde nacen miran
Cual jaula vil que su valor encierra,
Y de algo mas sintiéndose capaces
Los hierros viles de su jaula quiebran
Para buscar espacio á sus alientos,
Y para dar ensanche á su grandeza,
Un corazon de bronce como el mio
Deben tener, Rosmunda; una alma entera
Incapaz de temor y un pié tan firme
Que haga á su paso estremecer la tierra.

Ros. Un corazon de tigre como el tuyo,
Que ni á los hombres ni á los cielos tema.

Alb. Tú lo dices, Rosmunda; y pues lo
sabes,

Fuerza será que tu destino veas
En mí, que soy tu dueño, porque nada
Mi corazon contrasta ni doblega,
Y cuanto encuentre á su camino opuesto
Es fuerza que se humille ó que perezca.
Y óyeme bien, porque te estoy notando
Un no sé qué de lúgubre y siniestra
Que no comprendo, y para que obres cauta
Lo que pienso de ti quiero que sepas.
Yo aborrecí á tu padre; contra él solo
Salté feroz las húngaras fronteras,
Y me lancé sobre él como un torrente,
Resuelto á esclavizar toda su tierra.
Pelemos, venci; volvió los suyos
A juntar, y otra vez á la refriega
Torné á vencerle yo; quedó mi esclavo,
Y cautiva con él su raza entera.
Entonces me llamó contra el romano
Injurioso Narsetes, y revuelta
No queriendo dejar á mis espaldas
Tu nacion humillada, con destreza
Acerté á mantener lo conquistado,
Cuando, mi esposa Clotosinda muerta,
Legitimé casándome contigo
El derecho que obtuve por la fuerza.

Ros. ¿Y mi padre?

Alb. No mas me le recuerdes:
Aun vive en mi su enemistad ileta,
Y un poco que te amé por tu hermosura
Se me puede olvidar si me impacientas.

Ros. ¿Alboino!

Alb. ¡Rosmunda!

Ros. El pueblo mio
Puede acordarse de que soy su reina.

Alb. Yo haré que al punto mismo se le
olvide

Para siempre.

Ros. ¿Con qué?

Alb. Con tu cabeza.

Ros. ¡Mónstruo! ¿serás capaz?

Alb. De todo: ahora

Mas que nunca, Rosmunda, y porque en-
tendías

Cuánto te importa ser prudente, sabe
Que deben los romanos á las puertas
De Verona llegar en esta noche,
Y yo salir á recibirlos fuera:
Mas recogé, Rosmunda, esa sonrisa
Que á tu labio asomó, porque penetran
Mis ojos en tu pecho y tus ocultos
Intentos leen.

Ros. ¡Oh cielos!

Alb. La sospecha
Roe mi corazon: esos lombardos

Que á Rodimiro siguen, si se quedan
Dentro de la ciudad pueden venderme;
Les saco, pues, conmigo á la pelea;

Mas sin su capitán... aun no respire...
Escucha cómo en la ciudad se queda.

Gobernador contigo en nombre mio
El pueblo todo lo creará en mi ausencia:

Sus lombardos así saldrán seguros

Y lidiarán leales: mas en estas

Salas presos los dos ni á los balcones

Os debéis acercar hasta mi vuelta.

Ni una señal, ni una palabra debe

Revelar vuestro estado. Y la primera

Hará saltar la espada de Bucilio,

Que velará sobre vosotros. Prenda

De salvacion, tal vez de represalias

Brenilda ser para los dos pudiera

Si en vuestras manos la dejara, pero

Todo lo calculé, y en las tinieblas

Del alcázar saldrá, y en mas seguras

Manos la dejaré. Si fuere adversa

Mi suerte y me vencieren los romanos,

De ninguno de entrambos será presa,

Que no quiero de mí que os vengueis nunca

En el único sér que amo en la tierra.

Mas si vuelvo triunfante... para entonces,

Rosmunda, ajustaremos nuestras cuentas.

¡Silencio! Yo os conozco. Rodimiro

Ama á Brenilda, acaso le ama ella;

Mas tú le amas á él, y por vengarte

De todo eres capaz; los zelos ciegan.

El, capitán valiente, hombre gallardo

Y enamorado azaz, por obtenerla

Todo lo emprenderá, y estoy resuelto

De fuerza ó grado á que jamás la obtenga.

Es un árbol fatal que me hace sombra,

Es una fama á mi renombre opuesta,

Es un hombre que marcha al lado mio

Y casi igual á mí crece y se eleva,

Y estoy zeloso de él, y necesito

Hundir bajo mi planta su soberbia.

Ros. ¿Con que es decir...?

Alb. Que morirá.

Ros. ¡Malvado!

Alb. El amor de Brenilda es su sentencia.

Ros. Di que es su gloria, su valor tus

zelos.

Alb. Su gloria y su valor se la aceleran;
Donde Alboino está quiere estar solo,
Donde reina Alboino nadie reina,
Y el que á sus piés no doble la rodilla
Doblará ante su espada la cabeza.
Hé aquí mi historia, pues: hé aquí mis
leyes:

Hé aquí mi corazon: lo que haces piensa.
¿Bucilio?

ESCENA III.

ALBOINO, ROSMUNDA, BUCILIO.

Buc. Aquí me tienes.

Alb. ¿Está todo?

Buc. Todo.

Alb. A ordenar voy, pues, mis
haces: presta

Vuelta daré; tu obligacion no olvides.

Buc. Fia.

Alb. Aquí están los tres, guarda las
puertas.

ESCENA IV.

ROSMUNDA, BUCILIO.

Ros. ¿Qué es lo que aguardas tú?

Buc. ¿No habeis oído

Las órdenes del rey?

Ros. Desde allí fuera

Puedes tambien guardarlas: en mi cámara

Sola quiero quedar: ¿lo oyes? despeja.

Buc. Yo sé lo que el rey quiere.

Ros. ¡Ira del cielo!

¿Y no sabes tambien que soy la reina?

¡Atrás!

Buc. Señora...

Ros. ¡Atrás!

Buc. Ved que velando

Junto al dintel estoy.

Ros. Donde tú quieras,

Como no sea ante mis ojos. Bueno.

(Cierra la puerta.)

Estos breves instantes que me restan

Aprovechar sabré. « Hé aquí mis leyes:

Hé aquí mi corazon: lo que haces piensa. »

Dijo. Ya lo pensé: todo por todo

Voy á arriesgarlo, si: ¡vengada ó muerte!

Implacable como él, bárbara, impia

Seré á mi turno; pero pronta, diestra,

Ni aun tiempo me dare... ¡necio! ¡insensato!

Que el alma me descubres y me dejas

Vivir un punto mas... ¡rey Alboino,

Verás tu prevision lo que te cuesta!

¿Rodimiro?

ESCENA V.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Rod. ¡Traidor!

Ros. ¿Oiste?

Rod. Todo.

¡Tirano vil!

Ros. Mas bajo; nos acechan.

Rod. ¡Encerrados aquí!

Ros. Y con tus lombardos

Victorioso quedar aguarda mientras.

Rod. No, todos á mi voz en un instante

Acudirán á mi.

Ros. Tente; ¿qué intentas?

Rod. Desde cualquier ventana...

Ros. Serás muerto

Antes que á alguna aproximarte puedas.

La espada de Bucilio al dar un paso

Mas allá de esta cámara te espera.

Rod. ¿No tengo yo la mia?

Ros. El tiene muchas

En torno suyo contra tí dispuestas.

Rod. El coraje me ahoga.

Ros. Razon tienes,

Grande, sobrada, poderosa, inmensa;

Mas un momento calmate.

Rod. ¿Calmarme,

Cuando toda la sangre se aglomera

Sobre mi corazon, que aquí en mi pecho

No cabe de furor? ¿calma? ¿paciencia?

¿Cuando acabo de oírle que me mata

Por la gloria que he dado á sus banderas?

¿Porque junté mis armas con las suyas

Para doblar sus triunfos con mis fuerzas?

¿Calmarme, cuando veo en un instante

Que en vez de una anhelada recompensa,

Mis hazañas, que á un trono le llevaron,

Solo á una muerte sin honor me llevan?

¡Calmarme! tú podrás, que tambien tienes,

Lo mismo que él, el corazon de piedra.

Yo no, que tengo sus injurias todas

En mi afrentado corazon impresas.

Ros. ¿Y no las tiene el mio, Rodimiro?

¿No tiene injurias que vengar? ¿afrentas

Que están clamando por venganza como

Ellas son de satánicas y horrendas?

¿No pide, di, venganza esa vil mofa

Tantos años seguida... ver espuesta

La cabeza del padre asesinado

Ante mi vista y en mi propia mesa?

¿Crees acaso que un punto en mis oidos

Las palabras horribles no resuenan

Que nunca comprendí? « Bebe, Rosmunda,

Que con tu padre bebes. »

Rod. Cesa, cesa,

Que me espanta, Rosmunda, el torvo brillo

Que tus sangrientos ojos reverberan.

Ros. Eso es que transparentes mis pupilas
Te dejan ver del corazón la hoguera.
Rod. Sí, sí; tienes razón.
Ros. ¿Crees aun mi calma
Hija de un alma á las injurias muerta?
Rod. No, te creo capaz...
Ros. De todo ahora:
Mas á no errar el golpe bien resuelta,
Busco yo mi venganza como debo,
No con el corazón, con la cabeza.
¿Quieres unir tu suerte con mi suerte?
Rod. No te comprendo bien.
Ros. Su pronta vuelta
Al partir anunció; de un solo golpe
Lograr podremos la venganza nuestra.
Rod. Habla, el valor me sobra.
Ros. No hará falta
Mucho valor.
Rod. ¿Qué, pues?
Ros. Mucha destreza,
Mucho silencio, sobre todo: escucha.
Rod. Habla y sé breve, porque el tiempo
vuela.
Ros. Tú mandas cierta tropa...
Rod. Ya lo sabes.
Ros. ¿De su fidelidad tienes completa
Confianza?
Rod. Vasallos de mis padres
Son, y nacidos en mi patria mesma.
Ros. ¿Y están á tu servicio...?
Rod. Voluntarios:
A mí en el mundo nada mas respetan;
Aliados, no vasallos de Alboino.
Ros. Pues yo sé por dó se abre una poterna
Que sale de este alcázar á las ruinas
De ese templo romano. Una vez fuera
De aquí uno de los dos, á tus lombardos
Meter puede á esta cámara por ella.
Rod. Guía; como una vez me vea libre,
Caeré sobre él con mi legión entera.
Ros. No, puede descubrir sus movimien-
tos,
Y á los suyos llamar en su defensa.
Rod. Tarde será.
Ros. Se encerrará en palacio.
Rod. Y yo le sitiaré dentro su régia
Mansion: es mi venganza mas segura.
Ros. No, Rodimiro, no: de esa manera
Tu venganza es segura: pero en cambio
A mí me hará colgar en las almenas
Por haberte salvado. No, yo sola
Del alcázar saldré, y á las casernas
Llegaré de los tuyos á anunciarles
El peligro mortal que te rodea.
Rod. ¿Mas si llega Alboino antes que
tornes...?
Ros. Respetar necesita tu existencia
Mientras pueda esperar que tus soldados

Le ayuden á vencer: ¡oh! nada temas.
Rod. Pero ¿cuál es tu plan?
Ros. El devolverle
Venganza por venganza; y cuando vuelva
A saciar la que aguarda de nosotros,
Dé en la que en cambio prevenida tenga.
Rod. Dices bien.
Ros. Por si acaso desconfían
Tus lombardos de mí, dame una prenda
Que crédito me dé.
Rod. Mi anillo.
Ros. Tráele;
¿Es señal convenida?
Rod. Sí; cualquiera
De ellos bien le conoce, y al mostrársele
Todos resueltos seguirán tus huellas.
Ros. Tú, aguárdame entre tanto.
Rod. Aquí te espero.
Ros. Cuida bien que tu rostro no nos venda
La inquietud de su pecho revelando
En la turbada faz.
Rod. Está serena.
Ros. Ni mirada, ni voz, ni ¡ay! ni suspiro
Te haga traición.
Rod. Vé en paz.
Ros. El su anatema
Sobre ambos fulminó: púsonos á ambos
Juntos para morir en su sentencia;
Y pues nos junta el cielo á la venganza,
Yo juro quedar hoy vengada ó muerta.
A Dios.
Rod. Aguarda.
Ros. ¿Qué?
Rod. ¿Si te descubren?
Ros. No ha de ser antes que los tuyos
sepan
Tu situación, y á tu socorro lleguen.
Rod. ¿Mas si acaso morir te aconteciera?
Ros. Entonces pon mi muerte en el platillo
De la balanza fiel de tus afrentas.
Rod. ¿Y si me toca á mí?
Ros. Lo que yo haria
Haz.
Rod. ¿Qué?
Ros. Arrostrar tu suerte con fiereza,
Y bajar en silencio á tu sepulcro
Sin estorbar á la venganza ajena.
Rod. Te comprendo muy bien.
Ros. Si me comprendes,
Cuanto á ambos nos importa considera
Que el que caiga no estorbe al compañero,
Siguiendo ambos á dos la misma senda.
Rod. Caeré sin estorbarte tu camino:
Fia en mí.
Ros. Y en mí tú.
Rod. Vé, pues.
Ros. Pues vela.

ESCENA VI.

RODIMIRO.

Tiene razón esa muger. Oculta,
Sorda y en las tinieblas preparada,
Como ese vil tirano nos la apresta,
Así debe de ser nuestra venganza.
Ha discurrido bien: todo por todo;
Mas esa fría reflexión me espanta
Con que todo lo mira y lo calcula
Y el tiempo mide, y la ocasión señala.
¡Tal es la ofensa empero! ¡un día y otro
Con escarnio tan bárbaro mofada
En su amor y en su estirpe escarnecida!
Sangre, aliento de hiena en sus entrañas
Tienen ambos á dos; y me parece
Que el aire que se aspira en este alcázar
Es un vapor de crimen que emponzoña
Con honda sed de crímenes el alma.
¿De dónde, de qué padres, de que tierra
Maldita viene tan maldita raza,
Que así cuanto hay entre los hombres sacro
Con tan frío furor vende y ultraja?
¡A quién leal les sirve, le escarnecen!
¡Sentencian á morir á quien les ama...!
¿Quién me juntó con ellos? ¿Quién me trajo
A Verona...? mas... oigo en esa estancia
Pasos... se acercan, sí. ¿Si esa Rosmunda
Me venderá tal vez...? ¡Oh! acompañarla
Debí, seguirla por dó quier... ¿qué digo?
¡Dejarla aquí á Alboino abandonada!
No; su afrenta es mayor: yo soy un hombre,
Y saber debo sucumbir salvándola.
A esa puerta llamaron...
Bren., dentro. ¿Alboino?
Rod. Ese acento... ¿quién va?
Bren., dentro. Brenilda.
Rod. Mi alma
Reconocióla al punto.
(Abre la puerta adonde Brenilda llama.)

ESCENA VII.

RODIMIRO, BRENILDA.

Bren. ¡Ah...! Rodimiro.
Rod. Sí, yo soy.
Bren. ¡Ay de mí! (En acción de retirarse.)
Rod., deteniéndola. Deten la planta
Un momento no mas: la vez primera
Es esta en que logré fortuna tanta,
Y por si es á la par la postrimera
Perder no quiero esta ocasión.
Bren. Levanta.
Rod. No, Brenilda; ya lo oiste
De boca de Alboino, te amo.

Bren. Calla.
Rod. En vano el labio á la pasión resiste;
Del respeto el amor rompe la valla,
Sábelo al fin: si me ligué á Alboino,
Fué nada mas que por seguirte y verte:
Si he sembrado de glorias mi camino,
Ha sido nada mas por merecerte.
Permanecer en tu palacio ahora
Es no tener valor de abandonarte,
Y callar la pasión que me devora
Recelo nada mas fué de enojarte.
Mas hoy que ajeno labio en tus oídos
Resonar de mi amor hizo el secreto,
Los míos se resuelven atrevidos
A llegar de mi amor al santo objeto.
Sabe, pues, de una vez, Brenilda, sabe
Lo que en mi solo corazón no cabe.
Yo te amo, sí, te adoro.

Bren. ¡Rodimiro,
Déjame por piedad!
Rod. ¡Brenilda mía!
Tú eres el aire con que yo respiro,
Tú eres la estrella que mis pasos guía,
Tú la felicidad por quien deliro:
Tu vista es para mí la luz del día;
Será tu nombre mi postrer suspiro,
Mi anhelo amarte, mi temor perderte,
Tu amor mi sér, tu desamor mi muerte.
Bren. Calla, que tus palabras me fascinan,
Y en mis oídos resonar no deben.
Rod. Son la verdad no mas.
Bren. ¡Ah! me asesinan
Esas verdades que á escuchar me inclinan.
Rod. ¿A escuchar? ¿es decir que si se
atreven

Mis ansias á esperar...?
Bren. No, te alucinan;
Apártate de mí.
Rod. ¿Me huyes? ¡ingrata!
Yo creí ver en tus radiantes ojos
Siquiera compasión... mas con enojos
Me apartas: ¡ay! que tu traición me mata.
Yo creí que tus ojos me seguían
Con cariñoso afán, que penetraban
Mi corazón, y el fuego comprendían
Que ardía dentro de él... mas me engañaban
Cuando á los míos responder fingían
Y con falsa expresión me contemplaban.
¡Tal es el fin de mi pasión sincera!
Cumpro, pues, mi destino: ¡á Dios!
Bren. Espera.
Rod. ¿Espera, dices, y la hermosa mano
Me tiendes...? ¡y una lágrima perdida
Resbala por tu rostro soberano
En el momento de partir vertida?
¿Al corazón arrancas un suspiro?
Acaba de una vez: ¿cuál en tu lloro
Misterio se me esconde?

Bren. ¡Rodimiro!
 Rod. Habla.
 Bren. No puedo mas; ¡sí, yo te adoro!
 Rod. ¡Oh instante puro de placer supremo!
 ¿Me amas, Brenilda mía?
 Bren. Sí, te amo.
 ¿Cómo ocultar la llama en que me quemo,
 Cuando ves que estas lágrimas derramo
 Al estrecharte entre mis brazos? Mira,
 Tú eres solo la luz de mi existencia,
 El aire tú que el corazón respira,
 Tú vital parte de su propia esencia,
 Tú la felicidad por quien suspira.
 Tu presencia es mi bien, mi mal tu ausencia,
 Mi anhelo amarte, mi temor perderte,
 Tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.
 Rod. ¡Alma mía!
 Bren. Mis ojos no mentían
 Cuando tus bellos ojos acechaban
 Y tus tiernas miradas te volvían;
 Mas ¡ay de mí! los ojos nos perdían,
 Que otros ojos también velando estaban.
 Rod. ¿Qué importa, si á este punto nos
 trajeron?
 Bren. No, que un abismo á nuestros piés
 abrieron.
 Oye, Rodimiro, el rey Alboino
 Tal vez eterno manantial de pena...
 Rod. ¡Ese tirano vil...!
 Bren. La lengua enfrena,
 Porque á su voluntad me ató el destino.
 Rod. Todo lo puedo con tu amor ahora;
 Soldados tengo, esfuerzo generoso.
 ¿Quién no osa á todo por el bien que adora?
 Huyamos de ese tigre rencoroso.
 Bren. Rodimiro, jamás: juzgas en vano
 Que la razón en mi pérdida su imperio.
 Rod. Condena nuestro amor.
 Bren. Sí.
 Rod. ¿Y su tirano
 Imperio no huirás?
 Bren. No... es un misterio...
 Rod. Sepa yo al menos su fatal arcano.
 Bren. Es inútil.
 Rod. ¿Porqué?
 Bren. Porque sería
 Convencerte no mas del muro inmenso
 Que nos divide.
 Rod. Sí, su tiranía
 Nada mas.
 Bren. Su poder.
 Rod. Que ignoras pienso
 Sus leyes.
 Bren. No.
 Rod. ¿Luego mi muerte sabes?
 Bren. ¡Cielos! ¡tu muerte!
 Rod. Con crúel sentencia

Me condenó á morir.
 Bren. ¿Mas por qué graves
 Delitos?
 Rod. Por tu amor.
 Bren. ¿Mas en presencia
 (Aparece Rosmunda por donde salió de
 la escena, y al verlos se detiene y es-
 cucha.)
 De quién? ¿quién, Rodimiro, lo ha escuchado?
 Rod. Yo mismo, yo, Brenilda.
 Bren. ¿Tú?
 Rod. Y Rosmunda.
 Bren. ¡Oh! ¡siempre esa muger! empon-
 zoñado
 Cuanto ella toca está... siempre fecunda
 En daños su alma vil, por donde quiera
 Que va derrama el mal.
 Rod. Hoy en mi suerte,
 Brenilda, es á la par mi compañera.
 Bren. ¡Ah! desconfía de ella, que á la
 muerte
 Te conduce: los zelos la devoran.
 Te ama.
 Rod. Y yo la detesto. Mas escucha,
 Salvar mi vida la interesa ahora;
 Sin mi es perdida, con mi fuerza lucha.
 Bren. ¿Lucha? y ¿con quién?
 Rod. Con Alboino.
 Bren. ¡Cielos,
 Una traición!
 Rod. Una justicia.
 Bren. Espera:
 Espícamelo bien.
 Rod. Es larga historia.
 Yo debo aqui morir dentro de poco
 Quizás, pero mi fin comprarán caro.
 Bren. ¡Oh! no, ¡no por piedad! tu intento
 loco
 Desecha.
 Rod. Su sentencia en mi memoria
 Grabada está.
 Bren. Desistirá.
 Rod. No: avaro
 De mi sangre le he visto, y sus atroces
 Intentos aprendí... no le conoces.
 Bren. Mejor que tú... yo puedo darte am-
 Rod. ¿Tú? [paro.
 Bren. Yo. Si yo no cambio tu destino
 Nadie le cambiará: no hay en la tierra
 Mas que una sola voz que oiga Alboino
 Su alma, un afecto nada mas encierra.
 Solo hay una muger que su ira calma,
 Que en sus labios benéfica provoca
 Sonrisa de placer, y agota en su alma
 La fuente de furor: á esta le toca
 Valerte, y te valdrá.
 Rod. ¿Mas quién alcanza
 Tanto poder con él, así revoca

Sus leyes de esterminio y de venganza?
 Bren. Yo, Rodimiro.
 Rod. ¿Tú?
 Bren. Yo, que te adoro,
 Y en pago de mi prez y mi decoro,
 Que renuncié por él, y en honra suya,
 Le exigiré, aunque sea en mi desdoro
 Por cuanto soy y fui la vida tuya;
 Sabrá que imposible es que en mí destruya
 El grande amor que para tí atesoro.
 Y esa muger por quien me holló Alboino...
 Ros. Héla aquí.
 Bren. ¡Siempre vos!
 Ros. Es tu destino.

ESCENA VIII.

BRENILDA, RODIMIRO, ROSMUNDA.

Rod. ¡Rosmunda ya!
 Ros. ¡Silencio! miserable,
 Nos ibas á perder si no te tengo
 La lengua. Tú, despeja. (A Brenilda.)
 Bren. Reina...
 Ros. Al punto,
 ¡Rayo de Dios!
 Rod. ¡Rosmunda!
 Ros. ¡Rodimiro!
 Rod. Es nuestra salvacion.
 Ros. Lo necio admiro
 De tu fé: créela y eres difunto.
 Rod. ¡Cielo!
 Ros. ¿Ahí estás aun?
 Bren. Al rey espero.
 Ros. Su cámara real es tu retiro,
 Y allí cual sueles que le aguardes quiero,
 O aqui te cuesta el postrimer suspiro.
 Bren. ¡Vil muger!
 Ros. Obedéceme.
 Bren. Yo muero.

ESCENA IX.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Rod. Rosmunda, esa muger...
 Ros. Te asesinaba:
 ¿No oiste sus palabras?
 Rod. ¿Tú has oído...?
 Ros. Sí, todo desde allí, cuando llegaba
 Por dicha mia.
 Rod. Y bien, si has comprendido...
 Ros. Todo, sí; y mas que nunca decidida
 Camino, Rodimiro, á mi venganza,
 Con nuevo y doble afán embravecida.
 Rod. Mas me hizo concebir una esperanza
 Rosmunda.
 Ros. Ya lo sé: ¿mas no comprendes

Ese misterio tú? Puede salvarte.
 Rod. Me lo dijo.
 Ros. Mas ¿cómo? ¿aun no lo entiendes?
 ¡Fatal amor con que logró cegarte,
 Miserable de tí! De ese Alboino
 Una muger no mas puede arrancarte.
 Solo escucha su voz sobre la tierra;
 Su alma ese afecto nada mas encierra,
 Y por él solo cambia tu destino,
 Nada mas que por él sus leyes huella
 Y de su furia el impetu revoca;
 Y ese afecto el suyo es.
 Rod. ¡Sella la boca!
 Ros. Sí, Rodimiro, y la muger es ella,
 Ella, á quien tú tu corazón destinás.
 Rod. ¡Basta, Rosmunda, basta! me
 asesinas.
 ¿Qué raza es esta de traidores? ¿Todos
 Son viles por igual? ¿Todos serenos
 Al crimen van por diferentes modos?
 ¡Oh! ¿qué me resta ya?
 Ros. Vengarte al menos.
 Rod. Mas no, tú mientes: inocente, pura,
 Calumniada por tí Brenilda ahora
 Fué torpemente.
 Ros. No.
 Rod. ¿Quién me asegura...?
 Ros. ¿No lo dijo ella misma?
 Rod. Tú, traidora,
 Lo interpretas así.
 Ros. ¿Y cómo interpreto
 Que en la cámara misma de Alboino
 Por las noches le aguarde? ¿Qué secreto
 Es ese con que espera tu destino
 Cambiar? ¿Porqué con ella es piadoso
 Quien con todos es cruel y formidable?
 ¿Porqué de tu cariño tan zeloso
 Se muestra y te castiga inexorable?
 ¿No te ha dicho: « Aunque sea en mi des-
 doro
 Yo puedo exigir de él la vida tuya
 En pago de mi prez y mi decoro? »
 Nada mas claro contra tí que arguya.
 Rod. Sí, sí, lo veo bien: toda en mi
 mente
 La funesta verdad se patentiza,
 É impresa en mi memoria, horriblemente
 El pobre corazón me martiriza.
 Ros. Piénsalo, Rodimiro, y si camino
 Hay que esta idea en tu favor concluya,
 Fía en ellos, serás víctima suya;
 Yo no, que lucharé con mi destino.
 Rod. Yo también lucharé: no por la vida:
 ¿Qué me resta ya en ella? ¿qué esperanza
 Halagármela puede? ¡No se anida
 Ya en mí mas ambición que de venganza!
 Mi fé burlada, mi amistad vendida...
 La muerte el premio que mi gloria alcanza,

¡Y tan villana muerte...! ¡Esto me espera!
Venganza, pues; pero venganza fiera.

Ros. Muera Alboino.

Rod. ¡Morirá!

Ros. A mi entero

Vuelva otra vez el cetro de Comundo.

Rod. Volverá.

Ros. Te lo ofrezco.

Rod. No lo quiero.

Ros. Rey de Italia serás.

Rod. Ni rey del mundo

Sin ella quiero ser: todo lo pierdo

Con su amor.

Ros. ¿Qué harás, pues?

Rod. Volver á Hungría;

Mas vengado volver, y su recuerdo

Guardar eterno en la memoria mia.

Ros. Considéralo bien, que es grande el precio,

Libertador de Italia, mi corona

Y mi amor reunir en tu persona.

Rod. Ya te he dicho una vez que los desprecio.

Ros. A la venganza, pues.

Rod. Sí, mis soldados...

Ros. Franco para ellos ya tengo un postigo.

Rod. Ténlos, Rosmunda, cerca apostados,

Y á una voz mia méte los conmigo.

Ros. Asegúrate bien; la astucia emplea,

No arriesgues neciamente una pelea.

(Mientras dice Rosmunda este último verso cierra la puerta de la izquierda, por la que entró Brenilda. Rodimiro la pregunta dudoso:)

Rod. ¿Qué haces?

Ros. ¡Si se presenta y nos delata!

Rod. Tienes razon.

Ros. (No quiero que la vea: Todo podria revelársele.) Ea,

No hay miedo ya: ó le matas, ó nos mata.

Rod. Su sangre sobre mí.

Ros. Sobre tí sea.

(Rodimiro se sienta: Rosmunda al marcharse por la puerta de la derecha se detiene en el dintel.)

Ros. ¿Tú lo quieres? Pues bien, llegó mi hora;

Hoy para todos por igual funesta

Mi venganza será. Ve, pues, ahora

Lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.)

PARTE TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

RODIMIRO.

Rápido el tiempo corre: todo calla
En derredor de mí. Tras de esas puertas
Vela sin duda el capitán Bucilio,
Porque siento sus pasos detrás de ellas
Compasados sonar... ¡Cuánto esta calma
Sobre el inquieto corazón me pesa!
¡Cuánto esta soledad me martiriza
Con las memorias tristes que me acuerda!
Ayer guerrero triunfador partía
El poder con un rey... ¡hoy en su régia
Cámara misma con traición taimada
Sediento de mi sangre me encarcela!
Ayer en dulces y amorosos sueños
Embebecido mi dichosa estrella
Bendecía esperando; ¡hoy ni esperanza,
Ni gloria, ni poder, ni amor me resta!
Cuántos amé insensato, me han vendido:
Con quien he odiado mas me junta adversa
Mi menguada fortuna... ¡oh, si! aborrezco
Con toda el alma á esa muger. Quisiera
No haberla visto nunca... es un fantasma
Que va siguiendo por dó quier mis huellas,
Y cuyo alito impuro en mi alma intunde
Un vértigo infernal que me marea.
¿Y me ama? ¡infando amor! partir me ofrece

Conmigo el trono... ¡Abominable oferta,
Que me abrasa en furor, y en las entrañas
Toda mi sangre paraliza y hiela!
¿Yo á la par de tal monstruo? Nunca, nunca:
Mas ¡ay de mí! la aguardo, y de mí espera
La venganza también... ambos de un crimen
Nos vamos á lanzar sobre la senda.
¿Y á mí de qué me vale una venganza
Que ni dicha ni amor me recupera?
¡Oh, no! de calma el compasivo cielo
Estos instantes por mí bien me deja
Para mejor pensarlo... un alma noble
Cuanto olvida mejor, mejor se vengó.
No mas sangre, no mas... renuncio á todo.
Dice que tiene franca una poterna
Por dó salir de esta mansión horrible,
Y que la guardan mis lombardos... Ea,
Voy á dejar la Italia en medio de ellos;
Voy esta raza á abandonar de hienas.
Alboino, traidor, yo te perdono.
Yo te desprecio al par, ¡Brenilda pérfida,
A Dios! En mí desde hoy vuestra memoria
Sombra es no mas de pesadilla horrenda.
Mas esta puerta se resiste... ¡Cielos!

¡Rosmunda! no responde... ¡oh qué sospecha!

Rosmunda... El eco solamente herido

Por la bóveda cóncava resuena.

Rosmunda... ¡oh! la traidora me ha vendido

Para dejarme de Alboino presa

En su lugar... Si por allí lograra...

Miserable de mí, que fié en ella

Y la dejé salir.

Alb., dentro. ¡Bucilio!

Rod. Es tarde

Ya. Alboino está aquí. Su voz es esa.

ESCENA II.

ALBOINO, RODIMIRO, BUCILIO.

Alb. ¿Dónde está, dónde?

Buc. ¿Quién?

Alb. A mi coraje

Poca es su sangre toda.

Buc. Tu ira enfrena,

Señor.

Alb. Bucilio, aparta, ó con las suyas

Caerá á la par tu criminal cabeza.

¿Qué has hecho, miserable?

Buc. A esos dinteles

Incesante velar.

Alb. ¡Maldito seas!

Te han burlado.

Buc. Alboino...

Alb. ¿Quién ha abierto

Las puertas de mi alcázar á la reina?

Buc. No hay mas que esa, señor, que de

tus cámaras

Salga, y no me aparte ni un punto de ella.

Alb. Pasaron sobre tí.

Buc. Sobre mi vida

Pasaran antes, ó á mis piés cayeran.

Alb. Pues pasaron, Bucilio, porque ahora

Rosmunda á los lombardos me subleva,

Y enfrente de las torres de Verona

Las águilas de Roma se presentan.

Sí, sí, perdidos somos: entre tanto

Que el enemigo en la ciudad nos cerca,

Las tropas que acaudilla Rodimiro

Dentro nos mueven infernal contienda.

Y toda su legión en voces altas

Ahora á su capitán pidiendo queda

Por las plazas y calles, y Rosmunda

Les encamina aquí... ¡La ira me ciega!

¿Qué has hecho, pues, de ese hombre?

¡desdichado!

¿Dónde está ese traidor?

Rod. En tu presencia.

Alb. ¡Oh, al fin das en mis manos! Vé,

Bucilio,

Pronto, mete en palacio toda entera

Mi húngara guardia, y si se pierde todo
Haremos de mi alcázar fortaleza,
Y á lo menos debajo de sus ruinas
Nos sabremos abrir tumba sangrienta.

ESCENA III.

RODIMIRO, ALBOINO.

Alb. Y oye tú; los romanos se preparan
A asaltar la ciudad: fácil defensa
Tiene aún si recoges á los tuyos
Y á la batalla los conduces: ea,
Elige, pues, ó nos batimos ambos
Por ambos como siempre, ó de las rejas
De mis ventanas te suspendo, al punto
Que tus lombardos á buscarte vengan.

Rod. ¿Me amenazas á un tiempo y me suplicas?

Alb. Súplicas ó amenazas, como quieras;
Pero responde pronto, porque siento
Menguar rápidamente mi paciencia.

Rod. Y también tu fortuna.

Alb. ¡Rodimiro!

Rod. Alboino, tus ímpetus modera:

La fortuna es voluble para todos,

Y hoy la fortuna para tí se trueca:

Por dó quier de enemigos circundado

Debajo de tus piés se abre la tierra.

Alb. No me hundiré yo solo, Rodimiro,

Por la ancha sima ante mis piés abierta:

Yo me desplomaré, mas como un monte

Que arrebata en pos suyo cuanto encuentra.

Puedo caer, mas como cae el rayo

Que humo detrás de sí tan solo deja.

Rod. Como una chispa que al brotar es

pira

Al estrellarse el rayo en la alta peña;

Cual carcomido tronco que arrebata

Torrente asolador que el bosque anega;

Cual vieja torre que en cenizas torna

El incendio voraz que la rodea.

Porque ya nada tienes, Alboino;

La muerte en torno por dó quier te acecha,

En las lanzas aquí de mis lombardos,

Y en las romanas lanzas allá fuera.

Alb. Mientes si juzgas que la muerte es

cosa

Que el alma de un rey húngaro amedrenta,

Que no es la muerte pavorosa imagen

Para el valiente acostumbrado á verla,

Ni es gran golpe caer en una tumba

De enemigos cadáveres repleta.

Pero estamos aquí perdiendo el tiempo

Cual mugeres imbéciles que llenan

De alaridos estúpidos el aire

En tanto que el peligro se acrecienta.

De una vez concluyamos, Rodimiro;

Unidas hasta aquí las armas nuestras
Solo tenemos una causa, como
Hemos tenido siempre una bandera.
Enemiga de entrambos igualmente
Roma á la par contra los dos se apresta;
Si ambos con Roma no lidiamos, á ambos
Nos asesina una venganza necia.
Yo te ofendí, es verdad: tú me aborreces:
Nuestras almas tal vez están sedientas
De nuestra sangre al par; mas todavía
Bálsamo habrá con que calmarse puedan.
Ohremos, pues, como hombres; depongamos
Nuestras iras un punto; y con fiereza
Demostramos sobre el romano ambos unidos
Sin partir la fortuna ni la fuerza.
Vezamos hoy como vencimos siempre,
Y mañana, si aun cólera nos queda,
Caigamos cuerpo á cuerpo combatiendo,
Mas sin dejar á Roma que nos venza.
Rod. Noble he nacido y generoso, y grande
Animo el noble corazon me alienta,
Y nadie en vano reclamó mi esfuerzo
En penosa ocasion y en causa buena.
Mas há muy poco de tu misma boca
Mi destino escuché, y aun me resuenan
Dentro de los oídos tus palabras,
Dentro del corazon tu ruin vileza.
Yo te conozco ya, rey Alboino;
Hoy abatimos las romanas tiendas,
Y mañana, traidor, á tus verdugos
Con victoriosa enemistad me entregas.
Alb. Pues bien, pactemos cual contrarios.
Rod. Habla.
Alb. Yo de seguridad te daré prenda.
Rod. No la hay entre los dos.
Alb. Tú la has hallado:
Con ella puede hacerse duradera
La paz entre nosotros; con Brenilda
Puedo tus sienas coronar.
Rod. ¿Y es esa
De nuestra paz la oliva? ¿es ese el precio
A que te he de salvar? Tamaña afrenta,
En lugar de extinguir mi sed de sangre,
Me la dobla, doblándome la ofensa.
Alb. ¡Rodimiro!
Rod. Pues qué, ¿piensas que ignora
Que un afecto no mas hay que enterezca
Tu fiero corazon, que hay, Alboino,
Una muger no mas sobre la tierra
Por quien vaga en tus labios la sonrisa,
Que en tu alma del furor la fuente seca,
Y que tus leyes bárbaras revoca...
Y esa muger, rey Alboino, es ella?
Alb. ¡Cielos! ¿y quién del libro de mi
pecho
Te ha mostrado esa página secreta?
Rod. Otro labio real.
Alb. ¡El de Rosmunda!

Rod. El de Rosmunda, sí.
Alb. Pues bien; si entera
La historia sabes, con razon mas solida
La paz te ofrezco con Brenilda; acéptala.
Rod. ¡Semejante baldon! Tirano imbécil,
Si las infames manos tienes hechas
A que los perros de tu esclava Italia
Se arrodiven humildes á lamértelas,
No esperes, no, que los lombardos tigres
A recoger tus desperdicios vengan.
Yo amé á Brenilda mientras fué á mis ojos
Pura, lejana y rutilante estrella:
Mas digna de anhelarse su belleza,
Mas hoy que como tuya la conozco,
Mi amante corazon cambia para ella,
Y si odio engendró en él tu negativa,
Desprecio en él tu ofrecimiento engendra.
Alb. ¿Qué es lo que dices, insensato?
Rod. Digo,
Que á quién tú se la das te la desprecia;
Que no hay entre los dos desde este punto
Ni lazos, ni amistad, ni fé, ni treguas.
Alb. ¡Basta, rayos del cielo! tú lo dices,
No hay treguas, ni amistad; tu infame lengua
En la mitad del corazon me ha herido
Con el desprecio de Brenilda, y esta
Es una injuria que jamás sabría
Mi rabia perdonar... ¡Oh! ¿y ofrecértola
Pude yo en un momento de locura?
¿Cuándo pudiste acaso merecerla?
¿Quién eres tú para que á amor tan alto
Las torpes alas á tender te atrevas?
Arrodillate, esclavo: de rodillas
Debes oír su nombre: el labio en tierra
Le debes pronunciar, el polvo solo
Para besar en que sus piés asienta:
Tienes razon, no hay paz entre nosotros,
Ni treguas, ni amistad: y en las estremas
Horas que á un tiempo de peligros tantos
Circundan y amenazan mi existencia,
No por mi salvacion te envía el cielo,
Sino porque de ti vengado muera.
¡Oh! y morirás: el término aplazado
De mi aliento vital siento que llega,
Porque veo que el mundo se desploma
Sobre mí; pero ve lo que te resta:
Este alcázar va á ser nuestro sepulcro;
Yo le defenderé mientras que tenga
Solo un soplo de vida: hasta esta hora
Tú conmigo estarás, y cuando sienta
Que el alma me abandona, haré implacable
Arrancarte la tuya en mi presencia.
Rod. Yo la daré tranquilo, porque nada
Mi ánima ya del universo espera,
Y porque si tú vences, todavía
Para vengarme á mi Rosmunda queda.
Alb. ¿Rosmunda? Desvarias con el miedo.

Si ella con tus lombardos se presenta
Delante del palacio, á sus balcones
Haré colgar tu livida cabeza;
Y tus mismos lombardos al mirarla
Antes que en mí te vengarán en ella.
Rod. No; la sombra insepulta de Comundo
Con ella va y en su favor pelea.
Alb. ¿Qué estás diciendo?
Rod. Que el misterio sabe
Que en esa copa tu furor encierra,
Y que esta noche cerrará Rosmunda
Del padre rey la profanada huesa.
Alb. ¿Tú se lo descubriste?
Rod. La he pagado
Secreto con secreto, deber era.
No hay esperanza; contra tí, Alboino,
Hasta los muertos sus sepulcros dejan;
Y no reposarán en sus sepulcros
Hasta que al tuyo descender te vean.
Alb. Tantos descenderán de mí delante
Que les haré tal vez perder la cuenta,
Y te juro que no has de ser el último
De mi mortuoria comitiva.
Rod. Llega,
Todavía en mi brazo está mi espada,
Y en tanto, rey, que levantarla pueda
Ni moriré como cobarde esclavo,
Ni seguro estarás delante de ella.
Alb. Y hombre soy yo que obligará á tu
espada
Con el brazo á caer que la sostenga,
Si antes que de la vaina la desnudes
Aquí á mi voz mis húngaros no lleguen.
¡Hola! Bucilio.

ESCENA IV.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA.

Ros. ¿Qué queréis?
Rod. ¡Rosmunda!
Alb. ¡Oh! ¡me los junta mi feliz estrella!
Bucilio, pronto á mí.
Ros. No será fácil
Que ya á tu voz á presentarse vuelva.
Alb. ¿Porqué?
Ros. Porque está lejos. Alboino,
Tu voz á la honda eternidad no llega.
Mira.
(Abre las puertas del fondo, y ve una
guardia romana y á Bucilio tendido á
un lado.)
Alb. ¡Traicion tamaña!
Ros. Es obra mia.
Yo metí con silencio y con destreza
En tu palacio á los lombardos antes
Que Bucilio á tus húngaros metiera.
Y he vendido á Verona á los romanos

Al caro precio de tu sangre régia.
¡Ea, pues, á morir como quien eres
Disponte ya! tu comitiva es esa.
Esos romanos que Longino envía
Para llevarle la ofrecida prenda,
Tu tronco real conducirán al campo
Y ante el emperador tu real cabeza.
Alb. El coraje me ahoga.
Ros. Ahora, Alboino,
Si es que en señal de despedida eterna
Quieres vaciar el postrimero vaso,
Tu copa de máfil te daré atenta,
Diciéndote á mi vez: « Bebe, Alboino,
Que con mi padre bebas; » mas contempla
Que si me has dado en muchas tu veaganza
Yo te he dado la muerte en la primera.
Alb. ¡Oh, te sabes vengar!
Ros. Tú me enseñaste:
Y lo bien que aprendí para que veas,
Sabe que el cetro de Comundo vuelve
A mi mano otra vez: « Italia entera
Amparada mirándome de Roma,
Me aclama al par libertadora y reina.
Alb. ¡Tú amparada por Roma!
Ros. Si, Alboino,
Y en tu lugar sobre tu solio puesta.
Alb. Ahora comprendo el bárbaro des-
precio
Con que á Brenilda ajó... ¡reinar esperas
Con Rosmunda tambien!
Rod. Tente, Alboino;
Yo no tengo cual tú sangre de fiera,
Y ni lecho, ni trono, ni sepulcro
Sabría nunca dividir con ella.
Ros. Mas partirás con él mi cruel ven-
ganza,
Que sabré sobre tí lograr entera.
Alb. ¡Oh, respiro...! Os odiais; gracias,
¡oh Averno!
Rosmunda, ya lo ves, su odio me venga:
Todo por él lo has hecho, pero todo,
Porque viene de tí, te lo desprecia.
Ros. Pues mas caro que tú mis iras pagas
Va á pagar el desprecio que me muestra:
Y siento por quien soy que mi venganza
Ver, Alboino, hasta su fin no puedas:
Porque tal es, que la creyeras tuya
Viéndola tan medida y tan completa.
Alb. Tambien la mia lo es, puesto que os
dejo
Aborreciéndoos siempre, y me consuela
Morir sabiendo que en ausencia mia
Vivireis en discordia sempiterna.
Ros. ¡Oh! te lo creo; mas te aguardan
parte:
Rey Alboino, mi justicia es recta.
Tu sepulcro está allí, mas no vacío;
La sombra de mi padre en él te espera.

Aló. Yo al lado suyo dormiré tranquilo,
Y en su tumba entraré con faz serena,
Porque no piense que al morir su espíritu
El corazón con que le odié amedrenta.
Goza, pues, de tu suerte y tu venganza
Como gozarla supe yo: y no temas
De mis labios oír súplica inútil
En favor de otra víctima que deja
Mi torpe imprevisión entre tus manos,
Y á quien no salvará ni su inocencia.
Y no quiero gastar mi aliento en balde,
Y desmentir la heroica grandeza
Con que debe arrostrar esta venganza
Quien de esa copa se sirvió en la mesa.
Si, yo sabré morir como he vivido,
Mi suerte afrontaré tal como sea,
Y espirará Alboino sin que exhale
Un ¡ay! su corazón, ni un ¡ay! su lengua.
Ros. Vé, pues; sabéis mis órdenes; cumplidas.
Rod. Venganza es harto justa, pero horrenda
Tu venganza es también.

ESCENA V.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Defen la planta;
Cumplir me resta la mitad segunda:
De Comundo vengué la causa santa,
Mas falta aun la causa de Rosmunda.
Rod. Vengala tú: yo parto en el momento
De Italia para siempre, que me aterra
Que á la par nos cobije el firmamento
Y al par nos sufra sobre sí la tierra.
Ros. ¿Tanto, pues, me aborreces?
Rod. Cuánto cabe
En ofendido corazón humano,
Cuanto tu mente concebir no sabe
Y mi lengua explicar querría en vano.
Y á mi sincero corazón perdona,
Rosmunda, esta verdad: tu faz sombría
Me espanta aun á través de esa corona
Que te ciñe la sien de pedrería,
Mas que no la ennoblece ni la abona.
Esos altivos y radiantes ojos
Por quien barones mil tal vez delirán,
Corazones rindiendo á sus antojos,
Dan al mío pavor cuando me miran.
Y esa romana y clásica hermosura
Que hace admirar tu forma majestuosa
No sé qué tiene para mí de oscura
Que hace á mis ojos tu beldad odiosa.
Un dios, ó un mal espíritu en tu pecho
Encendió una pasión que te esclaviza,
Y no puedo vivir bajo de un techo

Que cubre esa pasión que me horroriza.
Tal vez dirás que tus hechizos dejo
Por los de otra muger... ¡muger perjura!
Mas si amé á otra muger que imagen pura
De los cielos creí, cuando reflejo
La concebí de tu maldad impura
La odié también, y de las dos me alejo
Despechado á llorar mi desventura.
A Dios, pues: ¡oh Rosmunda! ya vengada
Quedas y reina; y al romano unida
Los lombardos de tí no esperan nada,
Ni quieren de tu tierra ensangrentada
Mas que el sol que señala su partida.
A Dios.

Ros. Espera.*Rod.* ¿Qué?*Ros.* Pues te he escuchado

Esa que acabas relación funesta,
Justo es que de mi labio apasionado
Escuches tú también una respuesta.
Tus bárbaras palabras una á una
Aquí, en mi corazón cayendo han ido,
Ahogando en él sin compasión alguna
Cuanta esperanza en él se ha mantenido.
Tú me has abierto el tuyo: es, pues, forzoso
Que el mío te abra yo, y de cerca al verle
Penetres en su centro misterioso
Y aprendas de una vez á conocerle.
¡Tú me has aborrecido y yo te amaba!
Con insolente mofa, tu desprecio
De sí apartó cuanto mi amor te daba,
Y aun retó á mi furor tu orgullo necio.
Por tí ultrajado, y de tu amor testigo,
Cambióse al fin mi corazón contigo.
Oye, pues; la pasión que te horroriza
No existe ya en Rosmunda: el odio insano
Que implacable hacía mi te fanatiza
Reina en mi pecho con poder tirano.
No soy ya la Rosmunda que te adora,
Soy la Rosmunda que ultrajada y fiera
Del inmenso furor que en sí atesora,
Viento va á dar á la gigante hoguera.
Rosmunda solo sabe, Rodimiro,
O amar ó aborrecer, mas nunca olvida:
Ama de amor hasta exhalar su vida,
Y aborrece hasta el último suspiro.
Tan poderosa, pues, tal en grandeza
Mi amor concluye, y mi venganza empieza.
¡Oh! y aun no afrontes con mi faz sombría
Tu desdenoso continente fiero,
Y escucha con paciencia todavía,
Pues mi venganza que comprendas quiero.
Piensas dejar la Italia prontamente;
¿Mas cómo?

Rod. En paz con Roma, estorbos vanos
Me opondrás á que parta con mi gente.

Ros. ¿Les quitarán los hierros de las
manos?

Rod. ¿Qué es lo que dices?
Ros. Tu legion valiente
Dejó esclava también de los romanos.
Rod. ¡Miserable de mí!
Ros. Ya te lo dije,
Solo sé amar ó aborrecer; si necio
Mi odio fatal tu corazón elige,
Mi odio y mi amor le costarán gran precio.
Escoge; aun puedes: mi piedad es tanta:
Con los tuyos esclavo, ó rey conmigo.
Rod. El cielo mismo junto á ti me espanta:
No, antes morir que respirar contigo.
Ros. Está bien, morirás: mas antes quiero
A esa que tanto amaste en algun día
Que des al menos el á Dios postrero.
Rod. No, no la quiero ver.
Ros. ¡Oh, es cosa mía!
Rod. ¡Ah! me hiela de horror tu aspecto
fiero.
Ros. Así el desprecio de mi amor se expía
Y el caliz del rencor se apura entero.
(*Va á la puerta de la izquierda, y abriendo
dola llama á Brenilda en alta voz.*)
¿Brenilda?
Rod. ¡Ah! ¡Yo no sé qué vaticino
De horrible aquí!
Ros. Quimérico recelo.
¿Brenilda?
Rod. ¡Oh! ¡no la llames!

ESCENA ULTIMA.

ROSMUNDA, RODIMIRO, BRENILDA.

(*Brenilda al salir se detiene á la puerta,
junto á la cual está Rosmunda cruzada
de brazos, sombría é inmóvil. Rodimiro
permanece en el centro de la escena sin
mirar á Brenilda.*)

Bren., al salir, deteniéndose. ¡Santo cielo,
Aquí aun...! ¿A qué lúgubre destino
Vuestra calma fatal sirve de velo?
¡Oh! hablad por compasión... ¿Qué es de
Alboino?

Ros., á Rodimiro. Su primera palabra.
Bren. Habla; ¿qué es esto,

Rodimiro? ¿qué es de él?
Rod. ¡Déjame, ingrata!
¡Apártate de mí! yo te detesto!
Ros., á Brenilda. Ya lo oyes.
Bren. ¡Ay de mí! ¡Su voz me mata!
Mas no hablo ahora de mi amor... mi oído
Percibió aquí su voz... confuso estruendo
De gentes escuché... ¿dó está? ¿qué ha sido
De Alboino? Acabad.
Ros., á Rodimiro. Ya la estás viendo.
Bren. ¡Oh, acabad de una vez! Hablad,
señora,
Vos que sabéis cuánto le amé... de hinojos
Os lo ruego á los dos.
Ros. Sea en buen hora.
Bren. ¿Dónde está? ¿dónde?
Ros. (*Abriendo la puerta del fondo, por
delante de la cual se ve pasar el
cadáver de Alboino, llevado en
hombros de los romanos.*)
Aquí; vuelve los ojos.
Bren. ¡Padre mío!
Rod., horrorizado. ¡Ah! ¿Su padre...?
Ros. Es Alboino;
Y tú, que á mi furor le has entregado
Dentro de este aposento, su asesino.
Rod. Miente, Brenilda, miente: ¡oh!
nunca creas
Que en su sangre real teñí mis manos.
Bren. Apártate de mí... ¡oh! ¡maldito
seas!
Rod. ¡Ah! entiendo toda tu maldad.
(*Á Rosmunda, dirigiéndose á ella en
actitud amenazadora.*)
Ros. Romanos,
Vuestro esclavo tomad.
(*Los romanos le sujetan.*)
Rod. ¡Yo esclavo!
Ros. Ahora
Mide hasta dónde mi rencor alcanza.
Rod. ¡Toda su sangre sobre tí, traidora!
Ros. Toda la necesita mi venganza
Gota á gota sorber Vé, pues, implora
Al cielo si en él crees; y cuando presta
Tu alma á partir del corazón se exhale,
Dile á ese corazón que me detesta
Lo que el cariño de Rosmunda vale,
Lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.

EL ALCALDE RONQUILLO,

6

EL DIABLO EN VALLADOLID,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PERSONAS.

DON RODRIGO DEL RONQUILLO,
alcalde de casa y corte.
VAN-DERKEN.
UN ESPÍA DE FELIPE II.
ROBERTO.
EL DOCTOR ROBLES.
DON LUIS DE VALDÉS.
GIL.

EL HERMANO JUAN.
EMBOZADO 1.^o
EMBOZADO 2.^o
EMBOZADO 3.^o
CAPO DE LAS RONDAS DEL ALCALDE.
SOLDADOS, MUSICOS, RONDAS, EM-
MASCARADOS Y ALGUACILES.

La escena en Valladolid, setiembre de 1559.

ACTO PRIMERO.

Plazuela en Valladolid formada por los tres edificios siguientes: 1.^o A la derecha: una casa de buena apariencia con puerta y balcón practicables. 2.^o A la izquierda: una casa de mezquina apariencia con puerta y ventana baja practicables; sobre la puerta un rótulo que dice: « Taberna y Hostelería. » 3.^o En el fondo, una casa en estado casi ruinoso, cuyas ventanas bajas están tapiadas, y las altas y puerta cerradas y clavadas con travesaños de madera, y selladas todas con la cruz de la inquisición. Sobre la puerta un rótulo que dice (en letras de no muy grandes dimensiones) « Casa del Diablo. » — Esta casa forma dos calles que se pierden por el fondo, con las paredes de otras dos casas inmediatas, en una de las cuales (en la de la derecha) hay una puertecilla, y las paredes que la forman son tapias de un jardín. — Las casas de la derecha y de la izquierda forman también, con estas últimamente citadas, otras dos calles laterales por donde se sirve la escena. — Al levantarse el telón en este primer acto, se ve salir al alcalde Ronquillo de su casa, que es la de la derecha, é ir á llamar á Roberto á la suya, que es la taberna.

ESCENA PRIMERA.

RONQUILLO, ROBERTO.

Rong. ¿Roberto?

Rob. Señor.

Rong. ¿Tan presto

Tienes cerrada tu tienda?

Rob. ¿Y qué queréis ya que venda,

Si es un sitio tan funesto

En el que la tengo abierta,

Que en diciendo que anochece

Alma humana no parece

Por delante de mi puerta?

Rong. ¿Con que tanta voga cobra

Lo que se habla de esta casa?

Rob. Juzgado por lo que pasa.

Rong. ¿Pero es seguro?

Rob.

Señor: sin recelo alguno

Podéis las puertas dejar

Abiertas de par en par,

Que no os robará ninguno.

Por no pasar por aquí

De noche, hay hombre que acaso

Se queda á dormir al raso.

Rong. ¿De veras?

Rob. A fé que sí.

Porque son tan espantosas,

Y de tal modo se aumentan

Las historias que se cuentan

De esa casa...

Rong. ¿Con que cosas

Pasan aquí tan terribles?

Rob. Tremendas.

Rong. ¡Vaya por Dios!

Rob. Cada noche un hombre ó dos
Muere á manos invisibles

En estos alrededores.

Rong. ¿Mas de tal manera espiran...?

Rob. De tal, que por mas que miran
No ven á sus matadores.

Nadie lo duda, señor:

En esa casa maldita

Por fuerza algun diablo habita

Del hombre exterminador.

Rong. Ya ves, cuando el santo oficio

Condenarla me mandó

Y sus entradas selló,

Claro es que habrá maleficio.

Rob. Hombre que atento se pare

A contemplar esta casa,

Si dos ó tres veces pasa

Por la noche, Dios le ampare.

Y en fin, mejor lo sabeis

Vos, que los mas de los dias

Causas de muertos teneis

En aquestas cercanias.

Rong. Bien, bien. Mas oye: mi gente

Reunida en el juzgado

Está: mientras que firmado

Dejo un vale al intendente,

Aviso á mis rondas pasa

De que la hora difiero

De la ronda, y les espero

A las nueve, ahí en mi casa.

Rob. Voy, señor.

Rong. Corre.

(Vanse, Roberto por el fondo y Ronquillo
por la izquierda.)

ESCENA II.

VAN-DERKEN, EMBOZADO; LUEGO DON
LUIS, LO MISMO.

Derk. Los dos

Salieron: bien calculé;

La hora que señalé

Es ya; mas gracias á Dios

Ya veo ahí detenido

Un embozado.

Luis. ¡Hola! ya

Me espera. ¡Hidalgo!

Derk. ¿Quién va?

Luis. El diablo.

Derk. Muy bien venido.

Luis. ¿Vos...?

Derk. Diablo también.

Luis. Dios guarde

A Satanás; y perdone

Si esperó.

Derk. No os ocasione

Pesar eso, que no es tarde.

Con que ¿qué hay?

Luis. Grandes noticias.

Derk. ¿Y nuevas?

Luis. De ellas infiero

Que anda todo el pueblo entero

Festejando las albricias.

Derk. Sepámoslas pues.

Luis. Oid:

Pasado mañana está

El rey aquí, y á ser va

La corte Valladolid.

Derk. Traerla aquí es ya proyecto

Concebido muy de atrás

Por el rey.

Luis. Y ahora á efecto

Lo lleva.

Derk. Bueno. ¿Y qué mas?

Luis. La paz está ya firmada

Con Francia, y con tanta priesa,

Que nos manda una princesa

Por poderes desposada

Con nuestro rey Don Felipe;

Y este, como el tiempo apura,

La vuelta hácia aquí apresura

Porque no se le anticipe.

Con que la guerra acabó.

Derk. Todo eso muy cierto es.

Luis. ¿Sabiais...?

Derk. Que el veinte y tres

De julio se efectuó

La ceremonia en París,

Firmó el de Alba por el rey,

Y quedó conforme á ley

La boda.

Luis. Hizo con san Luis

La paz Santiago.

Derk. Y sin miedo

De que otra traición la estinga,

El rey se embarcó en Flesinga

Y el siete arribó á Laredo.

Pero el tiempo no perdamos

En relatos de política,

Que en situación haró crítica

En este lugar estamos.

Luis. Cuando os le vi señalar

Para nuestra cita, á fé

Que un tanto estraña me fué

La elección de tal lugar.

Derk. Pues es natural que así

Sea: el demonio habita

Esa casa; y pues os cita

El diablo, ser debe aquí.

Luis. Teneis razon.

Derk. ¿Con que vos

Estais de veras resuelto?

Luis. Yo nunca la cara he vuelto,

Dada una vez, ¡vive Dios!

Os dije que mi razon
Me impelia á no aprobar
Ciertos fueros que arrogar
Se quiere la inquisicion.
De mi sospecha por ello.
Y en mi empleo y en quien soy
Sé que si un paso atrás doy,
Arriesgo tal vez el cuello;
Solo á raya les mantiene
Contra mí, el darne favor
MI tío el inquisidor.

Derk. Que de secretario os tiene.

Luis. Eso me vale; mas pronto
Saltar contra mí le harán.

Y no quiero ¡por san Juan!
Resignarme como un tonto.
Consérvome todavía

Con la inmensa facultad
De mi empleo y dignidad;
Mas tal vez me dure un dia,
Y estoy de una vez dispuesto
A echar mano á mi poder
Contra ellos, y á poner
Mi cabeza en mejor puesto.
Si así mi oferta admitis,
Hecha limpia y francamente,
Valgámonos mutuamente,
Que valdrá mucho.

Derk. Don Luis,
Jamás dudé en vuestro honor,
Mas no debí en compromiso
Tal poneros, sin aviso
Del riesgo que hay.

Luis. Con valor
Entro en la empresa; con él
Sus consecuencias admito,
Y ¡os juro al cielo bendito!
Que será muerto, mas fiel.

Derk. No hablemos mas del asunto.

Luis. ¿Queda hecho pues nuestro pacto?

Derk. Satanás es siempre exacto.

Luis. Pues pasemos á otro punto.

¿Una carta...?

Derk. La leí.

Luis. ¿Supongo que...?

Derk. Se quemó.

Luis. ¿Disteis con la dama?

Derk. Aun no.

Luis. Pero ¿estais en rastro?

Derk. Sí.

¿Y los papeles?

Luis. Aquí.

Derk. ¿La inquisicion pues?

Luis. La erró.

Derk. ¿Podrá sorprenderos?

Luis. No.

Derk. ¿Question concluida?

Luis. Sí.

Derk. Esta noche ha de tener

Fin todo: ¡alerta por Dios!

Luis. Ya sabeis que os toca á vos

Mandar, y á mí obedecer.

Derk. ¿Es decir que os hallaré

Alli siempre?

Luis. Siempre alli.

Derk. ¿Con cuanto haga al caso?

Luis. Sí.

Derk. Pues alli os avisaré.

Luis. Con que me deis media hora

Nada hará falta.

Derk. Me avengo.

Luis. A todo el mundo hecho tengo

Juguete mio hasta ahora.

Derk. ¿Tan decidido, eh?

Luis. Os doy

Con pleno conocimiento,

Y con fé y convencimiento,

Alma y vida y cuanto soy.

Derk. Quanto se añada es demas.

Luis. Con el corazon os hablo:

Entero me doy al diablo.

Derk. Contad pues con Satanás.

Y en todo caso, Don Luis,

Atogeos sin dilacion

Al austriaco pabellon.

Luis. Lo haré como lo decis.

Derk. Y no os pesará jamás.

Luis. Con que hasta luego.

Derk. Idos pues.

Luis. A Dios, señor Satanás.

Derk. A Dios, Don Luis de Valdés.

(Vase Don Luis.)

ESCENA III.

VAN-DERKEN, LUEGO EL DOCTOR ROBLES.

Derk. ¿Quién podrá en esta ocasion

Competir con Lucifer,

Teniendo á par el poder

Del diablo y la inquisicion?

Mas el otro está ya aqui. (Asoma el doctor.)

Doct. ¿El diablo?

Derk. Y Austria.

Doct. Señor...

Derk. Muy buenas noches, doctor;

Mas cumplidos remitid,

Que es tarde. ¿Qué hay?

Doct. Todo está.

Derk. ¿El lego?

Doct. Corre por mí.

Derk. ¿El escultor habló?

Doct. Sí.

Derk. ¿Y lo otro?

Doct. Os lo traigo ya.

Derk. ¿A ver?

Doct. En esta cajita

Va, metido en un frasquillo.

Derk. ¿Pero es remedio...?

Doct. Sencillo

Por demas.

Derk. ¿Y necesita

Precauciones?

Doct. Simplemente

En un líquido cualquiera

Beberlo.

Derk. ¿Si en vino fuera?

Doct. No hay ningun inconveniente.

Derk. ¿Respondeis de su virtud?

Doct. Sobre mi honor. El doliente

Que use de él, del accidente

Queda en completa salud.

Derk. Si no se pone mejor,

Yo se le haré administrar.

Doct. ¿Tenéisme mas que mandar?

Derk. ¿Dónde os hallaré, doctor,

Si os necesito?

Doct. En mi casa,

Como siempre; ni un momento

Saldré de ella, solo atento

A vos.

Derk. Recompensa escasa

No tendrá tal adhesion.

Doct. Ya conoceis por demas

Que me entrego á Satanás

Con todo mi corazon.

Derk. Contad pues con su poder.

Doct. Cuento ya con su favor.

Derk. Pues buenas noches, doctor.

Doct. Buenas, señor Lucifer.

ESCENA IV.

VAN-DERKEN, LUEGO ROBERTO.

Derk. Adelante: en tal empresa

Cooperacion bien estraña

Es la que el diablo interesa:

Mas ya está el diablo en campaña,

Y no es el diablo un aliado

Digno en verdad de desprecio;

Que tiene el brazo muy recto

Y el juicio muy despejado.

Mas por alli venir veo

A alguno ya.

Rob. (O veo mal,

Ø de mi puerta al umbral

Que hay un embozado creo.)

(Tocan á las ánimas.)

¡Eh, buen hombre! ¿qué hace ahí?

Derk. Por el tono en que está hecha

La pregunta, entro en sospecha

De que os busco á vos.

Rob. ¿A mí?

Derk. Sí por cierto, ¿no sois vos

El bribon del hostelero

De esta tienda?

Rob. Caballero...

Derk. Vaya, abre, y entre los dos

Vaciando un par de botellas

En buena paz, te perdono

La incivilidad del tono,

Y el tiempo que á las estrellas

Me has hecho que aqui te espere.

Rob. Es mala ocasion, hidalgo,

Y si el alma tiene en algo,

Despeje.

Derk. Segun se infiere

De tus corteses modales,

No te trae con gran cuidado

Hacer bueno ó mal mercado.

Rob. No á fé.

Derk. ¿Así de tus umbrales

Despachas á un forastero

Que fatigado se llega

Hasta tu mala bodega

A dejar su buen dinero?

Rob. En tal caso, no os asombre,

Buen hidalgo, y perdonad

Que os advierta que dejéis

El lugar, porque ya veis...

Las leyes de la ciudad

No permiten que mi tienda

A esta hora...

Derk. Ya.

Rob. Ademas,

Vos ignorareis quizás

Que la noche aqui... es tremenda.

Derk. ¿Porqué?

Rob. Porque es esa casa,

Segun se dice, guarida

De algun sér de la otra vida...

Y en fin... porque... pues... si pasa

La ronda... y nos ve...

Derk. Par diez,

Cada vez te va turbando

Mas tu cuento, y me va dando

Mas sospechas cada vez

De que eres un embustero.

Rob. De cualquier modo que fuere,

Pues la justicia no quiere

Que venda mas, caballero,

Idos, ó por Barrabás

Que invocaré contra vos

La ley.

Derk. Vaya, entre los dos

Tres palabritas no mas.

Rob. Ni media, á la queda tocan;

Y en fin, claro, no me quedo

Con vos porque tengo miedo:

Que esas campanas evocan

Los diablos que en esa oscura
Casa habitan.

Derk. Poco afan
Te den : traigo un talisman
Que de sombras me asegura.

Rob. Vaya, camorra no quiera,
Lárguese y téngalo á suerte.

Derk. Bien : mas antes voy á hacerte
Una pregunta ligera.

Rob. Diga.

Derk. ¿Has estado en Amberes?

Rob. ¿Qué os importa á vos?

Derk.

La calle de las Tres Voces?

Rob. No.

Derk. Pues haz lo que pudieres
Por traer á tu memoria
Esta calle, y vente en pos
De mí á su número dos.

Rob. (¡Cielo!)

Derk. Y sabrás una historia
Que allí pasó, y que te debe
Gustar... ¡Oh! es cosa gentil.
Pues, señor, era esto en mil
Quinientos cuarenta y nueve.
Era una hora avanzada
De una noche oscura y fria
Cuando la puerta se abría
De la casa precitada.

Salió de ella un embozado ;
Hizo una seña ; acudieron
Otros tres : cuando se hubieron
Los cuatro identificado
Se colocaron por fuera
De la puerta, por la cual
Salió á poco, ó vió muy mal
El que lo vió, una litera.

Rob. (¡Dios!)

Derk. Creo que ya he logrado
Tu atencion. ¡Oh! ya verás.

Pues, señor, salió detrás
De esta litera (embozado
También) otro personaje,
Que apartando un poco al guia
Le dió... pues, lo que debía,
Instrucciones para el viaje.

Rob. Pero...

Derk. Un momento y se acaba.

Salieron con gran sigilo
De la ciudad, y tranquilo
El que á viajar los enviaba
Volvió á su casa juzgando
Seguro su porvenir.

Y aquí conviene seguir
A los que van caminando,
Atiende bien : pues, señor,
Yendo camino adelante,
Dejaron atrás á Gante

Y á Brujas, y hasta Nienport
No pararon; desde allí
Siempre con mucha cautela
Para España dieron vela,
Y cátaelos aqui.
Bajo el Cabo de Tordera
Fueron de noche á fondear,
Y vuelta á desembarcar
Los cuatro con su litera.
De Castilla así la via
Tomaron : cuatro, ten cuenta,
Porque de Hoyos en la venta
Se menguó la compañía.

Tomó unos hongos por setas
Uno, y dos que los comieron
A las seis horas murieron :
Cargaron con sus maletas
Los otros dos, y metiendo
La litera en los pinares,
Llegaron sin mas azares
A Simancas : mas queriendo
En Valladolid entrar

Sin ser vistos, por las hreñas
Del Pisuerga á las haceñas
Llegaron de noche á dar. —
De unas barcas molineras
Asiendo una, rio arriba
Llegaron á fuerza viva
A tocar en las moreras.
Entonces dando uno de ellos
Sobre el otro de repente,
Le mató, y á la corriente
Le arrojó por los cabellos.
Saltó, ató la barca, abrió
La litera, y una dama
Sacando en brazos... es fama
Que en la sombra se perdió. —
¿Qué tal? ¿es bueno el relato?
Roberto, ¿qué te parece?

Rob. Que pagártese merece.
(*Le tira una puñalada.*)

Derk. Te vendiste, mentecato.

Rob. ¿Se ha despuntado sobre el
El puñal!

Derk. Gracias al cielo,
Me has rasgado el terciopelo,
Mas es de acero mi piel.

Bien sabia de qué modo
Concluirías de oirme,
Mas no has de poder huirme
Sin que te lo diga todo.

¿Sabes el hombre quién era?
Tú.

Rob. ¡Yo!

Derk. Tú : ¡oh! lo sé de cierto.

¿Pero dónde está, Roberto,
La dama de la litera?

Rob. No lo sé.

Derk. Luchas en vano
No pararon, estás bien sujeto.

Rob. ¡Oh! soldat.

Derk. Estate quieto,
O te hago polvo la mano.

¿Dónde está? lo sabes.

Rob. Sí;

Pero nunca os lo diré.

Derk. Pues yo te arrancaré.

(*Abrese la puerta de la derecha.*)

Rob. ¡A mi, Don Rodrigo, á mi!

ESCENA V.

ROBERTO, VAN-DERKEN, RONQUILLO,
RONDA.

Ronq. ¡Hola! ¿Qué es eso? ¿pendencia?

Rob. Quitadme este hombre, señor.

Ronq. Sujetadle.

Rob. Es un traidor.

Derk. No, que soy vuestra conciencia.

Ronq. Maniatadle.

Derk. Atrás, canalla.

Ronq. ¿Resiste?

Derk. ¿Para qué? No,

Entre vosotros y yo
Hay una invisible valla
Que nunca podreis romper

Ronq. ¿Cómo que no? á verlo vas :

¡Ea, á él...! ¡Oh! preso estás.

Derk. Ronquillo, no puede ser;

Tú me puedes sepultar

En la cárcel mas sombría,

Pero una palabra mia

A mis piés te ha de postrar.

Ronq. Imbécil, me haces reír

No doblara mi justicia

La fuerza ni la malicia.

¡Necio! ¿qué me has de decir

Que el pavor en mi alma siembre?

Veremos á quién apelas

En mi prision.

Derk. A Bruselas,

Y al veinte y dos de noviembre.

Ronq. (¡Santos cielos!)

Derk. Don Rodrigo,

Que os guarde Dios. Vamos.

Ronq. No,

Tened.

Derk. Bien sabia yo

Que no podiais conmigo.

Ronq. Apartad.

Rob. Ved lo que haceis,

Señor : ese hombre maldito

Tiene un poder infinito.

Ronq. Déjanos. — Ya me teneis

Solo con vos : caballero,

Ese recuerdo invocado
Tan á tiempo, ha coartado
Mi justicia : ¿qué quereis?
¿Qué haceis aqui? ¿con quién hablo?
¿Quién os puso de ese abismo
Sobre la boca...

Derk. Yo mismo.

Ronq. ¿Vos! ¿pues quién sois vos?

Derk. El diablo.

Ronq. ¿Os burlais?

Derk. Vais á juzgar

Por lo que os voy yo decir.
Tened pues á bien de oír
Lo que os tengo que contar.
Bruselas y veinte y dos
De noviembre... estoy fijando
La escena : años van pasando
Del nacimiento de Dios
Mil y quinientos cuarenta
Y ocho; mas tal vez el caso
Sepais, estábais de paso
En Bruselas, segun cuenta,
Pues, señor, allí vivia
Un noble de aquel pais ;
Baron recto, Don Dionis
Van-Derken; el cual tenia
Una hija hermosa y doncella,
A quien un juez que llegó
Del extranjero, pidió
Para casarse con ella.
Era hombre de gran favor
Este juez ; depositario
Del afecto y secretario
Del difunto emperador ;
Mas fugado de su tierra
Porque su conducta cruel
Habia puesto con él
A todo su pueblo en guerra.
Don Dionis, que protestante
Era, y que ademas sabia
Que su hija le aborrecia,
Se la negó. En este instante
Allí el principe llegó
Recorriendo sus estados ;
Y á poco á los obstinados
Galanteos se rindió
La doncella de un galan
Castellano, seductor
Que la embriagó con su amor
Y se decia un Don Juan.
Mas una noche al dejar
La casa por un postigo
Oculto, aquel enemigo
De juez sobre él vino á dar.
Tiré de la manta yo,
Desembozóse el amante,
Y el juez al ver su semblante
De hinojos ante él cayó.

Debió de ver Doña Inés
Desde el balcon tal escena,
Porque de lágrimas llena
Y de su padre á los piés
Nombró al infiel seductor,
Y el padre, brotando fuego,
Juró ir á quejarse luego
Ante el mismo emperador.
Emprendió pues la jornada
En su busca hácia Bredá,
Llevando con él allá
Su Doña Inés infamada.
Para probar del galan
La traición, ya veis, tenía
Las cartas que la escribía
Bajo el nombre de Don Juan,
Y como el mozo imprudente,
Creyendo que su poder
A hija y padre enmudecer
Lograria de repente,
La escribió por despedida
Una carta que firmaba
Con su nombre, y que probaba
Qué padres le dieron vida.

Ronq. Pero...

Derk. Escuchad, que conclayo :
Aquel maldito billete,
De letra igual á otros siete
De Don Juan, daba por suyo
Claramente lance tal,
Cuyo final divulgado
Le iba á traer de contado
El desprecio universal.
Llamo entonces á aquel juez
Conociendo bien quién era,
Y le dijo : que pusiera
Fin á aquello, de una vez.
A los tres días, volviendo
Don Dionis á su hospedage,
En Amberes dió á su viaje
Temprano fin, concluyendo
A puñaladas la vida.
Y unas tres horas despues
Salió de allí Doña Inés
Para España, conducida
Cerrada en una litera.
Y ahora os falta solamente
Saber quién era la gente
De esta historia verdadera.

Ronq. Callad, callad.

Derk. No, por Dios,
Fuerza es que os lo participe
Del todo : el rey Don Felipe
Era el galan, el juez vos,
El que á puñaladas muerto
Dejó á Don Dionis, y á Inés
Trajo á Castilla despues
Por órden vuestra, es Roberto.

Ronq. ¡ Todo lo sabel
Derk. Si, todo.

Las ocho cartas cogidas
A Doña Inés, reunidas
Conservais, y de este modo,
Si el rey os quiere perder,
Con remitirlas al papa
Tendrá el rey que haceros capa
Su honor para mantener.
El juego es como perverso
Seguro; pues de los dos
Solo él juega contra vos,
Y en su contra el universo.
Pero no se os advirtió
Que tras vuestro juego á vueltas,
Tomando las cartas sueltas
Os conozco el juego yo.

Ronq. ¡ Ira de Dios! ¿ que hombre es este
Ante mis pasos opuesto?
Mas es fuerza salir de esto
Pronto... y cueste lo que cueste.)
La historia sabeis de coro,
Y aunque acaso mia no es
Cual decís, veamos pues
Qué queréis con ello. ¿ Es oro?

Derk. Tengo mas del que deseo.

Ronq. ¿ Es nobleza?

Derk. Soy tan noble

Como un rey.

Ronq. ¿ Es poder?

Derk. Doble

Que vos, como veis, poseo.
Ronq. Con poder, oro y nobleza,
No sé qué queréis de mi
Cuando me venís así
A entregar vuestra cabeza.

Derk. Ya os dije que entre nosotros
Hay una valla imposible
De saltar.

Ronq. Todo es posible

Tal vez...

Derk. Será para otros.

¿ Pero no os inspira Dios,
Noble, rico y con poder,
Qué es lo que puedo querer,
Señor Ronquillo, de vos?
¿ Y en lo que puedo querer
Teneis aun algun reparo?
Lo que quiero está bien claro :
Las cartas y la muger.

Ronq. ¡ Voto á...!

Derk. Nada; es muy sencillo;

Vos de pilló nos la dais,
Y juego como jugais :

Va á lo mas de pilló á pilló.

Ronq. Mil veces no : antes al rey

Me entregaré.

Derk. Mas sin fruto.

ESCENA VI.

RONQUILLO, EL CABO DE LA RONDA.

Cabo. Señor, ¿ le hemos de prender?

Ronq. No, no. Id sin mí á rondar.

Cabo. ¿ Os volvemos á buscar?

Ronq. Tarde; ahora tengo que hacer.

(Vanse todos. — Roberto queda tras la
puerta de su taberna, que estará entor-
nada.)

ESCENA VII.

RONQUILLO, ROBERTO.

Ronq. Se ha desatado el infierno
Esta noche contra mí.
¡ Oh! ¿ quién trajo ese hombre aquí?
¿ Quién es... quién es...? ¡ Dios eterno!
Todos, todos en un día
Mis planes desbarató :
Todo me lo sorprendió.
¿ Sueño? no... ¡ horrible agonía!
Es por desdicha muy cierto
Todo... ¿ y un medio no habrá
Que de él me libere...? Quizá...

Mas pronto ha de ser. ¿ Roberto?

Rob. ¿ Señor?

Ronq. ¿ A ese hombre conoces?

Rob. No, señor.

Ronq. ¿ Qué imbécil eres!

Rob. Señor, conoce en Amberes

La calle de las Tres Voces.

Ronq. Y algo mas.

Rob. ¿ Mas?

Ronq. ¿ Todo, todo!

Rob. Lo temí.

Ronq. ¡ Y aquí, Roberto,

Le has tenido y no le has muerto!

Rob. ¡ Guardóle Dios!

Ronq. ¿ De qué modo?

Rob. Cuando esa historia fatal

Vi que sabia, derecho

Mi golpe le asesté al pecho.

Ronq. ¿ Le erraste?

Rob. Saltó el puñal.

Ronq. ¡ Oh! á todo está prevenido.

Rob. Mas de él es fuerza salir.

Ronq. Si de esta casa ha podido

El misterio descubrir...

Rob. ¿ Habló de ello?

Ronq. No.

Rob. En tal caso

No sabe nada, y claro es,

Preguntó por Doña Inés,

Y ahorrar semejante paso

Debió, porque es evidente

Que por ella preguntar

Era venir á mostrar
Que ignora completamente
Dónde está.

Rong. Cierto.

Rob. ¡Oh! muy cierto;
Dió un paso en falso.

Rong. Es verdad.

Sacarla de la ciudad

Es necesario, Roberto.

La misma superstición

Con que tenemos esta casa

Cercado, será ya escasa

Valla á nuestra salvación.

Rob. El vulgo está persuadido

Rong. Y era ya fé universal;

Hasta el santo tribunal

Está de ello convencido.

¡Oh! mientras en ese asilo

Se la pudo hacer vivir,

Bien podíamos dormir

Con el corazón tranquilo.

Nadie á sospechar llegó

Jamás que yo le guardaba.

Rob. Ni que al infierno mandaba

A los imprudentes yo.

Rong. Sí, pero desde este instante

Todo esto pende de un pelo:

No sé qué hacer, ¡vive el cielo!

Rob. Señor, lo más importante

Es alejarla de aquí

Si os habeis de asegurar,

Y si quereis conservar

Pruebas que os salven.

Rong. ¡Oh, sí!

Mas alguien llega.

Rob. Embozado

Se acerca un hombre.

ESCENA VIII.

ROBERTO, RONQUILLO, Espía.

Rong. ¿Quién va?

Esp. ¿Alguno razon me da

De la casa ó del juzgado

De Don Rodrigo Ronquillo?

Rong. Yo mismo soy.

Esp. Pues tomad. (Le da un pliego.)

Rong. ¿De quién?

Esp. De su majestad.

Rong. ¡Del rey!

Esp. Y deis abrillo

Al instante.

Rong. ¿Es tan urgente?

Esp. Abrído y ved.

Rong. Ya está abierto:

Acerca esa luz, Roberto.

(Roberto acercando la luz se dispone á ver

el pliego: el espía se la quita de la mano
y alumbra.)

Esp. Trae.

Rong. ¿Qué haceis?

Esp. No es conveniente

Que los ojos de un villano

Se posen en los renglones

Donde régias instrucciones

Os envía el soberano.

Rong. Largo escribe.

« Don Rodrigo: dentro de dos días llegaré

« á Valladolid, mi nueva corte, y vos sois el

« primero á quien quiero ver en mi palacio.

« El portador de este pliego debe ser recibido

« á vuestro servicio desde el punto en que os

« lo entregue. Jefe de vuestras rondas, secre-

« tario de vuestro juzgado y mayordomo de

« vuestra casa, no se separará de vos hasta

« que nos veamos. He oído decir que hay una

« casa contigua á la vuestra, conocida por la

« Casa del Diablo, y esto me ha hecho pensar

« en que para alejar de él importunas curio-

« sidades, conviene á mis intenciones que

« conserve cierto prestigio sobrenatural, á lo

« que ayudará como vereis su trage y fiso-

« nomía. Por lo demás, mi confianza tiene,

« y en él ha de ser la vuestra depositada.

« Mas no por eso os coartará en nada la vo-

« luntad. Cuando le habeis escuchará; cuan-

« do le mandeis obedecerá. Su señor sois, y

« vuestro esclavo es; ni debe vivir sino al

« lado vuestro, ni os debe ocurrir un daño

« de que él no participe. Y si (de lo que os

« guarde el Señor) en el ejercicio de vuestras

« funciones os ocurriera sucumbir en defen-

« sa nuestra, caer deberá el delante de vos.

« Tal es la voluntad de vuestro rey

« FELIPE SEGUNDO. »

Rong. Mucho en vos

Se fia el rey.

Esp. Ya lo veis.

Rong. Yo espero que cumplireis

Bien.

Esp. Y yo, mediante Dios.

Rong. En casa os daré aposento

Y cuanto hayais menester,

Y empezareis á ejercer

Vuestro cargo en el momento.

Esp. Tal es la real voluntad.

Rong. Que entera se ha de cumplir.

Esp. Mandad, ya empiezo á servir.

Rong. No, esta noche descansad.

Esp. Mandó el rey que ni un instante

Nos apartemos.

Rong. Yo os mando

Que descanséis.

Esp. ¿Hasta cuándo?

Rong. Hasta la cena. — Id delante.

¿Gil?

Gil. ¿Señor?

Rong. Alumbra y guía

A mi aposento á este hidalgo,

Y de cuanto tengo y valgo

Es dueño en ausencia mia.

Esp. Señor... (Saludando.)

Rong. Remitid cumplidos,

Y subid.

ESCENA IX.

RONQUILLO, ROBERTO.

Rong. ¡Viven los cielos

¡ue el rey viene con recelos

De que he de dejar fallidos

Sus afanes! Si por Dios,

Es un testigo, un espía

Eterno lo que me envía;

Mas nos veremos los dos.

Rob. ¿Qué hay, señor?

Rong. Lluven azares

En esta noche maldita:

Otro diablo.

Rob. ¡Cruz bendita!

Rong. Los echa el infierno á pares.

Rob. Pero ¿quién es?

Rong. Un espía

Que del diablo bajo el nombre

Me envía el rey en ese hombre:

(El balcon se entreabre.)

Mas tenemos todavía

Algunas horas delante,

Y no me harán desmayar

Mientras pueda aprovechar

La ventaja de un instante.

Roberto, vas á partir

Con la muger que se encierra

En esa casa: pon tierra

Por medio.

Rob. ¿Dónde he de ir?

Rong. No lejos: á mi castillo

De Fuensaldaña, que importa

Que estén á distancia corta

Las venganzas de Ronquillo.

Guárdala en una mazmorra,

Y vuélvete en la noche alta,

Que un siervo fiel me hará falta

Que á par mis peligros corra.

Desde tu vuelta, jamás

Te me apartes, y si muero

A traición, como lo espero,

Sobre mi pecho hallarás

Un relicario de plata

Que llevo al cuello colgado:

Rómpele pues sin cuidado:

Verás unas cartas que ata

Un delicado cordon:

Hay ocho; cuenta las siete,

Y al punto á entregarlas vete.

Rob. ¿A quién?

Rong. A la inquisición.

Rob. ¿Y la que queda?

Rong. Al vicario

Apostólico, y al punto

Huye, ó cuéntate difunto.

A mas, un breve sumario

De mi mismo puño escrito

Te haré, que te ilustrará:

Voy á escribirle: mas ¡ah

Con ese espía maldito

En mi cuarto no podré.

Rob. En el mio.

Rong. Vamos, si:

Lo dispondré todo allí

Y por la cava entraré

Que á mis aposentos pasa

Sin ser visto. Vamos presto.

(Entran. — Se asoman el espía y Van-Der-

ken, uno á la ventana y otro á la es-

quina.)

ESCENA X.

EL ESPÍA, VAN-DERKEN.

Esp. ¡Por la hostería!

Derk. ¿Qué es esto?

¿Entra por allí á su casa?

Esp. Llegan.

(Cierra la ventana, pero cuando ya Van-

Derken le ha visto.)

Derk.

Diligencia vana

Fué cerrar; le vi... ¡hola! ¡hola!

¿A quién se hará creer que sola

Se abre y cierra una ventana?

Reflexionemos. — Aquí

La hostería; frente á frente

Su casa, que claramente

Tiene entrada por allí:

La Casa del Diablo en medio

De la plaza, y un espía

Desde allí... ¡por vida mia!

Ya son míos sin remedio.

Todo al fin lo comprendí.

Mios son. Mas ¿quién va allí

Esp., saliendo por la puerta de la aere-

cha. Quien cuenta á pediros va

Qué es lo que esperais aquí.

Derk. Llegaos.

Esp. Y vos.

Derk. Bien.

Esp. Bien.

Derk. ¿Con quién estoy?

Esp. Con el diablo.

Derk. ¡Jesus!
Esp. ¿Y yo con quién hablo?
Derk. ¿Vos? con el diablo también.
 Mas tened en cuenta vos
 Que no somos de igual grey;
 Vos sois el diablo del rey,
 Yo soy el diablo de Dios.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.—Es de noche.—Abierta la escena, el teatro permanece solo un momento. Después se oyen dar las once y media de un reloj de torre, y al dar la última campanada de los cuartos se presentan en la escena Don Luis, que sale embozado por la derecha, y Van-Derken, que sale por la puerta de la taberna.—Debe verse claramente que es una cita.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, VAN-DERKEN.

Luis, mirando. Aun no está, y la hora es.
Derk. Allí está.
Luis. ¿Cómo! ¿Salís de ahí?
Derk. Silencio, Don Luis;
 Todo es nuestro.
Luis. ¿Cómo pues?
Derk. Dentro de su casa ya
 El infierno les meti,
 Y al volver su dueño allí,
 Don Luis, con los diablos da.
 ¿Me comprendéis?
Luis. Sí, muy bien.
 El puesto han abandonado...
Derk. Y el diablo les ha ganado
 Las vueltas.
Luis. ¿Tenéis también
 La dama?
Derk. Está asegurada:
 Y ahora sí que con razón
 Pueden de esa habitación
 Decir que está endemoniada.
 ¿Y vos?
Luis. Todo está. *(Enseñándole un papel.)*
Derk. Rumor
 Oigo: apartémonos ya.
 Volved al puesto que os di,
 Y aguardad tranquilo allí
 Mis órdenes.
Luis. Bien está.
Derk. Yo lo he dispuesto de modo,
 Que sin peligro ni ruido
 Podrá quedar sorprendido
 En breves instantes todo.
Luis. A Dios pues.
Derk. A Dios.
*(Vase: por la izquierda Van-Derken, y
 Don Luis por la calle del fondo.)*

ESCENA II.

RONQUILLO Y ROBERTO, POR LA DERECHA.

Ronq. Estamos
 A salvo. Toma el papel,
 Roberto: tendrás con él
 Francas las puertas.
Rob. Pues vamos,
 Señor; manos á la obra.
Ronq. Ten mucha cuenta; oirás
 Una serenata: ¿estás?
 Entonces habrá de sobra
 Tiempo y ocasion. Mi gente
 Haré que aquí cerca se halle:
 Con que ganas esa calle,
 Y á Fuensaldaña.

Rob. Corriente.
Ronq. En cuanto al maldito espía,
 Ordené que entre el tumulto
 Le busquen tantos el bulto,
 Que en paz nos deje á fé mía.
 Con que entra, y mucha atención.
Rob. Descuidad.
*(Entrase Roberto en la taberna, cuya
 puerta se cierra al momento y de
 golpe.)*

ESCENA III.

RONQUILLO.

Tenga yo suerte
 Esta noche, y soy mas fuerte
 Que el rey y la inquisicion.
 ¿Creiste al mirarte loco
 De medio universo dueño
 Que era un hombre muy pequeño
 Y una afrenta era bien poco?
 Enseñarte quiero pues
 Que no hay quien tanto levante
 Que decir pueda arrogante:
 Todo el mundo está á mis piés.
 ¡Oh! por Dios, que has de envidiar,
 Si mi vuelo has de seguir,
 Mi viento para subir,
 Mis alas para volar.
 ¡Hola! vuelven mis lebreles
 Por mí.

ESCENA IV.

RONQUILLO, UNA RONDA.

Cabo. Señor, Dios os guarde.
Ronq. ¿Qué hay?
Cabo. Se recogen tarde
 Los vecinos hoy.
Ronq. Son fieles
 A su rey, y como saben

Que aquí con su corte viene,
 Lo celebran. Mas conviene
 Que sus festejos acaben.
 Id pues el barrio á limpiar,
 Y haced que nadie transite
 Por él. — Tal vez necesite
 De vos: oid. Al sonar
 Las doce, traed la gente
 Por esa calle, en la cual
 Hasta que oigais mi señal
 Estareis ocultamente:
 Oireis una serenata
 De esa otra calle al emboque;
 Quietos, y dejad que toque:
 Tendreis música barata.
 De esa esquina por la reja
 Una muger sacarán
 Con disimulo, y se irán.
 Cuando veais que se aleja
 La serenata de aquí,
 Os poneis sobre su pista,
 Y sin perderla de vista
 Vais donde vaya: si así
 Se llegan de la ciudad
 A algun estremo y la puerta
 Les niegan, haced que abierta
 Les sea, y vayan en paz.
 Mas si antes de que concluya
 Del todo la serenata
 Ois mi pito de plata,
 Salid, y que nadie huya.
 ¿Entendisteis?

Cabo. Sí señor.
Ronq. Id pues, y alerta.
(Vase el cabo con su ronda.)

ESCENA V.

RONQUILLO, DESPUES GIL.

Ronq. Veamos
 Ahora en casa como estamos
 Con mi régio embajador.
 ¿Gil?
Gil, dentro. ¿Señor?
*(Mientras llama y habla con Gil, se
 abre una ventana del piso bajo de la
 taberna, por la que sacan una mano
 que hace una seña con un pañuelo
 blanco, ocultándose inmediatamente.
 En seguida Van-Derken, embozado y
 de puntillas, se acerca con mucha pre-
 caucion á la reja, por la cual le dan
 un papel, que guarda, alejándose del
 mismo modo.)*
Ronq. ¿Y el forastero?
Gil. En vuestro aposento.

Ronq. ¿No
 Salió de él?
Gil. Si que salió,
 Y sospecho que primero
 Abrió el balcon para ver
 A alguno que fuera estaba.
Ronq. ¿Y ha tardado mucho?
Gil. Acaba
 Casi ahora de volver.
Ronq. ¿Habló en casa con alguno?
Gil. Con nadie; y segun parece,
 Le aconteció ó le acontece
 Contratiempo inoportuno.
Ronq. ¿Porqué?
Gil. Porque ha vuelto inquieto,
 Confuso y descolorido.
Ronq. (Habrá mi rastro perdido,
 Y duda lograr su objeto.)
Gil, dile que aquí le aguardo.
*(Gil entra en la casa: un momento despues
 sale el espía de ella.)*

ESCENA VI.

RONQUILLO, ESPIA.

Ronq. (¿Espía del rey...? ¡por Dios
 Que se han de llevar los dos
 Solemnísimo petardo!)
 ¿Descansásteis?
Esp. Nunca siento
 Cansancio para el servicio
 Del rey.
Ronq. Pues en ejercicio
 Vais á entrar desde el momento.
Esp. Mandad.
Ronq. Antes es preciso
 Aclarar entre los dos
 Qué soy yo aquí, y qué sois vos,
 Para ir ambos sobre aviso.
Esp. Señor, ¿no os lo escribe el rey
 « Hablad y os escuchará:
 Mandad y obedecerá. »
 Oír y obrar es mi ley.
Ronq. Si; mas en vos me señala
 Secretario y mayordomo,
 Tutor creo. ¿Y esto cómo
 Con obedecer se iguala?
 Si mi casa gobernais,
 Mi correspondencia veis,
 De mis rondas desponéis,
 ¿Obedeceis ó mandais?
 ¿Bajo qué aspecto desde hoy
 Os mostrareis á mi lado?
Esp. Su majestad os ha dado
 A entender bien lo que soy.
Ronq. Su majestad hizo mal

En no explicarse mejor.
¿Qué es decir que os dé el valor
De un sér sobrenatural?
¿Piensa el rey que su justicia
Necesita ese misterio?
¿O cree que en mi ministerio
Me hallo falto de pericia?
El rey discurre que os deis
De Satanás la apariencia;
Si lo podeis en conciencia
Efectuar, vos lo sabreis.

Yo ni reto á Satanás,
Ni ultrajo la religion,
Y temo á la inquisicion
Para osar á ello jamás.
Y en fin, arguye malicia,
Y es un falso testimonio
A la verdad, que el demonio
AcompaÑe á la justicia.

Esp. Yo no traigo facultad
Para discutir con vos.
Servir al rey manda Dios,
Serviros su autoridad.
Yo os debo de obedecer,
Y os debo de acompaÑar:
Debo oír, ver y callar,
Pero á él solo responder.

Ronq. ¿Es decir que vais, amigo,
A hacer el doble papel
De espia para con él,
De traidor para conmigo?
Esto es: que están mis secretos,
Mis actos, mis pareceres,
Y hasta mis mismos deberes
A vuestra inspeccion sujetos.
¿No es así? pues escuchad:
Si á esto habeis aqui venido,
Volveos, y que os despido
Decid á su majestad.

Esp. ¡Cómo!
Ronq. Si no me separa
De la dignidad que tengo,
Ni aun al mismo rey me avengo
A dar á torcer mi vara.

Esp. Nada alcanza mi impericia
Antes que su augusta ley.

Ronq. Lo primero no es el rey,
Señor mio, es la justicia.
Y si el rey mismo á pecar
Contra ella osado se atreve,
Mientras yo esta vara lleve
Ni el rey se me ha de escapar.
Harto os he dicho: entendedme,
Y arreglaos á ello en tanto
Que aqui estais.

Esp. Sabe el rey cuánto
Os oíe, señor, creedme.

Ronq. Bueno está; entendedme os digo;

Y pues vamos compañeros,
Ya sabeis á qué ateneros
Para caminar conmigo;
Mas ved que si en falso os pillo,
Mas que pese á su real ley,
Os las habeis vos y el rey
Con el alcalde Ronquillo.

Esp. (Decidido es el alcalde.)

Ronq. (Taimado es el tal espia.)

Esp. (Será en balde su osadía.)

Ronq. (Su astucia ha de ser en balde.)

Ahora empezad á jugar
Vuestro endiablado papel;
Sablo sois, pues sois Luzbel:
Mirad cómo vais á obrar.
Podeis esa órden leer
Del santo oficio, en la cual
A un hombre muy principal
Manda esta noche prender.
Y pues sois mi secretario,
Leed alto.

(Linterna.)

Esp. Dice así:

« Un noble mancebo, atrevido y enamorado, se ha propuesto robar de la casa de sus padres á la engañada doncella que es el objeto de su pasión. Fiado en el pavor que inspira al vulgo la Casa del Diablo, y seguro de que por ello no han de osar los crédulos vecinos que á su alrededor habitan ni aun asomarse á las ventanas, la sacará esta noche por una cancela que su jardín tiene durante una serenata, que es para ella la señal convenida. En consideracion al decoro de su familia, y á la elevada nobleza del mancebo, es la voluntad de su eminencia el inquisidor general que sean tan hábilmente sorprendidos, que ni haya en la calle escandaloso estruendo, ni los padres de la dama se aperciban de su deshonra. Para conseguirlo pues, es preciso que dejándoles al parecer consumir su iuga, quede la doncella dentro de su casa antes de amanecer, y asegurado el mancebo hasta el día siguiente, que será presentado á su eminencia el inquisidor general Don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla; quien recomienda el desempeño de esta comision delicada á la actividad y discrecion del alcalde de casa y corte Don Rodrigo del Ronquillo. »

Ronq. Para coger pues aqui
A ese mozo temerario,
Oid lo que habeis de hacer,
Que pues os he de fiar
Lo que por mí ha de pasar,
Ahora os he menester.
Con oro ó miedo he ganao.

A todos sus confidentes,
De manera que sus gentes
Son vuestras por decontado.
¿Conoceis las calles?

Esp. Sí.

Ronq. ¿Sois de la ciudad?

Esp. No á fé;

Mas há tiempo que habité
Mas de seis años aqui.

Ronq. Bien: en la Plazuela Vieja

Y número diez y seis,
Junto á su puerta vereis
Con celosia una reja.
Llamad á ella: saldrán
Seis hombres enmascarados.
Son los músicos buscados
Por el mancebo galan,
Que traerán sobre su huella
Una litera cerrada.

Por el mozo destinada
A llevar á la doncella.
Tienen órden de seguimos.
Calle adelante echareis,
Y aqui con ellos vendreis;
Y porque pueda sentirlos
Yo, que entonen la cancion
Que ha compuesto contra mí
Cristóval Benameji.

Es la mejor precaucion
Para que nadie se asome
A mirar lo que aqui pasa,
Sabiendo que esta es mi casa,
Y que es muy fácil que tome
Venganza de insulto tal.

En esa calle postrera
Haced quedar la litera;
Cuando llegueis, otra igual
Habrá aqui por gente fiel
Conducida: en ella irá
Otra muger que está ya
Instruida en su papel:

Se alejará entre mi gente,
Y el mozo que cerca espera,
Viendo dama en la litera
La seguirá erradamente.
Mi ronda hará lo demas;
Vos en tanto os quedareis
A esa puerta, que oíreis
Abrir por dentro: sin mas
Esperar, hablar, ni oír,
Dareis á quien se presente
Esta carta, y prontamente
Cerrais, sin dejar salir
A nadie: y con tal prudencia
Quedaré ella con honor,
Y á dar vendrá el seductor
A manos de su eminencia.
¿Habeis comprendido?

Esp. Todo.
Ronq. Pues andad, que darán presto
Las doce, y es fuerza que esto
Se concluya y de este modo.

ESCENA VII

RONQUILLO.

Bien, todo va bien. En vano
Luchas conmigo y mi muerte
Deseas porque tu suerte
Tengo yo ¡oh rey! en mi mano.
En tu gracia he de morir,
Y en vida me has de temer,
O funesto te ha de ser
El amar y el escribir.
Tu padre el emperador
Secretos fió á mi fé
Con lo que á fuerza obtendré
De ti mismo igual favor.
Por ellos partí á la par
Con él su imperial poder.
Mi rival quisiste ser,
Y por mí no ha de quedar.
Tú atropellaste mi amor
Con tu poder soberano,
Mas hoy pende de mi mano
La balanza de tu honor.
Otros cortesanos viles
Con honores se contenten,
Y por dichosos se cuenten
Con adularse serviles.
En una mirada tuya
Funden su dicha menguada,
Sin pensar que otra mirada
Es fácil que les destruya.

Ese oropel esterior
A los necios abandono,
Yo, aunque te pese, ambicione
Mas positivo favor.
De ti á mí será la lucha;
Mas será con armas tales,
Que de no quedar iguales,
Sacarte he ventaja mucha.
Partirá el cetro, aunque á oílo
No llegue jamás el mundo,
El rey Felipe Segundo
Con el alcalde Ronquillo.

¿Gil?
Gil, dentro. ¿Señor?

ESCENA VIII.

RONQUILLO, GIL.

Ronq. Baja mi espada:
Mantener quiero á la vez,

Como hidalgo y como juez,
El honor de esta jornada.

Gil. Tomad.

Rong. Las ventanas cierra,
Gil. y cuenta cómo sales
Ni siquiera á los cristales,
Aunque sientas que la tierra
Se hunde.

Gil. Señor, si de mí
Necesitais...

Rong. No por cierto;
Ciérrate bien, y te advierto
Que á nadie abras.

Gil. Lo haré así.

Pero si dado me fuera
Decir lo que pienso...

Rong. ¿Qué?
Gil. Si me da vuesa mercé
Permiso...

Rong. Di.

Gil. Una quimera
Será acaso de mi oscura
Ignorancia.

Rong. Circunloquios
Deja, que para coloquios
No estoy ahora, y se me apura
La paciencia.

Gil. Pues, señor,
Con franqueza y de una vez:
Solo y de noche ¡par diez!
Tengo en casa...

Rong. ¿Qué?

Gil. Pavor.

Rong. ¿Pavor tú, que tienes fama
De hombre de tal corazón,
Que hay quien apuesta por tí
Para reñir contra dos?
Te burlas.

Gil. No son los hombres
A los que temo, señor.
En lances bien apretados
Me habeis metido, y por Dios
Que os dejé bien, ya lo visteis.

Rong. ¿De quién es pues tu temor?

Gil. No lo sé.

Rong. ¡Gil!

Gil. Perdonadme

Si asaz importuno estoy;
Mas permitid que os recuerde
La noche en que vos y yo
Entramos en esa casa.

Rong. Mandóme la inquisición
Registrarla.

Gil. Y así fué,
Que una pieza no quedó
Por mirar.

Rong. Bien; y en seguida
Dejamos el interior

Abandonado; cerráronse
Las entradas; se tapió
Su piso bajo, y sellóse
Con discreta precaución
Cada nueva cerradura
Que el santo oficio mandó
Poner; dieron escribanos
Fé de ello; y en conclusion,
Quedó á un abandono eterno
Condenada, Gil, en pro
Del bien público, y por dar
Fin á la maligna voz
De que era casa de hechizos,
Y del diablo habitacion.
Mas nada hallamos en ella,
Y desque esto aconteció,
No hay tampoco mas que el miedo
Con que la supersticion
Por las pasadas consejas
Sus cavidades pobló.

Gil. Tal creí yo, mas sospecho
Que estamos en un error.

Rong. ¿Porqué?

Gil. Porque, la verdad,
Señor juez, mientras que yo
Aguardando vuestra vuelta
Tras los vidrios del balcon
Velo por las noches, noto...

Rong. ¿Qué notas?

Gil. Que mientras vos

Con el espía Roberto
Estais en conversacion
En su casa, dentro esotra
Pasa algo que no sé yo
Explicar, pero que prueba
Que hay quien mora esa mansion.

Rong. ¿Y de qué lo infieres tú?

Gil. De que yo he visto, señor,

Pasar luces á través
De las maderas, y són
Oí de voces humanas,
Y lamentos de dolor
Dentro de aquese recinto.

Rong. ¿Y has oído alguna voz
Conocida?

Gil. Aunque la hubiera,
Me lo estorbara el temor:
Que á cada paso he temido
Ver abrirse algun balcon
O ventana, y asomarse
Algun vestiglo ieroz
Del infierno.

Rong. Vaya, Gil,
Solo tu imaginacion
Pudo fingir tales sueños.

Entra y vive sin temor
De que las ventanas se abran
De esa desierta mansion.

Gil. ¿Y si nos equivocáramos
Y hubiera en ella...

Rong. Sé yo
Que no hay quien pueda salir
Ni asomarse al exterior.

Gil. ¿Mas si se asomaran...?

Rong. Gil,

Basta de conversacion.
Si esas ventanas se abrieran
Cual tu miedo imaginó,
Y sér humano por ellas
Se asomara, sabe Dios
Que quien mas se asombraría
De caso tal fuera yo.

Gil. ¿Vos?

Rong. Es claro. ¿No fué á mí
A quien se dió comision

De penetrar sus misterios,
Y despejar su interior
De cuantos seres nacidos
En ella hicieren mansion?
La iglesia si había diablos
Los diablos exorcizó;
Los hombres si los hubiera
En mis manos dieran.

Gil. ¡Oh!

Eso sí; y no lo pasaran
Muy bien.

Rong. Gil, á fé que no.
Entra pues, y cierra bien:
Y no pongas atencion
En ruidos ni en resplandores
De luces, que del pavor
Son fantásticas ficciones.
Y pues garantizo yo
La soledad de esa casa,
Quimeras y no mas son.

Gil. Muchos años lealmente

Os he servido, señor;
Y aunque sueños míos, de ellos
Fué ley el daros razon.

Rong. Te conozco, y lo agradezco:

Mas yo te he dicho que yo
Respondo de todo al vulgo,
Al rey y á la inquisicion.
Entra.

ESCENA IX.

RONQUILLO.

Criado leal
Que vive sin inquietud
Conservando su virtud
En el templo de Belial.
¡Oh quién tuviera la calma
Que tiene en su corazón,
Atento á su obligacion,
Y la quietud de su alma!

¡Cuánto envidio su ventura!

Trocara por su baja
Esta vida de grandeza,
Tormentosa é insegura.
¿Qué digo? ¡cuán necio soy!
Ya no es tiempo de cejar.

(*Música á lo lejos, que se acerca mas
cada vez.*)

Mas siento gente llegar:
Me aparto... temblando estoy.

(*Ronquillo se aparta á la izquierda. Poco
despues bajan á la escena seis músi-
cos, que vienen cantando la 1ª estrofa
de la cancion, y guiados por un embo-
zado.*)

ESCENA X.

EL EMBOZADO Y LOS MUSICOS SE LLEGAN A
LA ESQUINA DE LA CASA DE LA DERECHA
CANTANDO, Y EN ELLA SE PARAN. AL MISMO
TIEMPO SALE DE CASA DE ROBERTO OTRO
EMBOZADO Y UNA LITERA CONDUcida POR
DOS ENMASCARADOS Y SE COLOCAN ENTRE
LOS MUSICOS, QUE EN CUANTO TIENEN EN
MEDIO DE ELLOS LA LITERA SE ALEJAN CAN-
TANDO LA 2ª ESTROFA. EL ALCALDE RON-
QUILLO, QUE PRESENCIA TODO ESTO CON
MUESTRAS DE SATISFACCION, SE ACERCA AL
EMBOZADO QUE SALE DE CASA DE RO-
BERTO, EL CUAL LE CONTESTA SECAMENTE,
Y SIGUE SU CAMINO.

Rong. (Ellos son... ¿Si estará listo
Mi buen Roberto?)

CANCION.

Estrofa 1ª. Niñas vallesolitanas,
Si os desvela amor quizá,
No abrais hoy vuestras ventanas
Que de ronda el diablo está.
¡Ja, ja, ja!
Diablo que anda por Castilla
Con vuelillos y golilla,

¿Quién será?
¡Jesucristo qué fracaso!
¡Ya está aquí! dejadle paso.

Allá va.
¡Ja, ja, ja!

Rong. Ya aquí
Salen: ¿está todo?

(*Al embozado de la litera.*)

Emb., de la litera. Sí.

Rong. Pues aprieta, vive Cristo.

(*Vanse los músicos despacio cantando la
segunda estrofa. Ronquillo los contem-
pla tranquilamente. Poco detrás de los
músicos va la ronda conducida por el*

cabo á quien Ronquillo encargó semejante maniobra, y que ha salido por la derecha.)

*Estrofa 2ª. Niñas vallesolitanas,
Si os desvela amor quizá,
Abred ya vuestras ventanas,
Porque el diablo pasó ya.*

*¡Ja, ja, ja!
Ya la gente de golilla
Sobre su rastro en la villa
Puesta está,
Y ha de ser diablo muy pillo
Si al buen alcalde Ronquillo
Se le va.*

¡Ja, ja, ja!

*Ronq. Perfectamente: en media hora
Los tengo ya en Fuensaldaña,
Y á Roberto en mi compañía
Aquí al despuntar la aurora.
Ya no se oyen... con el paso
Que tomaron ciertamente
Ya estarán pasando el puente:
¡Guárdeles Dios de un fracaso!
Sí; guardada esá muger,
Tus cartas aseguradas,
Tus espías engañadas,
¡Oh! aun estás en mi poder.
Dijo bien Benamejí;
Que ha de ser diablo muy pillo
Quien del alcalde Ronquillo
Escape...*

*(La misma música de la anterior escena
se oye por el mismo sitio que se oyó la
otra, y en la misma forma sale á la
escena conducida por el espía á su
tiempo.)*

*Mas ¡ay de mí!
¿Sueño, ó vuelven á bajar
Mis músicas? Sí, ellos son,
Es mi seña, es la canción.
Pero ¿cómo... porque dar
Vuelta á esa calle otra vez?
¡Atravesar la ciudad
Con esa publicidad!
Mas ya están aquí...
(Sale el espía y los músicos como los otros.)*

ESCENA XI.

RONQUILLO, ESPÍA.

*Ronq., al espía. Par diez,
¿De esta manera cumplís
Las órdenes que os he dado?
¿Porque volveis, desdichado?
Esp. Ved, señor, lo que decís;
Yo no vuelvo, llego ahora,*

*Ronq. ¡Vive Dios! pues ¿quiénes fueron
Los que antes que vos vinieron?
Esp. No os comprendo... oid... la hora
(Dan las doce.)*

Justa.

*Ronq. No; finges en vano:
¿Me vendes? (Morirás pues.)
(Van-Derken, que se ha colocado entre los
músicos embozado, sale al paso á Ron-
quillo, que amaga al espía.)*

*Derk. Ved, señor Ronquillo, que es
Enviado del soberano.*

*Ronq. ¡Mil rayos! ¿y quién sois vos?
Derk. Lo que el rey le manda á el ser.
Ronq. No entiendo...*

*Derk. Vais á entender
Al momento.*

(Se desemboza junto á Ronquillo.)

*Ronq. ¡Santo Dios!
Derk. Veinte y cuatro horas os di:*

*Mas como os habeis resuelto
Antes, yo tambien he vuelto*

*Mas pronto que prometí.
Ronq. ¡Jesus me valga! Aquí hay algo
Que no comprendo.*

*Derk. Un error
Vuestro, y cuyo gran valor
A apreciar solo yo valgo.
Conmigo, el diablo, van ya
Dos veces que os encontráis:
Mas pues vos y el rey usais
De mi nombre, ley será
Que yo salga por mi honor
Con vuestras culpas cargado,
Y en vez de ser el burlado
Pase el diablo á burlador.
¿Qué os dije? os he de perder,
O la tengo de salvar.*

*No me la quisisteis dar,
Y yo os quité la muger.*

Ronq. Pero... ¿cómo?

Derk. Como ahora

*Esa gente que traeis
Puedo hacer mía.*

*(A una seña de Van-Derken los músicos
y embozados que están al lado del
alcalde Ronquillo se pasan al lado de
Van-Derken.)*

¿Lo veis?

*Ronq. ¡Esto es un sueño!
Derk. Vos mismo*

*De allí la vistéis salir
Y la dejásteis partir.*

*Ronq. ¡Oh! confundate el abismo;
Mas esa infernal desreza
Con que por ocultos modos
Coges mis secretos todos
Te va á costar la cabeza.*

*Derk. Reflexionad que si aquí
Partimos campo los dos,
Reñirán hombres por vos,
Pero demonios por mí.*

*Ronq. En vano con tu malicia
Amedrentarme querrás:
¡Favor aquí á la justicia!*

*Derk. ¡Favor aquí á Satanás!
(A la voz del alcalde acuden varias ron-
das y gentes de justicia. A la voz de
Van-Derken la puerta de la Casa del
Diablo se abre de repente, y salen por
ella varios embozados, que se ponen de
parte de Van-Derken. Los músicos tiran
los instrumentos y echan mano á las
espadas, quedando en cuerpo todos los
de Van-Derken, y vestidos de negro
como él. Las ventanas altas de la casa
se abren tambien repentinamente, y
asoman por ellas varios otros partida-
rios de Van-Derken, que iluminan la
escena con hachones, y dan grandes
voces y carcajadas. La justicia y los de
Ronquillo huyen amedrentados.)*

ESCENA XII.

RONQUILLO, VAN-DERKEN, ESPÍA,
JUSTICIA, ENMASCARADOS.

Uno de Ronq. ¡Jesucristo!

*Otro id. ¡Los demonios
Evoca ese hombre! (Vase.)*

*Otros id. ¡Qué horror! (Vase.)
Derk. Esp.*

*¡Valme, Virgen Santa!
(Vase todos, quedando en la escena Ron-
quillo y Van-Derken.)*

*Derk. Supongo, alcalde, que vos
No tragais lo de los diablos.*

*Mas ved la supersticion
Del vulgo: vos le enseñásteis*

*Que esa casa era mansion
De Satanás, y vos mismo
Me dáis armas contra vos.*

*Oid pues: veis lo que puedo:
Hasta que amanezca os doy*

*De término, meditado.
Esos billetes que son*

*Vuestra esperanza, á mis manos
Pasarán como pasó*

*Esta noche Doña Inés:
Mas ved con qué distincion:
Si me les dáis, yo me encargo*

*De salvaros; mas de no,
Perdereis cartas y vida*

Antes que despunte el sol.

Ronq. Pero esplicadme á lo menos...

*Derk. Os daré la esplicacion
Despues que me deis las cartas.*

*Ronq. Nunca: me sobra valor
Para arrostrar mi fortuna,*

*Y aun fio en mi corazon
Y en mi astucia para hacer*

*Que se vuelva contra vos.
Derk. Doña Inés es mia ya.*

*Ronq. Podré recobrarla yo.
Derk. Va viajando, y muy de priesa.*

*Ronq. Mi poder va mas veloz,
Y la alcanzaré.*

*Derk. La guarda
Gente muy buena.*

*Ronq. Mejor
Será la que irá en su alcance.*

*Derk. Nada logrará.
Ronq. ¡Pues no!*

*Derk. Camina del santo oficio
Bajo la alta proteccion,*

*Y con licencia espedita
Por el mismo inquisidor*

*General.
Ronq. ¡Santos del cielo!
¿Quién pudo hacer tanto?*

*Derk. Yo,
Señor alcalde: yo solo,*

*Que logré alejar de vos
Vuestras gentes para haceros*

*La postrer proposicion.
¿Me dáis las cartas?*

*Ronq. Jamás;
Si me niega su favor*

*La suerte, al rey Don Felipe
Sus siete cartas le doy,*

*Y la octava al santo oficio;
Y hará al menos mi furor*

*Lo que con los Filisteos
Hizo en el templo Sanson.*

*Derk. En ese caso podeis
Encomendaros á Dios,*

*Porque moriréis sin ver
Otra vez ni al rey ni al sol.*

*Ronq. ¿Pensáis...?
Derk. Dejaros morir*

*Sin dáros ni aun confesor,
Y venir luego á llevaros*

Adonde es mi obligacion. (Vase.)

ESCENA XIII.

RONQUILLO.

*¿Quién es ese hombre, Dios mio?
Confuso, aterrado estoy;
Todo el edificio hermoso*

De mi futuro esplendor,
Mis afanes de diez años
De un soplo desvaneció.
Pero no para rendirme
A la duda ni al temor
Me afané con tal empeño :
Y en tanto que el corazón
Tenga un instante de vida,
Pondré á prueba su vigor,
¡Y antes muerto que rendido!
Mas llegan... ¡pluguera á Dios
Que fuera la gente mía!
¡Oh, no me engañé...!

ESCENA XIV.

RONQUILLO, EL CABO DE LA RONDA
DE LA ESCENA CUARTA.

Cabo. Señor...
Ronq. ¡Hablad, hablad con mil rayos!
¿Qué habeis hecho?
Cabo. Lo que vos
Mandásteis. Les fui siguiendo
Hasta bajo el malecón
Del puente.
Ronq. ¿Y qué?
Cabo. Allí la guarda
Franco paso les dejó,
Y como los vi salir
Me volví.
Ronq. ¡Condenación!
¿Todo se ha perdido!
Cabo. ¡Cómo!
¿No me dijisteis, señor...?
Ronq. Dejádme en paz.
(Se pasea agitado.)
Cabo. Yo...
Ronq. Silencio

Digo. ¿También me vendió
Roberto? No, es imposible :
Sin duda alguna traicion
De ese maldito... ¡ah! lo entiendo
Todo, ahí dentro le esperé,
Y en su lugar salió luego
Como mi escrita intencion
Lo prevenía... ;mas él,
Roberto, dónde quedó?
¿Aquí...? tal vez encerrado,
Maniatado... eso es : mas ¡oh!
Aun puede salvarse todo
Si nos juntamos los dos.
(Ronquillo toma una de las luces de su
ronda, y va á entrar en casa de Roberto.)

¿Roberto?... una luz... Roberto,
Respóndeme, alza tu voz
De donde quiera que estés;

Soy yo, Don Rodrigo soy.
Seguidme.
(Va á entrar y retrocede espantado.)

Mas ¡Jesucristo,
Él es, él, muerto!
Varios. ¡Qué horror!
Ronq. Corred, seguidle al momento,
Por ahí va quien le mató;
No puede estar todavía
Lejos ; id, y ; vive Dios
Que le traigais muerto ó vivo,
(Vanse corriendo los de la ronda.)

U os hago empalar sinó!
La ciudad registraré
Pié á pié, rincón á rincón,
Hasta topar con el diablo
Que al hostelero mató ;
Y antes que de mis secretos
Él se aproveche traidor,
Por asesino de ese hombre
Le cuelgo en la horca yo.
(Vase por la derecha.)

ESCENA XV.

VAN-DERKEN.

¡Oh, los ojos de tu astucia
Tu coraje te cegó!
El hombre diestro no huye,
Burla á su perseguidor ;
Y vas mas lejos de mí
Cuanto vayas mas veloz.
Corre pues : vé tras el diablo,
Que él la mano te ganó,
Y va á esperar á que vuelvas
En tu misma habitación.
(Entra por la casa de Roberto.)

ACTO TERCERO.

Habitación del alcalde Ronquillo. — Despacho rodeado de estantes con libros, entre los que se abre á su tiempo una puertecilla secreta. Puerta á la derecha : balcón á la izquierda : mesa, sillón y demas útiles propios del lugar. Al levantarse el telon la escena permanece un momento sola, y se oye correr un pasador, en tanto que Gil hace ruido con la llave en la puerta de la izquierda, por donde sale. Un velador preparado para cenar el alcalde.

ESCENA PRIMERA.

GIL.

Dios me valga : creí que andaba alguno
Dentro de este aposento : juraría
Que oí pasos y ruido de una llave
Desde ese otro salon cuando venia.

Aprensiones del miedo :
Mas confieso ; por Dios ! que acostumbrarme
A semejante vecindad no puedo.
En la calle hace poco que he sentido
De voces y de gente extraño ruido,
Y lo que es esta vez no me he engañado,
En esa casa endemoniada ha sido.
Mas ¡ Dios mio ! ; qué es esto ?
¿ Quién trastornó los chismes de esta mesa ?
¿ Quién estos vasos apartó del puesto
En que yo los dejé ? ¡ Santa Teresa !
Ese vino se mueve todavia
Dentro de la botella... no, no hay duda,
Alguien ha estado aquí en ausencia mia.
Yo no dejé el sillón así apartado
De la mesa. ¡ Par diez que no es ahora
Vana aprensión ! y estoy determinado :
Salga por donde quiera,
Me despido esta noche del alcalde,
Y cuanto riña y gruña será en balde.
Yo he nacido del vulgo, me he criado
Entre el pueblo : ni sé, ni he aprendido
Mas que aquello que al vulgo han enseñado,
Y creo cuanto cree ; temo y respeto
Cuanto respeta y teme ;
Y no creo, aunque pese á mi fortuna,
Que estoy ni estaré á ser por ley alguna
Mas sabio que mis padres obligado.
Apechar con los duelos y disgustos
A que estamos espuestos los mortales,
Pase ; pero vivir con tantos sustos
Entre duendes y tragos infernales,
Eso no.
Ronq. dentro. ¿ Gil ?
Gil. Señor, gracias al cielo.
¡ Jesucristo, qué humor trae esta noche !
Allá voy, allá voy.
(Vase, y vuelve alumbrando á Ronquillo.)

ESCENA II.

RONQUILLO, GIL.

Ronq. Todo fué en vano :
Cual sombra que en el aire se deshace
Ese hombre se me escapa de la mano.
Gil. Señor...
Ronq. En balde espero
De mis agentes nada.
¡ Ira de Dios ! la rabia concentrada
Dentro mi corazón me abrasa. Fiero
Late ; pero impotente,
Le encuentro por dó quier para atajarme,
Y no le hallo jamás para vengarme.
Gil. Señor...
Ronq. ¡ Eh !
Gil. Ya teneis la mesa puesta,

Y creo que ya es hora
De que...
Ronq. Bien, está bien : lo que tú quieras.
(Se sienta distraído. Gil sale y vuelve.)
Vendrán, si que vendrán, mas los men-
guados

Con las manos vacías.
¡ Oh ! en esos desdichados
Me vengaré de las angustias mías.
Gil. Ea, aquí está, señor. En horas tales
Ya es justo que tomeis algo caliente.
Ronq. ¿ Qué es esto ?
Gil. Vuestro caldo : os lo tenia
Como siempre dispuesto.

Ronq. ¡ Caldo ! Sangre
Es lo que ahora con gusto beberia.
Gil. ¿ Qué es lo que habla !
Ronq. ¿ Qué digo ?
¡ Necio de mí ! me vende mi coraje.
Gil. Trémulo estais, señor, descolorido.
¿ Qué teneis ? ¿ os han hecho algun ultraje ?
Ronq. Silencio, Gil.
Gil. Señor...
Ronq. ¿ Ha parecido

El forastero ?
Gil. No, señor.
Ronq. Al punto
Que llegue que entre aquí.
Gil. Señor, ¿ su vuelta
Vais á esperar velando ?
Ronq. Gil, muy suelta
Tienes tu lengua.
Gil. Es que... me da cuidado
La inquietud en que veo á useñoría.
Ronq. Llena ese vaso.
Gil. ¿ Lleno ?
Ronq. ¿ Pues no lo oyes ?
Lleno te he dicho ; ello.
Gil. Como nunca...

Ronq. Alguna vez seria
La primera. (Bebe.)

Gil. ¡ Buen trago !
Con eso su infernal melancolia
Dispará, y al fin menos adusto
Me oirá, que desde hoy mas á su gusto
Busque otro page por ausencia mia.
Pecho al agua. — Señor...

Ronq. Basta, importuno.
Gil. Es que tengo, señor...
Ronq. Silencio digo.
Gil. Perdonad.

Ronq. Perdonado.
Esa mesa levanta y vete fuera :
Si viene el forastero, aquí al instante
Le mandarás entrar. ¡ Oh ! estoy resuelto ;
Fuerza es que acabe de cualquier manera
Esta duda fatal. Si, la agonía
Es demasiado larga, y arrostrarla

Puede ya apenas la paciencia mía.)
Despáchate.

Gil. Ya está.

Ronq. Déjame solo.

Gil. (Pavor me da mirar su faz sombría.)
(*Vase.*)

ESCENA III.

RONQUILLO, Y SU TIEMPO VAN-DERKEN.

Ronq. Un momento á la boca del abismo
Quiero asomarme y calcular su hondura
En calma y soledad conmigo mismo.
Recuerdo que en el tiempo borrascoso
De mi agitada juventud solia
Ese licor fragante y generoso
Dar á mi corazón ruda energía,
Y en mis trances más duros y apurados
Inspiró muchas veces repentino
A mi agotada mente
Recursos estremados
Que cambiaron la faz de mi destino.
Y á este recuerdo que produjo acaso
El grato olor del generoso vino,
Colmado y sin rubor apuré el vaso.
Y por Dios que hice bien; porque ya siento
Que el juvenil vigor de aquellos días
Nuevo me infundió al corazón aliento
Y nueva luz á las ideas mías.
Perdido casi me contemplo. Solo
Con mi secreto estoy. Ese Roberto,
Mi único ayudador, cómplice mío
Único, yace muerto,
Y aislado estoy de la traición y el dolor
Colocado en mitad. Terrible día
Ha sido hoy para mí: ¡cuán diestramente
Me han burlado, par diez!

..... ¡Si adelantara
Su llegada aquí el rey! Si yo lograra
Verme con él antes que nadie á solas,
Todavía el bajel de mi fortuna
Orgullosa vogara
Del mar de la ambición sobre las olas.
Todavía pudiera devolverle
Ese traidor verdugo enmascarado,
Que me envía el hipócrita taimado,
Y pudiera á mi vez otro ponerle
De su trono y su lecho al pie sentado.

Derk., por la puerta secreta, que en-
treabre. ¡Héle allí solo ya! ¡Cuán
hondamente

Absorvido le traen sus pensamientos!
No me ve... ni me siente:
Habla... sí... sus acentos
Oigamos.

Ronq. Si: aun pudiera
Desvanecer la tempestad furiosa

Que ruge sobre mí, y asir pudiera
El hilo de esa intriga misteriosa

Que mina sorda mi existencia entera.

Derk. Me tiene muy presente, y lo concibo,
Su pesadilla soy.

Ronq. ¡Oh! si en mis manos
Ese demonio á dar viniera vivo,

Juro á los cielos... juramentos vanos

De mi rabia no mas... esos imbéciles

No darán con su rastro... y lo confieso

Mal de mi grado, si: se me ha ocurrido...

¡Si ese poder en que confia ese hombre

Del mismo Satanás le habrá venido!

Derk. (¡Torpe superstición! ¡el propio
llega

A temer de lo mismo que imagina

Para asombrar la muchedumbre ciega!

¡Su propio corazón le descamina!)

Ronq. Jamás mortal alguno

Supo burlarme así. Se me presenta

Con medios que parecen naturales

Mis planes á estorbar... ¡Oh! ¡y me ame-
drenta

La destreza infernal con que lo alcanza!

Me amenaza, me ataja, me subyuga,

Dó quier se me aparece, y me provoca;

El mismo me abre senda á mi venganza,

El mismo mis intentos favorece;

Delinquiendo, en mis manos su delito

Le pone; apela á repentina fuga,

Le sigo, y aun su sombra veo, siento

Sus pisadas... ¡prodigio me parece!

Y de mis manos casi en un momento

Como leve vapor se desvanece.

Mas pues huye de mí, libre me deja.

Libre, si: y su razón se lo aconseja,

Pues si en sus manos mi destino tiene,

Yo también en las mías su destino:

Y si á ponerse ante mi vista viene,

Antes que una palabra de su labio

Salte le prenderé por asesino.

Sin lograr ver al rey próxima muerte

Me auguro... ¡vive Dios! saldré á esperarle,

Y nadie, nadie le hablará primero

Que yo: dejaré mal al adivino.

Mas á fé que calienta demasiado

Mi enardecida sangre ese buen vino;

¡Ah! no debí olvidar que se ha enervado

Mi juvenil vigor, y que ya empieza

A flaquear con los años la cabeza.

¿Mas qué importa? me siento mas osado.

¡Par diez, oh rey Felipe! no has atado

Todos los hilos bien: aun tengo un día,

Y esas cartas fatales

De mi muerte fiadas hasta el punto

En las manos sagradas de un prelado

De confesión secreta bajo el sello,

Me pondrán de tu cólera al abrigo,

Y en vez entonces de segar mi cuello,
Tu real poder dividirás conmigo.

Derk. ¡Ja! ¡ja!

Ronq. ¿Quién está aquí? ¡Dios
soberano!

Derk. Por dó quiera que vas, tus pasosigo.

Ronq. ¡Él!

Derk. Tu conciencia soy; me huyes
en vano;

Donde quiera que estás, estoy contigo.

Ronq. ¿Por dónde...?

Derk. Por allí.

Ronq. ¿Conoces...?

Derk. Todo.

Ronq. ¡Cielos!

Derk. Todo. Ya visteis que cumplidas

Vuestras órdenes fueron:

Se falsearon las señas convenidas:

Los músicos vinieron:

Y los que dentro estaban prevenidos,

Con la litera á la señal salieron,

Quedando otros cual visteis escondidos,

Los que diablos al vulgo parecieron,

En la casa del Diablo reunidos.

Mas no fué culpa mía si así huyeron;

Vos los teniais de ello convencidos,

Y culpa vuestra fué si lo creyeron.

Ya veis, nada hay aquí maravilloso;

Todo esto es natural, fácil, sencillo;

Y mas diestro que vos, mas vigoroso,

Os tengo en mi poder, señor Ronquillo.

Ronq. Todo lo entiendo ya: continuo espía

De mi casa, la casa de Roberto

Hoy asaltásteis en su ausencia y mía.

Derk. Pues, y en ella introduje

Mis diablos con silencio en vuestra ausencia.

Ronq. ¡Oh! y Roberto al entrar...

Derk. Cayó al momento

En sus manos.

Ronq. ¡Par diez! mas la existencia

Perdió: luego leal rindió la vida

Sin vender sus secretos.

Derk. La partida

Con él perdisteis. Se le dió tormento.

Ronq. ¡Traición infame!

Derk. Y con la oculta entrada

Que estos tres edificios comunica,

Con la muger dos años há emberrada

En la casa por vos endemoniada,

Con todo di, y os lo deshice todo;

Y es por allí venir el mejor modo

De esplicároslo al fin.

Ronq. Bien me lo esplica:

Mas en vano flais, porque seguro

Os tengo yo también, mancebo insano,

Y por el cielo os juro...

Derk. ¡Eh! no jureis, señor alcalde, en

vano.

Ya sé que vuestra gente á una hora dada
A buscaros vendrá; que á este aposento
Debe en silencio entrar; sé que el momento
De semejante cita está cercano:
Mas cierto estad que de cualquiera modo,
Los dos tendremos tiempo para todo.
Hablemos pues, señor Ronquillo, en calma,
Que la vida del hombre está medida,
Y yo deseo que salveis el alma,
Antes, señor, de concluir la vida.

Ronq. Haced mal de fiaros en la vuestra,

Porque no os valdrá ya la astucia diestra

Para volver á dar con la salida.

Derk. La que debisteis vos tener guardado
Mi salida no fué, sino mi entrada.

Ronq. Mas dentro ya, os advierto que
cordura

Es que penseis en si os tendrá labrada

Vuestra noble familia sepultura.

Derk. Esa ventaja me llevais tan solo,

Pues el rey os ha dado una capilla

Donde os labró stuntuoso mausoleo

A costa de sus rentas de Castilla:

Mas ved que no será gran maravilla

Que el que os labró la estatua que corona

Vuestro ataud marmóreo, en su conciencia

Crea que estais mejor que en apariencia

Dentro del ataud vos en persona.

Ronq. ¡Dios santo! esas palabras...

Derk. Os esplican,

Juez, mi presencia aquí, y en frase breve

Os diré lo que en suma significan

Y lo que en realidad cumplirse debe.

Que no podriais ver al rey, os dije:

No le vereis, perded toda esperanza.

Hombre, demonio ú angel, soy quien rige

Vuestro destino; Dios quien me dirige,

Y el honor quien me alienta;

Encomendadme pues vuestra venganza,

Y yo en vuestro lugar daré á Dios cuenta.

Ronq. ¡Insensato! ¡cederos y en tal hora

El fruto entero, el término inseguro

De mi afanosa vida! ¡y cuando toco

Al anhelado fin...! sería un loco!

Derk. Consideradlo bien: porque yo os

juro

Que el justiciero Dios vuestro destino

Puso en mi mano, y su poder divino

Me otorgó sobre vos poder seguro,

Y mediré á mi antojo vuestro sino.

Ronq. ¡Villano!

Derk. Vuestra débil existencia

Apoyada no mas está en mi aliento;

Animar ó extinguir puedo su esencia

Con un soplo no mas; y en un momento

Puedo franquearos con el brazo mismo

La oscura trampa del eterno abismo,

O el pabellon azul del firmamento,

Creedme, irrecusable testimonio
Daros podré de mi infernal prestigio,
Y puedo sin obrar ningún prodigio,
Ser para vos un ángel ó un demonio.
Dadme pues esas cartas, y abro nuevo
Camino á vuestra vida : al rey no abono :
Me ultrajó mas que á vos, y soy quien debo
Vengar la injuria con mayor encono.

Ronq. Me inspiras compasión, pobre man-
cebo.

¡Piensas alucinarme con patrañas
Estúpidas, y me abres todo entero
Tu necio corazón! Tú necesitas
Mi secreto, y robármele meditas
Atrevido y astuto; mas te engañas,
A mí solo no mas que sirva espero,
Y antes que en manos confiarle estrañas
Bajar con él á mi ataúd prefiero.

Derk. Pues mandáosle abrir, porque á fé
mía

Que estais, señor Ronquillo, en la agonía.
Si; ángel, hombre ó demonio, yo he cruzado
Tierras y mares tras de vos : he sido
Vuestra sombra dó quier : os he velado
Vuestro angustioso sueño : he sorprendido
Vuestros hondos secretos : he hacinado
Mil pruebas contra vos; y conseguido
A fuerza de destreza, oro y afanes,
El hilo asir de vuestros viles planes.
La historia sé de vuestra infame vida;
Llevo de vuestros crímenes la cuenta :
Toda la sangre que teneis vertida
Gota á gota conté : toda la renta
Que la justicia os dió, por vos vendida;
Si, y los ayes, las lágrimas, la afrenta
De cien familias contra ley juzgadas,
Y al cadalso inocentes arrastradas,
Aqui en mi corazón hierven ocultas,
Recogidas en el como en un vaso,
Y todas sus fantasmas insepultas
De su verdugo en pos siguen mi paso.
Velas : venganza de maldad tan obvia
Pidiendo cada cual te se avecina :
Cuéntalas... la de Derken, al que agobia
De Inés la afrenta, que tras él camina;
Las de tus empalados en Segovia;
Las de tus abrasados en Medina.

Ronq. ¡Ay!

Derk. Y á ese grito de pavor que ar-
rancas,

La de Acuña tambien se alza en Simancas.
Ronq. ¡Basta...! el miedo, la rabia me
sofoca :

En la lengua infernal que en torno mio
Esa sangrienta muchedumbre evoca.

Derk. No, no : tú has hecho con su sangre
un río,

Fras del que ciega tu ambición coloca

Del trono de Castilla el poderío;
Y por manchar el trono de Castilla,
Saltar esperas á la opuesta orilla.
Pero sueñas. ¡Del rey que á la alta esfera:
Donde te ves te alzó desde tu nada,
Imaginaste en tu arrogancia fiera
Dejar la gloria y majestad hollada!
¡Miserable reptil! ni tan siquiera
Podrás ver otra vez su faz sagrada
Para pedirle compasión de hinojos,
Arrastrándote vil ante sus ojos.

Yo te gané esa entrada : á tu aposento
Vine á esperarte : me senté á tu mesa;
Y tuve en mis manos tu alimento :
¿Y cuentas con tu vida? ¡y la promesa
Que te hice olvidas de agotar tu aliento
Antes del nuevo sol? mira, la espesa

(*A la ventana.*)

Noche disipa; mas en este punto
La descarnada muerte te está junto.

Ronq. ¡Mientes! ¡mientes...! ¡te burlas!

Derk.

Viejo insano,

Escucha, y cesa en tu dudar prolijo :
Tú hiciste asesinar á un noble anciano
Su hija por deshonorar; mas ¿quién te dijo
Que ese padre infeliz no tiene un hijo,
Y esa doncella misera un hermano?

Ronq. ¡Su hijo! ¡su hermano!

Derk.

Si; comprende ahora

El móvil de mi astucia vengadora.

Ronq. ¡Hijo...! ¡hermano...! ¡ay de mí!
todas ¡oh infierno!

Tus iras contra mí desencadenas.

No miente, no, ese vil... hervir interno

Su veneno voraz siento en mis venas.

Derk. Pues no desprecies mi postrer aviso;

Te juro que á tu vida y á tu muerte

Puedo aun marcar un término preciso.

Ronquillo, elige pues tu propia suerte.

Cede.

Ronq. Jamás.

Derk.

Pues á tu fin te advierto

Que aguardaré : mio eres : vivo ó muerto

No te libras de mí : porque te juro

Que aunque el secreto pongas á cubierto

De tu sepulcro, por mi mano abierto,

Ni aun en tu corazón está seguro.

Ronq. ¡Mas qué ruido...! ellos son... ahora

veremos

Quién te libra de mí.

Derk.

Llegan. (*Se oculta.*)

Ronq.

Guardada

Está ya la salida... ¡oh! moriremos

A lo menos los dos... ya está apostada

Mi gente abajo... ¡pero Dios! ¡qué miro!

¡Guardias del rey...! y siento que la vida

Ya me abandona... suben... ¡ah! yo espiro.

(*Cae en el sillón con el sopor.*)

ESCENA IV.

RONQUILLO, EL ESPIA.

Esp. Gracias á Dios que le hallo al fin.

Ronq. ¿Quién llega?

Esp. El rey á la ciudad.

Ronq. ¡El rey!

Esp. El mismo.

Ronq. Pronto, llévame ante él.

Esp. No, hacedme entrega

De unos billetes que os fió.

Ronq. El abismo

Te confunda : ¿tú sabes...?

Esp. Mucho, y cierto;

Parte me dijo el rey; parte yo mismo

En esta misma noche he descubierto.

El diablo de esta casa sois, alcalde,

Vos : en ella á favor de esa conseja

Guardábais no sé qué, mas bien en balde;

Un diablo mas audaz sin ello os deja.

Ronq. ¡Tú acaso!

Esp. No : escuchad si sois servido.

Nos han burlado á todos; os han muerto

Vuestro único leal; han sorprendido

Nuestras señales y horas, y han huído

Con el pase que disteis á Roberto.

La misma inquisición vendida ha sido.

Don Luis Valdés, sobrino y secretario

Del arzobispo inquisidor, los sellos

Del santo oficio usando temerario,

Autorizó su voluntad con ellos,

Y huyó tambien.

Ronq. En ese caso, amigo,

Por piedad al rey llévame : un momento

No pierdas... ¡muero! ¡ah! llévame te digo,

Y si eres pobre cuéntate opulento,

Si eres villano alcanzarás nobleza,

Si tienes ambición favor sin cuento.

Ya lo viste, tú mismo de su alteza

Me trajiste una carta en que decia

Que en la cámara real á su llegada

Yo era el primero á quien hallar quería.

¡Oh! llévame ante el rey, y todavia

Puede esa gente vil ser atajada.

Esp. ¡No puede, ira de Dios! Europa entera

En su favor está : todo es ya en vano.

Del mismo emperador Maximiliano

Sombra les hace la imperial bandera;

Y un maldecido embajador que envia

Con apariencia por demas guerrera

En su trama infernal les protegía.

Ronq. ¡Oh! cae el mundo sobre mí sin

Pero ese embajador... ¡duda...

Esp. El diablo ayuda

Le da, nadie le ha visto todavia.

Ronq. Pronto, vamos al rey.

II.

Esp. Es imposible :
Vuestra tumba va á ser este aposento.

Ronq. Ya lo sé... ya lo sé... la hora ter-
rible

Llega. (*Desesperados esfuerzos.*)

Esp. Pues no perdamos un momento,

Orad á Dios si en él creéis.

Ronq. Aparta.

Déjame en paz morir.

Esp. A eso es tan solo

A lo que aquí su majestad me envia.

Ronq. ¡Cielos!

Esp. Sabedlo al fin : con fuerza ó dolo,

Mandóme de unas cartas que os dió un dia

Dar con el paradero; y descubierto

Que fuera : « Vé (me dijo el rey) sus huellas

Dó quier siguiendo, sin reparo alguno

Hazle morir; y en el panteon que ha dado

A su familia, entiérrale con ellas

Sin que al cadáver llegue hombre ninguno.»

Ronq. ¡Gran Dios!

Esp. Tal es su ley.

Ronq. ¡Desventurado

de mí!

Esp. Y yo, que á Roberto os he oido

Decir que las encierra bajo un sello

Un relicario que llevais al cuello,

Mi deber cumpliré, y vuestro destino.

Ronq. ¡Miserable traidor! ya llegas tarde.

Esp. ¡Tarde!!

Ronq. Si, antes que tú la muerte vino.

Esp. ¡Cómo!

Ronq. ¡El veneno que en mis venas arde

Me liberta de tí, vil asesino!

Esp. ¡Dios! ¡la muerte vos mismo os

habeis dado!

Mas... con las manos que apretais al pecho...

Las cartas defendeis... ¡bah! todo está hecho.

(*Va á quitarle el relicario. Ronquillo se*

defiende.)

Ronq. ¡Ah!... ¡qué intenta...! ¡favor!

(*Cae sin fuerzas.*)

ESCENA V.

RONQUILLO, EL ESPIA, VAN-DERKEN.

Derk. Tente, malvado.

Esp. ¡Rayo de Dios! este hombre aqui.

Derk. Presente

Dó quier que estás estoy.

Esp. Ahora lo entiendo :

¡Por sus cartas venis!

Derk. Precisamente.

Esp. Por el rey de Castilla las defiende.

Derk. Atrás.

Esp. ¡Favor al rey! (*Entran esbirros.*)

Hé aqui mi gente.

Os cogí, ¡vive Dios! señor tremendo.

(A los esbirros.)

Meted en la litera ese cadáver
(Cubre á Ronquillo con su capa, y los
esbirros le rodean dispuestos á llevar-
sele.)

Con esa capa como está cubierto,
Y nadie ose mirarle solamente:
La justicia del rey va en ese muerto:

(A otros, por Van-Derken.)

Vosotros maniatad á ese asesino.

Derk. ¡Ay del que llegue á mí!

Esp. ¿Quién de nosotros

Cejará á defender las armas reales?

(Muestra las armas de Castilla bajo el
jubón.)

Obedeced.

(Los esbirros van á acometer á Van-Der-
ken: este, abriendo á su vez su jubón,
muestra en el pecho las armas del Aus-
tria bordadas de oro.)

Derk. Atrás. ¿Quién de vosotros

Se atreverá á las armas imperiales?

Esp. ¡Las armas de Austria!

Derk. Sí: si no te ciega

Su esplendor míralas.

Esp. ¡Otro misterio!

Derk. Señor diablo del rey, su ley no llega

Dó se hace oír la del austriaco imperio.

Esp. Señor diablo imperial, cumplí la mia

Hasta donde llegó, y esta jornada

Ya es del diablo del rey.

Derk. No todavía.

Esp. ¡Oh! van con él sus cartas: gente

armada

Le guardará conmigo hasta que el día

Muera, y entonces de una vez cerrada

Y sellada su tumba, en su sagrado

De entrambos quedará muy bien guardada.

Mas me esperan: á mas ver,

Amigo diablo imperial.

Derk. Un momento, diablo real:

Solo va vuestro poder

De su tumba hasta el umbral.

Esp. La muerte á todos da ley.

Derk. Mas no siendo de igual grey,

La tumba dirá á los dos:

«Hasta aquí el diablo del rey;

Desde aquí el diablo de Dios.»

ACTO CUARTO.

Plaza en Valladolid; á la derecha una boca-calle. A
la izquierda el palacio de Felipe II, con una reja
practicable, pero tan baja que cuando quede abier-
ta no haya mas que un escalon que bajar. El con-
vento de San Francisco en el fondo. Entre éste y
el palacio, y formada por ambos edificios, una calle
que se pierde en el fondo. — Noche.

ESCENA PRIMERA.

VAN-DERKEN, LUEGO EL DOCTOR
ROBLES.

Derk. Aunque mucho se detiene,
Fío en Robles, que es leal:
Me debe cuanto es y tiene,
Y no ha de dejarme mal.

Mas pasos oigo; allí viene.

Doct. ¿El diablo?

Derk. De Austria.

Doct. Señor,

Dispensadme si tardé.

Derk. Há un momento que llegué:

Mas ¿qué tenemos, doctor?

Doct. Todo lo que os indiqué.

Derk. ¿Consiente el lego?

Doct. Ganado

En parte, en parte engañado,

Se presta fácil á todo.

Derk. ¿Le hablásteis?

Doct. Lo que he juzgado

Preciso no mas.

Derk. De modo

Que el secreto...

Doct. No saldrá

De nosotros dos si importa.

Derk. Si puede ser, mas valdrá,

Doctor.

Doct. Pues váime hácia allá,

Que el tiempo da tregua corta.

Mas para ir á cosa cierta

Yo iré delante: escuchad.

Tengo llave de una puerta

Escusada de la huerta

De ese convento. Esperad

Pues á que yo con sigilo

Entre, le avise, y os abra,

Y no quebrems el hilo,

Que es delgado.

Derk. Os doy palabra

De permanecer tranquilo

Hasta que vos me llameis.

Doct. Cuando oigais los cuartos dar

Para las doce echaréis

Por esa calle, dareis

Vuelta al convento, y á dar

Ireis á una puertezuela

Del huerto: estará entornada,

Y yo dentro en centinela:

Colaos sin decir nada,

Y en tanto andad con cautela.

Derk. Id descuidado, doctor;

En esas calles de ahí junto

Me ocultaré.

Doct. Es lo mejor,

Y á los tres cuartos...

Derk. En punto.

Id. (Vase.)

Doct. Hasta luego, señor.

Derk. Todo va perfectamente,

Con que manos á la obra;

Mas me oculto por si gente

Pasa, que al hombre prudente

Jamás precaucion le sobra.

(Ocúltase por la izquierda.)

ESCENA II.

EL ESPIA, EMBOZADO 1º.

Emb. 1º. Aquí en lo oscuro aguardad.

Se han quitado de palacio

Las guardas un breve espacio

Para mas seguridad.

Esp. Bien.

Emb. 1º. ¿La reja conocéis

Que se abrió para sacar

Al rey, niño, á bautizar?

Esp. Sí.

Emb. 1º. Pues por ella veréis

A quien os llama salir;

Mas cuenta que con respeto

Grande le habléis, que es sugeto

Que nos lo puede exigir. (Vase.)

ESCENA III.

ESPIA.

¡Par diez! ya me lo supongo,

Y así por mi propio bien

Lo haré. En accho me pongo

Hasta que los cuartos den.

(Se pasea por delante de la portada de la
iglesia.)

¡Diablo! empieza á lloviznar,

Y anda por esta plazuela

Un airecillo que pela.

En fin, no puede durar

Mucho tiempo mi planton,

Que mas de la media es.

(Dan los tres cuartos.)

¡Hola! el reló: una, dos, tres...

Cabal; los tres cuartos son

Para las doce... mas siento

Pasos. Por aquella esquina

Dobla alguno y se avecina...

Cierto; recojo el aliento,

¡Par diez! y me pego al muro.

(Van-Derken cruza la escena embozado
hasta los ojos, y como quien pasa con
miedo muy aprisa y talareando la can-
cion del acto 2º.)

Pasa, y segun lo confiesa

Con el cauto y con la priesa

Lleva miedo de seguro.

Vaya, algun estudiantillo

Que vendrá del galanteo.

Y cantaba á lo que creo

La cancion contra Ronquillo.

Parece que el tal conoce

Que ya no le ha de encontrar.

Mas sale.

(La reja del palacio se abre, y por ella
salen el embozado de la escena anterior
con linterna, y otro embozado, que lle-
gando cerca del espia dice en voz alta:)

Emb. 2º. Acaban de dar

Los cuartos para las doce.

Esp. Los oí, señor.

Emb. 1º, al espia. Llegaos,

Emb. 2º. Dadme esa luz: descubrios,

Esp. Yo soy, señor.

Emb. 2º. Bien: cubrios.

Tapad la luz y apartaos. (Al 1º, que lo hace.)

¿Qué has hecho?

Esp. Todo, señor.

Emb. 2º. ¿Y el juez?

Esp. Enterrado.

Emb. 2º. Bueno.

¿Tú mismo le...?

Esp. No.

Emb. 2º. ¡Traidor!

Esp. El fué.

Emb. 2º. ¿Cómo?

Esp. Con veneno.

Emb. 2º. ¿Mas tú le viste?

Esp. Espirar.

Emb. 2º. ¿Y las cartas?

Esp. Sobre si

Las tiene.

Emb. 2º. ¡Cómo!

Esp. De allí

No se las pude quitar.

Emb. 2º. ¿Quién te lo pudo impedir?

Esp. El Austria.

Emb. 2º. ¡Dios!

Esp. Mas, señor,

No temais; su embajador

Nada pudo conseguir.

Emb. 2º. ¿Ese enviado, á quien no he

visto

Todavía, ha sido acaso...?

Esp. El; y á no atajarle el paso...

Emb. 2º. ¡Ampárenos Jesucristo!

(Todo se debe temer

Del Austria en esta ocasion,

Y la misma inquisicion

Nos diera menos que hacer.)

Mas ¿cómo no has recogido

Despues las cartas?

Esp. Señor

De su féretro en redor
 Hoy todo el pueblo ha acudido,
 Y como habíais mandado
 Que con tal solemnidad
 Se enterrara, fué en verdad
 Imposible; mas tocado
 No ha nadie su cuerpo, y yo
 Fío, señor, con mi cuello
 Que el relicario, aun con sello,
 Sobre su pecho quedó.
 Juan Robles, doctor muy grave...
Emb. 2º. Le conozco.
Esp. Ha dado fe
 De su muerte, y yo cerré
 La tumba: aquí está la llave. (*Se la da*)
Emb. 2º. ¿Acudió la inquisición?
Esp. Sí, señor; y escrupulosa
 Selló y barreó la losa;
 Con que á mi ver es cuestion
 Concluida.
Emb. 2º. No por cierto,
 Aun falta mas.
Esp. ¡Por san Pablo!
 ¿Qué falta, señor?
Emb. 2º. Que el diablo
 Se lleve esta noche al muerto.
Esp. (Esta es otra.)
Emb. Me aseguran
 Que eres hombre tan valiente
 Que nada hay que te amedrente.
Esp. Señor, si es que no me apuran
 Enemigos imposibles
 De resistir...
Emb. 2º. Los que vas
 A atacar, si el golpe das
 Bien, serán poco temibles.
Esp. Ley es vuestra voluntad,
 Señor: y yo mi deber
 Haré, muerto hasta caer.
Emb. 2º. Cuestion es de habilidad,
 No de fuerza: mas valor
 Requiere y serenidad.
Esp. En ese caso, mandad.
Emb. 2º. Pues escucha.
Esp. Hablad, señor.
Emb. 2º. Seguirás representando
 Tu papel de Satanás;
 Y á media noche estarás
 En ese porton llamando
 Con alabadas bien recias.
 La espalda tendrás segura;
 Tú llama con mas premura
 Hasta que abran: y pues precias
 De valiente y de sereno,
 Cuando pregunten ¿quién es?
 Responde con voz de trueno:
 Satanás.
Esp. No abrirán.

Emb. 2º. Pues
 Vuelve otra vez á llamar,
 Y pide de Dios en nombre
 Con el superior hablar.
 Es varon santo, y no es hombre
 A quien el diablo amedrente:
 Invoca en alto la ley
 De Dios, y secretamente
 Dale este papel del rey.
 Al comprender el misterio,
 Sus monges retirará,
 Y á rezar les mandará
 Al fondo del monasterio.
 Si él no se va, le harás ver
 Que el rey ordena que solo
 Te deje en el mausoleo
 Del alcalde, y lo ha de hacer.
 Entonces tú, de Ronquillo
 Llegando á la sepultura,
 Con mano diestra y segura
 Darás la vuelta al tornillo
 Que hace de punto final
 De su epitafio: al instante
 La cubierta sepulcral
 Saltará: que no te espante.
 Quita entonces al difunto
 El relicario que puesto
 Mantiene al cuello, y tras esto
 Con el cadáver al punto
 En el algibe darás.
 Yo mandaré que lo cieguen
 Mañana: y antes que lleguen,
 El sepulcro volverás
 A cerrar del modo mismo
 Que le abriste, pues para esto
 En su fábrica dispuesto
 Tiene oculto mecanismo.
 La losa se alza y se baja:
 Sin ruido: vé sin afán,
 Que ni lince hallarán
 La señal por donde encaja.
 En seguida á aquella reja
 Vé á llamar: yo saldré allí
 Por el relicario, y deja
 Lo demas fiado en mí.
Esp. Entiendo: pero ¿y si acaso
 Mañana...?
Emb. 2º. Yo haré contar
 Como mas convenga el caso,
 Y obligaré de ello á dar
 A los monges testimonio.
 Con lo cual ¿qué podrá ser?
 ¿Que venga el vulgo á creer
 Que se le llevó el demonio?
 ¡Bah! ¿Qué le dará al alcalde
 De que lo crean ó no?
 Si el Señor le perdonó,
 Cuanto digan será en baide.

Esp. Señor, perdone su alteza:
 Pero ¿si yo me negara
 A servirlos...?
Emb. 2º. Lo arreglara
 Todo al fin...
Esp. ¿Quién?
Emb. 2º. Tu cabeza.
Esp. A las doce y cuarto en punto
 Salid por el relicario.
Emb. 2º. Recibirás tu salario,
 Y se concluyó el asunto.
 (*Va hácia el palacio, y antes de entrar
 se pára un momento.*)
 (Diestro y bravo... ¡por supuesto!
 Mas tengo yo para mí
 Que estos bravos mueren presto.)
 (*El espía saluda al embozado respetuosa-
 mente, y al retirarse por el lado opuesto
 se pára tambien un momento.*)
Esp. Si sé yo que pára en esto,
 ¿Cuándo me pescan aquí?

ACTO QUINTO.

Vestíbulo de la capilla concedida á Ronquillo para
 panteon. En el fondo una puerta que se supone dar
 á la capilla, que es una de las laterales de la igle-
 sia. A la derecha puerta que da á un claustro, al
 fin del cual está la puerta principal exterior del
 monasterio. A la izquierda puerta que da á los
 claustros interiores del convento. En el centro el
 sepulcro de Ronquillo (cuya efigie de mármol des-
 cansa en su parte superior), y preparado para el
 juego necesario en este acto, y su altura lo mas
 de tres pies. En la cara inferior frente al público
 escrita en bronce la palabra *Ronquillo*.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR ROBLES, VAN-DERKEN,
 EL HERMANO JUAN, CON LUZ POR LA
 IZQUIERDA.

H. Juan. Ya estamos, doctor, al cabo
 De la expedicion. Entrad.
Doct. Vuestra eficacia en verdad
 Os agradezco y alabo.
H. Juan. No hay mucho que agradecer
 Ni que alabar: la salud
 Os debo, no es pues virtud
 Serviros, sino deber.
 Solo siento que no sea
 Cosa de interés mayor
 Mi servicio; mas, doctor,
 Basta que vuesaeré vea
 En ello mi voluntad.
Doct. Hermano Juan, os repito
 Que os agradezco infinito
 Vuestro servicio.

H. Juan. Mandad.
Doct. Gracias, y lo mismo os digo:
 Si os hace en árdua ocasion
 Mi bolsa ó mi profesion,
 Hermano, contad conmigo.
 Pero tiempo no perdamos,
 Fray Juan, que no se recobra.
H. Juan. Manos, doctor, á la obra,
 Que en la ocasion nos hallamos.
 Ahí teneis la sepultura
 Del alcalde. ¡Brava pieza!
 Segun los que la belleza
 Conocen de la escultura.
Doct. Si á fé.
H. Juan. Cuando el escultor
 De orden del rey la labraba,
 A nadie entrar se dejaba
 A presenciar su labor.
 Aquí se encerraba él solo;
 Y él solo aquí se las hubo
 Hasta que acabado estuvo
 El busto y el mausoleo.
 Y se hizo con tal misterio,
 Que hasta que él nos la mostró,
 Ver tal obra no logró
 Ni el abad del monasterio.
 Pero el rey vino durante
 Su trabajo, y se encerró
 Con él aquí: él fué quien, dió
 Al alcalde semejante
 Lugar para enterramiento,
 Para lo cual á mi ver
 Mucho le debió querer
 Su alteza.
Doct. Yo así lo siento;
 Pero pasa el tiempo, hermano;
 Y os recuerdo la promesa
 Que me hicisteis...
H. Juan. ¡Buena es esa!
 ¿Le voy yo en algo á la mano?
 Bien puede orar y llorar
 Sin empacho, que á fé mia
 Que yo tambien lloraria
 Si me viera en su lugar.
Doct. Sin duda; pero os aviso
 Que me rogó formalmente
 Que nadie habria presente
 Mas que yo, y en compromiso
 Le poneis, si el hondo esceso
 Le haceis mostrar de su pena.
H. Juan. ¿Tanto el pesar le enagena?
Doct. Le enloquece.
H. Juan. Vean eso.
 Y decian que era tal
 El alcalde Don Rodrigo,
 Que ni pariente ni amigo...
Doct. Pues ya veis que dicen mal.
H. Juan. ¡Lo que es el mundo, doctor

Y nos le habian pintado
Como el hombre mas malvado
Del orbe. ¡Pobre señor!
Siempre se meten los mas
En camisa de once varas.
¿Eh, doctor?

Doct. Pues.
Derk. (¡Si te ahogaras,
Hablador de Barrabás!)

Doct. ¿Con que en fin...?

H. Juan. Teneis razon :

Mas dispensad : los que estamos
En el claustro, no acabamos
En pescando una ocasion
Para echar un parralillo :
Mas ya os dejo ; y á fé mia
No es la mejor compañía
El cadáver de Ronquillo.
¡Eal en el claustro os espero,
Con que tranquilos estad.

Doct. ¡Ah! me olvidaba : escuchad
Aun, hermano portero.

H. Juan. Decid.

Doct. Si oyérais acaso

Voces, ó rumor cualquiera
Que os estrañara ó pudiera
Daros pavor, no hagais caso.

H. Juan. ¿Pues qué, doctor...?

Doct. No os estrañe,

Juan hermano, esta advertencia,
Que es deber de mi conciencia
Que os prevenga y no os engañe.
Ya os he dicho que era tal
De ese buen jóven la pena,
Que á las veces le enagena
Tal desórden cerebral
Que en aquel delirio insano
Se pone fuera de sí.

H. Juan. Si necesitais de mí,
Llamadme.

Doct. Gracias, hermano.
Como yo en cura le he puesto,
Yo solo le sé tratar,
Y basto para calmar
Sus accesos.

H. Juan. Por supuesto.

¿Quién lo hará mejor que vos,
Que sois de la facultad?

Doct. Idos pues.

H. Juan. A Dios quedad.

(Vase por la izquierda.)

(Robles cierra y mira un momento por la
cerradura. Van-Derken espera embozado
é inmóvil hasta que Robles se aparta de
la puerta.)

Derk. ¿Se fué?

Doct. Sí.

Derk. ¡Gracias á Dios!

ESCENA II.

VAN-DERKEN, EL DOCTOR ROBLES.

Derk. ¡Plática tenia ya hecha
Con vos hasta el alba!

Doct. Sí

A fé; pero le sufrí
Porque no entrara en sospecha.
Por pariente del alcalde
Os tiene.

Derk. No es mala idea.

Mas despachemos, no sea
Que se vaya el tiempo en balde.

Doct. Pues el resorte buscad.

(Van-Derken se acerca al sepulcro, y se
detiene.)

Vaya, ¿en qué os parais?

Derk. No sé...

Pero...

Doct. ¿Dudais?

Derk. Sí.

Doct. ¿Porqué?

Derk. Si alguna fatalidad

Hizo...

Doct. Fiad en mi honor.

Derk. Es que por Dios que sintiera

Que su muerte recayera
Sobre nosotros, doctor.

Doct. Si no teneis otra cosa

Que os haga inquieto vivir,

Tranquilo podeis dormir.

Ea, el resorte á la losa

Apretad por el tornillo

Que sirve de punto al nombre ;

Y mirad sin que os asombre

Resucitar á Ronquillo.

(Van-Derken aprieta el tornillo en cues-
tion, y levantándose todo el cuerpo su-
perior del sepulcro aparece el alcalde
tendido sobre su base. El doctor se acer-
ca á él, le quita el relicario, y tendrá
al cuello, y se le da á Van-Derken. Este
rompe inmediatamente el sello, abre,
saca, y cuenta las cartas en el relicario
encerradas, y entre tanto Robles vierte
en la boca del alcalde un licor que lleva
en un frasquillo. Luego se apartan del
sepulcro.)

Tomad.

(Dando á Van-Derken el relicario.)

Derk. Intacto y sellado

Está aun. Dos... tres... si alguna

Falta... seis... ocho... ninguna.

¿Qué tenemos? (A Robles.)

Doct. No hay cuidado.

Derk. ¿Vuelve á la vida?

Doct. ¡Pues no!

Derk. ¡Ah, y yo tambien!

Doct. Tened fé;

Que cuando á ello me arriesgué

Bien seguro estaba yo;

Mas que nos vea : aguardad

Que el sopor eche de sí.

Derk. Gracias, doctor.

(Dándole la mano.)

Doct. Yo cumplí.

Derk. Teneis razon, despejad,

Que yo empiezo desde aqui.

(El doctor Robles entra en la capilla del
fondo. Van-Derken queda en el fondo
de la escena. Ronquillo vuelve en sí.
Sus primeras palabras las dirá tendido
aun; y en el momento de incorporarse,
reconociendo instantáneamente el lugar,
se arroja espantado del sepulcro, des-
vaneciéndose con la destreza de la ejecu-
cion la mala impresion que puede causar
situacion semejante. El efecto depende
del actor. Desde que Ronquillo se pone
en pié, Van-Derken se va acercando al
sepulcro guarecido de su levantada cu-
bierta, quedando pronto á presentarse á
Ronquillo.)

ESCENA III.

VAN-DERKEN, RONQUILLO.

Ronq. ¿Dónde estoy? ¡Ay de mí! Larga y
penosa

Mi pesadilla fué. Mas ¡Dios, qué veo!

(Se arroja del sepulcro.)

No, no es ensueño que tenaz me acosa...

¿Esto es ¡qué horror! mi propio mausoleo!

¿Mas vivo á este lugar, quién me ha traído?

¡Oh! ¡vago miedo el corazon me asalta!

Si de mi pecho el relicario falta...

(Lo busca sobre sí, y halla el cordón roto.)

¡Ah! cortado el cordón... estoy vendido.

Derk. Con tiempo os lo advertí.

Ronq. ¡Dios soberano!

¡Siempre vos!

Derk. Siempre yo.

Ronq. ¿No hay pues manera

De librarme de vos?

Derk. Me huís en vano.

Roja fantasma del vapor formada

De la sangre de Derken derramada,

Y del honor del hijo y del hermano,

Con voluntad inexorable y fiera

Camino tras de vos, y por dó quiera

Tras vos estiendo la sangrienta mano.

Ronq. ¡Ah, mi mente se pierde en el

abismo

De una angustiosa incertidumbre oscura!
Siempre en mi mal con voluntad de hierro,
¿No es dique para vos la sepultura,
Que aun mas allá de mi sepulcro mismo
Llega vuestro poder... ó mi locura?

Derk. Ya lo veis.

Ronq. No hay dudar.

Derk. Seria yerro.

Mi poder contra vos es infinito.

De vuestra misma tumba en el encierro

De mi venganza os estremece el grito;

Y á esta voz con que os alzo ú os aterro

Pareceis como á punto os necesito :

Cuando os quiero cadáver, os entierro;

Cuando inútil me sois, os resucito;

Ved.

(Mostrándole el relicario y las cartas.)

Ronq. ¡Me ahoga el furor!

Derk. No os impaciente

Verlas en mi poder, y vil recelo

No os atribule ya; sabio y prudente

Sed, y los fallos acatad del cielo.

¿No me entendeis? ¡Ya yo me lo temia!

Pero voy á esplicarme, porque quiero

Que sepais, señor juez, desde este dia

Lo que hay de la vileza á la hidalguia,

Y de un vil asesino á un caballero.

Ese piadoso rey de santa fama

Que de la iglesia defensor se llama,

Y á los herejes quemara, fué el amante

De una infeliz doncella protestante,

Y holló la fé por conseguir la dama.

Estas cartas escritas por su mano

En estilo amoroso, audaz, liviano,

Cuando príncipe y mozo, vengarian

Mi afrenta y vuestra injuria; mas podrian

El nombre mancillar del soberano.

Porque tales están, que á lo que infiero,

A las razas del mundo venidero

Legadas en el libro de la historia

Echaran un borron sobre la gloria

De un católico rey, justo y severo.

De semejante testimonio el peso

Bien comprendisteis vos : de ellas por eso

Un escudo os forjásteis... ¡vil gusano

Que de torpe ambicion en el esceso

Quereis del que os crió morder la mano,

Antes que el labio levanteis á ella

El polvo os ahogará de su real huella!

Yo comprendí cual vos tal pensamiento,

Y en vos temiendo el temerario intento

Tras vos y ellas corrí; y tenaz, taimado,

Lo veis, por obtenerlas no he parado,

Hasta el fondo del mismo monumento.

Mas de vos con distintas intenciones;

Porque sagradas del honor las leyes

Enseñan á los nobles corazones

Que mancillar la honra de sus reyes

Es manchar el honor de las naciones.
Y hé aquí de mi conducta el noble arcano.
Del rey y de vos víctima, en mi mano
Tengo el vengarme de ambos justiciero,
Mas ved del noble lo que va al villano,
Y del vil asesino al caballero.
Si ambos en el honor me habeis herido,
Si ambos á dos mi sangre habeis vertido,
Caballero y cristiano yo os perdono;
Caballero y cristiano yo he cumplido
Guardando ileso el esplendor del trono.
Mirad pues el honor á lo que alcanza:
(Toma la luz, y colocándola sobre el sepulcro abierto de Ronquillo, quema las cartas, dejando allí las cenizas.)
Estas letras, que son nuestra esperanza,
En esa llama sin dudar consumo.
Dios maldijo la ira y la venganza;
Las vuestras, señor juez, solo son humo.
Ronq. ¡Ah!
Derk. Si mi accion magnánima os humilla,
No olvideis la lección. Noble ó pechero,
El que nace vasallo de Castilla
Cuando alcanza á su pueblo su mancilla,
De su honra le hace sacrificio entero.
Ronq. ¡Miserable de mí!
Derk. No todavía
Por tan mísero os deis. Que ser podía
Para vos, dije, ó ángel ó demonio;
Prefiero ser vuestro ángel, y á fé mia
Que de ello os voy á dar buen testimonio.
Tuvisteis gran poder, lo habeis perdido;
Teniais esperanza, os la he quitado;
Osásteis hasta el rey, le he defendido;
Mi honor ensangrentásteis, le he vengado.
Fuisteis, no sois; en el sepulcro hundido,
Del libro de la vida os he borrado;
Mas no he sabido meditar en calma
Por recobrar mi honor perder vuestra alma.
Dos iras provocó vuestro delito:
La mía acaba, la del rey empieza:
Vue tro nombre de hoy mas está proscripto:
Decirle es entregar vuestra cabeza.
Os temian, teméis: era infinito
Vuestro tesoro, os hundo en la pobreza:
Solo y sin medios de ofender os dejo.
Mas oid de vuestro ángel un consejo.
Olvidaos de vos. Sumid prudente
Vuestro sér en el caos del misterio.
De la tumba salid, nuevo viviente,
Y marchad á ser otro en otro imperio.
Fuisteis impío y vil, sed penitente;
El palacio trocad en monasterio;
Y comprad, pues os dan tiempo y aviso,
Con la prez mundanal el paraíso.
Ronq. ¡Basta...! no así á mis ojos lentamente

Desenvolvais el porvenir horrendo.
¿Yo, como impío fui, ser penitente?
¡Vuestra venganza colosal comprendo!
Será mi corazón eternamente
Rebelde á la virtud forzada siendo;
É impotente, infeliz, pobre, proscripto,
Será en mí la virtud otro delito.

Derk. Como quereis: mas ved de qué manera

Vuestro sepulcro al rey labrar le plugo,
Y no os ciegue esperanza lisonjera:
Si resistis de mi venganza al yugo,
La inquisición os dispondrá una hoguera,
Y el rey Felipe os nombrará un verdugo.
Yo no paso de aquí con mi venganza;
Mas temblad la del rey si aquí os alcanza.

Ronq. Comprendo, sí, mi inmensa desventura:

Mañana el rey y el pueblo castellano
Vacía encontrarán mi sepultura;
Y el castigo creyendo sobrehumano,
Mi nombre execrará la edad futura,
Con mi fantasma soñará el villano,
Y de mí fin la tenebrosa historia
Guardará con horror en la memoria.
Pero sea. Del féretro nacido,
Vagabunda vision sin compañero,
Para toda region desconocido,
Para todas las razas extranjero,
Por la vida y la muerte repelido,
Objeto de pavor al mundo entero,
El sitio de mi lúgubre memoria
Con un negro borron marque la historia.

Derk. Que el cielo tal dolor os retribuya
Y á mi venganza de él cuenta no pida.
Sangre pedía por la sangre suya
Mi asesinado padre, y vais con vida.
(Abre la puerta del fondo, por donde sale el doctor Robles.)

Robles, para salir me sustituya;
Al alba disponed nuestra partida
Y acogeos del Austria la bandera.

Doct. ¿Vos...?

Derk. De mí no os cureis: el monge espera.

(Toma la capa de Ronquillo, que habrá dejado este sobre el sepulcro al echarse fuera de él, se la echa apresuradamente sobre los hombros, y embozándose Ronquillo y guiando Robles, vanse por la izquierda.)

ESCENA IV.

VAN DERKEN.

(Quita la lámpara en que quemó las cartas, y dejando dentro la ceniza de ellas, cierra el sepulcro diciendo:)

Cuanto puede acusarles aniquilo:
Yazga enterrado en su lugar mi encono
Y su tumba del rey guarde el sigilo.
Noble respeta mi venganza el trono,
Y bien puedes ¡oh rey! dormir tranquilo.
(Dan las doce.)

Cumplida mi mision, llegó la hora
De abandonar la España, y al olvido
Dar el tiempo que fué. A buscar ahora
Una salida voy.

(Suenan dos recias aldabonadas en la puerta exterior del convento.)

Pero ¿qué ruido

El eco de estas bóvedas despierta
En su sombría cavidad dormido?

(Llaman otra vez.)

¡Otra vez...! ese claustro da á la puerta
Exterior del convento, y es por ella
Por donde llaman... el llavero acude
Por el claustro interior; siento su huella...
¡Oh! este sagrado en tal azar me escude.
(Se oculta en la capilla del fondo, y sale inmediatamente el hermano Juan por la izquierda.)

ESCENA V.

EL HERMANO JUAN, VAN-DERKEN.

H. Juan. Fuera apenas del postigo
Pudieron poner los piés.

¿Quién vendrá ahora? *(Llaman otra vez.)*
¡Pues digo

Que no traen priesa!
(Entreabriendo la puerta de la derecha con muy mal humor.)

¿Quién es?

Esp., dentro. Satanás.

H. Juan. ¡Dios sea conmigo!

Derk., entreabriendo su puerta. (¡Qué
oi, cielos! ¡Satanás!)

H. Juan. ¡Ay de mí! ¡si de esos dos
Vendrá el demonio detrás!

Derk. (¡Todo lo entiendo quizás!)

Esp., dentro. Abrid en nombre de Dios.

H. Juan. No seré yo el temerario:

¿Abrir? Lo que voy á hacer

Es apretar á correr

Y echar todo el campanari

A vuelo.

Derk. (¡No has de poder
Tal, vive Dios!)

(El lego va á volverse atrás y se encuentra con Van-Derken, que saliendo de la capilla del fondo le impide el paso por la puerta de la izquierda.)

¿Dónde vas?

H. Juan. ¡Jesus!

Derk. ¿De portero estás

Para eso? Abre, te digo.

H. Juan. ¡Perdon!

Derk. Abre á Satanás.

H. Juan. ¡Para que cargue conmigo!

Derk. Siempre ha de ser para ti

Lo mismo: abre, ó ¡vive Dios

Que te haga llegar yo allí

Pronto!

H. Juan. ¡Qué va á ser de mí,

Cielo santo, entre los dos!

Derk. ¡Ea, aprisa!

H. Juan. Voy allá.

(¡Muerto voy!)

Derk. El juego está

Visto... ya abre... Un embozado

Se entra... ¡oh! él, por de contado:

¿Mas adónde el lego va?

¡Jesucristo! de la cuerda

Se cuelga del esquilon; *(Se oye tocar.)*

El convento en conmocion

Va á poner... mais no se pierda

Por mi precipitacion

Todo.

(Se vuelve a ocultar en la capilla del fondo.)

ESCENA ULTIMA.

VAN-DERKEN, OCULTO; EL ESPIA.

Esp. Ese imbécil va á echar
Todo el claustro sobre mí,
Pero tarde han de llegar,
(Cierra la puerta de la izquierda.)

Y ya habré acabado aquí
Yo, cuando logren entrar.

No hay tiempo pues que perder;

Lo que me importa es coger

Cuanto antes el relicario,

Pues ó del rey va á poder,

O me ahorea de lo contrario.

Cuanto vacile es en balde;

Por Dios que no me hace gracia

Remover la momia lacia

Del emponzoñado alcalde.

Pero ¿qué remedio? embisto:

Del mecanismo el secreto

En este tornillo está,

Segun me dijo; le aprieto,
Y adelante.

(Abrese la sepultura. El espía, que ha estado atento á usar el resorte, levanta la cabeza para mirar al cadáver, y retrocede espantado encontrándola vacía. Van-Derken, que, mientras él ha estado ocupado en esto, ha venido á colocarse al lado opuesto del sepulcro, suelta una carcajada.)

Esp. ¡Jesucristo!

¿Y el cadáver?

Derk. ¡Ja, ja, ja!

Esp. ¡Santos del cielo! ¿aquí vos?

Derk. De tus pasos siempre en pos.

Esp. ¿Y qué va á hacer de mí el rey?

Derk. Te ahorcará: tal es su ley:

Con que encomiéndate á Dios.

(El espía va á hablar. Van-Derken le interrumpe.)

Silencio. Lleva al rey el relicario
Que ansió tanto adquirir; está vacío.
Dile que de su lecho funerario
Se alzó el cadáver al mandato mio;
Mas que encierra en su centro solitario
Su secreto fatal su mármol frio,
Donde bajo el misterio mas profundo
Quedará impenetrable para el mundo.
Dile que aquesta historia transmitida
Será mañana al pueblo: mas velada
En misteriosas nieblas, referida

Por la lengua del púlpito sagrada,
Por la presente edad no comprendida,
Por la futura edad no interpretada,
Muro será de tradicion tremenda
Que su gloria real guarde y defienda.
Dile que caballero y ofendido
La fuerza y la razon tuve en mi abono:
Mas satisfecho con haber podido,
El armiño manchar no osé del trono.
Dile que el deshonor que en mí ha vertido
No le devuelve en deshonor mi encono,
Porque en la fé del noble verdadero
El honor de su rey es lo primero.
Eso dirás al rey: él solamente
Lo entenderá: tras tí de este edificio
Saldrá esta historia: el clero facilmente
Del diablo la dará por maleficio:
Cundirá como tal entre la gente,
Llegará como tal al santo oficio,
Que en esa tumba encontrará espantado
El prodigio infernal testificado.
Mas crea de esa historia incomprensible
La verdadera gente lo que quiera.
¿Que obra del diablo fué? no era imposible:
¿Que fué supersticion? tambien pudiera.
Santa verdad ó fábula increíble,
No tendrá nunca esplicacion entera.
Llegan. Vamos de aquí.
(Descorre el cerrojo de la puerta de la izquierda.)
¡Vulgo sencillo,
Crée tú que el diablo se llevó á Ronquillo!

FIN.

INDICE.

	Pag.		Pag.
Vivir loco y morir mas, capricho dramático.	1	Sancho García, composicion trágica. . .	301
Mas vale llegar á tiempo que rondar un año, comedia.	18	Cain, pirata, cuadro de introduccion al drama titulado un año y un dia.	331
Ganar perdiendo, comedia.	42	Un año y un dia, drama.	344
Cada cual con su razon, comedia.	69	La gran comedia de el caballo del rey Don Sancho.	370
Lealtad de una muger y aventuras de una noche, comedia.	95	La mejor razon, la espada, comedia escrita sobre una de Moreto.	405
El zapatero y el rey, primera parte, drama.	125	Don Juan Tenorio, drama religioso-fantástico. Primera parte.	428
El zapatero y el rey, segunda parte, drama.	165	— Segunda parte.	458
El eco del torrente, drama.	198	El puñal del godo, drama.	472
Los dos vireyes, drama.	228	Sofronia, tragedia.	482
Apoteosis de Don Pedro Calderon de la Barca.	254	La oliva y el laurel, alegoria.	493
El molino de Guadalajara, drama.	260	La copa de márfil, espectáculo trágico.	502
		El alcalde Ronquillo, ó el diablo en Valladolid, drama.	522

FIN DEL INDICE.

